

se

EL CÍRCULO

SAM BAKER

Magno

Pitāgoras

Edridge

Elea

Estrabōn



Arquimedes

CONSPIRACIÓN Nº 3

Lectulandia

Nueva York, 14 de junio de 2013. Nada más encontrar con vida al ministro Hudson, los profesores son requeridos por la agente especial de la CIA, Elizabeth Connelly, para que la acompañen hasta Nueva York, donde el Presidente de los Estados Unidos tiene que dar una conferencia al día siguiente en la Asamblea General de la ONU a la que también asistirán el Primer Ministro Taylor y el presidente Deneux.

Tras una breve reunión en la Casa Blanca con el Presidente Grant y la Directora de la CIA, Cynthia Rice, para decidir la estrategia que seguirán para proteger sus vidas, los profesores viajan a Manhattan acompañados por la agente Connelly. A su llegada los acontecimientos se precipitan rápidamente y descubren que los secuestradores han conseguido hacerse con el control del edificio de la ONU aislando en su interior al Presidente de los Estados Unidos, junto a Taylor y Deneux, y a un centenar de dirigentes mundiales que asistían igualmente a la conferencia, bajo la amenaza de liberar un arma biológica letal robada de las instalaciones gubernamentales de Fort Detrick si la policía intenta acceder por la fuerza al interior del edificio.

Desde ese momento, los profesores se verán sumidos una vez más en una carrera contrarreloj para intentar descubrir la manera de desactivar a Denise, el potente gusano informático que controla el edificio. Para conseguirlo, tendrán que resolver el último y más complejo juego ideado por los secuestradores. Y esta vez no lo harán solos, sino que necesitarán contar con la ayuda de los comisarios Chavrier y Godwin que deberán descubrir en París y Londres parte de la información con la que intentar cumplir su objetivo y salvar así la vida de todas las personas encerradas dentro de la Asamblea General.

Lectulandia

Sam Baker

El círculo

Conspiración - 3

ePub r1.0

Titivillus 26.01.2018

Sam Baker, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Este es el final,
hermosa amiga.
Este es el final,
mi única amiga. El final.

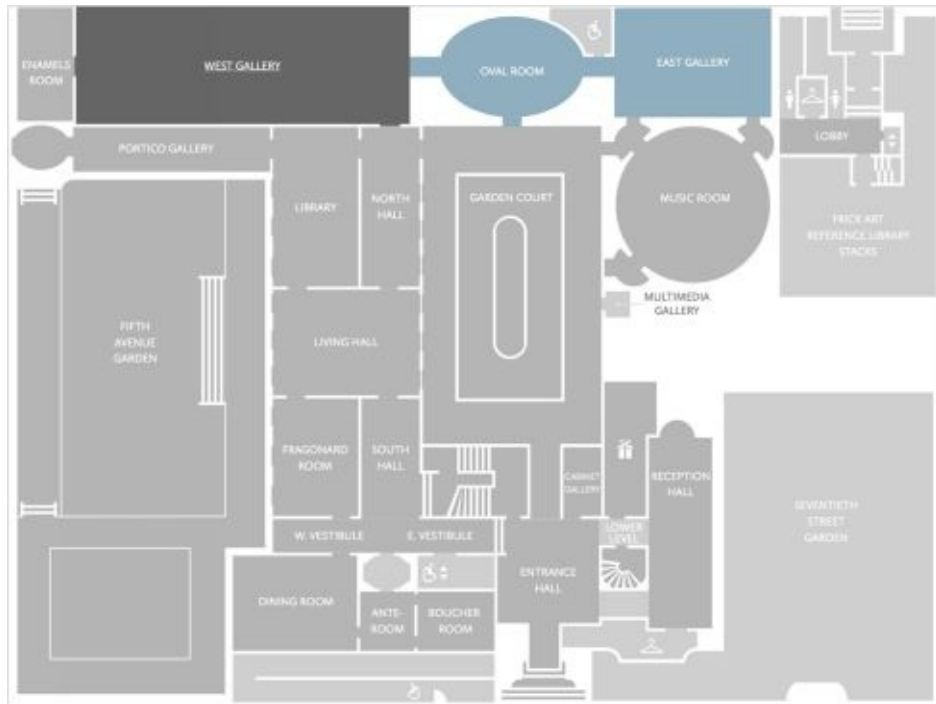
The End – The Doors

Nota del autor

Todos los cuadros y lugares referidos en este libro, así como los datos técnicos e históricos relatados en muchos de ellos, son reales. Las características y la distribución interior de los edificios, sin embargo, pueden formar parte de la ficción de la obra.



Plano de la Biblioteca Museo Morgan (Nueva York).



Plano de la Colección Frick (Nueva York).



El Caballo Blanco - John Constable (1819).



Lodovico Capponi - Agnolo Bronzino (1550-1555).



Frans Snyder - Anthony van Dyck (1620).



Margareta de Vos - Anthony van Dyck (1620).



La elección entre la Virtud y el Vicio - Paolo Veronese (1565).



El Descendimiento - Gerard David (1495-1500).



Nicolaes Ruts - Rembrandt van Rijn (1631).

Capítulo 1

Isla Bylot (Canadá), 12 de octubre de 2011

—No tengo ni idea de qué demonios has podido hacer para que me haya mandando traerte aquí, pero realmente ha tenido que ser algo gordo. De verdad le has cabreado ¿lo sabías?

Morton dejó escapar una mueca de orgullo y levantó la cabeza.

—Al menos creo que merezco conocer el rostro de la persona que está a punto de asesinarme —respondió—. Si vas a matarme, no tienes por qué tenerme miedo. Ya no hay nada que pueda hacer contra ti, y teniendo en cuenta dónde estamos, estoy seguro de que nadie puede hacer nada por mí tampoco.

Baughman dio un paso adelante sorprendido y levantó la venda que cubría los ojos de Morton.

—Sin duda va a ser difícil que alguien pueda ayudarte —dijo echando un vistazo a su alrededor—. Aunque realmente dudo mucho que sepas dónde estamos exactamente.

Morton repitió el mismo gesto complaciente que había hecho unos segundos antes y mostró su opinión al respecto.

—Por el dolor de cabeza que tengo diría que me has tenido sedado unas cinco o seis horas, aproximadamente. Apostaría a que has usado fentanilo, ya que el estómago me está matando, y si no mejoro pronto creo que voy a vomitar encima de tus bonitas botas —expresó con una risa nerviosa viendo su cara—. Además, está el paisaje que nos rodea. Toda esta nieve y el frío que me está calando los huesos. Y la luz. La inclinación de los rayos de sol deja claro que estamos en algún punto bastante septentrional, y que yo sepa en Estados Unidos no tenemos ningún lugar parecido que esté a menos de seis horas de Washington. Y por último, el maldito dolor de oídos que tengo me dice que hemos venido volando y que lo hemos hecho en helicóptero. De modo, que si juntas todas esas piezas entenderás por qué digo que aquí nadie va a poder ayudarme. Sin duda, el jodido Parque Sirmilik es un lugar perfecto para matarme.

Capítulo 2

Despacho Oval de la Casa Blanca (Washington), 13 de junio de 2013

—Ninguno de nosotros queremos esto, se lo aseguro. En los últimos años hemos llevado a cabo múltiples reformas con el objetivo de revitalizar nuestra economía. Desgraciadamente, estos cambios no han funcionado como esperábamos. La situación económica de Estados Unidos, y la de otros muchos países occidentales, es crítica, y estamos firmemente convencidos de que estas medidas conseguirán, por fin, iniciar una etapa de recuperación para nosotros, para Europa y para el resto del mundo. El pueblo americano puede estar seguro de que mi primer objetivo será recuperar cuanto antes la calidad de vida que siempre ha caracterizado a nuestro gran país. Una tierra de oportunidades abierta a todo el mundo. Que nadie albergue la menor duda de que con el sacrificio y el esfuerzo de todas y cada una de las personas...

—¡Pare, pare, pare! Creo que no estamos consiguiendo transmitir el sentimiento que debe darle a esta declaración, señor Presidente. Recuerde que va a leer ese discurso delante de millones de personas que le van a estar viendo por televisión y necesitamos que les demuestre que está absolutamente convencido de que lo que está diciendo es cierto.

El Presidente Grant respiró profundamente antes de volver a empezar de nuevo sin saber muy bien cómo demonios iba a mostrar esa convicción que su jefa de gabinete le estaba pidiendo que utilizara.

—Quizá deberíais eliminar las partes más técnicas y dejar sólo aquello que sea fácilmente entendible por los ciudadanos —le propuso algo contrariado.

—Estoy segura de que el texto que tiene en sus manos es perfecto, señor. Hemos estado trabajando durante semanas en él y no podemos permitirnos cambiarlo sólo unas pocas horas antes de que lo lea.

El sonido de alguien llamando a la puerta hizo que interrumpiera sus palabras. Sin esperar respuesta, la puerta se abrió para sorpresa de Grant y de su jefa de gabinete. La Directora de la CIA, Cynthia Rice, sin embargo, era de las pocas personas que quizá podía tomarse la libertad de entrar en el Despacho Oval casi sin pedir permiso.

Sin explicar la razón de aquel comportamiento, caminó unos pasos hasta colocarse justo delante del Presidente y le miró directamente a los ojos.

—Creo que tenemos un gravísimo problema, señor.

Capítulo 3

Londres, 13 de junio de 2013

La puerta de la catedral de San Pablo se volvió a abrir bruscamente al tiempo que varios efectivos de los servicios médicos de emergencia entraban rápidamente guiados por la escena que se vislumbraba en el altar mayor.

Margaux se mantenía todavía arrodillada sosteniendo entre sus brazos al ministro Hudson, mientras los dos policías que habían encontrado a su lado ya se habían recuperado casi por completo.

Tres parejas de médicos se acercaron para atender a cada uno de ellos de manera individualizada. A pesar del estado de los policías, los servicios médicos procedieron de manera exacta en los tres casos. En primer lugar, les hicieron una serie de preguntas sencillas para comprobar su nivel de conciencia. A continuación, les hicieron un rápido chequeo para ver que no tenían ninguna lesión en el cuerpo que precisara especial atención y, por último, les colocaron mascarillas de oxígeno y les tumbaron sobre camillas que utilizaron para trasladarles al exterior.

—Se ha terminado —dijo Bailey con la mirada clavada en la luz que se colaba por la puerta de entrada.

Margaux miró a Campbell y después al profesor Milanelli sin terminar de entender por qué a pesar de acabar de salvar la vida de aquellos tres hombres, algo en su interior no le permitía mostrar ni un mínimo sentimiento de alegría sobre lo que por fin habían conseguido lograr hacer.

Godwin echó un rápido vistazo a su alrededor y seguidamente comenzó a caminar hacia la puerta de la catedral.

—Bailey tiene razón —dijo con tono serio—. Creo que finalmente hemos conseguido salvar al ministro Hudson como nos propusimos. Ojalá las cosas hubiesen sido diferentes para el resto de sus compañeros del gobierno, pero sabiendo todo lo que ha pasado a lo largo del día de hoy, creo que podemos estar más que satisfechos por haber recuperado con vida, por lo menos, a estos tres hombres.

Al salir al exterior, el aspecto de la plaza hizo recordar a los profesores lo que habían vivido en París tras encontrar a Deneux en las catacumbas. En ese momento estaba tomada por una docena de coches de la policía y varias ambulancias que se habían dirigido rápidamente hasta aquel lugar tras la llamada que había hecho tan sólo unos minutos antes el comisario. Gracias a que era más de medianoche, la cantidad de gente que merodeaba por la zona no era excesiva, si bien el espectáculo de luces que formaba aquel despliegue policial estaba consiguiendo atraer, sin quererlo, a muchos curiosos a los que la policía pedía educadamente que continuaran su camino sin detenerse a observar qué era lo que estaba ocurriendo allí.

Godwin bajó las escaleras de la catedral y se dirigió hasta uno de los coches de policía aparcado junto a la Estatua de la Reina Ana en el centro de la plaza,

recordando que su vehículo se encontraba al otro lado del Támesis, cerca del museo Tate Modern, y que necesitarían, por tanto, un medio de transporte para llegar hasta allí. Después de todo lo que habían hecho aquel día, lo último que le apetecía en ese momento era volver a atravesar caminando el puente del Milenio para recogerlo.

—¿Qué se supone que debemos hacer ahora? —comentó Milanelli dejando la pregunta en el aire.

La voz del profesor hizo que Godwin apartara su mirada de los servicios médicos que atendían al ministro y a los dos policías, y se girara hacia ellos.

—Creo que lo más lógico es que volvamos a Scotland Yard —respondió—. Entiendo que cada uno de ustedes querrá volver a donde se supone que se dirigían en el día de ayer, aunque teniendo en cuenta la hora que es supongo que estarán de acuerdo conmigo en que lo mejor es que me encargue de buscarles una habitación de hotel para pasar la noche y que hagan ese viaje mañana.

Margaux sonrió interiormente. Los tres llevaban más de veinticuatro horas despiertos y ni siquiera habían podido comer nada en todo ese tiempo.

—Una ducha sería ideal, comisario —respondió complaciente.

—Entonces, ¿ya está? —preguntó Campbell extrañado—. ¿Ya hemos terminado? Bailey le miró confundido.

—Es más que evidente que sí, profesor. Ya hemos encontrado a todos los ministros que habían desaparecido, a excepción del ministro Dean, al que seguiremos buscando intensamente. Y a partir de ahora nos centraremos en intentar averiguar quiénes han sido los responsables de lo que les ha ocurrido, y no le quepa la menor duda de que les encontraremos y que pagarán por lo que les han hecho.

Godwin se agachó para mirar a través de la ventanilla delantera del BMW 530d de la policía que tenían a su lado. Al ver que las llaves estaban en el contacto llamó en voz alta al agente que se encontraba más próximo a ellos y le dio varias instrucciones cortas.

—Nos llevaremos este coche —les indicó abriendo la puerta del conductor.

Bailey se sentó a su lado mientras los profesores se colocaron en el asiento trasero, repitiendo una situación similar a la que tantas veces habían vivido en los últimos dos días. Sin perder ni un segundo, lo arrancó y comenzó a avanzar con cuidado entre el laberinto de coches en que se había convertido la plaza de la catedral hasta incorporarse a Ludgate Hill. Justo en ese momento, su teléfono empezó a sonar de manera estridente. Manteniendo el volante firmemente sujeto con la mano izquierda lo sacó del bolsillo de su chaqueta y buscó en la pantalla conocer quién estaba llamando.

—Es un número oculto —murmuró entre dientes.

Durante varios segundos lo mantuvo en su mano mientras conducía esperando a que terminara de sonar.

—Creo que va a tener que cogerlo —opinó Milanelli viendo la insistencia mostrada por la persona que realizaba la llamada.

Contrariado, detuvo el coche a un lado de la calle y activó en la pantalla del navegador la conexión *bluetooth* para poder conectar el dispositivo manos libres. A pesar de que todo aquello le estaba llevando varios segundos, el teléfono no paraba de sonar, una y otra vez. Cuando la conexión se completó, el sonido pasó a escucharse a través de los altavoces.

—¿Sí? —preguntó enfurecido.

—¿Comisario Brian Godwin? —contestó una voz femenina al otro lado del auricular.

—Sí, soy yo. ¿Quién demonios llama? —insistió sin suavizar el tono.

—Encantada de hablar con usted, comisario. Soy la agente especial Elizabeth Connelly, de la CIA. Me alegra haber podido contactar con usted finalmente. Y por el eco que estoy escuchando, me agrada saber que está en un coche ahora mismo. Espero que los tres profesores se encuentren también ahí. Si es tan amable me gustaría que los trajera hasta el Aeropuerto de Heathrow. Tenemos un largo viaje por delante.

Capítulo 4

—¿Cuál es ese problema tan grave? —preguntó Grant sorprendido.

Rice observó a la jefa de gabinete y después volvió a mirar al Presidente.

—Estoy segura de que es algo que debemos tratar a solas, señor.

Sin esperar a recibir ninguna instrucción particular, la mujer salió rápidamente de la habitación dejando en el Despacho Oval a la Directora de la CIA y al Presidente.

—Y bien, ¿cuál es el problema? —repitió sentándose en uno de los sofás.

—Algo verdaderamente grave, señor. Y me temo que no sabemos quién está detrás, ni el modo en que podemos hacerle frente.

Escuchar una declaración tan pesimista de boca de Rice hizo que arqueara la cejas al tiempo que extendía la mano derecha invitándola a que tomara asiento en el sofá que estaba justo en frente de él.

—En las últimas cuarenta y ocho horas han ocurrido una serie de acontecimientos que debe conocer, señor —comenzó enigmática—. En el día de ayer, el hijo del presidente Deneux permaneció secuestrado durante varias horas hasta que, ya de madrugada, la policía y el Servicio Secreto consiguieron encontrarle.

Grant la miraba sin decir una palabra.

—Inicialmente consideramos que se trataba de un hecho aislado. Sin embargo, hoy ha ocurrido algo en Londres que está directamente relacionado con ese secuestro y, lo peor de todo, creemos que es algo que pone en riesgo su vida.

—¿El qué, exactamente? —preguntó casi sin inmutarse.

—En Londres —respondió—, han desaparecido siete ministros del gobierno...

—¿Cómo dice? —la cortó asombrado.

—Sé cómo suena, señor, y sé que debimos informarle mucho antes, pero realmente todo ha ocurrido muy deprisa y ni siquiera teníamos la certeza de que esos dos hechos estuviesen relacionados. Necesitábamos estar seguros de que...

—¿Qué ha pasado con esas personas? —preguntó interrumpiéndola de nuevo.

Rice desvió un momento la mirada hacia la moqueta que tenían bajo sus pies para ganar algo de tiempo, consciente del impacto que le iba a provocar la respuesta, y contestó.

—Cinco de los siete ministros han aparecido asesinados, señor.

Grant se levantó de golpe del sofá.

—¡¿Qué ha dicho?! —exclamó enfurecido.

—Lo siento, señor Presidente. Asumo por completo la responsabilidad de no haberle informado antes de lo que estaba ocurriendo —se disculpó segura del motivo de su enfado.

—¡¿De verdad me está diciendo que han asesinado a cinco ministros del gobierno británico?! —insistió sin terminar de creer lo que estaba escuchando.

Rice se levantó también para darle todos los detalles que tenían hasta el momento.

—Así es, señor. Y ahora tenemos la absoluta certeza de que lo que ha ocurrido en

París, y la muerte de esos ministros, ha sido obra de las mismas personas. Por eso he venido personalmente a informarle, porque estamos seguros de que usted es su próximo objetivo.

Grant ladeó la cabeza.

—¿Yo?

—Sí, señor.

—¿Qué tengo que ver yo con toda esa historia? —preguntó atónito.

—Usted es el Presidente de los Estados Unidos, señor, y lo que hemos descubierto es que estos dos hechos que le acabo de relatar, a pesar de involucrar a terceras personas, tenían como objetivo a sus respectivos presidentes.

—¿A Deneux y a Taylor?

—Eso me temo, señor.

Grant se llevó la mano derecha a la frente tratando de asimilar lo más rápidamente posible la enorme trascendencia de la información que le estaba aportando la Directora de la CIA.

—Pero si realmente querían atacar contra ellos dos ¿por qué no lo han hecho? ¿Por qué han secuestrado al hijo de Deneux y por qué han asesinado a esas personas?

—Es precisamente por eso por lo que hemos podido averiguar que usted es su próximo objetivo, señor. Hemos descubierto que la razón que les ha llevado a hacer todo lo que han hecho en los dos últimos días es El caso Coen.

Grant se quedó helado al escucharla.

—Lo que no acabamos de entender —prosiguió Rice casi inmediatamente— es por qué, como usted está preguntándose ahora mismo, no hicieron nada directamente contra los presidentes.

—Deneux nunca está de acuerdo —deslizó.

—Lo sé, señor.

—¿Y esos ministros...?

Rice asintió con seguridad.

—Son los que forman parte de El caso Coen, sí. Eso es lo que nos hizo comprender lo que estaba ocurriendo. Inicialmente desaparecieron siete, en realidad, lo que sin duda fue una manera ingeniosa de hacer que, tanto la policía británica como nosotros, tardáramos en descubrir qué era lo que estaba sucediendo y retrasar el momento en el que consiguiéramos relacionar ambos acontecimientos.

—Pero ellos están aquí —dijo Grant intentando ordenar sus ideas.

—Los dos están de camino ahora mismo para participar en la conferencia que dará en Nueva York, sí —puntualizó la Directora.

—¿Y están informados de todo esto?

Rice suspiró antes de responder.

—Hasta donde nosotros sabemos, el presidente Deneux inició su viaje hacia Nueva York una vez que su hijo fue encontrado con vida y el Primer Ministro está siendo informado puntualmente de todo lo que sucede en Londres.

—Entonces, ¿Taylor sabe que han asesinado a sus ministros?

—Sí, señor. Y también se ha puesto en su conocimiento que hace algo menos de una hora la policía ha encontrado con vida al séptimo ministro que había desaparecido.

Grant volvió a mostrar su sorpresa.

—¿Ha aparecido uno con vida?

—Así es, señor. El único ministro que no tenía nada que ver con El caso Coen ha aparecido en la catedral de San Pablo, junto a dos de los policías que le habían servido de escolta en su domicilio.

Grant la miró sin comprender.

—Entiendo su confusión, señor, pero es una historia compleja. Creo que lo importante ahora es que centremos todos nuestros esfuerzos en protegerle a usted, ya que, como le he dicho antes, estamos convencidos de que es el próximo objetivo de esas personas.

—¿Y qué tienen pensado hacer? —preguntó acercándose hasta ella.

—De momento, tenemos razones para sospechar que lo que han hecho hasta ahora era sólo una especie de advertencia y que su verdadera intención es atentar contra ustedes tres a la vez en algún momento del día de mañana, mientras dure su estancia en Nueva York.

—¿Y han avisado a Deneux y a Taylor de su idea?

—Sí, señor —respondió—. Hemos modificado su plan de vuelo y no volarán directamente hacia Nueva York, como tenían pensado inicialmente, sino que vendrán a Washington y se reunirán con usted. Aquí, en la Casa Blanca.

Grant se mostró satisfecho por el plan ideado por Rice.

—¿Hay algo más que debería saber? —preguntó dirigiéndose hacia la silla de la mesa presidencial.

—En verdad hay una cosa más, señor. Por alguna razón que no alcanzamos a entender, las personas que están haciendo todo esto han involucrado a tres profesores universitarios.

La cara de Grant fue de absoluta sorpresa.

—Sé cómo suena —se excusó—, pero es cierto. Desde el primer momento, con el secuestro del hijo del presidente Deneux, han involucrado a tres profesores y, según hemos podido averiguar, ha sido precisamente gracias a su ayuda que la policía francesa consiguió encontrarle sano y salvo. Y algo parecido ha ocurrido en Londres en el día de hoy.

—¿Cree que deberíamos traerles? —le preguntó de inmediato.

—Totalmente, señor. De hecho, ya deberían estar de camino hacia Washington.

Capítulo 5

Al finalizar la llamada, Campbell se tapó la cara con ambas manos durante unos instantes desesperado al ver que volvían a encontrarse atrapados, una vez más, en la misma situación.

—No puede ser que estemos otra vez igual —se lamentó.

—En verdad, no debería extrañarnos —le contradijo inmediatamente Milanelli—. Ya vimos hoy que, siendo El caso Coen la razón de todo lo que está ocurriendo, antes o después los secuestradores deberían intentar hacer lo mismo con el Presidente de los Estados Unidos.

Godwin abrió la aplicación de mapas del navegador y buscó la dirección del Aeropuerto de Heathrow.

—Y por desgracia tampoco parece que tengan pensado darles ni un momento de respiro —comentó con ironía al tiempo que se reincorporaba al tráfico.

—No cabe duda de que parece que tiene razón —respondió el profesor—. No obstante, me llama la atención la rapidez con la que la CIA ha descubierto lo que está ocurriendo. Si esa mujer que nos acaba de llamar viene de Estados Unidos quiere decir que tienen conocimiento de ello desde hace varias horas.

Bailey observó durante unos instantes a través de la ventanilla del vehículo el aspecto que tenían las calles de Londres de madrugada antes de responderle.

—En realidad fui yo quien les avisó, profesor. Cuando desapareció Hudson —se explicó— pensé por primera vez que existía la posibilidad de que esa fuese la razón de todo lo que estaba sucediendo. A pesar de que utilizaran a un séptimo ministro para distraer nuestra atención, lo que había ocurrido previamente en París, y el hecho que entre los siete que aparecían en la grabación estuviesen todos los que conocían la existencia de El caso Coen, fue suficiente motivo para que la Agencia se pusiera en contacto con la CIA para informarles de la posibilidad de que la vida del Presidente de los Estados Unidos estuviera en peligro.

—Pero usted nunca nos advirtió de eso —le espetó rápidamente Margaux.

—Lo sé, profesora. Y puede que en este momento no entienda la razón para que siguiera ese comportamiento, pero el intercambio de información confidencial entre la CIA y la Agencia Europea de Inteligencia no es algo que se pueda airear a la ligera.

—Entonces, por eso han venido ¿verdad? —preguntó Milanelli sin darle mayor importancia a la actuación de Bailey.

—Seguramente —respondió—. Cuando realizamos una notificación de esta importancia, y más teniendo en cuenta de quién estamos hablando, lo normal es que se implemente el máximo nivel de alerta para asegurar la vida del Presidente, y bueno, todo lo que ocurrió desde el momento en que les avisamos en adelante deja claro que hicimos lo correcto. Y no me cabe la menor duda de que la CIA ha querido cubrirse las espaldas enviando a alguien hasta aquí para buscarles.

Campbell emitió un largo y sonoro resoplido de desaprobación.

—Lo quieran o no, profesor —continuó Bailey entendiendo su actitud—, los secuestradores les han convertido en los protagonistas de todo lo que están haciendo. De modo que estoy convencido de que ahora mismo la CIA está tan interesada en contar con sus servicios como nosotros lo estábamos esta misma mañana.

—Pero ya ha visto que nuestro papel aquí hoy no ha sido precisamente digno de mencionar —replicó.

—Yo no diría eso en absoluto —respondió Godwin—. Ustedes han hecho todo lo que han podido, y ya ha quedado suficientemente claro que desde el principio los secuestradores tenían pensado asesinar a los ministros de El caso Coen. De modo que, por así decirlo, su papel aquí en Londres se limitaba a ayudarnos a salvar la vida de Hudson y lo han conseguido. No sólo la suya, sino también la de los otros dos policías que estaban con él, en su casa. Recuerde lo que ustedes tres hicieron en la biblioteca del Palacio de Lambeth y después en el Tate Modern. Sin su ayuda no habríamos conseguido nada de eso y los tres estarían muertos ahora mismo.

Campbell se quedó en silencio sintiendo que, lejos de su pesimista opinión, en verdad sí habían hecho algo positivo en todo aquel día.

—¿Y qué creen que quiere la CIA de nosotros? —preguntó Margaux.

—Esa es una pregunta sencilla, profesora —respondió Bailey—. Después de todo lo que han vivido ustedes en los últimos dos días, a los secuestradores sólo les queda atentar contra el Presidente de los Estados Unidos e indudablemente quieren que estén allí para evitarlo.

—¿Y cómo se supone que vamos a lograrlo? —expresó Campbell desconfiado.

—Ni idea, profesor —reconoció el comisario—. Pero dudo que supieran cómo iban a poder ayudarnos cuando nos conocimos en aquella sala VIP esta mañana. Como ustedes han dicho en varias ocasiones, los secuestradores les plantean problemas y simplemente van avanzando y descubriendo, poco a poco, qué es lo que quieren que hagan en cada momento.

Margaux bajó la mirada y sonrió al apreciar el modo tan hábil con el que se había adueñado de una de sus frases más repetidas para volverla en su contra.

—Está claro que algo tienen pensado hacer —opinó Milanelli—. Y viendo las prisas que se han dado entre lo que ocurrió ayer en París y lo que ha sucedido hoy aquí, me alegra ver que la CIA se ha adelantado y que ya hay un avión esperándonos para llevarnos a Estados Unidos. Aún así, no puedo dejar de compartir con el profesor la incertidumbre que transmiten sus palabras. Viendo el modo en que han complicado y recrudecido todo lo que han hecho hasta ahora, no quiero ni imaginarme qué es lo que nos espera allí, si es que este es el último paso que tienen pensado dar contra todos los que forman parte de El caso Coen.

Capítulo 6

Al llegar a las inmediaciones del Aeropuerto de Heathrow, el teléfono del comisario volvió a escucharse a través de los altavoces del coche.

—Pista privada número 4 —dijo brevemente la misma mujer que les había llamado anteriormente.

A continuación, la comunicación se cortó.

Godwin condujo en silencio siguiendo las señales que les guiaban hacia aquel lugar en concreto, contrariado al sentir que estaba siendo controlado por alguien que ni siquiera conocía, por mucho que fuese un miembro de la CIA. Cuando llegaron a la pista que les había indicado, vieron en la distancia la silueta de un enorme Boeing 757 dibujada por las luces parpadeantes que recorrían toda su envergadura y por la que salía de las ventanillas. Justo cuando aparcaron delante, la puerta se abrió y una mujer joven vestida con un elegante traje de satén azul oscuro bajó decidida a su encuentro.

—Gracias por venir con tanta rapidez, comisario —dijo dirigiéndose a la puerta del conductor, casi sin darle tiempo a que se bajara del vehículo.

Godwin estrechó su mano y, a continuación, le presentó a Bailey y a los profesores. Connelly les miró individualmente de arriba abajo con curiosidad al tiempo que les saludaba consciente de lo importante que era haber conseguido en tan poco tiempo llevarles hasta el aeropuerto.

—No es el Air Force One, pero creo que dentro tendrán todo lo necesario para recuperarse de los dos últimos días —dijo mostrando una media sonrisa—. Me he ocupado personalmente de que cada uno de ustedes tenga ropa limpia a su disposición y de que tengan también la posibilidad de comer todo lo que seguramente no han podido comer en todo este tiempo ¿verdad?

Margaux sintió un repentino crujido en su estómago que creyó incluso que los demás podían haber escuchado.

—Y creo también que todos sabemos perfectamente por qué estoy aquí y qué es lo que esperamos de ustedes tres —finalizó.

Connelly se giró hacia la cabina del avión e hizo un gesto con el brazo. Al instante, los potentes motores Rolls-Royce RB211 se pusieron en marcha y el ruido generado comenzó a ser cada vez más atronador.

—Por tanto, debemos irnos enseguida —dijo elevando el tono de voz al tiempo que señalaba las escaleras que permitían subir a bordo.

Los profesores comenzaron a caminar sin despedirse de Godwin y Bailey.

—Estaremos en contacto —exclamó en voz alta la agente intentando superar el ruido de los motores.

El comisario asintió con la cabeza y, a continuación, se subió rápidamente al coche en el que los cinco habían llegado. Sin perder ni un instante, Connelly subió al avión e inmediatamente un hombre con traje militar cerró la puerta tras ella.

El interior de aquel Boeing 757 no tenía nada que ver con el de los aviones comerciales. Justo al entrar había un pequeño recibidor de unos seis metros cuadrados con dos puertas; una de ellas daba acceso a la cabina del piloto y la otra se encontraba cerrada en ese momento.

Connelly se adelantó a ellos y la abrió, pidiéndoles que entraran. Una vez dentro, los profesores se quedaron boquiabiertos con lo que vieron.

—Esta es la sala de reuniones —dijo a la vez que cogía un mando a distancia que se encontraba en mitad de la mesa y encendía dos pantallas de gran tamaño situadas en uno de los laterales—. De momento no les voy a pedir que se sienten aquí, ya que estoy segura de que eso es lo último que desean. Como he dicho antes, todos sabemos por qué estamos aquí y cuál es la situación que tenemos entre manos. Lo que quiero ahora es que se recuperen lo más rápidamente posible del cansancio que les ha generado todo lo que han hecho en estos dos días. Realmente necesito que estén cien por cien preparados para lo que tenemos por delante.

—Creí entenderle que podríamos cambiarnos —deslizó Margaux.

—Por supuesto que sí, profesora —respondió Connelly con tono amable.

La agente comenzó a caminar hasta el extremo contrario de la sala que estaba separada de la siguiente estancia del avión por una cortina de color beige.

—Aquí es donde quiero que descansen —les indicó—. Tenemos un vuelo de ocho horas por delante.

La nueva sala a la que accedieron era completamente diferente a la anterior. Presentaba una decoración acogedora, donde predominaban los tonos cálidos. A ambos lados se encontraban dispuestos de manera simétrica y ordenada un total de seis amplios sillones perfectamente complementados por un coqueto minibar justo al fondo.

—Cada uno de estos sillones se puede reclinar y convertir en una cómoda cama donde espero que puedan dormir un buen rato hasta que lleguemos. Y justo tras aquella puerta —dijo señalándola con la mano— encontrarán el cuarto de baño con todo lo necesario para que se duchen y se cambien de ropa. Me he encargado de que cada uno de ustedes tengan dos modelos diferentes de ropa para que sean libres de elegir el que más les guste, y cuando se hayan cambiado, les serviremos la cena.

El estómago de Margaux volvió a crujir.

—Ahora mismo son las dos y media de la madrugada aquí en Londres —finalizó consultando su reloj— y el desfase horario con Washington es de cinco horas, lo que debería suponer que aterrizaremos hacia las seis y media de la mañana. Si todo va bien, a eso de las siete deberíamos estar en la Casa Blanca.

—¿Vamos a ir a la Casa Blanca? —preguntó de manera inconsciente Campbell.

—Sí, así es profesor —respondió sonriendo—. Por eso quiero que descansen y que se preparen para lo que les espera. En cuanto aterricemos en Estados Unidos lo primero que harán será reunirse con el Presidente.

Capítulo 7

Eugene miraba fijamente a la pantalla de su ordenador sin terminar de creer lo que estaba viendo. Después de varias horas de búsqueda por fin había conseguido descubrir el lugar desde el que los secuestradores habían conseguido colarse en la base de datos de la Interpol. El resultado que había obtenido, sin embargo, era algo que jamás se hubiese podido esperar.

Sin apartar la mirada de ella cogió el móvil con la mano derecha y pulsó la tecla de llamada. La última persona con la que había hablado no debería tardar en responder.

—Buenas noches, Eugene —le saludó Chavrier—. ¿Ha encontrado algo?

—Ya lo creo, señor. Aunque no se va a creer desde dónde han entrado en la base de datos de la Interpol.

Al comisario no se le escapó el tono de sorpresa que se entreveía en sus palabras.

—¿Qué sitio tan extraño es ese? —preguntó intrigado.

Eugene lo leyó una vez más interiormente antes de decir su nombre en voz alta.

—Por increíble que pueda parecer, lo cierto es que la incursión se realizó desde el edificio de la ONU, en Nueva York.

Chavrier se quedó completamente bloqueado.

—Eso es imposible —dijo a duras penas pasados unos instantes.

—Lo sé, señor. Y entiendo su confusión. Yo he tardado varios minutos en asimilarlo antes de llamarle.

—Pero ¿cómo puede haber hecho alguien algo similar desde ese edificio?

—No tengo ni idea —respondió fascinada—. Pero considerando el extraordinario nivel de seguridad que tiene, lo que más me preocupa no es eso realmente. Lo que de verdad me preocupa es que quien lo haya hecho tiene que trabajar allí dentro. Mucho me temo que estábamos completamente equivocados ya que no estamos luchando contra alguien de fuera, comisario. Estamos luchando contra nosotros mismos.

Capítulo 8

Margaux incorporó bruscamente la cabeza al sentir una fuerte sacudida en todo su cuerpo.

—No tiene por qué preocuparse —le dijo la voz de alguien que no alcanzaba a ver—. El piloto ya nos ha avisado hace unos minutos que atravesaríamos una bolsa de aire.

Esas palabras fueron suficientes para que recobrarla rápidamente la noción de dónde se encontraba. Sólo por un breve instante había creído estar en su habitación de Nantes.

—¿Dónde están...?

—El profesor Milanelli se encuentra en el lavabo ahora mismo —le indicó antes de que pudiera finalizar su pregunta—. Y el profesor Campbell está en la sala que les mostré al entrar en el avión curioseando lo que sale en los monitores.

Margaux se incorporó de su asiento y observó por un momento a Connelly que la miraba con un gesto de amabilidad dibujado en el rostro.

—¿Qué hora es? —preguntó intentando ubicarse.

—Algo más de las cinco de la madrugada —le respondió al tiempo que consultaba vagamente su reloj—. Ya falta poco para que llegemos a nuestro destino.

Justo en ese momento, Campbell entró en la habitación y la miró con una sonrisa.

—Realmente necesitabas dormir —le dijo con burla.

Margaux se ruborizó.

—No le haga caso, profesora —dijo Milanelli entrando también en la habitación—. Nosotros nos hemos despertado hace muy pocos minutos.

Connelly aprovechó aquel momento distendido para observarles con detalle. Tras subir al avión y emprender su viaje desde Londres a Washington los tres habían tenido tiempo para darse una ducha, ponerse ropa limpia y comer todo lo que necesitaban. Después de eso, habían caído rendidos en los asientos individuales con los que contaba el avión, y que prácticamente podían convertirse en una confortable cama, lo que había sido plenamente aprovechado por cada uno de ellos.

—Ahora que ya están completamente recuperados —les dijo intentando captar su atención—, es un buen momento para que les explique detalladamente cuál es la situación en la que nos encontramos en estos momentos y qué es exactamente lo que esperamos de ustedes.

Sin decir una palabra más, se levantó y caminó hasta la sala de reuniones contigua.

Los profesores la siguieron.

—Lo que ustedes han vivido en los dos últimos días —continuó mientras tomaban asiento— es un ataque a dos gobiernos muy importantes para nosotros. Además, me consta que ya conocen muy particularmente la razón de estos ataques, ya que los propios secuestradores se han encargado de mostrárselo.

—¿Cree que no hubiese sido necesario? —preguntó Milanelli.

—No, profesor —respondió rápidamente—. Lo que quiero decir es que esas personas ya se han ocupado de que, tanto ustedes como la policía británica, conociesen la razón por la que están haciendo todo lo que han visto hasta ahora. Y entiendo que lo han hecho porque quizá era la única manera de que comprendieran que uno de los ministros que habían secuestrado todavía tenía posibilidades de sobrevivir.

Margaux se sintió por primera vez en todo el día orgullosa de lo que habían conseguido.

—Pero como también saben —prosiguió Connelly—, El caso Coen no involucra exclusivamente al gobierno francés y británico, sino que nuestro Presidente es ahora el principal objetivo de estas personas.

—¿Sabe? —la interrumpió Milanelli—, esa es una de las cuestiones que ayer discutimos con Bailey y con el comisario Godwin. Si efectivamente involucra a los tres presidentes ¿por qué no han atentado contra ellos, directamente?

—Pero eso ya lo saben —le respondió antes de que pudiera terminar.

—Sí, sí, claro que lo sabemos. Gracias a que Shahi revisó esos archivos pudimos descubrir que Deneux siempre se ha mostrado contrario a esos acuerdos. Por tanto, podemos deducir claramente que esa fue la razón por la que en su caso se limitaron a secuestrar a su hijo. Y en lo que vivimos ayer, también descubrimos que con esos ministros hicieron algo acorde a la que había sido su postura en los acuerdos. Sobre todo en el caso de la ministra Johnson y aquella especie de juego macabro en el que, por un momento, pensamos que podíamos salvarle la vida.

—Me temo que no consigo entender a dónde quiere ir a parar, profesor.

Milanelli miró durante unos instantes a una de las pantallas de la sala antes de responder.

—Creo que lo que han hecho hasta ahora han sido solamente avisarnos de lo que realmente tienen pensado hacer —confesó explicándose—. Es evidente que ya han asesinado a suficientes personas, tanto en París como el Londres, como para que lo siguiésemos considerando exclusivamente una advertencia, pero el hecho de que gradualmente hayan incrementando la importancia de las personas contra las que atentaban me lleva a pensar que realmente todo esto no ha sido más que el preámbulo de lo que tienen planeado hacer aquí hoy.

—Además, están los tres juntos —añadió Campbell.

—Exacto. A eso es precisamente a lo que me refiero. Si sus advertencias han ido aumentando gradualmente, y ellos mismos nos han mostrado la razón de todo lo que estaban haciendo, que los tres presidentes vayan a estar juntos hoy en Nueva York lo convierte en el momento ideal para culminar su trabajo.

—Y ustedes entenderán, por tanto —dijo rápidamente Connelly—, que eso es algo que no podemos permitir que ocurra bajo ninguna circunstancia. Hasta ahora todo lo que han ido haciendo ha sido, por así decirlo, inevitable, ya que hasta esta

pasada madrugada no hemos sabido por qué lo hacían y, desde mi opinión personal, su trabajo liberando al hijo de Deneux y salvando la vida del ministro Hudson fue excelente. Sin embargo, las reglas del juego han cambiado radicalmente. Ahora ya nos tenemos por qué ir detrás de ellos encontrando aquello que dejan a cada paso, sino que podemos adelantarnos sabiendo lo que quieren y haciendo todo lo que esté en nuestras manos para evitarlo.

Milanelli no pudo disimular su satisfacción al escuchar aquellas palabras que confluían a la perfección con el razonamiento que ellos habían mantenido los dos últimos días. Sin duda, esa actitud valiente y decidida era justo lo que necesitaban.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —reconoció emocionado—. Y es innegable que ahora mismo tenemos la absoluta certeza de que su próximo objetivo es atentar contra su Presidente y quizá también contra Deneux y contra Taylor. Es cierto que, por lo que hemos visto hasta ahora, parece que no tienen especial interés en acabar con la vida de Deneux ya que podrían haberlo hecho en París, justo al principio de toda esta historia, y cuando ninguno de nosotros esperábamos que algo como eso pudiera llegar a ocurrir.

—Quizá sea precisamente por eso que no lo hicieron al principio ¿no les parece? —propuso Margaux.

—Sin duda, profesora —respondió con una media sonrisa—. Los secuestradores nos han demostrado ya en numerosas ocasiones que les gusta hacer las cosas del modo más difícil posible. Haber atentado en el día de ayer contra Deneux habría sido una tarea demasiado sencilla, ya que nadie lo esperaba. Algo totalmente alejado de su modo de actuar.

—¿Y hacerlo hoy le parece más apropiado? —le preguntó sorprendida Connelly.

—Absolutamente —respondió Campbell—. El profesor Milanelli tiene razón. Como ya hemos visto, los secuestradores han ido aumentando progresivamente la dificultad de lo que hacían, tanto por quiénes eran las personas involucradas, como por su número, y porque no es lo mismo hacer todo lo que les hemos visto hacer de madrugada que a plena luz del día en una ciudad tan grande como Londres.

Connelly resopló consciente de que lo que ellos estaban diciendo era lo mismo que, tanto ella como todos sus compañeros en la CIA, se imaginaban que podía ocurrir.

—Siguiendo el razonamiento que proponen parece bastante claro que la manera de poner el broche de oro a estos dos últimos días de ataques sería intentar asesinar a nuestro Presidente y también a Deneux y a Taylor.

Los tres profesores asintieron a la vez.

—En ese caso, me alegra que pensemos igual, se lo aseguro. Y como les he dicho antes, ahora la situación en la que nos encontramos es radicalmente diferente. Ahora tenemos pleno conocimiento de por qué están haciendo todo esto y quién es su próximo objetivo, de modo que está en nuestra mano evitar que algo similar a lo que vivieron en Londres pueda volver a ocurrir aquí.

Capítulo 9

El Jefe de Estado Mayor del Ejército, Brian Fallow, leía sorprendido el informe que tenía entre sus manos mientras viajaba a bordo de su impresionante Cadillac CT6 blindado de camino a la Casa Blanca. Minutos antes, el Presidente le había llamado en persona para pedirle que acudiera a verle tan pronto como fuese posible. A pesar de que la comunicación directa entre ambos era algo relativamente habitual, en esa ocasión las prisas y el tono de voz empleado le habían llamado especialmente la atención.

Al entrar en el vehículo, se había encontrado sobre el asiento trasero una carpeta de la CIA que contenía el informe clasificado que en ese momento estaba leyendo. La información que contenía hablaba de un inminente atentado contra el Presidente. Ni siquiera aparecía por ningún lado alguna referencia al grado de posibilidad de que dicho atentado pudiese ocurrir como era habitual en esos casos. Simplemente se daba por hecho. «Hoy, 14 de julio de 2013, el Presidente de los Estados Unidos, Fitzgerald Thomas Grant, será objetivo de un importante ataque que intentará acabar con su vida, al igual que en las últimas cuarenta y ocho horas lo han sido el Presidente francés, Jean Marie Deneux, y el Primer Ministro británico, William Taylor». La información que contenía el primer párrafo era lo suficientemente grave como para hacer que el corazón de Fallow se estremeciese.

Bloqueado por la importancia de lo que anunciaba aquel informe, levantó la mirada y observó a través de la ventanilla la silueta de la Casa Blanca que se adivinaba al final de 17th Street sin conseguir comprender cómo era posible que algo tan importante llevase dos días sucediendo sin que él tuviese ninguna información al respecto.

Capítulo 10

El característico sonido corto y agudo de una pequeña campana precedió al mensaje del piloto avisando que procedían a comenzar la maniobra de aterrizaje.

—¿Qué tienen pensado hacer para evitar que pueda ocurrirle algo al Presidente? —preguntó Margaux.

—Estamos tomando todas las medidas que están en nuestra mano, profesora —respondió Connelly—. Y de la misma manera, ya se ha activado el plan de emergencia que ponemos en funcionamiento en estos casos. Por desgracia, casi a diario recibimos informaciones que nos llegan de diferentes partes del mundo de personas o grupos extremistas que quieren atentar contra él.

—Celebro que esta sea una situación que pueda resultarles conocida —mencionó Campbell—, pero tienen que entender hasta qué punto los secuestradores han sido capaces de hacer lo que han hecho hasta ahora, incluso cuando esas personas estaban siendo protegidas. En París, el hijo del presidente estaba vigilado por su escolta personal y, en Londres, Hudson estaba también acompañado por dos policías dentro de su propio domicilio, lo cual no evitó que desapareciese igualmente.

—Comprendo sus dudas —respondió la agente con todo conciliador—, pero como les dije antes, ahora sabemos qué es lo que tienen pensado hacer. En ninguno de los dos casos que usted acaba de mencionar las personas encargadas de protegerles sabían que iban a ir a por ellos. Esa es nuestra principal ventaja en este momento, y la que tenemos que utilizar para evitar que algo similar ocurra de nuevo.

—¿Y qué pasa con Deneux y con Taylor? —preguntó Milanelli.

—Ellos también han pasado a formar parte de nuestro plan de emergencia, por supuesto. En cierto modo estamos considerando a los tres como una única persona a la que debemos proteger, ya que nuestra idea es que los tres permanezcan juntos durante todo el día de hoy.

—¿Y cómo piensan conseguir eso? —preguntó Campbell sorprendido.

—Bueno verá, como les expliqué al principio, Deneux y Taylor han modificado su plan de vuelo y ya no irán directamente a Nueva York, sino que ahora se dirigirán a Washington para reunirse con el Presidente en la Casa Blanca. Y allí es hacia donde nosotros nos dirigimos también en estos momentos. Por lo que han vivido los dos últimos días, hay una evidencia clara de que, por alguna razón, los secuestradores quieren que ustedes tres estén presentes en todo lo que hacen, por lo que estoy convencida de que su participación será de gran ayuda para nosotros. Es por eso que una vez que se reúnan con el Presidente todos juntos volaremos hasta Nueva York y ustedes se encargarán de ayudarnos en lo que quiera que sea que planeemos hacer a partir de entonces.

—No tienen un plan concreto de momento ¿no es así? —inquirió Milanelli.

—No, profesor, no lo tenemos. Nuestra idea es que de esa reunión que tendremos en la Casa Blanca salga el plan al que usted se refiere. Sabemos qué quieren hacer y

sabemos por qué quieren hacerlo. Sin embargo, desconocemos la parte más importante que es descubrir cómo tienen pensado atentar contra la vida del Presidente. Para ello debemos poner primero encima de la mesa toda la información de la que disponemos hasta este momento. Allí, la Directora de la CIA explicará detalladamente todo lo que sabemos referente a lo que ha ocurrido hasta ahora y qué es lo que pensamos que puede ocurrir basándonos en ello. Además, queremos que ustedes nos ayuden aportando toda la información que crean conveniente. Al fin y al cabo, son las únicas personas que hasta ahora se han enfrentado a ellos en dos ocasiones y los que mejor pueden saber el modo en que estas personas pueden tener pensado atentar contra nuestro Presidente.

Milanelli se pasó una mano por la barbilla excitado por la importancia de la situación en la que se veían inmersos una vez más.

—Sin duda habrán planeado algo realmente complejo —advirtió pensativo—. Lo que vimos en París, y luego en Londres, así nos lo indica claramente. Cada vez complican más y más lo que hacen, disfrutando de la ventaja que les da saber que no podemos más que seguir el juego que diseñan en cada momento.

—Pero ahora nuestra posición es de ventaja —le interrumpió.

—Yo no estaría tan seguro de eso, agente —respondió con una ligera mueca—. Entiendo que usted lo dice porque ya conocemos toda esa historia de El caso Coen, pero aún así creo que existen suficientes maneras de hacer algo similar a lo que ya hemos visto anteriormente sin que, en realidad, puedan hacer nada por evitarlo.

Connelly arqueó las cejas mostrando su sorpresa ante aquella afirmación.

—El profesor tiene razón —añadió Margaux apoyándole—. La ventaja con la que ustedes cuentan en este momento es que saben qué persona o personas son el objetivo de los secuestradores, pero no cómo van a intentar acabar con su vida. Tanto en París como en Londres nunca hicieron nada de manera directa y sencilla, sino que todo discurrió a través de un juego en el que nos colocaban como protagonistas involuntarios, y es muy posible que aquí ocurra algo similar. Y si no estoy equivocada, en cualquier momento recibiremos alguna información que suponga el punto de partida de ese juego. Igual que ocurrió con los vídeos que recibieron Chavier y Godwin, o la carta que yo misma recibí en mi despacho de la universidad.

Capítulo 11

Cuando el avión tomó tierra en el Aeropuerto Nacional Ronald Reagan una hilera de coches negros esperaba a pie de pista como un ejército preparado para escoltarles hasta la Casa Blanca. Campbell no pudo evitar recordar su llegada a París acompañado de los inspectores Paccaud y Bingleau al ver el despliegue que la CIA había organizado para recibirles.

En cuanto se abrió la puerta de embarque, Connelly bajó rápidamente las escaleras del avión seguida por los tres profesores y se subieron al impoluto Chevrolet Traverse color negro mosaico que les esperaba a varios metros de distancia. Sin perder ni un segundo, el conductor activó la sirena y emprendió la marcha a toda velocidad precedido por media docena de vehículos de la CIA por la pista de aterrizaje.

—No tardaremos mucho en llegar —les indicó la agente—. Como ya les anuncié anteriormente, ahora nos reuniremos con el Presidente para tratar de diseñar el plan que seguiremos a lo largo de todo el día. Espero que Deneux y Taylor ya se encuentren en Washington y que no exista ningún contratiempo que nos retrase.

—Usted dijo que iríamos a Nueva York ¿no es verdad? —preguntó Campbell.

—Sí, así es. Hoy hay una importante reunión en la Asamblea General de la ONU que congregará a un elevado número de líderes políticos de todo el mundo y cuyo discurso de apertura será pronunciado por nuestro presidente.

—Parece un momento ideal para atentar contra ellos —dijo rápidamente Milanelli.

Connelly suspiró un instante.

—Eso me temo, profesor. Y es precisamente por eso que deben poner toda su atención en tratar de decirnos cuál consideran que es la manera en la que creen que pueden tener planeado hacerlo.

Milanelli miró durante un par de segundos por la ventanilla del vehículo para intentar descubrir inútilmente en qué punto del trayecto que les dirigía a la Casa Blanca se encontraban y, a continuación, le mostró su idea al respecto.

—Sea como sea, puede tener la relativa tranquilidad de que no van a hacerlo de una manera directa. Como mencionamos antes, les gusta organizar todo de un modo complejo y enrevesado, y estoy convencido de que esta vez no será diferente. Para lo que sí debemos estar preparados es para el hecho de que lo que hayan planeado para hoy sea extremadamente complicado. Mucho más que cualquier cosa que hayan organizado con anterioridad.

—Espero que eso no signifique lo que estoy creyendo entender...

—No, no, por supuesto. No quiero decir que no vayamos a ser capaces de descubrirlo —se adelantó a puntualizar viendo el temor que reflejaba la expresión de su rostro—. Lo que quiero decir es que inicialmente no tienen por qué temer por la vida del Presidente, ya que no será hasta que dé comienzo el juego que tengan

previsto para hoy que no estará realmente en peligro.

Connelly torció ligeramente la cabeza sin terminar de comprender.

—Creo que lo que quiere decirle el profesor —añadió Margaux— es que estamos seguros de que han diseñado un juego en el que conseguir salvar la vida del Presidente Grant será el objetivo, de la misma manera que ayer lo fue salvar al ministro Hudson o en París lo fue rescatar con vida a Deneux.

—¿Y creen que podrán conseguirlo? —preguntó nerviosa.

—Eso no podemos responderlo de momento —contestó Campbell—, ya que primero tenemos que saber qué juego nos plantean para descubrir cuáles son nuestras posibilidades de resolverlo.

—¿Y cuándo creer que lo sabremos?

Margaux se encogió de hombros.

—Cuando ellos quieran, por desgracia —reconoció hastiada—. En mi despacho de la universidad recibí una carta en la que aparecía escrito un cuatro en números romanos y la letra ene, pero no fue hasta el final del día, cuando estuvimos en Palacio del Elíseo, que supimos utilizar esa información para descubrir que debíamos empezar a buscar a Deneux en la catedral de Notre Dame.

—Sin embargo —prosiguió Milanelli—, eso no fue lo que ocurrió en Londres, ya que allí la policía también recibió una grabación parecida, pero no una indicación clara de por dónde debían empezar a buscar a los ministros.

—Porque aparecieron asesinados —le cortó Connelly.

—Exactamente. Y por eso antes le dije que los secuestradores han ido complicando progresivamente lo que hacían a la vez que su manera de comunicarse con nosotros dependía de la verdadera intención que tuviesen en permitirnos o no salvar a las personas que ellos habían secuestrado.

—Y de esas dos posibilidades que ya han vivido ¿cuál creen que ocurrirá hoy aquí?

—La primera —respondió Campbell decidido.

Los tres le miraron sorprendidos ante la seguridad que transmitían sus palabras.

—La primera, sin duda —repetió—. Si se dan cuenta, esas dos maneras de actuar fueron opuestas porque su intención también lo era. A Deneux nunca tuvieron intención real de asesinarlo al contrario de lo que sucedió con los ministros. Y en esta ocasión, el planteamiento parte de una situación completamente diferente, ya que por primera vez no tienen secuestrada a la persona o personas que nosotros debemos tratar de encontrar, sino que su objetivo está a salvo, aunque sabemos qué es lo que quieren hacer con ellas.

Connelly sintió un nudo en el estómago al imaginar el final que se entreveía en aquellas palabras.

—Entonces ¿cree que se comunicarán con nosotros?

—Sí, estoy convencido —respondió—. No sé en qué momento, por supuesto. Pero como le hemos planteado, lo que hoy va a ocurrir aquí es un nuevo juego donde

el objetivo final será salvar la vida de su Presidente y creo que sólo es cuestión de tiempo que los secuestradores muevan ficha y nos indiquen cuál es el punto de partida que han elegido.

Capítulo 12

El comisario Chavrier y los inspectores caminaban por el largo pasillo que les dirigía hasta el laboratorio de Eugene en silencio. El viaje de regreso a París había resultado mucho más pesado de lo que cualquiera de ellos hubiera deseado en un primer momento. Después de descubrir que el texto tras la falsa pintura de la iglesia de San Estefano Rotondo había sido la verdadera razón por la cual los secuestradores habían querido que viajaran a Roma, habían pasado casi cuatro horas de larga espera en el exterior de la iglesia hasta que finalmente Godwin les había llamado para informarles de que los profesores habían partido hacia Washington acompañados de una agente de la CIA que había volado expresamente hasta Londres para buscarles. Chavrier se había alegrado enormemente al conocer de boca del comisario que todo lo que habían hecho aquel día había servido para salvar al menos la vida de uno de los ministros y la de los dos miembros de la policía británica que le escoltaban en su domicilio. A pesar de que la historia que le había contado Godwin acerca del modo en que les habían encontrado en la catedral de San Pablo parecía más bien sacada de un guión cinematográfico, lo que llevaban viviendo los últimos dos días hacía que a esas alturas ya nada de lo que pudiera escuchar le sorprendiese excesivamente. Además, por si aquello no fuese suficiente, Eugene le había informado de que la incursión sufrida en la base de datos de la Interpol se había llevado a cabo desde el propio edificio de la ONU, algo que sí que consideraba totalmente inexplicable.

Al entrar en el laboratorio, Eugene se dio la vuelta y se percató rápidamente del cansancio que mostraban los rostros de sus tres compañeros.

—¿La ONU? —preguntó sin vacilación el comisario dejando caer a plomo todo el peso de su cuerpo en la silla más cercana que encontró.

—Eso es, señor —respondió Eugene—. Como le dije antes por teléfono, sé que resulta realmente increíble, pero es el resultado que obtuve con los dos algoritmos de búsqueda.

—¿No hay posibilidad de que te hayas confundido? —preguntó Paccaud.

—Ninguna —respondió negando al mismo tiempo con la cabeza—. Aunque sea desconcertante, estoy absolutamente segura de que hemos localizado el lugar correcto. Precisamente por eso ejecuté dos algoritmos de manera simultánea. Cada uno de ellos hizo la búsqueda de manera independiente y ambos llegaron al mismo resultado, por lo que no hay duda de que el edificio de la ONU es el punto desde el que entraron en la base de datos.

—¿Y cómo podemos explicarlo? —preguntó Chavrier.

Eugene se dio la vuelta hacia su ordenador de nuevo.

—Eso es lo que he estado tratando de descubrir desde que hablé con usted, y creo haber llegado a algo interesante.

El comisario la miró con sorpresa. A pesar de que llevaba tanto tiempo trabajando en aquel caso como ellos, Eugene siempre parecía ser capaz de sacar un extra de

energía en situaciones ante las que cualquier otra persona normal se habría dado por vencida. Casi cuarenta y ocho horas consecutivas encerrada en aquel laboratorio intentando descubrir a su manera quién demonios eran aquellas personas y cómo era posible que hubiesen podido cometer semejantes actos delante de las narices de la policía. Precisamente aquel carácter perfeccionista y testarudo, con una capacidad de trabajo que rallaba lo sobrehumano, era lo que le había llevado años antes a ofrecerle un puesto dentro de su equipo. De vez en cuando todavía sonreía recordando cómo, por aquel entonces, uno de sus compañeros en el cuerpo le había tildado de loco por pretender incorporar a la policía a la misma *hacker* a la que se habían pasado casi dos años persiguiendo. Pero Chavrier sabía que aquella chica de aspecto desaliñado y lengua viperina era un diamante en bruto que sólo necesitaba encontrar el camino correcto en su vida y focalizar su enorme potencial en ayudar a los demás en vez de desperdiciar su increíble talento en piratear servidores de empresas para clientes de dudosa reputación, lo que sin duda acabaría por llevarla a la cárcel antes o después.

Y lo había conseguido.

—Es indudable que la sede de la ONU es un lugar que en ningún caso nos hubiésemos podido imaginar —continuó explicándoles—, de modo que he estado tratando de entender por qué han podido utilizar ese edificio.

—¿Y lo has descubierto? —le interrumpió Bingleau.

—Sí. Y no sólo eso, sino que también he conseguido entender por qué se preocuparon tanto en tratar de ocultarlo. Cuando estaba realizando la búsqueda esta pasada noche, inicialmente partí de dos mil quinientos puntos repartidos en todo el mundo —dijo señalando la pantalla de su ordenador—. Los algoritmos de búsqueda fueron adquiriendo cada vez más velocidad a medida que descartaban posibles localizaciones hasta que únicamente quedaron mil.

—Ahí fue cuando se duplicaron ¿verdad?

—Eso es, señor. Como le expliqué por teléfono, los secuestradores se preocuparon mucho en ocultar el lugar desde el que habían llevado a cabo la incursión y para ello no sólo utilizaron IPs virtuales repartidas por todo el mundo que generasen esa red de puntos, sino que al alcanzar la cifra de mil ésta se duplicó de golpe haciendo que prácticamente tuviese que volver a empezar la búsqueda de nuevo.

—Y de paso retrasaban el momento en el que descubrieras cuál era la localización real —comentó Paccaud.

—Exacto. Y eso, aunque no conseguí encontrarle significado inicialmente, sí que tuvo una razón particular. Lo hicieron porque el edificio de la ONU es un lugar muy importante para ellos.

—¿Para los secuestradores? —preguntó Chavrier perplejo.

—Sí, señor —respondió consciente de lo difícil que podía resultar comprender su planteamiento—. Y lo es porque creo que tienen pensado hacer allí hoy algo similar a lo que han hecho aquí y en Londres los dos últimos días.

A Chavrier se le detuvo súbitamente el corazón.

—¿Qué tienen pensado hacer? —preguntó a duras penas.

—Creo que planean atentar contra el Presidente de los Estados Unidos, señor —respondió sin vacilación.

Los tres la miraron atrapados por la enorme sorpresa que les causaba escuchar aquellas palabras.

—Como les dije antes, después de hablar con usted, me he dedicado a investigar un poco para tratar de entender el significado que para ellos podía tener ese edificio y saber por qué lo han elegido. Para eso he espiado lo que han estado haciendo a lo largo del día de hoy los profesores y he descubierto que los secuestradores les han hecho saber la razón de todo lo que ha ocurrido hasta ahora.

—¿También del secuestro de Deneux? —preguntó Paccaud.

—De todo —respondió al tiempo que afirmaba con la cabeza—. Y la razón que lo explica está contenido en un archivo secreto de la Agencia Europea de Inteligencia llamado El caso Coen.

Durante unos pocos segundos se hizo el silencio.

—Resulta que este archivo —continuó—, hasta donde he podido descubrir, contiene información sobre determinadas acciones que nuestro gobierno ha llevado a cabo junto con el de los Estados Unidos y el gobierno británico. No sé de qué tipo exactamente, pero creo que sea lo que sea es la razón que les está llevando a hacer todo lo que estamos viendo.

—¿Y por qué está tan segura? —preguntó Chavrier.

—Por algo muy particular, señor. Para que esas acciones se ejecuten es necesario que sean autorizadas simultáneamente por nuestro presidente, por el Presidente de los Estados Unidos y por el Primer Ministro británico.

Eugene se detuvo, se volvió hacia ellos y les desveló la clave de su razonamiento con un brillo especial en sus ojos.

—Pero además, en este último caso, también es necesaria la aprobación de seis de los ministros de su gobierno.

El comisario se quedó de piedra.

—Los ministros secuestrados —balbuceó.

—¡Exacto! —respondió orgullosa de que entendieran claramente la importancia de su descubrimiento—. De hecho, son sólo seis ministros los que están involucrados. ¡Justamente los seis que fueron secuestrados! El séptimo ministro, al que los profesores consiguieron salvar la vida, parece que simplemente sirvió de distracción para que tardaran más tiempo en entender qué era lo que realmente estaba ocurriendo y por qué habían desaparecido esos siete en concreto de entre todos los que forman parte del gobierno.

—Pero ¿qué tiene que ver todo eso con el edificio de la ONU? —preguntó Bingleau sin conseguir encajar ambas historias.

Eugene le miró excitada sabiendo que en esa pregunta residía lo más importante

de todo cuanto había averiguado.

—Es muy sencillo —respondió sonriéndole—. Por alguna razón que todavía desconozco, los secuestradores están atentando contra todos los que forman parte de El caso Coen. Primero lo hicieron contra el presidente Deneux, secuestrando a su hijo. Ayer atentaron contra el gobierno británico, asesinando a cinco ministros, y ahora sólo les queda hacer algo similar contra el gobierno de los Estados Unidos.

—¿Está insinuando que van a intentar asesinar a su Presidente? —preguntó atónito Chavier, comprendiendo hacia dónde dirigían sus explicaciones, pero incapaz de aceptar que algo semejante pudiese llegar a suceder.

Eugene se detuvo un segundo y miró directamente al comisario.

—No lo insinúo, señor. Hoy el Presidente Grant tiene que dar un discurso en el hemiciclo de la Asamblea General de la ONU y creo que es el momento exacto que han elegido para matarle.

Capítulo 13

Mientras caminaban por el Ala Oeste de la Casa Blanca guiados por el Jefe de Gabinete, Donald McDonough, Campbell se sorprendió enormemente del frenético ritmo de trabajo que había en su interior a pesar de ser todavía de madrugada. Justo al llegar delante de una gran puerta de madera de color azabache, McDonough se detuvo súbitamente y se volvió hacia los profesores.

—Aquí es a donde hemos venido —dijo con tono seco—. Dentro les espera el Presidente.

Sin decir ni una sola palabra más, abrió la puerta y les invitó a entrar. Margaux entró en primer lugar seguida de Connelly y de los profesores. En su interior, cinco personas, cuatro hombres y una mujer, se encontraban de pie hablando. Al verles aparecer uno de ellos detuvo la conversación y se apresuró a acercarse hasta la puerta a saludarles.

—Me alegra enormemente que hayan podido llegar tan pronto —les saludó distendidamente Grant—. Estábamos ansiosos por conocerles.

Los tres profesores le saludaron y, a continuación, el Presidente les indicó quiénes eran cada una de las personas que le acompañaban en la sala.

—Estoy seguro de que no hace falta que les presente al presidente Deneux y al Primer Ministro —dijo mientras señalaba vagamente a ambos con la mano—. Pero seguramente sí necesitan que les diga quiénes son estas dos personas que nos acompaña. Ella es Cynthia Rice, Directora de la CIA, y él es el Jefe de Estado Mayor del Ejército, Brian Fallow.

Deneux se adelantó a saludarles muy consciente del papel fundamental que habían jugado en la búsqueda y rescate de su hijo.

—No sé cómo agradecerles lo que hicieron en París para recuperar a mi hijo con vida —expresó en un tono amable al tiempo que estrechaba la mano de Campbell en primer lugar—. Estoy en deuda con ustedes.

Los profesores asintieron de manera discreta agradeciendo sus palabras. Margaux y Campbell se miraron durante un instante recordando algunas de las cosas que habían pasado aquella noche.

—Sin duda fueron decisivos para salvar su vida. Todos estamos de acuerdo en eso —añadió Grant sumándose al reconocimiento por su labor—. Y espero que puedan ser igual de importantes para arreglar el grave problema que hoy tenemos aquí planteado.

Con ese breve comentario, el Presidente consiguió de un modo sencillo y directo que todos se centraran rápidamente en la realidad que les había llevado hasta aquella sala.

—Por favor, tomen asiento —les dijo Rice mostrando con la mano derecha las sillas de la mesa ovalada que tenían a un par de metros de distancia—. Trataré de explicarles de la mejor manera posible qué es lo que sabemos hasta el momento y qué

es lo que tenemos pensado hacer para evitar que algo como lo ocurrido en Londres pueda suceder de nuevo hoy.

Siguiendo su petición, el Presidente Grant se sentó en el extremo de la mesa con Deneux y Taylor en las dos posiciones más próximas a él. Al lado de Deneux se sentaron Margaux y Campbell, con Milanelli y la agente Connelly justo en frente de ellos.

Rice cogió un pequeño mando a distancia que se encontraba sobre la mesa y apuntó hacia la gran pantalla situada en el otro extremo de la sala.

—Creo que nuestra mejor opción para que todos nos situemos en el mismo nivel de conocimiento es hacer un rápido resumen de la situación en la que nos encontramos.

Al tiempo que comenzó a hablar la primera imagen apareció en pantalla. Esa imagen estaba formada a su vez por cuatro más pequeñas en las que aparecían los cuatro cadáveres que habían encontrado asesinados en París. El hombre de la catedral de Notre Dame, los cuerpos torturados de la Asamblea Nacional y del Panteón, y el hombre que habían encontrado en la cúpula de la basílica del Sagrado Corazón. Al ver sus cuerpos de nuevo Margaux sintió que se le revolvía el estómago.

—Hace algo menos de cuarenta y ocho horas, el hijo del presidente Deneux desapareció en París mientras permanecía bajo la vigilancia de su escolta personal —comenzó Rice—. Poco después de que esto sucediera, la policía francesa recibió una grabación junto a una lista en la que figuraban los nombres de tres personas. Ustedes tres, profesores. Con muy buen criterio, la policía y el Servicio Secreto decidieron llevarles hasta París para intentar entender qué era lo que estaba ocurriendo y tratar de descubrir por qué sus nombres aparecían en aquella lista. Lo que ocurrió a lo largo de esa noche está resumido en estas cuatro fotografías. Cuatro hombres aparecieron asesinados en diferentes puntos de la ciudad. Cada uno de ellos tenía en su cuerpo grabada diferente información que sirvió para que la policía consiguiese con su ayuda descubrir al final de la noche el lugar donde tenían oculto a Deneux. Afortunadamente, pudo ser rescatado con vida.

Tras decir esto, hizo una breve pausa y proyectó una nueva imagen en pantalla. En esta ocasión aparecían los rostros de los siete ministros desaparecidos. Seis de las fotografías aparecía a la izquierda de la pantalla mientras que la del séptimo estaba en la parte derecha.

—Después de lo ocurrido en París —continuó—, siete ministros del gobierno británico desaparecieron de manera simultánea en el día de ayer. El hombre que pueden ver en la fotografía de la derecha es el ministro Benjamin Hudson, el único de los siete que realmente no desapareció en un primer momento, y el único junto al ministro Andrew Dean que ha conseguido salir con vida. Sus cinco compañeros corrieron peor suerte y han aparecido asesinados.

Los tres profesores sintieron a la vez un intenso dolor en su interior.

—Y parece que los responsables han decidido poner en nuestro conocimiento por

qué están cometiendo estas atrocidades. Según hemos podido constatar es la información contenida en los documentos secretos de El caso Coen la razón de todo lo que estamos viviendo.

—¿El caso Coen? —preguntó Fallow de manera casi inconsciente—. ¿Qué demonios es eso?

Rice miró al Presidente y, a continuación, respondió a su pregunta.

—Es un archivo sumamente secreto cuyo contenido sólo conocen un puñado de personas en todo el mundo. Todas las que lo conocen, y siguen con vida, están en esta sala ahora mismo. El resto están muertos.

Fallow se quedó helado por la crudeza de la respuesta.

—Se trata de diferentes acciones que nuestros gobiernos han llevado a cabo de manera conjunta en las últimas décadas —añadió Grant consciente de que necesitaba darle más información al respecto—. Y todo lo concerniente a ellas debe ser mantenido en un elevado nivel máximo de confidencialidad, por eso la existencia de ese archivo está limitada a un número de personas muy reducido.

—¿Y por eso las han asesinado? —preguntó ávido de más información.

—En nuestro caso —respondió Taylor—, no es suficiente con que yo esté de acuerdo, como sí ocurre con su país y con Francia. Para que nosotros apoyemos una de esas acciones es necesaria, no sólo mi firma, sino también la de seis de mis ministros.

—E indudablemente eso es lo que nos ha llevado a la situación en la que nos encontramos en este momento y a la que antes hacía referencia —prosiguió Rice—. Si los propios secuestradores han dejado claro que El caso Coen es la razón de todo lo que han hecho hasta ahora, después de atentar contra el gobierno de Francia y del Reino Unido, cabe esperar que hagan lo mismo contra el nuestro. Y teniendo en cuenta que estos dos ataques los han hecho en los dos últimos días, estamos completamente seguros de que hoy es el día elegido para finalizar su trabajo.

Fallow entendió por fin la importancia de la llamada que había recibido unas horas antes y la contundencia con la que el informe secreto de la CIA que había leído en el coche de camino a la Casa Blanca alertaba de un ataque inminente contra el Presidente de los Estados Unidos.

—¿Y qué piensan hacer? —preguntó Milanelli sin la más mínima precaución a pesar de la importancia de las personas allí presentes.

—De momento creemos que lo más indicado es mantener la agenda que tenían planeada hasta ahora —respondió la Directora—. No queremos que el revuelo que ya se ha generado acabe desembocando en un pánico generalizado.

—¿Revuelo? —preguntó sorprendido Campbell.

Rice miró a Connelly para que fuese ella quien respondiera a aquella pregunta.

—Creo que les he tenido un poco desconectados respecto a todo lo que ha ocurrido en las últimas horas mientras volábamos hasta Washington —dijo disculpándoles—. A diferencia de lo que ocurrió en París, el asesinato de los

ministros no ha podido ser ocultado a la prensa y ahora mismo en todo el mundo no se habla de otra cosa.

Los tres profesores la miraron sin dar crédito a lo que estaban escuchando.

—Hemos intentado por todos los medios suavizar las informaciones que llegan a los medios de comunicación, pero por desgracia hoy en día es muy difícil —respondió Taylor—. Con internet cualquier información corre como la pólvora, y a los pocos minutos de que ustedes consiguieran salvarle la vida al ministro Hudson, empezó a llenarse de fotografías suyas hechas por algunas de las personas que se encontraban curioseando delante de la catedral de San Pablo cuando salió atendido por los servicios de emergencias. Después de eso, fue sólo cuestión de unas pocas horas que los medios empezaran a informar sobre ello y que todos los casos aislados que habían ocurrido en la ciudad se fuesen uniendo hasta formar una historia completa.

—Entonces ¿todo el mundo sabe lo que ha ocurrido? —preguntó Margaux.

—Parcialmente, profesora —respondió Rice—. Lo que ahora están emitiendo las diferentes cadenas una y otra vez en programas especiales es que cinco ministros británicos han sido asesinados. Por suerte, no hay imágenes de los cuerpos de ninguno de ellos, pero sí se sabe que han muerto.

Campbell se pasó una mano por la cabeza, confundido.

—Pero ¿cómo es posible que se sepa si dos de ellos ni siquiera aparecieron en Londres?

—Eso quisiera yo saber también, créame —respondió Rice—. Pero incluso ya es de conocimiento público que dos ministros fueron encontrados en París.

—Es increíble —murmuró Margaux.

—Por eso les decía antes que lo último que necesitamos ahora mismo es alimentar aún más lo que se está diciendo en las noticias. Por fortuna, nadie sabe que todo esto se debe a un archivo secreto del gobierno, ni que el Presidente Grant es el próximo objetivo de esas personas.

Justo al terminar de decir esas últimas palabras, la pantalla en la que aparecían las imágenes de los ministros se apagó. Atraídos por ese repentino cambio, Rice detuvo lo que les estaba exponiendo y apuntó con el mando a distancia a la pantalla intentando encenderla de nuevo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Fallow.

Sin responder a su pregunta, Rice pulsó un botón diferente y la pequeña pantalla situada a la derecha cambió su imagen. Lo mismo ocurrió al hacer algo similar con la pantalla de la izquierda.

—No sé por qué no responde —dijo en voz baja.

—Los secuestradores —murmuró Milanelli.

Rice se giró hacia él al escucharle.

—No sea ridículo, profesor —le espetó claramente enojada por su comentario—. Está usted en la Sala de Situación de la Casa Blanca. Creo que no podría encontrarse

ahora mismo en un lugar más seguro en todo el país.

Milanelli se quedó en silencio.

—Entonces ¿qué ocurre? —insistió Fallow.

A medida que pasaban los segundos y no conseguía arreglar aquel pequeño problema, la tensión que se respiraba dentro de la sala crecía de manera exponencial. El riesgo ante un inminente atentado contra el Presidente y aquella situación inexplicable se entremezclaban inundando el ambiente de nerviosismo.

—¿Ésta es la señal de la hablaban? —preguntó finalmente Connelly sabiendo el riesgo que corría al contradecir a la Directora.

Rice se volvió enfurecida.

—¡¿De qué maldita señal están hablando?! ¡Esto es sólo un monitor que no responde, nada más!

En ese momento, la imagen volvió a la pantalla tímidamente hasta que al cabo de unos pocos segundos toda se encontraba de color blanco. A continuación, una línea de texto negro apareció sutilmente en el centro.

101211

Capítulo 14

Grant tuvo que sujetarse firmemente a los reposabrazos de su asiento para disimular el enorme impacto que le había producido ver aquel número que acababa de aparecer escrito en la pantalla. Rice y él eran las dos únicas personas en toda la sala que conocían su significado y los dos mantenían su mirada clavada en ella incapaces de articular palabra.

—¿Qué significa ese número? —preguntó Fallow viendo la cara del Presidente.

Rice se volvió y miró directamente a Grant. A continuación, separó una de las sillas y se sentó en ella. Dejó el mando a distancia y se llevó ambas manos a la cabeza reclinando su cuerpo hacia delante sobre la mesa.

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó nervioso Taylor al verla.

—Lo que la agente Connelly ha dicho hace un momento —respondió Milanelli—. Esto es lo que queríamos que ocurriera. O mejor dicho, lo que necesitábamos que ocurriera, si es que pretendemos descubrir lo que tienen pensado hacer hoy.

—¿Eso es cosa suya? —preguntó atónito Deneux señalando a la pantalla.

—Sin duda —asintió el profesor—. Y al igual que ocurrió con su hijo, esta es la primera información que nos dan para intentar salvarles la vida hoy a ustedes.

Deneux y Taylor miraron a la vez a Grant que continuaba con la mirada clavada en la pantalla y con una expresión en su rostro que reflejaba perfectamente la confusión que sentía en ese momento.

—Creo que en ese caso vamos a necesitar que nos expliquen ampliamente qué demonios significa y por qué les ha causado tanto impacto ese número —dijo Fallow con claro malestar.

Rice se incorporó levemente separando las manos de la cabeza, tomó aire, y volvió a mirar al Presidente que le hizo un sutil gesto afirmativo.

—Ese número es en realidad una fecha —respondió atendiendo a su pregunta—. El 12 de octubre de 2011.

—¿Y qué demonios ocurrió ese día? —la interrumpió enojado.

—Es el día que el Presidente relegó del mando al jefe de El caso Coen.

Los tres profesores se intercambiaron miradas rápidas entre ellos. Sabían de sobra que aquello era obra de los secuestradores, pero parecía que por fin iban a descubrir, no sólo la razón de lo que estaba pasando, sino quién lo estaba haciendo.

—Eso respondería a muchas preguntas —dijo Campbell intentando suavizar un poco la tensión que se percibía en la sala.

—No, profesor —respondió ella al instante para hacerle ver que no había entendido correctamente lo que había dicho—. Sólo hay tres personas que conocen la relación que esa fecha tiene con El caso Coen. Y el Presidente y yo somos las únicas que todavía estamos vivas.

Milanelli arqueó las cejas sin disimular su enorme sorpresa.

—¿Cómo dice? —preguntó.

—El 12 de octubre de 2011 relevé de su cargo al que hasta ese momento había sido el jefe de El caso Coen —respondió Grant tratando de darles más información a los profesores—. Como consecuencia de ello, el primer encargo de su sucesor fue acabar con su vida.

—Pero no lo hizo —dijo Fallow interrumpiéndole.

—No, eso no es posible —renegó enérgicamente—. Baughman me aseguró que Morton había muerto.

Margaux sintió estremecerse al escuchar la facilidad con la que el Presidente de los Estados Unidos estaba hablando de asesinar a una persona y al comprobar también que ni Taylor ni Deneux parecían inmutarse lo más mínimo.

—Siento decir esto, pero creo que necesitamos que nos expliquen un poco más detalladamente qué es lo que está pasando aquí —comenzó Campbell algo temeroso—. Creo que ninguno de nosotros tenemos la menor duda de que esto es obra de los secuestradores —dijo señalando a la pantalla— y si quieren que les ayudemos a entender qué es lo que significa, y cómo eso puede salvarles la vida, es necesario que nos informen de todo lo que sepan al respecto.

Rice volvió a coger el mando de encima de la mesa y comenzó a navegar por un directorio en la pequeña pantalla situada a la derecha de la principal en la que aparecía aquel número. Al encontrar lo que estaba buscando, seleccionó la fotografía de una persona y comenzó su explicación.

—Thomas Morton es el hombre que tienen en pantalla. Fue el jefe de El caso Coen hasta hace un par de años. Concretamente hasta el 12 de octubre de 2011. Ese día el Presidente le relegó de su cargo al descubrir que no estaba cumpliendo con las obligaciones que tenía encomendadas.

—¿Qué obligaciones? —preguntó Milanelli.

Rice le miró durante un instante antes de continuar.

—Cuando nuestros tres gobiernos acuerdan la necesidad de llevar a cabo una acción, su obligación es seleccionar a un hombre para que la ejecute. Nadie conoce la identidad de esa persona, ni siquiera nosotros. Sólo él. La persona elegida pasa a recibir el nombre genérico de *Red* que será con el que figurará en cada informe que se redacte cuando cada una de esas acciones haya sido convenientemente ejecutada. El problema que tuvimos con Morton fue que descubrimos que no estaba llevando a cabo la segunda parte de sus obligaciones, ya que no sólo tenía que elegir a la persona que llevaría a cabo la misión, sino que además debía acabar con su vida una vez que la hubiese realizado.

—¿Cómo dice? —preguntó Campbell inconscientemente.

—Profesor —le respondió mirándole fijamente a los ojos con una mirada desafiante—, estoy segura de que es perfectamente consciente de que no estamos aquí para que enjuicien la moralidad de este gobierno, ni para que pongan en duda por qué hacemos lo que hacemos. Están aquí para ayudarnos a evitar que lo que ocurrió ayer en Londres con esos ministros pueda llegar a sucederle hoy a alguno de

los tres hombres que están sentados en esta sala.

—¿Y le relegaron por negarse a asesinar a esas personas? —preguntó Margaux tratando de defenderle.

—Sí, profesora. Él sabía perfectamente cuál era su cometido. Sabía que debía elegir a un hombre para ejecutar cada acción y posteriormente eliminarle. Sin embargo, no lo hizo.

—¿Y entonces ustedes le mataron? —preguntó Milanelli.

—Entiendo que lo que están escuchando puede no ser asumible para ustedes —dijo Grant comprendiendo su actitud—, pero posiblemente El caso Coen recoja algunas de las acciones más secretas que este gobierno haya llevado a cabo en las últimas décadas, y esa es la manera en la que está planteado y la manera en la que tienen que hacerse las cosas. Morton incumplió su palabra y debía ser eliminado.

—¿Y qué ocurrió con ellas? —insistió—. Si no les asesinaba ¿dónde están ahora?

—Precisamente por esas dos preguntas que acaba de formular entenderán por qué nos ha sorprendido tanto a los dos ver ese número que ha aparecido en la pantalla. Está claro que Morton es quien está detrás de todo esto, y es muy probable que las personas que le estén ayudando sean quienes durante años ejecutaron esas acciones y a las que él mantuvo con vida.

—Pero se supone que ese hombre está muerto —dijo Taylor nervioso.

—Debería estarlo —respondió en voz baja Rice volviéndose para mirar su fotografía—. Pero parece ser que, por una razón u otra, ese maldito bastardo se las ha arreglado para mantenerse con vida, y ahora ha vuelto para acabar con el Presidente y con todos los que participan en El caso Coen.

Capítulo 15

Chavier cerró los ojos durante un instante y la escena que había vivido horas antes delante de la entrada del Panteón de Roma volvió de golpe a su cabeza. Tras deletrear a los profesores el texto que aparecía en el friso del pórtico, había escuchado gritar a la profesora Margaux y seguidamente el sonido de varios disparos. Después de eso, el silencio.

—¿Comisario...?

La voz de Eugene hizo que abriera los ojos de nuevo y la mirara con gesto cansado.

—¿Van a asesinar al Presidente de los Estados Unidos? —preguntó sin terminar de creer lo que acababa de decirle.

—Estoy convencida de que así es, señor. No sabría explicarle por qué han seguido este comportamiento en los últimos dos días. Sobre todo en lo referente al secuestro de Deneux, pero no me cabe la menor duda de que El caso Coen es la razón de todo lo que está ocurriendo y que su principal objetivo ahora mismo es él.

Chavier desvió su mirada hacia los inspectores que seguían atentamente aquella conversación guardando un escrupuloso silencio.

—¿Y sabe dónde están los profesores en estos momentos?

Eugene consultó su reloj.

—En Washington —afirmó dejando un cierto halo de inseguridad en su respuesta—. La CIA se ha puesto en contacto con ellos hace varias horas y ya están en los Estados Unidos para tratar de evitar que cumplan con lo que tienen planeado.

—De modo que otra vez estamos en la misma situación —dijo volviendo a mirar a los inspectores.

Eugene se giró hacia la pantalla del ordenador y tecleó un rápido comando. A continuación, el mapa del mundo donde estaba señalado el punto desde el cual los secuestradores habían accedido a la base de datos de la Interpol se cerró y apareció el plano de un edificio.

—Este es el edificio de la ONU —les explicó señalando con la mano derecha a la pantalla, justo al mismo tiempo que aparecían dos puntos parpadeantes de diferente color—. El punto rojo es el lugar que obtuve con mi búsqueda.

—¿Y el verde? —preguntó Paccaud sin dejarla terminar.

—El verde es el lugar donde el Presidente Grant tiene que dar hoy su discurso —respondió.

Chavier palideció al ver lo increíblemente cercanos que se encontraban ambos.

Capítulo 16

—Entonces ¿qué demonios tenemos que interpretar nosotros con ese número? —preguntó Taylor enfurecido.

Milanelli giró la cabeza para leer de nuevo aquellos seis números y les planteó la mejor opción de cuantas posibilidades creía que tenían ante ellos en ese momento.

—Según nos acaba de exponer el Presidente parece claro que ese hombre, Thomas Morton, es quien ha ideado todo lo que ha ocurrido en los dos últimos días —respondió sin poder ocultar cierta admiración— y la razón por la cual nos ha mostrado esa fecha es para que no nos quede la más mínima duda al respecto.

—¡Pero si debería estar muerto! —exclamó Fallow con furia.

—Debería... —dijo Margaux anticipándose al profesor—, pero todo indica que no es así. Y creo que sólo existe una manera de asegurarnos y es a través de la persona que ahora está al frente de El caso Coen.

Grant se mostró de acuerdo con la sugerencia planteada por la profesora y miró a Rice que rápidamente cogió su teléfono.

—Por eso no tiene que preocuparse, lo averiguaremos ahora mismo —comentó al tiempo que empezaban a escucharse tonos de llamada a través del altavoz JBL situado en el centro de la mesa.

Cuando el sonido cesó, la sala permaneció en silencio unos instantes.

—Código uno —dijo Rice en primer lugar.

—Entendido —respondió una voz.

La Directora de la CIA miró al Presidente.

—¿Estás sólo? —preguntó Grant.

—Sí, señor.

—Bien —dijo mostrando cierto alivio—. Creo que tenemos un gran problema.

—El Presidente tiene razón —se anticipó a añadir Rice—. Tenemos una serie de informaciones que nos permiten confirmar con bastante seguridad nuestra sospecha de que Morton está vivo.

Durante unos segundos se hizo de nuevo el silencio.

—Eso es imposible —respondió con sequedad aquella voz.

—Deberías plantearte la contundencia con la que haces tus afirmaciones —le reprendió Grant levantándose de la silla y comenzando a caminar por la sala—. Realmente no es sólo información que tenemos al respecto, sino lo que ha ocurrido en los dos últimos días lo que nos hace estar plenamente convencidos de que lo que acaba de decir la Directora es cierto.

—¿El qué, exactamente?

—¿No sabes qué ha ocurrido hace unas horas en Londres? —preguntó extrañado.

—No, señor —respondió tras unos instantes.

—Cinco de los seis ministros británicos que participaban en los acuerdos de El caso Coen han sido asesinados —le informó con crudeza.

El silencio volvió a invadir la habitación unos instantes.

—¿Cómo es posible? —preguntó manteniendo su frialdad.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —respondió Rice—. Las únicas personas que conocen la existencia de esas actividades se encuentran en esta misma sala con el Presidente y conmigo ahora mismo. Salvo tú.

—¿No creerá...?

—No, por supuesto que no —le cortó de inmediato Grant—. Tengo absolutamente claro que tú no has sido el autor de esos asesinatos. Pero precisamente por eso es por lo que sospechamos que Morton pueda estar vivo. Él es el único que sabe en qué participaban esas personas, y el único que podría tener una razón para acabar con sus vidas.

—Lo que necesitamos saber —se arriesgó a preguntar Milanelli— es si usted tiene manera de confirmar si ese tal Morton puede estar con vida.

Baughman permaneció en silencio al no reconocer la voz de quien le hablaba.

—Conteste —le ordenó de manera categórica Rice sin darle la menor explicación.

—Morton está muerto —respondió de nuevo con sequedad.

—¿Está completamente seguro de eso? —insistió Milanelli.

Rice y Grant se miraron de manera instintiva al ver el tiempo que Baughman se tomaba para responder esa última pregunta.

—Yo mismo vi cómo se quedaba allí. Me encargué de que no pudiese salir con vida.

—Entonces, no le mató —afirmó Rice con ira.

—No fue necesario. No tenía a dónde ir. Es imposible que haya podido sobrevivir.

Milanelli mostró una incipiente sonrisa y miró directamente al Presidente.

—¿Dónde le dejó? —preguntó Fallow.

—En la isla Bylot, señor —respondió Baughman—. En medio del Parque Sirmilik. No hay posibilidad ninguna de que haya podido salir de allí con vida.

—Pues parece que encontró la manera de hacerlo —dijo con cierta sorna el profesor—. Y también parece que ha vuelto para ajustar algunas cuentas con ustedes.

Rice se pasó una mano por el rostro intentando recapacitar y pensar cuál debía ser su próximo paso.

—Teniendo en cuenta todo lo que está ocurriendo, creo que lo más inteligente es afrontar esta situación considerando que, efectivamente, Morton está detrás de lo que ha ocurrido y que es la persona que quiere acabar con la vida del Presidente.

—¿Por qué cree que su vida está en riesgo, señor? —le preguntó directamente a Grant.

—Cuando encontramos al ministro Hudson con vida —respondió Margaux—, éste no paraba de repetir algo una y otra vez. Y lo que decía con tanta insistencia era que las personas que le habían secuestrado iban a asesinar al Primer Ministro.

—Pero ese hombre no tiene nada que ver con El caso Coen —le contradujo

Baughman ignorando la importancia de que lo acababa de escuchar.

—No, no la tiene —respondió Rice—. Pero en realidad, en Londres no sólo secuestraron a los seis ministros implicados, sino que también hicieron lo propio con un séptimo ministro al que los profesores y la policía británica lograron encontrar con vida.

Baughman soltó una ligera risilla que no pasó desapercibida por ninguno de ellos.

—¿Le hace gracia? —preguntó Taylor enfurecido por la indiferencia con la que parecía estar tomándose la muerte de cinco de sus compañeros de gobierno.

—No, por supuesto que no, señor —expresó de nuevo con tono serio—. Es simplemente que, sea cosa de Morton o no, lo que han hecho allí es algo tremendamente simple, pero muy efectivo. No hay mejor manera de ocultar lo que está ocurriendo que desviando la atención. Apuesto a que la policía necesitó que apareciesen la mayoría de los cuerpos para llegar a la verdadera razón de lo que estaba sucediendo.

—Sí, así fue —admitió Campbell sin rubor, incluso cuando hacerlo significaba reconocer que él mismo había caído en el engaño—. Aunque en realidad fueron los propios secuestradores los que se encargaron de dejar claro que El caso Coen era esa razón.

—Creía que sólo hablábamos de Morton —dijo extrañado.

—Tenemos motivos para pensar que está siendo ayudado —le aclaró Rice—. Lo ocurrido en París y Londres no ha podido ser obra de una sola persona. Alguien ha tenido que ayudarlo.

—¿Es que Morton también ha hecho algo en París? —preguntó con sorpresa.

Grant suspiró antes de contestarle.

—Así es —dijo sin entrar en detalles—. Aunque lo que realmente nos importa a nosotros ahora es saber si ha sido él, o no, el autor. Y si es así, cómo demonios vamos a evitar que cumpla lo que tiene preparado.

—¿Asesinarle a usted y al Primer Ministro?

—Y al presidente Deneux —respondió Rice—. Lo que ha hecho Morton en los últimos dos días ha sido un acto progresivo contra todos los que participan en El caso Coen. Progresivo, tanto por el número de las personas implicadas, como por la gravedad de lo que ha hecho. En París secuestró al hijo del presidente y, por suerte, fue encontrado y su vida ya no corre ningún peligro. Por el contrario, en Londres no tuvo ninguna piedad con los ministros y los asesinó cruelmente.

—Creo haber entendido que mató a cinco de ellos ¿verdad? —inquirió casi interrumpiéndola—. ¿Qué ocurrió con el sexto ministro? ¿Pudieron encontrarle antes de que lo asesinara?

Los profesores se miraron instintivamente entre sí al escucharle. Aquella pregunta había sobrevolado su pensamiento durante todo el día anterior y su mejor explicación al respecto había sido plantearles a Godwin y a Bailey la posibilidad de que el ministro Dean pudiese haber colaborado con el secuestro de sus compañeros.

—Todavía lo estamos investigando —respondió Taylor sabiendo que era responsabilidad suya contestar a esa pregunta—. Efectivamente, como usted dice, todos aparecieron asesinados excepto el ministro Andrew Dean que sigue en paradero desconocido. La policía británica está empleando todos los medios a su alcance para encontrarle y esperamos conseguirlo muy pronto.

—¿Y a qué se debe ese comportamiento tan diferente entre lo que hizo en París y lo que hizo en Londres?

—Es muy posible que usted no esté al corriente de ello —respondió Deneux—, pero yo no estoy conforme con la mayoría de las cosas que hacemos. Con las acciones que le ordenan ejecutar.

—De modo que Morton está tomándose la justicia por su cuenta —comentó entendiéndolo por fin lo que estaba ocurriendo—. Y ahora creen que ustedes son los siguientes ¿verdad?

—Eso creemos, sí —respondió Margaux—. Como le mencioné antes, el ministro Hudson nos dijo que los secuestradores tienen pensado asesinar al Primer Ministro, y es evidente que la única manera que él tenía de saberlo es porque les escuchase decirlo en algún momento o porque ellos se lo dijeran directamente.

—Créame que si Morton quería mantenerlo en secreto lo hubiese hecho. Si ese hombre lo sabía es porque él quería que lo supiese —dijo Baughman.

—Pero ¿qué lógica puede tener avisarnos de lo que tiene pensado hacer? —se preguntó Fallow—. Ahora estaremos preparados para evitar que pueda ocurrir.

Milanelli levantó la mirada y le sonrió.

—Eso es en realidad lo que quieren, señor. Quieren que tengamos muy claro lo que van a hacer.

—¡Pero si vamos a evitarlo! —exclamó interrumpiéndole.

—No creo que puedan, lo siento —continuó su planteamiento con la máxima educación posible—. Lo que hemos visto hasta ahora deja muy claro que son capaces de hacer lo que se proponen sin que nosotros podamos hacer nada para evitar que suceda.

—¿Me está diciendo que es imposible evitar que mate al Presidente?! —preguntó hecho una furia.

—No, señor —respondió Margaux—. Claro que podemos evitarlo y por eso nos dan esa información. Porque para ellos todo esto es un juego. Igual que lo fue el secuestro de Deneux y el de los ministros. Y por eso nos han traído hasta aquí ¿verdad? Sabemos cuál es su intención y ahora tenemos que descubrir cómo lo van a hacer y cómo podemos evitarlo.

—¿Y qué propone, profesora? —le preguntó Rice en tono conciliador tratando de calmar la tensión que se respiraba dentro de aquella sala.

Margaux suspiró al verse arrinconada por la responsabilidad que suponía decidir algo tan importante.

—Creo que lo más adecuado sería que de momento todo siguiese como hasta

ahora. Si no estoy confundida, la agente Connelly nos comentó que ustedes tienen hoy una conferencia en Nueva York. En mi opinión, lo mejor que pueden hacer es continuar como si todo fuese normal y, mientras tanto, nosotros trataremos de hacer nuestro trabajo.

—Estoy de acuerdo con ella —añadió Campbell apoyándola—. Esa manera de actuar es la que hemos seguido siempre, tanto en París como en Londres, y diría que es la que quieren que sigamos también hoy. Recuerden que para ellos todo esto es una especie de juego y es posible que ahora hayan organizado algo similar en Nueva York a lo que ya hemos vivido en otras dos ocasiones. Y si es así, lo mejor es que lo sigamos y que tratemos de adelantarnos a ellos para salvarles la vida.

Tras escucharle, Rice consultó su Rolex Pearlmaster y, a continuación, se puso de pie, se abrochó un botón de su *blazer* italiano hecho a medida y miró con gesto serio al Presidente.

—Señor, creo que los profesores deben acompañarnos a Nueva York. Blindaremos Manhattan y nos encargaremos de que nadie pueda acercarse al edificio de la ONU.

Grant hizo un leve gesto afirmativo con la cabeza y todos se levantaron de sus asientos.

—Si me permiten una puntualización —dijo Milanelli con cierta imprudencia—, todo lo que ha planteado la profesora es cierto, si bien todavía es necesario que recibamos la información que nos permita saber qué es lo que tenemos que hacer, exactamente.

Rice y Grant le miraron con cara de extrañeza sin comprender.

—El juego —añadió tratando de explicarse—. Necesitamos información. Está claro que ese número que ha aparecido en pantalla ha servido para que ustedes supieran que ese hombre que debería estar muerto es el responsable de todo esto. Sin embargo, a nosotros eso no nos ayuda para nada. No tenemos todavía ningún punto de partida por el que empezar.

—¿Está diciendo que no pueden hacer nada? —preguntó Taylor.

—Lo que está diciendo el profesor es que si queremos ayudarles necesitamos saber qué es lo que tenemos que hacer en Nueva York, o por lo menos por dónde debemos empezar a hacer lo que se supone que quieren que hagamos allí —les aclaró Campbell—. Y para eso nos hace falta información.

—¿Y cómo piensan encontrarla? —preguntó Deneux mostrando su preocupación.

—Ese es el problema, señor. En el caso de su hijo la policía recibió una carta con nuestros nombres y la profesora recibió otra parecida que nos permitió entender por dónde debíamos empezar a buscarle.

—Y aquí no tienen nada de eso —señaló Rice entendiéndoles.

—Exacto.

—¿Y en Londres? —preguntó Taylor.

Campbell dudó un instante.

—Bueno, allí tampoco teníamos información de por dónde debíamos empezar a buscar a sus ministros, señor. Simplemente los cuerpos fueron apareciendo.

—Entiendo, por tanto, que el hecho de que no la tengan en estos momentos no es algo positivo —comentó Grant.

—Eso me temo —respondió Milanelli satisfecho de comprobar que el Presidente estaba comprendiendo lo que trataban de decirles—. En París nos la dieron porque querían que salváramos a Deneux, mientras que ayer no lo hicieron porque tenían pensado asesinarlos igualmente.

—Pero tienen lo que le dijeron al ministro Hudson —afirmó Rice tratando de encontrar algo que les pudiera valer de ayuda.

Campbell negó con la cabeza.

—No, eso no nos sirve, lo siento. Que ellos tres son su próximo objetivo era algo lógico viendo la progresión de todo lo que han hecho hasta ahora y las palabras de ese hombre simplemente lo corroboran.

—¿Entonces? —preguntó Grant.

—Lo que les dijo antes el profesor Milanelli —respondió Margaux encogiéndose de hombros—. Si queremos que esta historia termine bien para nuestros intereses necesitamos tener un punto de partida desde el que poder empezar a hacer nuestro trabajo, y eso pasa ineludiblemente porque sean los secuestradores, o incluso el propio Morton, quienes nos digan cuál es ese punto. De modo, que esperemos que desde el mismo momento en que salgamos por esa puerta —añadió señalando a la salida— y hasta que lleguemos a Nueva York, ocurra algo que nos permita saber por dónde debemos comenzar a intentar salvarles la vida.

Capítulo 17

Chavrier miraba asombrado aquellos dos puntos de colores que parpadeaban incesantemente en la pantalla del ordenador de Eugene. A pesar de lo que había vivido en París buscando al hijo de Deneux, y tan sólo unas horas antes en Roma, le parecía imposible que los secuestradores tuviesen la capacidad de acceder a un lugar tan importante y vigilado como el edificio de la ONU y llegar a estar tan cerca del Presidente de los Estados Unidos cuando él fuese a estar en su interior.

—¡Debemos avisar a los profesores! —exclamó instintivamente—. ¡No podemos permitir que entre en ese edificio!

—Como le dije antes —respondió Eugene tratando de calmarle—, creo que ya se encuentran en Washington en este momento, y es muy posible que tengan pensado ir a Nueva York. Sea lo que sea lo que tenga que ocurrir, está claro que va a suceder allí.

—¿Has avisado ya a la CIA? —preguntó Paccaud.

—No, todavía no. Quería que el comisario conociese lo que había descubierto antes de hacer nada al respecto.

Chavrier se llevó la mano a la barbilla tratando de pensar lo más rápido posible.

—Está bien, está bien —murmuró nervioso—. Has dicho que van a ir al edificio de la ONU ¿no es así? ¿Hay alguna manera de que podamos ver qué es lo que está ocurriendo allí ahora mismo?

Eugene se dio la vuelta y comenzó a teclear varios comandos excitada. Sabía que la única manera de satisfacer aquella petición era entrando en el circuito de cámaras de vigilancia de la ciudad.

Durante varios segundos, los inspectores y el comisario se mantuvieron en silencio observando lo que estaba haciendo. Al final, la pantalla se llenó de pequeñas imágenes en blanco y negro.

—Ya está —les anunció orgullosa—. Es posible que con el suficiente tiempo pudiese llegar a acceder al sistema de vigilancia del edificio, pero creo que para hacernos una idea general de lo que está pasando esto nos sirve.

—¿Y qué es todo eso? —preguntó Bingleau.

—Cámaras de vigilancia repartidas por diferentes puntos de Manhattan —respondió abriendo aleatoriamente una de ellas—. Esta, por ejemplo, está situada en el cruce de 1st Avenue con 39th Street. Y eso que se ve al fondo es el edificio de la ONU.

Chavrier se acercó a la pantalla para ver más de cerca lo que les estaba mostrando.

—¿Habría manera de verlo mejor? —preguntó insatisfecho.

—Sí, por supuesto —se disculpó—. Simplemente he abierto una al azar, pero podemos buscar la que esté justo delante.

Mientras hablaba, abrió una segunda ventana del navegador y buscó el mapa de Nueva York. A continuación, amplió la imagen sobre la isla de Manhattan hasta colocarse encima del edificio de la ONU.

—Creo que la 42 y la 43 serían perfectas —murmuró.

Sin perder un segundo, volvió a la pantalla en la que se veían las capturas de todas las cámaras y seleccionó una de ellas.

—Esta es la cámara que está en el cruce de 1st Avenue con 42th Street —les indicó en cuanto se amplió la imagen—. Justo en la puerta principal del edificio.

El comisario repitió lo que acababa de hacer unos segundos antes y se acercó para verla más detenidamente. La cámara que grababa aquellas imágenes tenía un determinado ángulo de movimiento de manera que permitía ver lo que ocurría a ambos lados de la entrada. En ese momento, la explicación que Campbell le había hecho en el Louvre mientras admiraban el cuadro de Las bodas de Caná volvió a su mente.

—Parece estar muy vigilado —dijo Paccaud expresando en voz alta lo que sin duda los cuatro tenían en mente.

—Es normal —respondió Eugene señalando la parte superior de la pantalla—. Son las siete y cuarto de la mañana allí, y el Presidente tiene su discurso a las nueve en punto. Ese edificio tiene que estar blindado ahora mismo.

Aquellas palabras hicieron que el recuerdo de Campbell desapareciese súbitamente de la mente de Chavier y lo sustituyese la imagen de los dos puntos parpadeantes.

—Pero los secuestradores están ahí ahora —dijo retrocediendo un paso—. ¿Cómo es posible que ese edificio esté tan vigilado y ellos puedan estar dentro?

—En realidad no es ni mucho menos necesario, señor —respondió Eugene volviéndose hacia él—. Lo que yo descubrí, y que les acabo de enseñar, es que la incursión en la base de datos de la Interpol se hizo desde ese edificio, pero eso no implica obligatoriamente que estén allí esperándole.

—De hecho sería bastante difícil de creer —añadió Paccaud.

Durante unos instantes los tres permanecieron en silencio observando al comisario que tenía la mirada perdida en el suelo sin conseguir entender qué era lo que estaban tramando los secuestradores con todo aquello.

—Entienda, señor —insistió Eugene viendo su respuesta—, que esa incursión pueden haberla hecho hace días, o incluso semanas. No es necesario que se haya hecho a la vez de lo que ustedes vivieron en el Louvre.

El comisario levantó la mirada y la devolvió a la pantalla del ordenador.

—Está bien —aceptó finalmente con resignación—, supongamos que no están en ese edificio y que la policía de Nueva York lo tiene totalmente vigilado y que ahora es plenamente seguro. Debemos avisar a los profesores igualmente de lo que hemos descubierto. Tal vez a ellos sí les pueda servir de algo esta información.

Los inspectores y Eugene asintieron al mismo tiempo mientras escuchaban sus

palabras. Sin perder un segundo, Chavier sacó el teléfono móvil de su bolsillo y marcó el número de la profesora al tiempo que activaba el dispositivo manos libres para que todos pudiesen escuchar lo que iba a decirle.

—Me alegra escucharle de nuevo, comisario —dijo Margaux en voz alta intentando superar el atronador ruido de fondo.

—Lo mismo digo, profesora —respondió el comisario sorprendido por el ruido—. Tengo entendido que están ustedes en Washington.

—Sí, así es. Aunque estamos a punto de coger un vuelo hacia Nueva York.

Chavier volvió a mirar a la pantalla del ordenador antes de continuar. El ruido apenas le permitía escuchar lo que le estaba diciendo y debía ser lo más rápido y conciso que pudiera.

—En ese caso no quiero entretenerla. Simplemente le llamaba para informarles de que Eugene ha confirmado que los secuestradores accedieron a la base de datos de la Interpol para borrar sus identidades, y por eso no hemos sido capaces todavía de identificar a las personas que vimos en las grabaciones.

—Eso es genial, comisario —respondió Margaux hablando cada vez más alto.

—Sí, sí... lo sé. Pero lo realmente interesante es el lugar desde donde hicieron esa incursión. Hemos descubierto que lo hicieron desde el edificio de la ONU.

Tras decir eso, lo único que se escuchó a través del teléfono fue el ruido que generaban las hélices de un helicóptero.

—¿Me escucha, profesora? —preguntó casi gritando.

—Sí, comisario, le escucho. Es sólo que nunca me hubiese podido imaginar lo que acaba de decirme. Si eso es cierto, quiere decir que no sólo tienen pensado hacer lo que nosotros ya suponemos, sino que ya están en Nueva York esperándonos.

Capítulo 18

El Sargento del Cuerpo de Infantería de Marina, con su impecable uniforme de Gala Azul y sus característicos guantes blancos, cerró la puerta situada a la derecha de Margaux y el atronador sonido de las hélices se disipó de inmediato. Casi al mismo tiempo, la profesora finalizó la conversación con Chavier y desvió su mirada hacia Campbell. Tras finalizar la reunión en la Casa Blanca, todos ellos se habían dirigido al improvisado helipuerto situado en el jardín sur. Grant, Taylor, Deneux y Rice habían subido a uno de los dos helicópteros VH-60N White Hawk que estaban allí esperándoles, mientras que los tres profesores y Connelly habían hecho lo propio en el otro.

—¿Qué quería el comisario? —preguntó Milanelli viendo el rostro que se le había quedado.

—Me temo que los secuestradores están en el edificio de la ONU —respondió sin el más mínimo cuidado—. O por lo menos ya han estado allí antes.

La agente Connelly no pudo disimular su sorpresa y su desconcierto ante tal afirmación.

—¿Cómo dice, profesora?

—La policía francesa —contestó levantando el móvil que tenía en la mano— ha descubierto por qué no han podido identificar todavía a las dos personas que vimos en las grabaciones de las cámaras de seguridad del Louvre. Y no han podido hacerlo porque al parecer los secuestradores se ocuparon de borrar previamente sus identidades de la base de datos de la Interpol. Pero lo peor de todo —prosiguió sin darles tiempo a preguntar nada— es que parece ser que el lugar desde donde lo hicieron fue el propio edificio de la ONU.

Connelly arqueó las cejas, bloqueada. Milanelli, por su parte, sonrió.

—Una jugada maestra —comentó impresionado—. Aunque no es para menos con todo lo que han hecho en los dos últimos días.

—¿Le resulta divertido que estén ahora mismo en el edificio al que se dirige el Presidente?

—No, por supuesto que no —respondió tratando de aplacar su entusiasmo o al menos disimularlo—. Y puede tener por seguro que ellos ya no están allí. De eso no me cabe la más mínima duda. Simplemente digo que es una jugada maestra porque una vez más demuestran su control sobre todo lo que ocurre, y haber borrado las identidades de esas dos personas desde un ordenador del mismo edificio en el que va a pronunciar hoy un discurso su Presidente es una nueva muestra de ello.

—¿Quizá algo que pueda ayudarles? —preguntó con pocas esperanzas.

—¿Ayudarnos? ¿A qué? —le respondió seguro de cuál era la intención de su comentario.

—A saber qué es lo que tienen que hacer en Nueva York para salvarles, por supuesto.

—No, no lo creo —contestó rápidamente Campbell—. Estoy de acuerdo con él en que esto no es más que otra demostración de su superioridad. Pero más allá de eso, no creo que nos vaya a servir de ayuda para nada. Incluso dudo que nos fuese a ayudar el conocer su identidad. Y con más razón si tenemos en cuenta que ustedes ya parece que han identificado de quién se trata.

—Morton —señaló Connelly.

—Sí, esa persona. Él y quienes se supone que debía haber matado y que parece que ahora le están ayudando a hacer todo esto.

—Entonces ¿ninguno de ustedes cree que el hecho de que ya hayan estado en el edificio de la ONU les sirve de ayuda para saber lo que van a tener que hacer cuando lleguemos?

Los tres negaron a la vez.

—Me temo que no, agente —respondió Margaux con educación—. Lo siento.

Campbell desvió su mirada por la ventanilla del helicóptero intentando descubrir en qué punto concreto se encontraban. Si estaban volando en línea recta desde Washington a Nueva York no había duda de que en algún momento pasarían justo por encima de su casa de Filadelfia.

«Si lo supiese Marlene».

Tras unos minutos de viaje en silencio, el móvil de Connelly comenzó a sonar con un agudo pitido. La agente atendió a la persona que llamaba. Durante diez segundos escuchó atentamente lo que ésta le decía y, seguidamente, lo guardó de nuevo.

—Buenas noticias, profesores. Creo que Morton ya ha iniciado el juego, tal y como estaban esperando que ocurriera.

Capítulo 19

En la puerta del edificio de la ONU decenas de coches de policía tenían completamente rodeado su perímetro y todos sus accesos. Incluso en el río, varias embarcaciones se aseguraban de que nadie pudiese acercarse a varias decenas de metros. En 1st Avenue el tráfico estaba cortado desde 38th hasta 50th Street. Únicamente se permitiría el acceso a los vehículos de los dirigentes de los diferentes países que iban a asistir a aquella conferencia. El Servicio Secreto del Presidente, por su parte, ya había inspeccionado hasta en tres ocasiones que la Asamblea General, donde iba a pronunciar su discurso, estuviese totalmente vacía. Los equipos de la policía provistos de perros entrenados para detectar explosivos la habían registrado también varias veces y todo parecía estar perfectamente preparado.

Justo cuando el jefe del Servicio Secreto salió a la puerta principal, la comitiva del primer asistente apareció a la altura de 40th Street. Si el orden que le habían pasado esa misma mañana era correcto, debía tratarse del Primer Ministro italiano. Cuando los coches estuvieron suficientemente cerca pudo comprobar que, efectivamente, las banderitas colocadas en la parte delantera de los vehículos confirmaban que el plan estaba saliendo como estaba previsto.

A continuación, consultó su reloj.

—Una hora —dijo en voz baja—. Sólo falta una hora.

Capítulo 20

De nuevo un pitido seco, diferente al anterior, volvió a sonar en el teléfono móvil de Connelly.

—¿Qué ha querido decir con eso? —preguntó sorprendido Campbell.

La agente abrió el mensaje de texto que acababa de recibir y lo leyó interiormente en voz baja antes de responder.

—Exactamente lo que han escuchado, profesor —dijo levantando la mirada—. Hace escasos minutos todas las televisiones locales han visto bloqueada su señal y parece ser que durante treinta segundos ésta ha estado ocupada por una única imagen.

—¿Igual que ocurrió en la sala de la Casa Blanca? —preguntó Margaux de manera inconsciente mostrando el mismo grado de sorpresa.

—Eso parece, sí —respondió Connelly—. Por eso digo que creo que es justo lo que ustedes reclamaban.

La agente se desabrochó el cinturón de seguridad y se adelantó unos centímetros en su asiento para poder mostrarles a los tres lo que quería que vieran. Para ello, amplió la imagen en su teléfono y se la mostró a los profesores.

112358132134

55FIN

—¡La sucesión de Fibonacci! —exclamó inmediatamente Milanelli.

—¿Sabe qué significa ese número? —preguntó asombrada Connelly.

—Sí, sí... ¡claro que lo sé! —respondió—. Pero no es un número, como usted dice, sino una sucesión de números individuales.

Connelly giró la pantalla de teléfono para poder verlo de nuevo. Para ella aquello era un sólo número, claramente.

—¿Y qué significa? —insistió ignorando su propia opinión.

Milanelli torció el gesto y dedicó un instante a buscar una respuesta sencilla.

—En el contexto en el que nos encontramos ahora mismo es difícil decirlo. Como les acabo de explicar, no se trata de un sólo número, sino de una sucesión completa de números. Si se fijan —dijo colocando su dedo índice sobre la pantalla— cada uno de ellos resulta de sumar los dos anteriores. Únicamente en el caso de la segunda cifra esto no se cumple ya que tiene sólo una, y no dos, precediéndola por lo que se mantiene el mismo número. El uno.

—¿Y las demás? —se lanzó a preguntar Connelly con impaciencia.

—El resto sí cumplen esa norma —respondió—. Fíjense que, por ejemplo, la cuarta cifra, el número tres, sí es la suma de las dos anteriores, el uno y el dos. Y lo mismo ocurre con la quinta, ya que cinco es la suma de tres más dos. Y la siguiente...

—Creo que lo hemos entendido —le cortó la agente—. ¿Y qué significan,

entonces? —insistió.

Milanelli apartó la mirada del teléfono y la dirigió hacia ella.

—Como le he dicho, es difícil responder a esa pregunta en el contexto actual.

—Pero es lo que ustedes querían ¿no es así? —preguntó interrumpiéndole de nuevo.

—Sin duda —respondió Campbell—. Lo que nos está explicando el profesor parece suficientemente retorcido como para que sea obra de los secuestradores. Y si a eso le añadimos el hecho de que haya aparecido en todas las televisiones...

—Igual que en la Casa Blanca —puntualizó Margaux.

—Eso es —continuó el profesor—. Repitiendo, además en cierto modo, lo que ya habíamos visto allí. Creo que no deja lugar a dudas de que se trata de algo que proviene directamente de los secuestradores.

—Si es así, está de más que les diga que el Presidente y el resto de personas que vuelan en el Marine One están esperando una respuesta por su parte.

Campbell miró un instante por la ventanilla y respiró profundamente.

—Entiendo lo que dice, y creo que los tres agradecemos del mismo modo la enorme confianza que están depositando en nosotros. Pero tienen que concedernos más tiempo para tratar de comprender qué es lo que quieren en esta ocasión. Es indudable que ya tenemos la primera información para comenzar el juego, como les dijimos en la Casa Blanca. El juego que debe llevarnos a tratar de salvar la vida del Presidente, así como la de Deneux y la de Taylor. Pero necesitamos un poco más de tiempo para saber cuál es su significado.

—¿Esa fue toda la información que dejaron? —preguntó Milanelli saliendo en su ayuda.

—Sí, profesor —respondió Connelly al tiempo que se volvía a colocar correctamente en su asiento y se abrochaba de nuevo el cinturón de seguridad—. Al menos hasta el momento es todo lo que nos han mostrado.

—Y es más que suficiente, créame. Pero necesitaba conocer si era todo o tan sólo parte de la información que habían obtenido.

—Entonces ¿sabe qué hacer con ella?

Milanelli torció la cabeza un instante pensativo y, a continuación, le respondió.

—Lo primero que me llama la atención es el cambio que han hecho. Como ya ha dicho el profesor Campbell, creo que los tres estamos de acuerdo en que ese mensaje es obra de los secuestradores. Dicho esto, también me llama poderosamente la atención el modo en que han variado la manera de comunicarse con nosotros.

—Pero la profesora recibió una carta en París que contenía una información similar —le contradijo.

—No exactamente —respondió Margaux—. Esa carta a la que usted se está refiriendo la encontré en mi despacho de la universidad. En Nantes, no en París. En cualquier caso, aquella información era mucho más sencilla que la que puede esconderse detrás de esa sucesión de números.

—Estoy de acuerdo con usted —dijo Connelly—. Aunque esa mayor simplicidad pudo ser debida únicamente a que se trataba de la primera vez que se ponían en contacto con ustedes, y era casi obligatorio por tanto que hicieran algo sencillo para que fueran capaces de interpretarlo.

El profesor Milanelli sonrió al escuchar aquella teoría.

—No podría estar más de acuerdo con usted en lo que acaba de decir. Es indudable que han ido complicando progresivamente, no sólo la información que nos han ido dejando, sino todo lo que han ido haciendo. Y es cierto que inicialmente esa sencillez en el mensaje que recibió la profesora era necesaria para que consiguiéramos entender qué era lo que estaba ocurriendo en París. Ahora tenemos que tratar de enlazar cómo la sucesión de Fibonacci puede ayudarnos a salvar la vida del Presidente.

—También había una palabra ¿no es así? —preguntó Campbell señalando con su mano el teléfono móvil cuya pantalla ya se había pagado.

Connelly la pulsó con el dedo índice para que volviera a iluminarse y de nuevo el mensaje se pudo leer con claridad.

—FIN —dijo leyéndola en voz alta—. Además, está separado del resto de números por lo que puede que signifique algo importante.

—No lo creo —respondió rápidamente Milanelli—. El número 55 que le acompaña pertenece a la sucesión, igual que los demás, porque es la suma de los dos anteriores.

—Pero ella tiene razón —le rebatió Margaux—. Han utilizado dos líneas de texto diferentes para transmitirnos ese mensaje. Con la primera hemos descubierto de qué se trata, de modo que tiene que tener algún significado especial para que la hayan situado a parte.

Inconscientemente, Connelly soltó un suspiro de sorpresa.

—Ya sé qué significa —pronunció ahogadamente.

—¿Lo sabe? —preguntó Milanelli entusiasmado.

La agente levantó la mirada y la dirigió hacia ellos.

—Creo que únicamente tienen que preocuparse por tratar de encontrarle significado a la primera línea de números, profesores. La segunda está dirigida a nuestro Presidente, no me cabe la menor duda. Cincuenta y cinco es la edad que tiene ahora mismo y la palabra FIN no hace falta que les explique qué es lo que quiere decir.

Capítulo 21

—Cuando aterricemos, cada uno de ustedes irá con su comitiva hasta el edificio de la ONU. Es importante que sigamos el plan que estaba previsto para aparentar la mayor normalidad posible —dijo Rice viendo lo cercana que estaba la pista de aterrizaje—. Yo volaré de vuelta a Virginia para dirigir desde nuestro cuartel general la investigación, y para tratar de ayudar a Connelly y a los profesores en lo que puedan necesitar. No quiero que mi presencia en Nueva York pueda levantar sospechas de ningún tipo.

—Aunque usted no venga con nosotros, los periodistas nos verán llegar juntos y querrán saber qué era lo que estábamos haciendo —replicó Taylor.

Rice apartó la mirada de la ventanilla del helicóptero y la dirigió hacia el Primer Ministro.

—Si todo sale como hemos planeado no habrá nadie de la prensa esperándonos. Oficialmente el Presidente debería llegar al helipuerto situado al sur de Manhattan y no a este —dijo señalándolo—. Y como evidentemente eso no va a ocurrir, ya nos escudaremos afirmando que llevábamos retraso en el plan de vuelo y eso nos obligó a cambiar nuestro lugar de aterrizaje. Este helipuerto se encuentra mucho más cerca del edificio de la ONU por lo que no será difícil hacerles creer lo que decimos.

—¿Y qué se supone que debo responder cuando me pregunten sobre lo sucedido en Londres? —inquirió.

—Creo que lo mejor es tratar de aparentar que todo va bien, señor. Lo que ocurrió con sus ministros es una desgracia, y no me cabe la menor duda de que la prensa estará ávida por sacarle cualquier información al respecto. Pero si queremos mantenerles con vida es necesario que los tres se limiten a cumplir lo que tenían planeado hacer hoy. Para protegerles, simplemente déjenos que hagamos nuestro trabajo.

Taylor asintió sutilmente mostrando su confianza en la CIA y en lo que Rice les estaba diciendo.

—¿Sabemos algo de los profesores? —preguntó Grant—. ¿Han podido descubrir ya qué es lo que significan esos números?

Rice sacó su teléfono móvil para comprobar si tenía alguna comunicación de Connelly. Al ver que no era así, lo guardó de nuevo y respondió al Presidente.

—Nada por el momento, señor. Lo siento.

—Está bien —afirmó restándole importancia—. Confío en que sabrán interpretar adecuadamente ese mensaje. Después de lo que hicieron en París y en Londres creo que son las personas más adecuadas para hacer este trabajo. Y mientras nosotros estemos dentro del edificio de la ONU, no me cabe la menor duda de que no correremos ningún peligro.

Capítulo 22

El helicóptero White Hawk en el que volaban la agente Connelly y los tres profesores tomó tierra en el helipuerto situado en el cruce de 30th Street con 12th Avenue. Sin esperar a que las hélices se detuvieran por completo, un hombre salido del coche que se encontraba en la pista esperándoles abrió la puerta situada en el lado de la profesora Margaux y saludó con un leve movimiento de cabeza a Connelly.

—Bajen, profesores —les ordenó la agente—. A partir de este momento nos moveremos en coche por la ciudad.

Siguiendo sus instrucciones, los tres se bajaron del helicóptero y caminaron en fila hacia el coche. Cuando estaban en la puerta, Campbell se giró buscando a Connelly.

—¿Dónde está el helicóptero del Presidente? —preguntó intentando superar el ruido de las hélices—. Ellos salieron antes que nosotros de Washington. Ya deberían haber llegado.

Connelly abrió la puerta del mastodóntico Cadillac Scalade y les hizo un gesto con la mano para que entraran. Cuando los cuatro estuvieron dentro, cerró la puerta y una vez más el ruido desapareció por completo.

—Han ido a otro helipuerto, profesor —respondió mostrando su alivio—. No conviene que nos vean juntos. Es necesario que ellos se ciñan rigurosamente al plan que tenían previsto, y eso es precisamente lo que están haciendo ahora. De nosotros depende ocuparnos de todo lo demás.

Milanelli la miró con gesto complaciente agradeciendo que sobre ellos se dejara la responsabilidad de salvar la vida de aquellas personas.

—Estoy encantado con la idea de que sea así, agente. Aunque entiendo que a usted no se le escapará el hecho de que no sabemos qué es lo que debemos hacer.

—Tienen ese número —dijo al instante, contradiciéndole.

—Sí —respondió con educación—. Y no es un número, sino una sucesión como les expliqué hace unos minutos. No obstante, y aunque todos estamos de acuerdo en que se trata del primer mensaje de los secuestradores, ahora tenemos que tratar de comprender qué quieren decirnos con él.

—Pues está demás que les diga que es importante que lo hagan. Y cuanto antes, mucho mejor.

Campbell se sintió molesto por el modo en que ella, como representante de la CIA, parecía desentenderse por completo de aquel problema, dejándolo únicamente en sus manos.

—Para poder hacer lo que el profesor dice —comenzó procurando ocultar su incomodidad— es necesario que tengamos en cuenta que hasta ahora siempre nos han dejado información con el objetivo de dirigirnos a algún punto en concreto. Por tanto, considero que este caso no es diferente, ya que nos encontramos dentro de un coche en medio de Manhattan y está claro que desde aquí nos vamos a poder salvarle la

vida a nadie.

—En eso estamos completamente de acuerdo.

—Bien. Entonces tratemos, entre todos, de encontrarle significado a esa sucesión de números —continuó—. Si la han elegido es porque tiene que tener algún significado. Para los secuestradores, para el Presidente o...

—¿Lo dice en serio? —preguntó Connelly interrumpiéndole—. ¿Cree que esos números pueden tener algo que ver con el Presidente Grant?

—Tal vez todos no —respondió Margaux—. Pero usted misma nos ha dicho antes que parte de ese mensaje sí tiene que ver con él, porque refleja su edad ¿no es así?

La agente sacó de nuevo su teléfono, abrió el mensaje que había recibido y lo colocó en un punto intermedio entre los cuatro de manera bastante similar a como había hecho antes en su trayecto a Nueva York.

112358132134

55FIN

—Hasta ahora estamos más o menos de acuerdo en que si han elegido mostrarnos este mensaje en dos líneas diferentes es porque cada una de ellas tiene un significado particular. O por lo menos, porque quieren que así lo consideremos —dijo Milanelli.

—Y con 55FIN usted ha propuesto que se refieren al Presidente y a su intención de asesinarle —añadió Margaux.

—Creo que es bastante razonable —dijo excusándose.

—Y lo es, sí —respondió la profesora—. Por lo menos a mí también me parece una buena interpretación. Al fin y al cabo, el Presidente Grant es el que queda por señalar de cuantos participan en El caso Coen, por decirlo de alguna manera.

Campbell y Milanelli asintieron al mismo tiempo.

—Si estamos de acuerdo en eso —prosiguió la agente—, lo que nos quedaría sería encontrarle el significado a la primera línea de números. La sucesión de Fibonacci, como nos explicó el profesor.

—Así es —murmuró este—. Y si todo lo que acabamos de plantear es cierto quiere decir que la primera línea está condicionada a la segunda...

Connelly levantó la vista para mirarle directamente.

—Creo que va a tener que explicarme un poco mejor lo que acaba de decir.

Milanelli se incorporó en su asiento y respondió a su petición.

—Verá, agente, cuando nos enseñó este mensaje, mientras veníamos de camino, lo primero que me planteé fue por qué habían elegido utilizar doce números de la sucesión, exactamente. Quizá podría ser que tuviese algún significado.

—¿Y lo tiene? —preguntó Campbell con curiosidad.

—No lo creo, la verdad —respondió con cierta decepción—. Si el planteamiento de que el número cincuenta y cinco indica la edad del Presidente Grant es cierto,

quiere decir que los han elegido porque eran los que lo precedían en la sucesión, nada más.

Durante unos instantes los cuatro permanecieron en silencio.

—Y eso ¿es bueno o malo? —preguntó finalmente Connelly.

—No sabría decirle —respondió al momento—. Pero no negaré que me hubiese gustado que la razón por la que los han elegido hubiese sido un poco más complicada.

Connelly se mostró sorprendida por su contestación.

—Creo, profesor, que ya tenemos bastantes problemas encima como para desilusionarnos cuando encontramos la solución a alguno de ellos —dijo molesta.

—Lo sé, lo sé —se disculpó—. Y es posible que no me haya expresado adecuadamente. Sólo quería decir que, viendo la evolución de lo que ha ocurrido en los dos últimos días, tal vez esperaba que este mensaje fuese más difícil de descifrar.

—¡Pero si no lo ha hecho todavía! —exclamó crispada.

Margaux levantó la mano derecha tratando de calmarla. Desde su posición entendía lo que estaba tratando de decirle Milanelli pero, a su vez, también comprendía la indignación mostrada por la agente.

—Sea como sea, está claro que conocemos el significado de la segunda línea y debemos centrarnos únicamente en la primera. Además, gracias a lo que acaba de exponer el profesor sabemos que en sí mismos esos números no guardan ningún significado particular.

—¿Y eso lo convierte en algo más sencillo? —preguntó Connelly visiblemente más calmada.

—Sí, eso creo. Si fuese de otro modo, la elección de esos números tendría un significado particular que deberíamos descubrir, y por fortuna parece que no es así. De modo que lo único que nos queda por plantear es que nos indiquen algún lugar concreto, como le dijimos al principio.

—¿Como por ejemplo?

La profesora se encogió de hombros.

—No lo sé, agente. Pero un lugar de Nueva York, está claro. Incluso seguramente aquí en Manhattan.

Connelly desvió por un momento la mirada por la ventanilla hacia el río Hudson antes de continuar con aquella conversación.

—¿Y qué lugar pueden señalar si son sólo unos malditos números?

Milanelli cerró los ojos y comenzó a repetirlos en voz baja.

—1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34... 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34...

—¿Alguna idea? —le preguntó impaciente tras unos segundos obligándole a interrumpir su pensamiento.

—Puede que sí —respondió abriendo los ojos de nuevo—. Creo que debemos plantear esta sucesión de manera diferente a como hemos venido haciendo hasta ahora. A pesar del desinterés con el que usted se acaba de referir a ellos, lo cierto es

que los secuestradores han utilizado en varias ocasiones números para indicarnos cosas importantes. En París, fue el modo en que nos indicaron dónde se encontraba Deneux escondido, y en Londres emplearon una contraseña alfanumérica para mantener retenida a la ministra Johnson en la National Gallery.

Connelly sintió una gran incomodidad al escuchar su respuesta.

—En cualquier caso, lo que a nosotros nos interesa es la razón por la que han podido emplear estos números que tenemos ahora delante.

—¿Y cuál cree que es? —preguntó Campbell.

—Pues para serle sincero, la única opción que se me ocurre es que nos estén indicando un lugar, pero no como en París. Allí los números que encontramos escritos a lo largo de la noche fueron los que señalaban las coordenadas que marcaban el punto donde se encontraba Deneux en las catacumbas, pero si es cierto que no guardan un significado concreto, entonces sólo nos quedaría pensar que son todos en su conjunto los que nos indican algún lugar de esta ciudad.

—¿Descarta, por tanto, que puedan indicar algo similar a las coordenadas de París? —le preguntó Connelly.

—Sí, absolutamente.

—Entonces, efectivamente, es la propia sucesión de Fibonacci la que nos marca ese lugar —propuso Margaux.

Milanelli la miró y sonrió.

—Correcto, profesora.

Connelly respiró aliviada al ver que parecía que por fin habían encontrado su significado.

—¿Y cómo pretenden relacionar esa sucesión con esta ciudad?

—De una manera mucho más sencilla de lo que usted se puede imaginar —respondió Milanelli—. La razón matemática que explica la importancia inherente a la sucesión de Fibonacci es que esta tiene multitud de representaciones en la naturaleza.

La agente arqueó las cejas sorprendida.

—No me mire así —añadió sonriendo—. Aunque usted pueda creer lo contrario, la naturaleza y las matemáticas están íntimamente relacionadas. Y no sólo en este caso concreto.

—De modo que tenemos que encontrar una de esas representaciones en Manhattan y ese es el punto al que quieren que nos dirijamos ¿no es así? —propuso excitada Margaux.

—Esa es mi idea, sí.

—¿Y cómo pretende hacer eso en una ciudad tan grande como esta? —preguntó Connelly sin poder compartir su entusiasmo.

Milanelli volvió a sonreírle.

—Ahí es donde entra la dificultad de todo lo que nos plantean los secuestradores, agente.

Connelly miró a los profesores con la esperanza de que alguno de ellos dos

tuviese una respuesta mejor para su pregunta.

—En mi opinión —dijo Campbell— creo que debemos buscar ayuda para esta tarea. Nosotros estamos muy limitados aquí. Alguien desde el exterior debe hacer una búsqueda informática similar a como ya hicimos en Londres y en París para encontrar lo que necesitamos en este momento.

La agente volvió a encender rápidamente su móvil y buscó en su agenda un número de teléfono.

—No se preocupe por eso, profesor. En la Agencia hay multitud de personas que pueden realizar ese trabajo por nosotros.

—En realidad —le interrumpió Margaux—, creo que debería encargarse alguien que ya haya estado en esta situación anteriormente. Alguien que ya se haya enfrentado a los secuestradores.

Connelly cortó la llamada que acababa de iniciar y la miró directamente a los ojos.

—¿Y en quién está pensando exactamente, profesora?

Capítulo 23

Chavrier se había pasado los últimos minutos sentado, con la mirada clavada en la pantalla del ordenador. A pesar de que llevaban casi dos días trabajando de manera ininterrumpida, se resistía a abandonar una investigación que había comenzado en París, con el secuestro de Deneux, y que se había convertido con el tiempo en algo mucho más grave de lo que él mismo jamás habría podido llegar a imaginarse en un principio. Para respaldar su postura, además, se daba el hecho de que había sido precisamente Eugene quien había descubierto que los propios secuestradores habían eliminado de la base de datos de la Interpol las identidades de dos de ellos desde el edificio de la ONU. El mismo en el que el Presidente de los Estados Unidos tenía que pronunciar ese día un discurso que se retransmitiría en todo el mundo. Por todo ello, la necesidad de ayudar a los profesores en lo que pudiese, aunque fuese desde la distancia, le impedía tomarse un descanso y dejar durante unas horas el trabajo que estaban realizando.

Justo cuando iba a tratar de encontrar con Eugene alguna manera de poder ayudarles, su teléfono comenzó a sonar. Al ver quién le estaba llamando el corazón se le disparó de inmediato.

—¡Profesora! —exclamó con entusiasmo—. ¿Va todo bien por Washington?

—Sí, comisario —respondió Margaux agradecida—. Aunque ya hemos llegado a Nueva York, en verdad, y una vez más creo que vamos a necesitar su ayuda.

Chavrier separó el teléfono móvil del rostro y activó el dispositivo manos libres para que sus compañeros pudiesen escucharla, seguro de que si requerían su colaboración, ésta tendría que ver con algo en lo que Eugene jugase un papel importante.

—Puede decirnos de qué se trata, profesora. Todos la estamos escuchando.

Margaux cerró los ojos un instante, deseando que rechazar la ayuda de la CIA y confiar en la policía francesa hubiese sido una decisión acertada.

—Necesitamos su ayuda porque nos encontramos en una situación similar a la que ya vivimos en alguna ocasión anteriormente. En este caso, los secuestradores nos han enviado un mensaje que consta fundamentalmente de una serie de números que el profesor Milanelli ha identificado como la sucesión de Fibonacci.

Eugene miró al comisario con un brillo de excitación al escucharla.

—Y la conclusión a la que hemos llegado —continuó— es que no hay nada particular en los números que han elegido. Simplemente creemos que hay algo en esta ciudad, o algún punto en particular en ella, que puede estar relacionado con esa sucesión y que sea allí a donde quieren que vayamos.

—¿Algo como qué, exactamente? —preguntó Eugene.

—No sabría decirle —respondió—. Por eso hemos pensado que podría hacer una búsqueda similar a la que le llevó a descubrir que había copias de *Timeo* y *Ética nicomáquea* en el Palacio de Lambeth.

Eugene se dio media vuelta como un resorte en su silla y tecleó a toda velocidad una búsqueda en el navegador.

—¿*Sucesión Fibonacci Nueva York* le parece bien? —preguntó elevando el tono de voz para asegurarse que le escuchaba.

—Sí, agente. Eso suena perfecto.

Eugene leyó en voz baja de manera precipitada y entrecortada lo que aparecía en los primeros resultados de la búsqueda.

—No veo nada interesante —dijo decepcionada.

Sin esperar respuesta, abrió una nueva pestaña del navegador y escribió una segunda búsqueda, *Sucesión Fibonacci Manhattan*.

La respuesta fue inmediata.

—¡Ahí está! —exclamó Paccaud al verlo.

—¿Qué han encontrado, comisario? —preguntó Margaux con nerviosismo.

Chavier se acercó a la pantalla y leyó el resultado que aparecía en primer lugar.

—Creo que es su día de suerte, profesora. Parece que van a visitar otro museo más.

Margaux se quedó en silencio.

Eugene seleccionó aquel resultado y acto seguido se abrió una nueva ventana del navegador.

—Según hemos encontrado, ahora mismo hay una exposición especial en el museo Metropolitano dedicada a la sucesión de Fibonacci y a todos los elementos que hay en la naturaleza que la cumplen —les detalló.

Los profesores y Connelly se miraron inmediatamente los unos a los otros con un brillo especial en los ojos, conscientes de que acababan de descubrir justo el lugar que estaban buscando.

—¿Y especifica si todavía está abierta esa exposición? —preguntó Milanelli tratando de asegurarse.

—Sí, así es, profesor. Pero deberían darse prisa —respondió Chavier apremiándoles—. Según pone aquí hoy es su último día.

Capítulo 24

De manera inmediata, el conductor arrancó el vehículo y se incorporó a la circulación siguiendo las instrucciones de Connelly. El museo Metropolitano no estaba excesivamente lejos del lugar donde se encontraban, si bien el tráfico de la ciudad podía retrasarles considerablemente.

—¿Y qué vamos a encontrar allí? —les preguntó con curiosidad.

—No sabría decirle —respondió Campbell—. Los museos han sido una constante en las elecciones de los secuestrados a lo largo de todo este tiempo. Sobre todo en París, donde el museo del Louvre fue el lugar que eligieron para proporcionarnos la información necesaria para saber a dónde debíamos dirigirnos en cada momento.

—¿Y creen que eso ocurrirá de nuevo hoy?

—Lo dudo —se adelantó a contestar Milanelli—. Ya en Londres todo cambió drásticamente. No sólo por el hecho de que no tenían intención de permitirnos salvar la vida de los ministros, sino porque, a pesar de que lo que está diciendo el profesor es cierto, ayer sólo visitamos la National Gallery en una ocasión.

—Pero también estuvieron en el Guildhall...

Milanelli se quedó bloqueado sin saber cómo responder. Aunque era innegable que tenían razón, su sentimiento era que la importancia que le habían dado al Louvre en París había sido radicalmente opuesta a lo que posteriormente hicieron en Londres.

—Es cierto lo que dice del Guildhall, sí... pero realmente no es sólo el hecho de que en Londres sólo fuéramos a uno o dos museos —afirmó Margaux—, sino que todos los edificios a los que acudimos estaban completamente vacíos mientras que es muy probable que aquí estén repletos de gente.

—Si creen que deberíamos evacuarlo puedo dar la orden y que esté vacío cuando lleguemos —les indicó.

Los profesores se miraron entre sí mostrando gestos de duda. La situación que ahora tenían planteada era diferente a todo lo que habían visto hasta entonces y ninguno era capaz de predecir cómo un edificio lleno de personas podría influir en lo que tenían que hacer.

—En principio... —comenzó con dudas Campbell—. En principio no creo que sea necesario. Es cierto que es una situación opuesta a las que vivimos en París y Londres, pero también lo es todo lo que la rodea.

—Siento contradecirle, pero debo reconocer que yo le veo bastantes similitudes, profesor —le replicó la agente con educación—. Le recuerdo que estamos intentando salvar la vida del Presidente Grant, como mínimo. Sin hablar de lo que podrían tener pensado para el Primer Ministro y para Deneux.

—Sí, sí, lo sé. Y estoy de acuerdo con usted en ese punto. Pero también hemos de tener en cuenta que por primera vez vamos a iniciar un juego organizado por los secuestradores sin que haya realmente nadie a quien rescatar.

Margaux mostró una expresiva mueca de sorpresa ante algo evidente en lo que no

había reparado hasta ese momento.

—Es por eso —continuó el profesor— que quizá no sea necesario que desalojen el museo. Anteriormente sí era bueno para nosotros que aquellos edificios a los que acudíamos se encontraran completamente vacíos porque, primero con Deneux en París y luego con los ministros en Londres, temíamos que en esos lugares pudiesen encontrarse ellos escondidos. Pero aquí no hay nadie desaparecido. El Presidente está en el edificio de la ONU, y con él se encuentran también Taylor y Deneux, y sabemos que por el momento están seguros allí, cuando son ellos realmente el objetivo. Por lo que ahora estamos sumidos en una búsqueda en la que, realmente, no hay nadie a quien encontrar.

—Sea como sea, espero que esta nueva situación sea buena para nuestros intereses —comentó Connelly tratando de extraer la parte positiva de su explicación.

—En verdad, no sabría decirle —respondió el profesor volviendo a mostrar un gesto de duda—. Simplemente creo que podemos acudir a ese museo y ver qué es lo que hay en esa exposición. Como digo, no hay posibilidad de que encontremos a nadie allí porque no hay nadie desaparecido a quien encontrar. Para nosotros esta también es una situación completamente nueva.

La agente miró por la ventanilla y dejó escapar un leve suspiro, justo cuando giraron hacia 8th Avenue.

—En realidad me alegra que piensen de esa manera —reconoció—. Ya hay bastante revuelo en las televisiones con lo sucedido en Londres, y con el mensaje que apareció hace unos minutos, como para que ahora desalojemos un edificio tan importante para esta ciudad como el museo Metropolitano.

Ante aquel comentario, Milanelli no pudo evitar preguntarle tratando de saciar su propia curiosidad. Apenas habían recibido más información sobre el modo en que la gente había descubierto la muerte de varios ministros británicos.

—¿Cómo demonios han podido arreglárselas para manejar esa situación?

—¿Los asesinatos de Londres? —preguntó Connelly sabiendo de sobra a lo que se estaba refiriendo—. Difícilmente, se lo aseguro. Y más si tenemos en cuenta que el Primer Ministro está en la ciudad ahora mismo. Quizá bajo otras circunstancias la repercusión en los medios americanos hubiese sido diferente, pero el hecho de que esté en Nueva York ha provocado que se le dé una cobertura completa a esa noticia y que el miedo a que algo similar pueda ocurrir aquí se haya trasladado de manera irremediable con nosotros.

—Ahora entiendo por qué es mejor no evacuar el museo —murmuró Margaux.

Connelly le mostró un gesto complaciente de agradecimiento.

—Y si eso no fuese ya suficiente —añadió—, lo ocurrido hace un rato en las televisiones, con ese mensaje misterioso bloqueando la señal durante treinta segundos, ha desencadenado todo tipo de especulaciones que no ayudan en nada a mantener la calma.

—¿Y qué han hecho al respecto? —preguntó Campbell también con curiosidad.

—No lo sé, profesor, sinceramente. Yo he estado con ustedes en todo momento. No obstante, supongo que se habrá hablando con los principales canales para que restrinjan cualquier tipo de información al respecto. Es el protocolo habitual que se sigue hasta que aclaramos cuáles han sido las causas.

Cuando llegaron a la esquina de Central Park, Margaux sintió que un halo de nerviosismo la inundaba por momentos. A pesar de no haber estado nunca en el museo Metropolitano sabía en qué punto de la ciudad se encontraban y sabía que estaban muy cerca de llegar hasta él.

—Confío en que encontremos rápidamente lo que los secuestradores han dejado para nosotros —dijo Campbell intentando superar el tenso silencio que súbitamente se había apoderado de la situación.

—Espero que tenga razón, profesor —respondió Connelly con un tono de voz apagado—. Esa sucesión de números es lo único que tenemos hasta ahora.

—Y será suficiente, créame —opinó Milanelli tratando de infundirle confianza—. Por suerte para nosotros, los secuestradores siempre hacen las cosas con un objetivo. Sin excepción. Y que hayan elegido utilizar la sucesión de Fibonacci como primer mensaje cuando en ese museo hay una exposición especial sobre ella, no es más que una prueba de que estamos siguiendo exactamente el camino que nos han marcado.

Capítulo 25

Cuando llegaron a la puerta del museo Metropolitano, los cuatro se quedaron sorprendidos por la cantidad de personas que había a la entrada esperando para acceder a su interior. Ya desde unos metros antes del principio de las escaleras dos largas filas se extendían en direcciones opuestas a lo largo de 5th Avenue.

Connelly se bajó rápidamente del vehículo e intentó adivinar sin conseguirlo dónde finalizaba la enorme cola que tenía a sus espaldas. Los profesores caminaron hasta colocarse a su lado y Campbell expresó en voz alta lo que todos tenían en su cabeza en ese momento.

—Esto sí que no lo esperábamos —murmuró—. Sabíamos que no estaría vacío, pero esto es completamente diferente. No sé cómo vamos a poder organizarnos si ahí dentro hay tantas personas como las que están esperando aquí fuera.

Connelly dejó de mirar a la cola de gente y se volvió hacia ellos. El profesor tenía razón y en ese momento ya no tenía tan claro si realmente era una buena idea no desalojar el museo.

Sin responder al comentario de Campbell, subió apresuradamente las escaleras hasta llegar a la misma puerta de entrada donde dos parejas de trabajadores del museo intentaba organizar lo mejor que podían la entrada progresiva de los visitantes. Se acercó a uno de ellos y le enseñó su placa de la CIA para identificarse.

—¿Por qué hay tanta gente? —le preguntó señalando con un leve movimiento de cabeza a una de las filas que había en el exterior.

—Jornada de puertas abiertas —respondió mientras recogía las entradas de una familia que acudía junta al museo—. Siempre tenemos muchos visitantes, pero lo de hoy es una locura.

La agente resopló al escuchar su respuesta y miró a los profesores.

—No se preocupe, esto es exactamente lo que ellos quieren —dijo con rapidez Milanelli sonriendo—. No debemos preocuparnos por todas estas personas. Simplemente tenemos que entrar ahí dentro y ver qué han dejado para nosotros.

Al escuchar esa respuesta, Connelly recordó la verdadera razón por la que estaban en ese punto concreto de la ciudad. A continuación, bajó varios escalones y se fijó en la fachada del museo.

—¿No se supone que hay una exposición sobre la sucesión de Fibonacci en el museo? —preguntó elevando el tono de voz al trabajador con el que acababa de hablar—. No veo ningún cartel que lo anuncie por ningún sitio.

—El número áureo, sí —respondió enseguida—. Los carteles que usted dice estuvieron hasta esta misma noche, que fueron retirados. Hoy es el último día de esta exposición y hay que preparar la fachada para la nueva que comienza mañana.

—¿En qué parte del museo se encuentra, exactamente? —preguntó Margaux.

—Aquí mismo, señorita —dijo señalando vagamente detrás suyo con el brazo mientras seguía recogiendo entradas—. En el hall principal tienen un adelanto. Pero

si quieren ver todo su contenido tendrán que ir hasta la sala 199 donde se ubican las exposiciones especiales.

Connelly volvió a acercarse a la entrada y se dispuso a acceder al interior del museo. El trabajador, entendiendo sus intenciones, levantó la cinta que controlaba el acceso y permitió que pasara con los profesores. Una vez dentro, la cantidad de visitantes que abarrotaban el hall principal era casi tan grande como la que permanecía fuera esperando a entrar.

En silencio, caminaron varios metros hasta colocarse en una posición más o menos céntrica. A continuación, Connelly se giró buscando a Milanelli con la mirada.

—Ya estamos donde ustedes querían —les dijo—. Ahora deben descubrir por qué nos han enviado ese mensaje con todos estos números. Si realmente indicaban un lugar en concreto de la ciudad no cabe duda que es este.

Milanelli se acercó a uno de los paneles de la exposición y leyó su contenido por encima. Seguidamente, caminó varios pasos hacia su derecha y repitió el mismo procedimiento con el siguiente panel.

—¿Profesor...? —dijo Connelly con impaciencia.

—Sí, sí... perdone —se disculpó—. Estoy de acuerdo con usted en que este es el lugar elegido por los secuestradores. Y ahora, efectivamente, debemos descubrir qué han dejado aquí dentro para que continuemos con su juego.

—¿Y por dónde propone que empecemos a buscar? —insistió.

Antes de responder se pasó una mano por la barbilla y miró a sus compañeros.

—Odio decirlo, pero creo que una vez más nos encontramos en una situación similar a las que ya hemos vivido anteriormente. No estoy del todo seguro que tengamos que encontrar nada concreto aquí, en esta exposición.

—¿Cómo dice?! —preguntó la agente saltando como un resorte al escucharle.

—Me refiero a este punto exacto —respondió explicándose—. La sucesión de Fibonacci ha sido el modo que han elegido para traernos hasta este museo, porque sabían que yo conocería su significado y que sería únicamente cuestión de tiempo que buscáramos una conexión entre ella y esta ciudad. Una vez que hiciéramos eso, este sería el destino elegido. Y aquí estamos. Por eso digo que, tal vez, lo que hayan dejado para nosotros se encuentre dentro de este museo, pero no particularmente en esta exposición.

Connelly dedicó unos instantes a observar lo que tenían a su alrededor. Si ese mismo hall estaba abarrotado por decenas de personas, y consideraba una misión casi imposible encontrar algo con tanto alboroto, no quería ni imaginarse lo que supondría tener que revisar el museo por completo.

—Eso sería lo mismo que hicieron en el Louvre —comentó Margaux.

Milanelli inclinó la cabeza asintiendo afirmativamente.

—No puede ser que esa sea su intención —dijo Connelly incapaz de aceptar algo tan complicado—. Simplemente no puede ser.

—¿Por qué no? —le preguntó con curiosidad Campbell—. No sería la primera

vez que hicieran algo semejante, ya ha escuchado a la profesora. En París, sin ir más lejos, fue exactamente lo que hicieron. Nos dirigieron al Louvre y tuvimos que separarnos para revisarlo.

Connelly no podía terminar de aceptar aquella opción como la única posible.

—¿Está usted de acuerdo con eso? —le preguntó a Margaux.

—Básicamente, sí —respondió decidida—. A los secuestradores siempre les gusta ponernos a prueba. Y les gusta que demostremos que somos capaces de encontrar lo que dejan para nosotros. Que superemos cada prueba que nos proponen.

—Entonces ¿también cree que no está en esta exposición lo que buscamos?

—Eso ya no sabría decírselo —respondió encogiéndose de hombros—. Pero si está aquí tan sólo el profesor Milanelli será capaz de descubrirlo, mientras que si es algo similar a lo que ya vimos, y es propiamente alguno de los cuadros del museo el que nos va a dar la información que necesitamos ahora, puede que el profesor Campbell y yo seamos quienes tengamos más probabilidades de descubrirlo.

Connelly fijó un instante su mirada en el suelo tratando de tomar la decisión adecuada y de organizarse de la mejor manera posible.

—Está bien. Parece que según dicen lo ideal sería que nos separáramos. Si tienen razón, Milanelli debería revisar esta exposición y mientras ustedes dos pueden hacer lo mismo con el resto del museo.

Antes de continuar se giró para mirar a su alrededor.

—Aunque es tan grande que no sé cómo se las van a arreglar para poder hacerlo solos.

—No se preocupe por eso —dijo Campbell—. Es absolutamente necesario que lo que sea que hayan dejado para nosotros sea fácil de reconocer. Estoy seguro de que con tanta gente aquí dentro incluso nos será difícil acercarnos a muchos de los cuadros que tienen expuestos, por lo que a diferencia de lo que ocurrió en el Louvre, esa no puede ser la razón por la que nos hayan traído. Tiene que ser algo diferente.

—¿A qué esperamos, entonces? —preguntó Milanelli deseoso de comenzar la búsqueda—. Ustedes comiencen a revisar las salas que consideren más importantes y nosotros haremos lo propio con esta exposición a ver si es nuestro amigo Fibonacci quien nos tiene algo interesante guardado.

Margaux sonrió inconscientemente ante la peculiar manera de afrontar los problemas que mostraba una y otra vez el profesor y se acercó apresuradamente hasta el mostrador de recepción a coger dos copias del plano del museo. Al volver donde estaban ellos, le entregó una copia a Connelly y abrió la suya para tratar de ponerse de acuerdo sobre cómo realizar aquella tarea de la manera más ordenada posible.

—Parece que van a tener mucho más trabajo del que pensaban ¿no es así? —le preguntó Connelly viendo la gran cantidad de salas que tendrían que revisar.

Margaux hizo varios gestos de negación con la cabeza asombrada.

—No sabía que era tan grande —respondió—. Quiero decir... Ya sabía que es un museo muy grande, pero no me imaginaba que lo sería tanto.

Milanelli se colocó al lado de Connelly y buscó la sala a la que ellos debían acudir.

—Puesto que parece que nuestro trabajo va a ser mucho más sencillo, propongo que nos ocupemos de la primera planta que es donde se encuentra la sala 199 que nos indicó el hombre de la entrada y que ustedes se ocupen de la segunda y la tercera.

La profesora levantó la mirada y la dirigió a Campbell que le indicó con un leve gesto que le parecía una buena idea.

—Está bien —dijo cerrando el mapa—. En ese caso, empezaremos por la parte norte de la segunda planta para continuar después por la parte sur. Y lo mismo haremos en la tercera.

Durante un instante permaneció pensativa.

—Lo que no sé es cómo podremos comunicarnos si encontramos algo interesante.

—Por eso no se preocupe —le dijo Connelly—. Tengo el número de teléfono de cada uno de ustedes. Si encuentran algo saben dónde estaremos y si lo hacemos nosotros les llamaré para hacérselo saber enseguida.

Capítulo 26

Los profesores comenzaron a caminar hacia las escaleras que debían llevarles a la segunda planta. A pesar de que se trataba de uno de los museos más grandes del mundo y del más importante que les quedaba por conocer, Margaux era incapaz de disfrutar de lo que estaban viviendo en ese momento. Continuamente le venían a la mente recuerdos entremezclados de París y Londres. El hecho de tener que buscar entre las diferentes salas sin saber exactamente qué debían encontrar hacia que recordara lo que había sucedido en la National Gallery con la ministra Johnson y tan sólo el recuerdo de lo que allí había ocurrido la hacía estremecerse. Campbell percibió claramente su silencio y el miedo que debía tener ante lo que pudieran encontrarse.

—No creo que debemos preocuparnos en exceso —le dijo con un tono de voz sereno—. Aquí no hay nadie desaparecido, por lo que no hay nadie a quien podamos encontrar encerrado en una de estas salas.

Margaux le miró y le dedicó una media sonrisa forzada. Cuando llegaron al segundo piso se detuvo y consultó de nuevo el plano.

—Según hemos acordado, debemos comenzar por el lado norte —dijo señalándolo vagamente—, por lo que la parte del museo que aparece en color rosa en el plano debería ser lo primero que revisáramos.

Sin decir nada más, los dos comenzaron a caminar hasta entrar en la primera de las salas. A diferencia de lo que habían visto en el hall principal, el número de personas que había en esa zona del museo era considerablemente menor, lo que les permitió acercarse sin problema a las obras que estaban expuestas. Durante varios minutos caminaron en silencio revisando sala por sala sin encontrar nada que les resultara extraño. En algunos casos, incluso se separaban momentáneamente, siempre viéndose desde la distancia, pero con el objetivo de tratar de completar cuando antes aquella tarea. Cuando toda la parte del museo que se habían propuesto revisar inicialmente se terminó, Margaux volvió a abrir el plano para consultarlo una vez más.

—¿Qué parte nos toca ahora? —preguntó Campbell echando un vistazo al interior de la sala que tenían justo delante.

—Dibujos y pinturas —respondió torciendo el gesto—. Es todo lo que indica. Y obviamente, es una clasificación bastante imprecisa, por lo que no sé realmente qué se supone que hay en esta parte del museo.

Después de escuchar su contestación, Campbell comenzó a caminar y se adentró en la primera de las salas para descubrir personalmente a qué hacía referencia.

—Se supone que aquí también habrá cuadros importantes ¿verdad? No en esta zona particular —se explicó—. En el museo, me refiero.

Margaux sonrió y volvió a consultar el plano.

—Creo que sé por qué lo dices —reconoció entre dientes—. Y yo también tengo

la misma sensación.

Campbell se dio la vuelta y la miró sorprendido.

—Después de tres días juntos no debería extrañarte tanto que sea capaz de leerte el pensamiento —le dijo algo ruborizada—. Y lo cierto es que yo también tengo la sensación de que en un museo como este tienen que haber pensado en algo que fuese relativamente sencillo para nosotros. Algo que pudiéramos distinguir de todo lo demás con facilidad.

—¿Y tienes ese sitio?

—Puede —respondió con una sonrisa pícaro—. En teoría la próxima zona que debemos revisar una vez que terminemos con estas salas contienen pinturas europeas de los siglos XIII al XIX.

—Las del Louvre —comentó fascinado.

—Más o menos, sí —respondió Margaux sonriendo—. En cualquier caso, creo que se trata de una zona que encajaría más en la posibilidad que nosotros estamos planteando antes que estas obras o las que acabamos de dejar atrás ¿no te parece?

—Elegir lo mismo que vimos en París sería una buena manera de centrar nuestra búsqueda.

—Lo sé —respondió suspirando—. El problema es que aún así el número de salas de esa zona sigue siendo muy grande, de modo que tendremos que dedicarle igualmente un buen rato para estar seguros de que no hay nada allí antes de poder descartarlas.

Campbell se llevó una mano a la barbilla y movió la cabeza nervioso.

—Está bien —dijo al tiempo que reiniciaba el paso hacia la siguiente sala—. Ya que estamos aquí, acabemos con estas lo antes posible y vayamos cuanto antes a las que realmente nos interesan. No creo que hasta ahora hayan elegido las partes más importantes de cada lugar para que lo que sea que hayan dejado aquí se encuentre en una parte del museo cuyo nombre ni siquiera te gusta.

Sin quererlo, Margaux dejó escapar una pequeña carcajada ante la ironía que había mostrado con ese comentario. Con rapidez revisaron una por una todas las salas que les quedaban. Aunque los dos deseaban pasar cuanto antes a la siguiente parte del museo sabían que debían revisar todo de la mejor manera posible, tal y como habían acordado con Connelly. Cuando terminaron, la cantidad de personas que se agolpaban en la primera sala que contenía pinturas europeas dejaba clara la importancia de las obras que allí se exponían. A duras penas, Campbell se abrió paso a lo largo de la primera, teniendo que pasar entre grupos de personas que prácticamente la bloqueaban.

—Espero que no estén todas así —dijo Margaux siguiéndole.

Campbell resopló tratando de centrarse en la tarea que tenían por delante. Contrariamente a lo que ambos deseaban las siguientes dos salas a las que accedieron estaban igualmente repletas de gente por lo que tuvieron que sortearlas para poder pasar de una a otra. Cuando llegaron a la cuarta, el número de personas fue

considerablemente menor de modo que caminó hasta detenerse en el centro, echó un vistazo a los cuadros que allí estaban expuestos y se giró para hablar con la profesora.

Capítulo 27

El miembro del Servicio Secreto del Presidente Grant que se encontraba en el exterior de la Asamblea General dirigió su mirada hacia la derecha atraído por el rítmico sonido de unas pisadas. En la distancia, una mujer joven caminaba hacia él sosteniendo en una de sus manos una bandeja repleta de pequeñas botellas de agua. Antes de que llegase a su posición aprovechó para consultar su reloj.

—Las 10:30 —murmuró—. Ya tiene que haber comenzado su discurso.

Cuando esa misma mañana habían salido hacia Nueva York, el jefe del Servicio Secreto les había comunicado, a él y a sus compañeros, que debían permanecer especialmente atentos a todo lo que rodease al Presidente hasta que éste regresase a la Casa Blanca. Aquel ambiguo mensaje le había resultado particularmente extraño ya que a todos los viajes, cuando se realizaban dentro de los Estados Unidos, se les concedía la misma importancia. A pesar de ello, no habían recibido más información al respecto de por qué aquel, en concreto, debía tratarse de manera diferente a los demás.

Al llegar la mujer hasta la puerta que estaba custodiando, la saludó con un leve gesto casi inexpresivo y se adelantó para abrirla. Contrariamente a lo que esperaba, ésta se encontraba cerrada. El agente soltó el pomo, dejó que volviera a la posición inicial y volvió a repetir el proceso para intentar abrirla. Al ver que estaba cerrada, las palabras de su jefe volvieron a su mente.

«Permanecer especialmente atentos a todo lo que rodee hoy al Presidente».

Tratando de entender por qué se encontraba cerrada una puerta que debía estar abierta, retrocedió varios pasos para dirigirse a uno de sus compañeros que se encontraba vigilando otra puerta que permitía el acceso a la sala.

—No sé qué ocurre, pero esta puerta está cerrada —le dijo en voz alta intentando aparentar serenidad.

Su compañero vio a la mujer que permanecía detrás de él sosteniendo la bandeja y trató de abrir inútilmente la suya. Al ver que se encontraba igualmente cerrada, le miró y negó con la cabeza.

Sin perder un segundo, el agente se acercó la muñeca derecha y se comunicó con su jefe.

—Señor, creo que tenemos un problema aquí dentro.

Capítulo 28

—¿Emilie?

Campbell permaneció durante unos instantes mirando hacia la puerta por la que acababan de acceder a aquella sala. El barullo de gente que había en su interior apenas permitía ver más allá de la propia puerta.

—¿Emilie? —repitió elevando el tono de voz.

Extrañado sin saber dónde se había metido la profesora, buscó entre los presentes esperando encontrarla curioseando en algún cuadro particular. Al ver que no se encontraba allí caminó hasta el acceso a la siguiente sala y repitió exactamente el mismo procedimiento. Justo en la puerta volvió a repetir su nombre en voz alta sin conseguir evitar que el corazón comenzase a latirle cada vez con más fuerza de manera incontrolada. A continuación, comenzó a caminar por donde había venido y entró en la última de las salas que se habían encontrado llena de gente, recorriendo todo el perímetro abriéndose paso entre los visitantes.

—¡Emilie!

Al ver que no aparecía, comenzó a llamarla cada vez con más fuerza, hasta el punto que la gente empezó a hacer pequeños círculos a su paso extrañados por su actitud. Cuando revisó las tres salas su corazón estaba a punto de estallar. Sin pensarlo un momento, salió corriendo hacia la salida. En su camino hacia el hall principal pasó por las salas que habían estado revisando con anterioridad sin pararse un momento a tratar de buscarla. Sabía que si no estaba en ninguna de las salas que ambos habían considerado como las más importantes era porque algo podía haberle ocurrido. Cuando llegó a la primera planta se dirigió directamente hasta el hall donde se habían despedido de Milanelli y de la agente Connelly.

Al llegar, descubrió atemorizado que ellos tampoco se encontraban allí. Tras un momento de nerviosismo, consiguió centrarse.

«La sala 199. Piensa, James, piensa».

Justo cuando levantó la mirada tratando de encontrar el camino hacia la sala dedicada a la exposición sobre la sucesión de Fibonacci por la que habían acudido a aquel museo, y donde debían encontrarse la agente y el profesor Milanelli, un trabajador del museo pasó por delante de él atrayendo su atención.

—¡La sala 199! —exclamó inconscientemente.

—¿Disculpe? —preguntó sorprendido el trabajador—. ¿Me hablaba a mí?

—¡La sala 199! —repitió con nerviosismo—. ¡La sucesión de Fibonacci!

El vigilante le miró durante unos segundos confundido por la extraña actitud que estaba mostrando aquella persona, tratando de decidir lo más rápido posible si debía indicarle cómo llegar a donde le pedía.

—¿Se encuentra bien, señor? Le veo un poco...

—Sí, sí... perfectamente, discúlpeme —respondió Campbell tratando de aparentar normalidad—. Mi mujer... Eso sólo que he quedado allí con mi mujer y no

sé cómo llegar. Sólo eso.

El vigilante respiró profundamente y, a continuación, le dio las instrucciones que necesitaba. Sin esperar ni un segundo, el profesor comenzó a caminar rápidamente hacia la sala 199 intentando controlarse para llamar la atención lo menos posible. Cuando ya se había alejado unos cuantos metros de aquel hombre comenzó a correr hacia la sala. Nada más entrar en ella, vio en la distancia de espaldas a Connelly junto a Milanelli observando con detenimiento una de las obras expuestas. El ruido que hizo al acercarse fue suficiente para que ambos se diesen la vuelta para recibirle.

—¿Ya han encontrado algo? —le preguntó la agente.

—¡Margaux! —respondió—. ¿Han visto a la profesora Margaux?

Tanto Milanelli como Connelly le miraron confundidos.

—La profesora está con usted —respondió la agente sorprendida—. Ustedes tenían que revisar...

—Sí, sí. Sé lo que teníamos que hacer —le cortó—. Pero ¿no la han visto desde que nos fuimos?

—No, no la hemos visto —contestó Milanelli percibiendo la preocupación que mostraba su voz—. ¿Por qué lo pregunta? ¿Dónde está la profesora?

Campbell se pasó ambas manos por la cara tratando de tranquilizarse.

—No lo sé —dijo nervioso—. No sé dónde está. Hemos entrado en una de las salas y cuando me he dado la vuelta ya no estaba.

—¿Cómo dice? —le preguntó Connelly atónita.

—Arriba —respondió señalando con el dedo índice al techo—, en la segunda planta. Donde habíamos acordado que iríamos. Estábamos revisando las salas, una por una, hasta que llegamos a una zona determinada del museo donde se exponen cuadros europeos muy similares a los que los secuestradores utilizaron en el Louvre.

Campbell hizo una breve pausa para coger aire y continuó.

—Las primeras salas no tenían nada interesante. Nada que pudieran haber elegido. Los dos estábamos de acuerdo en que los cuadros europeos eran los más importantes. Los más parecidos a los que habíamos visto en Londres y en París.

—Pero ¿y la profesora? —insistió Connelly.

—Cuando llegamos a esas salas la cantidad de gente que había en ellas era mucho mayor —les explicó—. De modo que casi tuvimos que saltarnos las tres primeras y cuando llegamos a la cuarta, donde ya había menos personas, me detuve para que volviéramos a echarle un vistazo al plano del museo para ver por dónde debíamos seguir buscando y ahí fue donde ya no estaba.

—¿No puede haber vuelto a alguna de esas que, según dice, se saltaron? —propuso la agente—. Quizá porque precisamente había tantas personas la profesora decidió volver a ellas en algún momento para revisarlas más detenidamente.

—No, no, no... —respondió negando a la vez con la cabeza—. Las revisé una por una. Lo primero que hice fue buscarla en la que me encontraba y en la siguiente que nos tocaba examinar. Al ver que no estaba regresé por nuestros pasos pensando en

que eso que usted plantea podía ser lo que estuviese ocurriendo, pero no estaba en ninguna de ellas. Las revisé con detenimiento y la llamé varias veces en voz alta. Créame que no estaba allí. De haber estado la hubiese encontrado, seguro. Pero no estaba allí.

Connelly se tomó un instante para tratar de descubrir en el rostro de Milanelli cuál era la impresión que le estaba causando aquella historia. Si lo que realmente estaba ocurriendo era lo que se imaginaba, significaría que los problemas que tenían entre manos acababan de aumentar exponencialmente.

—Entonces ¿dónde está? —le preguntó ocultándole por el momento su opinión.

Campbell la miró bloqueado.

—No lo sé —respondió a duras penas—. Pero no está en la segunda planta del museo. Eso seguro.

Milanelli dio una vuelta sobre sí mismo inspeccionando por encima el lugar en el que se encontraban. Para él, lo que el profesor Campbell les estaba narrando no dejaba lugar a dudas. Y precisamente eso era lo que hacía que inevitablemente el nerviosismo que mostraba estuviese comenzando a apoderarse de él también.

—Es evidente que aquí no ha venido —indicó—. Y sabía que estaríamos aquí. De hecho, quedamos en que vendrían a buscarnos si encontraban algo interesante.

Como un resorte, Connelly sacó su teléfono del bolsillo al escucharle.

—Tiene toda la razón, profesor. Y yo les dije que les llamaría si éramos nosotros los que lo encontrábamos.

—¿Va a llamarla? —preguntó Campbell esperanzado.

Connelly se acercó al móvil al oído y le respondió asintiendo afirmativamente. Los segundos que dedicó a esperar a que contestase a su llamada se hicieron interminables para los tres, pero especialmente para los profesores.

—No lo coge —murmuró mientras lo mantenía sonando.

Campbell se volvió a pasar la mano por la cara desesperado.

—Estaba conmigo —se lamentó—. Estaba conmigo y ahora...

—¡Profesor! —le interrumpió Connelly cortando la llamada y guardando de nuevo el teléfono móvil en el bolsillo de su chaqueta—. No sabemos dónde se encuentra, pero perfectamente puede estar en cualquier sala del museo. Quizá incluso buscándole ella a usted ahora mismo.

Milanelli caminó varios pasos hasta colocarse en una posición más centrada dentro de la sala desde donde pudiese contemplar todas las obras allí expuestas relacionadas con la exposición especial sobre la sucesión de Fibonacci.

—Me temo que no vamos a tener tanta suerte, agente —dijo en voz alta para que ambos le escucharan—. Tenía razón en lo que dijo antes. Lo que estamos viviendo aquí estaba siendo diferente a lo sucedido en París y en Londres porque no había ninguna persona desaparecida a la que encontrar. Pero por desgracia creo que ya la tenemos. Creo que esta vez han secuestrado a la profesora Margaux.

Capítulo 29

El cuartel general de la Agencia Central de Inteligencia se encuentra ubicado en Langley, en el estado de Virginia, al oeste del río Potomac, y muy cerca de Washington y de la Casa Blanca. El edificio en sí toma el nombre de Centro de Inteligencia George Bush desde 1999, ya que previamente no tenía un nombre concreto, en honor al tetragésimoprimer Presidente de los Estados Unidos. Aunque todo el mundo sabe de sobra que George H. W. Bush, coloquialmente conocido como George Bush padre, fue Presidente de los Estados Unidos entre 1989 y 1993, la mayoría desconoce que, dentro de su carrera política previa a llegar a la Casa Blanca, también ocupó el cargo de Director de la CIA durante algo menos de un año a mediados de los años 70.

Cuando Rice entró en la sala de vigilancia de la Dirección de Ciencia y Tecnología de la CIA lo hizo absolutamente convencida de que la Agencia sería capaz de hacer lo que ni la policía francesa ni la británica habían conseguido en los dos días anteriores. Lo sucedido en París y Londres había sido sin duda lo suficientemente grave como para que la amenaza que aquellas personas suponían para la vida del Presidente Grant se tomara en esos momentos como su prioridad absoluta. Aún así, le colmaba la confianza y el convencimiento de que capturar a Morton y al resto de personas que le estaban ayudando sería sólo una cuestión de tiempo. Indudablemente, que se tratara de uno de los agentes más cualificados que habían tenido nunca aumentaba la dificultad de la tarea que tenían por delante, pero no era menos cierto que, frente al trabajo solitario que éste debía realizar, en la Agencia disponían de mayores recursos económicos y tecnológicos que cualquier otra agencia privada de inteligencia en todo el mundo.

«No tardaremos en encontrarte».

En su viaje de vuelta desde Washington, Rice había realizado una rápida llamada a la Agencia para dar una orden muy clara. Quería que desde ese preciso momento, la agente Connelly y sus acompañantes estuviesen continuamente vigilados. Para cumplir su petición, había sido necesario acceder a las cámaras de vigilancia de Nueva York y a las del sistema de seguridad del museo Metropolitano.

Durante unos instantes, observó despreocupadamente desde la distancia lo que mostraban las pantallas de los agentes encargados de su seguimiento. En ellas se veía a Connelly dentro del museo conversando con dos de los profesores. Rápidamente desvió su atención a lo que consideraba realmente importante. En las pantallas donde se estaba realizando el seguimiento del Presidente Grant se veía a éste subir en ese mismo instante a la tribuna de oración de la Asamblea General de la ONU.

Rice respiró aliviada. Por el momento, todo estaba saliendo según lo previsto.

Mientras mantenía su mirada fija en el monitor caminó unos pasos hasta colocarse justo detrás de la silla de uno de los agentes que ocupaban aquel puesto de vigilancia. A pesar de no tener sonido, dedicó varios segundos a contemplar cómo

Grant comenzaba a pronunciar su discurso.

—¿Puedes enfocar al resto de la sala, por favor?

El agente cumplió enseguida con la petición. La imagen del Presidente desapareció y en su lugar apareció inicialmente una visión general de la sala. A continuación, le sucedieron las capturas de varias cámaras que enfocaban de manera más cercana a diferentes grupos de asistentes. Cada imagen se mantenía en pantalla aproximadamente cinco segundos antes de dar paso a la siguiente.

Cuando terminó de enseñarle lo que todas las cámaras de seguridad grababan, en pantalla volvió a salir el Presidente.

—¿Podrías ahora mostrarme el exterior del edificio?

Una vez más, el agente conectó las cámaras del sistema de vigilancia de la ciudad que grababan los alrededores de la Asamblea. En esta ocasión, a diferencia de lo que había ocurrido antes, en pantalla aparecieron simultáneamente las imágenes de cuatro cámaras diferentes. En dos de ellas se podía ver cómo el tráfico a lo largo de 1st Avenue era completamente normal. Las otras dos intercalaban imágenes de la Plaza de la ONU, repleta de los coches en los que habían viajado los diferentes mandatarios que asistían a la conferencia, con otras de 44th y 45th Street.

Para Rice no había por el momento nada inusual. Connelly y los profesores estaban realizando su trabajo por diversos lugares de Manhattan mientras el Presidente Grant, Taylor y Deneux se encontraban a salvo en el interior de la Asamblea General. Además, al menos hasta donde tenía conocimiento, los medios de comunicación no habían centrado su atención en la razón por la que el Presidente había alterado su plan de vuelo y había aterrizado en un lugar diferente al anunciado, y donde le esperaban decenas de periodistas. Para la mayoría de cadenas de televisión lo sucedido en Londres el día antes era la principal noticia a la que estaban dedicando la mayor cobertura posible, y la mayoría de tiempo en sus informativos y programas especiales.

«Nunca una visita del Presidente pasó tan desapercibida».

Satisfecha de ver que todo estaba bajo control caminó hasta el extremo derecho de la sala donde varios agentes se afanaban en recopilar la mayor información posible acerca de Morton. Desde que un par de horas antes habían descubierto en la Sala de Situación de la Casa Blanca que él era el responsable de todo lo que estaba sucediendo, un equipo de agentes se había encargado exclusivamente de descubrir dónde se había podido esconder en el último año y medio una persona que creían muerta y, lo más importante, cómo era posible que la CIA no se hubiese enterado hasta ese momento de que todavía seguía con vida.

—¿Qué habéis descubierto? —preguntó autoritariamente al llegar hasta ellos.

—La primera imagen que hemos conseguido encontrar es del 30 de octubre en Coral Harbour, en la isla de Southampton —dijo la agente al tiempo que la ponía en pantalla—. Es de mala calidad porque fue captada por la cámara de seguridad de un supermercado, pero por suerte el programa de reconocimiento facial ha confirmado

su identidad.

—¿30 de octubre? —preguntó sorprendida—. Baughman dijo que lo dejó medio muerto en el Parque Sirmilik el día 12.

—Lo sé —respondió—. Tenemos esa información.

—¿Dónde se metió todo ese tiempo?

La agente se encogió de hombros.

—No lo sabemos. Estamos tratando de descubrirlo, pero es una zona inhóspita de Canadá. Coral Harbour es el primer lugar habitado que pudo encontrar.

Rice torció el gesto.

—¿Y desde ahí a dónde se dirigió?

—Que sepamos permaneció en Coral Harbour al menos durante seis días, ya que hemos encontrado nuevas imágenes suyas entrando en ese mismo establecimiento en otras tres ocasiones. La última el 4 de noviembre.

—¿Y después?

La agente eliminó de la pantalla las tres imágenes a las que hacía referencia y puso una nueva.

—En Fort Severn, al sur de la Bahía de Hudson. Creemos que pudo llegar hasta allí, bien por medio de los pequeños aeródromos que tienen tanto Coral Harbour como Fort Severn, o bien en barco. Lo estamos investigando, aunque personalmente me decanto por la segunda opción, ya que la ropa que tiene en uno y otro momento es completamente diferente. Creo que pudo hacer varios viajes cortos en barco parando en varios de los pueblos que hay en la bahía antes de llegar a Fort Severn.

—¿Cuánto tiempo tardó en llegar hasta allí?

—Pasaron tres días entre la última imagen que tenemos de él en Coral Harbour y la primera en Fort Severn.

Rice se mantuvo unos segundos pensativa.

—¿Y está solo en todo momento? ¿No le habéis visto hablando con nadie que podamos identificar?

—Nadie, por el momento. En Fort Severn ocurre algo similar a lo que vimos en Coral Harbour. La imagen que tenemos de él fue grabada por la cámara de seguridad de un supermercado situado en la parte norte del pueblo.

Justo al terminar la respuesta, uno de los agentes que vigilaba los pasos de Connelly y los profesores la llamó desde la distancia. Inmediatamente, Rice se acercó hasta su posición para conocer qué estaba sucediendo.

—Creo que debería ver esto —le explicó cuando faltaban apenas un par de metros para que llegara.

Rice observó lo que su compañero le estaba mostrando. En una de las dos pantallas que ambos tenían delante se veía el exterior del museo Metropolitano donde varios agentes de policía hablaban con las personas que guardaban cola y gesticulaban de manera expresiva. En la otra pantalla se podía ver el hall de entrada del museo abarrotado de visitantes que ordenadamente lo estaban abandonando.

—¿Qué demonios está pasando? —preguntó inconscientemente.

—No lo sé —respondió el agente—. No tenemos ninguna información oficial al respecto. La he avisado porque hace sólo unos segundos que la gente ha empezado a salir del edificio.

Al mismo tiempo que le respondía conectó en pantalla la señal de varias cámaras de seguridad de las diferentes plantas del museo. En algunas se veían salas que ya estaban completamente vacías y en otras se apreciaba cómo los vigilantes se afanaban en tratar de que los turistas las desalojaran lo más rápidamente posible. Tras ver esas imágenes, Rice desvió de nuevo su mirada a la pantalla que mostraba los exteriores del museo. Los mismos policías que segundos antes hablaban con los visitantes que hacían cola para entrar, comenzaban ahora a establecer un perímetro de seguridad en torno a las escaleras de la puerta principal al tiempo que decenas de turistas salían en manada de su interior.

El corazón se le aceleró súbitamente.

—¿Por qué razón están desalojando el museo? —murmuró.

Capítulo 30

En algo más de cinco minutos, el museo Metropolitano quedó completamente vacío. Tras comprobar que la profesora no respondía a su llamada, Connelly decidió que la opción más rápida para descubrir si realmente estaba, o no, en el interior del museo era ordenar su evacuación inmediata. Y eso mismo era lo que había ocurrido. A pesar de tener claro que aquella actuación llamaría rápidamente la atención de la prensa local, sabía que el problema al que se enfrentaban era mucho más importante que el de tener a unas cuantas cadenas de televisión con sus camionetas aparcadas a las puertas del edificio esperando conocer por qué se había desalojado el museo de manera tan repentina. Incluso pensó que aquel hecho podría servirles para desviar un poco la atención de la prensa, que desde la aparición de la nota de los secuestradores no habían dejado de dedicar tiempo de emisión a descubrir qué significaba aquel extraño mensaje y quién era el responsable de que se hubiese colado en todos los canales de manera simultánea.

Poco a poco, los vigilantes de las diferentes dependencias del museo fueron apareciendo en el hall principal en el que se encontraba Connelly junto a los profesores. Cada vez que uno de ellos llegaba se acercaba al jefe del turno de vigilancia y le hacía un gesto negativo con la cabeza cuyo significado Campbell interpretaba perfectamente. La profesora no se encontraba en la zona del museo que a cada uno de ellos le tocaba vigilar.

Cuando el último vigilante llegó al hall, el jefe se acercó hasta Connelly para informarle.

—El museo se encuentra completamente vacío —le advirtió con urgencia elevando el tono de voz justo antes de llegar hasta ella.

La agente miró con rostro preocupado a los profesores y, a continuación, cogió nuevamente su teléfono móvil y volvió a marcar el número de Margaux sin esperanzas reales de que ésta pudiera aparecer de la nada y que todo aquello quedara reducido a una desagradable experiencia. Los tres permanecieron mirándola fijamente en silencio. Tras unos segundos esperando inútilmente una respuesta, finalizó la llamada y le contestó.

—Gracias por la información —dijo sin evitar siquiera disimular su contrariedad por lo que estaba ocurriendo—. Debo pensar detenidamente qué es lo que vamos a hacer, y en cuanto lo sepa se lo comunicaré. Pero hasta entonces, creo que lo más conveniente es que todos esperen en esta sala. En cuanto llegue, la policía hablará con cada uno de ustedes a ver si podemos descubrir algo acerca del paradero de la profesora.

El vigilante hizo un leve gesto afirmativo con la cabeza y comenzó a caminar de vuelta hacia el grupo donde se encontraban esperando el resto de sus compañeros.

—¿Cree que ellos pueden saber algo? —preguntó nervioso Campbell mientras observaba cómo se alejaba.

—Lo único de lo que estoy completamente convencida es de que ahora mismo no tenemos muchas más opciones. Nada mejor que podamos hacer, realmente —reconoció Connelly—. Aquellos hombres y nosotros tres somos las únicas personas que estamos en el interior de este edificio.

—¡Pero Margaux no pude haber desaparecido sin más! —le cortó.

—Lo sé, profesor —respondió comprendiendo su nerviosismo—. Y no me cabe la menor duda de que debe existir una razón que explique todo lo que está pasando. Como usted dice, no puede haber desaparecido por arte de magia si hasta hace escasos minutos ambos estaban visitando diferentes salas de este museo.

—Quizá podríamos comenzar por ahí —propuso Milanelli intentando ayudar—. Si la policía va a interrogar a todos los vigilantes, nosotros podríamos empezar haciéndolo con el que estuviera en la sala donde ellos se separaron.

Connelly miró al profesor Campbell que hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza mostrando su acuerdo con aquella propuesta.

—Me parece una buena idea —aceptó—. Pero para eso debemos saber qué sala era exactamente.

Al escuchar esas palabras, Campbell resopló y se tapó los ojos inmediatamente durante un instante con la mano izquierda.

—Todas parecían iguales —murmuró intentando recordar—. Emilie no mencionó ninguna obra concreta, sino que más bien eligió a dónde debíamos dirigirnos por la clasificación con la que se ordenan las obras en este museo.

Milanelli sacó del bolsillo de su chaqueta el plano que precisamente la profesora les había dado al llegar y lo abrió para buscar la segunda planta y tratar de facilitar a Campbell que recordara el lugar exacto.

—Por lo que nos está explicando, entiendo que aquí es donde se encontraban —les dijo señalando en él un punto concreto—. Puede que mirando este plano recuerde la sala donde desapareció la profesora.

Campbell lo cogió para consultarlo más detenidamente y enseguida recordó el lugar exacto.

—¡Aquí! —exclamó con excitación—. ¡Aquí fue donde la perdí!

—¿El ala oeste? —le preguntó Connelly tras leer la leyenda que acompañaba al dibujo de la segunda planta.

—Sí, sí, sin duda. Por eso fue por lo que hablamos del Louvre. Al principio al llegar a aquella planta empezamos por toda esta parte norte —les explicó mientras se la indicaba con el dedo—. Aquí fue donde me limité a seguirla durante varios minutos. Cuando acabamos de revisar todas estas salas cogimos un plano como este para decidir por dónde continuábamos nuestra búsqueda e inmediatamente supimos que debíamos revisar la parte oeste porque se exponían las mismas obras que los secuestradores utilizaron en el Louvre.

—Pinturas europeas entre 1250 y 1800 —leyó Milanelli en voz alta.

—¡Exacto! —volvió a exclamar esperanzado—. La Libertad guiando al pueblo y

La consagración de Napoleón son obras del siglo XIX y fueron...

—Dos de las obras que utilizaron los secuestradores, lo sé —afirmó Connelly interrumpiéndole—. ¿Está completamente seguro, por tanto, de que fue ahí donde perdió de vista a la profesora?

—Absolutamente —respondió convencido—. Esta era la zona más lógica para buscar algo que pudieran haber dejado, teniendo en cuenta nuestra experiencia previa, y allí fue a donde nos dirigimos. El problema era que cada una de esas salas estaban abarrotadas de personas como les expliqué antes.

Para Connelly ya no había dudas. Ahora le tocaba a ella descubrir cuál de todos los vigilantes que estaban en el hall esperando la llegada de la policía era el encargado de controlar aquella parte concreta del museo.

—¡Perdonen! —exclamó al tiempo que arrebatava bruscamente el plano de las manos de Campbell y se giraba hacia el grupo de vigilantes—. ¿Quién de todos ustedes era el encargado de vigilar la zona oeste de la segunda planta?

Tras su pregunta, uno de ellos dio varios pasos al frente para que sus compañeros no le impidieran ser visto.

—Yo, agente —respondió aquel hombre.

—¿Podría acercarse, por favor? Nos gustaría hacerle algunas preguntas.

Sin esperar un segundo, el vigilante caminó con rapidez hacia ellos.

—¿Usted se encontraba en esta zona del museo antes de que comenzara la evacuación? —le preguntó señalando en el plano la zona que les interesaba.

—Sí, así es.

—¿Y vio algo que le resultara extraño?

El guardia se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Nada especial. Todas las salas estaban repletas de visitantes como cada día. Es una de las zonas más importantes del museo.

Milanelli resopló sin disimulo ante la poca ayuda que les aportaba esa respuesta.

—Y cuando comenzó a salir la gente —insistió Connelly con esperanza—. ¿Nada fuera de lo común?

El guardia volvió a negar con la cabeza.

—Lo cierto es que no evacuamos el museo muy a menudo ¿sabe? De modo que no sabría decirle si ocurrió algo diferente a lo que se supone que debía ocurrir —respondió—. Simplemente recibimos la orden de evacuación y se lo comunicamos a los visitantes. Nada más.

—Entiendo —aceptó resignada—. En cuanto llegue la policía ellos les harán algunas preguntas más que deberá responder.

El vigilante se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia donde se encontraban sus compañeros.

—En cualquier caso, no creo que deban preocuparse demasiado —dijo tras recorrer un par de metros—. Estoy seguro de que estará bien.

Campbell saltó como un resorte al escuchar aquellas palabras.

—¿Cómo dice? —preguntó en voz alta acercándose a él.

Milanelli y Connelly le siguieron.

—La profesora —respondió el vigilante—. Estoy seguro de que estará bien.

—¿Cómo demonios sabe a quién estamos buscando?! —le preguntó entonces Milanelli entendiendo la sorpresa que había mostrado Campbell.

El vigilante permaneció en silencio.

—¡Responda a la pregunta! —le exigió Connelly agitada.

—La profesora Margaux es extremadamente inteligente —dijo con voz pausada y una mirada desafiante—. No me cabe la menor duda de que se las arreglará muy bien sola.

Campbell palideció al entender lo que estaba ocurriendo. Uno de los responsables de todo lo que habían visto hasta ese momento se encontraba justo delante de ellos.

—Ella no es el objetivo, no se preocupen.

Connelly sacó su arma y apuntó directamente al vigilante.

—¡Agentes! —gritó a la pareja de policías que se encontraba custodiando la entrada del museo en ese momento—. ¡Detengan a este hombre!

El resto de vigilantes que se encontraban a escasos metros contemplaban la escena asombrados, incapaces de comprender qué era lo que estaba ocurriendo. Los dos policías se acercaron, tal y como les ordenaba Connelly, y le esposaron.

—¡Va a decirnos ahora mismo dónde está la profesora Margaux! —le exigió Connelly a la vez que guardaba el arma.

—Me temo que eso será bastante difícil —respondió sin inmutarse—. Yo no sé dónde se encuentra. Lo único que sé ya lo he dicho.

Campbell perdió los nervios en ese momento y se abalanzó sobre él agarrándole por el cuello con todas sus fuerzas.

—¿Dónde está Margaux?! ¡Díganoslo o juro que le mato!

Connelly se acercó para intentar calmar al profesor.

—Más le vale que nos diga todo lo que sabe —le dijo al vigilante al tiempo que conseguía que Campbell le soltara—. Lo que podemos hacer para conseguir que hable no es nada comparado con unos cuantos rasguños en el cuello.

A pesar de la amenaza, el vigilante volvió a guardar silencio.

—Creo que es inútil —comentó finalmente Milanelli—. Está claro que este hombre es uno de los secuestradores, por lo que estoy seguro de que no va a decirnos más de lo que él quiera decir.

—Me alegra que alguien lo entienda —dijo con una media sonrisa.

—¿Ahora sí habla?! —gritó de nuevo Connelly enfurecida.

Milanelli extendió su brazo izquierdo hacia ella intentando que se calmara. Sin duda, en su opinión, creía conocer la manera en la que los secuestradores pensaban y aquel intento de interrogatorio forzado no iba a resultar de ninguna ayuda.

—Es indudable que en algún momento usted ha visto a la profesora —comenzó tratando de obtener la información que necesitaban—. Pero no es menos cierto que

está aquí, con nosotros, ahora mismo. Eso me lleva a pensar que su papel en su desaparición ha sido más bien el de asegurarse de que no pudiéramos evitarlo. Incluso me atrevería a decir que usted debía conseguir que Campbell y ella se separaran en algún momento.

El vigilante mostró nuevamente una media sonrisa de orgullo.

—Pero también resulta evidente que haber elegido el día en que este museo es gratuito era una manera sencilla de conseguir su objetivo sin necesidad de actuar. Así todo parecería mucho más casual, menos forzado.

—Usted y yo nos entendemos.

—Lo que me lleva a deducir —continuó Milanelli cortándole— que si la cantidad de personas que abarrotaban este museo hasta hace unos minutos hizo ese trabajo por usted, el hecho de que todavía esté aquí tiene que responder a otro objetivo diferente. Que ella ha desaparecido es una evidencia, y que nosotros haremos cualquier cosa por encontrarla no lo es menos. De modo que le hago una pregunta: ¿Dónde han llevado a la profesora?

Connelly le miró con cara de asombro sin entender por qué demonios se le pasaba por la cabeza ni por un instante que ese hombre fuera a decírselo. Tras un par de segundos pensativo, el vigilante respondió.

—Sin duda no nos equivocamos al elegirle, profesor Milanelli.

—¿Cómo sabe...? —murmuró la agente.

—¿Acaso piensa que dejaríamos algo al azar? —le preguntó éste desviando su vista hacia ella y mirándola directamente a los ojos—. Los tres profesores son fundamentales para nosotros. No somos unos salvajes ¿sabe? Aunque indudablemente usted piensa lo contrario, no lo somos en absoluto. De modo que ellos son una pieza clave en todo lo que estamos haciendo. Y como ahora se está demostrando, con el profesor Milanelli hicimos una gran elección.

—¿Sabe dónde está la profesora o no?! —le interrumpió bruscamente Campbell.

—Él no —respondió Milanelli tajantemente—. Es imposible que lo sepa.

—¡Pero estaba presente cuando desapareció! —le contradijo Connelly—. ¡Usted mismo acaba de decirlo!

El vigilante presenciaba impasible la confusión que existía entre ellos.

—Sí, sé muy bien lo que he dicho. Pero también sé muy bien que él no sabe dónde está la profesora, porque si lo supiera, usted podría hacer que nos lo dijera utilizando esos medios poco ortodoxos a los que antes hacía referencia.

—¿Y por qué lo tenemos aquí delante, entonces? —preguntó enojada.

Milanelli dirigió su mirada al vigilante y respondió.

—Porque lo que él nos va a dar es la información que necesitamos para comenzar su búsqueda ¿verdad?

Los tres miraron al vigilante que de nuevo mostró una sonrisa orgullosa.

—El profesor es el único que entiende cómo hacemos las cosas —comenzó a responder con frialdad— y tiene razón al decir que usted podría conseguir que les

dijera dónde está la profesora, si de verdad lo supiera. Por mucho que yo me resistiese, seguro que conseguiría encontrar un medio para obligarme a decírselo. De modo que la única manera de mantener su paradero actual a salvo es que yo mismo lo ignore, igual que ustedes. Pero como he dicho antes, no somos unos salvajes. Todo lo que estamos haciendo tiene una razón.

—Ya lo sabemos. El caso Coen —le cortó Connelly.

El vigilante respiró profundamente durante un instante para tratar de ignorar aquella interrupción y prosiguió con lo que estaba diciendo.

—La profesora está bien, pueden estar seguros. Simplemente necesitábamos hablar con ella y eso precisamente es lo que está ocurriendo en este momento.

—Entonces, ¿nos han traído aquí para esto? —preguntó Campbell algo más calmado.

—Para un matemático como el profesor Milanelli descubrir que la serie de números que les hicimos llegar esta mañana pertenecían a la sucesión de Fibonacci sabíamos que sería algo insultantemente fácil. Tan evidente que su único objetivo, efectivamente, era que vinieran aquí, a este museo, donde casualmente hay una exposición dedicada a ese tema.

—Ustedes no hacen nada por casualidad —le espetó Campbell con desprecio.

—Por supuesto que no, profesor —respondió engreído—. Y esta exposición no es diferente. Todo está perfectamente planeado. Después de los dos últimos días que hemos compartido juntos, ustedes tres han podido llegar a entender la manera en la que hacemos las cosas, pero, igualmente, nosotros también hemos podido descubrir un poco mejor cómo son cada uno de ustedes. Cuando les elegimos teníamos una primera idea de cómo eran, pero lo sucedido hasta este mismo momento ha servido para confirmar positivamente nuestras impresiones iniciales. Dedicamos semanas a estudiarles.

—¿Nos espiaron? —preguntó atónito.

—Les estudiamos —puntualizó—. Ambos conceptos son muy diferentes. Como dije antes, ustedes son una parte tan importante de esta historia, como nosotros mismos o como lo que estamos haciendo. Por ello, le pido que no subestime de una manera tan burda nuestra tarea. Fueron semanas estudiando su comportamiento al milímetro. Los tres son profesores y, por tanto, los tres imparten clases, por lo que resultó relativamente sencillo estar cerca de ustedes, día tras día, hasta estar completamente seguros de que eran las personas ideales para desarrollar este papel.

—No me creo que hayan estado en mis clases y no me haya dado cuenta —le contradijo enfadado.

El vigilante sonrió.

—Siento si lo que digo le decepciona, pero para serle sincero, profesor, usted precisamente fue quien menos tiempo nos llevó de los tres. La profesora Margaux y el profesor Milanelli viven en Europa, de modo que tuvimos que desplazarnos hasta Nantes y Turín, respectivamente, lo cual indudablemente nos llevó más tiempo del

deseado inicialmente. Pero ¿usted? Usted se encontraba a sólo unos kilómetros de aquí. Créame cuando le digo que, de los tres, fue quien menos trabajo nos dio.

—¡Déjese de sermones y díganos de una vez lo que tiene que decirnos! ¡¿Dónde demonios está la profesora?! —preguntó Connelly intentando cortar aquella conversación sin sentido.

—En verdad creo que tiene razón. No es necesario que siga dándoles explicaciones de por qué hacemos lo que hacemos. Usted jamás lo entendería. Es mejor que cumpla con mi tarea aquí y les diga dónde deben empezar a buscarla.

Campbell notaba que su corazón se aceleraba por momentos.

—¿Y dónde es ese lugar?! ¡Maldita sea! —gritó Connelly.

—No aquí, en este museo, por supuesto. Sino más allá de este lugar de ira y llantos, donde yace el horror de la sombra.

El profesor Campbell se llevó inmediatamente las manos a la cabeza.

—¿Sabe a dónde se está refiriendo? —le preguntó sorprendida la agente.

—Han sido elegidos cuidadosamente —repitió el vigilante—. Por supuesto que lo sabe. Cada uno de ellos tiene su cometido en esta historia.

Connelly no aguantó más la palabrería de aquel hombre.

—¡Llévenselo de aquí! —les ordenó a los dos policías—. ¡No quiero tenerlo delante ni un minuto más!

Los policías lo sujetaron con fuerza por los brazos y comenzaron a llevarle a marchas forzadas hacia la salida.

—¡Esperen! —gritó Campbell antes de llegaran a la puerta—. Más allá de este lugar de ira y llantos, donde yace el horror de la sombra, está incompleto.

De nuevo el vigilante sonrió orgulloso.

—Tiene razón, profesor. Y necesitan el fragmento completo para encontrarla.

—¿Y qué es lo que falta? —preguntó Milanelli levantando la voz.

—Más allá de este lugar de ira y llantos, donde yace el horror de la sombra, la amenaza de los años me halla y me hallará, sin temor. Allí encontrarán a la profesora.

Capítulo 31

El jefe del Servicio Secreto del Presidente de los Estados Unidos, John Clear, caminaba lo más rápido que podía por el largo pasillo que desembocaba en la Asamblea General de la ONU donde el Presidente Grant estaba, en esos momentos, pronunciando un discurso retransmitido en todo el mundo. Precisamente por eso, y por la información que tenían acerca de un inminente intento de atentar contra su vida, lo que le había dicho minutos antes uno de sus hombres había hecho que el corazón le diera un vuelco. Sin querer llamar la atención de las personas que estaban en el edificio, recorrió los últimos metros que le separaban de la puerta donde esperaba hierático el agente que le había avisado. Al llegar, dedicó un instante a mirar desde la distancia a su compañero situado a escasos metros que le confirmó con un gesto negativo con la cabeza lo que ya le habían dicho previamente.

Sin decir una palabra, tomó con la mano derecha el pomo de la puerta y lo giró para intentar que se abriera. Como esperaba, la puerta estaba bloqueada.

—¿Qué hacemos, señor? —le preguntó el agente situado a su lado.

Aunque la situación parecía estar bastante clara, Clear sabía de sobra que era vital asegurarse antes de tomar cualquier decisión precipitada, sobre todo si esta involucraba al Presidente, de modo que lo intentó sin éxito por segunda vez. Aceptando que el peor de sus temores estaba haciéndose realidad, soltó el pomo y se llevó una mano a la barbilla.

—Necesitamos saber lo que está ocurriendo —respondió entre dientes tras un instante de reflexión—. No podemos permitir que el Presidente esté encerrado en una sala a la que no tenemos acceso.

—Pero estas puertas están controladas por un sistema electrónico —le contradijo confundido el agente—. No son puertas normales. No se pueden bloquear salvo que alguien esté controlando el sistema de seguridad del edificio.

Al escucharle, Clear sintió que la última opción a la que podía agarrarse para explicar aquella extraña situación se aparecía inesperadamente frente a ellos. Espoleado por la tensión que estaba soportando en esos momentos, se giró de inmediato y comenzó a caminar de nuevo apresuradamente por el mismo pasillo que había recorrido hacía escasos segundos en dirección contraria. Si alguien era responsable de todo aquello, sin duda estaría en la sala de vigilancia y podrían detenerle.

Capítulo 32

La claridad que entraba por la puerta del museo hizo que el vigilante y los dos policías que lo llevaban detenido desaparecieran en cuanto se aproximaron a ella. Connelly se giró hacia Campbell que mantenía su mirada fija en el suelo.

—Usted dirá, profesor. Ese hombre ha dicho que sabe qué significa esa frase y dónde está la profesora.

Campbell levantó la mirada y le respondió.

—Sé lo que significa, pero no dónde se encuentra, por desgracia. Y no se trata de una frase, sino de una estrofa de un poema. Por eso dije que faltaba una parte.

—¿Y por qué estaba tan seguro de que usted lo sabría? Si mi información no es errónea usted es profesor de historia.

—Es cierto. No está equivocada, no. Pero conozco muy bien ese poema ya que lo utilizo cada año en mis clases. Hago referencia a él continuamente.

—Entonces es verdad que asistieron a sus clases —murmuró Milanelli.

—Eso parece —asintió Campbell—. Por eso me sorprendió tanto cuando le escuché recitarlo. No tanto por el poema en sí, sino porque es una demostración clara de que lo que nos ha dicho es cierto. Sin duda, los tres hemos sido observados y vigilados durante semanas sin saberlo.

—¿Y qué es lo que dice ese poema? ¿Cómo nos va a llevar hasta la profesora?

Campbell torció el gesto.

—No sabría decírselo ahora mismo. Aunque demuestra que una vez más estamos sumergidos de lleno en el juego que han organizado.

—Pero si lo usa en sus clases algo sabrá decirnos de él —insistió.

—Sí, sí, por supuesto. El fragmento que recitó ese hombre pertenece a un poema más largo y muy, muy conocido. Soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma. A la agente se le iluminó el rostro al escuchar aquellas palabras.

—¿Nelson Mandela?

—Efectivamente —respondió Campbell—. Usted, y también el profesor Milanelli, conocen el poema al que ha hecho referencia el vigilante porque, como digo, es extremadamente conocido, ya que es el que Nelson Mandela utilizó para encontrar la fuerza necesaria para sobrevivir durante los veintisiete años que permaneció en prisión.

—¿Y eso nos va a decir dónde está la profesora? —preguntó sorprendida Connelly buscando la parte práctica de aquella historia.

—Es evidente que no —reconoció Milanelli—. Pero sí que deberíamos seguir un procedimiento similar al que llevamos en París. Allí, los cuadros del Louvre nos llevaron a diferentes edificios de la ciudad donde fuimos encontrando información para descubrir el paradero de Deneux.

—¿Y lo mismo va a ocurrir aquí con ella?

—Esperemos —murmuró Campbell suspirando—. Y si lo que propone Milanelli

es cierto, lo más lógico sería dirigirnos al único lugar de Nueva York donde puede haber una copia de ese libro.

Connelly hizo varios movimientos afirmativos con la cabeza entendiendo el proceso deductivo que ambos planteaban y tratando de decidir qué hacer a continuación.

—Son conscientes de que además de encontrar a la profesora debemos salvar la vida del Presidente ¿verdad?

—Y la de Taylor y Deneux, por supuesto —respondió Milanelli—. Pero siempre hay un orden muy claramente establecido en la manera de actuar de los secuestradores, y por alguna razón han priorizado encontrar a Margaux, por lo que creo que, al menos por el momento, la vida de ellos tres no corre peligro. O así creo que será mientras no la encontremos.

La agente resopló con fuerza.

—¿Está de acuerdo con él? —le preguntó a Campbell.

—Totalmente —respondió—. No alcanzo a comprender por qué están haciendo esto, pero también pienso que mientras permanezca desaparecida, ellos estarán a salvo.

—Bien —dijo sin disimular su escaso convencimiento—. Y supongo que nuestro trabajo aquí también ha finalizado.

—Sin duda —afirmó Milanelli—. Nuestro único objetivo es acudir al sitio al que se refiere el profesor y descubrir por qué han elegido ese poema.

Connelly tenía muy claro que debía fiarse de ellos si quería salvar la vida del Presidente, por lo que comenzó a caminar hacia la salida mientras trataba de descubrir más acerca de lo que los secuestradores podían haber ideado. Al salir, la entrada del museo estaba tomada por la policía que formaba un cordón impenetrable. Justo detrás, una barrera similar de periodistas luchaba por descubrir por qué se había ordenado la evacuación del museo Metropolitano, tal y como ella se había imaginado que ocurriría. Al llegar al coche en el que habían llegado, el profesor Campbell se sentó en el asiento del acompañante, con Milanelli en el asiento trasero.

—¿Y qué lugar es ese al que quiere que vayamos ahora, profesor? —le preguntó arrancando el motor del vehículo.

—La Biblioteca Pública —respondió al instante—. Es evidente que puede haber decenas, o incluso centenares de copias de ese libro repartidas por esta ciudad. Sin embargo, no me cabe la menor duda de que quieren que vayamos a ese edificio en particular.

La agente encendió la sirena, se incorporó al tráfico, y comenzó a esquivar coches en dirección sur por 5th Avenue.

—Si usted está en lo cierto, por lo menos esta vez no nos lo han puesto demasiado difícil —comentó con ironía—. La Biblioteca Pública está en el cruce de 5th Avenue con 42th Street. Llegaremos enseguida.

Milanelli observó por la ventanilla el caos de tráfico y personas que abarrotaban

las calles de Nueva York. Instintivamente, le vino a la cabeza el momento en el que la profesora se había detenido al llegar al exterior del Royal Albert Hall.

—No paran de complicar lo que hacen —dijo en voz baja.

—¿Cómo dice? —le preguntó Connelly al escucharlo.

—Lo que están haciendo —murmuró sin apartar la mirada de la ventanilla—. Cada vez es más y más difícil. Es increíble el riesgo que corren de manera voluntaria. La agente miró a Campbell sin comprender.

—El profesor tiene razón —dijo intentando explicarle un poco más a lo que él estaba haciendo referencia—. Y, de hecho, fue Emilie la primera en darse cuenta que lo que estaba ocurriendo en Londres era completamente diferente a lo que habíamos vivido horas antes en París. Precisamente porque todo transcurrió a plena luz del día, con el riesgo que eso conllevaba para ellos, como está diciendo el profesor.

—Y aquí sucede lo mismo ¿no es así?

—Incluso más si cabe —respondió Milanelli—. En Londres había mucha gente por la calle, pero aquí... Esto es todavía peor. Por no hablar del hecho de conseguir hacer que la profesora desaparezca delante de nuestras narices. En el mismo edificio donde estábamos los cuatro.

—Parece que alaba lo que están haciendo, profesor.

Milanelli apartó por fin la mirada de la ventanilla y la dirigió hacia la parte delantera del vehículo.

—El jefe del Servicio Secreto del presidente Deneux tenía una opinión similar —afirmó sonriendo—. Pero no es alabanza, créame. Simplemente es admirar cómo pueden ser capaces de organizar lo que hacen delante de nosotros, a plena luz del día, sin que podamos hacer nada para evitarlo. Y no sólo lo digo por ustedes. Lo mismo en París y en Londres, pero cada vez más y más complicado.

—Espero que tres días sea tiempo suficiente para que estén seguros de lo que estamos haciendo —replicó mientras observaba de lejos aparecer la silueta del edificio de la Biblioteca Pública.

Campbell suspiró antes de responder.

—Nunca podremos estar seguros al cien por cien, por supuesto. Pero sí es cierto que a estas alturas sabemos con mucha más claridad la manera que tienen de actuar, del mismo modo que ellos saben cada vez mejor cuál es nuestra manera de razonar, y eso les permite diseñar cada etapa del juego. En cierto modo, saben lo que haremos.

Connelly apagó la sirena y recorrió los últimos doscientos metros a una velocidad normal para evitar llamar la atención. Detuvo el vehículo delante de la puerta del edificio de la biblioteca y se bajó del coche. Los profesores hicieron lo mismo. Un policía se acercó rápidamente para indicarles que no podían detener ahí el vehículo. Conociendo sus intenciones, la agente se apartó la parte baja de la chaqueta para que su placa quedara al descubierto. Al verla, el policía se detuvo súbitamente y la saludó con un leve gesto. Los tres subieron los primeros dos tramos de escaleras que daban acceso a la puerta de entrada antes de que Connelly se detuviese a admirar la fachada.

—Ya hemos llegado, profesores. Encontramos cuanto antes ese poema misterioso que nos llevará hasta la profesora Margaux.

Capítulo 33

Clear entró como un vendaval en la sala de vigilancia hasta el punto de que los dos vigilantes que se encontraban allí trabajando se sobresaltaron al verle aparecer.

—¡La Asamblea General! —exclamó nervioso—. ¡Quiero ver la Asamblea General!

El vigilante que estaba sentado a la izquierda tecleó un comando en su ordenador y en la pantalla central de la pared apareció la imagen del Presidente Grant en la tribuna de oración pronunciando su discurso. Clear se quedó bloqueado al verlo.

—¿Esa imagen se emite en tiempo real? —preguntó sin alcanzar a entender lo que estaba ocurriendo.

—Por supuesto que sí, señor —respondió el vigilante sin comprender a qué venía su actitud—. El Presidente lleva unos diez minutos hablando.

Clear echó un vistazo rápido al resto de pantallas de menor tamaño que estaban alrededor de la pantalla central. Varias mostraban diferentes tomas de la misma sala donde los asistentes escuchaban atentamente el discurso del Presidente. El resto mostraban imágenes captadas por las cámaras de seguridad localizadas en diferentes partes del edificio.

—¿No ha ocurrido ningún fallo de seguridad? —preguntó confundido.

—Ninguno, señor —respondió el vigilante sentado en el lado derecho—. Yo soy el responsable de los sistemas electrónicos que controlan el edificio y no ha ocurrido ningún tipo de fallo en todo el día.

—Pero esa puerta... —balbuceó—. Las dos puertas de acceso a la Asamblea están bloqueadas.

El vigilante arqueó las cejas al escucharle y se giró rápidamente para escribir en el teclado de su ordenador. La pantalla central dejó de mostrar al Presidente y se llenó de un conjunto de luces de color verde y rojo.

—Señor, las puertas de la Asamblea General están desbloqueadas. En ese esquema aparecen todas las puertas de esa planta del edificio. Las luces rojas indican puertas que están bloqueadas y las luces verdes puertas que no lo están. Las dos a las que usted hace referencia —dijo ampliando la imagen sobre esa zona del panel— están desbloqueadas.

—No puede ser... Yo mismo...

Ante el extraño comportamiento que estaba mostrando el jefe del Servicio Secreto, el vigilante reinició el sistema para asegurarse que lo que le estaba diciendo era correcto. Todas las luces se apagaron durante tan sólo unas décimas de segundo para volver a mostrar el mismo color que tenían antes.

—Lo que acaba de ver es una comprobación del sistema —le explicó—, y éste sigue indicando claramente que esas dos puertas a las que hace referencia se encuentran desbloqueadas. Pueden acceder al interior de la Asamblea si lo necesitan.

Clear se pasó ambas manos por la cara sin ser capaz de encontrar una explicación

lógica a todo aquello y consciente de la imperiosa necesidad de descubrir lo antes posible qué demonios estaba ocurriendo. No era sólo lo que dos de sus hombres le podían haber dicho, sino que había sido él personalmente quien había comprobado que al menos una de esas dos puertas estaba en realidad bloqueada, por mucho que el vigilante y el sistema que mostraba aquella pantalla pudieran decir lo contrario.

Para intentar salir de aquella contradicción sin sentido cuanto antes, contactó con los dos agentes que las custodiaban.

—Necesito que me confirmen que nada ha cambiado —les dijo con sequedad.

Durante un instante se hizo el silencio en la sala de vigilancia.

—Negativo, señor. Ambas puertas siguen bloqueadas.

Clear miró a la pantalla que mostraba las dos luces de color verde.

—Entiendo lo que muestra ese panel, pero les digo que esas dos puertas están bloqueadas y no podemos acceder al interior de la sala. Ahora mismo el Presidente de los Estados Unidos está encerrado en una sala a la que no tenemos acceso.

El vigilante no daba crédito a lo que estaba escuchando. Hasta su llegada hacía unos segundos todo estaba transcurriendo con total normalidad y, de repente, la seguridad de todo edificio parecía estar completamente comprometida.

—¡Necesitamos asegurarnos que lo que estamos viendo ahí es correcto! —exclamó furioso Clear al ver que permanecían impasibles.

—Sí, señor, enseguida —dijo con voz temblorosa uno de ellos al tiempo que comenzaba a escribir unos comandos en su teclado—. ¿Sería posible que ordenase a alguien acercarse a otras puertas cercanas que yo le pida?

—Puedo enviar a uno de mis hombres, sí.

—En ese caso, necesitaría hablar él si fuese posible.

Clear sacó inmediatamente el *walkie-talkie* para hacer lo que le pedía el vigilante.

—Miller —dijo sin poder disimular su nerviosismo—, estoy en la sala de vigilancia y necesito que realice algunas comprobaciones que le van a pedir que haga.

—Por supuesto, señor —se escuchó responder.

El vigilante tomó el *walkie-talkie* que le ofrecía Clear y comenzó a darle las instrucciones necesarias para comprobar si lo que él decía era cierto.

—Si mira a su izquierda verá a unos veinte metros una puerta de color caoba.

—La veo —respondió casi sin dejarle terminar.

—Bien. En nuestro sistema esa puerta aparece con luz verde lo que indica que se encuentra desbloqueada y, por tanto, usted podría abrirla sin problema. Necesito que vaya hasta ella y lo compruebe.

Mientras esperaban a que lo hiciera, el vigilante encargado de las cámaras de seguridad aprovechó para mostrar en pantalla lo que había en el interior de la sala.

—Está vacía —susurró.

—Ya estoy delante de la puerta —les informó Miller.

—¡Ábrala, agente! —exclamó impaciente Clear.

El leve chasquido que se escuchó a través del *walkie-talkie* no dejó lugar a dudas.

—Está abierta, señor.

El vigilante respiró aliviado.

—Diez metros más adelante hay otra puerta de aspecto idéntico que también debería estar desbloqueada. ¿Podría comprobarlo, por favor?

De nuevo, durante varios segundos no hubo respuesta.

—Creo que se confunde esta vez. Esta puerta está cerrada.

El corazón de Clear se disparó.

—No puede ser —dijeron a la vez ambos vigilantes.

—¿Está seguro? —preguntó el que sostenía el *walkie-talkie*.

—Completamente. Está puerta está cerrada.

Ambos miraron a Clear sin comprender.

—¡¿Qué narices está pasando en este edificio?! —exclamó hecho una furia al ver sus caras.

El vigilante que estaba realizando las comprobaciones sintió cómo todo su cuerpo comenzaba a sudar de manera repentina. Si como parecía estar ocurriendo había algún tipo de problema que comprometiese la seguridad del edificio, él sería el primer responsable al que se le pedirían explicaciones.

—¿Podría volver a la puerta que acaba de comprobar que estaba abierta, por favor? —le pidió tratando de entender aceleradamente lo que ocurría.

—Ya estoy otra vez delante de ella —le indicó.

—Necesito que entre en la sala, que cierre la puerta y que, a continuación, gire el pestillo que debería bloquearla. Si lo hace, nosotros tendríamos que ver un cambio en el color de la luz, de verde a rojo. Eso indicará que el sensor funciona correctamente y que lo que vemos en pantalla es cierto.

A través del *walkie-talkie* escucharon con claridad varios sonidos sucesivos que les permitían adivinar cada paso que Miller realizaba siguiendo siempre las instrucciones recibidas por el vigilante.

—Ya está —dijo al finalizar—. Estoy en el interior de la sala y he bloqueado la puerta.

El vigilante se llevó las manos a la cabeza. En el monitor se veía al agente del Servicio Secreto dentro de la habitación, pero en el panel la luz seguía de color verde.

—No controlan lo que está ocurriendo dentro del edificio ¿verdad? —les preguntó Clear entendiendo por fin lo que sucedía—. Lo que ustedes ven aquí y lo que realmente está pasando no coincide.

Una y otra vez, el vigilante movía la cabeza negándose a aceptar la realidad.

—Parece que hay algún fallo...

—¡¿Un fallo?! —gritó Clear enfurecido—. ¡Estamos en el maldito edificio de la ONU y los sistemas de seguridad no funcionan! ¡Tenemos aquí dentro a los Presidentes y Jefes de Estado de medio mundo y ustedes no saben qué demonios ocurre!

A pesar de que la presión que ambos estaban soportando aumentaba por

momentos, el vigilante trató de calmarse como pudo y cargó en la pantalla principal un plano completo del edificio donde las plantas se superponían unas con otras.

—Necesito comprobar si los fallos que estamos viendo afectan a esta planta únicamente o a todo el edificio —le dijo al agente Miller a través del *walkie-talkie*—. Si camina ochenta metros a su izquierda encontrará unas escaleras de emergencia. Quiero que las utilice para subir a la planta superior y ver si allí tenemos el mismo problema.

Miller corrió para cumplir con lo que le pedían muy consciente de la importancia de lo que tenían entre manos y del grave fallo de seguridad que estaban descubriendo. Al llegar a la planta superior se acercó a la primera puerta que vio.

—Ya estoy en ella —les informó con voz agitada—. Justo en frente hay una puerta. Puedo probar con esta si quieren.

El vigilante cargó el plano de la planta en la que se encontraba para comprobar su estado. Localizó su ubicación, cerró los ojos y respondió.

—Muy bien. Según nuestro sistema esa puerta está bloqueada y no debería poder abrirla.

De nuevo, el leve chasquido no dejó lugar a dudas.

—Señor, creo que el sistema de seguridad del edificio ha caído —se escuchó decir a través del *walkie-talkie*.

Capítulo 34

—Aquí estamos —dijo Milanelli justo cuando accedieron a la sala de lectura de la biblioteca—. Está de más que diga que esta tarea puede llevarnos todo el día si no conseguimos que alguien nos indique dónde se supone que se encuentra el libro que estamos buscando ¿verdad?

Campbell dio una vuelta sobre sí mismo buscando a algún trabajador que pudiera simplificar la tarea que tenían por delante. A una decena de metros, vio a una chica de aspecto juvenil que se afanaba en alinear celosamente las sillas de una de las mesas de lectura. Sin dudar un instante, se dirigió hacia ella.

—Disculpe —susurró a la vez que ponía delicadamente la mano derecha sobre su hombro—. Necesitaría que me indicara dónde puedo encontrar un libro en particular.

Al darse la vuelta, la chica se fijó en el aspecto del profesor antes de responderle.

—¿Qué libro desea, señor? —preguntó con educación.

Campbell se giró buscando a la agente Connelly que rápidamente entendió su intención y se acercó hasta él seguida por Milanelli.

—Estamos buscando el poema *Invictus* de William Ernest Henley —dijo justo cuando ambos llegaron a su lado.

La chica expresó una leve sonrisa a sus acompañantes y respondió al instante.

—Por supuesto, señor. Si son tan amables de seguirme, les guiaré hasta él.

Con paso firme, los tres siguieron a su inesperada guía por aquella enorme biblioteca. Para Campbell, sin duda contar con la ayuda de alguno de sus trabajadores era la manera más rápida de llegar al libro que estaban buscando. En silencio, la chica se dirigió a la parte derecha de la sala de lectura, echó un rápido vistazo al número de la estantería que tenían delante en ese momento para orientarse, y comenzó a caminar con suma discreción tratando de no molestar a ninguna de las personas que allí se encontraban por el pasillo que limitaban las mesas de lectura y el resto de estanterías. Milanelli se fijó sorprendido cómo aquella joven contaba las estanterías que iban dejando atrás con ayuda de los dedos de la mano izquierda.

Al llegar casi a la parte final de la sala, se detuvo y repasó con gesto atento las dos filas de libros que se encontraban colocadas a la altura de su cintura. La agente Connelly aprovechó aquel breve momento para darse la vuelta y observar lo que tenían a su alrededor. Desde el punto en el que se encontraban, la sala de lectura podía verse casi por completo de un sólo vistazo. Nada parecía indicar que algo extraño pudiese estar ocurriendo, ni que allí mismo se escondiese una de las claves para descubrir el paradero de la profesora Margaux, y mucho menos para salvar la vida del Presidente de los Estados Unidos.

—Aquí lo tienen —les indicó satisfecha la joven al encontrarlo manteniendo el mismo comportamiento cordial y educado.

La voz de la chica hizo que Connelly se volviera hacia ella y retomara su atención en la búsqueda. Sin decir una palabra, los tres observaron cómo cogía con cuidado un

libro de la estantería, le pasaba una mano por la portada, como pretendiendo eliminar cualquier resto de polvo que pudiera contener, y se lo ofrecía finalmente a Campbell.

—Sería de gran ayuda para nosotros si pudiera indicarnos también la página donde se encuentra ese poema que le pidió el profesor —dijo súbitamente la agente al tiempo que levantaba la mano evitando que éste pudiera cogerlo.

Lejos de mostrar contrariedad o un mal gesto por aquella repentina petición, la chica volvió a expresar una sonrisa educada y, sin contestar, lo abrió y buscó ágilmente en el índice la ubicación exacta. A continuación, comenzó a pasar páginas con cierta rapidez hasta llegar hasta él.

—Aquí está lo que me han pedido —dijo acto seguido ofreciéndole de nuevo el libro al profesor.

Campbell, esta vez sí, lo cogió y leyó en su interior el título.

«Invictus».

Inmediatamente, miró a la agente y asintió sutilmente.

—Gracias por su ayuda —le dijo Connelly entendiendo aquel gesto—. Nos ha ayudado, realmente.

La chica sonrió una vez más y comenzó a alejarse.

—Si necesitan algo más estaré al principio de la sala —dijo despidiéndose de ellos.

Connelly agradeció con educación su ofrecimiento para posteriormente dirigir su mirada al libro que Campbell sostenía en sus manos.

—Después de todo, no ha sido difícil encontrarlo —reconoció aliviada—. Y ahora que ya lo tenemos, tienen que decirme por qué aquel hombre recitó parte de este poema.

El profesor resopló tímidamente evidenciando el comportamiento repetitivo que mostraban todas las personas que habían ido conociendo en los últimos días. Lo mismo daba que se tratara de París, Londres o Nueva York. En todos los casos les exigían respuestas rápidas ante los desafíos que les presentaban los secuestradores.

Al no tener una respuesta adecuada a su petición, Campbell se limitó a leer en voz baja el poema. Suficientemente alto como para que le escucharan, pero evitando molestar a las personas que tenían más próximas a ellos.

Más allá de la noche que me cubre,
negra como el abismo insondable,
doy gracias al dios que fuere
por mi alma inconquistable.
En las garras de las circunstancias
no he gemido, ni llorado.
Sometido a los golpes del destino
mi cabeza sangra, pero está erguida.
Más allá de este lugar de ira y llantos

donde yace el horror de la sombra,
la amenaza de los años
me halla y me hallará, sin temor.
No importa cuán estrecho sea el camino,
ni cuán cargada de castigos la sentencia.
Soy el amo de mi destino,
soy el capitán de mi alma.

El silencio que mantuvieron los tres al terminar de leerlo no ayudó a evitar que la imagen de la profesora se clavara en la mente de Campbell. No sabía cómo demonios se las habían arreglado para hacerla desaparecer de un museo repleto de personas, pero tenía claro que debían darse prisa en encontrarla tan pronto como fuese posible. Cada minuto que pasaba desaparecida, sentía una angustia interior que le estaba consumiendo sin remedio.

—Ya tenemos lo que querían que encontráramos, es cierto —respondió finalmente casi susurrando—. Ahora lo que debemos hacer es hallar el modo en que este libro nos llevará a descubrir su paradero.

—¿Y cómo pretende conseguirlo? —le preguntó al instante evidenciando su nerviosismo.

—Primeramente —respondió Milanelli—, intentando entender qué tiene ese poema de especial para que lo hayan elegido. Esta biblioteca está plagada de libros —añadió al tiempo que con el brazo izquierdo hacía un movimiento en círculos como tratando de dar peso a su afirmación—. Eso quiere decir que hay centenares, sino miles, de poemas que podían haber elegido. Miles de historias que podrían haber utilizado para indicarnos dónde se encuentra la profesora y, de todos ellos, han elegido este.

Campbell cerró un instante los ojos tratando de concentrarse. Lo que Milanelli decía era cierto, y plenamente acorde al modo de actuar que conocían sobradamente por parte de los secuestradores. Si ese había sido el poema elegido, debía existir una razón concreta que ahora ellos tenían la obligación de descubrir.

—De algún modo están repitiendo cosas que ya han hecho anteriormente —dijo abriendo los ojos de nuevo—. Como le dijimos antes, después de dos días saben mucho más de nosotros tres, de nuestra manera de razonar y de lo que somos capaces de hacer. Del mismo modo que nosotros conocemos mejor también su manera de actuar.

—Y entiendo que eso es positivo...

—Sí, creo que sí —continuó exponiendo lo que quería hacerles ver—. No sabría decirle exactamente si es este poema lo que querían que descubriésemos. O si por lo contrario es alguna otra parte de este libro. Incluso algo de este edificio.

Connelly arqueó las cejas al escucharle.

—Tengo la incómoda sensación de haber pasado repentinamente de encontrar lo

que buscábamos a estar completamente perdidos, profesor.

—No, no lo estamos, créame —le corrigió con seguridad Milanelli—. Si bien es cierto que podrían haberlo utilizado simplemente para traernos hasta aquí, el hecho de que descubrir el paradero de la profesora no sea la verdadera razón por la que hemos venido a Nueva York, me hace estar razonablemente seguro de que es este poema, y no cualquier otra cosa, lo que querían que encontráramos.

—No sabe cómo me alegra escucharle —expresó aliviada—. Pero de nuevo debo insistir en lo que les he dicho hace un instante. Tenemos que descubrir cómo vamos a utilizarlo para hallar el lugar donde la tienen escondida.

Sin responderla, Milanelli se situó junto al profesor y leyó el poema por encima.

—Ciertamente esto no parece decirnos mucho —reconoció al terminar—. Y a pesar de que no conozco esta ciudad, tampoco creo que nos esté indicando ningún lugar especial.

—En eso estamos completamente de acuerdo —afirmó Connelly.

—Lo que me lleva a pensar —continuó— que, en realidad, sea algo inherente al propio poema lo que quieren que descubramos, y no algo relativo a su contenido.

Campbell apartó su mirada del texto y la dirigió hacia él.

—¿Algo sobre su autor, tal vez? —preguntó recobrando la esperanza de encontrar el camino correcto que les guiara hasta Margaux.

—Puede ser, sí. Aunque tampoco debemos descartar que puedan haber repetido lo que vimos en el Louvre con el cuadro de La consagración de Napoleón.

Connelly soltó una risita nerviosa al escucharle.

—¿De verdad está sugiriendo que ese libro puede contener algún mensaje oculto como el que encontraron en aquel cuadro?

Milanelli se encogió de hombros ante la descabellada idea que parecía haber planteado.

—Lo que estoy diciendo es que estoy seguro de que este libro y este poema, en particular, es justo lo que debíamos encontrar. Y eso ya lo hemos hecho, de modo que ahora nos falta averiguar cómo nos llevará hasta la profesora. Por tanto, creo que sería irresponsable por nuestra parte descartar de antemano cualquiera de las opciones que ya les hemos visto hacer en algún momento de los dos últimos días. Y la posibilidad de que haya algo escrito en esta página que no se pueda ver a simple vista es, en mi opinión, una posibilidad tan válida como cualquier otra.

Durante un instante, Connelly se sintió avergonzada por la pregunta inconsciente que había hecho. El profesor tenía razón en su argumento y ella se había burlado de una opción ciertamente posible.

—Si creen que esa es una posibilidad, nuestro equipo científico se ocupará de descubrirlo —dijo tratando de enmendar su error.

A pesar de que se mostraba dispuesta a seguir el camino que proponían, ambos profesores se quedaron mirando fijamente al texto del poema durante varios segundos, como si en realidad no hubiesen escuchado sus palabras.

—O tal vez debemos hacer algo diferente... —les propuso, tras unos segundos de silencio, sin acabar de entender su comportamiento.

Milanelli, levantó la vista dirigiéndola hacia ella, resopló un instante y trató de exponer la idea que creía que merodeaba por la cabeza de ambos en ese momento.

—Es difícil de explicar, agente, pero en todos los casos en los últimos dos días, lo que los secuestradores nos dejaban eran cosas que nosotros mismo podíamos descubrir sin ayuda de nadie.

—Hasta donde yo tengo conocimiento, esa afirmación no es del todo cierta —le contradijo—. La contraseña alfanumérica que necesitaron en la National Gallery estaba escrita en el friso del Panteón de Roma, y allí necesitaron la ayuda de Chavrier.

De manera similar a como acababa de hacer Milanelli, Campbell apartó también la mirada del libro que sostenía en sus manos y la dirigió a la agente.

—No, exactamente —puntualizó—. Es cierto que él se encontraba allí en aquel momento, pero para descubrir el texto que figuraba en el friso no era necesaria su ayuda. Podríamos haberlo buscado en internet nosotros mismo. De hecho, la pintura falsa de la iglesia de San Estefano Rotondo demostró que esa era la verdadera razón por la que querían que acudiéramos a Roma y no el texto del friso.

—¿Entonces? —preguntó confundida.

—Sencillamente, creo que él tiene razón —reconoció—. Puede resultar muy interesante que su equipo estudie este libro en busca de algún mensaje oculto, pero si encontrar a la profesora no es la razón principal por la que estamos aquí, sino que lo es salvar la vida del Presidente, cualquier información que nos dejen para encontrarla debería ser mucho más directa.

Connelly suspiró sintiendo que de nuevo habían vuelto al punto de partida.

—Muy bien. Y si ustedes tienen razón, eso quiere decir que no es nada escondido en este libro lo que quieren que encontremos. Tampoco parece que su contenido nos indique nada particular, por lo que únicamente nos queda la posibilidad de que sea el poema en sí mismo el que guarda esa información ¿cierto?

—¡Totalmente! —exclamó ahogadamente Milanelli satisfecho—. Y tengo en mente una persona que creo que sería ideal para darnos toda la información posible sobre él, ya que, entre otras cosas, también sabe cómo se las gastan los secuestradores y ya nos ayudó a encontrar a Deneux.

—¿El comisario Chavrier? —preguntó la agente sorprendida.

—Más bien su eficientísima informática —respondió al instante—. Creo que es la persona ideal para realizar este trabajo.

Connelly tuvo que hacer una breve pausa para tragarse su orgullo y aceptar que, a pesar de la cantidad de personas sobradamente calificadas que tenían en la CIA para descubrir esa información, debían pedir ayuda a la policía francesa para resolver un caso que estaba ocurriendo a miles de kilómetros de distancia.

—Asumo sus reticencias —dijo Campbell creyendo entender lo que pensaba—,

pero Eugene nos ayudó de manera increíble en París, y yo también estoy convencido de que es la persona ideal para ayudarnos de nuevo en este momento.

Sabiendo que no tenían tiempo que perder, levantó la mirada buscando el lugar más apartado posible dentro de aquella sala de lectura desde donde pudieran hablar con tranquilidad. Juntos caminaron unos metros hasta el punto elegido por la agente que nada más llegar hasta él sacó su teléfono móvil y marcó el número de Chavier. Al escuchar el primer tono de la llamada, lo apartó de su oído y conectó el dispositivo manos libres para que fuesen ellos quienes pudiesen hablar directamente con aquella mujer a la que no conocía.

—Espero que todo vaya bien, agente —dijo Chavier al coger la llamada.

—Buenos días, comisario. Los profesores Campbell y Milanelli desean plantearles un problema que necesitamos que resuelvan para nosotros —respondió sin rodeos.

—Por supuesto, por supuesto...

La emoción de Chavier por poder servir de ayuda una vez más era fácilmente perceptible en su tono de voz.

—Para que entienda nuestra situación, comisario —dijo rápidamente Campbell—, de nuevo tenemos que descubrir el significado de algo que los secuestradores han dejado para nosotros. Y para lograrlo, necesitamos que Eugene busque toda la información posible sobre un poema concreto.

—Lo que quieran, profesor. Eugene está aquí, a mi lado, escuchándole. Simplemente díganos de cuál se trata y le diremos todo lo que podamos sobre él.

—Invictus, de William Ernest Henley —les indicó sin perder un instante—. Únicamente ese poema. Nada más.

Durante varios segundos, los tres permanecieron en silencio mirando a la pantalla del móvil que Connelly sostenía en su mano, esperando recibir la información que necesitaban. Tanto para Milanelli como para Campbell, aquella situación era de sobra conocida, y la última vez que la habían vivido, en el Palacio de Lambeth, habían sido capaces de encontrar con vida al ministro Hudson y a los dos policías que le escoltaban.

—Como supongo que ya sabrán —les informó Eugene—, se trata de un poema escrito en 1875. De hecho, parece que inicialmente ni siquiera tenía título, sino que *Invictus* fue añadido un cuarto de siglo después por un tal Arthur Quiller-Couch.

—Sí, sí... —le interrumpió Campbell—. Esa información ya la conocíamos. Lo que realmente necesitamos saber es si hay algo en concreto por lo que lo pueden haber elegido. Algo que tenga que ver con Nueva York. Creemos que nos lo han dejado para dirigirnos a un lugar de esta ciudad, pero no sabemos cuál.

Gracias a aquella aclaración, Eugene entendió perfectamente lo que estaban buscando, de modo que leyó rápidamente toda la información que tenía en pantalla sin detenerse a comentar detalles menores que nos les servirían de ayuda. Tras unos segundos de silencio, creyó encontrar justo lo que necesitaban.

—En ese caso, me alegra poder decirles que están de suerte —les informó sin intentar ocultar su satisfacción—. Puede que sí haya una razón clara por la que lo eligieron, y que sin duda les llevará hasta un punto de Nueva York. Según leo, parece ser que hubo una persona que lo utilizó en un momento muy particular de su vida.

—¿De qué lugar se trata, agente? —preguntó nerviosa Connelly.

—La estación de metro de Rector Street, al sur de Manhattan. En 2001, un hombre llamado Timothy McVeigh utilizó ese poema como declaración final antes de ser ejecutado por un atentado cometido en ese mismo lugar.

—¡Lo tenemos! —exclamó instintivamente Milanelli con voz ahogada.

—¿Seguro?

—Totalmente —respondió convencido—. Este edificio no es lo que buscamos. Ni siquiera el contenido del poema. Lo que nos acaba de decir Eugene es lo que los secuestradores querían que encontráramos. El punto de Nueva York a donde debemos dirigirnos.

Connelly descubrió por primera vez en la mirada segura de Milanelli la razón por la que aquellos tres profesores habían sido tan importantes para la policía en los últimos dos días. Convencida de que ya habían descubierto lo que habían ido a buscar allí, finalizó rápidamente la llamada con una breve despedida, guardó el teléfono en la chaqueta, y comenzó a correr hacia la salida.

Capítulo 35

La primera vez que recobró el conocimiento, apenas fue durante unos segundos. Abrió los ojos tanto como pudo y ni siquiera ese esfuerzo, que en aquel momento sentía que era el mayor que había realizado jamás, sirvió para poder ver nada. Sin esperanza, volvió a cerrarlos y se dejó vencer por el agotamiento.

Al otro lado del océano Atlántico, Eugene repasaba con atención la información que mostraba la pantalla de su ordenador. De todo lo que había leído, aquella estación de metro, unido a que el terrorista había pronunciado ese poema antes de ser ejecutado, era en su opinión justo lo que los profesores estaban buscando. Mientras mantenía su mirada fija en la pantalla, recordó lo que había ocurrido dos días antes cuando el comisario Chavier y los inspectores habían pasado la noche recorriendo la ciudad de París intentando descubrir el lugar donde se encontraba secuestrado Deneux. Todo parecía indicar que lo que estaba sucediendo en Nueva York seguía una línea muy similar a lo vivido por ellos en París. Tal similitud le hacía pensar que, fuese quien fuese el responsable, debía tratarse de alguien muy profesional.

En sus años como policía había tenido tiempo para trabajar en decenas de casos y, en todos ellos, siempre se podía establecer, al menos, una sencilla línea que permitiese diferenciar qué casos eran obra de personas normales, gente anónima que en algún momento de su vida cometían algún tipo de delito, de aquellos perpetrados por verdaderos profesionales del crimen. La principal manera de diferenciarlos era el modo en que unos y otros eran ejecutados. En la mayoría de los casos, la gente normal no planea excesivamente lo que va a hacer, sino que lo ejecuta sin más. Esto les lleva a cometer multitud de errores que posteriormente son utilizados por la policía para encontrarles y detenerles. Por no hablar, por supuesto, de la inestimable ayuda que todos esos errores suponen para facilitar su trabajo, ya que son ellos mismos, con su torpeza, los que le dejan el camino allanado para facilitar su inculpación en el delito cometido. Sin embargo, los delincuentes profesionales son completamente diferentes. Dependiendo del grado de experiencia en los delitos que cometen, la preparación con la que afrontan lo que tienen pensado hacer les permite borrar de un plumazo todos esos descuidos de principiante que los delincuentes aficionados cometen. Y para Eugene, esos eran los casos realmente interesantes y en los que más disfrutaba, puesto que suponían siempre un gran desafío para todo el cuerpo de policía y para ella particularmente, ya que, en la mayoría de ocasiones, el comisario Chavier cargaba sobre sus hombros la responsabilidad de descubrir quién era el autor o de decidir, en función a grabaciones u otra información de la que disponían, si quien él consideraba como culpable lo era o no realmente. Y una de esas situaciones, precisamente, era la que desde hacía dos días la tenía totalmente ocupada. Un grupo de personas que habían conseguido secuestrar al hijo del

presidente de Francia, que habían asesinado a cinco ministros del gobierno británico y que, según tenía conocimiento, ahora pretendían asesinar de un plumazo al presidente Deneux, al Primer Ministro Taylor y al Presidente de los Estados Unidos.

Capítulo 36

La sala de lectura de la Biblioteca Pública recobró su escrupuloso silencio tan pronto como Connelly y los profesores se alejaron lo suficiente como para que no se escuchasen el sonido acompasado de sus pisadas corriendo hacia el exterior del edificio. Aquel comportamiento, tan poco usual en un lugar de lectura, había hecho que la mayoría de las personas que se encontraban en la sala levantaran sorprendidas la cabeza buscando con curiosidad quién estaba originando aquel pequeño alboroto. Incluso la chica que les había indicado la localización del libro minutos antes se sorprendió por la forma en la que abandonaron.

Una vez en el exterior, Connelly incrementó el ritmo, llegando a peligrar su propia estabilidad al bajar a trompicones las enormes escaleras que daban acceso a la biblioteca. Sin preocuparse lo más mínimo por si los profesores la estaban siguiendo o no, corrió hasta el vehículo que habían dejado aparcado justo delante de la entrada y entró veloz en él. Al tiempo que lo arrancaba, los profesores entraron también colocándose Campbell junto a ella en la parte delantera y Milanelli en el asiento de atrás. Sin perder un segundo, Connelly se incorporó a la circulación y aceleró a fondo para evitar quedarse bloqueada por el semáforo situado entre 5th Avenue, por la que ahora circulaban en dirección sur, y 40th Street. A pesar de que el primer obstáculo que se encontraban en su trayecto hacia Rector Street había sido superado con éxito, Connelly tenía muy claro que la distancia que debían cubrir hasta llegar a la estación de metro, unido al intenso tráfico de mediodía, eran razón más que suficiente como para avisar al resto de vehículos de su presencia. Así pues, encendió la sirena para intentar conseguir algo de espacio libre en su camino. Por desgracia, en Manhattan, ni siquiera aquella era una estrategia que asegurara que el resto de conductores se apartasen al verles aparecer.

—Ahora que ya sabemos a dónde quieren que vayamos, creo que es hora de que empecemos a pensar en qué haremos cuando lleguemos a la estación o qué demonios se supone que tendremos que encontrar allí —comentó rompiendo el silencio generado tras su precipitada salida de la biblioteca—. Porque si tengo algo claro, es que la profesora Margaux no va a estar en una estación de metro esperando por nosotros.

—Es evidente que no —respondió Milanelli acercándose al hueco que formaban los dos asientos delanteros—, y he de reconocer que el punto que esta vez han elegido es realmente extraño. Me atrevería a decir que en los dos últimos días hemos estado en todo tipo de lugares; museos, bibliotecas, panteones, iglesias... ¡hasta en las mismas catacumbas de París! Pero ¿una estación de metro? Reconozco que yo tampoco sé lo que pretenden que encontremos allí.

La agente apartó un momento la mirada de la carretera y la dirigió hacia Campbell una vez escuchada la opinión de Milanelli.

—Y usted, profesor ¿está de acuerdo?

Campbell dedicó dos segundos a meditar su respuesta. Seguidamente, suspiró de manera notoria y expresó la idea que tenía en su cabeza.

—Es evidente que Margaux no puede estar en una estación de metro como usted bien dice, y al igual que opina el profesor, yo también estoy sorprendido por el lugar que han elegido esta vez los secuestradores. La pauta seguida siempre se ha basado en darnos determinada información que nos dirigía hacia lugares donde podíamos encontrar más información, de modo que se establecía siempre una especie de línea continuista donde unos lugares y otros se iban enlazando.

—Pero ahora no parece ser así —le interrumpió Connelly.

—No, es cierto. Y a eso es precisamente a lo que me refiero. Esos lugares que mencionaba antes Milanelli siempre podían albergar información, de un modo u otro, que nos sirviese para seguir avanzando en el juego que ellos habían preparado. Ya fuese en París, buscando a Deneux, o en Londres, tratando de salvar la vida de los ministros.

Al pasar justo por delante del Empire State, hizo una breve pausa para admirar desde la ventanilla su imponente silueta. Cuando lo dejaron atrás, continuó con su razonamiento.

—Incluso en Roma, donde estuvo el comisario Chavrier, la iglesia de San Estefano Rotondo y el Panteón eran dos localizaciones que encajaban a la perfección con su manera de actuar. La iglesia contenía pinturas que escenificaban las torturas que eligieron para los ministros y el texto del friso del Panteón resultó ser la contraseña alfanumérica que necesitábamos para desconectar aquellas barreras que bloqueaban el acceso a la sala de la National Gallery donde encerraron a la ministra Johnson.

—Pero no parece probable que nada de eso lo vayamos a encontrar en una estación de metro.

Campbell no concedió mayor importancia a la nueva interrupción de Connelly. Tanto él como Milanelli le estaban diciendo que no sabían qué podrían encontrar en el punto de la ciudad al que se estaban dirigiendo, por lo que consideraba completamente normal que ella también expresara sus dudas al respecto.

—No, me temo que no —reconoció finalmente en voz baja.

—Es cierto que puede resultar chocante la situación en la que nos encontramos —dijo Milanelli entendiendo la actitud de la agente—, pero no es excesivamente diferente esta situación a muchas otras que ya hemos vivido anteriormente. No negaré que ahora mismo a todos nos infundiría mayor confianza saber que ese poema nos dirigiese a un museo o a cualquier otra biblioteca de esta ciudad. Sin embargo, no dudo que la indicación que nos ha dado Eugene sea la acertada y que, por tanto, esa estación de metro sea el lugar al que los secuestradores quieren que nos dirijamos. ¿Por qué? Desde luego que no lo sé, ni tengo la menor idea. Pero sin duda existe una razón y muy pronto la descubriremos.

Connelly se sintió reconfortada al percibir la confianza que mostraba Milanelli. A

pesar de que ella estaba completamente perdida respecto a lo que estaban haciendo, ver que él mantenía semejante grado de confianza respecto a sus posibilidades, unido a su excelente trabajo en París y Londres, le hacían presentir que su primer cometido, encontrar el paradero de la profesora, estaba más cerca que nunca de cumplirse.

Al llegar al final de 5th Avenue, giró a la izquierda. El tramo de 8th Avenue que debía enlazarles con Brodway fue, para su sorpresa, la parte del trayecto donde la sirena del vehículo surtió más efecto, pues todos los taxis, camiones de reparto y otros coches se apartaron sucesivamente sin obligarles a detenerse en ningún momento. Al girar a la derecha para incorporarse a Brodway, sintió la necesidad de recordarles una vez más la verdadera razón de por qué estaban en Nueva York. Sabía que para ellos encontrar a la profesora era su principal meta en aquel momento, pero era necesario que tuvieran una visión global de lo que estaba sucediendo y que recordaran que la vida del Presidente de los Estados Unidos, junto con la del presidente francés y la del Primer Ministro, estaban en peligro.

—¿Por qué creen que Morton han hecho todo esto? —les preguntó—. ¿Qué razón puede haber en secuestrar a la profesora si su objetivo real es el Presidente?

Campbell sintió de manera simultánea sorpresa primero al escuchar a Connelly poner un nombre concreto a quienes ellos llevaban dos días llamando genéricamente «los secuestradores» y un gran nudo en el estómago inmediatamente después al oír cómo se refería con el término «secuestro» a la desaparición de Margaux.

—Es extraño, sin duda —respondió tratando de que no se percibieran sus sentimientos en su tono de voz—. Nunca antes habían hecho nada semejante y sabiendo, como usted dice, que está claro cuál es nuestro cometido aquí en Nueva York, resulta doblemente desconcertante lo que han hecho con ella.

—Quizá simplemente quieran ganar tiempo —propuso Milanelli casi de manera inconsciente.

Connelly le miró inmediatamente a través del espejo retrovisor exigiendo argumentos que sustentasen aquella opinión.

—No se me ocurre otra opción, para serle sincero —se excusó—. De lo que sí podemos estar completamente seguros es que lo tenían perfectamente planeado. No ha sido algo precipitado e improvisado que hayan hecho, sino que secuestrarla formaba parte del juego que han diseñado desde el principio para el día de hoy y, muy posiblemente, llevarnos al museo Metropolitano fue el modo de conseguirlo. Allí era el lugar donde tenían pensado hacer que desapareciera.

—Entonces nos engañaron con el mensaje que publicaron por televisión —señaló claramente contrariada.

—Yo no lo diría así, agente —respondió captando la crudeza de aquella afirmación—. Es cierto que no resulta agradable aceptar que, en ocasiones, uno tiene la sensación de ser una simple marioneta que va de aquí para allá haciendo lo que ellos quieren, pero en realidad así ha sido hasta ahora, y debo decir que nos ha ido relativamente bien si consideramos cuántas personas hemos conseguido salvar con

vida de las que realmente teníamos posibilidad de hacerlo.

—Todas —afirmó Campbell.

—Así es. Deneux, el ministro Hudson y los dos policías que le escoltaban —enumeró orgulloso Milanelli—. Por eso digo que entiendo que puede resultar poco agradable sentirse una marioneta de los secuestradores, pero al final hemos conseguido siempre nuestro objetivo, que era salvar la vida de esas personas, de modo que si repetir ese comportamiento una vez más es la manera de encontrar a la profesora y de salvar la vida de su Presidente, yo, por lo menos, no tengo problema en ello.

—Además —añadió Campbell—, creo que tampoco debemos ignorar el hecho de que ese orden, por así decirlo, es positivo para nuestros intereses. Cuando llegamos a Nueva York les dijimos que no sabíamos muy bien qué era lo que tendríamos que hacer, ya que aparentemente no había nadie a quien salvar, lo cual marcaba una clara diferencia con respecto a la situaciones que habíamos vivido anteriormente. Sin embargo, ese texto que mostraron en televisión nos llevó al museo Metropolitano y de ahí hemos ido a la Biblioteca Pública y ahora a esta estación de metro. Estamos, por tanto, siguiendo los pasos marcados por ellos, siguiendo una vez más el juego que han organizado y, si todo va bien, estamos en el camino adecuado para alcanzar nuestro primer objetivo, que es encontrar a Emilie, y también para lograr lo que realmente hemos venido a hacer a Nueva York.

Justo al mismo tiempo que el profesor terminaba de hablar, Connelly giró a la derecha en la intersección de Brodway con la estrecha Cedar Street. Sabía que les faltaba muy poco para llegar a su destino y los nervios ante lo que podían encontrarse en aquella estación volvían a aflorar en su estómago. Cuando recorrieron por completo esa calle giraron a la izquierda sin remedio hacia Greenwich Street que, si no estaba equivocada, debía desembocar justo en su destino.

Al visualizar el letrero de la estación, se lanzó sin miramientos hacia un lado de la carretera y aparcó torpemente el vehículo encima de la acera bloqueando parcialmente la entrada de la cafetería George's. Sin tiempo que perder, los tres se bajaron precipitadamente, Connelly echó un vistazo a su alrededor tratando de encontrar algo que pudiera resultar inusual y entró en la estación de Recton Street seguida por los profesores. En su interior, lo que encontraron fue exactamente lo que esperaban. Una estación de metro completamente normal donde la gente entraba y salía anárquicamente sin que hubiese ningún indicio de la profesora por ninguna parte.

—Aquí es donde nos lleva ese poema —dijo la agente mientras seguía recorriendo con la mirada todo lo que podía abarcar desde el punto en el que se encontraban.

Los profesores no supieron qué responder ante aquel comentario. Lo que tenían delante era también nuevo para ellos. Sin duda, aquella estación no parecía el lugar idóneo para buscar nada que los secuestradores hubieran podido dejar para llevarles

hasta Margaux.

Tras unos segundos más observando aquella escena, Campbell se dio media vuelta y volvió a salir al exterior. Caminó hasta colocarse en la intersección de Greenwich Street con Repton Street y estudió las cuatro posibilidades que tenían ante ellos. Para él, aquella estación no era lo que buscaban, sino que los secuestradores les habían guiado hasta allí porque justo en aquel punto de la ciudad había algo en concreto que les llevaría hasta Margaux y sentía la responsabilidad de que era él quien debía descubrir de qué se trataba.

—¿En qué piensa, profesor? —le preguntó Connelly colocándose a su lado.

—Ya estamos donde ellos querían —respondió sin dejar de mirar a los edificios que les rodeaban—. Ahora tenemos que descubrir por qué han elegido este lugar.

—Creía que teníamos claro que era esta estación de metro...

Campbell, esta vez sí, se giró hacia ella.

—Sé lo que le hemos dicho hasta ahora, pero estoy convencido de que en realidad no es nuestro destino, sino que la han utilizado para traernos hasta este punto exacto. De algún modo, hoy no están utilizando los edificios como lugares de destino, sino como meros instrumentos para señalarnos ubicaciones. Manhattan es un auténtico laberinto y creo que se están valiendo de esa estrategia para guiarnos por ella.

—Bien, bien, me parece correcta esa idea —dijo Milanelli con entusiasmo—. De modo, que una vez aquí debemos encontrar el lugar donde realmente continuaremos nuestra búsqueda de la profesora.

—Eso es, sí —afirmó entre dientes.

—Confío en su instinto, profesor —dijo Connelly—. Y lo que tenemos aquí detrás es Greenwich Street, la calle por la que hemos venido, que continuaría hacia el sur de Manhattan llevándonos hasta Battery Park, donde termina la isla. Y si nos fijamos en esta otra calle perpendicular, si seguimos en dirección oeste llegaríamos al río Hudson, mientras que si cogemos dirección este nos adentraríamos en Wall Street.

Campbell miró a ambos lados de la calle al tiempo que atendía a las explicaciones de la agente y comenzó a caminar con celeridad hacia la izquierda.

—Veo que se decide por Wall Street —comentó con suspicacia Connelly comenzando a seguirle.

—Es la opción más lógica —respondió mientras caminaba por delante de ambos—. Puede que no sea la estación de metro en sí misma nuestro destino, pero sí es el lugar que han elegido, y ésta es la única dirección de las cuatro posibles que acaba de mencionar en la que hay más accesos a ella. Eso nos indica inequívocamente que es la dirección que tenemos que tomar.

Al llegar a la intersección con Trinity Place, Campbell se detuvo en seco. Lo que estaban buscando acababa de aparecer justo delante de sus narices.

Capítulo 37

En los últimos treinta segundos, el corazón de Clear se había acelerado descontroladamente al ver lo que mostraba la pantalla a la que, tanto él como los dos vigilantes, miraban atentamente. Para terminar de empeorar lo que estaba ocurriendo, el Presidente Grant acababa de finalizar su discurso y se encontraba en ese momento saludando a algunos de los mandatarios sentados en la primera fila. Lo que vendría a continuación era irremediable. La conferencia había terminado, y tanto él como el resto de Presidentes y Jefes de Estado, intentarían abandonar el sala en cualquier momento. Sin embargo, eso no iba a ser posible porque, aunque ellos no lo supieran todavía, se encontraban allí encerrados.

—Dedique una de estas pantallas para seguir a este hombre en todo momento —ordenó nervioso Clear acercándose a señalar con el dedo a uno de los miembros del Servicio Secreto.

El vigilante cumplió inmediatamente sus órdenes y la imagen de aquel hombre apareció ampliada en las dos pantallas laterales de menor tamaño. La pantalla central seguía mostrando al Presidente Grant.

Clear sacó su teléfono móvil y pulsó una tecla.

Hacía un par de años que el Servicio Secreto había introducido un novedoso sistema que les permitía comunicarse entre ellos de manera rápida y, sobre todo, secreta cuando la situación lo requería. Con el aspecto externo de un teléfono iPhone corriente, el *software* que contenía en su interior había sido especialmente desarrollado por el Departamento de Investigación de Apple, una colaboración de la compañía californiana con el gobierno de los Estados Unidos que, afortunadamente, no había trascendido hasta el momento a la opinión pública. La principal ventaja de ese nuevo sistema consistía en que el *software* contenía una serie de mensajes predefinidos codificados, elegidos por el Servicio Secreto, que podían ser enviados al resto de sus miembros con sólo pulsar uno de los números del teclado. A su vez, estos recibían en sus auriculares la orden asociada mediante un comando de voz. Y tras la orden dada por Clear, la respuesta de los dos agentes que acompañaban al Presidente fue inmediata.

—Ahora todos mis hombres saben lo que está ocurriendo. Nadie abandonará la sala hasta que yo lo ordene —les explicó.

Uno de los vigilantes apartó sorprendido la mirada de la pantalla para guiarla hasta Clear durante un par de segundos. Acto seguido, volvió a clavarla en ella. El agente en el que les había pedido antes que se centraran se acercó al Presidente y le susurró algo al oído. Este, por su parte, finalizó educadamente y sin inmutarse la conversación que mantenía con uno de los asistentes y caminó con serenidad hacia la misma tribuna que había abandonado segundos antes.

—Suba el volumen —exigió Clear.

La voz del Presidente se escuchó con claridad.

—No pretendo asustarles con lo que voy a decirles, pero me temo que tenemos un pequeño problema de seguridad —anunció con voz firme—. De modo que les pido que permanezcan en sus asientos hasta que este problema se resuelva.

Capítulo 38

La iglesia de la Trinidad se encuentra situada en el sur de Manhattan, confinada entre dos calles, Trinity Place y Broadway, y cuya entrada principal está delante de la intersección de ésta con Wall Street. Como ocurre en muchas otras construcciones religiosas, la iglesia actual fue construida sobre los restos de la iglesia originaria quemada casi en su totalidad durante la noche del 21 al 22 de septiembre de 1776, durante el gran incendio ocurrido en la ciudad Nueva York como consecuencia de las disputas de la Revolución Americana. De aquel terrible incendio tan sólo se salvó la capilla de San Pablo, visible en la actualidad, y que sirvió de punto de partida para los trabajos de reconstrucción llevados a cabo varios años más tarde. A pesar de que en la actualidad está completamente oculta por los enormes rascacielos que se agolpan a su alrededor, hubo un tiempo a finales del siglo XIX en el que su campanario servía de faro de bienvenida para los barcos que llegaban al puerto de Nueva York.

—¿Esa iglesia? —preguntó sorprendida Connelly al ver cómo el profesor Campbell se había detenido de golpe al verla.

—Puede apostar por ello —respondió Milanelli visiblemente emocionado—. Era difícil entender el modo en que algo tan impersonal como una estación de metro podría ayudarnos a llegar hasta la profesora, pero esto...

—¿Una iglesia sí es personal? —le interrumpió con sorna.

—Totalmente —contestó esta vez Campbell al tiempo que se apresuraba a cruzar la calle esquivando el tráfico mientras los dos le seguían—. El uso que los secuestradores han hecho de la religión, tanto eligiendo edificios como obras de arte de componente religioso, ha sido una constante desde el primero momento. Por eso, como dice Milanelli, esta iglesia es sin duda lo que estábamos buscando.

Tras cruzar la calle, Campbell se detuvo un momento al llegar delante de la verja metalizada de color negro que la delimitaba. Observó a ambos lados buscando alguna forma de acceder a los jardines que la rodeaban y continuó exponiendo cuál era su pensamiento.

—El significado que puede tener para esta ciudad, su historia, lo que nos vayamos a encontrar ahí dentro... ¡hay infinidad de cosas que pueden utilizar para llevarnos hasta Margaux!

—Lo que tenemos que hacer en primer lugar es encontrar la manera de acceder a su interior —añadió Milanelli visiblemente nervioso—. Tenemos que saber por qué nos han traído hasta aquí.

Connelly retrocedió un par de pasos para poder ver una mayor parte de la verja que se encontraba a ambos lados de su localización en ese instante.

—Por lo pronto estamos exactamente en el lado contrario al lugar donde está la entrada principal —les dijo al tiempo que empezaba a caminar apresuradamente en dirección sur.

Mientras la seguían, Campbell no pudo evitar recordar lo que habían vivido en Londres al acudir al Royal Albert Hall. Igual que allí, decenas de personas, muchos de ellos turistas, caminaban por las calles de Manhattan ajenos completamente a la gravedad de lo que estaba ocurriendo. En Londres, Margaux había sido la primera en percatarse de la diferencia que aquella aglomeración de personas en torno al primer lugar elegido suponía respecto a lo vivido en París la noche anterior. Ahora era ella a quien estaban buscando y, por primera vez, Campbell sentía que se encontraban más cerca de descubrir dónde la mantenían escondida.

Al llegar delante de la entrada principal, Connelly se detuvo un instante frente a un cartel de gran tamaño que informaba a los posibles visitantes de que la iglesia permanecería cerrada por trabajos de mantenimiento durante varios días. Para los profesores, aquella era la confirmación final de sus sospechas.

—Como no, cerrada —dijo Milanelli—. Así pueden hacer lo que les interese ahí dentro y se aseguran que permanecerá inalterado hasta nuestra llegada.

A pesar de que la verja de entrada estaba aparentemente cerrada, Connelly apoyó su mano sobre ella y empujó con miedo. La estructura cedió levemente.

—¡Voilà! —exclamó el profesor—. Como acabo de decirles, cerrada, pero no para nosotros.

Milanelli colocó ambas manos en un lugar muy próximo a la de Connelly y empujó con mayor fuerza. Cuando consiguió que la puerta de la verja se abriera lo suficiente, le cedió el paso a la agente, que se adentró rápidamente seguida por el profesor Campbell. Milanelli entró el último y se aseguró de que volvía a su posición original para evitar que algún turista al verles sintiese la tentación de seguir sus pasos.

Los tres cubrieron en silencio y caminando en fila la pequeña distancia que separaba la verja de la entrada principal. A medida que se acercaban a ella, Campbell aprovechó para admirar por primera vez las puertas de bronce que servían de vía de acceso a la iglesia, inspiradas en las puertas del Baptisterio de Florencia y que estaban coronadas por una representación de la expulsión de Adán y Eva del Paraíso.

Justo al llegar a ellas, Connelly sacó su arma.

—Realmente no creo que vaya a ser necesaria —dijo Milanelli en voz baja—. Estoy seguro de que no habrá nadie ahí dentro.

Lejos de hacerle caso, la agente simplemente le escuchó con gesto hierático. A continuación, colocó su mano izquierda sobre la puerta y empujó progresivamente con más y más fuerza al tiempo que ésta cedía hacia el interior. Cuando el hueco fue suficientemente grande se adentró con precaución. Los profesores entraron detrás de ella. Como había advertido Milanelli, ellos tres eran los únicos que se encontraban allí en ese momento.

—Creo que pueden empezar a pensar por qué han querido que viniéramos a esta iglesia —les dijo con un tono más relajado mientras guardaba su arma.

Campbell comenzó a caminar de manera casi inconsciente hacia el altar mayor, con el recuerdo de la sábana que cubría el cuerpo que habían encontrado en Notre

Dame clavado en su mente. A medida que se iba acercando, agudizó la vista para tratar de distinguir lo que veía desde lejos. La mesa del altar se encontraba completamente vacía, tan sólo en su parte central parecían distinguirse dos objetos. Las imágenes de los cuerpos de la biblioteca de la Asamblea Nacional y del Panteón se fijaron ahora en su cabeza.

—¡Vengan a ver esto! —exclamó avisándoles sin dejar de caminar.

Rápidamente, Connelly y Milanelli se dirigieron hacia el lugar donde se encontraba el profesor. Tal y como había creído adivinar desde la distancia, sobre el altar hallaron dos objetos dispuestos uno encima del otro. El que se encontraba debajo era una hoja que claramente había sido sacada de algún libro, pues mostraba la característica forma dentada e irregular del papel arrancando en uno de sus laterales. El que se encontraba encima era una pequeña estrella de seis puntas de color negro pizarra que tapaba sólo una parte de la porción central de la hoja.

—Otra vez ese poema —indicó con sorpresa Connelly al verlo.

Durante varios segundos, ninguno de los profesores supo qué contestar a la afirmación de la agente. Para ellos, la razón por la cual los secuestradores habían utilizado el poema de *Invictus* ya parecía haber sido descubierta. Sin embargo, lejos de lo que creían, de nuevo tenían una copia delante de ellos.

—Por lo menos esto confirma que estamos en el lugar correcto —murmuró Milanelli pensativo al tiempo que se rascaba la barbilla con una mano.

—Tenía entendido que lo que encontraríamos sería algo que nos llevaría hasta la profesora —reclamó contrariada Connelly—. Esto parece que más bien nos lleva de nuevo al mismo punto en el que estábamos en el museo.

Lejos de intentar rebatir la crítica a su manera de hacer las cosas que estaba vertiendo con aquel comentario, Campbell mantuvo su mirada fija en aquellos dos objetos que los secuestradores les habían dejado encima del altar. Para él, la situación también era desconcertante.

—Entiendo su decepción —respondió Milanelli—, pero créame que será mucho mejor si nos quedamos en cada momento con la parte positiva de las diferentes situaciones en las que nos colocan. El mero hecho de encontrar esta hoja quiere decir que nuestros razonamientos hasta el momento han sido acertados. Hicimos bien en ir a la Biblioteca Pública y la información que nos dio Eugene, y que nos trajo hasta esa estación de metro, también fue correcta. Este poema se prestaba a múltiples interpretaciones, pero nosotros hemos podido elegir la acertada, y gracias a eso estamos aquí en este momento, y esto —dijo señalando la hoja— es una confirmación de que nos estamos acercando a la profesora.

Connelly suspiró notoriamente tratando de contagiarse del optimismo que emanaba de las palabras del profesor. Por mucho que lo intentara, ella seguía pensando que estaban en una situación idéntica a la del museo Metropolitano. Quizá con la certeza de que iban por el buen camino, pero sin nueva información que les permitiera descubrir el paradero de Margaux.

—De todas formas, tiene que haber alguna razón por la que nos han traído hasta aquí —murmuró Campbell sin apartar la mirada del altar.

—¡Por supuesto que la hay! —exclamó Milanelli—. Sabe igual que yo que si han querido que viniésemos a esta iglesia en concreto, de entre todas las que supongo que habrá en esta gran ciudad, ha de ser por una razón.

Al escucharle decir eso, Connelly se giró y dedicó unos segundos a observar con detenimiento lo que tenían a su alrededor. Desde el punto en el que se encontraban, la iglesia de la Trinidad, con su estilo neogótico y sobrio, destacaba por su escasa decoración interior, lo que le confería indirectamente un aspecto frío y poco acogedor. Tan sólo las coloridas vidrieras situadas tras el altar aportaban algo de luminosidad al conjunto. Incluso en ocasiones, la soledad imperante hacía que se escuchase tímidamente el eco de su conversación rebotando entre sus paredes de piedra.

—Pues yo sólo veo una iglesia vacía, profesor —criticó volviéndose hacia ellos.

—Igual que yo —le respondió sonriendo—. Igual que yo. Pero por alguna razón estamos aquí, se lo aseguro.

Campbell apartó la mirada del altar, la dirigió al suelo, y cerró los ojos tratando de averiguar cuál podría ser esa razón de la que hablaba Milanelli.

—Hay una cosa que no tiene mucho sentido si consideramos lo que les hemos visto hacer hasta ahora —dijo intentando salir del callejón sin salida en el que aparentemente se encontraban—. Siempre han utilizado edificios muy representativos, como en París, donde el primer lugar que eligieron fue la catedral de Notre Dame, o el museo del Louvre, que utilizaron como epicentro de su juego durante toda la noche.

—Me temo que no le sigo, profesor —le interrumpió Connelly.

—Quiero decir que si hubiesen hecho lo mismo aquí, ¿por qué nos han traído hasta esta iglesia y no a la catedral de San Patricio, por ejemplo? Eso hubiese sido más lógico, o por lo menos habría ido acorde a lo visto anteriormente ¿no les parece?

—Estoy de acuerdo —expresó rápidamente Milanelli.

—Algo habrá en esta iglesia que la hace más interesante.

Campbell se rascó la barbilla.

—Hasta donde yo sé, nada especial —respondió contrariado—. Al menos nada que tenga que ver con lo que dice ese poema, ni con nada de lo que ha ocurrido hoy.

—No me gustaría creer entonces que estamos en un punto muerto —expresó en tono condescendiente Connelly.

El profesor sabía que, por primera vez, ella tenía razón. Y por primera vez también sentía que sin Margaux, tanto él como Milanelli se estaban viendo superados por los secuestradores.

—¿Quieren que volvamos a llamar a Chavrier? —les propuso tratando de avanzar en la medida de lo posible—. Tal vez esa informática pueda darles información que les ayude.

—No, no, no —respondió al momento Milanelli—. No necesitamos su ayuda porque ya estamos justo donde ellos querían. Sea lo que sea lo que debemos hacer ahora, tenemos que descubrirlo por nosotros mismos.

—Pues para serle sincera, profesor, no veo por qué no sería interesante que nos diera más información acerca de esta iglesia, igual que hizo antes con ese poema —le rebatió educadamente—. Quizá ahí esté la clave que necesitamos.

Milanelli hizo repetidos gestos de negación con la cabeza.

—Entiendo su postura, agente, pero aquí tenemos todo lo que necesitamos para encontrarla —dijo señalando al altar.

Connelly volvió a suspirar profusamente. Ellos eran los que se habían enfrentado ya en dos ocasiones a los secuestradores y, por tanto, tenía que aceptar que su experiencia en ese sentido debía guiarles en las decisiones que tomaban.

—Está bien. Si lo que dice es cierto, tenemos un poema repetido y un objeto con forma de estrella para descubrir dónde está la profesora.

Milanelli dirigió su mirada hacia el altar y trató de encontrarles significado.

—El objeto que usted llama estrella es en realidad un hexagrama. Aunque tiene efectivamente forma de estrella de seis puntas, realmente está formado por dos triángulos equiláteros superpuestos y colocados en direcciones opuestas.

Connelly miró aquel objeto impasible durante un par de segundos y volvió a fijar su mirada en el profesor.

—¿Y eso cómo nos ayuda?

—Bueno, en mi opinión creo que debemos tomar ambos de manera conjunta sin ignorar el modo en que están colocados. En la catedral de Notre Dame, el profesor Campbell fue tremendamente perspicaz al darse cuenta de que la posición del cadáver de aquel hombre se encontraba en una posición muy particular sobre las escaleras del altar que nos señalaba una vidriera en concreto donde aparecía el símbolo del triángulo con un ojo en su interior que posteriormente nos dirigió al Louvre. Y aquí me temo que ocurre algo parecido. Esta mesa tiene un tamaño suficientemente grande como para haber dejado estos dos objetos separados. El hexagrama por un lado y la hoja del poema *Invictus* por otro. Sin embargo, han utilizado una disposición muy concreta para ambos, como pueden comprobar.

—¿Y qué significado tiene para usted que el hexagrama esté encima del poema?

Milanelli se alegró al ver que la agente comenzaba a dejarse seducir por su razonamiento.

—Sin duda es una disposición que han utilizado intencionadamente. Si ambos hubiesen estado separados sobre esta mesa —respondió señalándola— podría interpretarse que les estarían dando el mismo nivel de importancia, pero no es así. Lo que han hecho ha sido colocar el hexagrama tapando el poema.

—Con lo que nos muestran que lo importante ahora es el hexagrama —propuso Campbell.

—Así es. Según mi manera de interpretarlo, la explicación que debemos darle al

hecho de que tengamos de nuevo ante nosotros una copia del poema es que se trata de su manera de decirnos que hemos acertado viniendo hasta esta iglesia. El falso vigilante del museo Metropolitano utilizó uno de sus versos ¡y aquí lo tenemos! Por tanto, hemos llegado al lugar que ellos querían.

—De modo que perdimos el tiempo yendo a la Biblioteca Pública ¿verdad? —le interrumpió Connelly.

Milanelli se encogió de hombros.

—Es muy difícil responder ahora mismo a esa pregunta, agente. Aparentemente podría deducirse que sí, pero también es cierto que no teníamos ninguna opción mejor cuando decidimos ir allí.

—Entonces ¿el hexagrama nos dirá dónde está Emilie? —preguntó Campbell tratando de centrarse en encontrarla.

—Exacto. Creo que es lo que verdaderamente quieren que tengamos en cuenta y lo que desean que utilicemos para llegar hasta ella.

—¿Cómo demonios una estrella de seis puntas va a permitirnos descubrir dónde la tienen escondida? —preguntó Connelly sin acabar de entenderle.

—Porque el hexagrama, como le dije antes, está formado por dos triángulos equiláteros superpuestos colocados en direcciones opuestas. Y más allá de que sean triángulos, lo cierto es que se trata de una forma geométrica y, como tal, está relacionada con el número áureo.

—¿El de la exposición del museo Metropolitano?

—Sí, el mismo —respondió—. Hasta ahora hemos considerado que utilizaron esa exposición simplemente para llevarnos hasta el museo porque era allí donde tenían planeado hacer que Margaux desapareciera. Pero con este nuevo objeto quizá debamos dar a aquel hecho una nueva interpretación.

—¿Cuál, profesor? —le inquirió comenzando a impacientarse por su dilatado razonamiento.

—Una que considero que debería tratar en perspectiva lo que hemos visto los tres últimos días, pues si bien es cierto que hoy es la primera vez que hablamos del número áureo gracias a la sucesión de Fibonacci que dejaron en el mensaje de esta mañana, no es la primera vez que los secuestradores utilizan un objeto simétrico.

—Ya lo hicieron con la espiral, en París —afirmó Campbell de inmediato.

Milanelli sonrió.

—Así es. En París ya mostraron su gusto por la simetría. Evidentemente, allí la interpretación que necesitamos darle a aquel símbolo distaba mucho de la que estamos tratando de darle ahora. Pero aún así, creo que debemos tratar conjuntamente toda la información que nos han ido proporcionando desde el principio para poder entender lo que quieren que hagamos ahora.

—Entonces ¿quieren que volvamos al museo Metropolitano?

—No, no, en absoluto —le corrigió al momento Milanelli—. Lo que trato de decirles es que creo que quieren que centremos nuestra atención en el uso que están

haciendo de objetos simétricos.

Campbell dudó de que aquella propuesta fuese correcta.

—Entiendo su razonamiento, pero no acabo de comprender cómo el hexagrama podrían dirigirnos a un lugar concreto de Manhattan. Se trata de un símbolo extensamente utilizado por muchas religiones —les explicó denotando su poco convencimiento—. La religión judía lo utiliza bajo el nombre de cruz de David. Pero no sólo ésta, sino el propio catolicismo, el mormonismo, el hinduismo e incluso el esoterismo y las artes ocultas lo utilizan. Por todo ello, la cantidad de lugares de la ciudad que podrían contener este símbolo hace imposible descubrir en cuál de todos ellos estará Emilie.

Milanelli asentía levemente una y otra vez mientras le escuchaba.

—Sin duda opino exactamente igual que usted —dijo con educación—. Y por eso me decanto por pensar que este hexagrama es su manera de decirnos que debemos centrarnos en símbolos simétricos para encontrarla. Pero no necesariamente en este en particular.

—Entonces, profesor ¿cuál se supone que tenemos que utilizar? —preguntó Connelly sin comprender.

—La espiral —contestó decidido.

—¿La espiral? Creía que ya les había servido en París para encontrar a Deneux.

—Y así fue. Lo cual no quiere decir que no podamos necesitar usarla de nuevo —le respondió con paciencia entendiendo las dudas que podían suscitar su propuesta—. Es cierto que allí los secuestradores la dibujaron en el pecho del hombre que encontramos asesinado en Notre Dame, y que su interpretación inicial nos sirvió para descubrir que debíamos acudir al Louvre y, al final de la noche, que Deneux estaba escondido en las catacumbas.

—¡Pero en Nueva York no hay catacumbas! —exclamó interrumpiéndole.

—Lo sé muy bien, agente. No estoy diciendo que la profesora se encuentre en un lugar semejante. Pero el significado de la espiral no tiene por qué ser siempre el mismo. Si recuerdan lo que les expliqué cuando hablamos por primera vez de la sucesión de Fibonacci, les dije que el número áureo está presente en la naturaleza y en muchas de las obras realizadas por el hombre, y toda representación que cumpla la relación áurea tiene un origen...

—El lugar donde está Margaux —murmuró ahogadamente Connelly.

Milanelli volvió a sonreír.

—Por fin nos hemos entendido, agente.

Capítulo 39

Rice observaba desde una posición retrasada a todo su equipo trabajando a pleno rendimiento. La idílica situación que se había encontrado nada más llegar no había tardado más que unos pocos minutos en saltar por los aires. Primero había sido el museo Metropolitano el que había observado atónita cómo era rápidamente desalojado, para mayor atracción de los turistas y curiosos que merodeaban por los alrededores. Una investigación más profunda de lo sucedido le había permitido conocer de primera mano que la profesora Margaux, que constituía una pieza clave para ayudarles a salvar la vida del Presidente, había desaparecido sin dejar rastro, lo cual había forzado a Connelly a ordenar su inmediata evacuación.

«Una decisión inteligente y proporcionada».

Aquella desaparición había derivado en un movimiento frenético de la agente y los profesores Campbell y Milanelli. Primero en la Biblioteca Pública y más tarde en la iglesia de la Trinidad, tras un breve e inexplicable paso por la estación de metro de Recton Street. A pesar de que sentía el impulso de contactar con ella para descubrir qué demonios estaban haciendo, Rice prefirió mantenerse al margen totalmente convencida de que, cualquiera que fuese la razón que les estuviese llevando de un lado a otro de Manhattan, Connelly sabría gestionarlo con sobrada solvencia.

El problema para ella era que acababan de entrar hacía un par de minutos en aquella iglesia en la que no había cámaras de seguridad y, por tanto, no podía conocer lo que estaba ocurriendo en su interior.

Justo cuando iba a caer en la tentación de llamarla, su teléfono móvil comenzó a sonar. Inmediatamente introdujo la mano en el bolsillo de su *blazer* para cogerlo. Cuando vio quién la estaba llamando sintió que se le helaba la sangre.

—Vicepresidenta Hawkins —la saludó con la mayor normalidad posible—. ¿Ha ocurrido algo?

—Cynthia, tenemos un gravísimo problema.

La Vicepresidenta de los Estados Unidos, Eleonor Hawkins, era quizá la única persona que se atrevía a llamar por su nombre de pila a la Directora de la CIA. Ambas compartían algo más que una estrecha relación laboral, puesto que el hecho de ser las dos mujeres más poderosas del país había creado un vínculo particular entre ellas que había desembocado con el tiempo en una amistad personal de la que ambas presumían y se enorgullecían. Aún así, Rice sabía de sobra que únicamente podía permitirse dar rienda suelta a la confianza que dicha relación de amistad le permitía tener con ella en privado, ya que mientras estuviese trabajando, y para la Directora de la CIA eso era las veinticuatro horas al día, ella era la Vicepresidenta de los Estados Unidos.

—¿De qué problema se trata, señora?

—¿Sabes lo que está ocurriendo en la Asamblea?

Rice torció el gesto. Claro que lo sabía. El Presidente estaba dando su

conferencia. Lejos de responder precipitadamente lo que tenía en la cabeza, desvió su mirada hacia los agentes encargados de la vigilancia del edificio de la ONU.

—¿Qué problema, exactamente? —preguntó mientras se acercaba con paso rápido hasta ellos.

—La sala donde está el Presidente... Donde están Taylor y Deneux...

La voz con la que le estaba dando aquella noticia parecía apagarse por momentos, lo que le hacía temer que algo realmente importante hubiese podido ocurrir en la Asamblea General mientras ella se había dedicado a seguir las andanzas de Connelly y los profesores por Manhattan.

«¿Qué puede ser tan importante? Nadie me ha informado de nada».

Inmediatamente, Rice ordenó a todos los agentes que pusieran en sus pantallas la imagen de todas y cada una de las cámaras que rodeasen el edificio de la Asamblea. En el exterior no parecía haber ningún cambio significativo con respecto a lo que había visto antes. A continuación, les pidió que hicieran lo mismo con las cámaras del interior del edificio. Los segundos que tardó en descubrir lo que ocurría le parecieron eternos. Tenía a la Vicepresidenta al teléfono, que le había llamado para preguntarle sobre algo de lo que no tenía conocimiento ninguno, y cada segundo que pasaba manteniéndola a la espera de una respuesta sentía que su fallo cobraba mayor dimensión.

Las primeras imágenes no le ayudaron en absoluto. El Presidente Grant permanecía en la tribuna de oración.

«Pero ¿qué demonios ocurre? Necesitamos el audio de esa sala».

Cuando comenzaron a aparecer las primeras imágenes de los pasillos exteriores, el corazón le dio un vuelco. Varios miembros del Servicio Secreto se movían nerviosos en torno a los diferentes accesos al hemiciclo donde se encontraba el Presidente. Uno de ellos incluso trataba de forzar una de las puertas.

—Dios mío —susurró.

—El Presidente está encerrado ahora mismo en una sala a la que no tenemos posibilidad de acceder —le indicó Hawkins entendiéndolo que acababa de descubrir el objeto de su llamada—. Clear me ha llamado hace unos segundos para decírmelo.

Rice no daba crédito.

—Inmediatamente me he puesto en contacto con los Jefes del Estado Mayor para valorar la situación y evaluar nuestras posibilidades —la sombra de debilidad que poco antes parecía intuirse en sus palabras había desaparecido completamente—. Tras una breve conversación me han informado de que la situación que estamos viviendo es excepcional y merece por tanto tomar medidas excepcionales. En su opinión, este hecho, junto a la amenaza real que se cernía sobre el Presidente en el día de hoy, hace necesario que elevemos nuestro nivel de defensa a DEFCON 3. Y así lo hemos hecho. Desde ahora, y mientras el Presidente permanezca allí encerrado, yo ejerceré su cargo a todos los efectos.

—¿Qué necesita que hagamos? —le preguntó sin acabar de creer lo que

escuchaba.

—Tenéis que descubrir quién ha conseguido hacerse con el sistema de seguridad de la Asamblea y, sobre todo, encontrar el modo de recuperar su control.

—Por supuesto —respondió decida.

—Además de eso, necesito que bloqueéis el acceso de la prensa a toda esta historia el mayor tiempo posible.

—¿No van a hacer público que hemos entrado en DEFCON 3?

—No, de momento. Anunciarlo implicaría explicar las razones que nos han llevado a tomar esa decisión, y eso a su vez a reconocer que la seguridad del Presidente está comprometida.

—Pero ese nivel de defensa supone cerrar el tráfico aéreo de Nueva York. Es sólo cuestión de minutos que la noticia esté en todas las televisiones.

Rice escuchó claramente cómo Hawkins resoplaba ante aquel comentario.

—Lo sé y trataremos de hacer lo correcto, créeme.

Mientras continuaban su conversación, Rice no apartaba la vista de las pantallas de ordenador que tenía delante. Ahora mismo, estaba viendo al jefe del Servicio Secreto en la sala de vigilancia del edificio de la ONU. No quería figurarse ni por un segundo la presión que tendría que estar soportando. De golpe, la imagen del Presidente Grant en la tribuna de oración volvió a su cabeza.

—¿Sabe el Presidente lo que está ocurriendo?

—Sí —contestó Hawkins enérgicamente—. Ya le han informado y él ha tratado de informar a todos los presentes de la existencia de un pequeño problema de seguridad que les obligará a permanecer allí durante unos minutos.

—Sabe que eso no es cierto ¿verdad?

—Por supuesto que sí, pero de eso nos encargaremos a su debido tiempo. Estamos trabajando intensamente para contactar con todas las delegaciones de los diferentes países y tratar de explicarles de la mejor manera posible lo que sucede.

—Nueva York cerrado al mundo con la mayoría de sus dirigentes encerrados en un mismo edificio —murmuró.

—Es una pesadilla, lo sé. Pero es la situación que tenemos delante y a la que debemos enfrentarnos. Y para que finalmente salga como todos deseamos cada uno de nosotros debemos tratar de cumplir con nuestro cometido.

Aquellas palabras hicieron que Rice dejara de observar la pantalla del ordenador con la mirada perdida y se centrara en ejecutar la tarea que le había encomendado la Vicepresidenta con la mayor eficiencia posible.

—No dude que lo conseguiremos —le dijo con confianza—. Nos encargaremos de descubrir quién ha hecho esto y cómo podemos recuperar el control del sistema de seguridad para sacar al Presidente de ahí sano y salvo.

Hawkins se mostró orgullosa del ímpetu mostrado por Rice y así se lo hizo saber justo antes de finalizar la llamada. En cuanto ésta terminó, la agente marcó el teléfono de Connelly. Si quería cumplir con el encargo que acababa de recibir era

necesario descubrir en qué punto estaba la tarea de los profesores y también dónde demonios se había metido la profesora Margaux.

Capítulo 40

El débil sonido de unas pisadas acercándose fue suficiente para que Margaux recobrar por completo el conocimiento y comenzase a intentar comprender a marchas forzadas dónde se encontraba y cómo había podido llegar hasta allí. Con los ojos semiabiertos todavía lo único que era capaz de ver en aquel sombrío lugar era una vieja mesa de madera que tenía justo delante, parcialmente iluminada por una bombilla desnuda que colgaba de un fino cable que se perdía en la oscuridad. A pesar de encontrarse sumergida en aquella extraña situación, su corazón se mantenía sereno. Sencillamente su mente parecía aceptarla con tranquilidad. Tras mirar vagamente a su alrededor sin poder ver nada que realmente le pudiese ayudar a descubrir dónde estaba, intentó hacer un rápido ejercicio de memoria. Con cierta dificultad recordó el momento en el que Campbell y ella se habían separado de Milanelli y de la agente Connelly en la planta principal del museo Metropolitano, y también su paso por algunas de las salas de la segunda planta a la que habían acudido en primer lugar. A partir de ese momento, sus recuerdos comenzaban a difuminarse progresivamente. Únicamente haciendo un gran esfuerzo era capaz de distinguir imágenes sueltas que aparecían en su cabeza de manera alborotada. Tibios recuerdos de una situación que sentía como si hubiese ocurrido décadas atrás y que a cada segundo que pasaba le parecía más y más lejana.

—Profesora, míreme —repitió nuevamente el hombre que acababa de aparecer frente a ella—. No se preocupe si se encuentra un poco aturdida, es normal. Simplemente es el efecto del sedante que hemos utilizado. Y tampoco le dé demasiada importancia a los extraños sentimientos que seguramente esté experimentado en estos momentos. No queríamos que entrara en pánico cuando despertara, de modo que le hemos administrado un fármaco que nos permitiera mantener una conversación tranquila, sin sobresaltos.

Tras decir eso, el hombre se adelantó para dejar un vaso de agua delante de ella. A continuación, apartó levemente la silla que se encontraba al otro lado de la mesa y se sentó. Justo en ese momento, por primera vez sus miradas se cruzaron.

—Estoy convencido de que no es necesario que le diga quién soy. A buen seguro la CIA ya se habrá encargado de repetir tantas veces mi nombre que puedo ahorrarme las presentaciones. En el fondo, se lo agradezco. Siempre he sido un poco tímido en este tipo de situaciones. Creo que es algo que ambos tenemos en común —dijo sonriendo.

Antes de proseguir, señaló el vaso de agua.

—Debería beber un poco. Eso ayudará a que el efecto del sedante desaparezca, créame.

Margaux lo cogió y dio un pequeño sorbo.

—Como puede comprobar, no tiene ninguna atadura. Es libre de irse, si quiere. Es libre de gritar. Puede hacer lo que quiera.

Morton dejó transcurrir un instante y continuó.

—Pero sé que no hará ninguna de esas cosas, por eso la he elegido a usted antes que a cualquiera de sus dos compañeros. Además, creo que es la que mejor entenderá lo que voy a contarle.

—No gritaré, porque sé que nadie podrá oírme —respondió Margaux—. Ni intentaré ir a ninguna parte, porque desconozco dónde estoy. Pero eso no quiere decir que esté aquí voluntariamente, ni que tenga la menor intención de mantener una conversación con usted.

—Entiendo que tiene razones más que suficientes para sentirse así —comentó Morton aceptando con resignación la rudeza de su respuesta—, y estoy seguro de que nada de lo que yo le vaya a decir ahora cambiará su manera de pensar. Al fin y al cabo, ya ha visto a más personas muertas por mi culpa en los dos últimos días de las que espero que tenga que ver el resto de su vida. Y además, a pesar de lo que pueda creer o de cómo puedan sonar mi palabras, lo cierto es que no pretendo convencerla de nada. No quiero que piense que está aquí para escucharme justificar nada de lo que está viviendo. Ni de lo que ya ha visto hasta ahora, ni de lo que verá en el día de hoy. Nada. Soy consciente de que para una persona como usted, alguien que desconoce por completo el trabajo sucio que realizan nuestros respectivos gobiernos, le resultaría imposible encontrar razones que pudiesen explicar de algún modo lo que hicimos con esas personas.

—Con la ministra Johnson, sobre todo —dijo interrumpiéndole.

—Sí, lo sé. Entiendo perfectamente que aquello le causara un gran impacto, pero hicieron muy bien en aceptar rápidamente que no tenían modo alguno de salvarla. El destino de los ministros que participaban en El caso Coen estaba escrito de antemano y ustedes no tenían ninguna posibilidad de salvarles la vida. A ninguno.

Margaux captó enseguida cómo Morton hablaba en pasado al referirse a los ministros, como si para él fuese un capítulo completamente cerrado, a pesar de estar hablando de unas muertes que habían ocurrido hacía apenas veinticuatro horas y a pesar de que la policía británica seguía teniendo la investigación abierta. La ligereza con la que parecía referirse a las personas que había asesinado era lo que más enojaba a la profesora. Aún así, hizo un gran esfuerzo para controlarse y reprimió sus ganas de echarle en cara algunas muertes especialmente salvajes de las que era responsable, como las de los ministros Humme y Brown.

—Mi intención trayéndola hasta aquí es que escuche mi versión sobre toda esta historia. Estoy seguro de que la CIA inventará mil mentiras sobre mí. Y más a partir de este momento. Sé de sobra a lo que me he expuesto haciendo todo esto, y sé cuál es el final que me espera, pero alguien en algún momento debía dar un paso al frente y hacer algo. Alguien debía tomar el riesgo de tratar de acabar con aquello que está ocurriendo en la sombra, con todas las cosas que los gobiernos llevan a cabo a su antojo, con total impunidad, sin que las personas normales como usted, o como los profesores Campbell y Milanelli, tengan la menor idea de que está sucediendo. La

gente vive en la oscuridad, profesora, y yo quiero iluminarles. Quiero que descubran la verdad.

Morton hizo una breve pausa y se reclinó en el respaldo de su silla.

—Por la expresión de su rostro y por el sentimiento que me transmite su mirada puedo adivinar fácilmente que lo único que usted ve cuando me mira son los cadáveres de París y Londres, no piensa en los agentes a los que salvé la vida. Esos mismos a los que mi gobierno me ordenó asesinar a sangre fría. Personas que habían trabajado conmigo y a las que pretendían que eliminara de un plumazo. ¿Acaso es usted capaz de imaginarse por un sólo segundo cómo se sentiría si ahora mismo alguien le ordenara asesinar al profesor Campbell?

Margaux palideció.

—Veo que sí puede hacerlo, me alegro. Quizá gracias a este sencillo ejemplo sea capaz de entender mínimamente las razones por las que yo no maté a ninguno de mis agentes. Sabía de sobra que antes o después eso llegaría a oídos del Presidente, como así fue, y que acabarían conmigo, pero simplemente no podía cumplir esa última orden. Ni siquiera Baughman pudo hacerlo conmigo. Prefirió dejarme amordazado y semidesnudo en medio de la nada a pegarme un tiro en la cabeza.

Morton se acercó de nuevo y se apoyó en la mesa.

—¿Sabe qué es lo más paradójico de todo? Que la primera vez que le perdonas la vida a uno de tus agentes sientes remordimientos. Por un lado, está tu profundo convencimiento de que no matarás a uno de tus compañeros injustificadamente, sólo para que algún hipócrita vanidoso que está sentado cómodamente en su despacho de Washington, Londres o París pueda seguir con su falsa y ridícula vida. Pero al mismo tiempo, por otro lado te machaca un sentimiento de culpa, porque estás desobedeciendo una orden directa. Puede que para usted no quepa la menor duda de cuál de los dos sentimientos prevalecería en su interior, pero para nosotros es muy diferente. Nosotros somos agentes adiestrados para cumplir órdenes. Nada más. Por esa razón, ese sentimiento de culpa te persigue durante semanas y te consume por dentro hasta que te vuelves a encontrar de nuevo en la misma situación. Pero la segunda vez es diferente, muy diferente. La segunda vez la culpa prácticamente desaparece y a la tercera lo que comienza a brotar en tu interior es un deseo de venganza. Comienzas a pensar por qué esos agentes, que simplemente están cumpliendo con el trabajo que se les ha ordenado ejecutar, tienen que morir. Piensas en las décadas que ese maldito programa lleva desarrollándose de manera secreta y en los cientos de personas que habrán muerto inútilmente. Y cuanto más piensas en ello, más te das cuenta de que no tiene ningún sentido. Comprendes que la gente no tiene por qué morir para que otro resuelva sus problemas, ni para que alguien a quien ni siquiera conoces personalmente vuelva a ser elegido presidente una vez más. Y cuando ese sentimiento llega, ya es demasiado tarde. Desde ese momento lo único que quieres es terminar con esa injusticia, terminar con ese programa despiadado que asesina a personas sin razón y hacer justicia. Deseas que la gente sepa de una vez por

todas lo que hacen sus gobernantes, esos mismos que sonríen en televisión y se hacen tiernas fotos con los niños. De modo que sí, es cierto, hemos asesinado a varias personas, lo sé, y no tengo intención de esconder mi culpa, pero créame cuando le digo que todas y cada una de ellas merecían morir y la muerte que han tenido ha sido proporcional al daño que cada una de ellas provocó en vida.

—Dice que no puede matar a sus agentes sin justificación, pero asesina a sangre fría a muchas otras personas —le espetó bruscamente Margaux.

Morton mostró una media sonrisa complaciente.

—Comprendo su confusión, profesora. Y es muy posible que en cierto modo tenga parte de razón. Suena irónico, ¿verdad? Realmente no parece algo lógico por mi parte, pero como le dije antes, no pretendo justificar lo que ha visto. Entiendo que para usted encontrar a una persona desnuda en las escaleras de la catedral de Notre Dame con una marca grabada en su pecho sea un hecho atroz, totalmente injustificable. Pero créame cuando le digo que cada una de las personas que ha encontrado muerta en los dos últimos días merecía lo que le hicimos. Sin excepción. Y tendría que dedicar mucho más tiempo del que disponemos realmente para poder explicarle individualmente las razones que nos llevaron a hacer lo que hicimos con cada una de ellas. ¿Aquel hombre en particular? Créame, era un monstruo. El mundo estará mucho mejor sin él.

—¿Y hoy? —le interrumpió—. ¿Acaso todas las personas a las que tiene pensado asesinar hoy también lo merecen?

Morton suspiró.

—Hoy no tiene por qué morir nadie, profesora. Por eso les he involucrado desde el principio en esta historia. Por eso están hoy aquí, en Nueva York, y precisamente por eso quería tener la oportunidad de hablar con usted, a solas. Es evidente que la CIA tiene muy claro cuál es nuestra intención, pero al contrario de lo que ellos piensen, incluso quizá de lo que usted pueda pensar, no soy ningún inconsciente. Sé de sobra el enorme caos que provocaría que todas las personas que se encuentran dentro del hemiciclo de la Asamblea fuesen asesinadas.

—La gran mayoría no tienen nada que ver con El caso Coen. Si sigue adelante con su plan asesinará a muchas personas inocentes —le recordó.

Morton suspiró de nuevo ante la inocencia que mostraba con ese comentario.

—Eso lo sé perfectamente, pero no se podría ni imaginar lo que otros países hacen, créame. Cada uno, por desgracia, tiene su grado de culpa. Unos más que otros, por supuesto, pero todos al fin y al cabo tienen programas similares, de modo que no es realmente necesario distinguir entre Grant, Taylor y Deneux, o el resto de mandatarios. Si tienen que morir, morirán todos juntos.

—¿Y cómo pretende que consigamos salvarles?

Morton echó un vistazo al reloj digital que tenía en la mano derecha y se levantó de la silla. Al hacerlo, su rostro volvió a desaparecer en la oscuridad de la habitación.

—Eso es parte del trabajo que tienen por delante a partir de este momento,

profesora, yo no puedo decírselo. Por algo les elegimos a ustedes tres en concreto, porque son extremadamente inteligentes, y no me cabe la menor duda de que encontrarán el modo de lograrlo. De todas formas, si de verdad quieren salvar a las personas que están allí encerradas, será necesario que trabajen todos juntos.

—Pero, ¿y si no lo conseguimos? —insistió.

—No se preocupe por eso, créame. Estoy convencido de que tienen capacidad más que de sobra para hacerlo. Todo depende de si saben trabajar conjuntamente para lograrlo. Además, por lo que sé, sus compañeros están haciendo un excelente trabajo buscándola. Una pequeña muestra más de su capacidad para resolver los problemas que les planteo. Ya están muy cerca de descubrir este lugar, por lo que estoy seguro de que es sólo cuestión de unos pocos minutos que la policía aparezca aquí y la encuentre. Por eso es necesario que yo me despida —dijo al tiempo que se volvían a escuchar pisadas, esta vez alejándose en la oscuridad— ya que no tengo la menor intención de que me descubran aquí con usted. Y recuerde lo que le dije al principio; es libre de hacer lo que quiera. Puede gritar o correr, pero si me lo permite, le aconsejo que se termine el vaso de agua que le he traído y que espere pacientemente aquí sentada. Muy pronto volverá con sus compañeros.

Tras decir esas palabras, la luz de la bombilla se apagó.

Capítulo 41

Un leve golpe de la cabeza contra la pared fue suficiente para que Godwin volviera a intentar por enésima vez sobreponerse al sueño que llevaba varias horas atenazándole sin piedad. El hospital de San Bartolomé, situado a dos manzanas escasas de la catedral de San Pablo, había sido el lugar elegido por los servicios de emergencia para trasladar al ministro Hudson, de modo que para el comisario no había resultado difícil dar con él. El problema para sus intereses, y para el transcurso de la investigación, era que el médico de guardia que se había ocupado de atenderle inicialmente había tomado la inoportuna decisión de sedarle debido a «la cantidad de afirmaciones sinsentido que repetía incesantemente» según sus propias palabras. Y esa decisión había sido justo la que había provocado que Godwin se viese forzado a permanecer sentado en la sala de espera de la planta en la que estaba ingresado a que el efecto de la sedación desapareciese. Lo que inicialmente él mismo había considerado que sería cuestión de un par de horas llevaba camino de convertirse en un interminable maratón que estaba retrasando irremediablemente la investigación que debía retomar cuanto antes.

De hecho, hacía ya varias horas que todos los medios informativos del país se hacían eco de la aparición del ministro Benjamin Hudson de madrugada bajo extrañas circunstancias en el centro de la ciudad. Afortunadamente, nadie conocía el estado real en el que les habían encontrado, tanto a él como a los dos policías que le habían servido de escolta el día anterior. Esta sorprendente noticia rivalizaba ferozmente por ganarse un hueco privilegiado en los diferentes programas especiales con la que realmente tenía a todo el país en estado de *shock* desde que las primeras imágenes se habían comenzado a filtrar en internet; la muerte de cinco ministros del gobierno. Para intentar construir una historia lo más veraz posible, las cadenas de televisión no daban abasto a tratar de discernir cuáles de entre los cientos de extrañas historias aparecidas en internet eran reales y cuáles eran meras invenciones de personas buscando un poco protagonismo. Hasta ese momento, las dos preferidas por la audiencia eran las que afirmaban que el hecho ocurrido en el Guildhall el día anterior había sido mucho más importante que un leve incendio, como desde el principio se habían empeñado en afirmar incesantemente los testigos presentes en la plaza que habían asegurado haber escuchado gritos de auxilio de un hombre provenientes del interior del edificio. La segunda teoría conspiratoria en el *ranking* organizado por el programa especial que estaba emitiendo la BBC era referente a la verdadera razón por la que la National Gallery llevaba todo el día cerrada al público, para sorpresa de los centenares de turistas que llevaban horas esperando en Trafalgar Square a que alguien les diera un explicación convincente sobre la razón que había llevado a la dirección del museo a tomar una medida de esa trascendencia. Los vídeos subidos a internet por varias personas, en los que se veían al Jefe de la Agencia Europea de Inteligencia junto al comisario Brian Godwin y otras tres personas entrando un día antes en el

museo cuando se suponía que ya estaba cerrado, y la posterior llegada de varios grupos de asalto de la policía, estaban haciendo las delicias de los amantes de las teorías conspiratorias que veían en todo aquello un claro ejemplo de que el gobierno, con su escrupuloso e inalterable silencio oficial al respecto de lo sucedido, estaba ocultando el verdadero alcance del que ya nadie dudaba en calificar como el hecho más grave ocurrido en todo el país desde los atentados de Londres en 2005.

Cuando el sueño volvía a vencerle de nuevo, la voz delicada de una enfermera de aspecto juvenil y tez blanquecina le dijo las palabras que llevaba horas esperando.

—Ya ha despertado, señor.

Al escucharlas, Godwin saltó como un resorte de la silla en la que se encontraba recostado y caminó precipitadamente hacia la puerta de la habitación del ministro. Lo que se encontró al entrar fue a un hombre con aspecto cansado y ojos semiabiertos que movía torpemente la cabeza con la mirada perdida.

—Es el efecto de la sedación —le explicó otra enfermera también bastante joven y pelo castaño que estaba a su lado atendiéndole al entender la extrañeza que mostraba su rostro—. Enseguida estará preparado para hablar con usted.

Godwin esperó unos segundos a que terminara su trabajo y se acercó a abrirle educadamente la puerta al ver que se disponía a salir de la habitación. Cuando tan sólo quedaron dentro ellos dos, se acercó hasta la ventana, cogió una silla y la colocó en el lateral derecho de su cama mientras era seguido atentamente con la mirada por el ministro.

—Me alegra ver que se encuentra bien —le dijo sin saber muy bien cómo comenzar una conversación que llevaba horas esperando tener.

Hudson se limitó a cerrar los ojos y a mover muy levemente la cabeza con gesto de agradecimiento por su preocupación.

—Supongo que entenderá que necesito hacerle unas preguntas sobre lo que sucedió ayer. Sobre cómo fue posible que desapareciera de su casa mientras estaba siendo vigilado por la policía y sobre cómo pudieron llegar a la situación en la que les encontramos.

—Entiendo —respondió Hudson con un hilo de voz.

—Si le parece, podemos empezar por el momento de su desaparición.

—¿Cómo están mis compañeros? —le interrumpió ignorando su petición.

Godwin inspiró profundamente y sacó una pequeña libreta del bolsillo de su chaqueta tratando de ganar un poco de tiempo antes de responder.

—Me temo que no han corrido la misma suerte que usted.

Hudson cerró fuertemente los ojos.

—Lo que me sorprende es que me pregunte por ellos —añadió casi de inmediato el comisario—. ¿Cómo sabe que desaparecieron más ministros?

Hudson abrió los ojos y clavó su mirada en él.

—Porque me explicaron con detalle lo que están haciendo y por qué lo hacen.

La cara de sorpresa de Godwin fue sobresaliente.

—Y también me hablaron del hijo del presidente Deneux, de su desaparición —puntualizó—. Me alegro de que le encontraran con vida al final.

Antes de continuar, se tomó un par de segundos para coger fuerzas.

—Respecto a su pregunta, no puedo decirle gran cosa. Todo lo que recuerdo del día de ayer es que la policía llegó a mi casa a primera hora de la mañana y me informó de que no podía salir de allí hasta que me dieran permiso. Recuerdo también que dos de ellos se quedaron conmigo en el interior y que otro más se colocó en la puerta de la calle, vigilando. Como no podía salir, pasé gran parte del tiempo en mi despacho trabajando, pero de vez en cuando me asomaba a la ventana para ver si había algo extraño que justificase aquel comportamiento.

—¿Y pudo ver algo?

—No, no, todo parecía perfectamente normal, a excepción de que en la calle se veía a más policías. Supongo que vigilando las inmediaciones de mi casa.

—¿Y del momento de la desaparición? ¿Recuerda algo?

Hudson negó con la cabeza.

—No, nada, lo siento. Como le acabo de decir, pasé gran parte del día en mi despacho. Uno de los dos policías que estaban en mi casa vigilaba inmóvil en la puerta. El pobre permaneció allí impasible durante horas ¿sabe? El otro merodeaba por el piso de abajo. A veces le escuchaba hablar con algunos de sus compañeros brevemente. Eso sí lo recuerdo.

—¿Y no recuerda ver u oír algo extraño? ¿Algo que pueda darnos alguna idea de cómo tres personas pudieron desaparecer por arte de magia de una casa vigilada por la policía?

Hudson suspiró.

—Nada —contestó negando con la cabeza—. Después de lo que le acabo de explicar la siguiente imagen que tengo es despertándome en una habitación con una luz muy tenue, prácticamente a oscuras, con un fuerte dolor de cabeza y una voz llamándome por mi nombre.

—¿Una voz? —preguntó sorprendido.

—Sí, la misma que me explicó todo lo que había sucedido hasta ese momento.

—¿Y podría reconocer a esa persona si la viera de nuevo?

Hudson se incorporó levemente en su cama para poder seguir hablando más cómodamente.

—Creo que no me he explicado bien, comisario. En ningún momento llegué a ver de quién se trataba. Tan sólo era una voz que procedía de la misma habitación en la que yo me encontraba, pero perfectamente oculta en la oscuridad.

—¿Y qué le decía?

Hudson respiró hondo antes de continuar.

—Algo realmente extraño. Y más ahora que le he escuchado decir eso acerca de mis compañeros. Me dijo que lo que estaba sucediendo no tenía nada que ver conmigo y que no me preocupara porque no me ocurriría nada malo. También repitió

en varias ocasiones un mismo nombre.

Durante un momento clavó su mirada en la sábana que cubría sus piernas tratando de recordarlo. Aunque Godwin sabía de sobra a qué se estaba refiriendo prefería que fuera él quien lo nombrara.

—El caso Coen, si no recuerdo mal. Sí, eso es, El caso Coen. Varias veces lo mencionó para tratar de justificar lo que decía que estaba sucediendo.

—¿Y lo de asesinar al Primer Ministro?

Ante esa pregunta, volvió a hacer una pausa y desvió un par de segundos su mirada hacia la ventana tratando de aclarar y ordenar las imágenes que poco a poco volvían a su cabeza.

—Recuerdo que esa persona dijo que el presidente Deneux, el Presidente Grant y él eran los responsables de todo y que debían pagar por ello. Por eso supuse que se refería a que iban a asesinarle.

—Eso era precisamente lo que intentaba decirnos cuando le encontramos en la catedral de San Pablo.

Hudson le miró con absoluta sorpresa.

—Allí estaba, sí —dijo entendiendo su respuesta y omitiendo voluntariamente el estado en el que les habían descubierto—. Y repetía una y otra vez que iban a matar al Primer Ministro.

Hudson retiró un instante su mirada hacia su cama e inmediatamente la fijó de nuevo en Godwin.

—¿Y lo han hecho? —preguntó nervioso.

—No, por supuesto que no. Ni a él ni a ningún presidente más.

El ministro se mostró aliviado.

—Eso de El caso Coen... ¿Saben a qué se refiere?

Godwin se vio de pronto en una situación muy comprometida. Por un lado, sabía que se trataba de un asunto altamente secreto del cual Hudson no tenía conocimiento por no participar en él, pero a su vez acababa de ser secuestrado precisamente por lo que ese caso contenía y creía que merecía saber la verdad al respecto.

—Lo hemos descubierto, sí —respondió intentando no entrar en detalles—. Y efectivamente, como le dijeron, es la razón que explica lo que llevan dos días haciendo.

—Entonces es cierto que secuestraron al hijo del presidente Deneux por eso.

—Sí, lo es —respondió acompañando sus palabras con un ligero movimiento de cabeza—. Pero la policía francesa lo encontró sano y salvo. Creen que sólo se trataba de un aviso para su padre.

Hudson se tapó la cara durante unos segundos. Lo que estaba escuchando y los efectos residuales de la sedación que le habían administrado hacía que por momentos no se sintiese con la lucidez suficiente como para distinguir correctamente lo que era cierto y lo que no en toda aquella rocambolesca historia.

—¿Por qué quieren asesinar al Primer Ministro? No termino de entenderlo.

Godwin miró hacia la puerta de la habitación deseando que alguna de las jóvenes enfermeras que había visto minutos antes entrase justo en ese momento e interrumpiese aquella conversación que le estaba llevando inexorablemente a decirle más de lo que estaba autorizado a contar.

—El caso Coen parece que es responsabilidad de los gobiernos de Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, y las personas que están detrás de todo esto responsabilizan directamente a sus presidentes y han amenazado con asesinarles.

—Eso significa que están en peligro.

Godwin se levantó de la silla y caminó bordeando la cama.

—Trabajamos en ese escenario, así es. Ahora mismo los tres se encuentran en Nueva York en una conferencia en la Asamblea General de la ONU y creemos que pueden aprovechar ese momento para hacer algo contra ellos.

Hudson se quedó sin palabras.

—Pero todos estamos trabajando intensamente para evitarlo. Nosotros, la policía francesa y, por supuesto, la CIA y el gobierno de los Estados Unidos, que son los que tienen ahora mismo el problema dentro de su propia casa.

El ministro se llevó repentinamente una mano a la cabeza sin poder disimular el dolor que sentía todavía.

—¿Y los otros ministros? Antes dijo que sólo yo he sobrevivido.

Godwin le miró, pero no dijo ni una palabra.

—¿Qué les ha ocurrido? —insistió ávido de tener más detalles—. Lo único que me dijo aquel hombre fue que también debían pagar por lo que habían hecho.

—Junto con usted desaparecieron otros seis ministros, y de todos ellos, cinco aparecieron asesinados en diferentes puntos de la ciudad sin que en ningún momento tuviésemos la menor oportunidad de salvarles —respondió—. Quizá sólo en el caso de la ministra Johnson, aunque me decanto por creer que realmente sólo estaban jugando con nosotros. Y respecto al único que aún no ha aparecido, el ministro Dean, seguimos tratando de encontrarle, pero realmente es como si se lo hubiese tragado la tierra.

Hudson arqueó las cejas al escuchar sus nombres.

—No le dijeron quiénes eran ¿verdad? —le preguntó percibiendo su extrañeza—. Los ministros que también desaparecieron en el día de ayer, y que desgraciadamente han muerto, fueron Oliver Humme, Jack Brown, George Tillden, Steven Austen y la mencionada ministra Johnson. Y Andrew Dean, que como le digo, sigue desaparecido.

Capítulo 42

Clear dejó caer el teléfono sobre una de las mesas de la sala de vigilancia y reclinó su espalda hacia delante apoyando ambas manos sobre ella. Cerró los ojos y expiró intensamente. La cúpula de poder dentro del gobierno de los Estados Unidos es una estructura compleja, llena de altos cargos, muchos de los cuales ni siquiera había visto nunca personalmente, por lo que elegir a la persona adecuada a la que explicar lo que estaba sucediendo en aquellos momentos dentro del edificio de la ONU no parecía, *a priori*, una tarea sencilla. Afortunadamente, la Vicepresidenta Eleonor Hawkins siempre había mostrado especial empatía hacia él, consciente de la presión que debe soportar cada día el hombre encargado de velar por la seguridad del presidente más poderoso del planeta. Precisamente por eso, ella había sido la persona a la que Clear había llamado para informarle directamente.

—Me hago cargo de la situación.

Esa había sido su respuesta. Escueta. Directa.

Apenas quince minutos después, la propia Vicepresidenta le había devuelto la llamada. Al descolgar el teléfono, tan sólo escuchó una frase. Suficiente para descubrir que había ocurrido justo lo que él deseaba.

—Estamos en DEFCON 3. No pierda de vista al Presidente.

Capítulo 43

Connelly cogió el hexagrama y comenzó a caminar apresuradamente hacia la salida. Si bien no tenía el conocimiento que ambos estaban mostrando sobre la manera de actuar de los secuestradores, sí creía haber entendido a Milanelli lo suficientemente bien como para concluir que su cometido dentro de la iglesia de la Trinidad había llegado a su fin.

Justo al salir un agudo pitido hizo que llevara inmediatamente la mano al bolsillo derecho de su chaqueta. Al encender su teléfono móvil vio cómo este recobraba la cobertura y cómo varios mensajes aparecían atropelladamente en la pantalla.

—¡Maldición! —exclamó entre dientes.

Los profesores se colocaron junto a ella, uno a cada lado, tratando de descubrir qué noticia podía ser tan importante como para hacer que durante varios segundos su móvil no dejara de emitir rítmicos pitidos por cada mensaje de llamada no respondida que había recibido. Cuando por fin se detuvieron los avisos, Connelly marcó el número de quien tan insistentemente le había estado llamando.

—Lo siento, estábamos en un lugar sin cobertura...

La persona que se encontraba al otro lado del auricular la interrumpió, y durante los siguiente dos minutos le puso al tanto de la nueva situación en la que se encontraban. A medida que escuchaba lo que le decía, la cara de la agente palidecía por momentos. Al terminar, guardó con nerviosismo el teléfono de nuevo en el bolsillo de su chaqueta y se dirigió a los profesores.

—Creo que tenemos un enorme problema —les anunció con voz entrecortada—. La Directora me acaba de comunicar que hemos entrado en DEFCON 3. La Vicepresidenta Hawkins y la Junta de Jefes del Estado Mayor han decidido implantarlo por lo ocurrido en el edificio de la Asamblea General.

Campbell y Milanelli la miraron perplejos. Ninguno de ellos era experto en alertas terroristas ni en sistemas de defensa, pero a ambos le sonaba lo suficiente aquel nombre como para saber que algo realmente grave debía haber sucedido. Campbell, en particular, sabía muy bien que la última vez que Estados Unidos había estado en un nivel DEFCON 3 había sido durante los ataques contra el World Trade Center doce años atrás. Por tanto, si se había decidido tomar esa medida, era muy posiblemente porque algo importante le había ocurrido al Presidente.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con enorme curiosidad.

Connelly se giró para mirarle directamente a los ojos.

—Han perdido por completo el control del edificio —respondió con crudeza—. Ahora mismo el Presidente Grant, Deneux, el Primer Ministro y todos los dirigentes que están hoy aquí en Nueva York, están atrapados en el edificio de la Asamblea General de la ONU sin que el Servicio Secreto ni nadie desde el exterior pueda acceder a él.

Campbell se llevó ambas manos a la cabeza.

—Por esa razón han decidido activar DEFCON 3 —prosiguió la agente—. Desde ahora la isla de Manhattan está completamente cerrada. Nadie puede entrar ni salir de ella y todos los vuelos comerciales han sido cancelados.

Al igual que su compañero, el profesor Milanelli se llevó una mano a la cabeza sin ser capaz de procesar la importancia de la información que estaban recibiendo. Una vez más parecía que habían subestimado a los secuestradores. Ahora ya no sólo eran los responsables de El caso Coen los que se veían amenazados, sino también el resto de mandatarios de otros países, como bien les estaba explicando ella.

—¿Y qué se supone que debemos hacer nosotros ahora? —preguntó consciente de que aquello podría afectar a la búsqueda de Margaux.

—He recibido órdenes muy concretas de que tenemos que encontrar a la profesora lo antes posible —respondió al tiempo que comenzaba a caminar hacia la verja de entrada—. Para mis superiores no cabe la menor duda de que lo que está ocurriendo en el edificio de la ONU es obra de quienes han amenazado con acabar con la vida del Presidente, y es por ello que están convencidos de que son ustedes tres quienes pueden ayudarnos a salir de esta situación.

Al contrario de lo que había ocurrido minutos antes, Connelly no se preocupó lo más mínimo de dejar la verja de entrada en la misma posición en que se la habían encontrado. Que otras personas pudiesen intentar entrar en la iglesia de la Trinidad ya no era asunto suyo.

—Agente —comenzó Campbell titubeante—, agradezco la confianza que la CIA deposita en nosotros, pero creo que debemos replantearnos por un instante la importancia de lo que está sucediendo aquí.

A pesar de que hizo una breve pausa tratando de recibir comprensión por su parte, Connelly se mantuvo totalmente en silencio mientras continuaba caminando con rapidez hacia el coche que habían dejado torpemente aparcado delante de la estación de metro de Rector Street. Ese silencio fue interpretado con facilidad por el profesor que sabía que debía explicar con más detalle lo que trataba de decirle.

—Me refiero —continuó— a que ambos agradecemos que piensen que nosotros podemos ayudarles a salvarle la vida al Presidente, pero es necesario que consideremos adecuadamente la magnitud del desafío al que nos estamos enfrentando en este momento. En París vivimos una situación insólita para nosotros tres, es cierto. Buscar a una sola persona en plena noche en una ciudad totalmente desierta con la ayuda de la policía francesa y del Servicio Secreto de Deneux fue una cosa, y afortunadamente todo salió bien, pero que pretendan que nosotros sepamos cómo salvar la vida de todas las personas que están encerradas en un edificio tan grande como la sede de la ONU, simplemente porque ya hayamos participado previamente en los juegos de los secuestradores, es algo que, personalmente, creo que está totalmente fuera de nuestro alcance.

Justo cuando Campbell terminó de hablar llegaron a su vehículo. Connelly se detuvo y se dio media vuelta buscándole de nuevo con la mirada.

—Entiendo su preocupación, profesor. Y es evidente que recuperar el control del sistema de seguridad de ese edificio no es algo que podamos pedirles a ustedes tres, ni siquiera algo que remotamente pensemos que serían capaces de hacer. De la misma manera, la CIA, el FBI y el Servicio Secreto del Presidente son quienes tiene que velar por la seguridad de todos los dirigentes que ahora mismo se encuentran en el interior de esa sala. Todas esas personas están en suelo americano y sólo nosotros somos responsables de su seguridad. Es precisamente por eso por lo que se ha tomado la decisión de establecer el nivel de alerta DEFCON 3 y por lo que se ha cerrado la isla. Si no sabemos cómo podemos sacarles de allí, al menos tenemos que asegurarnos que nadie entre ni salga de Manhattan.

—¿Y qué demonios está ocurriendo en esa sala? —preguntó Milanelli.

Connelly se encogió de hombros.

—Nada, aparentemente. Lo único que sabemos es que el acceso está bloqueado. El Presidente ya ha terminado su discurso y, según me han explicado, ha sido él mismo el encargado de comunicarle al resto de asistentes que tenían un pequeño problema de seguridad y que debían permanecer allí dentro hasta que se subsanara.

Los profesores se miraron el uno al otro inmediatamente.

—Sé lo que están pensando —dijo la agente con picardía—, pero es lo máximo que podemos hacer ahora mismo. Si pierdes el control de un edificio tan importante la mejor opción que puedes hacer es tratar de que al menos todo el mundo que se encuentra en su interior mantenga la calma.

—¿No han pensado en entrar por la fuerza? —preguntó Campbell.

—No, no, en absoluto. Eso sólo empeoraría las cosas. Primero, porque ahora mismo oficialmente se está tratando como un pequeño problema de seguridad que no justificaría tal acción, y segundo, porque hacerlo implicaría el acceso al edificio de varias unidades de asalto. Como comprenderán, ahora mismo eso es lo último que queremos, ya que dos minutos después los alrededores de la Asamblea General estarían atestados de medios de comunicación y el mundo entero pondría sus ojos en nosotros.

—Puede que sea eso precisamente lo que busquen los secuestradores —propuso Milanelli.

—Lo sabemos, profesor, lo sabemos. Pero no vamos a darles ese gusto. Por lo menos no mientras podamos llevar este asunto con discreción.

—Pero han activado ese nivel de alerta —le contradijo Campbell.

Connelly hizo una pausa para respirar profundamente y tratar de elegir la mejor respuesta posible. Como bien decía el profesor, activar DEFCON 3 no iba de la mano de hacer las cosas con discreción.

—Lo sé, profesor. Pero esa decisión no me corresponde a mí tomarla. Ni siquiera a mis superiores. De modo que en lo que a nosotros concierne tenemos que tratar de hacer nuestro trabajo y dejar que los demás hagan el suyo. Y eso incluye a quienes deben tomar las decisiones importantes.

Ambos captaron perfectamente el mensaje.

—Está bien —dijo Milanelli—. Y nuestra manera de ayudar a que toda esta historia se solucione es encontrar cuanto antes a la profesora, que era lo que estábamos haciendo hasta ahora.

Connelly mostró un gesto complaciente.

—Y usted ha dicho que sabe dónde está. En el origen de esa espiral ¿recuerda?

—Sí, sí... —respondió sonriente—. Y me reafirmo en mi opinión de que pretenden que relacionemos ese hexagrama con la exposición de la sucesión de Fibonacci y del número áureo del museo Metropolitano. Una manera ingeniosa de indicarnos que la desaparición de la profesora comienza y termina con ese número.

La agente respiró de nuevo con intensidad.

—¿Y qué propone que hagamos?

—Encontrar una espiral para poder llegar hasta ella, por supuesto.

Connelly y Campbell mantuvieron su mirada fija en él sin decir una palabra.

—Sé que suena extraño —les aclaró—, pero creo que el mensaje es evidente.

—Puede que para usted, profesor —le espetó Connelly—. Y espero no resultar grosera diciéndole esto, pero dudo que en Manhattan exista una espiral gigante como la que usted pretende que encontremos.

Milanelli soltó una carcajada.

—¡Seguro que no! Eso sería demasiado evidente ¿no les parece? Muy alejado de lo que hacen los secuestradores ¡Todos los turistas estarían allí contemplándola!

—¿Entonces? —preguntó Campbell con tono serio, consciente de la importancia de continuar la búsqueda sin perder más tiempo.

—Creo que la espiral es una figura genérica. Algo que posiblemente no tengamos que encontrar como tal, pero que de alguna manera debemos tener en mente para localizar el lugar donde se encuentra la profesora.

—¿Y eso qué quiere decir, exactamente? —le preguntó Connelly.

—Que debe existir alguna estructura en esta ciudad lo suficientemente simétrica como para que se asemeje a una espiral. Si conseguimos dar con ella tendremos el lugar donde está Margaux.

—¿Un edificio, acaso?

Milanelli torció el gesto.

—No es eso en lo que estoy pensando, agente —respondió—. Debo reconocer que no conozco Nueva York, pero sí sé que es un enjambre de rascacielos, y que nada conseguiremos desde aquí. Sólo hay una manera de saber si, increíblemente, hay en la isla algún conjunto de edificios que formen lo que buscamos.

Connelly miró un segundo al cielo.

—¿Me está diciendo que si sobrevolamos Manhattan vamos a encontrar algo semejante a una espiral dibujada por edificios, y que en su origen estará escondida la profesora?

Milanelli sonrió.

—¿Acaso pensaba que el juego planeado por los secuestradores sería sencillo?

Capítulo 44

La distancia que separaba la estación de Recton Street y el helipuerto donde habían aterrizado a su llegada a Nueva York era lo suficientemente grande como para que Connelly no hubiese perdido ni un sólo segundo en seguir tratando de entender si la posibilidad planteada por el profesor Milanelli de encontrar una estructura similar a una espiral desde el cielo de Manhattan era una opción real que podría llevarles hasta Margaux, o se trataba de una completa pérdida de tiempo. En cualquier caso, era consciente de que era la única posibilidad que tenían de seguir avanzando y, por tanto, aunque le costaba considerarla factible, debían seguir adelante con ella.

Una vez superado hábilmente el tráfico que se encontraron en la zona sur de West Street su camino hasta el helipuerto situado en el cruce de 30th Street con 12th Avenue había sido bastante más sencillo. Durante el tiempo que duró ese trayecto, Connelly aprovechó para solicitar permiso para realizar algo que, en cualquier otra situación, habría sido denegado de inmediato. Sobrevolar Manhattan en un momento en el que el tráfico aéreo se encontraba cerrado a cal y canto parecía una locura que únicamente la razón de encontrar a la profesora Margaux, para poder salvar en último término la vida del Presidente, podía justificar.

Por su parte, Campbell y Milanelli, conscientes de la importancia de subirse al helicóptero lo antes posible, guardaron silencio durante todo el trayecto, permitiendo que realizase las llamadas necesarias para poder continuar sin contratiempos la búsqueda de la profesora.

Al llegar al helipuerto, el piloto ya se encontraba en el interior del helicóptero con las hélices girando a media velocidad. Connelly detuvo el vehículo a una distancia prudencial para que pudiesen despegar sin problemas. Los tres se bajaron apresuradamente y se subieron a él sentándose en las mismas posiciones en las que habían realizado el viaje desde Washington a Nueva York. Campbell no pudo evitar sentir un nudo en el estómago al ver el asiento vacío a su lado.

—Tranquilo, profesor, la encontraremos —le dijo Connelly superando el ruido cada vez mayor de las hélices.

Campbell la miró con frialdad y afirmó levemente con la cabeza. Justo en ese instante el helicóptero comenzó a separarse poco a poco del suelo.

—¿A dónde se supone que vamos? —preguntó el piloto sin saber qué dirección debía tomar.

—Limítese a sobrevolar Manhattan —respondió Connelly decidida—. Quiero que empecemos en el sur de la isla y que vayamos ascendiendo en dirección norte. Y es necesario que volemos suficientemente alto como para poder tener una visión lo más amplia posible en todo momento.

Siguiendo sus instrucciones, el piloto inclinó levemente el mando y comenzó a girar hacia la derecha al tiempo que ganaban cada vez más velocidad y más altura. Durante un par de minutos los tres permanecieron en silencio observando por la

ventanilla la silueta de los edificios que dejaban a sus pies. Cuando llegaron a un punto intermedio entre el sur de Manhattan y Liberty Island, el piloto realizó un giro progresivo de ciento ochenta grados para sobrevolar la isla, tal y como le había pedido la agente.

Milanelli miraba con atención cada parte de Manhattan tratando de encontrar esa estructura simétrica de la que les había hablado minutos antes. Si bien le parecía sorprendente que entre aquel enjambre de rascacielos pudiese existir un conjunto de edificios con una disposición similar a la que ellos necesitaban, también estaba convencido de que el mensaje era claro. Ni siquiera se le pasaba por la cabeza la posibilidad de que pudiesen estar perdiendo el tiempo. Los secuestradores les indicaban que debían encontrar una espiral dentro de aquella ciudad y buscar a Margaux en su origen.

—¿Ve algo, profesor?

La voz de Connelly hizo que saliera bruscamente de su pensamiento.

—Nada de momento —respondió con firmeza—. Pero lo que estamos buscando está ahí abajo, estoy completamente seguro de ello.

La agente dejó que transcurrieran unos pocos segundos hasta que vio suficientemente cerca lo que quería mostrarles.

—Ahora mismo estamos sobrevolando la parte central de Manhattan y allí es donde se encuentra nuestro gran problema —les indicó señalando al característico edificio de la ONU.

Campbell y Milanelli dirigieron su mirada hacia él. Desde la altura a la que se encontraban no parecía estar sucediendo nada extraño en su interior.

—A partir de aquí, empezaremos a sobrevolar Central Park que divide la isla en dos mitades. Quizá no sea una mala idea que pasemos sobrevolando cada una de ellas individualmente.

Campbell apartó la vista del parque que comenzaba a verse al fondo y realizó un leve gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Qué le parece, profesor? —insistió viendo que Milanelli no mostraban ninguna opinión al respecto.

—Bien. Me parece bien, agente —respondió levantando la voz, pero sin dejar de mirar por la ventanilla—. Todo lo que pueda ayudarnos a encontrar lo que buscamos, creo que es una buena idea.

Connelly se incorporó para darle instrucciones al piloto. Casi de inmediato, el helicóptero se desplazó levemente a la derecha y comenzaron a sobrevolar la parte alta de Manhattan por Upper East Side.

Justo en ese momento, Milanelli divisó lo que estaban buscando.

—¡Pare, pare! —exclamó excitado.

La agente saltó repentinamente de su asiento y se colocó a su lado.

—¡Ahí está! ¡Mírenlo! ¡En Central Park!

Connelly intentó sin éxito ver lo que trataba de enseñarles.

—¡Sobrevuele Central Park despacio! —le ordenó nerviosa al piloto.

Campbell se puso de pie junto a ellos con el corazón a punto de estallarle. Cuando el helicóptero se acercó lo suficiente, lo que Milanelli había reconocido hábilmente desde la distancia apareció delante de ellos.

Connelly se llevó las manos a la cabeza.

—¡Increíble! —exclamó Milanelli exultante—. ¡Es increíble! ¡Por supuesto que no había mejor lugar en esta ciudad que Central Park para esconder lo que buscábamos!

Lo que Campbell y la agente observaban boquiabiertos era un conjunto de árboles de Central Park que jamás llamarían particularmente la atención si no se observaban como lo estaban haciendo ellos tres en ese momento. Su disposición dibujaba una estructura simétrica cuya silueta estaba perfectamente delimitada por la diferente tonalidad de sus hojas que guiaban inexorablemente hasta su punto central donde el color se tornaba más oscuro.

—El origen de la espiral —susurró Campbell ahogadamente—. El lugar donde está Emilie.

Milanelli le miró sonriendo.

—¡Descienda! —gritó Connelly al borde de un ataque de ansiedad—. ¡Descienda inmediatamente y aterrice lo más rápido que pueda!

El piloto obedeció al instante a aquella orden. Hasta que el imponente VH-60N White Hawk se detuvo por completo, la agente no apartó su mirada de los árboles que Milanelli les había indicado. A pesar de lo desconcertante que le había parecido aquella explicación desde el principio, ahora tenía a una decena de metros de distancia la estructura simétrica que el profesor había estado reclamando afanosamente.

Cuando tocaron tierra, abrió inmediatamente la puerta y saltó sin miramientos para comenzar a correr a continuación hacia el punto central que habían visto desde el cielo. Campbell y Milanelli la siguieron impacientes también por descubrir si una vez más habían conseguido entender el juego planteado por los secuestradores. Cuando llegaron a la parte exterior del conjunto de árboles, la agente sacó su arma y ralentizó su paso.

—¡Las hojas más oscuras nos marcan el centro! —exclamó Campbell poniéndose a su altura, deseoso de encontrar a Margaux.

Impacientes, los tres siguieron caminando mirando continuamente hacia el cielo para que las hojas de los árboles les guiaran. En el punto central que delimitaba aquella estructura simétrica encontraron una alcantarilla cuya tapa de acero deteriorada por el paso del tiempo estaba sorprendentemente iluminada por el único haz de luz que las frondosas ramas de los árboles permitían pasar. Campbell recordó inmediatamente la vidriera de la catedral de Notre Dame acertadamente iluminada por la luz de luna.

—Está aquí, no hay duda.

Milanelli le miró excitado. La profesora estaba tan sólo a unos metros de ellos, ambos podían sentirlo.

Connelly deseaba igual que ellos levantar aquella tapa inmediatamente y adentrarse en la alcantarilla para buscarla. Sin embargo, la posibilidad de que algunas de las personas que la habían raptado en el museo pudiesen estar todavía con ella, unido al hecho de que no sabían qué podían encontrarse allí abajo, la forzó a frenar su ímpetu y a planear una manera más segura de proceder para la asegurar la vida de Margaux y la de ellos mismos.

Al levantar la vista y mirar a su alrededor encontró rápidamente justo lo que necesitaba en aquel preciso instante.

—¡Agentes! —gritó a una pareja de policías situados a varias decenas de metros en dirección sur—. ¡Vengan inmediatamente!

Connelly les mostró su identificación al tiempo que les llamaba.

—¡Necesito que vengan más policías!

Uno de los dos agentes que se acercaban apresuradamente hacia ellos sacó su *walkie-talkie* para solicitar refuerzos. Casi instantáneamente, otras dos parejas de policías aparecieron corriendo desde diferentes puntos del parque. Cuando llegaron hasta ellos las instrucciones de Connelly fueron claras.

—Estamos seguros de que hay una persona ahí dentro —les dijo señalando la tapa de la alcantarilla—. Una persona que es esencial para salvar la vida del Presidente.

Sin que fuese necesario dar más explicaciones, dos de los policías se agacharon y levantaron la tapa. El resto sacaron su arma y una pequeña linterna cada uno.

—La persona que buscamos es una chica joven, morena, vestida con vaqueros y una blusa gris oscura. No sabemos si puede haber alguien más con ella, pero si la hubiese deben detenerlo.

Los dos policías que habían levantado la tapa de la alcantarilla sacaron sus armas y empezaron a vigilar el entorno que rodeaba a la agente Connelly y a los profesores para protegerles. Sus otros cuatro compañeros comenzaron a bajar uno por uno ayudados por las barras metálicas situadas en una de las paredes del túnel de la alcantarilla. Cuando desaparecieron en su interior, los tres se arrodillaron en la entrada esperando ansiosos alguna noticia. De fondo se les escuchaba hablar entre ellos dándose indicaciones los unos a los otros sobre lo que debían hacer e informándose respectivamente sobre lo que cada uno iba encontrando. Durante varios segundos eso fue lo único que se oyó. Cada vez, sus voces se oían más y más lejanas hasta que las palabras de uno de ellos provocaron que se les detuviera súbitamente el corazón.

—¡Aquí hay alguien!

Campbell cerró los ojos rezando interiormente para que estuviera viva.

—Creo que es quien están buscando —les indicó—. Ahora mismo la sacamos a la superficie.

Capítulo 45

La reportera de la NBC, Sherline Meester, mantenía su mirada clavada en la parte sur de Central Park atónita por lo que acababa de ver. Si hacía algo más de dos horas la cadena les había enviado a ella y a su compañero a cubrir la repentina evacuación del museo Metropolitano, ahora estaba ocurriendo otro hecho todavía más insólito a tan sólo unas decenas de metros de donde se encontraban. A pesar de que inicialmente le había parecido que les había tocado la mejor noticia del día, lo que había ido sucediendo posteriormente había conseguido rebajarla hasta dejarla en una anécdota insignificante, que estaba segura que ni siquiera llegaría a tener cabida en ninguno de los informativos del día.

—Tal vez de madrugada tengamos un hueco —le había dicho su compañero intentando consolarla.

Pero ella sabía muy bien que sería imposible. Posteriormente a la evacuación del museo, se había decretado el estado de emergencia DEFCON 3 y se había cerrado a cal y canto la isla de Manhattan. Aquello era precisamente lo que centraba actualmente el cien por cien de los esfuerzos de la NBC y del resto de agencias, ya que oficialmente ningún representante del gobierno había comunicado la razón para acometer semejante medida. Y como consecuencia de ese silencio por parte de la Administración, habían ido apareciendo todo tipo de rumores que se extendían como la pólvora por internet y las redes sociales. A cada cual más disparatado. Desde un inminente ataque terrorista hasta la muerte del Presidente Grant. Todo tenía cabida en aquellas horas de desconcierto alimentadas por el extraño mensaje que había bloqueado a primera hora de la mañana la emisión de todas las cadenas de televisión durante varios segundos. Descabellada o no, lo que Sherline tenía claro era que aquel extraño mensaje y la actuación del gobierno tenían que estar relacionados. Incluso suplicaba que también lo estuviera la evacuación del museo Metropolitano. Así, por lo menos, su reportaje sí tendría cabida en las noticias.

«Aunque sea de madrugada».

Capítulo 46

Campbell no pudo evitar que se le humedecieran los ojos de la emoción al ver por primera vez a la profesora sana y salva. Los policías que habían bajado al sistema de alcantarillado a buscarla la ayudaron a que subiera las escaleras que llevaban a la superficie y allí fue Connelly quien se lanzó de inmediato a cogerle las manos para facilitarle el ascenso.

Con la visión algo borrosa todavía y los últimos coletazos de un dolor de cabeza acechándola, Margaux cerró levemente los ojos ante la claridad cegadora que iluminaba el punto de Central Park en el que se encontraban. Cuando poco a poco fue haciéndose a ella comprobó la cara de preocupación de Campbell y recordó de inmediato lo que había sucedido en los últimos momentos en los que habían estado juntos.

—Estoy bien —musitó dedicándole una sonrisa.

El profesor se acercó a ella y le cogió la mano, incapaz de responder por el nudo que atenazaba su garganta.

A pesar del tiempo que había transcurrido desde su desaparición, su aspecto era saludable. Su ropa estaba limpia, tan sólo levemente marcada por la lógica suciedad del interior de aquel agujero en el que había permanecido escondida. Su rostro mostraba cansancio por la experiencia vivida, pero a la vez recobraba por momentos la luminosidad que tanto la caracterizaba. Tras unos breves minutos sentada sobre el césped, en los que aprovechó para beber un poco de agua de la botella que uno de los policías le había ofrecido y respirar profundamente, ella misma fue quien comenzó a contarles todo lo que había sucedido.

—He tenido el cuestionable placer de conocer a Morton —comenzó dirigiéndose claramente a Connelly—. Me ha explicado detalladamente por qué están haciendo todo esto. Y aunque pueda sonar sorprendente, también me ha dicho que no es su intención asesinar al Presidente. Ni a Deneux, ni a Taylor. Lo que realmente quiere es que todo el mundo sepa lo que estos tres países llevan años haciendo. Y a pesar de todo lo ocurrido, y de todo lo que hemos visto estos dos últimos días, debo reconocer que me ha parecido una persona bastante cabal. Creo que es perfectamente consciente de que si asesinan a todas esas personas que están encerradas en la Asamblea General el mundo podría entrar en una espiral de enfrentamientos sin precedentes. Algo opuesto a lo que dicen que pretenden conseguir.

Se detuvo un instante, respiró hondo y continuó.

—Morton sueña con que todo esto que están haciendo sirva para abrir de una vez por todas los ojos de la gente y que sean ellos quienes les obliguen a dejar sus cargos.

—Entonces ¿por qué todo este juego? —preguntó Milanelli sin comprender.

La profesora le miró para responderle.

—Lo que Morton me ha dicho, y yo les acabo de transmitir, es que no tienen la intención de asesinarles, no que no vaya a ocurrir. Si la información que me ha dado

es correcta ahora mismo deberían estar encerrados en el edificio de la ONU ¿verdad?

Connelly asintió con cara de preocupación.

—Bien. La idea que tienen es darnos una oportunidad de que salvemos sus vidas. De ahí el juego, profesor. Si no lo conseguimos seremos responsables de su muerte.

—Pero ¿cómo...? —le interrumpió la agente.

—A través del sistema de climatización —respondió Margaux—. Ahora mismo tiene controlado el edificio. Todo el edificio. De modo, que si no conseguimos resolver a tiempo el juego que nos proponen esa será la manera que utilizarán para acabar con sus vidas.

—¡Pero eso implicaría matar a decenas de dirigentes!

—Lo sé. Y eso mismo le reproché yo. Pero en opinión de Morton la mayoría de los que están en el interior de esa sala han cometido actos similares en sus respectivos países por lo que, según sus propias palabras, sería un daño colateral del que se beneficiaría el mundo entero.

—¿No quieren desencadenar una espiral de enfrentamientos pero planean asesinar a más de la mitad de los dirigentes mundiales?!

Connelly no podía creer lo que estaba escuchando.

—Entiendo lo que dice, créame. Pero según él es precisamente por eso que nos dan la oportunidad de evitar que todo eso llegue a ocurrir.

—¿Y cómo demonios van a poder impedir que entremos a la fuerza y les rescatemos? —preguntó Campbell sorprendido tras haber escuchado atentamente hasta ese momento.

—Ya le ha dicho el modo —respondió Connelly—. Si tienen el sistema de climatización controlado no hay nada que podamos hacer. La liberación en la sala de una toxina podría matarlos a todos en cuestión de segundos. A ellos y a cualquiera que estuviese en contacto con ella en el momento en el que ejecutásemos el asalto.

—Entonces tienen razón —dijo Milanelli—. No nos queda más remedio que continuar con el juego que ha organizado y tratar de salvarles. En el fondo esto no es diferente a lo que ya hemos hecho anteriormente.

—¿De verdad está comparando rescatar al hijo del presidente de Francia con salvar la vida a los dirigentes de medio mundo?

—No, agente, esa no era mi intención. Por supuesto que no es lo mismo, eso lo tenemos todos muy claro. A lo que me refiero es que lo que nos piden que hagamos es lo mismo que hemos estado haciendo los dos últimos días, de modo que tengo la confianza suficiente en nuestras posibilidades como para afirmar que seremos capaces de conseguirlo. Además, no sólo está mi propio convencimiento al respecto, sino el hecho de que ellos mismos nos brinden esa oportunidad. En Londres nos demostraron claramente que no tenemos nada que hacer si no quieren que salvemos la vida de las personas elegidas. Pero esta vez creo que volvemos a la situación de París. No hay una persona desaparecida, ya que ahora sabemos perfectamente donde están. Lo que tenemos que hacer es salvarles y nos dan la oportunidad de conseguirlo.

—Si es cierto lo que usted ha dicho de esa toxina, creo que sería conveniente que se evacuara todo el edificio ¿no cree? —preguntó Campbell—. Bastantes problemas tenemos ya encima como para poner en peligro al resto de personas que están allí dentro ahora mismo inútilmente.

Connelly asintió convencida. Aquella era una orden que tenía que dar inmediatamente en cuanto descubrieran por dónde debían continuar su camino.

—Sin duda, profesor. Y ahora que sabemos que tenemos una oportunidad de salvar la vida del Presidente, tenemos que dedicar todos nuestros esfuerzos en encontrar el modo de conseguirlo.

Margaux sintió que aquel comentario le instaba directamente a decir cuál debía ser el primer paso.

—Durante todo el tiempo que estuve allí abajo tuve una misma sensación. De algún modo sentía que todo lo que aquel hombre me decía tenía un doble significado. Desde que me explicó sus intenciones sentí que su manera de hablar había cambiado y que desde ese momento todo lo que decía tenía que interpretarse con un doble sentido, como si en cada palabra y en cada frase me estuviera facilitando información que tuviésemos que utilizar en el futuro.

—¿Como por ejemplo?

Margaux permaneció pensativa un par de segundos y respondió.

—Que todos debemos participar en este juego si de verdad queremos salvarles la vida. Insistió en varios momentos de la conversación en ese detalle enfatizando el *todos*. Creo que fue una de las señales más claras de lo que les estoy diciendo.

—Sería razonable —comentó Milanelli—. Si también están ahí dentro Deneux y Taylor, me parece lógico que ellos también participen.

Connelly le miró con cara de sorpresa.

—¿Chavrier y Godwin?

—Sí, por supuesto. No debería extrañarle tanto. Cada uno tiene que ocuparse de sus propios problemas, y más allá del hecho de que nosotros estemos metidos en esta historia, si alguien tiene que trabajar para salvar la vida del Presidente Grant son ustedes. Y lo mismo es aplicable a Deneux y a Taylor. Tendrá que ser la policía francesa y la británica quienes tengan que hacer algo al respecto.

—Pero ellos no están aquí...

—¡Claro que no! —respondió aguantando una carcajada—. Pero los secuestradores y nosotros mismos sí hemos estado donde ellos se encuentran y, por decirlo de algún modo, ya se han visto inmersos en esta búsqueda. Que yo sepa nadie ha dicho en ningún momento que su trabajo hubiese terminado.

Connelly necesitó unos segundos para tratar de comprender la nueva dimensión en la que el problema que tenían entre manos entraba con la idea que Milanelli estaba proponiendo.

—No me puedo imaginar el modo en que ellos podrían ayudarnos.

—No sería tan descabellado, créame —opinó Campbell mostrando su apoyo a la

propuesta de su compañero—. Si tiene información precisa sobre lo que ocurrió en París y Londres, seguro que sabrá muy bien que hubo varias cosas que quedaron sin resolver.

—¿Como cuál?

—El ministro Dean —respondieron los tres al mismo tiempo.

La agente se quedó en silencio.

—En Londres desaparecieron inicialmente siete ministros —le explicó Margaux—. Cinco aparecieron asesinados y a Hudson conseguimos salvarle la vida. Seis en total. Sin embargo, hubo un séptimo ministro supuestamente desaparecido, igual que el resto de sus compañeros, del que nunca tuvimos noticias.

—Y del que teníamos la fuerte sospecha de que había participado en la desaparición de sus compañeros —prosiguió Milanelli—. Lo que me parece un cabo suelto en toda esta historia lo suficientemente importante como para estar de acuerdo con la profesora y para considerar que en las palabras de Morton pueda haber un claro mensaje. Además, no sólo sería bueno para nosotros, sino un posible indicativo de por dónde podemos comenzar a buscar.

La cara de Connelly era de absoluto asombro.

—¿En Londres?

—O en París —respondió Campbell—. Si *todos* tenemos que participar en este juego también tenemos que considerar lo que ocurrió allí. Creo que en este momento ninguno de nosotros dudamos ya de que se trata del juego final. Ya sabemos que la razón de todo esto es El caso Coen, al igual que ya sabemos que Grant, Taylor y Deneux son sus responsables, y que los dos últimos ya han sido protagonistas con anterioridad, de modo que ahora, en el acto final, *todos* debemos juntarnos para salvarles las vidas. Y eso incluye a Chavier y a Godwin, sin duda.

—¿Y qué proponen que hagamos? Con tantos lugares donde buscar es casi imposible que sepamos lo que tenemos que hacer.

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted —dijo Milanelli—. Y por eso me gustaría retomar lo que le dije hace unos instantes. Si nos van a dar la oportunidad de salvarles quiere decir que se encargarán de informarnos del modo en que podremos hacerlo y eso, de nuevo, traza una similitud con lo ocurrido en París.

—¿Quiere que volvamos al Metropolitan?

El profesor esta vez no pudo evitar la carcajada.

—¡No, por supuesto que no! Recuerde que acabamos de decirle que esto ya no es sólo un problema nuestro. Lo que quiero decir es que, de manera similar a como ocurrió hace un par de días, ellos se ocuparán de darnos la información necesaria para saber por dónde debemos comenzar. Créame cuando le digo que si de verdad nos brindan la oportunidad de salvarles, eso será justamente lo que ocurrirá.

—¿Y mientras tanto? ¿No pretenderá que esperemos de brazos cruzados?

—Claro que no, agente. Y si me permite un consejo, lo que yo haría de momento sería contactar con Chavier y con Godwin.

Milanelli se detuvo y consultó su reloj.

—Creo que lo más interesante que podemos hacer es informarles de lo que acabamos de descubrir hasta que los secuestradores nos indiquen por dónde debemos iniciar la búsqueda. Tengo la sensación de que todo lo que hemos visto a lo largo del día de hoy no ha sido más que un ligero aperitivo y que en realidad están esperando a que *todos* estemos debidamente informados para dar comienzo al desafío final al que nos han traído a enfrentarnos a Nueva York.

Capítulo 47

Sentada en el peldaño trasero de su furgoneta Chevrolet Chevy Van de la NBC, Sherline Meester miraba con gesto aburrido la pantalla de su teléfono móvil. La espectacular llegada a la zona sur de Central Park de un helicóptero VH-60N White Hawk del Cuerpo de Marines había atraído enormemente su atención y la de otros medios desplazados hasta las puertas del museo Metropolitano. A pesar de que inicialmente le había pedido a su compañero cámara grabar todo lo que estaba sucediendo, no habían pasado ni cinco minutos antes de que le hiciese la petición contraria. Las personas que habían descendido de aquel helicóptero se habían adentrado en una de las zonas del parque con mayor arboleda, de modo que la única imagen interesante había pasado a ser la de un helicóptero en medio de Central Park.

«Una tontería comparado con lo que está ocurriendo en esta ciudad».

Tras olvidarse de aquel tema aparentemente insignificante se había dirigido a su furgoneta donde en ese momento permanecía resignada esperando órdenes de la redacción. Justo cuando apartó la mirada de su móvil para comentar algo con su compañero, éste emitió un pitido seguido de una característica vibración. Meester observó con curiosidad un aviso de mensaje de texto con imágenes adjuntas que acababa de recibir de un número desconocido.

—¿Quién demonios sigue utilizando todavía los SMS? —se preguntó en voz baja al tiempo que lo abría.

Lo que vio la dejó sin palabras.

El mensaje de texto iba acompañado de tres imágenes enumeradas consecutivamente del uno al tres. En la primera de ellas se veía el rostro de un hombre de mediana edad. Para ella no cabía la menor duda. Era la típica fotografía obtenida a distancia con un objetivo de gran alcance. En la segunda aparecía el mismo hombre de mitad del cuerpo hacia arriba y el torso al descubierto. En la tercera, su cuerpo completamente desnudo con una marca grabada en el pecho. El texto que acompañaba el mensaje era conciso.

«Steve Douglas, agente secreto de la CIA.» leyó interiormente.

Capítulo 48

El rítmico sonido que producía el tacón del pie derecho de Rice al golpear una y otra vez en el impoluto suelo de granito de la sala de vigilancia marcaba el ritmo de trabajo de su equipo de manera similar a como un director guía a su orquesta. Nerviosa, observaba cómo por suerte algunas de las cosas que estaban sucediendo desde que había finalizado su conversación con la Vicepresidenta Hawkins habían comenzado a ponerse de su parte. Tal y como estaba segura que ocurriría, Connelly había sido capaz de descubrir el paradero de Margaux y ahora los cuatro se encontraban en Central Park conversando mientras se recuperaba la profesora. Por su parte, en la Asamblea General nada parecía haber cambiado en exceso. Grant permanecía cerca de la tribuna de oración con la única diferencia de que la mayoría de los asistentes habían abandonado sus respectivos asientos y ahora formaban diferentes corrillos a lo largo de toda la sala, seguramente tratando de entender qué era lo que estaba sucediendo.

La petición de Hawkins que no había podido cumplir había sido la de evitar que la prensa se enterase de lo que ocurría. Si durante la mañana su centro de atención había sido el asesinato de cinco ministros del gobierno británico, el comunicado oficial del gobierno anunciando que la isla de Manhattan se cerraba temporalmente al tráfico y que se interrumpían indefinidamente todos los vuelos comerciales había redirigido su ofensiva sobre la Asamblea General de la ONU donde se encontraba el Presidente.

Mientras observaba con desinterés las pantallas que mostraban las emisiones de las diferentes cadenas de televisión, una fotografía en una de ellas le hizo palidecer.

—¡Esa imagen! —exclamó instintivamente—. ¡Quiero ver la señal de la NBC en la pantalla central ahora mismo!

Al instante se cumplió lo que pedía y la fotografía de Steve Douglas ocupó sus setenta y cinco pulgadas al completo.

Rice se llevó una mano al rostro sin poder creer lo que veía.

A pesar de que oficialmente la CIA no había comenzado a seguir lo que ocurría en Londres hasta que Brian Godwin les había llamado personalmente, lo cierto era que ya la noche anterior habían descubierto que la policía francesa había encontrado asesinado en la catedral de Notre Dame a un agente secreto de la CIA. Por suerte, lo que la policía francesa había descubierto de él era en realidad la información referente a su doble identidad. Un hombre de negocios residente en Nueva York que volaba asiduamente hasta París por negocios. Esa vida irreal, junto con un inexistente puesto de trabajo en el American Serial Bank, eran la tapadera perfecta que le permitía entrar y salir de Estados Unidos cuando lo necesitaba y hacer lo mismo en París donde desarrollaba su trabajo como agente secreto.

Para poder diseñar las tapaderas de los agentes secretos que la CIA tiene repartidos por todo el mundo, el gobierno de los Estados Unidos mantiene acuerdos

especiales con un número elevado de empresas de muy diversa índole. Estos acuerdos realmente no están plasmados en ningún contrato, y su existencia es negada por ambas partes, como no puede ser de otra manera. En verdad, ni siquiera las propias empresas conocen realmente qué es lo que tienen que hacer o de qué modo están ayudando al gobierno. Sólo saben que deben incluir determinadas identidades que éste les proporciona como miembros de sus respectivas plantillas y, a cambio, se benefician de condiciones ventajosas en materia tributaria que, por supuesto, son igualmente negadas cada vez que algún periodista excesivamente curioso se empeña en meter las narices donde no debe.

Gracias a una de estas identidades, el gobierno francés estaba convencido de que había encontrado el cadáver de un ciudadano estadounidense cualquiera y no la del agente secreto de la CIA que en ese momento ocupaba en exclusiva la emisión de la cadena NBC.

Al igual que había hecho minutos antes, Rice cogió inmediatamente su teléfono móvil y se dispuso a llamar a Connelly. Si quería que los profesores les ayudaran a salvar al Presidente sentía que debía ser ella quien les avisara de la verdadera identidad del hombre que ellos mismos habían encontrado en Notre Dame antes de que lo descubrieran por medio de la televisión.

Al comprobar que de nuevo no le cogía la llamada, se apartó el teléfono del rostro y escribió un breve mensaje de texto. A continuación, lo guardó en el bolsillo de su *blazer* y se acercó al grupo de agentes encargados de descubrir dónde había permanecido escondido Morton todo ese tiempo.

—¿Habéis hecho algún avance en la investigación? —les preguntó al llegar hasta ellos.

El agente que tenía en ese momento en pantalla un mapa de Canadá señaló un punto en concreto y le respondió.

—Hemos conseguido identificarle en Vile-Marie, cuatro meses después de la última imagen que tenemos de él en Fort Severn.

Rice arqueó las cejas sorprendida. La imagen que su compañero le mostraba era más bien la de un vagabundo que la de un exagente de la CIA. Morton lucía una barba espesa y desarreglada, una gorra de los Toronto Raptors y unas Ray-Ban Aviator de gran tamaño.

—Dudo que con ese aspecto y esa gorra alguien fuese a prestarle atención —dijo con desprecio—. Pero necesitamos saber dónde estuvo en el tiempo transcurrido desde la última imagen que tenemos de él en Fort Severn.

—Estoy en ello —respondió la agente situada a un par de metros a la izquierda—. Estamos utilizando el programa de reconocimiento facial para buscar en un amplio rango de poblaciones entre Fort Severn y Vile-Marie, pero de momento no hemos conseguido encontrar ningún registro que coincida.

Rice soltó un pequeño suspiro a pesar de no extrañarse en absoluto por lo que estaba escuchando. Los agentes de la CIA están perfectamente entrenados para pasar

desapercibidos en cualquier circunstancia. Durante su periodo de aprendizaje se les inculcan comportamientos que con el tiempo mecanizan de manera automática. Agachar o girar la cabeza al acceder a cualquier establecimiento es uno de los más básicos cuando se trata de evitar ser localizado en un lugar determinado y Morton estaba demostrando que había aprendido aquellas lecciones a la perfección. Para su fortuna, habían contado con la ayuda de las cámaras de vigilancia de dos supermercados en poblaciones recónditas de Canadá que seguramente estaban instaladas de manera totalmente aleatoria y errónea, lo cual muy posiblemente impedía que cumplieran correctamente su función en el establecimiento, pero que a ellos les había ayudado justo para poder encontrar e identificar a la persona que estaban buscando.

—Muy bien —dijo tratando de encontrar el lado positivo de aquella historia—. Esperemos en ese caso que el programa de reconocimiento nos aporte algún dato más de dónde se escondió en el tiempo transcurrido entre esas dos imágenes. De todas formas, nuestra prioridad es descubrir en qué momento empezó a planear lo que lleva tres días haciendo. Necesitamos saber con quién se pudo reunir para conocer a quienes le están ayudando.

Durante un par de segundos hizo una pausa mientras miraba con atención la imagen desaliñada que seguía mostrando la pantalla del ordenador antes de continuar.

—Y según nuestra información, es muy posible que sean precisamente algunos de los agentes encargados de llevar a cabo las misiones de El caso Coen los que lo estén haciendo, de modo que necesito que os centréis en ellos en primer lugar. Quiero que estudiéis detalladamente qué ocurrió con cada uno desde el mismo día que ejecutaron su encargo hasta el día de hoy.

El agente que estaba delante de ella se dio media vuelta para consultarle una duda respecto a lo que les estaba pidiendo hacer.

—Nosotros podemos encontrar las identidades de esas personas, pero no tenemos acceso a sus historiales —le recordó—. Los historiales de los agentes de El caso Coen están protegidos por un nivel de seguridad al que sólo usted tiene acceso.

Rice sabía que su compañero estaba en lo cierto. Para evitar al máximo que cualquier aspecto referente a El caso Coen pudiera llegar a descubrirse, aquellas personas eran tratadas de una manera especial al resto de agentes de la CIA. Además, tras realizar su cometido eran eliminados por lo que sus historiales y la misión que habían ejecutado debían guardarse en alto secreto. Tan sólo ella y el Presidente Grant conocían la clave para acceder a ellos.

—Entiendo —dijo con frialdad—. Buscad todos los casos que estuvieron bajo supervisión de Morton y avisadme. Vamos a descubrir de una vez por todas quiénes están intentando asesinar a nuestro Presidente.

Capítulo 49

A escasos metros del hospital de San Bartolomé se encuentra el extravagante aparcamiento de Smithfield, con su genuina disposición circular bordeando el coqueto jardín de West Smithfield, que permite acoger a una veintena de coches en el siempre saturado centro de la ciudad de Londres. En él, Godwin arrancó su Vauxhall y ascendió por la rampa de salida del aparcamiento para girar posteriormente a la izquierda en dirección hacia Farrindong Street. A pesar de que hacía lo posible por evitarlo, le invadía una creciente sensación de que había malgastado unas valiosas horas de trabajo esperando a que el ministro Hudson despertara que bien podría haber dedicado a la investigación que tenían entre manos. A fin de cuentas, la conversación que habían mantenido no le había servido para arrojar luz sobre la increíble desaparición que él y su escolta habían protagonizado de una casa vigilada por la policía. Ni siquiera había podido obtener la más mínima información sobre la apariencia del hombre con el que había hablado durante el tiempo que había permanecido desaparecido. Por suerte para él, justo al llegar a la altura de la estación de Blackfriars el sonido de su teléfono móvil le rescató de sus negativos pensamientos.

—Buenas tardes, comisario —dijo Connelly en cuanto escuchó coger la llamada—. Espero no cogerle en un mal momento.

Godwin resopló interiormente.

—No se preocupe, estoy de camino a Scotland Yard. Acabo de salir de hablar con el ministro Hudson.

Connelly prefirió posponer durante unos segundos lo que debía transmitirle para descubrir si había conseguido información de interés durante ese encuentro.

—¿Y bien? ¿Le ha explicado cómo pudo desaparecer de su propia casa y acabar en la catedral de San Pablo?

—Me temo que no —respondió resignado—. Desgraciadamente no recuerda nada de eso. Ni siquiera era consciente de dónde le habíamos encontrado.

—¿Cómo explica lo sucedido, entonces?

—De ninguna manera especial, agente. Lo único que me ha parecido realmente interesante de todo lo que me ha contado es que durante el periodo que estuvo desaparecido tuvo contacto con los secuestradores.

Al decir eso, Godwin notó un murmullo de fondo.

—Siga, comisario, por favor. A los profesores les ha causado tanta sorpresa como a mí. Tenemos una buena oportunidad para saber más sobre ellos.

El comisario cortó de raíz aquella esperanza.

—No, no lo creo, lo siento. Lo que me ha contado es que tuvo una conversación con una persona, pero que en ningún momento pudo verle el rostro. De modo que poca información podrá aportarnos en ese sentido.

—¿Y de qué hablaron? —se escuchó preguntar a Milanelli.

—Más bien creo que fue una conversación unidireccional, profesor. Esa persona en cuestión transmitió al ministro Hudson las razones por las que tratan de justificar lo que llevan haciendo los últimos tres días. Si es que lo que hacen puede defenderse de algún modo.

—¿Nada más? —preguntó decepcionado.

—Parece que no. Lo único que me llamó la atención es que también le informaron de que otros compañeros suyos habían sido secuestrados. Le hablaron de El caso Coen y le dijeron que él no debía temer por su vida.

—¿Y qué información le dieron exactamente al respecto? —preguntó Connelly preocupada por las repercusiones que podría tener.

—Ninguna, en realidad. Más bien parece que en todo momento justificaron lo que están haciendo mencionándolo una y otra vez. De hecho, el propio ministro me preguntó a mí de qué se trataba dada la insistencia que había mostrado aquella persona.

—Calcularía muy bien la información que podía revelarle, espero.

—Por supuesto —respondió—. Me limité a decirle que se trataba de algo que involucraba a nuestros tres países y no insistió más.

Connelly respiró aliviada.

—Me alegra oírlo, comisario. Y sabiendo lo que nos acaba de contar me gustaría explicarle el motivo de mi llamada.

Godwin acercó la mano izquierda al botón del volumen situado en la consola central del salpicadero, lo elevó ligeramente, y escuchó con atención.

—Para ponerle al día de lo que está ocurriendo aquí, sin extenderme demasiado, le diré que los profesores han llegado a la conclusión de que lo que han planeado para el día de hoy los secuestradores no sólo nos involucra a nosotros, que estamos en Nueva York, sino también a usted y a Chavier. De algún modo, tienen el convencimiento de que sólo si todos formamos parte del juego podremos salvar la vida del Presidente Grant y la de todos los que le acompañan en esa sala.

A pesar de que había varias cosas en lo que acababa de escuchar que necesitaba que le aclarasen, la última parte fue lo más desconcertante para él.

—¿Qué quiere decir exactamente cuando habla de salvar a todos los que se encuentran en esa sala? ¿De qué sala habla y a qué otras personas se refiere?

—Comisario —respondió Connelly sorprendida por esa pregunta—, ¿es que no ha visto las noticias?

—Me temo que no. Me he pasado casi ocho horas en la sala de espera de un hospital esperando a que el ministro se despertara.

De golpe Connelly sintió que se enfrentaba a una montaña de información que necesitaba contarle y muy poco tiempo para hacerlo.

—En ese caso espero que esté sentado porque lo que ha ocurrido aquí en las últimas horas le va a dejar de piedra.

Godwin detuvo el coche a la entrada del aparcamiento de Scotland Yard y apagó

el motor para poder escucharla con total claridad.

—Dígame ¿qué ha ocurrido?

—En primer lugar, la profesora Margaux ha pasado unas horas desaparecida. Parece que era el primer objetivo de los secuestradores en el día de hoy.

—¿Cómo dice? —preguntó inmediatamente.

—No se preocupe, está bien. Afortunadamente ya está con nosotros de nuevo. Y según lo que nos acaba de contar de Hudson parece que han buscado repetir con ella algo similar a lo que hicieron con él ayer.

—¿Ha hablado con los secuestradores?

Godwin no daba crédito a lo que estaba escuchando. Que alguno de los profesores hubiese tenido contacto directo con ellos le parecía algo excepcional.

—Así es. Con Morton. Y parece que lo hicieron por dos razones. La primera, para intentar justificarse de una manera similar a la que hicieron con Hudson, y la segunda, mucho más importante, para hacerle ver lo que ya le comenté antes, que esta vez todos tendremos que trabajar conjuntamente para salvar la vida de su Primer Ministro, del presidente Deneux y del Presidente Grant.

—¿Y lo de esa sala y las otras personas? —insistió.

Connelly cogió aire y respondió.

—Recuerda que venían a una conferencia en la ONU ¿verdad? Pues el discurso del Presidente ya ha terminado, pero tanto él como el resto de dirigentes siguen dentro de la Asamblea General sin que podemos acceder a ella.

—¿Perdón?

—Entiendo que le resulte chocante, pero es lo que está ocurriendo en estos momentos. Los secuestradores han conseguido aislarles a todos en esa sala sin que tengamos acceso a ella.

—¿Y qué piensan hacer al respecto?

—De momento, hemos aislado por completo la isla de Manhattan y se ha decretado DEFCON 3 para el país.

—¿Cómo no he podido enterarme de algo semejante?

Connelly mostró una media sonrisa.

—Ahora comprenderá mi extrañeza hace sólo unos segundos, comisario. En cualquier caso, esa es la situación que tenemos actualmente. Según le ha dicho Morton a la profesora parece ser que su intención no es acabar directamente con la vida de todas esas personas, sino que nos dan una oportunidad para salvarlas, y para que eso suceda necesitamos su colaboración y la del comisario Chavier.

—Por supuesto —afirmó categórico—. ¿Qué necesitan que hagamos?

—No lo sabemos aún, en realidad —respondió Margaux—. Pero tengo el convencimiento de que debe ser así. Además, los profesores lo ven como algo coherente ya que si recuerda, no sabemos lo que le sucedió finalmente a uno de sus ministros desaparecidos. Eso supondría que todavía existe al menos un cabo suelto en la historia relativa a lo ocurrido en Londres y justificaría su participación en el día de

hoy.

—El ministro Dean, lo sé. Estamos intentando descubrir dónde se encuentra.

—No malgaste excesivos recursos —le recomendó Milanelli—. Recuerde que casi llegamos a la conclusión de que formaba parte del secuestro.

Godwin cerró los ojos durante un instante. Que uno de los miembros del gobierno hubiese podido colaborar en la desaparición y asesinato de varios de sus compañeros le resultaba algo inadmisibles. Sin embargo, lo sucedido el día anterior parecía indicar que era exactamente eso lo que había ocurrido.

—Lo sé, profesor. Y esa es una de nuestras principales hipótesis de trabajo, pero mientras no le encontremos y no lo podamos demostrar prefiero mantener abiertas otras posibles opciones para su desaparición.

—En cualquier caso —les interrumpió Connelly—. Le he llamado para informarle de que puede que en algún momento del día necesitemos su ayuda. Si los profesores están en lo cierto quiere decir que todavía hay algo en Londres que puede ayudarnos.

—Muy bien —dijo encendiendo de nuevo el motor del vehículo—. Continuaremos trabajando en tratar de encontrar al ministro Dean y en saber más sobre lo que ocurrió en el día de ayer. Las grabaciones que Shahi tiene en su poder del Royal Albert Hall y del Guildhall pueden ser útiles en algún momento. Les avisaré si descubrimos algo.

—Gracias, comisario.

A seis mil kilómetros de distancia, Connelly finalizó la llamada y guardó el teléfono en el bolsillo de su chaqueta. Casi al mismo tiempo, varios pitidos hicieron que lo cogiera de nuevo inmediatamente. En la pantalla aparecieron dos avisos de llamadas no respondidas y un mensaje de Rice.

«Más vale que veas lo que está saliendo por televisión».

Capítulo 50

Alicia en el País de las Maravillas es una de las veintinueve estatuas repartidas a lo largo y ancho de Central Park. Entre ellas se pueden encontrar representaciones de todo tipo. Desde artistas, científicos, escritores y poetas como William Shakespeare, hasta memoriales de guerra, como el dedicado a los soldados de infantería que sirvieron en el regimiento 107 durante la Primera Guerra Mundial, pasando por otras menos significativas como la de la propia protagonista del cuento de Charles Lutwidge Dodgson, o la del Cazador Indio, famosa por ser la primera escultura de un artista estadounidense erigida en el parque y que representa a un cazador de la tribu Lakota acompañado de su perro, tribu de la que a finales del siglo XIX fue líder espiritual el archiconocido Toro Sentado.

Para Margaux, Alicia en el País de las Maravillas había sido siempre su película favorita de Disney, de modo que no pudo evitar sonreír al pasar a escasos metros de ella mientras seguía corriendo a la agente Connelly.

El mensaje que había recibido de Rice hacía escasos segundos había hecho que inmediatamente comenzase a correr en dirección sur buscando dónde podían encontrar cuanto antes un televisor para ver lo que le reclamaba su jefa. Al recorrer los primeros metros había divisado entre los árboles la terraza de un restaurante, por lo que no había dudado un instante en dirigirse hacia él segura de que sería perfecto para su propósito. Tal y como esperaba, al llegar varias personas se arremolinaban frente a uno de los televisores atendiendo a la noticia que en ese momento la cadena NBC estaba emitiendo en exclusiva. El cuerpo sin vida del agente secreto de la CIA Steve Douglas había sido encontrado completamente desnudo en las escaleras del altar mayor de la catedral de Notre Dame con un espiral marcada en su pecho.

Los profesores se quedaron de piedra al ver las imágenes.

Connelly se llevó una mano al rostro y cerró durante un par de segundos los ojos. A pesar de que no conocía de nada a aquella persona, sabía que si había aparecido en París era porque se trataba de un agente secreto de la Agencia, lo que suponía un duro golpe para ellos. Además, si Rice no le había dicho nada más al respecto estaba segura de que era porque no tenían información acerca de quién había podido ser el autor de su asesinato ni el motivo que le habría llevado a cometerlo. Por tanto, sólo quedaba una razón que explicase lo sucedido y, sabiendo de cuál se trataba, se dio media vuelta buscando a los profesores.

—Ahí tienen lo que querían —les dijo controlando el tono de voz para no atraer la atención de las personas que tenían a su alrededor—. La información que reclamaban para comenzar el juego.

Milanelli inspiró hondo mientras se pasaba una mano por la barbilla sin poder disimular el nerviosismo que aquella situación le generaba y respondió.

—Sin duda es lo que esperábamos, estoy completamente de acuerdo. Dijimos que

todos debíamos participar en esta ocasión y parece que han decidido que comencemos en París. Ignoro si porque así ocurrió inicialmente o por qué razón lo han hecho, pero sea cual sea, creo que es un indicativo claro de que quieren que iniciemos allí el juego. Si han salido estas imágenes a la luz precisamente ahora — dijo señalando al televisor— es porque así lo han querido y porque nos están señalando de nuevo Notre Dame.

—¿De verdad cree que todavía puede haber algo en esa catedral que nos ayude?

—Estoy convencido —respondió con seguridad—. No puede ser arbitrario que justo ahora nos muestren esas fotografías.

Connelly miró a Campbell y a Margaux.

—¿Están de acuerdo con él?

—Totalmente —respondió la profesora—. Es una señal clara que nos indica que debemos centrar nuestra atención de nuevo en París. Y dado que ya hemos comunicado nuestra impresión al comisario Godwin, creo que debemos hacer lo mismo con Chavier lo antes posible. Ahora con mayor importancia, si cabe, ya que debería dirigirse cuanto antes a Notre Dame.

Siguiendo al pie de la letra la recomendación que le hacía Margaux, Connelly sacó apresuradamente su móvil del bolsillo y comenzó a buscar en la lista de contactos el número del comisario.

—¿Están plenamente seguros de que es allí y no a cualquier otro lugar de la ciudad a donde debe dirigirse, verdad? Tengan en cuenta que no podemos permitirnos equivocarnos...

—Es imposible afirmarlo con absoluta certeza —respondió Campbell entendiendo sus reticencias—, pero parece la opción más coherente que podemos considerar a la luz de lo que muestran esas imágenes.

La agente se dio por satisfecha al ver que los tres opinaban de la misma manera. Sin extender inútilmente aquella conversación seleccionó el nombre de Chavier en la pantalla y pulsó con nerviosismo la tecla de llamada. El hecho de que salvar la vida del Presidente Grant no estuviese en ese momento en sus manos le provocaba una ansiedad imposible de esconder.

Cuando éste cogió la llamada se lanzó a informarle rápidamente de la nueva tarea que querían que hiciera.

—Comisario, necesito que acuda a Notre Dame lo antes posible —dijo mostrando claramente en su tono de voz que algo grave había sucedido—. Las imágenes del cuerpo sin vida del hombre que encontraron ustedes en la catedral han aparecido en la NBC hace unos minutos y ya están copando en este mismo instante la señal del resto de cadenas de televisión. Los profesores están convencidos de que es una señal inequívoca de los secuestradores indicándonos que debemos dirigirnos allí inmediatamente. Hay algo en ese lugar que puede ayudarnos a salvar la vida de nuestros presidentes.

—Por supuesto, agente —respondió Chavier levantándose inmediatamente de la

silla del laboratorio de Eugene en la que llevaba un largo rato sentado—. ¿Tienen alguna idea de lo que quieren que encontremos?

—No, señor, no lo sabemos —respondió Margaux anticipándose a Connelly—. Lo único que tenemos muy claro es que quieren que Godwin y usted formen parte del juego que nos proponen en el día de hoy.

Mientras escuchaba con atención a la profesora, Chavier hizo una simple señal a los inspectores Paccaud y Bingleau para que le siguieran. Sin dejar de atender a lo que le decía salieron del laboratorio y comenzaron a caminar con rapidez por el pasillo hacia las escaleras de emergencia que les llevarían hasta el aparcamiento.

—¿Y cree que tendremos que bajar a la cripta como hicimos la otra vez?

—Ni idea, la verdad. Ni siquiera puedo imaginarme qué pueden encontrar allí. Sólo espero que no se trate de otro cadáver.

—Sin duda, sin duda. ¿Han avisado a Godwin de lo que está ocurriendo? —preguntó con voz agitada mientras descendían velozmente por las escaleras.

—Sí, comisario —respondió Connelly—. Hablamos con él justo antes de que la Directora de la CIA me avisara para que viéramos las imágenes de la NBC. Por tanto, ya está al corriente de la situación y sabe que seguramente requiramos también su ayuda en algún momento.

Las noticias que estaba recibiendo hacían que Chavier volviera a sentir los mismos nervios que le habían atenazado durante toda la noche que habían pasado buscando a Deneux. En esta ocasión, no había nadie desaparecido en *su* ciudad, pero por el contrario era la vida del mismísimo presidente la que estaba en peligro y, por tanto, la importancia de la tarea que le estaban encomendando era incluso mayor.

—Acabamos de llegar al aparcamiento. Salimos de inmediato hacia Notre Dame —les anunció con voz entrecortada por el esfuerzo—. Saben que confío plenamente en su intuición, profesores, pero debo advertirles en cualquier caso de que la catedral lleva dos días acordonada y cerrada al público mientras la investigación siga abierta, por lo que me resulta muy difícil pensar que algo pueda haber ocurrido allí.

—Ya conoce sobradamente de lo que son capaces, comisario —le recordó Campbell—. No cabe duda de que si esa es la situación actual de Notre Dame parece muy complicado que hayan podido hacer algo, pero creo que no podemos descartar de antemano ninguna posibilidad. Ni siquiera que pueda haber algún pequeño detalle que no viésemos cuando buscábamos a Deneux y que ahora nos sirva de ayuda. E incluso que alguno de los policías que se encarguen de su vigilancia pueda trabajar con los secuestradores. Recuerde lo que ocurrió en la Asamblea Nacional.

Chavier sintió como si el profesor le clavara un afilado cuchillo en su orgullo con aquel comentario. El vigilante al cual estaba haciendo referencia había estado hablando con ellos al llegar al edificio y muy posiblemente les había vigilado durante gran parte del tiempo que pasaron allí. Puede que incluso mientras contemplaban el cuerpo encontrado en la biblioteca hasta que en un determinado momento había decidido desaparecer sin dejar rastro. El hecho de haber hablado con él

personalmente hacía que se sintiera especialmente responsable de no haberse dado cuenta de aquel burdo engaño y por eso deseaba sobre todas las cosas que el profesor se equivocara esta vez y que ninguno de sus hombres estuviese implicado en aquella historia.

Capítulo 51

En un día oscuro, con el cielo cubierto de nubes que amenazaban con descargar una intensa tormenta, Paccaud se las arreglaba para esquivar con destreza los coches y motocicletas que abarrotaban a esa hora Boulevard Saint-Germain con la ayuda del estridente sonido de la sirena. Al ser un coche que carecía de cualquier indicativo que les identificase como policía era necesario tomar algunas medidas adicionales para que el resto de usuarios supieran que dentro iban miembros de la policía francesa y que era prioritario que les cedieran el paso. Desde que habían salido de comisaría el trayecto estaba siendo bastante llevadero, pero a medida que se acercaban a Notre Dame el tráfico comenzaba claramente a congestionarse, más aún si cabe por el hecho de que las inmediaciones de la catedral estaban cortadas a la circulación como parte del protocolo que el propio Chavrier había ordenado seguir. El aparcamiento de Notre Dame estaba cerrado al público, al igual que el acceso a la isla a través de Pont Notre Dame y Pont d'Arcole. Tan sólo se permitía el paso de los servicios médicos que se dirigían al hospital Hôtel-Dieu. Precisamente ahora, esas medidas estaban comenzando a jugar en su contra y ni siquiera la sirena les servía ya de gran ayuda. Cuando llegaron al cruce de Quai Saint-Michel con Boulevard Saint-Michel el tapón de coches era completo. Para desesperación del comisario no había ni rastro de agentes de policía que intentaran coordinar el tráfico. La catedral de Notre Dame se erigía majestuosa a su derecha, a varios cientos de metros, con su esbelta silueta dibujada por el cielo gris que la cubría sin que la marabunta de coches que se agolpaban delante de ellos les permitiera alcanzarla.

Impaciente por llegar cuanto antes y descubrir qué había allí que pudiera ayudar a los profesores, saltó del vehículo sin pensárselo dos veces y comenzó a correr hacia Pont Saint-Michel. Los inspectores, sorprendidos por su comportamiento, no dudaron un segundo en seguirle dejando el vehículo atravesado en mitad del tráfico. Los coches que se arremolinaban en el cruce hicieron sonar sus bocinas protestando por la presencia de aquellos tres hombres que dificultaban aún más la circulación a lo largo del Boulevard, ignorando de quiénes se trataba y lo importante que era la tarea que tenían por delante. Cuando terminaron de cruzar el puente, ambos alcanzaron al comisario y los tres giraron a la derecha por Quai du Marché Neuf y continuaron a lo largo de la calle esquivando más coches que, como ocurría al otro lado del Sena, se encontraban atrapados en un atasco inesperado.

—¡Abran paso! —gritó Chavrier desde una decena de metros de distancia a la pareja de policías que vigilaban fuertemente armados uno de los accesos a la catedral que tenía el perímetro de vallas dispuesto para impedir el paso de turistas.

Al verle aparecer, ambos se lanzaron a separarlas para permitirles la entrada a la plaza. Llevaban dos días montando guardia en aquel lugar sin que nada importante hubiese ocurrido en todo ese tiempo y, de repente, el jefe de policía aparecía corriendo y gritando para acceder a la catedral.

Al llegar a la puerta, otra pareja de policías que les estaban viendo venir corriendo por la plaza se apartaron igualmente para permitirles el acceso. El interior de Notre Dame estaba muy diferente a como ellos lo habían dejado la noche que buscaban a Deneux. A pesar de que se encontraba completamente vacía, el hecho de que fuese de día hacía que la luz que entraba en su interior le confiriese un aspecto opuesto al que los tres recordaban. Instintivamente, Chavrier se dirigió caminando hacia el altar mayor donde habían encontrado el cuerpo sin vida de aquel hombre. Cuando llegaron, se detuvo y dedicó varios segundos a recuperar el aliento tras la intensa carrera que habían realizado desde Boulevard Saint-Michel.

—¿Qué se supone que tenemos que encontrar? —preguntó Bingleau mirando extrañado a su alrededor.

—No estoy seguro —respondió Chavrier con voz entrecortada por la fatiga—. La profesora Margaux me ha dicho que debíamos volver aquí, simplemente. Están convencidos de que los secuestradores quieren que vengamos otra vez a Notre Dame.

Los inspectores esperaron a que se recuperara por completo. En su opinión, poco podría ofrecerles un lugar en el que ya había estado anteriormente y que estaba desde entonces cerrado al público y blindado por un fuerte dispositivo policial.

—La NBC ha publicado varias fotografías del hombre que encontramos —les explicó en cuanto pudo—. Parece que no se trataba de un ejecutivo americano como creímos inicialmente, sino de un agente secreto de la CIA. Y está claro que los secuestradores lo sabían y por eso acabaron con su vida. Por qué lo hicieron, intuyo que ni la propia CIA lo sabe en este momento, pero los profesores creen que el hecho de que precisamente ahora hayan salido a la luz es un indicativo de que quieren que volvamos a este punto. De algún modo, parece que pretenden hacernos partícipes una vez más de su juego, y esta vez no se trata de encontrar a Deneux, sino de salvar la vida del presidente.

Tras escucharle, Bingleau volvió a mirar a su alrededor, pero de una manera diferente a como lo había hecho segundos antes. Lo que les acababa de contar el comisario hacía que su presencia allí cobrara de nuevo sentido y, a pesar de que algo había podido entrever mientras le escuchaba hablar con la profesora en el laboratorio de Eugene, el hecho de que no hubiese dicho ni una sola palabra en todo el trayecto le había mantenido en un estado de duda acerca de cuál era el propósito real de tan repentina salida del edificio.

«Si él no dice nada, mejor no preguntar».

El inspector sabía muy bien cómo se las gastaba su jefe y el genio que podría llegar a tener. A pesar de ser uno de los miembros más queridos de comisaría, su carácter fácilmente irascible era sobradamente conocido por todos y hacía que siempre fuese recomendable mantener un punto de precaución ante la posibilidad de acabar recibiendo una sonora reprimenda si se osaba a preguntar más de la cuenta cuando él mismo no quería hablar sobre un tema determinado.

—¿Entonces es aquí en el altar donde se supone que deberíamos encontrar algo?

—preguntó Paccaud señalándolo.

Chavier se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Es verdad que fue donde hallamos el cadáver, pero también parece muy claro que poco o nada vamos a descubrir aquí.

Antes de continuar, se detuvo un instante y buscó con la mirada el punto desde el que habían accedido a la cripta. A su izquierda, a escasos metros de donde se encontraban, otro policía se mantenía hierático vigilando las escaleras que daban acceso a ella. Sin dudar un momento, comenzó a caminar hacia él seguido por los inspectores.

—La profesora también mencionó que quizá fuese ahí abajo donde pudiese estar lo que demonios se supone que tenemos que encontrar ahora.

Al llegar a su altura, el policía se estiró y les saludó con un rápido gesto.

—¿Ha entrado alguien ahí abajo desde que nos fuimos?

—Nadie excepto la policía científica, señor —respondió con tono firme.

Chavier se rascó la barbilla.

—¿Qué les parece? —preguntó girándose hacia los inspectores—. ¿Les apetece un nuevo paseo por la cripta desconocida de Notre Dame?

Paccaud dejó escapar una ligera sonrisa ante el irónico comentario del comisario. Cuando habían estado allí hacía un par de noches buscando a Deneux, habían bajado por aquellas escaleras que tenían ahora justo delante creyendo que habían descubierto un lugar desconocido del subsuelo de la catedral. Al volver a la mañana siguiente a comisaría y contarle todo lo que había pasado a Eugene, ésta había soltado una larga carcajada al escuchar el modo melodramático en el que narraban la historia.

—¿La cripta secreta de Notre Dame? —les había preguntado entre risas—. ¡Seguro que sí! ¡Sólo la conocéis vosotros y los miles de turistas que la visitan cada año!

Aquella respuesta de su compañera les habían dejado de piedra. A su burlona respuesta, Eugene había acompañado una búsqueda en internet del misterioso lugar al que hacían referencia. Los resultados de aquella búsqueda no podían haber sido más esclarecedores. Como ella decía, la cripta de Notre Dame era uno de sus principales atractivos. Un lugar perfectamente adecuado para ser visitado con total comodidad. Ante la insistencia de sus compañeros, y defendiendo con descripciones muy detalladas lo que habían visto, Eugene había realizado una búsqueda un poco más minuciosa acerca de aquel lugar de peregrinaje y había encontrado que, efectivamente, existía una pequeña porción de las ruinas de la iglesia románica precedente que, a pesar de ser conocida, la distancia a la que se encontraba con respecto al resto de la cripta había hecho que se abandonara y no se mostrara al público. Esa misma «cripta desconocida», como la había bautizado inmediatamente Chavier, había sido la utilizada por los secuestradores para dejarles la señal que les había guiado hasta el Louvre, y quizá nuevamente el punto en donde podrían encontrar algo que sirviera en esa ocasión de ayuda a los profesores.

Sin dudar de que aquella era su mejor opción en ese momento, comenzó a bajar por las estrechas escaleras de piedra seguido por los inspectores. Aquel lúgubre agujero presentaba un aspecto todavía más diferente que la propia catedral, si cabía, respecto a la que habían visto por primera vez. Tras su marcha hacia el Louvre, Sanoir había pedido a varios de sus hombres que lo inspeccionaran de arriba abajo en busca de algo que pudiera ayudarles. Una vez descubierto el paradero de Deneux, Chavrier había ordenado a la policía científica buscar cualquier indicio que pudiese aportarles algún dato relevante para la investigación. Precisamente por eso, varios focos de gran tamaño colocados ordenadamente iluminaban la estancia por completo. Al llegar a la parte circular, los tres observaron lo que anteriormente sólo habían podido ver torpemente con ayuda de las linternas que habían utilizado. Las paredes que delimitaban la sala eran de piedra y mantenían el mismo tacto húmedo que habían notado la vez anterior. La tapa de la tumba en cuyo relieve Campbell había visto la imagen del triángulo con un ojo en su interior también seguía exactamente en el mismo lugar donde ellos la habían dejado. Si no fuese por los focos que en ese momento iluminaban con precisión cada rincón podría decirse que nadie más había estado allí abajo tras ellos.

—¿Qué opinan? —les preguntó mientras observaba vagamente a su alrededor.

Paccaud suspiró antes de responder.

—No lo sé, señor. Aquí no parece que haya nada interesante. Lo que descubrimos fue gracias a los profesores, de modo que incluso si hubiese algo más en ese relieve que ahorauviésemos que interpretar —dijo señalándolo— no podríamos hacerlo sin su ayuda. Eso me lleva a pensar que no puede ser algo demasiado enrevesado, sino algo que los secuestradores saben que nosotros podremos identificar.

Chavrier estaba completamente de acuerdo con aquella opinión.

—Y nada de lo que hay aquí no sirve, realmente —finalizó notoriamente contrariado al tiempo que se daba media vuelta y comenzaba a caminar de nuevo hacia las escaleras.

Cuando llegó a la superficie volvió a echar un vistazo a su alrededor. Toda la catedral se encontraba fuertemente vigilada por policías cuidadosamente distribuidos en puntos estratégicos. El dispositivo que habían organizado era sobresaliente y, por tanto, le resultaba imposible pensar que en aquel espacio de tiempo los secuestradores hubiesen podido entrar allí dentro.

—El profesor Campbell mencionó otra opción —dijo al notar que ambos inspectores se colocaban a su lado—. Si tenemos la catedral vigilada, sólo existiría en su opinión un modo de explicar que hayan sido capaces de hacer algo desde que nos fuimos.

Chavrier se detuvo y guardó silencio. Para sus compañeros no era necesario que dijera nada más.

—Francamente, lo veo imposible —dijo tras unos segundos Bingleau—. Aunque uno de estos policías pudiera ayudarles, el resto le verían hacer lo que se supone que

hiciese. Fíjese.

Para apoyar sus palabras con argumentos, el inspector caminó en dirección hacia el altar mayor.

—Cada punto de la catedral está vigilado por un policía —continuó su explicación al tiempo que señalaba sucesivamente hacia varios lugares diferentes—, y cada uno de ellos puede ver a dos de sus compañeros. Así se establece una cadena continua de vigilancia. Lo que propone el profesor es imposible.

Chavier conocía perfectamente el sistema de vigilancia al que se estaba refiriendo. El cordón perimetral era uno de los métodos más utilizados para vigilar correctamente un edificio. La disposición ordenada de policías, bien en el exterior del mismo o en su interior, buscaba que todos y cada uno de ellos pudiesen visualizar en todo momento al menos a otros dos compañeros situados cada uno a un lado diferente. Si la situación lo requería el número podía ampliarse de tres a cinco policías formando estructuras similares a una estrella de cuatro puntas donde cada uno tuviese a cuatro compañeros distribuidos en un perímetro de trescientos sesenta grados.

Y también sabía que los secuestradores podrían haber infiltrado a una persona en su equipo, pero no a más.

«Si fuese así, ya lo habríamos descubierto».

Capítulo 52

El grupo de personas que se habían congregado para escuchar la noticia del asesinato de un agente secreto de la CIA, se había dispersado completamente hacía ya unos minutos. Ahora, la señal de la NBC estaba ocupada por un programa especial dedicado en exclusiva a lo que estaba sucediendo en Nueva York. En particular, la atención de los periodistas invitados parecía estar plenamente centrada en las teorías conspiratorias acerca de las causas que habían llevado al gobierno a decretar DEFCON 3 y a cerrar la isla de Manhattan. De entre todas ellas, la que estaba ganando peso a pasos agigantados era la que proponía que la vida del Presidente Grant estaba en serio peligro. Todas las cadenas de televisión tenían equipos dedicados a seguir su vida al segundo y sabían que su conferencia en la Asamblea General de la ONU hacía por lo menos un par de horas que debía haber terminado. Según la agenda oficial de la que disponían, a esa misma hora el Presidente debía estar de regreso a Washington y, por el contrario, no se le había visto salir, lo que había disparado las sospechas de que era precisamente algo imprevisto que estaba ocurriendo allí dentro lo que había forzado a la Administración a establecer ese estado de alerta. Como consecuencia de todo ello, la atención informativa se estaba centrando progresivamente con más fuerza en ese edificio, y varias decenas de furgonetas de todas las televisiones nacionales y centenares de curiosos se agolpaban en su exterior para tratar de descubrir qué era lo que sucedía.

Por su parte, Connelly no podía creer lo que veía. La situación que habían tratado inútilmente de mantener en secreto era cada vez más conocida y se extendía como la pólvora por todo el mundo. No en vano, no sólo el Presidente Grant se encontraba en su interior, sino que muchos de los dirigentes mundiales le acompañaban. Eso provocaba que la NBC se hiciese eco de la cobertura que otros países estaban haciendo de la noticia. Alemania, Italia, Bélgica, Japón, Rusia... y, por supuesto, Francia y Gran Bretaña. Todo el mundo miraba en esos momentos hacia Nueva York preguntándose qué era lo que estaba ocurriendo.

—Esperemos que Chavier encuentre algo pronto —murmuró resignada expresando en voz alta su pensamiento.

Los profesores no fueron capaces de decir nada al respecto durante unos segundos. Por primera vez en todo el día resolver el juego planteado por los secuestradores no estaba en sus manos y eso hacía sufrir a Milanelli especialmente.

—Confío plenamente en que así sea —respondió por fin el profesor—. Y dado que ahora únicamente tenemos que esperar a recibir su llamada, creo que lo más importante es que estemos preparados para reaccionar a lo que sea que pueda encontrar allí.

—¿Cree que tenemos alguna opción a parte de esperar? —preguntó Connelly apartando la mirada de la pantalla y dirigiéndola hacia él.

Milanelli inspiró profundamente y respondió.

—Estoy convencido de que lo que le hemos dicho es correcto y de que será capaz de encontrar algo en Notre Dame que nos permitirá dar nuestro siguiente paso aquí, en Nueva York. Del mismo modo, también estoy seguro de que Godwin hará lo propio en Londres para ayudarnos a salvar la vida del Primer Ministro.

—Parece que repetimos lo que ocurrió en el Louvre —mencionó Campbell.

—Esa es mi idea, sí. De algún modo, los secuestradores tienen que buscar la manera de proporcionarnos la información necesaria para avanzar y en aquella ocasión fue el inspector Paccaud quien, desde la sala de vigilancia del museo, fue encontrando dicha información. Y parece que ahora serán Chavier y Godwin quienes jugarán ese papel, y serán los encargados de permitirnos descubrir qué tenemos que hacer nosotros aquí o hacia dónde deberemos dirigirnos.

—¿Y hasta que eso ocurra? —preguntó Connelly.

—A eso me refería antes —respondió el profesor torciendo el gesto—. Creo que hasta que nos comuniquemos nuevamente con el comisario debemos aprovechar para prepararnos adecuadamente para poder actuar con rapidez ante cualquier circunstancia y estar delante de una cafetería de Central Park no me parece el lugar idóneo para ello.

La agente no comentó nada especial respecto a unas palabras que parecían lanzar una velada crítica hacia lo que estaban haciendo, simplemente se limitó a mirar a ambos lados del punto exacto del parque en el que se encontraban para tratar de pensar con celeridad qué podían hacer durante ese período de tiempo muerto del que estaban hablando. La propuesta que estaba haciéndoles Milanelli era sin duda la opción más razonable y debía decidir cuál era el mejor lugar para esperar las noticias del comisario.

Sin decir una palabra, finalmente comenzó a caminar a buen ritmo atravesando el césped en dirección este.

—Estoy de acuerdo con su propuesta —les anunció—, pero precisamente por eso creo que tenemos un pequeño inconveniente.

Acto seguido, sin aclararles por qué planteaba ese problema, sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta, y de manera firme y escueta solicitó que les enviaran inmediatamente un coche al cruce de 5th Avenue con 75th Street. Al pasar de nuevo por delante de la estatua de Alicia en el País de las Maravillas, Margaux volvió a clavar su mirada sobre ella, pero sin sonreír en esta ocasión. El cadáver que habían encontrado en la catedral de Notre Dame, del cual Chavier les había dicho que se trataba de un ejecutivo americano que viajaba asiduamente entre Nueva York y París, había resultado ser en realidad el de un agente secreto de la CIA, lo que dejaba claro que no se trataba de alguien aleatorio, sino de una persona que los secuestradores habían elegido por alguna razón muy concreta.

Al salir del parque, el alboroto de los turistas y el tráfico de vehículos a lo largo de 5th Avenue les devolvió de golpe a la realidad que de algún modo el propio parque era capaz de disimular, como si dentro de él éste pudiese hacerte olvidar que te

encuentras en el corazón de una de las ciudades más pobladas y ruidosas del mundo.

Connelly miró impaciente a un lado y a otro de la calle tratando de descubrir dónde se encontraba el coche que acababa de pedir.

—Cuando llegue deben decidir finalmente a dónde nos dirigimos —dijo en voz alta para superar el ruido del tráfico—. Está claro que ya no vamos a necesitar el helicóptero que nos ha traído hasta aquí y que de ahora en adelante nos moveremos por Manhattan en coche, pero para poder estar preparados, como usted propone profesor, tienen que decirme a dónde creen que deberíamos ir. O a dónde piensan que los secuestradores quieren que vayamos.

—Resulta más que evidente que eso no podemos saberlo, de momento —comentó Campbell colocándose a su lado—. El profesor está en lo cierto, debemos confiar en que Chavier será capaz de descubrir lo que esta vez han dejado en Notre Dame.

Justo al terminar de pronunciar aquella frase, un Chevrolet Traverse de color negro, idéntico al que habían cogido justo al llegar a Washington, se detuvo bruscamente delante de ellos. Connelly se dirigió inmediatamente hacia la puerta del conductor y le dijo algo al policía que bajó de él y que los profesores no fueron capaces de escuchar. Siguiendo sus indicaciones, el hombre pasó justo a su lado y comenzó a correr a toda velocidad adentrándose en Central Park.

—Suban —les ordenó con firmeza la agente—. Él se encargará de notificar al piloto que ya no necesitaremos más el helicóptero.

Cuando los cuatro estuvieron en el interior del vehículo el silencio fue absoluto. Para Campbell fue sorprendente comprobar cómo la capacidad de aislamiento de aquel coche podía amortiguar por completo el ruido exterior.

—Es el blindaje, profesor —le aclaró Connelly orgullosa apreciando su cara de sorpresa—. Dobles cristales a prueba de balas y un aislamiento total del habitáculo. Podríamos caer en medio del río Hudson y no entraría ni una sola gota de agua.

El agudo pitido de su teléfono móvil hizo que interrumpiese de inmediato la descripción ligeramente fanfarrona de los avances en materia de seguridad con los que contaban los vehículos de la CIA.

Rápidamente, la señal pasó a escucharse a través de sus altavoces.

—Dígame que han encontrado algo, comisario.

—Me temo que no tengo buenas noticias —se disculpó Chavier—. Ya hemos revisado el altar mayor donde encontramos el cadáver la pasada noche y hemos bajado a la cripta donde el profesor Campbell descubrió el símbolo que nos dirigió al Louvre. Como me temía, esta catedral está completamente vacía, lo siento. Desde que nosotros estuvimos aquí ha estado vigilada por decenas de policías todo este tiempo, y no parece haber nada diferente a lo que dejamos atrás.

—¿Tampoco en la cripta?

—No, profesora. De hecho, incluso la cubierta de la tumba está exactamente donde la dejamos. En los últimos dos días allí únicamente ha bajado un equipo de la policía científica tratando de descubrir algo que pudiera ayudarnos en la

investigación. Créanme cuando les digo que todo está como ustedes lo vieron.

Connelly se giró para mirar a Milanelli y a Margaux que se habían sentado en la parte trasera buscando que aportaran algo de luz al hecho de que en Notre Dame no hubiese nada que fuera a serles útil.

—Asumimos, por tanto, que no es el lugar elegido —comentó pausadamente Milanelli saliendo al paso de aquel pequeño callejón sin salida en el que se habían metido de golpe—. Nuestra idea de que ahora todos debemos participar en este último juego es incuestionable, pero también es verdad que pocas veces hemos acertado a la primera con lo que querían que hiciésemos.

La cara de sorpresa de Connelly fue mayúscula.

—Sé lo que piensa —le dijo—, pero es cierto. Quizá incluso fue excesivamente optimista por nuestra parte pensar que la catedral fuera nuevamente el lugar escogido.

—Aquí no hay nada, profesor —apostilló nuevamente Chavrier.

—Le creo, comisario, le creo. Sin duda que hayan sacado a la luz las fotografías del hombre que encontramos allí parecía ser un indicativo bastante claro de que querían que volviéramos a Notre Dame, pero una vez que ya hemos comprobado que esa no era su verdadera intención debemos esforzarnos un poco más para tratar de averiguar cuál es realmente.

—Y rápido —exigió Connelly.

El profesor resopló con intensidad y continuó su razonamiento.

—Retrocediendo al momento en que encontramos aquel cadáver, comisario, usted dijo que se trataba de un hombre que viajaba asiduamente entre Nueva York y París ¿no es cierto?

—Así es, profesor. Según nuestra información se trataba de un ejecutivo del American Serial Bank, no de un agente secreto de la CIA.

—Entiendo que no podían saberlo tan fácilmente —respondió Milanelli restándole importancia al error cometido—. A donde yo quiero llegar es a que si los secuestradores han sacado a la luz sus imágenes es para que nos centremos en aquella situación, en eso supongo que estamos todos de acuerdo. Siendo así, la primera idea, que era dirigirnos a Notre Dame, ya lo hemos hecho y no hemos obtenido los resultados que esperábamos, por lo que sólo nos queda la otra alternativa.

—Conocer más sobre ese hombre —dijo Campbell.

—Efectivamente. Lo que acaba de decir el profesor es lo que considero que debe ser nuestro próximo paso en este momento. Quizá lo importante no es tanto dónde le encontramos, sino él mismo.

—¿Pretende que investiguemos a un agente secreto de la CIA?

Milanelli tardó un instante en responder mientras se preguntaba interiormente por qué había siempre la insistente necesidad de complicar tanto las cosas cuando la respuesta parecía ser mucho más sencilla.

—No, agente —contestó con paciencia—. Lo que quiero decir es que posiblemente sea ese hombre la clave de lo que debemos hacer ahora. Antes se

preguntaba qué tendríamos que hacer mientras esperábamos noticias de Chavrier y tal vez nos hemos precipitado pensando en que únicamente él era responsable de indicarnos el camino a seguir.

—Primero debemos encontrar algo aquí —afirmó Margaux entendiéndole.

—Eso es. No podemos pasar por alto el hecho de que entre todas las ciudades en las que podía vivir esa persona, lo hacía precisamente aquí, donde nos encontramos nosotros ahora mismo. De modo, que creo que es una opción muy interesante plantear la posibilidad de que quizá debemos descubrir en primer lugar algo referente a su vida que será lo que probablemente nos señalará el lugar de París al que debe dirigirse realmente el comisario.

—¿Y de verdad pretende encontrarlo aquí? ¿En Nueva York? —preguntó Connelly al instante—. ¿Dónde?

Milanelli sonrió levemente percibiendo su extrañeza. Para él aquel giro repentino era acorde a la manera de actuar de los secuestradores, pero entendía que para la agente, posiblemente acostumbrada a desarrollar investigaciones mucho más lineales y metódicas, pudiese resultar una verdadera sorpresa.

—Pues así a bote pronto me viene a la cabeza la historia que ocurrió en Londres con el ministro Hudson.

Connelly entendió perfectamente a lo que se estaba refiriendo. Para preparar su encuentro con los profesores, había estudiado concienzudamente en el vuelo desde Washington a Londres todo lo que había sucedido en París la noche anterior y lo que estaba sucediendo en la capital británica mientras viajaba a su encuentro. De toda aquella rocambolesca historia de la desaparición de varios ministros, lo que más le había llamado la atención era que uno de ellos, el ministro Hudson al que ahora estaba haciendo referencia Milanelli, hubiese podido desaparecer sin dejar rastro de su propio domicilio mientras estaba siendo vigilado por la policía. Y precisamente en su casa, cuando habían decidido acudir a registrarla, se habían encontrado un cuadro que había sido robado del museo del Louvre para absoluta sorpresa de todos.

—En casa de Steve Douglas descubriremos en qué parte de París se encuentra la información que necesitamos —murmuró consiguiendo entender por fin el enrevesado planteamiento del profesor.

Milanelli no dijo nada. Simplemente se limitó a sonreír. Connelly comprendió que el razonamiento había finalizado y que no debían retrasarse ni un instante.

—Comisario...

—Sí, sí, les dejo que hagan su trabajo —la cortó inmediatamente Chavrier—. No duden en llamarme en cuanto descubran a dónde tenemos que ir.

Agradecida, finalizó rápidamente la llamada y, a continuación, detuvo la conexión *bluetooth* antes de llevarse el teléfono al oído y marcar un nuevo número.

—Espero que entiendan que la información que debo solicitar es confidencial —les explicó—. Aunque los cuatro vayamos a ir juntos a su domicilio, esta conversación no pueden escucharla.

Durante los siguientes dos minutos, Connelly contactó con la central de la CIA. En primer lugar solicitó una línea segura y seguidamente pidió que encriptasen la conversación que iban a tener. Entre cada una de esas peticiones, necesitó guardar cinco segundos de silencio, aproximadamente. El tiempo que tardó en descubrir cuál era su próximo destino no fue mucho mayor.

—Prepárense porque van a conocer una de las pocas zonas de Manhattan donde no van a ver ningún rascacielos —dijo arrancando el motor del vehículo e incorporándose al tráfico—. Y no se van a creer el nombre de la calle donde vivía Steve Douglas.

Capítulo 53

Chavrier se mantuvo unos segundos con la mirada perdida. De nuevo sentía la desagradable sensación de saber que tenía que ayudar a los profesores, pero no cómo podía hacerlo. La última vez que le habían pedido que acudiera a un lugar le había parecido que no había nada que fuese interesante para ellos, al igual que ocurría en ese preciso momento y, sin embargo, horas después se había demostrado que la iglesia de San Estefano Rotondo, que él había descartado equivocadamente, guardaba la información necesaria para descubrir el paradero de uno de los ministros británicos. Precisamente por eso le invadía otra vez aquella molesta sensación. No quería volver a equivocarse, aunque al menos en esa ocasión los profesores estaban de acuerdo en que la catedral de Notre Dame no era el lugar de París al que debían acudir.

—¿Qué le han dicho? —preguntó Paccaud viendo que nos les daba ninguna información.

El comisario salió de su ensimismamiento y le contestó.

—Que hemos venido al lugar equivocado —maldijo contrariado al tiempo que emprendía el camino hacia la entrada con rapidez—. Ahora el profesor Milanelli ha propuesto que primero deben acudir al domicilio del hombre que encontramos aquí asesinado, y que eso les debería permitir descubrir el verdadero lugar de París al que tenemos que ir nosotros.

Los inspectores le siguieron en silencio hasta el exterior de la catedral. Desde allí la situación parecía muy diferente a la que habían visto al otro lado del Sena. El hecho de que los accesos a la isla de Notre Dame estuviesen cortados provocaba una impresión artificial de calma en los alrededores.

Los tres continuaron caminando a lo largo de la plaza con paso acelerado. El comisario ni siquiera dijo ni una palabra al llegar al puesto donde se encontraban los policías que minutos antes les habían permitido el acceso cuando les habían visto llegar corriendo. Seguidamente enfilaron todo recto a lo largo de Quai du Marché Neuf. Chavrier sabía que debían volver cuanto antes a donde habían dejado tirado su coche en medio del atasco y estar preparados para la siguiente llamada de los profesores. Al llegar a Pont Saint-Michel divisaron desde lo lejos a una pareja de policías que se encontraban custodiándolo. Uno de ellos permanecía inmóvil a su lado, mientras el otro trataba de que los coches que circulaban por los alrededores no se quedaran bloqueados por su culpa. Sin ofrecer ninguna razón particular a aquellos dos agentes, el comisario se subió al vehículo con cara de pocos amigos acompañado de los inspectores, lo arrancó y se incorporó al tráfico de Quai des Grands Augustins sin saber realmente a dónde debían dirigirse.

Capítulo 54

A pesar de que la gran mayoría de las personas conciben Manhattan como una isla atestada de rascacielos, taxis amarillos y gente por todas partes, lo cierto es que todavía queda una pequeña zona en el suroeste donde se respira un ambiente tranquilo y bohemio, alejado del ajetreo de la gran urbe. Greenwich Village es para Nueva York como una especie de aldea gala para el Imperio Romano en las historias de Astérix y Obélix. Recibe su particular nombre del hecho de que durante muchos años constituyó un pueblo separado del resto de la ciudad. Ya desde mediados del siglo xx se erigió como un nicho cultural donde proliferaron gran cantidad de *pubs* y teatros en los que actuaban asiduamente artistas como Bob Dylan, Simon y Garfunkel o Barbra Streisand, y en el que actualmente residen muchos de los famosos que viven en la ciudad.

A medida que se acercaban a su destino, Campbell observaba con la mirada perdida a través del cristal del vehículo los escaparates de los comercios y restaurantes que iban dejando atrás. Desde que minutos antes habían planteado a Connelly la necesidad de visitar la casa de Steve Douglas para poder avanzar en el juego de los secuestradores había tratado de recordar lo más detalladamente posible lo sucedido en una situación similar tan sólo veinticuatro horas antes en Londres. En el domicilio del ministro Hudson se habían encontrado el cuadro original de El éxtasis de San Pablo, cuya copia habían visto derretirse en el Louvre la noche anterior. Ahora, por el contrario, no había ningún cuadro perdido, ni nada que se le asemejase, de modo que su curiosidad se centraba en tratar de imaginar qué podrían haber dejado esta vez que pudiera guiarles, tanto a ellos como a Chavrier en París.

—Como están a punto de comprobar, antes no les mentí —dijo la agente haciendo que abandonara repentinamente su pensamiento—. En breve pasaremos de 9th Avenue a Hudson Street, donde se encuentra el domicilio de Steve Douglas. No sé si lo hicieron a propósito o no, pero lo cierto es que el nombre de la calle tiene su gracia.

Milanelli sonrió.

—He de reconocer que es tal la coincidencia que hasta a mí mismo me resulta difícil defender que pudiera ser premeditado. Al fin y al cabo, dudo que ellos fuesen los encargados de elegir en qué calle de la ciudad vivía ese hombre.

En cuanto el semáforo se puso verde, Connelly reemprendió la marcha. Tras dejar atrás el cruce con 14th Street se cambió al carril izquierdo y disminuyó la velocidad. Los profesores comenzaron a mirar a uno y otro lado de la calle sin saber cuál era el número que estaban buscando, pero contagiados por lo que veían hacer a la agente. Al llegar al número 632 detuvo el coche en seco.

—Aquí es —les advirtió en voz baja sin disimular cierto nerviosismo.

Los cuatro se bajaron del vehículo. La agente echó un vistazo a lo que tenían a su

alrededor. A una veintena de metros a la izquierda, un grupo de niños jugaba al fútbol en un parque mientras que en el resto de la calle la gente parecía estar sumida de lleno en su rutina habitual, ajenos por completo a su presencia. Viendo que no había nada que le resultara extraño caminó unos pasos hasta llegar a la puerta.

—El 632 de Hudson Street —leyó en voz alta—. Según me han dicho en la Agencia, aquí vivía Steve Douglas.

Sin tiempo que perder, comprobó con una ligera presión que la puerta de la calle se encontraba abierta. En silencio, los profesores la siguieron al interior del edificio. Juntos comenzaron a subir por una estrecha escalera de escalones particularmente altos que estaba acompañada por una barandilla de hierro negro con la pintura completamente desgastada y con los diferentes tramos entrelazándose ante la ausencia de un ascensor interior que los separara. Sin poder remediarlo, el corazón de todos ellos comenzó a latir cada vez con más fuerza a medida que ascendían. De manera similar a como había hecho anteriormente al entrar en la iglesia de la Trinidad, la agente sacó su arma y con la mano izquierda les indicó que se quedaran en una posición retrasada. La única puerta que encontraron al llegar al último piso estaba aparentemente cerrada.

—Parece que todo estaba preparado para que viniéramos —dijo Milanelli en voz baja intentando no distraerla—. La puerta de la calle abierta, nadie en el edificio y la puerta de la casa de Steve Douglas cerrada.

Connelly soltó un bufido de desaprobación. Sabía que lo que estaba diciendo el profesor dejaba en evidencia el modo en que los secuestradores lo habían dispuesto todo con sumo cuidado. Y precisamente aquella situación resultaba ser un escenario ideal para emplear la única manera posible que tenían de abrir aquella puerta que era haciendo uso de su arma y, si bien era cierto que no habían encontrado a ningún vecino por las escaleras, no podía ignorar el hecho de que un disparo atraería sin ninguna duda la atención de la gente que se encontraba en los alrededores.

«Justo lo último que nos hace falta».

Después de valorar todas las posibilidades que tenían, pidió a los profesores que descendieran varios escalones para alejarse lo más posible de la puerta. Rápidamente siguieron su petición seguros de lo que estaba a punto de hacer. Cuando se alejaron lo suficiente, Connelly apuntó a la cerradura y realizó un solo disparo. El pomo de la puerta salió volando cayendo varios peldaños escaleras abajo al tiempo que el eco del disparo retumbaba por todo el edificio. Los profesores subieron inmediatamente hasta colocarse detrás de ella. La agente empujó con cuidado la puerta temiendo lo que pudieran encontrar allí dentro.

El apartamento de Steve Douglas era de mediano tamaño, pero con una gran cantidad de luz penetrando en su interior gracias a las amplias ventanas carentes de cortinas que lo hacían parecer bastante más grande de lo que era en realidad. Al entrar había un pequeño recibidor que daba paso a una moderna cocina a su izquierda y a un salón sin apenas muebles a la derecha. En él únicamente había un sofá *chaise-*

longue de color marrón chocolate colocado justo en el centro y un enorme televisor de plasma pegado a la pared. De frente, un largo pasillo les dirigía hacia un dormitorio y a una sala de trabajo. A pesar de las notables diferencias que había entre ambos, los tres profesores sintieron al mismo tiempo la extraña sensación de encontrarse de nuevo en Londres en la casa del ministro Hudson. Cuando se hizo una idea global de la distribución del apartamento, Connelly entró en cada una de las habitaciones inspeccionándolas de manera rápida, una por una. Tras comprobar que no había nadie más allí guardó su arma y volvió a la entrada donde permanecían esperándola los profesores y les invitó a que entraran.

—Ya están en la casa de Steve Douglas, tal y como pidieron. Ahora deben encontrar lo que guiará al comisario Chavier en París.

A pesar de la enorme presión que estaba depositando en ellos con aquellas palabras, los profesores se separaron y entraron individualmente en cada una de las habitaciones del apartamento. Milanelli fue el que más rápido terminó de revisarlas. Un rápido vistazo en cada una de ellas le sirvió para continuar por la siguiente. Por su parte, Margaux se dirigió en primer lugar al dormitorio. Allí era donde habían encontrado el cuadro de *El éxtasis de San Pablo* en la casa de Hudson y quizá el más apropiado para encontrar algo de nuevo. Para su desgracia, el aspecto de aquella habitación era similar al del resto de la casa. El dormitorio tenía una forma cuadrada con un pequeño entrante a modo de vestidor a mano derecha y la puerta de acceso al lavabo justo enfrente. Las paredes estaban completamente libres de cuadros o espejos. La sobriedad era absoluta.

Cuando pasó a la habitación de trabajo se encontró a Campbell con la mirada clavada en su escritorio.

—Nada ¿verdad?

El profesor se giró al escuchar su voz y negó con la cabeza.

—Para ser un hombre con una doble vida, la que tenía aquí no creo que nos vaya a decir demasiado —se lamentó.

—Tengan en cuenta que no están hablando de una persona normal y corriente, profesores —les dijo Connelly entrando también en la habitación—. Steve Douglas era un agente secreto de la CIA y eso implica llevar una vida muy diferente a lo que ustedes conocen.

Campbell no podía negar que aquella afirmación resultaba evidente.

—No veo inconveniente en ello, la verdad —opinó Milanelli desde la puerta—. Es cierto que lo ideal hubiese sido encontrar algo de manera directa como ocurrió en Londres, pero esto no es más que parte del juego.

—O una señal de que nos hemos equivocado viniendo aquí.

Margaux sintió que Connelly podía tener razón. La decoración era tan austera que no había muchos lugares donde dejar el mensaje que se supone que habían ido a buscar.

—Entiendo su apreciación —le respondió educadamente Milanelli—, pero creo

que ya hemos llegado a la conclusión de que si han decidido sacar a la luz las fotografías de ese hombre, en este preciso momento, es porque nos están indicando que algo relacionado con él esconde la información que necesitamos para poder avanzar.

Connelly asintió levemente con la cabeza.

—Y si Chavrier ya ha ido a Notre Dame y no ha encontrado nada —prosiguió el profesor—, lo lógico era que viniéramos hasta su apartamento a buscar esa información.

—Pero aquí no hay nada —deslizó Campbell.

—Aparentemente no, desde luego.

—¿Piensa que podría haber algo oculto? —preguntó la agente.

Al escuchar aquella pregunta, Milanelli dirigió su mirada a las impolutas paredes blancas de la habitación donde los profesores y la agente se encontraban, y creyó entender la intención de su comentario.

—No, no, no lo creo. No me estoy refiriendo a que pueda haber nada extraño escondido —respondió—. Es cierto que unas paredes tan vacías se prestan a pensar que algo como lo que vimos en el museo del Louvre con el cuadro de La consagración de Napoleón podría volver a ocurrir, pero...

—Pero no tenemos tiempo para eso —afirmó categóricamente Margaux.

—Exacto. No tenemos tiempo. Debe entender, agente, que lo que tratamos de encontrar aquí es información que le ha de servir a Chavrier. Es decir que el «protagonista» ahora mismo, por así decirlo, es él. Y será él quien deba descubrir cómo ayudarnos a salvar al Presidente Grant y, por supuesto, también a Deneux y a Taylor. Eso hace que lo que sea que debamos encontrar en el interior de este apartamento no nos debería llevar excesivo tiempo. Al menos esa es mi opinión.

Tras escucharle, Connelly caminó unos pasos de regreso hasta el punto del pasillo donde se encontraba Milanelli, se giró y observó por última vez aquella habitación.

—Estoy de acuerdo con usted en lo que dice, y quiero creer que efectivamente no tardaremos en encontrarlo. Por eso, si todos pensamos de la misma manera, creo que lo mejor sería separarnos. En esta casa hay cuatro habitaciones, por lo que propongo que cada uno de nosotros nos centremos en una hasta que lo encontremos.

Los tres profesores se miraron entre sí mostrando su conformidad. Al fin y al cabo, ninguno de ellos tenía una idea mejor acerca de cómo podían revisar lo antes posible aquel apartamento y el modo planteado por la agente parecía el más rápido y sencillo de todos. Sin decir una palabra, Margaux salió de la habitación y volvió al dormitorio al que había entrado anteriormente y Milanelli se dirigió al salón.

—Si le parece, yo miraré en la entrada y en la cocina —le dijo Connelly al profesor Campbell—. Y de paso haré una llamada para que una patrulla venga cuanto antes. Si encontramos lo que quiera que estemos buscando no quiero que perdamos ni un momento de más en este lugar, y alguien debe quedarse aquí dentro ahora que la puerta de la calle ha quedado inutilizada.

Sin esperar su respuesta, Campbell vio cómo la agente desaparecía por el pasillo. Seguidamente dirigió su mirada hacia el escritorio que tenía delante. Por un momento no pudo evitar sonreír al pensar lo mucho que le haría falta en su casa de Filadelfia todo el espacio libre que aquel hombre tenía en su habitación de trabajo. En ese momento, la voz de Milanelli llamó su atención.

—Dejen de buscar, profesores. Creo que ya he encontrado justo lo que necesita el comisario.

Capítulo 55

En el laboratorio de armas biológicas L-9 de Fort Detrick, la doctora Anne Jones mantenía la mirada clavada en las dos posiciones vacías de la gradilla de metacrilato que sostenía en sus manos. A pesar del constante pitido del ultracongelador que tenía justo delante le avisaba de que debía cerrar la puerta para evitar el progresivo aumento de temperatura que estaba sufriendo, y del enorme frío que salía de él, la doctora era incapaz de reaccionar ante lo que veía.

La gradilla sobre la que mantenía fija la mirada contenía mutaciones del virus del Ébola sobre el que desarrollaba sus investigaciones. Lo que hacía que no comprendiera lo que estaba sucediendo era que tan sólo ella tenía acceso a ese laboratorio. El nivel de seguridad dentro de Fort Detrick se incrementaba progresivamente en función al trabajo desempeñado, y el realizado por ella estaba considerando como el más peligroso de todos. Por esa razón requería de una acreditación de máximo nivel para acceder al laboratorio. Acreditación que sólo un puñado de personas tenían.

La manipulación mediante ingeniería genética de enfermedades superadas o controladas por el hombre como el VIH, el ébola, la peste bubónica o el famoso ántrax, para producir artificialmente otras para las que no existe cura, y sobre las que no sirven los tratamientos conocidos, es un tema que levanta enorme controversia, incluso dentro de la comunidad científica. Mientras existen férreos defensores de estas investigaciones, una gran mayoría las considera un peligro extremo totalmente injustificable que podría amenazar la vida de millones de personas si caen en las manos equivocadas.

En el caso de la doctora Jones, las dos muestras desaparecidas formaban parte de su última y más novedosa línea de investigación. Ante la polémica que generaban estas investigaciones había desarrollado un modo pionero de regular la actividad de virus del Ébola modificados genéticamente. Gracias a muchos años de duro trabajo había conseguido que algo tan sencillo como la temperatura pudiera convertir un inactivo e inofensivo virus en un arma biológica mortal.

«Y ahora ha desaparecido».

Capítulo 56

Je désire que mes cendres reposent sur les bords de la Seine, au milieu de ce peuple français que j'ai tant aimé.

Cuando Campbell entró en el salón del apartamento de Steve Douglas se encontró al profesor Milanelli y a la agente Connelly mirando al televisor. La pantalla estaba completamente en negro y tan sólo se veía una línea de texto de color blanco escrita en francés que ocupaba su parte central. Margaux entró justo detrás de él y se colocó junto a ellos mirando igualmente al televisor.

—Como ven no hay nada interesante aquí dentro, aparte de ese sofá y esta televisión, de modo que decidí encenderla para ver qué información estaba apareciendo en las noticias y justo al encenderse apareció esta imagen —les explicó.

Connelly miró al mando que mantenía en su mano.

—¿Todos los canales muestran lo mismo?

Milanelli apuntó con él al televisor e intentó inútilmente cambiar de canal.

—No responde. No importa qué botón pulse que la imagen no cambia.

—Y no hace falta —dijo convencida Margaux—. Porque esto es exactamente lo que estábamos buscando. «Je désire que mes cendres reposent sur les bords de la Seine, au milieu de ce peuple français que j'ai tant aimé» —leyó en voz alta para traducirlo a continuación—. «Deseo que mis cenizas reposen a orillas del Sena, entre el pueblo francés al que tanto amé».

Connelly sintió un gran alivio al escucharla. Sin duda aquella frase señalaba un lugar de París.

—¿Ya podemos indicarle a Chavier una localización concreta?

—Sin duda —respondió—. Esta inscripción se encuentra a la entrada de la cripta circular situada bajo la gran cúpula de la iglesia de Los Inválidos de París, donde descansa el cuerpo de Napoleón.

—Él, de nuevo —dijo Milanelli en voz baja.

—Así es —comentó Campbell—. Y no sólo eso, sino que parece que los secuestradores han vuelto a mostrarnos su gusto por los grandes monumentos.

—¿Por qué dice eso? —le preguntó Connelly casi sin dejarle terminar.

—Porque el palacio de Los Inválidos, al que acaba de referirse la profesora, es la mayor obra arquitectónica de todo Francia, sólo superada por el palacio de Versalles. En él no sólo se encuentra el mausoleo de Napoleón, sino que también están enterradas otras importantísimas personalidades de la historia de ese país, como sus hermanos José y Jerónimo Bonaparte, o algunos de sus militares más destacados, como el Mariscal Turenne. Si Napoleón ha pasado a la historia como uno de los más grandes estrategas militares que el mundo ha conocido fue en gran parte a ese hombre.

A pesar de que a Connelly aquellos aspectos no le parecían relevantes, esta vez sí permitió al profesor que terminara su explicación antes de hacer su pregunta.

—Por tanto, ese palacio es el lugar al que debe acudir Chavrier ¿no es así?

—Sí, no hay duda de ello. Estábamos convencidos de que debíamos encontrar un lugar de París y éste es uno de los más destacados —respondió Margaux—. Además, confirma por un lado que nuestra idea de que tanto Chavrier como Bailey deben ayudarnos en el día de hoy es cierta, al tiempo que nos permite corroborar que nuestros pasos están siendo acertados. Esta frase es la primera información que nos dan para tratar de salvar la vida de todas las personas que están ahora mismo encerradas en el hemiciclo de la Asamblea General de la ONU.

Satisfecha con la respuesta, Connelly sacó su teléfono móvil para llamar al comisario.

—Si le parece, creo que lo más indicado es que sea usted quien hable con él —le indicó ofreciéndole el teléfono—. Usted puede explicarle mejor que yo el significado de lo que hemos encontrado y lo que quiere que haga exactamente.

En París, Chavrier conducía como podía abriéndose paso por la congestionada Quai Branly sin poder quitarse de la cabeza la posibilidad de que remotamente sí que fuese Notre Dame el lugar en el que debían encontrar la información que le habían pedido los profesores y que de nuevo pudiesen estar equivocándose. Para tratar de calmar su ánimo pulsó un botón en la pantalla del navegador y llamó a Eugene.

—¿Alguna noticia de los profesores? —le preguntó en cuanto notó que cogía el teléfono.

—Ninguna, señor, lo siento. Desde que se fueron de aquí no he vuelto a saber nada de ellos.

Chavrier soltó un bufido.

—¿Y de lo que está ocurriendo en Nueva York? ¿Algo nuevo que contarme?

—Me temo que no, nada interesante. El gobierno sigue sin explicar por qué han activado DEFCON 3 y la cantidad de teorías que circulan por internet crece por momentos.

—Al menos no han descubierto la verdad ¿no?

—No lo parece —respondió—. Pero más allá de lo que se diga en la red, lo cierto es que los alrededores del edificio de la ONU se están llenando de medios de comunicación, especialmente el de la Asamblea General. A nadie se le escapa que la conferencia del Presidente Grant debía haber terminado hace ya bastante tiempo.

Justo en ese momento un pitido hizo que Chavrier apartara la vista de la carretera y la dirigiera a la pantalla del navegador. El nombre de la agente Connelly parpadeaba indicando con claridad que estaba recibiendo una llamada suya. Sin despedirse de Eugene, cortó inmediatamente la conversación y aceptó la nueva llamada entrante.

—¡Agente! —exclamó con voz acelerada—. Disculpe la espera.

—No pasa nada, comisario —respondió Margaux—. Me alegra decirle que ya hemos descubierto el verdadero lugar de París al que los secuestradores quieren que se dirijan.

Chavrier sintió repentinamente que el corazón se le iba a salir del pecho. La información que tanto esperaba por fin había llegado.

—¿De qué lugar se trata? —preguntó tratando de disimular sus nervios.

—El palacio de Los Inválidos, comisario. Lo hemos descubierto por una cita grabada en el mausoleo de Napoleón que se encuentra en la iglesia del palacio.

Sin fijarse qué coches tenía a su alrededor o cuáles venían tras ellos, Chavrier dio un brusco frenazo al escuchar el lugar indicado por la profesora y activó la sirena. Acto seguido aceleró a fondo su Citroën Elysee con el volante completamente girado hacia la izquierda para hacer un rápido cambio de sentido.

—¡Ya estamos en camino, profesora! —les informó excitado—. Ahora mismo nos encontramos al lado de la Torre Eiffel y el Palacio de Los Inválidos no está muy lejos de aquí. ¡No tardaremos en llegar!

Margaux cerró durante un instante los ojos tratando de recordar la ubicación exacta de ambos edificios. Como decía el comisario, efectivamente se encontraban muy próximos entre sí.

—¿Saben qué debemos encontrar allí? —preguntó a continuación.

—No, comisario, no lo sabemos. Teníamos claro que debíamos encontrar algo en Nueva York que nos indicara un lugar de París y ya lo hemos hecho. Lo que ocurra en adelante es completamente desconocido para nosotros.

La profesora hizo una pausa.

—De todas formas, lo que sí es cierto es que de nuevo han elegido uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad, al igual que hicieron la noche que buscábamos a Deneux. De modo que es posible que puedan encontrarse allí algo similar.

Chavrier se temió lo peor.

—¿El cuerpo sin vida de alguna persona?

—No, no —respondió al instante percibiendo que no había captado su idea—. Me refería más bien a información, como los números en las manos de aquellas personas o las hojas de Platón y Aristóteles que encontramos dentro de sus bocas. Tenga en cuenta que Deneux, Taylor y el Presidente Grant están aquí, en Nueva York, por lo que creo que de encontrar algo semejante sería aquí y no en París o en Londres. Creo que su papel en el juego que han diseñado para el día de hoy es proporcionarnos parte de la información que nos permitirá salvarles.

—Muy bien —le respondió consciente de la necesidad de terminar cuanto antes aquella conversación y centrarse en llegar al palacio—. Si le parece, les llamaré en cuanto estemos delante de esa tumba y les describiré lo que encontremos allí.

—Perfecto, comisario. Esperaremos su llamada.

Chavrier aceleró a fondo al tiempo que comenzó a hacer sonar la bocina del coche tan pronto como la profesora finalizó la llamada. Los inspectores, que habían escuchado en silencio aquella conversación, no dijeron ni una sola palabra para no distraerle viendo el poco cuidado con el que conducía esquivando los coches que se cruzaban en su camino y cambiando una y otra vez de carril sin mirar en ningún momento por los retrovisores.

Cuando llegaron al cruce de Avenue de Suffren con Place Joffre, giró a la izquierda e incrementó todavía más la velocidad. El temblor que transmitían los adoquines al interior del vehículo no fue suficiente impedimento para que disminuyera el ritmo.

—*Evadez-vous! Evadez-vous!*

Los gritos que profería a los coches que les rodeaban no surtían el efecto que posiblemente buscaba, pero al menos le servían para liberar parte de la tensión acumulada. Por fin sabían el lugar correcto al que tenían que dirigirse y nada debía retrasarlos.

—*Scélérat maudit! Evadez-vous!*

En cuanto giraron a la derecha para enlazar con Avenue de Tourville, la silueta del Palacio de Los Inválidos comenzó a verse enseguida en la distancia. Al llegar justo a su altura, Chavrier cruzó bruscamente el carril contrario y detuvo el vehículo encima de la acera. Un grupo de turistas que escuchaban con atención las explicaciones de su guía se apartaron asustados por la violencia de su aparición. Ajeno al escándalo que estaba provocando, el comisario salió del vehículo a toda prisa y comenzó a correr hacia una de las verjas de entrada. La iglesia de Los Inválidos se erigía esplendorosa a una decena de metros de distancia y tenían que llegar cuanto antes hasta la tumba de Napoleón.

Capítulo 57

Las actividades que se llevan a cabo dentro de Fort Detrick son supervisadas por cuatro organismos, dos dependientes directamente del gobierno, el Departamento de Defensa y el Departamento de Seguridad Interna, y otros dos independientes de él, la CIA y el Instituto Nacional del Cáncer. Esto implica que si ocurre alguna situación excepcional en sus instalaciones que ponga en peligro la Seguridad Nacional, estos cuatro organismos deben ser inmediatamente informados.

Siguiendo ese protocolo de actuación, uno de los agentes que trabajaba en el equipo de Rice recibió en la pantalla de su ordenador una notificación procedente de este centro que rápidamente se apresuró a abrir.

Cuando leyó su contenido, palideció.

Sin perder un segundo, levantó la mirada buscando a la Directora y le pidió que se acercara hasta su posición para enseñarle la información que acababan de recibir. Cuando Rice llegó hasta él, el agente no demoró su explicación.

—Algo grave ha ocurrido en Fort Detrick —le indicó con la notificación todavía en pantalla—. Nos acaban de comunicar que dos muestras de virus del Ébola han desaparecido de uno de los laboratorios.

La imagen de la Asamblea General se clavó de inmediato en la mente de Rice.

—¿Cuál es el grado de la amenaza?

—El máximo —respondió el agente con nerviosismo.

Rice se pasó una mano por el rostro temiéndose lo peor.

—¿Dicen algo más al respecto?

El agente negó con la cabeza al momento y se limitó a señalar la nota que mostraba la pantalla. Rice dedicó varios segundos a leerla.

—Maldición —renegó entre dientes—. Necesitamos saber más acerca de lo que ha ocurrido y acerca de la peligrosidad de las muestras que han desaparecido.

Entendiendo perfectamente cuál era su deseo, el agente descolgó el teléfono y marcó el número que indicaba la notificación. Cuando escuchó que cogían la llamada le pasó el auricular a Rice.

—Le habla la Directora de la CIA, Cynthia Rice —anunció con voz autoritaria sin saber siquiera quién podría estar escuchándola—. Necesito hablar con la persona encargada del laboratorio L-9 inmediatamente.

La persona que se encontraba al otro lado del teléfono siguió sus instrucciones y en pocos segundos la doctora Jones cogió la llamada.

—Soy la doctora Anne Jones, responsable del laboratorio que ha notificado la incidencia. Creo que han pedido hablar conmigo.

—Sí, así es. Yo lo he pedido. Soy la Directora de la CIA, Cynthia Rice —repitió manteniendo su rígido tono de voz—. Acabamos de recibir la alerta que ha emitido y, dada su gravedad, necesito que me proporcione con urgencia información más detallada sobre lo sucedido.

Jones guardó un instante de silencio intentando recapitular.

—No sabría decirle qué ha podido ocurrir exactamente porque nunca me había pasado antes nada similar. Hace apenas unos minutos fui a abrir uno de los ultracongeladores de mi laboratorio, donde guardo las muestras de mis investigaciones, y observé que faltaban dos muestras del virus del Ébola, por lo que inmediatamente he activado el protocolo de emergencia y he comunicado a los organismos de control lo sucedido.

—Bien, ha hecho bien. Y respecto a ese virus en cuestión, ¿qué puede decirme?

Jones resopló. Sabía que la situación le obligaba a dar todas las explicaciones que le reclamaran, pero revelar alegremente una de las claves más importantes en la que radicaba la excepcionalidad de sus investigaciones no le hacía ninguna gracia.

—Se trata de una modificación genética en la que llevo varios años trabajando y que permite controlar su capacidad infecciosa en función de la temperatura ambiental.

—¿De modo que no siempre es peligroso?

—No, efectivamente. Si la temperatura en la que se encuentra el virus no supera los cuarenta grados éste permanece inactivo y, por tanto, es completamente inofensivo. Esa es una de las razones por las que lo almaceno a ochenta grados bajo cero, aquí en el laboratorio.

—¿Y si la temperatura es superior?

—Si se superasen los cuarenta grados, automáticamente se activaría y pasaría a ser extremadamente contagioso.

—¿Cómo de contagioso, exactamente?

—Cien por cien mortal —respondió con severidad—. Sin vacuna ni tratamiento posible.

Rice se tapó durante un instante el rostro con la mano izquierda convencida de que aquel hecho tenía que estar forzosamente relacionado con lo que estaba sucediendo en la Asamblea. Aún así creía que había un aspecto que jugaba a su favor.

—No puedo decir que sea precisamente una experta en enfermedades infecciosas ni nada semejante, pero hasta donde tengo entendido el ébola sólo puede transmitirse por contacto directo con una persona o animal infectado ¿verdad?

A pesar de la gravedad de lo que estaba ocurriendo a Jones se le escapó una risilla.

—El virus del Ébola normal, sí. Pero lo que hacemos aquí es modificarlos genéticamente para convertirlos en armas biológicas, y muy poca efectividad tendría si tuviese que haber contacto directo para propagarse.

—¿Me está diciendo que las muestras que han robado de su laboratorio pueden hacerlo de otra forma?

—Sí, por supuesto. Por el aire, simplemente. Las modificaciones introducidas le confieren labilidad al tiempo que he conseguido activarlo o desactivarlo según la temperatura del medio en el que se encuentre, como le expliqué antes.

La imagen de la Asamblea General volvió a aparecer en su cabeza. Rice sabía de sobra que estaba hablando con la única persona en todo el mundo que tenía conocimiento sobre el virus desaparecido y su capacidad infecciosa y, por tanto, la única que realmente podría servirles de ayuda.

—Bien, doctora, llegados a este punto me veo en la obligación de contarle algo que sólo un reducido número de personas sabe que está ocurriendo. Yo le contaré de qué se trata y usted me dirá su opinión profesional acerca de la posible relación que la desaparición de esas muestras de su laboratorio puede tener con ello ¿de acuerdo?

—Sí, por supuesto —afirmó Jones con voz débil temiéndose que lo que estaba a punto de escuchar cambiase radicalmente la importancia que hasta ese momento le había concedido a la desaparición de las dos muestras del virus.

Rice inspiró profundamente e inició la explicación.

—Como ya sabrá, hace unas horas el gobierno ha activado el nivel de emergencia DEFCON 3. Aunque las razones para tomar esta medida no han sido detalladas, puedo decirle que se ha hecho porque hemos perdido el control del sistema de vigilancia del edificio de la ONU. En verdad, no sólo del sistema de vigilancia, sino que todos los sistemas del edificio están ahora mismo fuera de nuestro control. Y eso incluye los de la Asamblea General, donde se encuentra el Presidente. Por desgracia, ahora mismo tanto él como todos los dirigentes que han venido de diversas partes del mundo están encerrados en una sala a la que no tenemos acceso. Como comprenderá, tengo poderosas razones para creer que lo que está ocurriendo allí en estos momentos y la desaparición de esas muestras de su laboratorio son dos hechos íntimamente relacionados. Y es por ello que creo que ese virus podría ser utilizado contra todas las personas que se encuentran en la Asamblea ahora mismo.

Al otro lado del auricular, Jones sentía que se le helaba la sangre mientras escuchaba la gravedad de los acontecimientos que Rice le estaba relatando.

—Por tanto —continuó—, necesito que me diga si en su opinión esta posibilidad que le propongo es real y si existe alguna posibilidad de que hayan robado esas dos muestras del virus del Ébola para atentar contra la vida del Presidente.

—Como le indiqué antes —respondió casi de inmediato, pero todavía con voz débil— hemos conseguido una variante lábil que puede transmitirse por el aire, de modo que si alguien fuese a utilizarlo contra esas personas la opción más lógica sería hacerlo utilizando los conductos de ventilación del edificio.

Rice se mantenía escuchando atentamente la opinión de la doctora comprobando que estaba muy acorde a su pensamiento.

—Además, al ser inactivo a temperatura ambiente puede manipularse sin ningún riesgo, siempre que no se alcancen los cuarenta grados.

—Está bien —dijo Rice satisfecha tras unos instantes de reflexión—. Suponiendo que ese sea el escenario que tenemos ante nosotros, lo que necesito que me diga ahora es cómo podemos evitar que todas las personas que se encuentran en el interior de la Asamblea lleguen a infectarse.

Jones resopló.

—Si el virus está ahora mismo dentro de los conductos de ventilación del edificio, su única oportunidad sería desalojarlo lo más rápido posible antes de que el sistema de climatización alcance los cuarenta grados.

—Pero ya le he dicho que todos los sistemas están fuera de nuestro control —replicó Rice interiorizando un gruñido de incomodidad—. Eso incluye también los diferentes accesos al edificio. Todas las puertas están bloqueadas.

La doctora resopló de nuevo.

—Y supongo que el virus es la manera elegida de asegurarse de que no intentarán entrar a la fuerza ¿verdad?

—Veo que ya ha entendido cuál es mi idea.

Para Jones, la situación que tenía por delante la Directora de la CIA era extraordinariamente compleja. Por experiencia propia sabía que los modernos equipos de climatización de los edificios podían variar la temperatura de su flujo de aire en cuestión de segundos. Si era cierto que el virus que había desaparecido de su laboratorio se encontraba en ese momento dentro del sistema de climatización de la Asamblea General de la ONU las posibilidades de salvar la vida de las personas que estaban en su interior eran nulas. La temperatura del aire podía pasar de los dieciocho grados, que calculaba que tendría ese momento, a cuarenta en pocos segundos.

«Y ni siquiera les habría dado tiempo a derribar una puerta».

—Mucho me temo que en ese caso no puedo aportar ninguna idea útil —se disculpó claramente contrariada—. Además, no sólo creo que no puedo ayudarla, sino que me veo en la obligación de advertirle acerca de la capacidad infecciosa del virus.

—Eso creo haberlo entendido antes, sí.

Jones sabía que no estaban hablando de lo mismo.

—Creo que no me entiende —continuó ampliando sus explicaciones—. Si llegara a liberarse dentro de la sala, ustedes no podrían acceder al interior. Automáticamente ésta debería ser precintada y aislada.

La imagen que vino a la mente de Rice fue dantesca.

—¿Me está diciendo que deberíamos dejar morir a los dirigentes de medio mundo, incluido a nuestro Presidente?

—Lo que le digo —insistió manteniendo la firmeza de su mensaje— es que en el preciso momento en que el virus entre en contacto con un flujo de aire de cuarenta grados todos estarán automáticamente muertos. Puede que les siguiesen viendo en pantalla durante unos minutos, todo depende del estado de salud individual de cada uno, pero la realidad es que todos estarían virtualmente muertos. La letalidad del virus es del cien por cien.

A Rice no le gustaba nada lo que estaba escuchando.

—¿Y qué le hace pensar que no circula ya libremente por la Asamblea?

—Por su labilidad —respondió rápidamente—. Sólo con cuarenta grados el virus

se vuelve lábil. Ahora mismo estoy segura de que estará fijado a algún filtro del sistema de climatización y ahí permanecerá inmóvil mientras no alcance esa temperatura.

—¿Y lo de aislar la Asamblea que dijo antes?

—Porque no existe ningún tratamiento, como le indiqué al principio. Las armas biológicas se diseñan con un propósito determinado, y cuando este se alcanza, se toma como base la genética final del agente infeccioso en cuestión para desarrollar un tratamiento efectivo. Pero en el caso del virus del Ébola de mis investigaciones ese punto todavía no ha llegado y, por tanto, no hay tratamiento posible. Ni lo habrá en un espacio corto de tiempo.

Rice volvió a llevarse la mano izquierda al rostro. La situación que le estaba planteando la doctora era impensable. Según ella, en caso de que el virus llegara a liberarse en la Asamblea deberían dejar morir a todas las personas que se encontraban en su interior y abandonar sus cadáveres indefinidamente ante el riesgo de que un virus letal para el que no existía cura se extendiese por la ciudad de Nueva York.

Capítulo 58

Chavrier entró como una exhalación en la iglesia de Los Inválidos seguido por los inspectores. Para su sorpresa, el interior estaba abarrotado de turistas. Muchos más incluso de los que esperaba encontrar. En cierto modo, aquella situación le recordaba inevitablemente al momento en que los tres habían entrado de manera similar en la iglesia de San Estefano Rotondo en Roma, pero con la peculiaridad de que las dimensiones de la iglesia de Los Inválidos eran mucho mayores. De nuevo, no tenía duda, si quería llamar a los profesores y tratar de encontrar lo que fuese que hubiesen dejado allí para ellos los secuestradores, debían conseguir que todas aquellas personas la desalojaran lo antes posible.

Consciente de la dificultad que tendrían para conseguirlo, se dio media vuelta y volvió a salir al exterior. Para su fortuna, vio en la distancia cómo dos parejas de policías se acercaban corriendo hacia la entrada. Las prisas con las que habían conducido hasta aquel lugar haciendo uso de la sirena había sido suficiente para que dos patrullas se hubiesen acercado para prestarles ayuda por si fuese necesario.

—¡Quiero que desalojen esta iglesia lo más rápido posible! —les ordenó cuando estaban a punto de llegar hasta él—. No quiero que den a nadie ninguna explicación al respecto ¿entendido? Simplemente consigan que quede vacía ¡enseguida!

Sin decir una palabra, tres de los cuatro policías entraron inmediatamente y a los pocos segundos los primeros turistas comenzaron a salir. Algunos se quedaban justo en la puerta para tratar de ver desde el exterior cuál podía ser la razón de lo que estaba sucediendo. El policía que había permanecido en el exterior fue quien se encargó de que desistieran en su intento y se alejaran lo más posible del edificio.

Tras un par de minutos, la iglesia quedó completamente vacía. Chavrier entró de nuevo acompañado por los inspectores y caminó sin detenerse hasta llegar a la parte central donde se encontraba el mausoleo de Napoleón. Al llegar hasta él, dio un giro completo sobre sí mismo para hacerse una idea general del lugar. Consciente de que debía llamar cuanto antes a los profesores, sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta y marcó el número de la agente Connelly.

—¿Ya han llegado, comisario?

—Sí, agente. Ya estamos en la iglesia de Los Inválidos. Hemos tardado un poco más de lo previsto porque hemos necesitado unos minutos para conseguir desalojar a todos los turistas, pero ya puedo describir a los profesores lo que estoy viendo.

Sin perder un segundo, Connelly se apartó el teléfono del oído y conectó el dispositivo manos libres para que todos pudieran escucharle.

—Bien, comisario —le dijo Margaux—. Creo que lo primero que debe hacer es localizar la tumba de Napoleón, que para eso han hecho uso de la cita que hay escrita en el acceso a su cripta.

—Sí, sí —respondió casi interrumpiéndola—. Ya estoy delante de ella. Es un gran bloque de madera situado en el centro de una circunferencia rodeada de estatuas. De

unos tres metros de altura diría yo. Impresionante.

—No es madera —apostilló Campbell—, sino pórvido rojo traído expresamente de Rusia para construir su tumba. No obstante, el tamaño desproporcionado al que hace referencia se debe a que dentro del sarcófago que usted está viendo hay otros seis féretros más. Como verá, Napoleón está muy bien escondido.

Chavier lo observaba asombrado.

—Tiene que entender que está ante un monumento diseñado como una alegoría a su vida militar. A su exitosa vida militar, por supuesto —continuó creyendo conocerle lo suficientemente bien como para saber lo que estaría haciendo mientras le escuchaba—. Las estatuas que rodean el sarcófago son doce Victorias que rememoran sus doce campañas militares, a algunas de las cuales también se hace referencia en el suelo de mármol que las acompaña.

El comisario agudizó la vista para poder fijarse en ese detalle que le mencionaba el profesor.

—Y en el pasillo exterior verán que el mausoleo se completa con diez bajorrelieves que rememoran algunos de sus logros civiles más destacados, como la pacificación del país bajo su gobierno, la creación de un código civil o el desarrollo de la Universidad Napoleónica que sentó las bases de la enseñanza superior contemporánea.

—Una vez que ya han localizado su tumba, es importante que localicen también otras muy importantes que hay en esa iglesia —añadió Margaux—. Todas se encuentran en la planta superior. Aunque me inclino a pensar que lo que nos han dejado allí los secuestradores estará dentro de la cripta de Napoleón, no deberíamos descartar la opción de que hayan podido complicar nuestra tarea un poco más escondiéndolo en alguna de ellas.

El detalle que acababa de mencionar la profesora, según el cual la cripta de Napoleón y el resto de tumbas de la iglesia de Los Inválidos se encontraban en plantas diferentes, era la característica que más había llamado la atención de Chavier al llegar. Las obras del Palacio de Los Inválidos comenzaron en la segunda mitad del siglo XVII, durante el reinado de Luis XIV. Tras la muerte en el exilio de Napoleón, el 5 de mayo de 1821, sus restos permanecieron durante las siguientes dos décadas en la isla de Santa Elena hasta 1840 cuando el rey Luis Felipe I decidió traer de vuelta a París su cuerpo y ordenó, dos años después, construir para él un gran mausoleo en la iglesia de Los Inválidos. Como ésta ya había sido terminada un siglo atrás, el arquitecto encargado de tal obra resolvió el problema cavando un gran agujero bajo la cúpula que daría lugar a la actual cripta. Su peculiar localización, no obstante, ha sido motivo de diversas teorías malintencionadas, si se obvia voluntariamente la cronología de su construcción, entre las que destaca la que señala que gracias a ésta cualquier visitante que la contemple desde la planta superior se ve obligado a inclinar su cabeza ante el Gran Corso.

—Espero que no encontremos nada parecido al Panteón...

—Ni yo, comisario. Aunque dudo mucho que pudiera ocurrir. Creo que la información que buscamos estará mucho más accesible. Precisamente por eso, creo que existe la posibilidad de que hayan podido usar alguna otra tumba y debemos revisarlas igualmente.

—No creo que tengamos demasiados problemas para hacerlo. Paccaud y Bingleau están aquí conmigo y, además de ellos, hay otros cuatro policías que nos echarán una mano.

—Genial, comisario. Me alegra escucharle decir eso. Y para poder indicarle a quién pertenece cada una, y cuáles considero que pueden ser las más interesantes, necesitaría que se colocaran en un lugar de la planta superior donde dejen a su espalda la entrada a la iglesia.

Chavrier dirigió su mirada hacia esta y caminó unos metros hasta situarse en el lugar solicitado.

—Ya estoy donde me pidió, profesora —le indicó tras un par de segundos.

Margaux inspiró profundamente, centró su mirada en el suelo, y comenzó a describirle de memoria la distribución de la iglesia.

—Muy bien. Creo que es lógico suponer que las dos tumbas más importantes después de la de Napoleón son las de sus hermanos. En el centro de la iglesia se encuentra el mausoleo de Napoleón, en la planta inferior, como ya hemos comentado anteriormente, mientras que a cada lado de la planta superior hay otra tres tumbas. Según acceden al interior de la iglesia, las dos primeras que verán son las de sus hermanos, José Bonaparte a la derecha y Jerónimo Bonaparte a su izquierda.

Chavrier se giró a uno y otro lado para verlas.

—Avanzando por el lado derecho encontrarán la tumba del mariscal Vauban, seguida de la del mariscal Foch. Por su parte, si siguen por el lado izquierdo, tras la tumba de Jerónimo Bonaparte encontrarán la del mariscal Turenne y la del mariscal Lyautey. Esas seis son todas las tumbas que acompañan a la de Napoleón y las que deberán revisar en busca de algo que pueda ayudarnos.

—Entendido —señaló convencido de que podrían afrontar sin mayores problemas lo que le estaba pidiendo—. ¿Y sabe más o menos qué es lo que esperan encontrar?

—No, lo siento —se disculpó—. Como le dije la última vez que hablamos por teléfono, la situación actual es también desconocida para nosotros y el hecho de no estar allí con usted limita enormemente nuestra contribución.

A pesar de que le habría gustado más escuchar una respuesta muy diferente, sabía que el trabajo que tenían por delante era el propio de la policía, y no el de tres profesores universitarios, por lo que no debía inquietarle excesivamente no contar con su ayuda en esa situación particular.

—Muy bien, no se preocupe —expresó mostrando una vez más su seguridad—. Nos repartiremos individualmente cada una de las tumbas que ha descrito y trataremos de descubrir lo antes posible algo en ellas que pueda serles útil. En cuanto lo consigamos, les llamaremos inmediatamente.

—Gracias, comisario.

—Sólo hay una cosa más, profesora —apuntó ágilmente—. Aparte de la distribución de tumbas que me acaba de describir con todo detalle, hay un altar que estoy viendo justo enfrente de mí. ¿No cree que deberíamos revisarlo, también?

Antes de responder, Margaux lanzó una rápida mirada a Campbell tratando de averiguar su opinión. Este frunció parcialmente el ceño y negó con la cabeza.

—De momento pensamos que será mejor centrarse en las tumbas —respondió percibiendo que ambos opinaban igual—. Es indudable que más adelante podría convertirse en un lugar de interés para nosotros si no encontrasen nada, pero por el momento creemos que son más importantes las tumbas que le he indicado.

—Comisario —se precipitó a decir Milanelli antes de que finalizaran la llamada —, dado que no se nos pasa por la cabeza que vayan a encontrar un cuerpo ni nada similar, debemos tener muy claro que lo que estamos buscando ahí es información. Por tanto, yo me concentraría en buscar números, palabras, símbolos o cualquier otra cosa que pudiera ayudarnos a avanzar.

Chavrier afirmaba mientras le escuchaba con atención.

—Comprendo lo que dice, profesor. Sabemos cuál es nuestro objetivo y trataremos de encontrarlo tan pronto como sea posible. Como les digo, hay cuatro policías que nos ayudarán en la búsqueda, con lo que confío en que podamos descubrirlo muy pronto.

—Genial, comisario —dijo Connelly dejando claro que quería que se pusieran manos a la obra lo antes posible—. En ese caso, esperamos ansiosos su llamada.

Tras despedirse de él, la agente finalizó la conversación y miró a los profesores.

—Si ya hemos descubierto el objeto de esta frase —les dijo señalando al televisor — creo que no sirve de nada que sigamos en este apartamento. Avisaré a la división de inteligencia científica para que vengan y lo revisen a fondo para ver si hallan algo que pueda ayudarnos en la investigación.

Sin esperar a que alguno pudiera opinar al respecto, tras decir esas palabras comenzó a caminar con decisión hacia la entrada. La puerta permanecía semiabierta por culpa del disparo que ella misma había realizado minutos antes al tratar de acceder al apartamento. Sin preocuparse por dejarlo abierto, empezó a descender por las escaleras seguida por los profesores. Los cuatro bajaron los tres pisos en silencio sabiendo que no podían hacer otra cosa más que aguardar novedades por parte de Chavrier.

Al llegar a la calle, Connelly se dio media vuelta esperando a que los tres salieran del edificio.

—¿Creen capaz al comisario de descubrir lo que se supone que debe encontrar en esa iglesia? —les preguntó dejando patente sus dudas.

—Sí, estoy totalmente convencido de que podrá —respondió Campbell adelantándose a sus compañeros—. La información que nos hayan dejado allí tiene que estar relativamente accesible porque lo realmente interesante está aquí, en Nueva

York, y por tanto sus mejores ideas las reservarán para nosotros.

La agente ladeó la cabeza en un rápido gesto tratando de descubrir si eso era positivo o negativo para sus intereses.

—Además, después de nosotros tres, Chavrier y los inspectores son las personas que más veces se han enfrentado a ellos —dijo Margaux apoyándole—. No olvide que mientras nosotros tratábamos de descubrir el paradero de los ministros por la ciudad de Londres ellos viajaron a Roma para ayudarnos a salvarles la vida.

—Al menos tienen experiencia en hacerlo sin su ayuda...

—Sí, y yo, igual que ellos, estoy seguro de que muy pronto nos llamarán y nos dirán por dónde podremos continuar nuestro trabajo —añadió Milanelli.

Capítulo 59

—Está bien, vengan —les dijo Chavrier a los inspectores y a los cuatro policías que les acompañaban nada más finalizar la llamada—. Lo que tenemos que hacer aquí es sencillo. Se supone que en algún lugar de esta iglesia hay información escondida que debemos encontrar, simplemente. Existen razones para pensar que los lugares con mayores posibilidades de encontrarla son las siete tumbas que hay aquí dentro. Esta —añadió señalando hacia el inmenso círculo central formado por la gran cripta de Napoleón— la revisaré yo. Y también todas las estatuas que la rodean.

A continuación, se detuvo un instante y miró hacia la entrada.

—Paccaud, tú irás a la tumba situada a la derecha de la entrada. La profesora me acaba de decir que se trata de la tumba de José Bonaparte y la considera uno de los puntos más interesantes.

Sin esperar ni un segundo, el inspector se alejó en dirección a donde le marcaba.

—Y Bingleau, tú revisarás la que se encuentra a la izquierda y que pertenece a Jerónimo Bonaparte. Los profesores creen que son las dos más importantes después de la de Napoleón.

Casi mimetizando lo que acababa de hacer su compañero, el inspector desapareció rápidamente mientras el comisario seguía sus pasos con la mirada. Cuando vio que había llegado al punto indicado, se giró para exponer con más detalle a los policías lo que necesitaba que hicieran.

—Como acabo de explicarles, lo que tenemos que encontrar aquí es información. Por desgracia, no sabemos qué tipo de información. Esto hace que sea necesario que tengan la mente totalmente abierta. Cualquier símbolo, número, palabra, letra o incluso combinaciones de cualquiera de ellos, puede ser lo que estamos buscando. Deben fijarse muy bien en cada pequeño detalle de la tumba que a cada uno de ustedes le toque revisar porque es posible que esta información que buscamos esté cuidadosamente escondida y pase desapercibida a simple vista. Tengan en cuenta que hasta hace unos pocos minutos esta iglesia estaba abarrotada de turistas, de modo que lo que nosotros buscamos obligatoriamente tiene que ser algo muy sutil para que no haya llamado hasta ahora la atención de los visitantes ¿entendido?

Los cuatro policías asintieron casi simultáneamente.

—¡Perfecto! —exclamó confiando en sus posibilidades de éxito—. En ese caso, las dos tumbas situadas a nuestra derecha y las otras dos a nuestra izquierda son las que deben revisar. Y recuerden, si encuentran cualquier cosa, por pequeña que sea, que piensen que puede ser lo que estamos buscando, quiero que me avisen de inmediato.

Al terminar de darles las últimas instrucciones los cuatro policías se repartieron ordenadamente las cuatro tumbas indicadas. Antes de iniciar él mismo la revisión de la cripta de Napoleón, dirigió por última vez su mirada hacia los inspectores. Paccaud se encontraba agachado en el suelo examinando la parte más baja de la gran mole de

granito que era la tumba de José Bonaparte. Bingleau, por su parte, se afanaba en revisar con mimo un lateral de la tumba de Jerónimo Bonaparte. Satisfecho de ver que repartiéndose el trabajo aumentaban exponencialmente las probabilidades de encontrar mucho más rápido lo que los secuestradores hubiesen dejado allí escondido, comenzó a descender por las escaleras de caracol que daban acceso al gran mausoleo de Napoleón. Al entrar dentro de la cripta se encontró una estructura circular con el pasillo exterior que el profesor Campbell le había mencionado por teléfono minutos antes, cuya pared efectivamente estaba decorada con bajorrelieves. En el centro, se ubicaba el gran sarcófago rodeado por doce estatuas aparentemente iguales entre sí, dispuestas simétricamente conformando una circunferencia.

«Las doce Venus».

Convencido de que la parte más importante de la cripta era precisamente la que conformaban aquellas doce estatuas y el sarcófago, saltó la pequeña barrera que impedía a los turistas acceder al centro y, sin reparar en ninguna en concreto, eligió una al azar y se acercó para admirarla. Por un momento, tuvo la sensación de estar de nuevo en la iglesia de San Estefano Rotondo donde las pinturas de las torturas que allí aparecían representadas se disponían de manera bastante similar a lo largo de todo el perímetro de su planta circular.

Tras dedicar aproximadamente un par de minutos a revisarla con detalle, se dirigió a la siguiente situada a su derecha. El aspecto era exactamente el mismo. A pesar de ello, volvió a dedicar otros dos minutos a fijarse en cada pequeño detalle. Si había ordenado a los inspectores, y a los cuatro policías, que revisaran con mimo cada tumba él no podía contravenir sus propias órdenes, de modo que hizo exactamente lo mismo con las siguientes, tratando de ignorar su propio pensamiento sobre la utilidad real de inspeccionar, una por una, un conjunto de estatuas iguales entre sí.

Cuando llevaba justo la mitad, apartó la mirada de la que tenía delante en ese momento y la alzó tratando de ver inútilmente a alguno de los policías. No tenía ninguna duda de que los inspectores estaban sobradamente capacitados para realizar la tarea que tenían por delante, pero no sentía lo mismo respecto a aquellos cuatro hombres. Sus dudas no provenían del hecho de que pudieran estar o no suficientemente cualificados, sino porque no sabían realmente qué debían encontrar, por mucho que él hubiese intentado explicarse lo mejor que había podido. Tratando de darles un voto de confianza se olvidó de ellos y caminó hasta la siguiente estatua. Una vez más, el aspecto que presentaba era igual al de las seis anteriores. En esta ocasión, realizó un repaso algo más rápido sin detenerse a examinarla en profundidad.

«Que sean blancas juega a mi favor. Así encontrar algo será más sencillo».

Las cinco estatuas finales las revisó casi de un plumazo, parándose cada vez menos tiempo en cada una de ellas. El silencio que había en el interior de la iglesia aportaba un ambiente de solemnidad al trabajo de búsqueda que estaban realizando y

provocaba que el leve ruido de sus pisadas, que en cualquier otro momento habría pasado completamente desapercibido, retumbara ahora con claridad en el interior de la cripta cada vez que caminaba unos metros desplazándose de una estatua a otra. A pesar de que aquel silencio denotaba la concentración con la que todos estaban realizando su trabajo, y eso le hacía sentir orgulloso de su equipo, en realidad lo que deseaba era que alguno de ellos lo rompiera lo antes posible para informarle de que por fin habían encontrado lo que buscaban.

Al terminar de revisar la última de las doce estatuas se dirigió al sarcófago. Casi de manera inconsciente le dio varios golpecitos con los nudillos de la mano derecha para comprobar la dureza de aquella peculiar piedra a la que había hecho antes referencia Campbell. A continuación, abrió la mano y apoyó con delicadeza la palma sobre ella. Acto seguido comenzó a pasarla por todo el lateral hasta llegar a la esquina. Tal y como le había dicho al profesor, aquel sarcófago rondaba en su opinión los tres metros de altura, por lo que debía buscar algún modo de poder inspeccionar su parte superior, si es que de verdad quería hacer una revisión completa, convencido de que desde la planta superior de la iglesia la distancia que había hasta él les impediría a simple vista ver algo que pudiese estar sutilmente grabado sobre la piedra.

Justo cuando trataba de averiguar cómo demonios podría conseguirlo, el inspector Bingleau llegó a su lado con malas noticias.

—Me temo que en la tumba de Jerónimo Bonaparte no hay nada, señor —le informó escuetamente sin poder ocultar su decepción.

Tras escucharle, Chavier devolvió la mirada a la tumba de Napoleón.

—Yo he revisado ya todas estas estatuas —dijo señalándolas vagamente—. Pero tampoco he encontrado nada interesante. Creo que si hay algo escondido aquí debería estar en este sarcófago.

Antes de responderle, Bingleau dio una vuelta a su alrededor observándolo.

—Con la altura que tiene tendremos que buscar el modo de ver si hay algo en la parte superior...

—Lo sé —reconoció entre dientes comprobando que su compañero había captado inmediatamente cuál sería su mayor problema para conseguir su objetivo—. Justo estaba pensando en eso antes de que llegaras. Aunque me cuesta pensar que ahí pueda estar lo que buscamos.

—Demasiado retorcido ¿verdad?

—Demasiado inaccesible —respondió—. El profesor Milanelli me ha dicho que creen que lo que haya aquí debería ser fácil de encontrar. En su opinión, la parte más complicada será la que deban afrontar ellos allí, en Nueva York.

—Lo que descartaría la parte superior del sarcófago.

—En principio creo que sí. Además, hemos venido hasta esta iglesia por una inscripción que los profesores encontraron en Nueva York y que está a la entrada de esta cripta. «Deseo que mis cenizas reposen a orillas del Sena, entre el pueblo francés

al que tanto amé». —Recitó demostrando poseer una memoria analítica—. Por lo que resulta bastante obvio que es aquí donde los secuestradores han dejado la información.

En ese momento, Bingleau dirigió su mirada a las estatuas y hacia los relieves que había en la parte más externa.

—Aún así, eso es sólo una opinión mía —remarcó el comisario—, por lo que estamos obligados a revisar todas las tumbas, una por una. Incluso el altar, si es que no consiguiésemos encontrar nada antes.

—Considerando que tenga razón y que efectivamente lo que buscamos está aquí dentro, y dado que ya ha revisado las estatuas, sólo nos quedaría el sarcófago.

—El sarcófago y los seis féretros interiores —dijo Paccaud acercándose hasta ellos.

—Algo similar mencionó el profesor Campbell —reconoció hastiado Chavier captando lo que significaba la presencia del inspector—. Pero si ya es difícil asumir que debemos buscar en la parte de arriba del sarcófago, plantearse siquiera hacer lo mismo con los féretros que están dentro me parece una completa locura.

Los inspectores guardaron silencio ante una afirmación que resultaba evidente.

—Supongo que tampoco has encontrado nada ¿verdad?

—No, lo siento —respondió apartando la mirada del sarcófago y dirigiéndola hacia el comisario—. La tumba de José Bonaparte es bastante parecida a esta, aunque más pequeña, por supuesto. Y a pesar de que su color oscuro hace difícil distinguir si hay o no algo escrito en ella, lo cierto es que no he visto nada que pueda ayudarnos.

Chavier resopló maldiciendo su aparente incapacidad para descubrir qué habían dejado allí los secuestradores. Tras haberse equivocado en un primer momento acudiendo a la catedral de Notre Dame, habían conseguido descubrir el verdadero lugar elegido por ellos gracias a los profesores. Sin embargo, no estaban siendo capaces de cumplir la promesa que les había hecho. Al dirigir su mirada hacia la planta principal vio cómo dos de los policías que habían acudido en su ayuda se asomaban haciendo gestos de negación con la cabeza.

—¡Mierda!

En Nueva York, los profesores esperaban junto a Connelly en Hudson Street a que Chavier les llamara de nuevo. A pesar de que los cuatro eran muy conscientes de que ya no tenían nada que hacer en aquel lugar, tampoco sabían a dónde debían dirigirse, por lo que conducir de manera aleatoria por la ciudad podría incluso llegar a ser contraproducente si eso provocaba que se alejaran del siguiente lugar elegido por los secuestradores. Precisamente por esa razón, la agente había decidido esperar allí hasta tener nuevas noticias del comisario. Al menos, la espera había servido para ver llegar a las dos patrullas de policía que debían velar porque nadie entrara en el apartamento de Steve Douglas y a un equipo de inteligencia científica de la CIA a los

que Connelly había dado instrucciones muy concretas sobre lo que quería que hicieran.

Capítulo 60

Tras finalizar la conversación con la doctora Jones, Rice había ordenado a uno de sus hombres que revisara los datos de las personas que habían trabajado en el mantenimiento del sistema de climatización de la Asamblea General en los últimos días. A pesar de que hasta ese momento no tenía ninguna evidencia que lo corroborara, parecía bastante evidente que aquellas dos muestras de virus del Ébola robadas de Fort Detrick iban a ser las que Morton y sus ayudantes utilizarían para asesinar al Presidente Grant y al resto de personas que habían asistido a su conferencia, a menos que los profesores y Connelly pudiesen evitarlo. Además, las particularidades del virus que Jones le había explicado parecían encajar a la perfección con el fin que Morton quería darle. Un virus inocuo que se convertiría en un arma biológica letal si se combinaba con la temperatura adecuada. Y el sistema de climatización de la Asamblea era el catalizador que permitiría aquella mortífera transformación.

—Puede que tenga algo —le dijo el agente al que había encargado la búsqueda—. Según figura en los registros del edificio de la ONU, una de las personas que en el día de ayer se ocuparon de comprobar que todo estuviera correcto era la primera vez que tenía acceso al mantenimiento del sistema de climatización.

Rice observó la imagen que mostraba la pantalla del ordenador. En ella aparecía un hombre de mediana edad con facciones marcadas y gesto rudo.

—Si esa persona se gana la vida revisando sistemas de aire acondicionado, yo soy Oprah Winfrey —dijo con un toque de humor—. Quiero que ejecute el programa de reconocimiento facial. Estoy segura de que se trata de uno de nuestros efectivos a los que Morton perdonó la vida.

El agente cumplió inmediatamente con lo que le pedía. En menos de diez segundos el programa emitió un pitido que denotaba que había encontrado una correspondencia entre la imagen de aquel hombre y una de las identidades de su base de datos.

—Tenía usted razón —reconoció asombrado—. Se trata de Mark Smith. Según figura en nuestra base de datos llevó a cabo una misión de El caso Coen en enero de 2011 en Namur, Bélgica.

Rice sonrió. Después de mucho trabajo por fin conocían la identidad de la primera de las personas que estaban ayudando a Morton en los últimos días. Una vez conocida la primera, descubrir la del resto sería sólo cuestión de tiempo.

—Si ha tenido acceso al sistema de climatización de la Asamblea es muy posible que haya actuado sólo. Infiltrar a más personas hubiese supuesto arriesgarse a ser descubiertos inútilmente —dijo razonando en voz alta—. Por lo menos esto nos permite estar casi seguros de que las muestras robadas en Fort Detrick ahora están en ese sistema listas para cumplir con su objetivo cuando Morton decida.

El agente la escuchaba con atención esperando a recibir la siguiente orden.

—Y atendiendo a lo que nos acaba de explicar la doctora Jones, tenemos que asegurarnos de que el sistema no alcanza los cuarenta grados centígrados en ningún momento. Por desgracia, sé que no podemos evitar que eso ocurra, pero al menos podemos controlar cuál es su temperatura en cada momento y tener al corriente a Connelly de posibles cambios que puedan darse. Ella y los profesores son los únicos que pueden evitar que ese virus se active.

Sin que fuese necesario recibir una orden explícita, el agente tecleó varios comandos en su ordenador y en pocos segundos apareció en pantalla el panel de control del sistema de climatización del edificio de la ONU. La imagen que visualizaban estaba dividida en cuatro columnas y seis filas que generaban un total de veinticuatro casillas, cada una de las cuales mostraba una temperatura y el nombre de la parte del edificio a la que correspondía.

—La mayoría del edificio se encuentra a dieciocho grados. También la Asamblea General —le indicó señalando una casilla concreta situada en la segunda columna.

Rice se apoyó en el respaldo de la silla del agente para acercarse y ver mejor la información que le estaba mostrando.

—Muy bien —dijo incorporándose de nuevo—. A partir de ahora monitorizaremos continuamente esa temperatura. Quiero que pases la imagen a la pantalla principal del panel.

Siguiendo nuevamente sus órdenes, lo que mostraba su ordenador se visualizó de inmediato en la pantalla de setenta y cinco pulgadas que presidía el panel de control que tenían justo delante de ellos.

—Y ahora quiero ver simultáneamente lo que están grabando las cámaras de vigilancia del interior de la Asamblea y la temperatura de la sala. En concreto, quiero tener al Presidente visible en todo momento.

Casi de inmediato, apareció justo lo que pedía.

«Perfecto».

Durante unos segundos, Rice se detuvo para contemplar la imagen del Presidente Grant que se encontraba conversando con Taylor y Deneux muy cerca de la tribuna de oración. A continuación, sacó el teléfono móvil de su *blazer* y marcó el número de Connelly. Ahora que habían descubierto cómo tenía planeado Morton acabar con la vida de todas aquellas personas, debía informar de ello a las únicas que podían evitarlo.

—¿En qué punto se encuentran, agente?

—Ahora mismo estamos delante del domicilio de Steve Douglas —respondió Connelly informándola puntualmente—. Hemos descubierto en su apartamento una frase que ha permitido al comisario Chavrier dirigirse a un lugar muy concreto de París, donde esperamos que pueda encontrar la información que nos permita continuar con nuestra búsqueda.

—Me alegra saber que avanzan —reconoció antes de entrar de lleno en el motivo de su llamada—. Tengo que informarles de algo que hemos descubierto y que querría

que también escucharan los profesores.

Rápidamente, Connelly apartó el teléfono del rostro y conectó el dispositivo manos libres.

—Cuando quiera puede decirlo —le anunció—. Están aquí a mi lado y los cuatro le estamos escuchando.

Rice cogió aire antes de explicarles lo sucedido.

—Hace unos minutos hemos recibido un aviso de Fort Detrick. Para que lo sepan, profesores, Fort Detrick en una instalación del gobierno, bastante cercana a Washington, centrada en el desarrollo de armas biológicas.

Al escucharlo, Milanelli arqueó las cejas sorprendido.

—La notificación que hemos recibido ha sido referente al robo de dos muestras de virus del Ébola de uno de sus laboratorios. Como consecuencia de ello, me he puesto inmediatamente en contacto con la responsable de ese laboratorio, que me ha dado información detallada acerca de la naturaleza del virus desaparecido. Por desgracia, lo que me ha dicho no son buenas noticias, como se podrán imaginar. Se trata de un virus modificado genéticamente para el que no existe tratamiento conocido. Como también supongo que estarán imaginando, no tuve la menor duda desde el primer momento de que la desaparición de esas muestras, y la amenaza contra la vida de nuestro Presidente, tenían que estar relacionadas. Una vez más, por desgracia, no estaba equivocada y hemos podido descubrir que en el día de ayer un exagente de la CIA que ejecutó una de las misiones de El caso Coen accedió al sistema de climatización de la Asamblea General.

—Entonces ¿ya han sido contagiados? —preguntó sorprendido Campbell por lo que estaba escuchando, interrumpiéndola.

—No, profesor. Afortunadamente, todavía no. Lo que me ha explicado la doctora Jones, responsable del laboratorio donde se produjo el robo de esas muestras, es que el virus que ella ha desarrollado sólo se activa a una determinada temperatura, siendo inofensivo a temperatura ambiente.

—¿Y qué temperatura es esa? —preguntó Margaux al instante.

—Cuarenta grados centígrados, profesora. Siempre que no se alcance ésta, el virus será inofensivo.

—De modo, que ese hombre al que hace referencia ha colocado dos muestras de un virus letal en algún punto del sistema de climatización de la Asamblea General para asegurarse de que todas las personas que están allí dentro mueran si nosotros no somos capaces de resolver el juego que nos proponen —dijo Milanelli.

—Sí, profesor. Eso me temo.

Campbell se llevó las manos a la cabeza.

—En cierto modo no es diferente a lo que les vimos hacer en la National Gallery con la ministra Johnson —prosiguió el profesor intentando mantener la mente fría y no dejarse llevar por la gravedad de la noticia que acababan de recibir—. Allí debíamos descubrir una contraseña alfanumérica que apagara la barrera que daba

acceso a la sala. Aún así, la estructura de metacrilato que idearon para retenerla estaba conectada a la corriente, por lo que dedujimos rápidamente que aquella era su manera de asegurarse de poder acabar con su vida independientemente de lo que hiciéramos nosotros.

—Pero la ministra murió, profesor —replicó Rice.

—Sí, sí, lo sé. Pero también acabamos llegando a la conclusión de que lo habría hecho de todas maneras, ya que en ningún momento tenían intención de permitirnos salvarla. Y lo que descubrimos posteriormente acerca de El caso Coen y su implicación en él demostró que teníamos razón.

—¿Y qué le hace pensar que hoy será diferente?

—Que Morton me dijo personalmente que esta vez sí nos daría una oportunidad de conseguirlo —respondió Margaux—. Algo que nunca ocurrió con los ministros. Estoy de acuerdo con usted en que ese virus es su manera de asegurarse de que podrán acabar con la vida de todas las personas si no resolvemos el juego que nos proponen. Eso está acorde con lo que también me dijo respecto a que utilizarían el sistema de climatización del edificio para conseguir su objetivo. Y también estoy de acuerdo con el profesor Milanelli en que esta situación dibuja una similitud muy marcada respecto a lo que vivimos en el caso de la ministra Johnson, aunque aumentando exponencialmente su gravedad ante la cantidad de personas implicadas, por supuesto.

Rice resopló.

—Está bien. En cualquier caso, lo que he hecho tras hablar con la doctora Jones ha sido acceder al sistema de climatización de la Asamblea. Ahora mismo lo estamos monitorizando y así lo seguiremos haciéndolo hasta que descubran cómo sacar de allí al Presidente Grant con vida.

Margaux miró durante un instante a los profesores ante la presión que la Directora de la CIA estaba poniendo sobre ellos.

—Nuestra idea es que Morton quiere que Chavrier y Godwin participen en el día de hoy en tratar de salvar la vida de sus respectivos presidentes, como si se tratara de una especie de juego final en el que todos deben tomar parte —le explicó Milanelli—. La información que hemos descubierto en el apartamento de Steve Douglas nos ha permitido descubrir que la iglesia de Los Inválidos de París es el lugar donde encontraremos la información que nos permitirá continuar nuestra búsqueda, aquí en Nueva York y, muy posiblemente, en algún momento del día algo similar ocurrirá con el comisario Godwin. Todavía no sabemos cuándo ni cómo, pero estamos convencidos de que tendrá que descubrir algo en Londres que nos servirá igualmente para continuar con nuestro trabajo.

—¿Y en ese momento sabrán cómo salvarles?

Milanelli pensó un instante antes de responder.

—Es pronto para contestar a esa pregunta, porque ni siquiera sabemos todavía qué tipo de información encontrará Chavrier. Creo que hasta que no conozcamos esa

primera parte de la información no podremos aventurarnos a decir si será o no suficiente con lo que Godwin encuentre en Londres.

A pesar de que preferiría haber escuchado una contestación mucho más concreta, Rice era consciente de la dificultad que para ellos suponía tratar de predecir lo que ocurriría cuando dos personas que se encontraban a miles de kilómetros de distancia descubrieran la información que decían necesitar.

—Entiendo, profesor. Le entiendo.

—De todas formas —añadió Milanelli seguro de que todavía quedaba un punto más que debían tener en cuenta—, si la situación que han diseñado para la Asamblea es similar a lo que hicieron con la ministra Johnson, debe estar preparada para ver cómo la temperatura de esa sala, antes o después, comienza a subir poco a poco.

Rice se quedó de piedra al escucharle.

—¿Cómo dice?

—En la National Gallery, la estructura donde se encontraba encerrada la ministra estaba justo debajo de un aspersor contraincendios, del cual se sirvieron para ir llenándola progresivamente hasta hacer que muriera ahogada —le explicó—. De una manera similar estoy seguro de que en esta ocasión utilizarán el control que tienen sobre el sistema de climatización para hacer que la temperatura comience a subir gradualmente. No sé en qué momento ocurrirá exactamente, pero no me cabe la menor duda de que antes o después lo hará, y cuando eso suceda, comenzará de verdad la cuenta atrás para salvar la vida de Grant, Taylor, Deneux, y del resto de personas que ahora mismo están allí encerradas con ellos.

Capítulo 61

—¡Mierda!

Chavier volvió a expresar en voz alta la frustración que le suponía no estar siendo capaz de encontrar en la iglesia de Los Inválidos lo que los profesores le habían dicho que estaban seguros que encontraría. A esa frustración se le unía el hecho de llevar varios minutos intentando contactar con la agente Connelly infructuosamente. Al ver que de nuevo su teléfono comunicaba cortó la llamada y volvió a mirar a la planta superior de la iglesia donde los cuatro policías que habían acudido a ayudarles esperaban a recibir nuevas instrucciones de su parte. Hacía ya unos minutos que los otros dos policías le habían confirmado, al igual que habían hecho sus compañeros un poco antes, que tampoco ellos habían encontrado nada en las tumbas que les había ordenado inspeccionar.

Cuando iba a intentar una vez más contactar con Connelly, la llamada de ésta disparó su corazón.

—Perdone, comisario, acabo de ver ahora mismo sus llamadas —se disculpó—. Hemos estado hablando con la Directora de la CIA, por eso no ha podido localizarme.

—No se preocupe, agente, no pasa nada.

Chavier sabía que bastante mala era la noticia que debía darles como para encima quejarse sobre si había tardado más o menos en poder hablar con ellos.

—Siento tener que decirles que no hemos descubierto nada interesante —les anunció sin rodeos—. Hemos inspeccionado todas las tumbas como me pidieron. Las siete. Y no hemos podido encontrar nada en ninguna de ellas.

—Revisar las de los hermanos de Napoleón y las de los mariscales era importante porque existía la posibilidad de que hubiesen sido los lugares utilizados por los secuestradores —dijo rápidamente Margaux percibiendo la decepción del comisario en su tono de voz—. Pero sin duda la más interesante para nosotros es la del propio Napoleón. A parte de porque utilizaron la inscripción que hay a la entrada de su cripta para llevarnos hasta esa iglesia, es indudablemente la más importante de todas y la más grande, por lo que también es la que más posibles lugares tiene para dejarnos escondida esa información que tanto deseamos encontrar ahora.

—Lo sé, profesora, y por eso me he encargado personalmente de revisarla —puntualizó Chavier—. Mientras tanto, los inspectores hicieron lo propio con las de José y Jerónimo Bonaparte. Pero como les digo, no hemos podido encontrar nada.

Margaux cerró levemente los ojos durante un instante para tratar de recordar de la manera más fidedigna posible el aspecto que tenía la cripta donde estaban tratando de encontrar algo oculto a pesar de encontrarse a miles de kilómetros de distancia.

—Si no recuerdo mal, alrededor del sarcófago debería haber varias esculturas dispuestas de manera simétrica ¿verdad?

—Doce, para ser exactos, sí —respondió al momento—. Las he inspeccionado

una por una y tampoco he visto nada. Y respecto al propio sarcófago, los inspectores me han estado ayudando y no hemos encontrado nada que pueda servirnos. Incluso hemos valorado la posibilidad de que lo que sea que busquemos se encuentre en la parte superior, pero lo hemos descartado finalmente.

—Sin duda —dijo Campbell mostrando su apoyo a la decisión que habían tomado—. La necesidad de que sea algo fácil de encontrar elimina esa posibilidad. Pero estoy de acuerdo con la profesora. Revisar las otras tumbas que hay en esa iglesia era algo que debíamos hacer por precaución, pero si ya lo han hecho y no han encontrado nada, significa que debemos centrarnos exclusivamente en la tumba de Napoleón.

Chavier le echó un vistazo rápido y contestó.

—En ese caso, espero que nos digan qué quieren que hagamos. Ya hemos revisado cada parte sin éxito. Lo único que quedaría por examinar serían los relieves que decoran el pasillo exterior que rodea a la estructura circular en la que nos encontramos.

—Dudo que ahí esté lo que buscamos —se adelantó a opinar Margaux—. La frase utilizada por los secuestradores es muy sugerente y nos dirige directamente a la propia tumba. Además, ya conocemos de sobra su gusto por utilizar siempre los lugares más llamativos. Recuerde que en el Louvre utilizaron cuadros muy famosos, como La Libertad guiando al pueblo o La consagración de Napoleón. Incluso en el caso de éste último, la fórmula matemática estaba escrita encima del personaje principal del cuadro.

Para él, aquello estaba fuera de toda discusión.

—Estoy de acuerdo con usted, profesora. Y por eso le pido que me digan qué quieren que hagamos exactamente porque a mí no se me ocurre ya nada más, salvo revisar los relieves, que han decidido descartar, o el altar de la iglesia.

—Puede olvidarse del altar también, comisario —afirmó con decisión Milanelli—. Lo que buscamos está justo delante de usted, estoy seguro.

—Pues estará muy bien escondido, profesor, porque no soy capaz de verlo.

Milanelli sonrió.

—Francamente, no creo que sea necesario esconderlo. Además, no me cabe la menor duda de que lo que estamos buscando será lo suficientemente grande como para que pueda ser visto fácilmente.

A pesar de no reconocerlo en voz alta por el respeto y la enorme consideración que tenía hacia los profesores, a Chavier no le hizo ninguna gracia aquel comentario. Allí estaban en total siete policías y ninguno había podido encontrar nada.

—Me veo en la obligación de decirle que creo que se equivoca, profesor. Si estuviera aquí comprobaría usted mismo que no hay nada por ningún lado. Ningún símbolo como el del hombre que hallamos en Notre Dame, ni números como los que tenían los cadáveres de la biblioteca de la Asamblea Nacional y del Panteón en sus manos.

Viendo que no terminaba de captar la idea que trataba de transmitirle, Milanelli

prefirió no seguir perdiendo más tiempo y optó por mostrarle directamente la idea que tenía en mente.

—Cuando llegaron a la iglesia supongo que habría turistas ¿verdad?

—Sí, muchos. Y todos fueron rápidamente desalojados —afirmó con orgullo—. La iglesia está ahora completamente vacía.

—Bien, bien, lo suponía, comisario. Lo que intento decirle es que claramente los secuestradores no podrían arriesgarse a dejarnos información que alguna de esas personas pudiera encontrar. Imagine la situación si alguien descubre que en la tumba de Napoleón hay un mensaje oculto que permitirá salvar la vida del Presidente de los Estados Unidos. Unas fotografías subidas a internet y todo el mundo lo sabría en cuestión de minutos.

—Algo similar a lo que está diciendo se lo transmití yo a mis hombres al comenzar nuestra búsqueda, profesor. Es algo evidente.

Milanelli sonrió una vez más.

—Me alegra saberlo, comisario. Y si estamos de acuerdo en ese punto, y lo unimos al hecho de que a simple vista no han podido ver nada, podemos decantarnos por pensar que tal vez hayan decidido utilizar de nuevo un truco que ya les vimos hacer anteriormente. Uno que la profesora acaba de mencionar indirectamente y que sucedió en el Louvre.

—Lo que buscamos no se puede ver a simple vista —dijo Margaux entendiéndole.

—Exacto. Me temo que una vez más se han valido del truco de dejarnos algo que ahora mismo ni usted, comisario, ni ninguno de los turistas que han visitado hoy esa iglesia habrían podido ver aunque lo tuviesen justo delante.

Al escuchar la propuesta de Milanelli, Chavier se llevó una mano a la cabeza, decepcionado. Después de lo que les habían visto hacer en el Louvre con el cuadro de La consagración de Napoleón, la opción que estaba planteando ahora parecía bastante evidente y debía habersele ocurrido a él mucho antes.

—Si vamos a necesitar la lámpara térmica debo pedir a uno de mis hombres que la traiga enseguida —les anunció.

—No, no. No creo que sea esa la que necesitamos en esta ocasión —respondió rápidamente el profesor—. Si no recuerdo mal la explicación que nos dieron esa lámpara permite distinguir entre cosas hechas en diferentes momentos gracias a su diferente temperatura. Eso nos vino muy bien en el Louvre, pero donde se encuentran ahora mismo no hay cuadros sobre los que hayan podido dejar la información que buscamos. Es por eso que en mi opinión nos resultarían mucho más útiles la lámpara ultravioleta y la lámpara de infrarrojos, que creo recordar que llevan siempre en todos sus coches.

Inmediatamente, Chavier hizo un gesto a Paccaud y éste salió corriendo hacia las escaleras que daban acceso a la planta principal de la iglesia para dirigirse hacia el vehículo que habían dejado fuera. Como bien decía el profesor, todos los coches de la

policía francesa contaban con una lámpara de cada tipo. A pesar de que encontrar información oculta en la escena de un crimen era trabajo exclusivo de la policía científica, disponer de ellas podía resultar decisivo en determinadas situaciones para obtener una primera idea respecto a lo que podría haber ocurrido.

—¿Creen que con ellas encontraremos esa información?

—Es muy posible que sí —reconoció Campbell—. Creo que el profesor tiene razón. Ambas se utilizan para poder ver cosas que no son visibles a simple vista. Eso les habría permitido dejar el mensaje con la absoluta seguridad de que ningún turista lo vería hasta que ustedes llegaran. Incluso puede que ahora mismo estén mirando hacia el punto concreto de la cripta donde se encuentra sin saberlo.

A cada minuto que pasaba, y según los profesores iban mostrando su conformidad con esa posibilidad, la opción de que hubiesen dejado un mensaje oculto similar al del Louvre le parecía cada vez más y más evidente, lo que hacía que se lamentara todavía más por no haberlo pensado por sí mismo antes de volver a llamarles.

—Enseguida podremos comprobarlo. Paccaud ha ido al coche a buscarlas —les reveló con el nerviosismo que le generaba pensar en el retraso que aquella torpeza suya podría suponer—. En cuanto llegue sabremos si tienen razón.

—Le recomiendo que empiecen por la tumba de Napoleón, comisario —propuso Margaux—. Es verdad que las estatuas que la rodean y los relieves del pasillo exterior podrían ocultar esa información, pero creo que el orden lógico debe llevarnos a considerar la tumba como el lugar preferente en nuestra búsqueda.

Mientras tomaba buena nota de sus recomendaciones, Chavrier escuchó el ruido del inspector bajando las escaleras a la carrera.

—Procederemos como usted diga, profesora. Paccaud acaba de entrar en la iglesia —les anunció—. Ahora mismo sabremos si están en lo cierto.

Los profesores y Connelly se miraron también con nerviosismo. Aunque ninguno de los cuatro lo reconocía en voz alta, todos sabían muy bien que si aquella opción no funcionaba no les quedarían muchas posibilidades por probar y tendrían que empezar a plantearse si la iglesia de Los Inválidos era realmente el lugar al que Chavrier debía acudir.

—¡Las tenemos! —exclamó—. Paccaud iluminará el sarcófago con la lámpara infrarroja y Bingleau lo hará con la ultravioleta.

Al otro lado del teléfono, ninguno dijo ni una palabra. Durante varios segundos incluso escucharon el leve sonido de las pisadas de los inspectores caminando alrededor de la tumba de Napoleón.

Por fin, la voz de Chavrier volvió a escucharse.

—No vemos nada, de momento.

Margaux torció el gesto mientras mantenía la mirada fija en el teléfono móvil que Connelly sujetaba en su mano.

—Sigán, comisario —dijo restándole importancia—. Prueben primero con las estatuas que rodean la tumba, y si no encuentran nada, continúen con los relieves del

pasillo exterior. Recuerde que nuestra idea es que ahí tiene que estar la información que buscamos, pero no debemos descartar que pueda estar en cualquier...

—¡Esperen! —gritó Chavrier repentinamente—. ¡Ahí hay algo!

Margaux sintió que el corazón se le encogía hasta casi detenerse.

—¡En una de las estatuas! ¡Con la lámpara ultravioleta! ¡Tenían razón, profesores!

TIEPOLO

Connelly les miró con un gran alivio. Por primera vez comprobaba de primera mano que seguir todo lo que decían era el camino correcto para salvar la vida del Presidente Grant.

—¿Qué hay escrito, comisario? —preguntó Campbell de inmediato.

—Tiepolo —respondió—. Sólo hay una palabra y es esa, Tiepolo.

El sonido italiano de la palabra hizo que inconscientemente Connelly dirigiera su mirada hacia el profesor Milanelli que rápidamente se encogió de hombros mostrando su completa ignorancia ante su posible significado.

—¿En toda la estatua sólo aparece esa palabra? —le preguntó Campbell—. Puede que en alguna parte escondida encuentren algo más.

Chavrier miró a Bingleau que le hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, profesor. No hay nada más. Además, la palabra que hemos encontrado ocupa el suficiente espacio en ella como para entender claramente que es lo único que querían que viéramos.

—En ese caso, resulta primordial que revisen el resto —dijo con nerviosismo Connelly—. Puede que haya otras palabras y que poniéndolas todas juntas sepamos a qué lugar de Manhattan debemos dirigirnos.

Chavrier hizo de nuevo un gesto claro con la mano a los inspectores para que continuaran en la siguiente estatua. En primer lugar, Paccaud pasó la lámpara de infrarrojos y, a continuación, Bingleau hizo lo mismo con la lámpara ultravioleta.

—En la estatua que se encuentra a su derecha no hay nada —les anunció—. Continuamos con el resto. Quedan diez, asique creo que tenemos muchas posibilidades de encontrar más información.

Durante unos segundos, los profesores y Connelly se mantuvieron en silencio.

—Tampoco hay nada en la siguiente. Continuamos.

De nuevo silencio.

—¡Otra palabra!

El nuevo grito de Chavrier les disparó a todos el corazón.

EDRIDGE

—¡Igual que antes, profesores! Un único nombre ocupa un gran espacio de la estatua. En este caso es Edridge.

Campbell y Margaux se miraron con extrañeza.

—Sigán, comisario —le pidió Connelly con prisa.

LAURENCE

—¡Otra más! Laurence. ¿Les dice algo?

La agente miró a Margaux que respondió tras pensar unos instantes.

—No sé si es esa la intención de los secuestradores, pero las tres que han aparecido hasta ahora son apellidos de pintores.

—Eso podría indicarnos un punto de la ciudad —dijo inmediatamente Connelly—. Sólo tendríamos que buscar el lugar donde se expongan obras suyas.

Margaux asintió mostrando su conformidad con esa idea.

—Es muy importante que revisen el resto de estatuas cuanto antes, comisario. Puede que ya tengamos el lugar que estábamos buscando.

Chavier miró a los inspectores y les apremió para que pasaran las lámparas por las restantes con rapidez. Cuando terminaron, descubrieron otras dos palabras más.

BATONI REMBRANDT

—Puede que la profesora esté en lo cierto. Hemos encontrado otros dos nombres, y por lo menos uno de ellos estoy seguro de que se trata de un pintor.

—¿Cuáles, comisario? —preguntó con curiosidad Margaux.

—Batoni y Rembrandt.

—Rembrandt es evidente —dijo con sorna Milanelli.

—Y Batoni también lo es —les indicó la profesora—. Pompeo Batoni fue un pintor italiano del siglo XVIII que se hizo famoso haciendo retratos a nobles extranjeros que viajaban a Roma en aquella época. Del resto de obras, su encargo más importante fue *Caída de Simón el Mago* para la Basílica de San Pedro del Vaticano. Aunque ahora no se encuentra allí, sino en la Basílica de Santa María de los Ángeles y los Mártires, también en Roma.

—Roma ¿de nuevo? —preguntó Chavier.

—Sí, comisario, pero no es nada extraño. La gran mayoría de los mejores pintores de aquella época eran italianos y la gran inmensidad de las obras se conservan allí, por lo que el hecho de que esa obra en particular esté en Roma no debe llamarnos en absoluto la atención.

—Pero al menos, sean o no pintores, lo cierto es que nos marcan un punto de la ciudad ¿no es así? —insistió Connelly.

—Sí, estoy de acuerdo —respondió—. La primera palabra que han encontrado,

Tiepolo, puede referirse a varios artistas, Giovanni Battista Tiepolo, el más conocido, o bien a sus hermanos, Giovanni Domenico y Lorenzo Tiepolo. En cualquier caso, los tres fueron pintores italianos del siglo XVIII, igual que Pompeo Batoni. La segunda, Edridge, diría que hace referencia a Henry Edridge, un pintor inglés del mismo siglo. Dado que parece que todos se refieren a pintores, la tercera, Laurence, apostaría a que la han elegido por Samuel Laurence, otro pintor inglés un poco posterior al anterior, del siglo XIX. De Pompeo Batoni ya hemos hablado, por lo que sólo nos quedaría Rembrandt, del cual estoy segura de que no será necesario que les cuente nada al respecto.

Chavrier escuchaba fascinado una vez más el despliegue de conocimiento mostrado por la profesora, similar al que había demostrado en la sala 77 del Louvre descartando muchos de los cuadros allí expuestos y acelerando el trabajo de encontrar el que debía permitirles iniciar su búsqueda de Deneux aquella noche.

—Por tanto —finalizó—, la única explicación que creo que puede haber a que hayan elegido esos cinco nombres es porque se trate de cinco artistas cuyas obras se expongan en un museo concreto de Manhattan.

Los ojos de Connelly brillaban de emoción. Por fin habían descubierto la información que tanto ansiaban encontrar y ahora les tocaba a ellos interpretarla de la mejor manera posible.

—¿Creen, por tanto, que el trabajo de Chavrier en la iglesia de Los Inválidos ha terminado? —les preguntó antes de dar por finalizada aquella llamada y concentrarse en su próximo destino.

—Yo diría que sí —se adelantó a responder Milanelli—. La profesora nos acaba de aportar maravillosamente datos de cada uno de esos cinco nombres. Siempre que los secuestradores nos han dejado información lo han hecho con la seguridad de que alguno de nosotros tres sabríamos interpretarla y, en este caso, ella lo ha hecho a la perfección. Y también estoy de acuerdo en que la única razón que pueden haber tenido para utilizarlos es que nos indiquen un lugar inequívoco de Manhattan. Nuevamente un museo, que tanto parecen gustarles, a donde ahora debemos ir y descubrir por qué lo han elegido.

—Ya le ha oído, comisario...

—Sí, sí. Y estoy completamente de acuerdo con ellos —dijo de inmediato—. Me alegra haber conseguido encontrar finalmente la información que necesitaban. Nosotros continuaremos utilizando las lámparas por el resto de la cripta de Napoleón, y por las otras tumbas por si hubiesen dejado algo más de información en algún punto de esta iglesia que pudiese ayudarles. Si lo encontráramos, no dude que la llamaré enseguida.

—Gracias, comisario.

Connelly finalizó con rapidez la llamada y miró a los profesores.

—Ahora nos toca a nosotros encontrar el lugar que exponga obras de esos cinco artistas lo más rápido posible.

Sin decir una palabra, Margaux sacó su teléfono móvil, abrió una pantalla del navegador y escribió una búsqueda.

Tiepolo museo Manhattan.

El primer resultado que obtuvo indicaba un museo, tal y como ellos necesitaban, pero aún así, antes de darlo por bueno, era consciente de que debían asegurarse de que expusiera obras de los cinco artistas elegidos, por lo que para descubrirlo realizó una nueva búsqueda.

Tiepolo Edridge Laurence Batoni Rembrandt museo Manhattan.

El resultado fue muy similar. En primer lugar apareció otra vez un museo. El mismo que había obtenido antes.

—Lo tengo —les anunció confiada—. La Biblioteca Museo Morgan. Expone obras de todos ellos. No puede ser otro lugar.

Connelly hizo un ejercicio rápido de memoria.

—Si no me equivoco, está en el cruce de Madison Avenue con 36th Street —dijo pidiéndole con la mirada que lo comprobara.

Margaux pulsó en el enlace que aparecía en la pantalla de resultados para buscar la dirección.

—Así es —afirmó excitada—. Allí continúa el juego de los secuestradores.

Capítulo 62

A pesar de que lo que estaba viendo hacer a Morton era impresionante, para la Directora de la Agencia Central de Inteligencia era impensable que una sola persona pudiera ser capaz de poner en jaque a la CIA y al gobierno de los Estados Unidos. Por ello, tras comunicar a Connelly y a los profesores el robo de dos muestras del virus del Ébola de Fort Detrick, y tras confirmar que uno de sus exagentes las había introducido en el sistema de climatización de la Asamblea General de la ONU para acabar con la vida del Presidente y del resto de mandatarios mundiales que le acompañaban, había decidido reorganizar las tareas encomendadas a sus agentes y asignarles nuevos objetivos que respondieran de manera proporcional a las actuales prioridades. Así, si inicialmente había dispuesto tres grupos diferentes formados por cuatro agentes cada uno, ahora tan sólo un agente se encargaría de seguir los pasos de Connelly y los profesores por Nueva York y otro continuaría con la vigilancia sobre lo que pudiera acontecer dentro del hemiciclo de la Asamblea. De esta reorganización había surgido un nuevo grupo de diez agentes cuya única misión sería recuperar el control de todos los sistemas del edificio de la ONU que hasta ese momento estaban controlados por Morton y sus ayudantes. Y de entre todos ellos, el más importante sin lugar a dudas era el sistema de climatización.

—Dime que ya tenéis algo que nos sirva —le pidió a uno de sus compañeros.

—Estamos intentando revertir la intrusión que han hecho en todos los sistemas —respondió—. Realmente no han tomado cada uno de ellos individualmente, sino que han utilizado un gusano informático para hacerse con el control del edificio.

Rice miró a la pantalla del ordenador. Lo que aparecía le resultaba incomprensible.

—¿Y podéis conseguirlo?

El agente suspiró.

—Quizá con el tiempo suficiente. Nuestro problema es que no disponemos de él.

—Eso está claro —afirmó Rice—. ¿Qué problema os retrasa?

—Este código —contestó señalando al monitor— es el código del gusano informático que han utilizado. Para poder eliminarlo es necesario descubrir su punto de retorno. Y nuestro problema es que jamás habíamos visto uno con un código similar.

Rice no podía aceptar lo que estaba escuchando. Si de algo se vanagloriaba la CIA era de poseer una de las bases más extensas y completas del mundo en lo que a gusanos informáticos, troyanos, virus y todo tipo de intrusiones imaginables se refería. Esta ventaja respecto a otras agencias de inteligencia del mundo se debía a que ellos habían sido los primeros en darse cuenta, varias décadas atrás, del riesgo que podían suponer para la Seguridad Nacional. Desde la aparición del primer gusano informático en 1988, la CIA había creado una división exclusivamente dedicada a su detección y descifrado con la ayuda de varias empresas tecnológicas que afloraron en

aqueños años para dar respuesta a las nuevas amenazas cibernéticas. *Morris*, que así se llamaba el primer gusano de la historia, tuvo el honor de infectar al diez por ciento de los ordenadores que conformaban un recién nacido internet, constituyendo la mayor capacidad de infección jamás conseguida. A pesar de ello, su creador se mostró profundamente arrepentido por lo sucedido y declaró, un par de años más tarde en el juicio que el gobierno de los Estados Unidos inició contra él, que no trataba de hacer daño nadie y que incluso él mismo se había visto sorprendido por su capacidad y velocidad de propagación.

—¿Y qué lo hace tan especial? —preguntó contrariada.

—Su polimorfismo. Era lógico pensar que emplearían un gusano con una elevada capacidad de mutación, pero esto... Esto es algo que no habíamos visto jamás.

Rice resopló con fuerza.

—¿Y por qué los cortafuegos de la ONU no han podido detenerlo?

El agente se giró para mirarla. Estaba claro que la Directora no estaba entendiendo lo que trataba de explicarle.

—Sencillamente es impensable —respondió—. Ni siquiera nosotros podríamos evitar que nos infectase, por lo que debemos alegrarnos de que por el momento esté únicamente afectando a su sistema informático. Independientemente de eso, lo que lo hace tan especial es que su código muta tres veces por segundo.

Rice volvió a dirigir su mirada a la pantalla. Tal y como le explicaba su compañero, las letras que inundaban la pantalla cambiaban constantemente.

—Esa velocidad de mutación hace imposible que podamos encontrar su punto de retorno. Porque aunque lo hiciéramos, éste cambiaría de posición con esa misma rapidez. Tres veces por segundo.

Rice se mantuvo en silencio. El agente entendió su respuesta como un signo de que debía extender su explicación.

—Todos los gusanos informáticos tienen una manera de desactivarlos que inicialmente sólo conoce su creador. Si el código fuera constante no tendríamos problema en desactivarlo. Con los recursos de los que disponemos en la Agencia nos llevaría unos pocos minutos encontrarlo y acabar con él. El primer inconveniente que tenemos es que era de esperar que no emplearan un gusano con código fijo, sino uno con código polimórfico, y así ha sido. En este tipo de gusanos el algoritmo permanece constante mientras su código cambia continuamente haciéndose indetectable para los cortafuegos, como ha ocurrido en este caso con el del edificio de la ONU. Lo que hace a este tan especial es su velocidad de mutación.

—¿Me estás diciendo que es imposible recuperar el control? —le cortó creyendo entender el problema finalmente.

—Ahora mismo no podemos, lo siento. Sólo quien lo haya creado podría.

Rice se mantuvo pensativa unos instantes mientras mantenía la mirada clavada en la pantalla.

—Ese punto de retorno que necesitas ¿es una palabra, un número...?

El agente se encogió de hombros.

—Eso depende del diseñador —respondió—. Pero una secuencia alfanumérica compleja suele ser lo más habitual.

A pesar de las explicaciones de su compañero, Rice no acababa de verlo posible.

—Me niego a creer que Morton haya podido hacer algo semejante. Ni él ni ninguno de los agentes que le están ayudando.

—Parece realmente difícil de creer, desde luego. Me atrevería a decir que un código como este sólo podrían desarrollarlo un puñado de personas en todo el mundo y, desde luego, Morton no es uno de ellos.

—Entonces ¿alguien más ha podido ayudarles?

—Diría que alguien ha tenido que hacerlo obligatoriamente, sí —respondió—. La policía francesa descubrió que la intrusión en la base de datos de la Interpol se había realizado desde un ordenador del edificio de la ONU, de modo que no me extrañaría que ese mismo ordenador haya sido el origen de la infección del sistema y que la persona que lo hiciera fuese el creador del gusano.

Rice asentía mientras le escuchaba. Por fin creía estar llegando a un punto interesante.

—Si eso es cierto, podríamos utilizar las grabaciones de las cámaras de seguridad del edificio para tratar de identificarla ¿verdad?

Rápidamente, el agente se dio la vuelta animado por la idea que planteaba su jefa. Minimizó la pantalla donde aparecía aquel código y abrió una nueva en la que escribió un comando. Al pulsar la tecla Enter, comenzaron a aparecer líneas y líneas de texto superpuestas unas con otras. Al verlo, se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué ocurre?! —le preguntó Rice nerviosa.

—Tenía razón —contestó con incredulidad—. Tenemos acceso a las grabaciones del edificio.

Se detuvo un instante y continuó.

—Pero es imposible. Esas grabaciones están en su base de datos. Si el gusano controla el sistema ¿cómo demonios...?

—¿Puedes descubrir quién hizo esa intrusión o no?

El agente notó la seriedad que adquirió repentinamente el tono de voz de Rice.

—Sí, claro que sí —respondió retomando el trabajo que había comenzado—. Lo descubriremos ahora mismo. Lo que no entiendo es cómo tenemos acceso a esas grabaciones mientras el sistema está controlado por su gusano.

—Porque ellos le dejan acceder, está claro —dijo Rice con seguridad.

La cara del agente era de absoluta sorpresa.

—Lo sé, lo sé. Esa es la única explicación posible, desde luego. Pero es increíble que hayan diseñado un gusano con esta capacidad de mutación y que a su vez contenga un túnel de acceso tan grande sin que vulnere su propia seguridad.

Para Rice todos aquellos conceptos informáticos no eran relevantes. Lo importante era descubrir lo antes posible quién había entrado en la base de datos de la

Interpol para borrar la identidad de las personas que habían ayudado a Morton en París. Y a poder ser, conocer también las suyas.

Cuando las líneas de texto dejaron de aparecer, en la pantalla emergió una lista de ubicaciones.

—El listado de cámaras del edificio —murmuró el agente—. Si no recuerdo mal, la policía francesa descubrió que la intrusión se realizó desde la quinta planta hace tres días.

Rice observaba con atención el trabajo que realizaba su compañero. En pantalla apareció un segundo listado que mostraba esta vez las cámaras de la quinta planta del edificio.

—Creo que podremos dar con ella si comparamos las identidades de todas las personas que estuvieron en esta planta a lo largo del día con las de los trabajadores del edificio. Nos llevará unos minutos, pero en teoría la única persona que no podrá ser identificada es la que estamos buscando.

La directora dudó un instante.

—¿No podría ser un trabajador?

El agente negó repetidamente.

—Quien lo haya hecho tiene que ser un informático con un nivel de conocimiento altísimo en programación. Dudo mucho que pudiera hacer cualquier otro trabajo sin que llamase la atención.

Rice se dio por satisfecha con su razonamiento.

—En ese caso, inicia la búsqueda. Quiero saberlo cuanto antes.

El agente abrió el directorio de trabajadores de la ONU y la inició. Tras varios segundos observando cómo el programa comenzaba a hacer comprobaciones de identidad, Rice caminó varios metros hasta colocarse en el lugar de trabajo de la única agente encargada del seguimiento de Connelly y los profesores.

—¿Algún movimiento interesante?

—No demasiado —reconoció algo hastiada—. Acaban de subir a su coche y se dirigen en dirección noreste, pero no tengo información de a dónde exactamente.

Rice se alegró de ver que al menos ellos parecían proseguir su trabajo con normalidad. Seguidamente cruzó toda la habitación hasta llegar al lugar donde una compañera suya seguía al tanto de cuanto sucedía en el hemiciclo de la Asamblea General. En vez de preguntarle, se colocó justo detrás de su silla, apoyó ambas manos sobre ella, y se detuvo a observar al Presidente. Dentro de la sala no parecía haber cambios significativos. La mayoría de los asistentes conversaban en grupos mientras el Presidente Grant hablaba en privado con uno de sus guardaespaldas, con Taylor y Deneux a un par de metros de distancia.

—No ha ocurrido nada ¿verdad?

—Nada en especial —respondió la agente—. Hace unos minutos el Presidente se ha vuelto a dirigir a los asistentes para recordarles que están trabajando para solucionar el pequeño problema de seguridad que tienen.

—¿Siguen creyéndole? —preguntó con una media sonrisa.

—Se escucharon murmullos —reconoció—. Pero al poco todo volvió a la calma y de nuevo se han formado varios corrillos. Todos parecen llevarlo con bastante normalidad. Lo que no para de aumentar es la expectación en el exterior de la Asamblea. La cobertura en todas las cadenas es total.

La agente utilizó uno de los monitores de la pared para conectar las señales de varios medios informativos.

—ABC, NBC, CBS, FOX... Todas están emitiendo desde el exterior de la Asamblea. Y fuera de los Estados Unidos la situación es similar.

Tecléo un comando y las cadenas que aparecían en pantalla cambiaron.

—La BBC, Sky, France24, Rai, RTL... Estamos en el punto de mira del mundo entero en estos momentos.

Rice se llevó la mano izquierda al rostro y cerró los ojos durante unos instantes. En ese momento, la llamada emocionada del agente encargado de comprobar las identidades de los trabajadores del edificio de la ONU hizo que el corazón le diera un vuelco.

—¡Lo tengo! —exclamó nervioso al verla llegar hasta él.

Rice vio la imagen de la pantalla dividida en dos. A la izquierda se podía ver una captura de una de las cámaras de vigilancia en la que aparecía un hombre de mediana edad. En la parte derecha, su ficha de trabajador de su empresa.

—¿General Security? —preguntó extrañada.

—Sí, es una empresa muy potente de seguridad privada —respondió el agente, dejando claro que la conocía—. Y parece ser que se hizo pasar por un trabajador de su división informática para acceder al ordenador del edificio de la ONU desde el que borró las identidades en la base de datos de la Interpol y, casi seguro, desde donde introdujo el gusano a todo el sistema.

Rice no podía ocultar su satisfacción. Desde que había regresado de Nueva York, y habían comenzado a trabajar en exclusiva en ese caso, ya habían encontrado las primeras imágenes de Morton en Canadá, habían conseguido identificar al exagente de la CIA que había accedido al sistema de climatización de la Asamblea General para dejar las muestras de virus de Ébola robadas en Fort Detrick y, ahora, tenían también la identidad del hombre que se había hecho con el control de todos los sistemas del edificio de la ONU.

—James Ford —susurró leyendo su nombre—. ¿Es tan buen informático como se supone?

El agente se dio la vuelta y sonrió.

—Todavía mejor. He conseguido encontrarle tan rápido porque ni siquiera he necesitado que el sistema terminara de identificar a todos los trabajadores que estuvieron ese día en la quinta planta. Este hombre está en nuestra base de datos desde hace años. A finales de la década pasada le investigamos en varias ocasiones por diversos casos de ataques informáticos realizados en diferentes partes del mundo.

—¿Y por qué sigue en libertad?

—Nunca se pudo demostrar que fuera el responsable —respondió el agente—. Hasta ahora nunca había hecho ningún ataque, sino que había diseñado los virus o los gusanos para terceras personas.

Rice arqueó las cejas.

—¿Un pirata informático por encargo?

—Uno muy bueno —contestó sin poder ocultar su admiración.

La Directora mantuvo su mirada fija en la pantalla unos instantes.

—¿Podemos saber algo más de él?

—Por supuesto —dijo dándose rápidamente la vuelta—. Cargaré su informe para ver si nos puede ayudar.

Tras unos segundos, un documento pdf apareció en pantalla. En la imagen que le acompañaba, el aspecto de aquel hombre era algo más joven, pero no dejaba lugar a dudas. Rice cogió una silla de la mesa contigua y se sentó al lado del agente. Durante un par de minutos se detuvo a leer lo que ponía el informe. Por fin habían identificado a una de las personas más importantes que estaban detrás de todo aquello y necesitaba conocer tanta información sobre él como pudiera.

Cuando iba por la mitad aproximadamente, un detalle llamó su atención.

—¿Por qué no aparece ningún nombre?

El agente hizo un gesto de sorpresa denotando que no sabía a qué se refería.

—Aquí —le aclaró señalando una línea en concreto—. Dice que durante años trabajó junto a otra persona diseñando virus por encargo, pero su identidad está borrada.

El agente frunció el ceño. Como le decía Rice, en el informe quedaba constancia de que la identidad de aquella persona había sido eliminada.

—Por alguna razón se ha borrado —murmuró mientras tecleaba un comando—. Ahora mismo lo descubriremos.

En cuanto pulsó Enter, la ficha de una mujer apareció en pantalla.

Capítulo 63

Connelly escribió en el navegador el nombre de la Biblioteca Morgan y al instante el trayecto que debían seguir apareció en pantalla. Tras descubrir la profesora cuál era el lugar al que los secuestradores querían que acudieran con los nombres que habían dejado grabados en las Venus de la cripta de Napoleón, los cuatro se habían subido rápidamente al coche para llegar a su destino sin perder tiempo.

—¿Tienen alguna idea de qué podemos encontrar allí? —les preguntó arrancando el vehículo y emprendiendo la marcha.

—En mi opinión, resulta muy interesante que hayan utilizado los nombres de esos cinco artistas para indicarnos el lugar al que quieren que vayamos. Aunque es difícil explicar exactamente la razón que puede haber detrás.

—Quizá simplemente lo hicieron de ese modo porque no sería posible definir un único museo de Nueva York utilizando sólo un par de nombres —propuso la agente.

Milanelli torció el gesto.

—Sí, podría ser —respondió vagamente—. Tal vez esta ciudad sea tan complicada que se han visto obligados a utilizar cinco en total.

—Francamente, ignoro si eso es o no un dato relevante —opinó Campbell—. Lo que sí me resulta chocante es que nos dirigimos a un lugar muy particular. Si no estoy equivocado, la Biblioteca Museo Morgan, a pesar de su nombre, es más bien una biblioteca que un museo ¿verdad?

Margaux vio cómo Campbell, sentado a su lado en el asiento trasero del coche, la miraba con gesto amable.

—Sí, así es —respondió—. La mayoría de los autores que han utilizado son conocidos por sus grabados, más que por sus cuadros y, como bien dices, la colección que recoge la Biblioteca Morgan es la formada precisamente por los libros que contienen esos grabados.

—De modo, que esta vez están mezclando dos de las cosas que ya habían utilizado previamente —comentó Milanelli—. Cuadros, como en el Louvre, y libros, como en la biblioteca de la Asamblea Nacional.

—No sólo en París —le corrigió Connelly—. Recuerde que hoy hemos estado en la Biblioteca Pública. Tal vez pasar por allí no fue una completa pérdida de tiempo después de todo.

Al escuchar ese comentario fue Margaux quien miró a Campbell sorprendida.

—Es una larga historia —le explicó entendiendo la confusión que denotaba su cara—. Pero cuando desapareciste en el museo Metropolitano uno de los guardas de seguridad recitó una línea del poema *Invictus*, de William Ernest Henley. Eso nos llevó a buscar el libro original a la Biblioteca Pública en primer lugar, ya que no sabíamos qué había pasado y por dónde debíamos buscarte. Aquel hombre, que estábamos convencidos que había participado en tu desaparición, nos dijo que no nos preocupáramos por ti, que estarías bien, y que buscáramos «más allá de este lugar de

ira y llantos, donde yace el horror de la sombra».

Margaux escuchaba aquella historia con atención.

—Como digo, eso nos llevó en un primer momento hasta la Biblioteca Pública. Como no sabíamos muy bien por dónde continuar buscando llamamos al comisario Chavrier para pedirle a Eugene que buscara información que uniera ese poema y esta ciudad con la esperanza de que nos dijera un lugar donde encontrarte.

—¿Y así llegasteis a Central Park?

—No, exactamente —respondió Milanelli—. Eugene nos informó de que ese poema había sido recitado por un hombre que había cometido un atentado en el sur de Manhattan, en la estación de metro de Rector Street para ser exactos, justo antes de que lo ejecutaran.

—Timothy McVeigh —puntualizó Connelly por detrás.

—Por tanto, parecía claro que la razón por la que el guarda de seguridad había recitado esa parte del poema Invictus no era para que buscáramos el libro original en la Biblioteca Pública, sino para que nos dirigiéramos a ese punto concreto de la ciudad del que nos habló Eugene —continuó Campbell—. Como seguro que estarás pensando, no encontramos nada interesante en aquella estación de metro. Pero sí, justo a su lado.

Campbell hizo una pausa, la miró y elevó las cejas aportando un momento de incertidumbre a su relato. Margaux sonrió entendiendo perfectamente lo que hacía.

—Al otro lado de la calle, justo en frente de uno de los accesos a la estación, encontramos una iglesia e inmediatamente supimos que habíamos hallado justo lo que buscábamos. La iglesia de la Trinidad era realmente el punto que los secuestradores nos estaban señalando con ese fragmento de poema —le reveló finalmente—. Sin embargo, por dentro estaba completamente vacía.

—¡Y apropiadamente cerrada al público! —apostilló Milanelli cortándole.

—Nada más entrar nos dirigimos directamente al altar mayor, creo que de manera inconsciente tras lo sucedido en Notre Dame, y allí encontramos la hoja del poema Invictus y un hexagrama.

—Creo que fue mucho más interesante lo que vivisteis vosotros buscándome que mi conversación con Morton —comentó sorprendida por toda aquella historia.

—Espere, profesora —le recomendó Connelly—, porque en este punto sí que estamos cerca de encontrarla, y no se puede ni imaginar el modo en que Milanelli relacionó aquellos dos objetos que descubrimos en la iglesia con el lugar donde debíamos buscarla.

Margaux se incorporó levemente del asiento para acercarse al hueco que formaban los dos asientos delanteros demostrando su interés porque el profesor le explicara con detalle aquel extraordinario razonamiento.

—En realidad no fue para tanto —dijo algo ruborizado—. Pero a la vista está que al menos fue acertado.

Milanelli se dio la vuelta y le guiñó un ojo.

Margaux sonrió.

—Lo que hice fue relacionar aquel hexagrama con la exposición de la sucesión de Fibonacci que nos llevó en nuestros primeros pasos en Manhattan al museo Metropolitano. Era indudable que, si de todos los objetos posibles elegían uno simétrico, su relación con la sucesión y con el número áureo eran más que evidentes.

—Pero ¿cómo eso os llevó a Central Park?

El profesor mostró una media sonrisa de satisfacción.

—Porque en mi opinión, que nos dejaran el hexagrama era una señal inequívoca de que querían que relacionáramos ambas cosas, como acabo de decir, y como les expliqué a ellos en su momento, esa no era la primera vez que hacían uso de una figura simétrica.

—En París dibujaron la espiral en el pecho de aquel hombre —dijo Margaux al instante.

—¡Exacto! Eso mismo les dije yo. Y teniendo eso en mente, mi razonamiento fue que en Nueva York debía existir un lugar con una forma simétrica similar a una espiral y que usted se encontraría en su origen.

La profesora le miró con la boca abierta.

—Más o menos así me quedé yo también —comentó Connelly viendo su cara reflejada en el retrovisor—. Pero por increíble que pueda sonarle, realmente tenía razón. Como Manhattan está lleno de rascacielos estaba claro que no podríamos buscar ese lugar al que hacía referencia el profesor desde el coche, por lo que cogimos de nuevo el helicóptero con el que llegamos de Washington y sobrevolamos la ciudad.

—¿Y en Central Park encontraron la espiral?

A Campbell se le escapó una pequeña carcajada. Escuchando la historia completa todo parecía una locura.

—Así es —respondió—. No me digas cómo fue posible, pero desde el helicóptero se veía claramente cómo en la parte sur del parque los diferentes colores de un conjunto de árboles dibujaban una espiral. Justo lo que decía Milanelli que encontraríamos.

—De modo que aterrizamos y rápidamente nos dirigimos a ese punto central donde increíblemente hallamos una entrada al sistema de alcantarillado —prosiguió Connelly terminando la historia—. Dos parejas de policías bajaron en su búsqueda y bueno... la encontraron.

Margaux dejó caer su cuerpo de nuevo sobre el respaldo del asiento. La historia de su rescate sonaba realmente asombrosa.

—Por eso dije hace un momento que no sólo ustedes estuvieron en una biblioteca como la de la Asamblea Nacional, sino que nosotros tres hemos visitado hoy la Biblioteca Pública de Nueva York, también —dijo retomando la conversación en el punto en el que la habían dejado.

Campbell dirigió un momento su mirada por la ventanilla para observar la

imponente silueta del Empire State que se veía a unos metros de distancia antes de exponer su idea sobre lo que creía que debían hacer allí.

—Puede que simplemente debamos esperar y ver qué nos encontramos. Desde luego espero que nos sea ningún cadáver como en la Asamblea. Pero no podemos pasar por alto la similitud que el juego de hoy está empezando a adquirir con el que vimos en París.

—¿En qué sentido? —preguntó rápidamente Connelly atraída por aquel misterioso comentario.

—Lo primero de todo, por lo que Morton le dijo a la profesora. Hasta ahora nosotros tres hemos vivido dos situaciones radicalmente diferentes. La de París, en la que pronto supimos que no iban a asesinar a Deneux, porque su secuestro se trataba en realidad de algo así como un mensaje para el presidente, y la de Londres, donde tenían pensado asesinar a los ministros independientemente de lo que hiciéramos. El hecho de que Morton le dijera claramente a ella que nos brindan la oportunidad de salvarles nos transporta inevitablemente a la noche de París. Y si tenemos esto en cuenta, lo que ha ocurrido ahora guarda cierto paralelismo con lo que vimos allí. Eso me lleva a pensar que tal vez esos cinco nombres que descubrió Chavrier no sean únicamente una manera de dirigirnos a la Biblioteca Morton, sino que tal vez sean parte de la información que necesitaremos más adelante para conseguir nuestro objetivo de salvarles la vida.

Capítulo 64

Eugene Beaumont.

Rice no daba crédito a lo que leía.

—¿La mujer que diseñaba virus informáticos con James Ford trabaja actualmente para la policía francesa?

El agente que estaba a su lado miraba al informe que aparecía en pantalla con la misma cara de sorpresa que su jefa.

—¿Cree que ella puede estar también detrás de todo esto?

Rice se mantuvo un instante en silencio.

—No, no, seguro que no —respondió finalmente—. Lleva casi diez años trabajando con la policía. Eso fue mucho antes de que Morton fuera relevado. Y además, según tengo entendido, fue decisiva para encontrar a Deneux con vida y colaboró con los profesores en el día de ayer para que pudieran salvar al ministro Hudson. Seguro que no tiene nada que ver, pero sí creo que puede servirnos de gran ayuda. Si trabajó con él es muy posible que conozca el gusano que ha utilizado. Incluso que sepa cómo eliminarlo.

Los ojos de ambos brillaban ante la enorme oportunidad que tenían ante ellos.

—¡Por eso tenemos que contactar con ella enseguida!

En París, Eugene comprobaba en su ordenador información acerca de la iglesia de Los Inválidos. Hacía un par de minutos que Chavrier le había llamado para pedirle que recabara todo lo que pudiera sobre ella y que tratara de buscar posibles conexiones con la desaparición de Deneux o con El caso Coen.

Mientras miraba concentrada a la pantalla, el sonido del teléfono hizo que desviara tímidamente su mirada de ella segura de que de nuevo el comisario le estaría llamando para pedirle que realizara alguna búsqueda más.

—Todavía no he conseguido encontrar nada, señor.

El silencio que percibió al otro lado del auricular hizo que bruscamente volviera su mirada a la base del teléfono para comprobar quién estaba llamando.

Justo al mismo tiempo escuchó una voz.

—¿Es usted la agente Eugene Beaumont?

El acento americano no le pasó desapercibido.

—Sí, soy yo ¿quién lo pregunta?

—Cynthia Rice, Directora de la CIA.

Eugene se incorporó de un salto y se sentó correctamente en la silla sorprendida por la importancia de la persona que se estaba tomando la molestia de llamarla directamente a su laboratorio.

—Dígame ¿en qué puedo ayudarla?

Al otro lado del teléfono, Rice inspiró hondo y comenzó su explicación.

—Estoy segura de que está perfectamente al tanto de lo que está ocurriendo ahora mismo en Nueva York, pero aún así voy a resumírselo muy rápidamente antes de explicarle la razón de mi llamada. Como sabrá, ahora mismo el Presidente Grant, el Primer Ministro Taylor y su presidente están encerrados en el hemiciclo de la Asamblea General de la ONU.

—Lo sé, sí. Está en todas las cadenas.

—Bien, bien. En ese caso, puedo adelantarle que hemos descubierto que la razón de que estén ahí encerrados, sin que podamos acceder a él, es un gusano que las mismas personas que hicieron que el hijo del presidente Deneux desapareciera, y que asesinaron a los cinco ministros del gobierno británico, han introducido en todos los sistemas del edificio de la ONU.

A pesar de que quería preguntarle cuanto antes si ella podría desactivarlo, todavía existía una pequeña parte en su interior que dudaba si podría ser cómplice de lo que estaban viendo en esos tres días, como había sugerido segundos antes su compañero. Precisamente por eso, se tomó unos instantes para descubrir qué era lo que sabía exactamente al respecto.

—Si no tengo información errónea, usted consiguió descubrir que los secuestradores habían accedido a la base de datos de la Interpol desde un ordenador del edificio de la ONU ¿verdad?

—Sí, así es —respondió—. Para ello utilicé un programa de búsqueda que partía de la propia base de la Interpol y que permitía rastrear las modificaciones que se habían hecho en ella. Me llevó varias horas conseguirlo, pero al final descubrí que el acceso se había hecho desde un ordenador de la quinta planta de ese edificio, sí.

Rice se dio por satisfecha.

—Me alegra saber que tiene amplios conocimientos informáticos que le permiten realizar ese tipo de averiguaciones tan valiosas. Y precisamente por eso la estoy llamando. Por eso y porque acabamos de leer un informe secreto donde aparece su nombre. O mejor dicho, de donde su nombre ha sido eliminado.

Eugene no dijo una palabra. Sabía de sobra que su pasado antes de entrar a trabajar en la policía era lo suficientemente extenso y turbio como para figurar en los archivos de la CIA.

—El caso es que la persona que accedió a la base de datos de la Interpol desde el ordenador del edificio de la ONU, y que introdujo ese gusano informático en su sistema, es alguien a quien creo que conoce muy bien; James Ford.

Eugene se quedó helada al escuchar su nombre.

—De su silencio denoto que le conoce —prosiguió Rice tras unos instantes—. El problema que tenemos ahora es que según nuestros expertos en informática, el gusano en cuestión que el señor Ford ha utilizado para tomar el control de la ONU es de un tipo muy particular, con una capacidad de mutación excepcional.

—*Denise* —susurró Eugene inmediatamente.

—¿Perdón?

—El nombre del gusano al que está haciendo referencia, se llama *Denise*. Le pusimos ese nombre por la exnovia de James.

Rice se detuvo un momento para tratar de asimilar que el gusano informático que amenazaba con asesinar al Presidente Grant y a gran parte de los dirigentes mundiales tuviese un nombre tan poco original.

—Pues *Denise* ahora mismo tiene controlado el edificio de la ONU al completo. Mejor dicho, todo salvo el acceso a las cámaras de seguridad.

—¿Pueden ver lo que graban? —preguntó extrañada.

—Así es, lo que están grabando y también las grabaciones de los últimos días. Según parece, a pesar de que tiene todo el edificio completamente bajo control, también tiene un túnel de acceso que nos permite ver las grabaciones.

Eugene no pudo disimular sonreír orgullosa por la maravilla de programa que habían diseñado.

—Lo que quiero que me diga —continuó Rice— es todo lo que sepa sobre él. Por qué y para quién lo crearon y si puede desactivarlo.

Eugene resopló tratando de recordar información sobre algo que había ocurrido hacía más de una década.

—Empezando por la segunda pregunta —respondió—, le puedo decir que inicialmente lo diseñamos para un encargo que nos hicieron en 2001. Querían un gusano lo suficientemente potente como para infectar en pocos segundos un edificio completo y que pudiese ser controlado remotamente.

—Justo lo que está ocurriendo —le interrumpió Rice.

—Sí, por desgracia, sí. Pero eso fue hace muchos años.

—¿Y a quién se lo vendieron?

Eugene hizo memoria de nuevo.

—A nadie, en realidad. No sé de dónde era el comprador que nos hizo el encargo, pero por la información que teníamos, y por las especificaciones que nos dieron, creo que querían utilizarlo contra algún país del Este.

—¿No se lo entregaron al final?

—¿A *Denise*? No —respondió Eugene al instante—. Para ese encargo utilizamos otro gusano que estábamos desarrollando en ese momento y en el que llevábamos meses trabajando. Al final, por aquella época, todos los trabajos que nos encargaban era muy parecidos entre ellos, de modo que siempre teníamos a medio desarrollar varios gusanos a los que sólo teníamos que darles forma para que se adaptaran a las características que pedía el cliente.

—¿Y en el caso que nos ocupa? —insistió tratando de que fuera más concreta.

—A este cliente lo que le dimos al final fue un gusano diferente. Cuando comenzamos a ver el enorme potencial que tenía *Denise* decidimos que no podíamos entregárselo a cualquiera y lo guardamos para nosotros.

—¿Y qué hicieron con él?

—Seguimos trabajando en maximizar su potencial durante algún tiempo —

contestó—. El problema es que llegamos a desarrollarlo hasta tal punto que sobrepasaba la capacidad de defensa que sabíamos que tenían la mayoría de los países en aquel momento. Incluidos Francia y Estados Unidos.

Eugene hizo una pausa.

—¿Qué capacidad de mutación tiene el que ha infectado el edificio de la ONU?

—Tres mutaciones por segundo —respondió Rice recordando lo que le había dicho su compañero minutos antes.

—Hasta ahí llegamos nosotros, sí. No quisimos continuar. James era partidario de tratar de darle un mayor polimorfismo, pero yo no quería. Sabía que los países contra los que podría usarse tardarían años en llegar a desarrollar cortafuegos capaces de controlarlo.

—Según me han indicado nuestros informáticos el del edificio de la ONU no pudo evitar la infección.

—Por eso digo que me negué a continuar con su desarrollo. Estábamos creando algo demasiado peligroso que sabíamos que no seríamos capaces de controlar.

—Entonces ¿qué hicieron con él?

—Poco después de eso yo salí de aquel mundo e ingresé en la policía, de modo que no sé qué fue de él, exactamente. Supongo que James continuaría por su cuenta intentando potenciarlo, pero si me dice que muta tres veces por segundo quiere decir que no quiso o no pudo hacerlo.

Rice sintió cierto alivio al escucharla.

—¿Y cree que podría desactivarlo?

Eugene volvió a dudar.

—Tiene que tener en cuenta que han pasado muchos años de aquello y que seguramente James haya introducido muchos cambios en su código desde entonces.

—Eso no es una respuesta...

Eugene suspiró.

—Tendría que ver su código y analizarlo antes de contestarle, y para hacerlo necesitaría tener acceso a sus ordenadores.

—Eso es imposible —afirmó Rice categóricamente.

—Lo sé, lo sé. Por eso le digo que dudo que pudiera ayudarles porque para hacerlo tendría que estudiar su código, los cambios que haya podido hacer James en él, el protocolo de mutación que sigue... Muchas cosas que sólo pueden hacerse teniéndolo delante, y ya sé que no es posible acceder remotamente a los ordenadores de la CIA.

Rice sintió que el mundo se le venía encima. La única persona que podía ayudarles se encontraba a seis mil kilómetros de distancia, y aunque quisiera traerla hasta la Agencia, tardaría varias horas en llegar.

—De todas formas creo que sé quién podría ayudarles.

La Directora abrió los ojos esperanzada.

—¿Quién, agente?!

—Ha dicho que me llamaba porque mi nombre aparecía en el informe de James, ¿verdad?

—Sí, así es.

—¿Y no figura el nombre de otra persona más?

Sorprendida por aquella pregunta, Rice se abalanzó sobre el ratón del ordenador y maximizó la ventana que mostraba el informe. Rápidamente bajó el cursor hasta el punto donde habían encontrado su nombre borrado.

—No, sólo usted. ¿A quién se refiere? —preguntó excitada.

Al otro lado del teléfono, Eugene sonrió.

—¿Cuánto tardarían en llevar hasta allí a una persona que ahora mismo está en Nueva York?

—Máximo una hora —respondió Rice al instante.

—Entonces le recomiendo que vaya programando el viaje. Aunque en ese informe no aparezca, en realidad éramos tres personas las que trabajábamos juntas por aquella época. Y por lo que dice, veo que él fue más listo que yo borrando cualquier rastro de su pasado.

Capítulo 65

La Biblioteca Museo Morgan está ubicada en pleno corazón de Manhattan, en la intersección de Madison Avenue con 36th Street. Muy próximos a ella se encuentran también otros edificios que resultan visita obligada para los turistas que viajan hasta Nueva York, como la Estación Central, el Empire State y el edificio Chrysler. La colección que exhibe el museo incluye la mayor parte de los documentos históricos, libros, manuscritos y partituras que el magnate y banquero John Pierpont Morgan acumuló a lo largo de toda su vida, especialmente entre finales del siglo XIX y los primeros años del siglo XX. Muchas de sus obras son únicas en el mundo y, por tanto, de incalculable valor, como dibujos de Leonardo da Vinci, Miguel Ángel y Rubens, o una de las pocas copias completas que se conservan de la Biblia de Gutenberg.

Al llegar delante del edificio, los cuatro se bajaron rápidamente del coche y se dirigieron hacia la entrada del museo que se encontraba custodiada por dos policías. Minutos antes, todavía delante del apartamento de Steve Douglas, los profesores se habían mostrado de acuerdo en la necesidad de conseguir que éste se encontrara completamente vacío a su llegada. Para cumplir su petición, Connelly había hecho una rápida llamada justo antes de dirigirse hacia él que, viendo su aspecto exterior, había sido suficiente para que la policía cumpliera con suma rapidez y eficacia su cometido.

En el hall de entrada, Connelly se detuvo. Nunca había estado en aquel museo y la impresión que tenía en ese preciso instante, viendo lo que les rodeaba, era que el aspecto que mostraba su interior era mucho más parecido al de cualquier edificio de apartamentos para millonarios de Upper East Side que propiamente el de un museo. Sin saber qué tenían que hacer allí o a dónde debían dirigirse se dio media vuelta buscando a la profesora.

—Este es el lugar que llevábamos tanto tiempo buscando —les anunció—. El que contiene obras de esos cinco autores que el comisario Chavrier encontró en la iglesia de Los Inválidos. Ahora tendrán que decirme qué hay aquí que pueda ayudarnos.

Margaux entendió rápidamente la confusión que sentía la agente. El hall en el que se encontraban tenía un suelo de parqué color beige, cuyo aspecto reluciente podía hacer pensar equivocadamente que jamás había sido pisado por nadie, y paredes cubiertas de láminas de madera de cerezo. La ausencia total de cualquier referencia a lo que allí se exponía hacía difícil creer que se encontraran verdaderamente en el interior de un museo. Como ya habían hecho en varias ocasiones en los dos últimos días, se acercó a la recepción y cogió un plano. Al volver hasta donde se encontraban sus compañeros lo abrió para compartir con ellos la idea que tenía en su mente.

—No tengo especial conocimiento sobre este museo —dijo al tiempo que echaba un ojo al plano—. Sólo sé que el hijo de John Pierpont Morgan convirtió su casa en un museo y que expone muchas de las cosas que éste coleccionó durante años.

Campbell observó durante unos breves instantes el plano que Margaux sostenía en su mano. A pesar de que él sí conocía la importancia de muchas de las obras que albergaba aquel edificio, era consciente de que su prioridad debía ser centrarse en encontrar las de los cinco autores que los secuestradores habían elegido.

—Aquí dentro encontraremos una mezcla muy particular de estilos —dijo sin apartar su mirada del plano—. Partes como este hall, el patio Gilbert o las galerías de Morgan Stanley tienen un aspecto moderno y sofisticado porque están en el edificio nuevo. Este museo se encuentra repartido entre dos edificios muy diferentes, lo que explica el contraste de estilos que veremos cuando nos adentremos en él. Si nos centramos en las salas del edificio antiguo lo que veremos es un estilo propio de principios del siglo xx, como es el caso de la biblioteca y del estudio Morgan —les indicó señalando dos pequeñas imágenes que mostraba el plano.

—¿En cuáles de ellas habría más posibilidades de que estuvieran las obras que estamos buscando? —preguntó Milanelli dirigiéndose a la profesora.

Margaux dedicó unos instantes a revisar el plano antes de responderle.

—Sin duda la Biblioteca Morgan parece el lugar más interesante para nosotros —contestó—. Campbell tiene razón, aquí dentro hay un contraste muy grande de aspecto entre las salas que están en el edificio nuevo y las que están en la que fue la casa de JP Morgan. Y si tenemos en cuenta lo que hemos visto hacer a los secuestradores en todo este tiempo, me decanto por empezar por las del edificio antiguo.

Connelly miró el punto donde se encontraba la biblioteca y alzó la vista tratando de ubicarse.

—¿Descartan por tanto el resto de salas? —les preguntó antes de dirigirse hacia ella—. Si no recuerdo mal, entre los cinco pintores que Chavier encontró en París había cuatro del siglo xviii y uno del xix. Quizá eso podría ser una señal de que debemos buscar en puntos diferentes del museo y no sólo en esa biblioteca.

Campbell entendió enseguida las dudas que mostraba la agente, pero también era muy consciente de lo que revisar más de una sala suponía.

—Es posible —comentó tratando de hacer más amable su respuesta negativa—. Pero implicaría separarnos y, después de lo que ocurrió en el museo Metropolitano, estoy convencido de que sería mejor permanecer juntos en todo momento.

Connelly sintió un doloroso pinchazo en el estómago al recordar el acontecimiento al que hacía referencia el profesor.

—Por supuesto —dijo taxativamente—. No nos volveremos a separar. Sólo planteaba la posibilidad de que tal vez debiésemos revisar más ubicaciones aparte de la biblioteca que nos propone la profesora, si es que en ella no encontramos lo que hemos venido a buscar.

—La entiendo —comentó Margaux sobreponiéndose al miedo que le provocaba el mero recuerdo de lo ocurrido la última vez que habían entrado en un museo—, y puede que esté en lo cierto. Si nos han hecho venir hasta aquí tiene que ser por una

razón que ahora debemos descubrir, y es indudable que la biblioteca debería ser nuestra primera opción. Sin embargo, no es del todo exacto lo que acaba de decirnos, sino que de los cinco pintores elegidos por Morton, Rembrandt es del siglo XVII, Tiepolo, Edridge y Batoni lo son del XVIII y Laurence del XIX.

—Pero eso precisamente aportaría más peso a mi propuesta —replicó al instante con sutileza.

Margaux negó repetidamente con la cabeza de manera tímida, pero clara.

—Comprendo su opinión, créame. Pero lo que dice no es posible. Esto no es el Louvre o la National Gallery. En este museo no se exponen grandes obras que pudieran estar clasificadas en diferentes salas según su autor o según el siglo en el que fueron pintadas. De ser así, lo que dice tendría mucho sentido y muy posiblemente estaría en lo cierto. Sin embargo, salvo Rembrandt y Batoni en menor medida, los otros tres pintores son famosos por sus grabados y esas pequeñas obras se recogen en libros. Libros que deberían estar en la Biblioteca Morgan.

Connelly inclinó levemente la cabeza dando por buena la explicación sensiblemente más detallada que acababa de proporcionarle la profesora y comenzó a caminar hacia el lugar donde se encontraba, según el plano.

—Ojalá tenga razón —comentó mientras atravesaban el patio Gilbert—. Cualquier aspecto que simplifique nuestra tarea será bien recibido, y que los libros de esos cinco pintores estén en una misma sala creo que será de gran ayuda para nosotros.

Los profesores la siguieron en silencio, sin exponer su opinión al respecto. A pesar de no expresarlo en voz alta, los tres tenían una sensación muy similar. Si en aquella biblioteca no encontraban nada parecido a lo que habían visto dos días antes en la de la Asamblea Nacional de París no tenían muy claro cómo aquellos cinco nombres iban a poder ayudarles, pero, al mismo tiempo, ninguno deseaba por nada del mundo descubrir un cadáver en ella. Milanelli incluso tenía claro que hacerlo desmoronaría por completo el proceso deductivo que estaban siguiendo aquel día.

Al entrar en el edificio McKim el cambio total de decoración sorprendió enormemente a Connelly, incluso a pesar de los dos avisos que le habían dado al respecto Campbell y Margaux.

La agente se detuvo y miró a la profesora.

—La Rotonda —dijo Margaux sin necesidad de consultar el plano— es la sala que tenemos a la izquierda.

Connelly dirigió de inmediato su mirada hacia el punto que les indicaba. Lo que vio fue una sala semicircular totalmente decorada con mármol, tanto el suelo como las paredes, con tres expositores individuales cubiertos por cristales de seguridad.

—De ella salen dos estancias; la oficina del bibliotecario y la Biblioteca Morgan —continuó mientras apuntaba hacia ellas con la mano—. Y allí a la derecha está el estudio Morgan.

De manera similar, la agente dirigió ahora su mirada hacia él. Desde el punto en

el que se encontraban podía apreciar una sala con una decoración muy llamativa de un color rojo intenso. Sin decir una palabra más, Margaux tomó la iniciativa y caminó varios pasos hasta entrar en ella.

Los tres la siguieron.

—Se supone que aquí era donde Morgan se reunía para hacer sus negocios —les explicó recordando lo poco que sabía sobre aquel hombre y ese museo—. Como les dije al llegar, John Pierpont Morgan, aparte de un banquero y hombre de negocios, también fue un prolífico coleccionista y aquí era donde se reunía con tratantes de arte y otros coleccionistas.

—¿Y les parece que puede ser un lugar interesantes para nosotros? —preguntó Connelly centrándose en el objetivo que les había llevado hasta allí.

Margaux se acercó a una de las paredes y ojeó por encima los libros que había en ella.

—Sigo pensando que la biblioteca debe ser nuestro primer destino —respondió—. Quizá más adelante, si no encontramos allí lo que estamos buscando, podríamos indagar entre todos estos libros. Pero de momento me inclino a pensar que los cinco nombres elegidos por Morton no sólo nos señalan este museo, sino también una sala muy concreta. Y esa sala es la biblioteca.

—Estoy completamente de acuerdo con ella —apuntó Milanelli casi solapándose con las palabras de la profesora—. Bastante poco precisa es ya la información que nos han dado en esta ocasión como para que encima nos señalen diferentes salas de este museo. Si realmente hemos acertado viniendo hasta aquí, es necesario que haya algo muy concreto en una de ellas que nos haga comprender que hemos acertado y que nos permita continuar con el juego que han diseñado.

Satisfecha con aquella respuesta y con la seguridad que ambos estaban mostrando, Connelly salió rápidamente del estudio sin perder ni un segundo y comenzó a caminar con paso decidido hacia el lugar elegido por la profesora. Al pasar por la Rotonda no se detuvo a mirar qué había en los tres pequeños expositores, sino que continuó hacia el extremo contrario donde se ubicaba la biblioteca. Cuando les faltaban apenas unos pocos metros para llegar, Margaux se detuvo repentinamente y, junto a ella, también lo hicieron los profesores.

—¿Ocurre algo? —les preguntó al verles.

La agente vio cómo los tres se encontraban paralizados delante de la puerta que daba acceso a la oficina del bibliotecario. Retrocedió unos pasos hasta colocarse junto a ellos y comprendió enseguida lo que pasaba. Sin responder a su pregunta, Margaux entró en esa sala que inicialmente no habían considerado y dio una vuelta sobre sí misma para tener una imagen general de lo que había allí dentro.

—Creo que acabamos de encontrar el primer problema. Me parece que la biblioteca no es el único lugar que nos podrían estar señalando esos cinco nombres —les dijo admirando la cantidad de libros que había allí dentro.

Capítulo 66

El jefe del grupo SWAT dio la orden de iniciar el asalto y todos sus miembros entraron en el One World Trade Center como una marabunta. Las órdenes que tenía de la Directora de la CIA eran muy concretas. Encontrar al informático Peter Caplan y llevarlo hasta la Agencia lo más rápido posible. Según la información que Rice había podido recabar tras finalizar su conversación con Eugene, Caplan trabajaba en la puesta a punto del sistema informático del edificio, sin hacer sospechar a nadie que aquel inocente trabajador era el responsable de algunos de los virus y gusanos informáticos más dañinos que se habían desarrollado en las dos últimas décadas.

Cuando los SWAT llegaron al piso 33, el jefe del grupo no tuvo ningún problema para reconocer rápidamente a su objetivo. El aspecto que tenía en la fotografía que le habían pasado era increíblemente fiel al que mostraba en la actualidad. Sorprendido y asustado por su aparición, Caplan se levantó de un salto de su asiento y alzó ambas manos viendo que dos de ellos le apuntaban con sus armas.

El jefe de los SWAT le cogió bruscamente por el brazo y lo obligó a seguirle. El grupo se replegó con rapidez y se dirigió a los ascensores donde uno de ellos había permanecido para no perder ni un instante en la evacuación. Durante los pocos segundos que duró el viaje hasta la planta baja ninguno dijo ni una sola palabra.

Al abrirse las puertas, Caplan comprobó con asombro cómo la policía había cortado el tráfico de la NY-9A, que lindaba con el lado oeste del edificio, y le dirigían corriendo hacia un enorme helicóptero Sikorsky HH-60 Pave Hawk detenido en medio de la carretera con el motor encendido.

Una vez dentro, el jefe del grupo de asalto dio un par de golpes contra la carrocería y apremió al piloto.

—¡Despega! ¡Rápido! ¡Tenemos que llegar en menos de una hora!

Capítulo 67

Tras escuchar la importancia que Margaux le daba a aquella sala, Connelly entró acompañada de los profesores. Inicialmente su idea había sido que la biblioteca contendría, casi con toda probabilidad, obras de los cinco pintores cuyos nombres Chavrier había encontrado escritos en las Venus de la cripta de Napoleón y, por tanto, aquel era el lugar que Morton les estaba indicando. El problema que se había presentado de manera inesperada era que unos metros antes de la propia biblioteca había otra sala cuya colección de libros era de similar envergadura y se veían obligados a considerarla como una opción igualmente interesante.

Al entrar, Campbell se detuvo unos segundos a observar la estancia con detenimiento. A pesar de que había leído en numerosas ocasiones sobre la Biblioteca Museo Morgan, y de que conocía algunas de sus peculiaridades, aquella era la primera vez que lo visitaba, y estar dentro de la que había sido la habitación de la primera bibliotecaria oficial del magnate, despertaba en él un interés especial. Además de ello, sabía que si tenían que encontrar algo allí o en la propia biblioteca, Margaux y él eran quienes más capacitados estaban para descubrir de qué podía tratarse, pues si bien ignoraba el conocimiento que Connelly podría tener sobre arte y literatura, sí estaba casi seguro de que el profesor Milanelli se sentiría igual de perdido en aquel lugar a como en su momento había reconocido sentirse en su primera visita al Louvre. Por todo ello, creyó conveniente que la mejor manera de tratar de descubrir lo que Morton quería que encontrasen dentro de aquel edificio era poner en común toda la información que conociesen sobre él.

—Esta habitación fue la oficina de la primera bibliotecaria que tuvo Morgan —comenzó a explicarles atrayendo la atención de los tres—. Una mujer llamada Belle da Costa Greene, una importante tratante de arte de la época. Evidentemente, no se conserva su distribución original, sino que ha sido reconvertida para que pueda ser visitada junto con el resto del museo.

Campbell se detuvo y se acercó a la exposición situada justo a la entrada.

—Algunas de las obras que se recogen en esta sala son increíbles, como estos relieves de cinco mil años de antigüedad.

Connelly se aproximó lo suficiente como para ver desde un par de metros de distancia lo que el profesor estaba observando.

—Por muy interesante que pueda ser eso que nos dice lo que estamos buscando aquí son obras de cinco pintores muy concretos —replicó.

Campbell se dio la vuelta y le respondió.

—Lo sé, es cierto, tiene razón. Creo que la profesora ha hecho bien en detenerse en esta sala antes de entrar en la biblioteca. De lo que ya no estoy tan seguro es de si aquí las encontraremos.

La agente miró a todos los libros que había en la estancia superior.

—Lo único que yo veo aquí dentro es una enorme cantidad de libros —dijo

señalándolos—. Y estoy segura de que en la biblioteca habrá todavía muchos más, lo que me lleva a reconocer cierto pesimismo ante la posibilidad real de que lo consigamos.

Margaux dirigió su mirada hacia el punto que Connelly les indicaba y reconoció la dificultad de la tarea que tenían por delante.

—Sé que hemos venido hasta este museo porque es el único de Nueva York que exhibe obras de esos cinco pintores, pero el hecho de que lo que aquí tengamos sean libros y no cuadros, junto con lo que usted misma acaba de decir, me hace replantearme si de verdad hemos interpretado correctamente lo que Morton nos quería decir con esos nombres.

Connelly arqueó las cejas sin disimular su sorpresa al escuchar de su boca aquel comentario que ponía en tela de juicio la decisión que les había llevado hasta allí.

—No me diga que ahora duda de que debamos estar aquí.

—Oh no, no —contestó rápidamente—. Estoy convencida de que estamos en el lugar correcto. Lo que ya no tengo tan claro es si estamos haciendo bien buscando libros en los que aparezca obras de esos cinco pintores.

—Es demasiado complicado ¿verdad? —preguntó Milanelli creyendo entender por dónde iba su idea.

Margaux le miró y asintió levemente.

—Eso es —respondió—. Sé que inicialmente esa idea es a todas luces la más lógica, pero no podemos ignorar el hecho de que, a pesar de las similitudes que esta situación pueda tener con cosas que ya hemos vivido anteriormente, se trata de un objetivo de gran complejidad que me cuesta creer que sea lo que Morton quiere.

—Me temo que no la sigo —reconoció Connelly.

Campbell caminó unos pasos a su derecha hasta llegar a una estantería llena de libros que se encontraba protegida por una puerta metálica.

—Creo que esto es a lo que la profesora se está refiriendo —dijo intentando abrirla sin éxito—. Las obras que exhibe este museo son de extraordinaria importancia. Algunas de ellas incluso obras únicas en el mundo, lo que hace que estén protegidas por puertas como esta. Hasta ahora, siempre que hemos acudido a un lugar, como ocurrió en el Louvre, la National Gallery o el Guildhall, lo que buscábamos se encontraba expuesto a simple vista, e incluso así, descubrir exactamente de qué se trataba nos supuso un gran reto en la mayoría de las ocasiones.

—Y aquí no podemos ponernos a revisar todos los libros, uno por uno —añadió Milanelli apoyándose.

—A eso me refiero, sí —prosiguió Margaux—. Además de que hacer eso sería una tarea que nos llevaría horas, estoy casi segura de que habrá más de un libro en este museo que contenga grabados de esos autores, lo que imposibilitaría que nos quedáramos con uno en concreto.

—Y aunque los consiguiéramos encontrar todos —continuó Campbell— lo que tendríamos serían varios libros que difícilmente nos podrían ayudar en modo alguno a

conseguir nuestro objetivo de salvar a todas esas personas.

Connelly se pasó una mano por la cara tratando de recapitular lo más rápidamente posible la nueva situación que los profesores estaban planteando. Si hasta hacía escasos minutos todo iba aparentemente en la dirección adecuada, parecía que encontrar la información que necesitaban se acababa de convertir de golpe en algo casi imposible.

—¿Están diciendo, entonces, que no tenemos que localizar los libros donde están las obras de esos cinco pintores como creíamos?

Margaux se encogió de hombros.

—En mi opinión esa es una tarea demasiado complicada y que no nos aportaría una información relevante.

—Pero es la única posibilidad que tenemos —objetó al instante la agente—. Si no es por eso, no tiene ningún sentido que hayamos venido hasta este lugar.

Tras unos incómodos segundos de silencio, Milanelli salió en su ayuda al ver que ninguno de los dos respondía.

—No estoy de acuerdo, francamente. Yo sí creo que estamos en el lugar correcto y creo que nuestra interpretación hasta ahora ha sido acertada. Debo reconocer que por mi ignorancia absoluta en cualquier tema relativo al arte me había mantenido discretamente en silencio, pero ya que los profesores han empezado a plantear sus dudas, creo que es un buen momento para decir que en todo este tiempo no he terminado de estar del todo convencido de que encontrar cinco libros de esos cinco pintores, o el número que sea, me es indiferente, fuese nuestra verdadera tarea aquí. Como han reconocido ellos, esa opción se presenta excesivamente compleja, e incluso diría que impropia de los secuestradores, atendiendo a lo que les hemos visto hacer hasta ahora.

—¿Y qué propone usted? —le preguntó interrumpiéndole.

—Lo que yo digo —continuó con educación— es que creo que ellos tienen razón y que debemos replantearnos si buscar un puñado de libros es nuestra verdadera misión dentro de este museo. Que estamos en el lugar adecuado está fuera de toda duda, estoy convencido de ello, ya que es el único lugar de esta ciudad que exhibe obras de esos cinco pintores. Por eso utilizaron sus nombres, porque querían que viniéramos hasta aquí. Pero puede que nos hayamos adelantado al pensar que sean libros suyos o libros donde aparezcan sus cuadros, sus dibujos, o lo que sea que hicieran, lo que debemos buscar.

—Y si no es eso ¿qué tenemos que hacer entonces?

Milanelli dejó escapar una ligera sonrisa viendo que la agente ya parecía ceder a la nueva idea que estaban planteando.

—Creo que debemos dirigir nuestro pensamiento hacia algo similar a lo que vimos en la biblioteca de la Asamblea Nacional.

Connelly se mostró estupefacta.

—Espere, espere —le advirtió—. No estoy diciendo ni mucho menos que

debamos esperar encontrar un cadáver. De hecho, la simple ausencia de aquel desagradable olor que no se me borrará de la memoria me hace estar seguro de que no veremos nada similar aquí dentro. A lo que me estoy refiriendo más bien es a que en aquella ocasión tuvimos también un momento bastante crítico en el hemiciclo donde nos encontrábamos claramente perdidos hasta que descubrimos que dentro de aquel enorme edificio había una biblioteca y allí encontramos lo que habían dejado para nosotros.

—Le entiendo, pero si no es un cadáver ¿qué pretende encontrar?

Milanelli volvió a sonreír. La impaciencia que mostraba le hacía adelantarse a su explicación.

—Es evidente que no lo sé —respondió—. Lo que le estoy tratando de exponer es mi idea acerca de lo que en realidad debemos buscar. Ojalá supiera en este preciso momento de qué se trata, pero siento decirle que no es así. En cualquier caso, creo que lo más importante es que los tres estamos de acuerdo en que no debemos revisar los libros, uno por uno, buscando las obras de esos pintores porque, como hemos dicho antes, eso nos llevaría un tiempo del que no disponemos.

—Muy bien —aceptó aparentando más paciencia de la que en realidad tenía—. En ese caso, vuelvo a hacerle la misma pregunta ¿qué puede haber dejado Morton aquí que nos ayudará a salvar al Presidente?

Campbell caminó de nuevo hacia el centro de la habitación donde se encontraban la agente con los dos profesores.

—Creo que de manera muy inteligente ese hombre ha utilizado este lugar y la gran variedad de cosas que guarda para elegir una sola que es la que usted reclama. La que nos ayudará a continuar nuestro trabajo. Si se trata de un libro concreto, una escultura como las que hay en esta sala —dijo señalando a un busto que tenían a un par de metros— o algunas de las muchas otras cosas que JP Morgan coleccionó a lo largo de su vida, no lo sabemos. Eso es precisamente lo que hemos venido a averiguar.

—Pero esa tarea es todavía más difícil que la de los libros que han descartado.

—En absoluto —le contradijo Milanelli sonriendo una vez más—, porque Morton ya nos ha dicho con esos cinco nombres en qué punto de todo el museo está escondido lo que buscamos.

Connelly miró a su izquierda, a la puerta que daba al pasillo. El lugar al que el profesor hacía referencia no tenía pérdida. Sin decir una palabra salió rápidamente de aquella sala y caminó unos metros más hasta entrar en la biblioteca. Lo que se encontró fue una habitación algo más grande que la anterior con una disposición prácticamente simétrica. En el centro había dos sillones sin respaldo de mediano tamaño y terciopelo negro colocados de manera perfectamente equidistante. La biblioteca, de planta rectangular, estaba presidida por un tapiz de gran tamaño que atraía inmediatamente la atención de cualquier persona que la visitaba, situado sobre una chimenea de mármol. A cada lado de la sala había un expositor con varios libros

en su interior protegidos por cristales de seguridad, muy parecidos a los que había visto de reojo minutos antes en el pasillo. El perímetro de la habitación contenía tres pisos totalmente cubiertos de estanterías repletas de libros.

—Aquí dentro está lo que Morton ha escondido en el museo —murmuró aceptando finalmente las explicaciones de los profesores.

Capítulo 68

Campbell entró en la biblioteca, echó un rápido vistazo a su alrededor y soltó una carcajada.

—¡La prueba que nos han puesto esta vez es increíble!

Connelly se giró al escucharle.

—No me mire así, agente. ¡Mire a su alrededor! Si algún día son capaces de capturar a Morton denle la enhorabuena de mi parte. Lo que ha hecho trayéndonos hasta este lugar es fascinante.

La cara de Connelly mostraba visiblemente su incomodidad.

—Campbell tiene razón —dijo la profesora tratando de explicarle el por qué de sus comentarios—. Encontrar algo aquí dentro va a ser mucho más difícil de lo que pensábamos inicialmente. Esta era la biblioteca privada de JP Morgan. El lugar donde guardaba los libros más valiosos de su colección. Obras raras, únicas en el mundo. Cada rincón de esta biblioteca guarda un secreto que puede contener la información que estamos buscando.

—Ese tapiz, por ejemplo —añadió el profesor señalándolo—, es del siglo XVI y representa al Rey Midas. Si nos quedamos únicamente con el personaje real, Midas fue rey de Frigia, una pequeña región situada en Asia menor, en lo que actualmente es Turquía, entre el año 740 y el 696 a. C. Pero si nos centramos en el personaje mitológico, que es el que representa este tapiz, seguramente sabrán que el dios Dionisio, hijo de Zeus, bendijo a Midas con el don de convertir en oro todo lo que tocaba por la hospitalidad que éste había mostrado con su compañero de viaje, Sileno. La historia es muy conocida. Inicialmente, Midas quedó maravillado con el don que había recibido. Todo lo que tocaba se convertía inmediatamente en oro. Pero rápidamente se dio cuenta de que aquel don realmente se había tornado en una terrible maldición. La leyenda cuenta que estando en la mesa para desayunar su gata saltó para sentarse en su regazo y al acariciarla quedó convertida en una estatua de oro. Presa del miedo, Midas rompió a llorar. Al escuchar el llanto de su padre, su hija Zoe se acercó a consolarle. Aunque Midas quiso detenerla, su intento no fue suficiente y al instante su propia hija quedó convertida también en una estatua de oro. Midas lloró desconsoladamente y corrió a rogar a Dionisio que le liberara de aquel horrible don. Éste le advirtió que si lo hacía perdería todo el oro de su reino. Midas aceptó. Lo único que deseaba era recuperar a su hija y volver a disfrutar de los placeres de la vida. Entonces Dionisio le indicó lo que debía hacer para revertirlo: «Busca la fuente del río Pactulo y lava tus manos. Este agua y el cambio en tu corazón devolverán la vida a las cosas que con tu codicia transformaste en oro». Midas corrió al río a cumplir con lo que le mandaba Dionisio y volvió a palacio con una jarra llena de agua. Cuando la vertió sobre su hija, ésta volvió a la vida.

Campbell hizo una pausa y continuó.

—Y eso precisamente es lo que representa este tapiz, la avaricia de hombre. Uno de los siete pecados capitales. Por tanto, creo que debemos considerar la posibilidad de que sea lo que Morton nos ha dejado y que, de alguna manera, su mensaje pueda estar relacionado con las personas a las que estamos intentando salvar la vida.

—Tal vez necesitemos pulir un poco esa interpretación, o al menos enfocarla desde el punto de vista de nuestra situación —comentó Milanelli—. Pero estoy de acuerdo con él en que debemos tener presente el significado de todas y cada una de las cosas que encontremos dentro de esta biblioteca. Si estamos de acuerdo en que no son los libros lo que hemos de buscar, y a la vista está por la enorme cantidad que hay que eso sería una tarea ingente, la propuesta de Campbell me parece mucho más acertada.

Connelly asintió sutilmente. Por primera vez sentía en su interior brotar una pequeña esperanza de que podían estar cerca de encontrar lo que Morton había escondido allí dentro.

—Hay que reconocer que esta biblioteca es increíble —añadió Margaux mostrando la misma fascinación con la que Campbell se había expresado anteriormente—. Han elegido cinco pintores cuyas obras están en libros de esta sala con el objetivo de traernos hasta aquí, eso está claro, pero es que a su vez en ella hay pinturas con un enorme significado. El que nos acaba de relatar el profesor sobre este tapiz es uno de ellos, pero también el que esconden las representaciones que aparecen en el techo.

Al escucharla, los tres alzaron la vista para observarlas.

—Son realmente fascinantes —murmuró maravillada antes de describirles lo que veían—. La decoración del techo fue obra de Harry Siddons Mowbray, un artista americano, contemporáneo de JP Morgan. Si se fijan, sigue un esquema con dos partes bien diferenciadas. Por un lado, tenemos las musas, que son una imitación de los frescos de la Iglesia de Santa María del Popolo en Roma. Estas aparecen alternadas con representaciones de personajes históricos muy conocidos ¿reconocen a alguno?

Campbell sonrió levemente por la evidencia de sus identidades, mientras esperaba en silencio la contestación de la agente o del profesor Milanelli.

—Ese de la esquina es Cristóbal Colón ¿no? —preguntó Connelly.

—Exacto —respondió Margaux—. ¿Y usted, profesor?

Milanelli echó un rápido vistazo a todos antes de responder.

—Diría que por lo menos Galileo también aparece representado.

Margaux le sonrió.

—Muy bien. Efectivamente, Galileo Galilei es uno de los personajes que Mowbray eligió para decorar el techo de esta biblioteca. Y junto a él también podemos ver a Cristóbal Colón, como bien ha dicho usted, agente, al poeta Dante Alighieri, al pintor Sandro Botticelli, al genio renacentista Miguel Ángel, al poeta Antonio da Sangallo, al filósofo Sócrates, al escritor William Caxton y, finalmente, al

historiador griego Herodoto —concluyó señalándolo.

—Increíble, no hay duda. Pero ¿eso nos va a ayudar a descubrir lo que Morton quiere que encontremos? —preguntó Connelly.

—Estoy convencido de que sí —respondió Milanelli a pesar de que su pregunta parecía ir más bien dirigida a la profesora—. Lo que estamos haciendo ahora es estudiar lo que hay en esta sala. Lo que tenemos delante. Y debemos hacerlo para tratar de entender qué pueden haber elegido. Este procedimiento es similar al que seguimos en la sala 77 del Louvre o en el hemiciclo de la Asamblea Nacional de París, y en los dos casos obtuvimos óptimos resultados.

—Además, como mencionamos anteriormente —añadió Campbell—, estamos seguros de que algo de esta biblioteca nos permitirá continuar nuestro trabajo para salvar al Presidente, a Taylor y a Deneux. Y dado que no son los libros propiamente, lo más lógico es pensar que puede tratarse de la interpretación de algo que hay en ella.

Connelly mostró una leve sonrisa cómplice aceptando sus argumentos. Margaux dio una rápida vuelta sobre sí misma para observar de nuevo todo el techo y prosiguió la explicación que estaba dándoles.

—En las pinturas hexagonales que pueden ver encima de los personajes que acabamos de nombrar, aparecen representados los doce signos del zodiaco acompañados por sus dioses correspondientes del calendario romano.

—Interesante —soltó Milanelli de manera inconsciente.

Margaux le miró, sonrió y continuó su explicación.

—No se trata tampoco de una idea original de Mowbray, sino que se inspiró en unas pinturas que Baldassare Peruzzi realizó a principios del siglo XVI en Villa Farnesina, una palacete ubicado en Roma. La bóveda del vestíbulo principal de este edificio está decorada con pinturas donde las constelaciones se relacionan con el horóscopo de su propietario Agostino Chigi, un millonario banquero y mecenas del Renacimiento. Del mismo modo que hizo Peruzzi, pueden ver cómo los signos zodiacales aquí están distribuidos de una manera muy particular.

Margaux caminó unos pasos para acercarse a la puerta.

—Los dos que aparecen aquí encima son los de Aries y Géminis, que se corresponden con la fecha de nacimiento de Morgan y con la fecha de su segundo matrimonio, respectivamente.

De nuevo, caminó hasta colocarse otra vez en el centro de la biblioteca.

—Si tomamos el retrato de Dante que vimos antes como referencia —prosiguió señalándolo— encontramos a su izquierda el signo de Acuario junto al dios Neptuno. Libra, que representa el equilibrio, junto a Marte y Venus. Piscis con Minerva. Escorpio con Diana y Acteón. Leo con Ceres, diosa de la agricultura. Capricornio con Juno, diosa de la maternidad. A continuación, aparece una representación de la escena mitológica de Plutón secuestrando a la diosa Proserpina. Aries con Venus y Cupido. Géminis con Mercurio, que aparece en esta ocasión rescatando a Proserpina.

Sagitario junto a Vesta, diosa del hogar. Cáncer acompañado por Júpiter y su esposa Juno. Virgo con Vulcano, dios del fuego y los volcanes, y por último Tauro, el toro, con los dioses Apolo y Hércules.

—Puede que ahora entienda mejor por qué mostré mi admiración al entrar en este lugar, y por qué le dije que deberían felicitar a Morton cuando le encuentren —le explicó Campbell—. Con lo que nos acaba de exponer la profesora ya tenemos suficiente información para dilucidar durante horas si algo de todo eso puede relacionarse de algún modo con lo que estamos viendo hoy, o con lo que se supone que debemos hacer a continuación. No es necesario que pensemos en abrir ni uno sólo de todos esos libros tan importantes. Ni siquiera que veamos lo que hay en los que están en aquellos dos expositores —añadió señalándolos—. La cantidad de información contenida en las representaciones del techo, o en este tapiz del que antes hablamos, puede ser lo que estamos buscando.

—¿Y ya tienen alguna idea al respecto?

—Como le dije antes —respondió Milanelli—, estamos llevando a cabo un proceso ordenado que consiste en adquirir tanta información como podamos de este lugar. Ellos dos son los que tienen el conocimiento necesario al respecto y quienes nos lo están transmitiendo para que entre todos podamos encontrarlo.

—Eso quiere decir que no lo saben todavía ¿verdad?

—Es evidente que no —contestó algo molesto—. Pero nos vamos acercando poco a poco, no lo dude. En ocasiones, la información que nos proporcionan nos señala de manera directa un lugar determinado, como ocurrió esta mañana con la sucesión de Fibonacci, que nos dirigió claramente al museo Metropolitano, o con la frase de la cripta de Napoleón que encontramos en el apartamento de Steve Douglas.

—Pero, al menos de momento, eso no parece estar ocurriendo aquí —replicó Connelly.

—Sí, lo sé. Por eso he dicho que eso es lo que sucede en ocasiones. En otras, lo que han hecho ha sido simplemente darnos información que posteriormente necesitaríamos, como ocurrió en París la mayor parte de las veces. Allí, nuestro epicentro fue el Louvre y en los lugares a los que nos dirigían mediante aquellos cuadros tan particulares lo que encontramos fueron números que al final de la noche nos permitieron descubrir dónde estaba Deneux.

—¿Sugiere que aquí puede estar pasando ahora algo similar?

Milanelli se encogió de hombros.

—No estoy seguro, agente. Sólo digo que no debemos desesperarnos si no somos capaces de encontrar algo que nos señale otro punto determinado de Nueva York.

—Permítame decirle que eso es exactamente lo que hemos venido a buscar.

—Creo que se equivoca —le contradijo rápidamente Margaux—. El profesor tiene razón. No debemos pensar únicamente que aquí descubriremos algo que nos llevará a otro lugar de la ciudad, porque puede que lo que encontremos sea información que nos servirá más adelante.

Connelly torció el gesto.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —le preguntó Campbell para ayudarlo a que comprendiera la idea que intentaban hacerle ver.

—Por los cinco nombres que Chavier encontró en París, profesor —respondió sin entender a qué venía esa pregunta tan evidente.

—Exacto. Es decir que nada de lo que nosotros hemos hecho hasta ahora en Nueva York nos dirigió hasta este museo, sino que fue información externa la que nos trajo hasta aquí. Por eso mismo los profesores le están diciendo que tal vez no debamos centrarnos en encontrar algo que nos señale directamente otro punto de la ciudad, sino que es posible que Morton quiera que nos concentremos en buscar información que más adelante necesitaremos para salvar la vida de todas las personas que se encuentran encerradas en la Asamblea General.

Connelly aceptó a regañadientes aquella explicación y caminó unos metros hasta situarse delante de uno de los expositores que había en la biblioteca.

—Eso, sin duda, nos llevará más tiempo —masculló en voz baja.

Milanelli se acercó y se colocó a su lado. Echó un vistazo a los libros expuestos y respondió.

—Es evidente que sí, pero no debemos desanimarnos por ello. Creo que entre todos tenemos el conocimiento necesario para descubrir de qué se trata. Nos conocen muy bien, saben de sobra qué podemos y qué no podemos hacer. Y al igual que ha ocurrido en los dos últimos días, lo que quiera que hayan dejado aquí esta vez es algo que antes o después seremos capaces de descubrir, estoy convencido.

Capítulo 69

Peter Caplan caminaba por los pasillos del edificio de la CIA guiado por uno de los miembros del equipo SWAT que había ido hasta Nueva York a buscarle y que le mantenía firmemente cogido del brazo en todo momento.

Al poco de subir al helicóptero que les esperaba en el exterior del One World Trade Center le habían vendado los ojos con un mensaje poco tranquilizador.

«No queremos que se lleve una idea equivocada».

A pesar de lo que había escuchado decir al jefe de los SWAT al despegar, su sensación era que el viaje que acababan de realizar les había llevado bastante menos de una hora. O quizá todo era producto de la desorientación que sentía. En cualquier caso, si bien no tenía la menor idea de hacia dónde le habían llevado con tanta urgencia, sí tenía claras dos cosas; la primera, que algo muy importante debía haber ocurrido para desplegar semejante dispositivo únicamente para ir a buscarle y, la segunda, que no era su trabajo de informático en el One World Trade Center lo que había atraído la atención de quien hubiese enviado a aquellas personas a su encuentro.

Tras un largo recorrido por el interior del edificio, el hombre que le guiaba le ordenó detenerse. Al instante, pudo percibir el inconfundible olor a perfume femenino justo delante de él.

—Quítenle la venda de los ojos —escuchó decir.

Cuando ésta desapareció, lo que vio le dejó sin palabras.

—Bienvenido a nuestra sala de vigilancia, señor Caplan. Mi nombre es Cynthia Rice, soy la Directora de la CIA —le dijo elevando ambas manos como queriendo mostrarle de manera imaginaria el edificio en el que se encontraban—. Espero que disculpe el modo en que le hemos tratado, pero su historial nos obligaba a ser especialmente cuidadosos con lo que ve aquí dentro.

Caplan no pudo responder. Conocía muy bien el elevadísimo nivel de seguridad que tenía cada rincón de aquel edificio. El mismo al que numerosas veces había deseado atacar con sus virus años atrás.

—Como entenderá, no está aquí para hacer una visita turística —añadió con sarcasmo—. Le hemos traído porque creemos que es usted la única persona que puede ayudarnos a resolver un grave problema que ahora mismo compromete, y muy seriamente, a la Seguridad Nacional.

Caplan arqueó las cejas al escucharla, pero se mantuvo sin decir ni una palabra.

—Seguro que conoce a la señorita Eugene Beaumont ¿verdad?

Al escuchar el nombre sonrió levemente.

—Ella ha sido quien nos ha recomendado que contactáramos con usted para ayudarnos. Desafortunadamente, ella se encuentra en París ahora mismo, y lo que debemos hacer requiere un grado de urgencia tal que no podemos permitirnos el retraso que supondría traerla hasta aquí.

—¿De qué problema se trata? —preguntó finalmente picado por la curiosidad.

—¿Se acuerda de *Denise*?

De nuevo, Caplan arqueó las cejas, pero de una manera mucho más expresiva que la vez anterior.

—Ese programa que ustedes crearon ha sido utilizado en el día de hoy por un exagente de la CIA para tomar el control del edificio de la ONU y encerrar en él a nuestro Presidente.

Caplan era una persona extremadamente inteligente que no había tardado ni un segundo en darse cuenta de que toda aquella sobreactuación de los SWAT y su viaje en helicóptero hasta Langley, donde se ubicaba la sede central de la CIA, tenía que ver con su turbulento pasado como programador de virus y gusanos informáticos, y lo que la Directora le estaba contando no hacía más que corroborar sus sospechas. Por tanto, antes de explicar lo que sabía al respecto debía conocer qué querían exactamente de él y cómo lo que fuera a hacer allí podría comprometerle.

—Es su oportunidad de limpiar un historial poco honorable, señor Caplan —le dijo Rice al apreciar su silencio—. Si nos ayuda le prometo que me ocuparé personalmente de que no quede rastro alguno de sus actividades delictivas. Aunque nosotros no tenemos demasiada información sobre usted, no se puede decir lo mismo del FBI y de la NSA. Creo que con ellos no tuvo tanta suerte tratando de borrar su pasado. O por lo menos fueron más inteligentes que nosotros protegiendo sus archivos de sus ataques.

Caplan resopló convencido de que no tenía ninguna alternativa posible.

—¿Qué quieren que haga, exactamente?

Rice sonrió.

—Su compañera Eugene nos ha dado información muy valiosa sobre el gusano que ahora mismo tiene controlado el edificio. Según su criterio, usted es la única persona que puede ayudarnos, como le indiqué antes. Parece ser que la tercera persona que trabajó con ustedes en su creación, James Ford, ha sido el encargado de introducirlo y propagarlo por todos los sistemas. Lo que le pido, señor Caplan, es que acabe con esa infección y que nos permita retomar el control del edificio.

A Caplan se le escapó una risa nerviosa.

—¿Es consciente de lo que me está pidiendo que haga? ¿Sabe a caso la complejidad que tiene el código de *Denise*?

Rice soltó un suspiro de indiferencia.

—Como entenderá, yo no soy informática y mi conocimiento al respecto es muy limitado. Tengo la información que su compañera me ha dado, nada más. Sé que posee un código polimórfico que muta tres veces por segundo y que si queremos desactivarlo necesitamos encontrar su punto de retorno.

La Directora se detuvo un instante mientras mantenía su mirada clavada en los ojos de Caplan.

—Lo que sí sé es que hace un par de horas nos hemos enterado del robo de dos

muestras de virus del Ébola de Fort Detrick y tenemos razones para pensar que ahora mismo se encuentran fijadas sobre filtros del sistema de climatización de la Asamblea General donde están encerrados, no sólo nuestro Presidente, sino los mandatarios de muchos otros países. Según me ha informado personalmente la doctora que dirige la investigación en el laboratorio donde se robaron esas muestras, se trata de un tipo de virus modificado genéticamente cuya capacidad infecciosa depende de la temperatura a la que se halle y para el que no existe tratamiento posible. En este momento, la Asamblea General se encuentra a dieciocho grados centígrados —le indicé señalando a la pantalla que tenía a la derecha— lo que significa que el virus está inactivo, y por tanto es inofensivo, pero si en algún momento la temperatura del flujo de aire que entra en esa sala llegase a alcanzar los cuarenta grados el virus se activaría y mataría a todas las personas que están allí dentro, sin excepción.

Caplan sintió que se le helaba la sangre al escucharla.

—Y como ya habrá comprendido, sin duda, el sistema de climatización también está controlado por su gusano *Denise*. Precisamente por eso le hemos traído hasta aquí y por esa razón necesito que lo desactive. La vida de esas personas está en su mano ahora mismo.

Paralizado, Caplan desvió de nuevo su mirada hacia la pantalla que le acababa de señalar. En ella se veían imágenes de varias cámaras de seguridad de la Asamblea en la parte izquierda y las temperaturas que medían diversos sensores repartidos por la sala a la derecha. Todos ellos marcaban la misma temperatura; dieciocho grados centígrados.

Antes de responder, tomó aire para calmarse.

—Soy consciente de la gravedad de lo que está ocurriendo, y por supuesto que haré lo que esté en mi mano para ayudarles, igual que estoy seguro que haría Eugene si estuviese ahora en mi lugar. Lo que necesitamos saber para desactivar a *Denise* es el punto de retorno que James le haya programado. Si como acaba de decir ahora su código muta tres veces por segundo quiere decir que no consiguió potenciarlo cuando dejamos de trabajar con él.

—Eso mismo dijo su compañera —le informó interrumpiéndole.

Caplan asintió levemente al escucharla.

—El nivel de complejidad que llegamos a alcanzar con *Denise* fue enorme. Precisamente por eso dejamos de trabajar en él. Seguro que Eugene le habrá contado también que la mayoría de los trabajos que nos encargaban eran siempre virus y gusanos. Los códigos que empleábamos eran muy similares la mayoría de las veces. Al fin y al cabo, dudo mucho que nuestros clientes se conociesen entre sí. Y aunque así fuese, si tuviesen el conocimiento informático necesario para descubrir esa similitud no habrían necesitado encargarnos nada. Pero con *Denise* fue diferente. Sabíamos que las empresas especializadas en seguridad informática no tenían en aquel momento cortafuegos capaces de hacer frente a su capacidad infecciosa, ni los tendrían a corto plazo. En otras palabras, lo que estábamos creando era una bomba de

relojería.

—No se creería la enorme similitud que hay entre lo que Eugene me explicó y lo que usted me está diciendo ahora mismo.

—Es que es la verdad —se excusó—. La programación puede sumirte en una espiral en la que cada vez quieres más y más, y de la que es difícil escapar. Además, es un campo con tanta capacidad de mejora que el límite sólo existe en tu propia mente. Y Eugene, James y yo éramos quizá los tres mejores programadores del mundo en ese momento.

—Y dedicados a la actividad delictiva.

Caplan se encogió de hombros.

—Es difícil de entender ahora, lo sé. Con el nivel que existe actualmente en seguridad informática quizá lo que nosotros hacíamos sería imposible. En cualquier caso, como decía, abandonamos el desarrollo de *Denise* cuando vimos que su capacidad infecciosa era demasiado grande. Y si es cierto que James lo ha utilizado para infectar el edificio de la ONU, lo primero que necesitaría hacer es estudiar las actualizaciones que haya podido llevar a cabo en su código e intentar localizar su punto de retorno.

Rice se mostró satisfecha.

—Pero tiene que entender que ambas cosas podrían no ser suficientes para desactivarlo —se apresuró a aclararle viendo su actitud—. James no es idiota y sabe de sobra que hay otras dos personas en el mundo capaces de desactivarlo, por lo que sin duda se habrá asegurado de que no podamos hacerlo.

Ante ese comentario, la Directora torció el gesto.

—Pero ¿podría llegar a descubrirlo o no?

—Sí, por supuesto —respondió Caplan—. A lo que me refiero es que habrá hecho modificaciones en su algoritmo para que no podamos hacerlo fácilmente.

Rice dirigió su mirada a la pantalla del ordenador buscando al Presidente Grant en una de las imágenes de las cámaras de seguridad.

—Además de todo lo que ya le he contado, debo decirle también que ahora mismo hay tres profesores universitarios por Manhattan, junto con una de mis agentes, buscando la manera de salvar la vida de todas esas personas —dijo señalando a la pantalla de nuevo—. Lo que hoy está ocurriendo aquí está relacionado con los ataques que en los dos últimos días han tenido lugar contra los gobiernos de Francia y Reino Unido. Supongo que sabrá que en el día de ayer cinco ministros británicos fueron salvajemente asesinados ¿verdad?

Caplan asintió con firmeza.

—Pues los responsables de esa locura son las mismas personas que han hecho esto, y las mismas que estoy segura que contrataron a su amigo James Ford para que infectara el edificio de la ONU con su gusano informático. Y por increíble y rocambolesco que pueda sonar, sabemos que nos están dando una oportunidad para desactivarlo y salvar la vida de todos cuantos están allí dentro ahora mismo. Por eso

está usted aquí, y por eso las cuatro personas que le acabo de mencionar están por todo Manhattan buscando desesperadamente la manera de conseguirlo.

Capítulo 70

Caplan cogió una silla cercana y se sentó junto al informático de la Agencia que en ese momento tenía parte del código de *Denise* en la pantalla de su ordenador. La responsabilidad que tenía encima era infinita. Poco le importaba el ofrecimiento de Rice de hacer desaparecer su historial de las bases de datos del FBI y la NSA. Si el encargo que le había hecho la Directora salía mal, y todas aquellas personas morían, el problema al que tendría que hacer frente sería muchísimo mayor.

«La CIA deja la vida del Presidente de los Estados Unidos en manos de un *hacker*».

Durante unos segundos permaneció observando con atención el fragmento de código que se veía en la pantalla. De manera intermitente, algunas de sus partes sufrían pequeños cambios, imperceptibles para cualquier persona que no fuese programador, pero evidentes para él.

—Lo que crearon fue increíble —dijo el informático sin ocultar su admiración—. Esta capacidad de mutación y su enorme estabilidad a pesar de tener un túnel de acceso que no compromete su seguridad.

Caplan le miró de inmediato sorprendido. El código que ellos habían programado para *Denise* era cerrado.

—Existe un túnel de acceso que nos ha permitido revisar las grabaciones del sistema de vigilancia del edificio —le explicó el agente entendiendo su sorpresa—. Gracias a eso dimos con el nombre de James Ford, con el de Eugene Beaumont y con el suyo. Y también podemos acceder a lo que las cámaras de seguridad de todo el edificio graban en este momento.

Caplan se rascó levemente la barbilla mientras atendía con gran interés los datos que le proporcionaba aquel hombre.

—Está claro que las modificaciones que James ha introducido en el código de *Denise* tienen por objeto adaptarlo a las necesidades de esta situación particular —dijo intentando atraer la atención de Rice—. Y sin duda eso concuerda con lo que usted mencionó antes de que existe la posibilidad de salvar a esas personas.

—¿Lo hace? —preguntó intrigada.

—Sí, claramente. Y por varias razones. Primero, James no ha aumentado su capacidad de mutación. Inicialmente podríamos poner en duda si no ha sido capaz de hacerlo o no lo ha hecho de manera voluntaria. Personalmente, con la información que me está dando su compañero, me inclino por la segunda opción. Si la hubiese aumentado, Eugene o yo habríamos necesitado mucho más tiempo para encontrar el punto de retorno. Estoy seguro de que lo descubriríamos igualmente pero necesitando dedicarle un tiempo extra que parece evidente que no tenemos. Sin embargo, haberla mantenido constante parece una invitación a descubrirlo. Sigue siendo el código que nosotros creamos, sólo que con pequeñas modificaciones.

—¿Y qué otras razones ve? —preguntó Rice impaciente.

—El hecho de que haya creado un túnel que les permite acceder a las grabaciones, sin duda. Para mí esta razón es mayor incluso que la anterior, e indica con más fuerza que les están dando una oportunidad para salvarles.

—Gracias a eso hemos conseguido descubrir quién había introducido el gusano en el sistema —comentó el informático.

—Y no sólo eso, sino que también han llegado hasta Eugene y hasta mí. Indudablemente, sabían que la CIA haría su trabajo y que tras descubrir el nombre de James, saldrían los nuestros y que yo acabaría aquí.

—Entonces ¿puede desactivarlo o no?

Caplan retrasó unos instantes su respuesta.

—Sí, creo que sí. Estoy convencido de que esa es su intención. Lo que tenemos que averiguar ahora es dónde está el punto de retorno que James ha elegido y cómo vamos a adivinar de qué se trata.

Rice se apoyó en la mesa y miró a Caplan.

—Juraría que le hemos traído precisamente para eso —le dijo con ironía.

—Sí, por supuesto. Pero lo que yo puedo hacer, igual que Eugene si fuese ella quien estuviese aquí ahora, es valerme del algoritmo que utilizamos para crear este código para buscar el punto de retorno, como ya le he dicho. Eso no lo podrían hacer sus informáticos porque no conocen el algoritmo o, de conseguirlo, les llevaría semanas de trabajo. El problema no es ese, sino que una vez que lo localice es evidente que no será el mismo punto de retorno que elegimos cuando creamos a *Denise*.

—Porque lo desactivaría al momento —propuso el informático.

—Eso es. Y sería estúpido porque recuperarían inmediatamente el control del edificio y del sistema de climatización, y la amenaza que antes me explicó con el virus del Ébola desaparecería.

«Y Morton es mucho más listo que eso». Pensó Rice.

—Entiendo, por tanto, que el primer paso es localizar el punto de retorno dentro del código y, a continuación, descubrir de qué se trata.

Caplan la miró satisfecho.

—Efectivamente. Encontrarlo creo que no me llevará mucho tiempo. El problema es descubrir cuál ha elegido.

Rice suspiró. Parecía que sus problemas no se habían solucionado del todo trayendo a ese hombre a la Agencia.

—¿Qué cree que podría ser lo que el señor Ford ha elegido?

Caplan se encogió de hombros.

—Ni idea, la verdad. Podrían ser millones de cosas. En principio existe libertad absoluta, ya que cada programador elige qué palabra quiere utilizar para desactivar el gusano que ha creado.

—¿Hablamos de una sola palabra, por tanto?

—No, no... no quería decir eso —rectificó—. No tiene por qué ser una palabra

que indique algo en concreto. Pueden ser números, una combinación alfanumérica, una sucesión de letras sin sentido aparente... Mil cosas.

Rice soltó un bufido de resignación.

—¿Y cómo averiguaremos de qué se trata? —le preguntó aún sabiendo que era imposible que conociese de antemano la respuesta.

—De momento, lo primero que tenemos que hacer es localizar dónde se encuentra el punto de retorno en el código, y una vez que lo hagamos, sabremos de cuántos caracteres se compone.

La Directora arqueó las cejas.

Caplan sonrió.

—¿Alguna vez ha jugado al scrabble?

Rice asintió levemente.

—Sí, con mis hijas en alguna ocasión ¿por qué?

—Porque así puede hacerse una idea bastante aproximada de qué es a lo que me estoy refiriendo. Yo utilizaré el algoritmo que empleamos para programar el código de *Denise* para encontrar el punto de retorno, y cuando lo localice, empezará nuestra partida de scrabble particular para descubrir de cuántos caracteres consta la palabra que tenemos que utilizar para desactivarlo.

Rice apartó la mirada de Caplan y la dirigió a la pantalla donde una inmensa maraña de letras y números se asomaba incomprensible ante sus ojos.

—¿Y cuánto cree que le llevará descubrirlo?

Caplan suspiró.

—Ahí está lo que le decía antes. Por eso dije que yo sólo puedo hacer la mitad del trabajo. Una vez que encuentre el punto de retorno, y el número de caracteres que contiene, serán ustedes los que deberán descubrir cómo completarlo.

La Directora dejó durante unos segundos la mirada perdida en el suelo de granito mientras trataba de pensar con rapidez cómo podrían resolver aquella nueva situación a la que tendrían que enfrentarse de la mejor manera posible.

—Entiendo que las posibilidades serán infinitas ¿verdad?

—Totalmente —respondió Caplan—. Y serán todavía mayores cuantos más caracteres haya. Recuerde lo que les expliqué. No tiene por qué ser una palabra, sino que también podrían ser números o combinaciones de números y letras.

—Eso nos coloca en una situación muy comprometida —comentó mirando a su compañero.

—Sin duda —respondió éste percibiendo la preocupación que se reflejaba en su rostro—. Las posibles combinaciones serían millones, y más si no podemos saber de antemano si son números o letras lo que necesitamos. Si lo supiéramos podríamos ejecutar programas de generación de datos hasta dar con la opción correcta. Pero si no lo sabemos...

—¿No valdrían? —preguntó con cierta decepción.

—Sí, pero el tiempo necesario sería mucho mayor —respondió Caplan—. Por

ejemplo, si descubriéramos que son números, y que el punto de retorno está formado por cuatro caracteres, existirían diez mil posibilidades que fácilmente un programa como el que está comentando él podría generar y probar en cuestión de minutos. Evidentemente, olvídense de que sea algo tan sencillo. No tengo ni la menor idea de qué es lo que James habrá elegido, pero desde luego no será algo que podamos resolver en unos pocos minutos.

Rice volvió a mirar a la pantalla del ordenador con la sensación de que se encontraban ante un problema para el que la CIA no tenía modo de hacer frente.

—Pero alguna manera habrá de descubrirlo ¿no? Si estamos de acuerdo en que nos están dando una posibilidad de salvar a estas personas y, según ha dicho usted antes, las modificaciones que Ford ha hecho en el código así lo demuestran, tiene que existir el modo de descubrirlo y de hacerlo en un plazo de tiempo razonable.

—Sí, sin duda —reconoció Caplan—. Eso lo desconocemos ahora, pero tal vez sea algo que más adelante descubramos o que al menos podamos intuir a qué podría referirse.

La Directora le miró y le agradeció sus palabras de aliento con una media sonrisa.

—De todas formas, existe otra cosa que no termina de encajar y que no hemos tenido en cuenta.

—¿El qué? —preguntaron tanto Rice como el informático a la vez.

Caplan señaló a la pantalla donde se veían las grabaciones de las cámaras de seguridad de la Asamblea General.

—Antes mencionó que ahora mismo hay dos muestras de ese virus en el sistema de climatización de esta sala ¿no es así?

—Sí, así es ¿por qué?

—Y que ese virus por el momento es inofensivo y que sólo será contagioso si el sistema llega a cuarenta grados ¿cierto?

—Sí, sí... ¿por qué lo dice? —preguntó nerviosa.

Caplan suspiró.

—Porque creo que debemos plantearnos la posibilidad de que, de algún modo, la desactivación de *Denise* y la temperatura de la sala puedan estar relacionados.

—¿Cómo dice? —preguntó con estupor.

—Entiendo que le cause sorpresa, pero no sería algo extraño en absoluto. Tenga en cuenta que un gusano informático siempre tendrá una manera de desactivarse que sólo conoce su creador. Si lo que antes comentábamos de utilizar programas de generación de datos fuese tan sencillo, su eficacia se vería comprometida. Sólo haría falta encontrar el punto de retorno, identificar cuántos caracteres tiene y ejecutar uno de esos programas, o incluso varios de manera simultánea. Antes o después darían con él y lo desactivarían.

—¿Y qué propone? —le interrumpió tratando de que fuera directamente a la parte importante de la historia.

—Me temo que no será tan sencillo como lo estamos planteado. Si yo hubiese

hecho el trabajo de James habría unido los intentos por descubrir el punto de retorno de *Denise* con la temperatura del sistema. De esa manera les estaría dando una posibilidad de salvar a esas personas, pero no infinitas posibilidades de hacerlo.

—Está diciendo que si nos equivocamos provocaremos la subida de temperatura de la sala hasta los cuarenta grados.

Caplan torció el gesto.

—Más o menos, sí. Desde luego eso es lo que yo habría hecho. Lo que no sabemos es el número de veces que podremos equivocarnos antes de alcanzar esa temperatura.

En ese momento, en la mente de Rice se clavó la historia que había leído sobre la muerte de la ministra Johnson.

—En Londres ocurrió algo similar a lo que usted plantea —le explicó convencida de que debía compartir con él toda la información que tuviera aunque fuese secreta—. Uno de los ministros murió ahogado en el interior de una jaula de metacrilato que estaba colocada bajo un aspersor antiincendios en una sala de la National Gallery. A las puertas de aquella sala, los tres profesores que antes le mencioné, se encontraron una especie de barrea luminosa que tenían que conseguir apagar adivinando una contraseña alfanumérica. En el primer intento se equivocaron y el aspersor liberó una gran cantidad de agua que llenó casi la mitad de aquella estructura.

Caplan se mostró fascinado con la similitud entre ambas situaciones.

—Entonces no es necesario que yo le siga dando más explicaciones. Eso es exactamente a lo que me estoy refiriendo, con la diferencia de que ahora es la temperatura lo que aumentará cada vez que probemos una opción y fallemos. Y lo que nos sabemos es de cuántos intentos dispondremos antes de que llegue a cuarenta grados y ese virus acabe con la vida de todas las personas que están allí dentro.

Capítulo 71

Sherline Meester y su compañero llevaban un par de horas haciendo guardia delante de la Asamblea General tratando de descubrir qué demonios estaba ocurriendo allí dentro tan grave como para que la Administración Grant hubiese instaurado el nivel de emergencia DEFCON 3. No había ni un sólo medio de comunicación que pusiese en duda a esas alturas que la vida del Presidente estaba en peligro, por mucho que la situación en los exteriores del edificio fuese aparentemente normal. O al menos hasta hacía una hora. Desde entonces, se había establecido un cordón policial de veinte metros en torno al edificio de la ONU que había obligado a interrumpir el tráfico de 1st Avenue y otras calles cercanas. Precisamente, aquella medida había conseguido multiplicar el interés de la prensa y había convertido aquel punto concreto de Manhattan en un enjambre de furgonetas de las diferentes cadenas de televisión y de cientos de curiosos que se acercaban hasta el lugar para ver de primera mano lo que ocurría en uno de los edificios más conocidos de la ciudad.

Ajena a todo aquel alboroto, lo que mantenía embelesada a Meester era el SMS que había recibido tres horas antes con las imágenes de un exagente de la CIA. La jefa de redacción de la NBC la había llamado personalmente para felicitarla por la increíble exclusiva que había logrado y que estaba proporcionando a la cadena la mejor cuota de pantalla del día, a más de cinco puntos de distancia de la segunda con mayor número de espectadores.

«Si supiese que no hice nada para conseguir esas fotografías».

Cuando estaba convencida de que aquel logro le serviría para obtener un ascenso en la redacción, la vibración de su teléfono móvil la obligó a abandonar sus fantasías y a centrarse en el que, por el momento, era su verdadero trabajo.

Para su sorpresa, lo que vio en la pantalla fue nuevamente el aviso de un SMS que esperaba en la bandeja de entrada a ser leído.

«Igual que antes». Pensó excitada.

Antes de abrirlo y ver qué contenía, Meester levantó la mirada. A escasos metros vio a su compañero que, cámara en mano, miraba hacia la entrada de la Asamblea General con gesto contrariado. Permanecer demasiado tiempo en las afueras del museo Metropolitano les había retrasado irremediablemente y había supuesto que muchas otras cadenas se les hubiesen adelantado en su llegada al edificio de la ONU. Como consecuencia de ello, ahora el lugar que tenían no era suficientemente bueno para hacer una grabación de calidad.

—Esto nos va a suponer una buena bronca —le había dicho nada más llegar.

Después de observarle durante unos segundos más echó un rápido vistazo a su alrededor. Todo el mundo mantenía centrada su atención en el mismo punto. No era capaz de reconocer a nadie que pudiera estar vigilándola. La persona que estaba detrás de aquellos misteriosos mensajes.

Tratando de calmarse, devolvió la mirada a la pantalla de su móvil y abrió el SMS. Esta vez lo que contenía no eran imágenes, sino un documento adjunto del MI6, el Servicio Secreto de Inteligencia británico.

Lo que leyó en las primeras líneas la dejó con la boca abierta.

«Prepárate Sherline, vas a ser la nueva jefa de redacción». Se dijo a sí misma.

Capítulo 72

—¡Lo tengo!

El expresivo y espontáneo grito de una de sus agentes hizo que a Rice casi se le saliera el corazón del pecho. Llevaba varios minutos tratando de averiguar junto a Caplan si existía algún modo de desactivar el gusano que controlaba en ese momento todos los sistemas del edificio de la ONU, lo que había hecho que se hubiese desentendido por completo de la búsqueda que Connelly y los profesores estaban llevando a cabo por Manhattan y del seguimiento que había ordenado realizar sobre Morton.

Precisamente porque conocía a la perfección cuál era la tarea de aquella agente en concreto, Rice sabía que semejante muestra de alegría sólo podía significar una cosa.

Con el corazón todavía algo descontrolado se acercó hasta su posición esperando que su intuición no le fallase en un momento tan importante.

—¿Le habéis encontrado?

—Sí. ¡Por fin! Hoy, en Central Park.

Los ojos de la agente brillaban de emoción.

Rice miró a la pantalla y vio la imagen captada por una de las cámaras de vigilancia de la ciudad de un hombre vestido con ropa informal y gorra de los New York Yankees.

—Parece que ha cambiado de equipo. Espero que los Toronto Raptors no se lo tengan en cuenta —dijo con sorna recordando la última imagen que le había enseñado de él.

La agente soltó una risa nerviosa.

—El programa de reconocimiento facial ha confirmado su identidad. La gorra no ha sido suficiente para evitar que le identificáramos.

Rice se mantuvo unos instantes mirando fijamente a la pantalla pensando si a esas alturas a Morton le interesaba realmente seguir pasando desapercibido.

—¿Dices que fue en Central Park?

—Sí, esta grabación es de una de las cámaras situadas al final de Broadway, casi a la altura de Columbus Circle. Y tenemos muchas similares —dijo cargándolas en pantalla.

—¿Hacia dónde se dirigía? —preguntó con curiosidad.

—Entra en Central Park y ahí le perdemos la pista. Voy a intentar descubrir qué es lo que hace a partir de ese momento, pero dentro del parque hay muy pocas cámaras. Va a ser más difícil.

Rice recordó la imagen que había visto al poco de llegar de Nueva York, con la agente Connelly y los profesores también en Central Park.

—¿Y de dónde venía? ¿Lo sabéis?

—Sí, eso sí —respondió orgullosa—. Una vez que el programa de reconocimiento tenía sus rasgos grabados he iniciado una búsqueda automática y

estamos encontrando nuevas imágenes tuyas sin parar —le explicó al tiempo que maximizaba una pantalla que estaba escondida. En ella se veían salir sin parar capturas de las cámaras de vigilancia junto con un mismo mensaje: *Identificación confirmada*—. Sale de la estación de metro de Columbus Circle.

Al escucharla, Rice torció el gesto.

—Eso no es lógico —comentó sorprendida con una mueca de extrañeza reflejada en su rostro—. ¿Podrías cargar un plano de Manhattan y localizar el punto del que estamos hablando, por favor?

La agente cumplió su petición al instante.

—¿Lo ves? —le señaló la Directora con el dedo al aparecer el plano en pantalla—. Si salió de la estación de Columbus Circle y se dirigía a Central Park ¿por qué no cruzó directamente la calle y entró en el parque? ¿Cómo es que la primera imagen que has encontrado de él fue al final de Broadway?

La agente se dio cuenta rápidamente de que lo que decía Rice era cierto. Lo que aparentemente había hecho Morton no tenía sentido. Contrariada por aquel fallo que había cometido, abrió la pantalla que contenía muchas de las imágenes que el programa estaba encontrando. A continuación, escribió un comando y sobre el plano comenzaron a marcarse una serie de puntos donde, como por arte de magia, las capturas fueron apareciendo una tras otra.

—Acabo de utilizar la hora a la que fueron tomadas estas imágenes para establecer una cronología correcta y determinar cuál fue su trayecto desde el momento en que sale de la estación de Columbus Circle hasta que le perdemos la pista en el parque.

El itinerario que apareció en pantalla no dejaba lugar a dudas.

Rice sonrió.

—No sólo no estaba evitando ser descubierto, sino que se dio una vuelta por la calle tranquilamente pasando por delante de todas las cámaras de seguridad que pudo para que le encontráramos —dijo fascinada—. Está jugando con nosotros.

La agente no daba crédito a aquella actitud.

—Incluso parece que se dirige al mismo punto donde vimos llegar a Connelly en helicóptero —murmuró extrañada.

Rice sabía que estaba en lo cierto.

—¿A qué hora ocurrió eso? —le preguntó tratando de averiguar si ambos hechos podían estar relacionados.

La agente cargó una grabación en una nueva pantalla junto a la imagen de Connelly y pulsó la tecla Enter. Al instante, el momento al que hacía referencia, y que Rice había recordado anteriormente, apareció en pantalla.

—Esta imagen es de las 13:55 —le indicó—. Y la última que tenemos de Morton antes de que entrara en Central Park es de dos horas y media antes, de las 11:19.

Rice frunció el ceño. De nuevo algo no encajaba.

—Demasiado tiempo —masculló.

Durante unos instantes permaneció pensativa con la mirada clavada en la pantalla.

—¿A qué hora salieron del museo Metropolitano? Cuando llegué de Nueva York les vi en el hall del museo y la profesora no estaba con ellos.

Una vez más, la agente cargó las grabaciones de las cámaras de seguridad y procedió de una manera muy similar. En esta ocasión, sin embargo, la primera imagen que apareció en pantalla fue la de Connelly subiendo las escaleras exteriores del museo. Rápidamente comenzó a pasarlas hasta llegar a la que la Directora le pedía.

—¡Aquí está! —exclamó al encontrarla—. Connelly llegó al museo Metropolitano a las 10:08 y la imagen que usted pide, donde la profesora ya no aparece, es de cuarenta y cinco minutos más tarde, las 10:53.

Rice se llevó una mano a la frente tratando de asimilar si aquello que estaba viendo era realmente posible. Hasta ese momento no había concedido especial importancia al hecho de que la profesora hubiera permanecido desaparecida durante un determinado espacio de tiempo. Al fin y al cabo, sabía que Connelly se habría encargado de subsanar aquel inesperado problema de manera efectiva, como así había sido. Margaux ya estaba de nuevo con ellos y juntos continuaban la tarea que se les había encomendado. Lo que la dejaba completamente desconcertada era descubrir la posibilidad de que el tiempo que había estado desaparecida lo hubiese pasado con Morton, tal y como parecía indicar claramente la información que estaban recopilando. Algo que jamás habría podido llegar a imaginarse.

—Es increíble —susurró sin terminar de asimilarlo—. La profesora estuvo con Morton todo ese tiempo. Por eso él entra en Central Park.

Para tratar de corroborar aquella descabellada historia que estaba escuchando decir a su jefa, la agente realizó una nueva búsqueda para localizar los lugares en los que Connelly había estado en ese espacio de tiempo, entre las 10:53 y las 13:55. En el plano de Manhattan se marcaron cuatro puntos, dos de ellos muy cercanos entre sí. La agente los fue abriendo uno por uno. En todas las imágenes que habían captado las cámaras de vigilancia en esos cuatro lugares únicamente aparecía Connelly con los dos profesores. No había ni rastro de Margaux por ninguna parte.

—El primer punto al que se dirigieron al irse del museo fue la Biblioteca Nacional —le explicó maximizando el primer resultado que obtuvo en la búsqueda—. A continuación, se dirigieron a la estación de Rector Street, en el sur de Manhattan, y posteriormente a la iglesia de la Trinidad, al otro lado de la calle.

La agente hizo una pausa para cargar nuevas imágenes antes de continuar.

—De ahí volvieron directamente al helipuerto donde habían aterrizado al llegar a Nueva York. Sólo sabemos que despegaron y que unos pocos minutos más tarde acabaron en Central Park. La siguiente imagen que tenemos es la de las 13:55 y la profesora ya está con ellos otra vez.

La cara de Rice era de absoluta sorpresa.

—Tengo que hablar con Connelly —dijo nerviosa—. No tenía conocimiento de

nada de esto. Si la profesora habló con Morton puede saber algo que pueda ayudarnos. Algo que pueda ayudar a Caplan a desactivar el gusano.

Justo en ese momento, el sonido de la señal de la NBC que se estaba emitiendo en la gran pantalla principal de la pared por orden expresa de Rice les interrumpió. La Directora apartó la mirada del ordenador en el que estaban trabajando y vio a uno de sus compañeros que sostenía el mando con los ojos desencajados.

—Tiene que ver esto.

Rice caminó hasta el centro de la sala y atendió a la noticia.

Inmediatamente, se llevó las manos a la cabeza.

La NBC estaba mostrando en exclusiva, y en riguroso directo a todo el mundo, un informe altamente confidencial del Servicio Secreto de Inteligencia británico en el que se explicaba con todo detalle que el accidente del vuelo H345 de la compañía British Airways el 3 de agosto de 2009, que debía cubrir el trayecto entre el Aeropuerto de Heathrow y el Aeropuerto John F. Kennedy de Nueva York, y en el que habían muerto ciento cincuenta y cinco personas, no había sido causado por un fallo en un motor, como había concluido la investigación oficial, sino que había sido derribado por dos cazas Eurofighter Typhoon de la Real Fuerza Aérea Británica por orden expresa del propio Primer Ministro Taylor.

Para confirmar su veracidad, la cadena estaba mostrando ampliaciones del documento donde se veía la firma del Primer Ministro y de algunas de sus partes más comprometidas. En concreto, mientras la voz en *off* de la presentadora continuaba leyendo su contenido, la imagen que ocupaba la parte baja de la pantalla mostraba una ampliación donde se especificaba que el objetivo de aquella acción, denominada Operación Moorgate, había sido desviar la atención de los medios de comunicación que llevaban meses especialmente interesados en los negocios privados del Primer Ministro, el cual parecía llevar varios años aprovechándose de su cargo para su enriquecimiento personal y el de su conglomerado empresarial.

Cuando la presentadora terminó de leer el contenido completo del documento, el mismo agente que había activado el sonido un par de minutos antes, lo desactivó.

Ajena al cambio, Rice permaneció inmóvil con la mirada fija en la pantalla.

—Tenemos que hacer algo. Esta noticia va a ser un escándalo.

La crudeza de las palabras de su compañero fueron suficientes para que saliera de su ensimismamiento y se centrara de nuevo. No le cabía la menor duda de que estaba en lo cierto y de que era necesario que respondieran cuanto antes.

—El gobierno británico lo negará todo, estoy segura —afirmó de inmediato—. Y nosotros también tendremos que hacerlo. En ese vuelo iban catorce ciudadanos estadounidenses y nuestro gobierno participó en esa investigación.

—Pero el Primer Ministro está encerrado en la Asamblea —le rebatió el agente—. Igual que el Presidente Grant.

Rice resopló enfurecida. Lo que había conseguido Morton filtrando ese informe a la prensa era mucho más grave que el impacto que habían tenido las fotografías de un

exagente secreto de la CIA. Morton sabía muy bien que una noticia de esa magnitud debía ser desmentida personalmente por el propio Primer Ministro, al cual mantenía oportunamente encerrado en la Asamblea General. Exactamente lo mismo ocurría por parte del gobierno de los Estados Unidos. La reacción debía ser inmediata y cada segundo que pasara era trascendental para sus intereses. Si aquel escándalo se extendía podría llegar al conocimiento de la opinión pública que la Administración Grant había tomado parte en una vergonzosa mentira sobre una investigación que jamás se había producido. O lo que era incluso peor, podía ser la chispa que hiciera saltar por los aires todos los informes de El caso Coen que llevaban varias décadas guardados bajo increíbles medidas de seguridad.

«Tenemos que matar a Morton. No es suficiente con detenerle».

El odio que inundaba a Rice en esos momentos era infinito y sus ganas de acabar con él inimaginables, pero a su vez también era consciente de que era él quien tenía el control total de lo que estaba ocurriendo y debían tomar decisiones inteligentes para conseguir que la situación se tornara a su favor. En cualquier otro momento, de producirse una filtración a la prensa de semejante gravedad, el Servicio Secreto habría sido inmediatamente informado y el Presidente volvería a Washington para hacerse cargo de la situación personalmente. Sin embargo, ahí también Morton les llevaba ventaja. Tener a Grant y a Taylor encerrados en la Asamblea General, bajo la amenaza de acabar con sus vidas con la liberación de un virus letal, limitaba enormemente la capacidad de reacción de ambos gobiernos que no podían consultar a sus respectivos jefes qué querían hacer al respecto o cómo querían afrontar el problema.

Si hasta entonces la atracción en el exterior del edificio de la ONU había ido aumentando paulatinamente, Rice no quería ni imaginarse lo que sucedería a partir de ese momento.

Al echar un vistazo rápido al trabajo que todo su equipo estaba desarrollando mientras decidía cómo debían responder ante la filtración de aquel documento, la única solución posible apareció de golpe en su mente.

—Creo que vamos a necesitar una vez más sus servicios —dijo acercándose rápidamente al lugar donde Caplan se encontraba trabajando—. Al fin y al cabo usted está aquí porque durante años se ganó la vida creando virus y gusanos informáticos ¿verdad?

Caplan la miró con sorpresa, pero sabiendo perfectamente lo que estaba a punto de pedirle. Aunque le parecía increíble que algo semejante fuese a salir de la boca de la Directora de la CIA, entendía su petición dada la gravedad de lo que acababan de ver por televisión.

—De hecho se supone que es uno de los mejores *hackers* del mundo —continuó sin dejarle responder—. Le brindo la oportunidad de que demuestre sus habilidades. Quiero que corte de inmediato la señal de la NBC.

Rice se detuvo un instante antes de proseguir.

—Es posible ¿verdad?

—Sí, claro que sí. Pero no es necesario que yo lo haga —respondió Caplan haciéndose de rogar—. Cualquiera de sus especialistas en informática podría hacerlo. Estamos hablando del servidor de una cadena de televisión, no del de la CIA o el FBI.

—No dudo de que serían capaces —le cortó—. Pero bastantes problemas tenemos ya como para que alguno de ellos se vea involucrado en este tema. Por eso se lo estoy pidiendo a usted directamente. Entonces, dígame ¿puede o no puede hacerlo?

Caplan miró por última vez a la pantalla donde seguía emitiendo la NBC.

—Que sepa que va a darle el día a los informáticos de la cadena.

—¡Que le den a esos informáticos y a la NBC! —exclamó enfurecida—. Ya nos ocuparemos más adelante de depurar responsabilidades. ¡Publicar un documento altamente clasificado de un gobierno aliado tan importante para nosotros como el gobierno británico sin consultarnos previamente es intolerable! Y ahora dígame de una vez por todas qué necesita para hacer lo que le pido.

—Nada —respondió volviéndose hacia el teclado—. No necesito nada, en realidad. Porque lo único que nos hace falta lo tenemos aquí mismo.

Rice le miró asombrada.

—¿Va a infectar a la NBC con el mismo gusano que está empleando Morton?

—Le gusta la idea ¿verdad? —le dijo sonriendo—. Si quiere puedo utilizar otro, pero me llevará algo más de tiempo.

—¡No! —le cortó inmediatamente—. ¡Quiero que acabe con esa señal ahora mismo!

—En ese caso, utilizaremos a *Denise*. Verá cómo no es tan mala como pensaba.

Durante unos segundos, Caplan se mantuvo tecleando comandos y reescribiendo código. El informático que estaba a su lado le miraba fascinado.

—Creo que James nos hizo un gran favor sin saberlo —les explicó—. El túnel que creó para que pudieran acceder a las cámaras de seguridad de la ONU no me permite desactivarlo, porque para eso necesitamos conocer su punto de retorno, como ya vimos antes, pero sí me permite replicar su código y dirigirlo hacia el servidor que yo quiera.

—Suenan bien —dijo Rice.

—No para la NBC —respondió Caplan—, no para la NBC. Estoy seguro de que se van a tirar un buen rato tratando de resolver el problema que estamos a punto de generarles sin llegar a comprender siquiera qué es lo que ocurre exactamente. La única ventaja que tendrán es que al tratarse del mismo gusano, en el momento en que nosotros consigamos desactivarlo y recuperar el control de los sistemas del edificio de la ONU, ellos recuperarán su señal.

—Me parece correcto. Si salvamos la vida al Presidente no me importa lo que les ocurra a ellos.

De nuevo, Caplan sonrió. Estaba confirmando en primera persona lo que siempre había sospechado, que no sólo los *hackers* a sueldo cometían ataques informáticos sin

el menor remordimiento, sino también la grandes agencias gubernamentales como la CIA.

—Está bien, despídase de la NBC —le dijo levantando la vista y dirigiéndola hacia el televisor central.

Rice hizo lo mismo.

Tras el sonido de una tecla, la señal se cortó.

«Perfecto».

Capítulo 73

Connelly se dio la vuelta y vio a los profesores observando con curiosidad el expositor colocado al otro lado de la biblioteca. Desconociendo si allí podía esconderse lo que Morton quería que encontraran caminó hacia ellos acompañada por Milanelli.

—¿Algo interesante? —preguntó cuando estaban casi detrás de ellos.

Margaux giró levemente la cabeza antes de responder.

—Nada en particular. O por lo menos nada que pensemos que nos puede ayudar en lo que debemos descubrir.

Connelly echó un vistazo al libro que observaban con tanta atención.

—¿Qué tiene de especial? —les preguntó señalándolo.

—Es la Biblia de Gutenberg —respondió Campbell—. Existen apenas medio centenar de ejemplares en todo el mundo, y sólo la mitad están completos. Este es uno de ellos.

La agente lo miró durante un par de segundos más con desinterés.

—Entonces ¿puede o no puede ayudarnos?

El profesor se volvió hacia ella.

—Como le hemos dicho en anteriores ocasiones, son muchas las obras increíbles que están reunidas en esta biblioteca y que pueden ser únicas en el mundo o tratarse de una de las pocas copias existentes, como es el caso de este libro. Y como también le dijimos antes, puede que sea el significado de alguna de ellas lo que realmente estamos buscando.

El agudo pitido del móvil de Connelly interrumpió bruscamente su explicación.

Rice la estaba llamando.

—¿Si, Directora? Dígame.

—¿Dónde se encuentran, agente?

—En la Biblioteca Museo Morgan —confesó al instante con sobriedad—. En Madison Avenue con 36th Street.

—¿Qué hacen allí? —preguntó Rice sorprendida.

Connelly suspiró antes de responder.

—Es un poco difícil de explicar de manera concisa y sin que parezca una locura, pero lo cierto es que el comisario Chavrier encontró una serie de nombres en una iglesia de París que nos han traído hasta aquí.

Rice permaneció en silencio.

—En el apartamento de Steve Douglas, en Greenwich Village, encontramos una frase que según la profesora está grabada en la entrada de la cripta de Napoleón en la iglesia de Los Inválidos de París —añadió entendiendo que su silencio era un muestra de que quería más información al respecto—, de modo que le pedimos a Chavrier que acudiera hasta ese lugar para conocer por qué Morton nos enviaba allí.

—¿Morton dejó un puñado de nombres en la tumba de Napoleón?

—Sí, así es. Aunque pueda sonar extraño, eso es justo lo que ocurrió. Dejó cinco nombres de cinco pintores. Los profesores interpretaron rápidamente que la única opción razonable para hacerlo era que con ellos nos estuviera indicando una localización exacta de la ciudad, así que hicimos una simple búsqueda por internet y descubrimos que el único lugar de Nueva York donde se exponen obras de todos ellos es aquí, en la Biblioteca Museo Morgan.

—Entiendo.

—Y después de pasar por varias salas —continuó Connelly—, los tres están de acuerdo en que la biblioteca privada de Morgan es el lugar elegido por Morton para esconder lo que sea que quiere que encontremos.

Rice dejó pasar un segundo mientras asimilaba todo lo que estaba escuchando y prosiguió la conversación.

—¿Podrías activar el dispositivo manos libres para que me puedan escuchar, por favor?

Connelly apartó inmediatamente el teléfono del rostro e hizo lo que le pedía.

—Ya está. Ya pueden oírle.

—Gracias —se escuchó decir con voz hueca—. Me alegra enormemente saber que avanzan en el trabajo que tienen encomendado, profesores. Y también me alegra saber que el comisario Chavier ha sido de gran ayuda una vez más.

—Los nombres que encontró en las Venus de la cripta parecían indicar con claridad este lugar —comentó Margaux—. Y como le ha dicho ella, ahora estamos en esta biblioteca tratando de averiguar todo lo que podemos sobre la gran cantidad de obras que se exponen aquí dentro.

—Confío plenamente en ustedes, profesora —respondió evitando que se alargara innecesariamente en darle más detalles—. En realidad, les llamo para comunicarles que Morton ha vuelto a utilizar a la NBC para comunicarse con nosotros.

Los cuatro se miraron al instante sorprendidos.

—Y, por desgracia, ha decidido elevar considerablemente la gravedad de sus actos.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó con enorme curiosidad Milanelli.

—Algo muchísimo peor que sacar a la luz unas cuantas imágenes de un exagente de la CIA, profesor. Les ha entregado un documento clasificado del Servicio Secreto de Inteligencia británico.

A diferencia de sus compañeros, el rostro de Milanelli denotaba claramente su fascinación por lo que estaba escuchando. Mientras que Campbell y Margaux eran conscientes de la gravedad de cada uno de los actos cometidos por los secuestradores, él los veía siempre desde una perspectiva completamente diferente. Como un continuo y creciente desafío. La manera que tenían de poner su inteligencia a prueba hasta límites insospechados.

—La cadena ha tenido la osadía de publicar esa información sin consultarnos previamente. Parece que en el día de hoy todo vale con tal de conseguir la mayor audiencia posible.

—¿Qué información contiene ese informe? —preguntó Connelly.

—Se trata de una de las acciones de El caso Coen.

—¿Cómo dice? —preguntó Campbell asombrado.

—Exactamente lo que acaba de oír, profesor. Por eso digo que la gravedad de lo que ha hecho con esta filtración es infinitamente mayor. Esta vez ha ido demasiado lejos.

Sin hacer ningún comentario al respecto de la importancia de la información que les estaba transmitiendo la Directora, Milanelli trató de reflexionar rápidamente si de verdad aquello podía ser comparable, o incluso de mayor gravedad, que asesinar a cinco personas aparentemente inocentes, como había ocurrido en Londres el día anterior.

—¿Y sobre qué trata? —inquirió Margaux picada por la curiosidad.

—Es un informe sobre un accidente aéreo que tuvo lugar hace cuatro años —respondió Rice—. Un vuelo entre Londres y Nueva York en el que murió mucha gente.

—Más de un centenar —comentó Campbell—. Lo recuerdo perfectamente. Había una docena de estadounidenses entre las víctimas.

—Sí, ese accidente —les confirmó Rice—. En concreto fallecieron un total de ciento cincuenta y cinco personas, entre pasajeros y tripulación, y catorce de ellas eran estadounidenses.

—Pero si no recuerdo mal la investigación concluyó que había sido un fallo en unos de los motores lo que lo había provocado —le interrumpió inconscientemente el profesor.

La Directora mantuvo un escrupuloso silencio ante aquel comentario. Enseguida los tres entendieron lo que ocurría. A Margaux se le humedecieron los ojos.

—¿Su gobierno provocó voluntariamente ese accidente? —preguntó desencajado Milanelli sin alcanzar a asimilar la transcendencia de lo que estaba escuchando.

—El gobierno británico, profesor. No el nuestro.

Milanelli levantó la vista y vio a sus compañeros con la mirada clavada en el móvil que Connelly sostenía en su mano. En Londres, Bailey les había explicado que El caso Coen incluía todas las acciones que los gobiernos de Estados Unidos, Reino Unido y Francia llevaban realizando en secreto y de manera conjunta desde el final de la Segunda Guerra Mundial. En concreto, recordaba perfectamente cómo había reconocido a regañadientes que se trataba de acciones de las que no podían sentirse orgullosos, pero jamás se habría imaginado algo de semejantes dimensiones.

—En cualquier caso —prosiguió Rice intentando restar importancia a la noticia —, está claro que se trata de un nuevo mensaje que Morton nos envía, al igual que lo fue la filtración de las imágenes de Steve Douglas. Por eso mismo les he llamado. Necesito que le encuentren un significado y que descubran qué razón le ha podido llevar a sacar esta información a la luz.

Milanelli echó un rápido vistazo a su alrededor y, a continuación, consultó su

reloj. Llevaban casi una hora en aquel museo y la mayoría de ese tiempo lo habían pasado dentro de la biblioteca en la que se encontraban. Sin embargo, todavía no habían sido capaces de descubrir por qué les habían llevado hasta allí, y lo que les estaba contando la Directora suponía irremediablemente tener que dirigirse a otro punto diferente de la ciudad.

—Pero no hemos encontrado nada aquí aún —balbuceó casi inconscientemente—. No es lógico que nos señalen ahora otro lugar.

—Desconozco por completo lo que han hecho o han dejado de hacer, profesor —le rebatió Rice—. Y, por supuesto, no tengo ni la menor idea de lo que Morton pretende que encuentren en ese museo. Lo que está claro es que él es el único responsable de la filtración de ese informe y que, por tanto, este hecho tiene relación con el Presidente y con el trabajo que ustedes están llevando a cabo en Manhattan. Por tanto, les repito que tienen que descubrir por qué lo ha filtrado y qué pretende conseguir exactamente con ello.

Margaux cogió aire intensamente y lo expulsó con fuerza tratando de calmarse y de sobreponerse al impacto que le había provocado aquella noticia.

—Afortunadamente, creo que eso no será difícil —dijo respondiendo a lo que Rice les reclamaba—. Lo que nos indica en esta ocasión está muy claro.

—¿Lo está? —le preguntó al instante Connelly mirándola sorprendida.

—Totalmente. De todas las acciones que pueden estar incluidas en El caso Coen, Morton ha elegido una muy particular en la que más de un centenar de personas *inocentes* murieron por culpa del gobierno británico.

—¡La masacre de los inocentes! —exclamó Campbell con voz ahogada.

—Exacto. Esta vez su mensaje es muy fácil de interpretar. Desde el principio dijimos que ese hombre quiere que todos participemos hoy en su juego. Eso incluía también a Chavier y a Godwin, y el comisario Chavier ya ha cumplido con su parte del trabajo descubriendo los cinco nombres escondidos en la cripta de Napoleón. Nombres que nos han traído hasta este museo.

Margaux hizo una breve pausa para recobrar el aliento y continuó.

—Y justo antes de que nos llamara, le estábamos explicando a la agente Connelly que los tres estamos de acuerdo en que lo que Morton quiere de nosotros es que encontremos información aquí que nos ayudará más adelante a salvar a las personas que están encerradas en la Asamblea General. Y ahora, al sacar a la luz ese informe secreto, acaba de confirmar que todas nuestras sospechas eran ciertas, porque lo que esconde ese informe, como acaba de decir el profesor Campbell, es la masacre de personas inocentes. Y precisamente ese nombre, La masacre de los inocentes, es el título de dos cuadros de Rubens que encontramos en el día de ayer en la galería Guildhall de Londres. Dos cuadros que no debían estar allí expuestos.

—Entonces ¿qué hacían allí? —le cortó Rice.

—No lo llegamos a descubrir —respondió Margaux—. Justo cuando entendimos que eran esos dos cuadros, de entre todos los expuestos, los que habían dejado para

nosotros, la agente Shahi nos llamó para informarnos de la desaparición del ministro Hudson, de modo que abandonamos la galería y fuimos rápidamente a su casa.

—Por tanto, no llegaron a corroborar en ningún momento si su idea era correcta ¿verdad? —preguntó Connelly.

—Sí, sí lo hicimos —respondió Campbell—. La propia Shahi comprobó el listado de obras expuestas de aquella galería y confirmó que ninguna de las dos versiones de La masacre de los inocentes debía exponerse allí.

—¿Y qué razón encontraron al respecto? —inquirió Rice.

—Inicialmente el hecho de que emplearan ambas versiones, y no una sola, nos hizo entender que trataban de decirnos que debíamos buscar en dos puntos diferentes y no sólo en Londres, como estábamos haciendo hasta ese momento. Eso fue lo que acabó llevando a Chavrier a Roma.

—Entonces sí que habrían encontrado la razón de que los dejaran allí.

Margaux torció el gesto. En cierto modo sabía que Rice tenía razón.

—Sólo parcialmente —respondió—. El comisario fue a Roma porque supimos relacionar hábilmente el modo en que los ministros aparecían asesinados con las torturas representadas en la iglesia de San Estefano Rotondo, pero hasta que no vimos esos dos cuadros en el Guildhall no entendimos que debíamos ir hasta Roma en persona y descubrir qué podían haber dejado para nosotros. Al principio, sólo sabíamos que los ministros aparecerían asesinados siguiendo esas torturas, pero no que debíamos acudir a aquella iglesia.

—Entiendo. Por tanto, ahora piensa que nos indican esa galería de nuevo.

—Sí, eso creo. En mi opinión el mensaje que nos ha dado Morton con ese informe que ha filtrado a la NBC es muy claro y nos señala otra vez esos dos cuadros.

—¿Y qué esperan que encontraremos allí? —le preguntó Connelly—. Tengan en cuenta que si pretenden que le pidamos a Godwin que acuda a esa galería es porque al menos tienen una idea de qué puede encontrar.

Margaux resopló de nuevo.

—Puede que esta vez sea más sencillo que con Chavrier. Primero porque ahora sí sabemos que el Guildhall es el lugar exacto, cosa que desconocíamos en París, y en segundo lugar, porque sabiendo que él encontró cinco nombres en la tumba de Napoleón es posible que algo similar esté escondido en la galería y Godwin puede descubrirlo.

—¿Nuevos nombres que les llevarán a otro museo de Nueva York? —preguntó Rice.

—Eso no lo sabemos todavía —contestó Campbell—. Y de hecho, es imposible que lo sepamos. Si bien es cierto que es una buena posibilidad, deberemos esperar a que el comisario llegue para confirmar esa teoría.

—Pero según ha dicho antes el profesor Milanelli, todavía no han descubierto lo que Morton les ha dejado en la Biblioteca Morgan. No pueden ir a otro lugar hasta que lo encuentren.

Campbell sintió un brusco y repentino malestar al darse cuenta de que la pregunta que acababa de hacerles Rice unos segundos antes no había sido más que una trampa. El paso previo para echarles en cara que no estaban haciendo correctamente su trabajo.

—Eso lo sabemos —respondió disimulando eficazmente su incomodidad—. Pero también es cierto que a Godwin le llevará unos minutos llegar hasta el Guildhall y más tiempo todavía descubrir por qué queremos que vaya hasta allí, de modo que confío en que entre unas cosas y otras, nosotros podamos entender por fin por qué Morton nos ha traído hasta aquí.

Rice no comentó nada al respecto y permaneció en silencio. Connelly apartó la mirada del teléfono y la dirigió rápidamente a los profesores. La sensación de todos ellos era que debían dar por terminada aquella conversación y ponerse a trabajar cuanto antes.

—Si le parece bien —dijo la agente—, me pondré inmediatamente en contacto con el comisario Godwin para transmitirle todo lo que hemos hablado y para pedirle que vaya hasta el lugar que indican los profesores. Y como dice Campbell, mientras tanto seguiremos intentando encontrar lo que Morton nos ha dejado en esta biblioteca.

—Perfecto. Nosotros seguiremos tratando de desactivar este maldito gusano informático. Les mantendré informados si conseguimos algún avance al respecto.

Tras despedirse, Rice finalizó la llamada, guardó el móvil en su *blazer* y se dirigió a Caplan.

—Ahora que ha mostrado sus habilidades como *hacker* cortando la señal de la NBC es el momento de que encuentre el punto de retorno de *Denise* cuanto antes. Hay muchas personas trabajando para salvar la vida del Presidente y de quienes están encerrados allí dentro con él. Y del trabajo que hacen todas ellas, el nuestro es el más importante con diferencia.

Capítulo 74

Nada más terminar la conversación con Rice, Connelly buscó en la agenda de contactos el teléfono del comisario Godwin y pulsó la tecla de llamada. Según habían dicho los profesores, que Morton hubiese sacado a la luz aquel informe de El caso Coen era una señal inequívoca que les indicaba que debían acudir al Guildhall una vez más.

—Buenas tardes, comisario —se lanzó a saludarle en cuanto notó que cogía el teléfono—. Ya hemos descubierto el lugar al que debe dirigirse para ayudarnos a salvar a su Primer Ministro.

—¿Dónde? —preguntó saltándose cualquier protocolario saludo.

Connelly se apartó el teléfono del rostro y activó seguidamente el dispositivo manos libres, como minutos antes había hecho con Rice, para que los profesores pudiesen explicarle su razonamiento con todo detalle.

—La galería Guildhall —le indicó Margaux respondiendo a su pregunta.

Godwin frunció el ceño al escucharla.

—¿Está segura, profesora? Todos los edificios que visitamos están precintados y vigilados por la policía. ¿Qué puede haber allí que no descubriéramos ayer?

—No lo sabemos, comisario —respondió entendiendo sus dudas—. Lo único que tenemos claro es que ese es el lugar que nos están indicando.

—¿Ha visto las noticias recientemente? —inquirió Connelly a continuación.

Sorprendido por aquella pregunta, Godwin tardó un instante en contestar.

—No, no lo he hecho. Desde que volví de hablar con el ministro Hudson he estado encerrado en mi despacho tratando de entender qué demonios ocurrió en el día de ayer, cómo pudieron hacer todo lo que hicieron delante de nuestras narices y, sobre todo, dónde se ha metido el ministro Dean.

—¿Le han encontrado? —preguntó de golpe Milanelli con curiosidad.

Para él, la posibilidad de que uno de los ministros del gobierno británico hubiese podido colaborar activamente con los secuestradores en la desaparición y asesinato de varios de sus compañeros le parecía una de las historias más fascinantes de cuantas habían vivido en Londres. Cuando les había planteado esa misma idea al comisario y a Bailey un día antes, sin embargo, su respuesta había sido mucho menos entusiasta.

—No, profesor, imposible. Realmente parece como si se lo hubiese tragado la tierra —respondió sin poder ocultar su contrariedad.

Connelly esperó educadamente a que le contestara, pero consciente de que el objetivo de su llamada era el tema prioritario en ese momento.

—Volviendo a lo que le estaba diciendo —prosiguió la agente—, los profesores han llegado a la conclusión de que el Guildhall es el lugar al que Morton quiere que acuda porque hace tan sólo unos pocos minutos la NBC ha revelado el contenido de un informe secreto de su Servicio de Inteligencia. El informe de una de las acciones de El caso Coen.

Godwin sintió un enorme dolor que nacía en su estómago y ascendía lentamente por su pecho al escuchar aquellas palabras.

—Dicho documento —prosiguió Connelly entendiendo el impacto que debía haberle causado esa información— recoge detalles muy comprometedores referentes a un accidente aéreo ocurrido hace cuatro años. Un accidente que no fue causado por una avería mecánica del avión, como al parecer concluyó la investigación oficial, sino provocado voluntariamente por su gobierno. Por esa razón, la profesora está convencida de que nos están señalando la galería del Guildhall donde ustedes vieron ayer dos cuadros titulados *La masacre de los inocentes*.

Godwin no daba crédito a lo que estaba escuchando. «¿El gobierno ordenó derribar un avión comercial? Eso no es posible. ¿Cómo demonios iba a taparse semejante escándalo?». Intentando asimilarlo, cerró los ojos para concentrarse en el momento al que Connelly estaba haciendo referencia. Con mucho esfuerzo, recordó el instante en el que uno de sus agentes que trabajaba en la sala de vigilancia les había avisado de que algo extraño estaba ocurriendo en el interior del Guildhall, ante la cantidad de gente que se agolpaba por momentos en su exterior y por los intentos de algunas personas por entrar. También llegaron a su memoria las palabras de aquel policía confirmando que se oían gritos salir de su interior y el preciso momento en que les comunicó que había una persona calcinada dentro, tras varios segundos de interminable y agónica espera.

—Allí encontramos al ministro Brown —murmuró.

—Sí, así es —respondió Margaux—. Encontramos su cuerpo y después nos dirigimos a la galería Guildhall. Una vez que asumimos que otro ministro había aparecido asesinado pensamos que debía existir una razón particular por la que habían elegido aquel edificio y finalmente pudimos descubrir que esa razón era la galería donde encontramos los dos cuadros de *La masacre de los inocentes*.

De nuevo, Godwin volvió a cerrar los ojos. «El gobierno derribó un avión. ¿A eso se refería William? ¿Ese es el tipo de acciones de El caso Coen?». La noticia que le había dado Connelly no se iba de su cabeza. Lentamente comenzó a recordar lo que decía la profesora. La imagen brillante de color verde mezclada con las ruinas del coliseo romano fue lo primero que recordó junto a la historia que Campbell les había contado sobre ellos y el modo en que los había relacionado con el Royal Albert Hall. Poco después llegaron las primeras imágenes de la galería. Recordaba un cuadro de gran tamaño y otra historia del profesor sobre Gibraltar junto con palabras sueltas de Margaux; «museo pequeño» «no expone imitaciones». Y finalmente, lo que la profesora le estaba diciendo se clavó en su mente. Las dos copias de *La masacre de los inocentes*.

«Dos cuadros de Rubens» se dijo a sí mismo.

Por fin su cerebro había conseguido desbloquearse y sobreponerse a la noticia del accidente aéreo. Ahora recordaba el tiempo que habían pasado en el Guildhall con total nitidez.

—Recuerdo que nos contó que utilizaba uno de aquellos cuadros como ejemplo en sus clases porque por él se había pagado una gran cantidad de dinero.

—Sí, así es. La primera versión, de 1611.

—¿Y ahora quieren encontrar algo nuevo en ellos?

—Sé cómo puede sonar, pero el contenido del informe que han sacado a la luz no deja lugar a dudas —respondió Campbell—. La profesora tiene razón. Nos están indicando el Guildhall.

—Si es lo que creen que debemos hacer, no hay problema. Saldré inmediatamente hacia allí. Pero como les dije antes, ese y el resto de edificios están cerrados al público y vigilados por la policía.

Connelly alzó la mirada para comprobar si alguno de ellos quería añadir algo más antes de finalizar la llamada.

—Comisario —dijo al ver que permanecían en silencio—, debe saber que Chavier ya ha hecho en París algo similar a lo que va a hacer usted ahora. Antes de que la NBC publicara este informe sacaron a la luz tres fotografías de un agente secreto de la CIA. El mismo que la policía francesa encontró hace un par de noches sin vida en Notre Dame.

—Pensaba...

—Sí, sí, supongo que Chavier le contaría que era un ciudadano estadounidense corriente, pero aquello sólo era su tapadera —le cortó Connelly—. En realidad se trataba de uno de nuestros agentes secretos. El caso es que, de la misma forma que ahora le pedimos a usted que acuda al Guildhall, los profesores dedujeron que esas imágenes nos indicaban que debíamos buscar algo en París. Es una historia un poco larga, pero al final Chavier encontró en la iglesia de Los Inválidos los nombres de cinco artistas que nos han traído hasta el museo en el que nos encontramos en este momento. Y tenemos la sospecha de que es muy probable que algo similar pueda ocurrir en su caso.

Godwin agradeció que le diera aquella información. Cuanto más supiese acerca de lo que podría encontrarse en el interior del Guildhall sin duda sería mejor para todos.

—Entiendo, por tanto, que debo dirigirme directamente a la galería y buscar esos dos cuadros ¿verdad?

—Sí, así es —respondió Margaux—. No sabemos qué, pero hay algo en ellos que nos servirá para continuar nuestro trabajo aquí.

Sin demorarse más tiempo, Godwin cogió las llaves de su coche y salió de su despacho en dirección al ascensor mientras terminaba de recibir instrucciones por parte de la profesora.

—Intentaré enterarme de cómo ha reaccionado el gobierno ante la noticia que me han contado. Aquí dentro estoy aislado del mundo, pero el escándalo que tiene que haber generado semejante noticia ha debido ser enorme.

—Se puede hacer una idea —dijo Connelly—. La Directora de la CIA nos ha

dicho que han bloqueado inmediatamente la señal de la NBC, pero dudo mucho que eso haya evitado que se difunda. Estoy segura de que ahora mismo el resto de cadenas de televisión de todo el mundo estarán haciéndose eco de la misma noticia.

Mientras la escuchaba. Godwin se dio cuenta de la delicadísima situación en la que se encontraba sumido su gobierno en ese momento. El mayor escándalo de su historia estaba a buen seguro copando todos los informativos mientras el Primer Ministro se encontraba encerrado en el edificio de la ONU a miles de kilómetros de distancia. Por un momento, trató de adivinar si las cadenas de televisión inglesas estarían dando mayor importancia a la noticia de un accidente aéreo provocado voluntariamente por su gobierno o al asesinato de cinco de sus ministros.

«El sueño de los tabloides sensacionalistas».

Al abrirse las puertas del ascensor, entró y pulsó el botón que debía llevarle al aparcamiento.

—¿Saben cómo va el problema de la Asamblea General?

Al otro lado de la línea, Connelly suspiró.

—Complicado, comisario —respondió—. Estamos trabajando sin descanso para tratar de salvarles la vida a todas las personas que se encuentran allí dentro, pero una vez más parece que Morton se ha asegurado de llevarnos ventaja.

Las puertas del ascensor volvieron a abrirse y Godwin comenzó a caminar hacia su coche. Por varias razones, después de lo visto por él el día anterior, no le extrañó en absoluto aquella respuesta.

—¿Cómo puede evitar que entren a la fuerza? No veo la manera.

Connelly soltó una risilla resignada.

—Utilizando un arma biológica —respondió sin miramientos.

Godwin se detuvo súbitamente en medio del aparcamiento al escuchar su respuesta.

—¿Qué ha dicho?

—La verdad, comisario. La razón que mantiene encerradas a todas esas personas en el interior de la Asamblea General sin que podamos entrar a la fuerza, como usted propone, es un arma biológica letal.

El comisario se mantenía inmóvil sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—De algún modo consiguieron robar dos muestras de un tipo muy concreto de virus del Ébola de Fort Detrick, uno de los centros de investigación de armas biológicas del gobierno —le explicó—. En concreto, parece ser que el virus robado ha sido modificado genéticamente y sólo es contagioso si entra en contacto con un ambiente a cuarenta grados centígrados. Hemos descubierto que uno de los hombres que están ayudando a Morton accedió al sistema de climatización de la Asamblea y, por tanto, damos por seguro que ahora mismo esas dos muestras están dentro de ese sistema, y dado que tienen controlado el edificio gracias a un gusano informático, creemos que utilizarían la temperatura de la sala para acabar con la vida de todas las personas que se encuentran en su interior si tratamos de entrar a la fuerza.

Godwin reemprendió el paso nuevamente hacia el coche. La gravedad de lo que estaba ocurriendo en Nueva York era mucho mayor de lo que se había imaginado.

—Si recuerda, comisario —prosiguió informándole Margaux—, la última vez que hablamos con usted le comentamos que Morton me había dicho que nos darían una oportunidad de salvarles. Sin duda, lo que han ideado esta vez es muy parecido a lo que vimos en la National Gallery con la ministra Johnson, pero apropiadamente dimensionado a toda una sala con más de un centenar de personas.

—Pero la ministra Johnson murió, profesora —le corrigió inmediatamente.

—Sí, lo sé, y no estoy diciendo que lo mismo vaya a suceder ahora, sólo que es una situación similar. El virus del que le ha hablado Connelly es su manera de asegurarse de que la policía no intentará entrar a la fuerza en la Asamblea. ¿Recuerda que la estructura de metacrilato estaba conectada a la corriente?

Godwin captó en ese preciso momento la similitud que trazaba la profesora.

—Sí, lo recuerdo —contestó—. Ya entiendo lo que trata de decirme, y si lo que propone es correcto, quiere decir que ese gusano informático sería equivalente a la barrera luminosa que nos impedía el paso a la sala del museo.

—Eso pensamos, sí.

El comisario abrió el coche, entró y arrancó el motor sin perder un momento.

—Salgo ahora mismo hacia el Guildhall. En cuanto esté delante de los dos cuadros que me han pedido les llamaré y descubriremos juntos qué han dejado allí para nosotros.

Capítulo 75

Godwin salió del aparcamiento del edificio Scotland Yard y giró a la derecha para enlazar con Tothill Street. Sin perder un instante, tecleó en la pantalla del navegador la dirección del Guildhall y, a continuación, marcó el número de Bailey. Siempre había pensado que la reacción que éste había tenido al descubrir el archivo de El caso Coen en el ordenador de Shahi había sido bastante exagerada, teniendo en cuenta que lo habían encontrado en un ordenador de la policía donde estaba perfectamente seguro. Aún así, tras lo que la agente Connelly le había dicho, comenzaba a entender el alcance de la gravedad de los documentos que se escondían tras ese nombre, y se preguntaba si aquel accidente aéreo sería realmente la acción más grave que los tres gobiernos participantes habrían hecho nunca.

—Dime, Brian ¿cómo llevas la investigación? ¿Algún avance?

—Michael ¿dónde estás?

Bailey se mostró sorprendido por su pregunta y por el tono nervioso de su voz.

—Cerca de Whitechapel ¿por qué lo preguntas?

—Necesito que vayas a la galería Guildhall, enseguida —le informó—. Me acaban de llamar los profesores y creen que hay algo allí que les permitirá salvar al Primer Ministro.

Bailey resopló. Como jefe de la Agencia Europea de Inteligencia estaba perfectamente informado de cómo estaba discurriendo el intento de liberar a todas las personas que permanecían atrapadas en el interior de la Asamblea General.

—La CIA ya ha descubierto al culpable de los asesinatos de los cinco ministros y de todo lo que está sucediendo ahora mismo en Nueva York ¿lo sabías? Se trata de Thomas Morton, el exjefe de El caso Coen hasta hace un par de años.

—Sí, sí... algo me han dicho antes —respondió Godwin—. No entré directamente a preguntar de quién hablaban cuando usaban ese nombre, pero me imaginaba algo similar.

—El muy cabrón está jugando con la CIA y con el gobierno a su antojo. Ahora tiene a los mandatarios de medio mundo encerrados en el edificio de la ONU y la policía no puede hacer nada para rescatarlos porque...

—Porque ha usado un virus —le cortó—. Sí, también me lo han dicho. Y me han contado que sacó a la luz unas imágenes del hombre que la policía francesa encontró en Notre Dame y que ha resultado ser un agente de la CIA.

—Los está volviendo locos.

—Eso parece, sí. Y hace unos minutos ha filtrado a la prensa un documento de El caso Coen.

Bailey interrumpió bruscamente el tono sarcástico que estaba manteniendo. También estaba informado de dicha filtración y sabía la extraordinaria gravedad que tendría para la reputación de su gobierno. Aún así, irónicamente pensaba que la desgracia ocurrida el día anterior, y que estaba en boca de todos los medios ingleses

desde que se descubrieran los asesinatos, podría jugar a su favor.

«Nada acerca más a la gente y a sus gobernantes que una buena desgracia».

Y la que ellos acababan de sufrir era la mayor que podía recordar. En su opinión, sólo faltaba que el *secuestro* del Primer Ministro, como ya lo estaban titulando las cadenas más sensacionalistas, terminara con final feliz.

«Si eso ocurre, convencerles de que el informe del accidente aéreo es falso será pan comido».

Por el puesto que ocupaba, Bailey había presenciado en centenares de ocasiones cómo la opinión pública puede ser fácilmente manipulable. Tan sólo es necesario presentarles un enemigo común que quiera atacar al país para justificar cualquier tipo de acción. Así lo habían hecho ellos mismos, y muchos otros gobiernos del mundo, en multitud de ocasiones, y ahora ya tenían ese enemigo que presentar al pueblo británico, con la maravillosa fortuna de que esta vez no sería un enemigo inventado, sino uno real de carne y hueso. Thomas Morton, un ex alto cargo de la CIA, sería la cabeza de turco, el culpable de todo lo que estaba ocurriendo y, por supuesto, el artífice de un informe inventado sobre un supuesto ataque del gobierno británico a un vuelo comercial cuatro años atrás. Un despiadado intento de acabar con un gobierno elegido democráticamente. No le cabía la menor duda de que los ciudadanos británicos creerían al Primer Ministro, más aún tras salir ileso de un intento de asesinato con un arma biológica letal.

«Imposible que no lo crean. Es una historia perfecta».

Por todo ello, a pesar de la gravedad del planteamiento de su íntimo amigo, Bailey no se mostraba especialmente preocupado. La jugada era maestra. Lo único que tenía que conseguir era que, efectivamente, el Primer Ministro saliese sano y salvo de aquella situación. Además, todas las cadenas de televisión estaban haciendo un seguimiento en directo de todo cuanto sucedía a cada minuto en la Asamblea General y retransmitirían su salida victoriosa a todo el mundo.

«Su popularidad se disparará».

Consciente de que debía ayudar a Godwin y a los profesores para que ese plan saliese como tenía pensado, activó la sirena de su Vauxhall y aceleró por Whitechapel Road en dirección al Guildhall.

—Te veo en cinco minutos en la puerta de la galería ¿de acuerdo?

Godwin se remangó la camisa del brazo izquierdo y consultó su reloj.

—Seguramente tardaré un poco más de tiempo —le anunció—. Vete pensando si quieres, hasta que yo llegue, qué demonios puede haber todavía allí dentro y cómo encontrarlo va a ayudarnos a salir de esta.

Capítulo 76

Rice llevaba varios minutos postrada detrás de la silla de Caplan observando el trabajo que éste estaba realizando. A pesar de que su conocimiento en informática no iba más allá del de cualquier usuario medio y que, por supuesto, ignoraba completamente lo que estaba haciendo en aquella pantalla plagada de números y letras, sí creía tener la suficiente perspicacia como para intuir que las cosas estaban yendo bien para sus intereses. De manera casi periódica, Caplan emitía pequeños ruiditos de satisfacción que le hacían suponer que estaba cerca de encontrar el punto de retorno que necesitaban para desactivar a *Denise*.

Tras un largo rato sin mover ni un sólo músculo para no distraerle, sintió la imperiosa e implacable necesidad de preguntarle cómo iba la tarea que le había encomendado.

—Por sus gestos y sus murmullos entiendo que las cosas están yendo bastante bien ¿no es así?

Caplan detuvo un instante su escritura, se giró para mirarla directamente a los ojos, y esbozó una pícara sonrisa.

—Mejor que bien, sí —le anunció volviéndose inmediatamente después hacia el teclado—. James quería que encontráramos el punto de retorno, no hay duda.

Rice no aguantó más y se acercó un par de pasos hasta la mesa.

—¿Por qué dice eso?

Caplan señaló un pequeño hueco vacío que aparecía tímido entre la maraña de letras y números.

—¿Ve este espacio en blanco? Es el punto de retorno que estamos buscando —le explicó—. O al menos parte de él.

Rice contuvo con mucho esfuerzo la emoción que le suponía haber descubierto ya lo que necesitaban.

—Por eso digo que James quería que lo encontráramos —prosiguió—. Lo único que hizo fue esconderlo entre el código de *Denise*, pero tampoco excesivamente. Si hubiese querido, lo que he conseguido hacer en unos pocos minutos podría haberme llevado horas.

—Eso estaría acorde a lo que le dije de que nos dan una oportunidad de salvar la vida de esas personas ¿no le parece?

—Absolutamente, sí. La facilidad para localizar el punto de retorno, el túnel de acceso que creó para que pudieran revisar las grabaciones de las cámaras de vigilancia del edificio... Todo está hecho con el mismo propósito. Quien quiera que sea que le contratara para hacer esto, sin duda les está brindando esa oportunidad.

—¿Y ese hueco de ahí es lo que desactivará el gusano? —preguntó señalándolo.

—Sí, así es. Aunque todavía necesito un poco más de tiempo para asegurarme de que esté completo.

Rice frunció el ceño.

—James ha ocultado las partes de las que se compone el punto de retorno a lo largo de todo el código de *Denise* —le explicó viendo su cara—. Y para encontrarlas he ejecutado un algoritmo de búsqueda que localiza huecos en él y los junta.

Justo en ese momento, el espacio vacío pareció crecer.

—¿Lo ve? El algoritmo acaba de localizar otro hueco y lo ha juntado con el resto. Cuando finalice la búsqueda sabremos de qué se compone el punto de retorno.

Rice se mostró satisfecha. Todo parecía ir según sus planes. A pesar de que llevar a un *hacker* fichado por el FBI y la NSA a sus instalaciones incluía correr innegables peligros, lo cierto era que la sensación que aquel hombre le había transmitido desde el primer momento en que se habían conocido era la de una persona que deseaba dejar atrás su oscuro pasado y que estaba dispuesto a ayudarles en todo lo que pudiese.

—¿Y tiene alguna idea de qué será? —le preguntó tratando de ganar tiempo antes de que la búsqueda del algoritmo finalizara—. ¿Qué tendremos que encontrar a continuación?

Caplan se dio la vuelta y se encogió de hombros.

—Como le expliqué al llegar, puede ser un número, una palabra o una combinación de números y letras. Eso es imposible saberlo de antemano —respondió—. Pero si James lo ha dejado relativamente accesible, y tienen una oportunidad de acabar con toda esta historia, parece razonable pensar que se tratará de algo que puedan descubrir. Lo que sí sabremos enseguida es el número de caracteres que lo compondrán.

Tras escucharle, Rice se mantuvo varios segundos observando atentamente lo que ocurría en la pantalla de aquel ordenador. Si lo que decía Caplan era cierto, no veía otra posibilidad más que aquella información que necesitaban fuese precisamente lo que Connelly y los profesores estaban buscando por Manhattan.

«El juego de Morton empieza a resolverse».

Por su parte, sentía que el trabajo que debían hacer estaba muy próximo a completarse, y que una vez que descubrieran el número de caracteres del punto de retorno, debía llamar inmediatamente a Connelly para informarles de qué era lo que debían encontrar en su búsqueda. De su conversación anterior recordaba que la agente le había dicho que el comisario Chavier había encontrado cinco nombres en París que habían permitido a los profesores descubrir que la Biblioteca Museo Morgan era el lugar al que Morton quería que se dirigieran. Por desgracia, por lo menos hasta el mismo momento en que habían hablado, parecía que no habían sido capaces todavía de descubrir por qué se habían dirigido hasta allí.

Un agudo pitido hizo que saliera bruscamente de su pensamiento y dirigiera su atención con el corazón acelerado hacia el trabajo que Caplan estaba realizando.

—¡Lo tenemos! —le anunció orgulloso—. El punto de retorno que James ha elegido para desactivar a *Denise*, y que podamos recuperar el control del edificio de la ONU, consta de doce caracteres.

Rice se acercó levemente a la pantalla. En la parte central había un pequeño

hueco vacío formado por doce espacios en blanco.

—¿Si descubrimos lo que hay que escribir ahí acabaremos con todo esto? —preguntó casi sin creerse que estuviesen tan cerca de lograrlo.

—Sí, así es. Aunque ahora empieza lo realmente complicado. Las posibilidades son infinitas.

Rice miró de golpe a su compañero que había permanecido todo ese tiempo admirando el trabajo que Caplan realizaba.

—¿Qué hay del programa que mencionaste antes? ¿No podríamos ejecutarlo y empezar a buscar posibles claves que lo desactiven?

Justo cuando estaba terminando de realizar su pregunta, otro pitido, mucho más sutil que el anterior, hizo que los tres dirigieran de inmediato su atención a la pantalla. En ella, se abrió de manera automática una ventana donde se mostraba la temperatura de la Asamblea General.

—¿Qué demonios ocurre? —murmuró la Directora.

Un par de segundos después de emerger esa ventana, la temperatura registrada subió de dieciocho grados a veinte.

Rice palideció.

—Creo que pueden ir olvidándose de utilizar ese programa —dijo Caplan entendiéndolo perfectamente lo que estaba sucediendo—. James ha hecho justo lo que yo les expliqué antes que haría. Evidentemente, no es tonto, y sabía que la idea de utilizar uno de esos programas de generación de claves sería una opción que valorarían. Pero una vez que hemos descubierto cuál es el punto de retorno de *Denise*, la temperatura del sistema de climatización ha subido dos grados. Claramente ha enlazado el control de temperatura a lo que le hagamos al código.

La Directora no podía creer lo que estaba viendo.

—Entonces, lo que dijo antes es cierto —comentó el informático asombrado—. Las posibilidades que tenemos para probar son limitadas.

—Cierto —respondió Caplan—. Y es perfectamente lógico, por otro lado. Les dan una posibilidad de salvarles, no infinitas posibilidades de hacerlo.

—¿Cada vez que fallemos la temperatura de la sala subirá dos grados? —preguntó Rice tratando de descubrir cuáles eran sus opciones.

—Imposible saberlo —se disculpó Caplan—. Ahora mismo marca veinte grados centígrados y el virus que han introducido en el sistema se activará al llegar a cuarenta. Si suponemos que, por ejemplo, con cada error cometido la temperatura ascendiese dos grados, tendrían diez posibilidades antes de alcanzarla.

Rice sabía que Morton no les permitiría tantos fallos.

—Pero dudo que vaya a ser así —concluyó—. Creo que lo que acabamos de ver es una especie de advertencia que nos están lanzando. Una manera de decirnos que a partir de ahora se inicia una cuenta atrás en la que poco a poco la temperatura del sistema irá aumentando hasta que...

—Hasta que llegue a cuarenta grados y todos estén muertos, lo sé —le cortó Rice.

Capítulo 77

Al dejar atrás Cheapside y girar a la izquierda en King Street, Godwin sintió un *déjà vu* de la situación que había vivido con los profesores el día antes en aquel mismo lugar. Cuando llegó a las inmediaciones de la plaza del Guildhall vio enseguida el coche de Bailey torpemente aparcado encima de la acera, y sin mayores miramientos, aparcó a su lado y continuó a pie hasta la plaza. Allí encontró a su compañero esperándole en la puerta de la galería. Como les había dicho a los profesores minutos antes por teléfono, tanto la puerta principal del Guildhall como la de la galería estaban vigiladas por una pareja de policías cada una, por lo que era imposible que alguien hubiese entrado sin su permiso en todo el tiempo transcurrido desde que ellos abandonaran el edificio el día anterior.

—¿Preparado para convertirte en un experto en arte? —le dijo con sorna Bailey al verle acercarse.

Godwin sonrió.

—Me conformo con descubrir lo que los profesores quieren que encontremos.

Después de lo vivido un día antes, ambos eran conscientes de la importancia que tenía la tarea que les habían encomendado y de la repercusión que podría tener en el rescate del Primer Ministro. Cuando entraron en la galería ascendieron con rapidez el tramo de escaleras que daban acceso a la primera planta, donde el comisario recordaba con seguridad que se encontraban los dos cuadros que buscaban. Durante unos segundos permanecieron en silencio contemplando lo que tenían a su alrededor. Desde la distancia observaron la parte superior del enorme cuadro de El asedio a Gibraltar que presidía la galería, y sobre el que Campbell les había contado algunos detalles. Godwin localizó enseguida el cuadro de La Ghirlandata y se dirigió inconscientemente hacia él. Justo a su lado, como había dicho la profesora, se encontraba una de las copias de La masacre de los inocentes, de Rubens.

—¿Esto hemos venido a buscar? —le preguntó Bailey situándose junto a él.

Lejos de responderle, Godwin retrocedió un par de pasos buscando la segunda versión al tiempo que en su rostro se marcaba una mueca de curiosidad. A pesar de que no habían estado demasiado tiempo el día antes en aquella galería, creía recordar suficientemente bien su aspecto como para reconocerlo sin tener que llamar de nuevo a la profesora o evitando perder el tiempo leyendo una por una las descripciones que acompañaban a cada cuadro.

En efecto, tras unos segundos de búsqueda, lo encontró.

—Estos dos, en verdad —respondió finalmente—. Margaux quería que viniésemos hasta aquí por estos dos cuadros —le indicó desde un punto intermedio de la sala al tiempo que señalaba cada uno de ellos con una mano.

Bailey dedicó apenas un par de segundos a mirarlos.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer?

Godwin se encogió de hombros.

—Ni idea. Eso no me lo dijeron. Sólo que debíamos venir aquí.

—¿Tú ves algo interesante?

El comisario negó con la cabeza.

—Nada en absoluto. Para mí esta galería está exactamente como la dejamos ayer.

La sensación de Bailey era la misma. El aspecto que en ese preciso momento mostraba la sala en la que ambos se encontraban no difería en absoluto del que tenía cuando lo habían visitado un día antes. Para él, la única salida posible estaba clara.

—Deberíamos llamarles ¿no crees?

Godwin echó un último vistazo a ambos cuadros y, a continuación, sacó su móvil del bolsillo y marcó el teléfono de la agente Connelly.

La voz de Margaux se escuchó casi al instante.

—¿Ya han llegado al Guildhall, comisario?

—Sí, profesora. Le he pedido a Bailey que viniera también mientras conducía de camino, y ahora mismo nos encontramos en la primera planta de la galería. Estamos justo delante de los dos cuadros que me pidió.

—Genial. Me alegra saber que está con usted —reconoció entusiasmada—. Sin duda, cuanto más ayuda tengamos antes descubriremos qué han dejado para nosotros.

Godwin esperó un instante en silencio para comprobar si continuaba dándoles alguna instrucción concreta. Al ver que no lo hacía, le preguntó sin perder más tiempo.

—Ahora que ya estamos aquí ¿qué quiere que hagamos, exactamente? Ni Bailey ni yo vemos nada diferente a lo que dejamos ayer.

Margaux suspiró.

—Me resulta casi imposible responder a esa pregunta —afirmó con sinceridad—. Sabemos que debíamos acudir a la galería, pero no la razón para ello. Eso es algo que tendremos que descubrir a partir de ahora.

Antes de continuar, Godwin miró a cada uno de los dos cuadros.

—¿Y saben cómo hacerlo?

De nuevo, Margaux suspiró.

—Ni idea, la verdad. Pero podemos hacer la comprobación más básica que se me ocurre.

—Cualquier punto por el que comenzar puede ser interesante —le dijo tratando de animarla.

—En ese caso, ¿podría acercarse un momento a la versión que está justo al lado del cuadro de La Ghirlandata, por favor?

Inmediatamente, el comisario caminó hacia ella.

—Ya estoy delante ¿qué quiere que haga?

—Le parecerá una tontería, pero creo que la comprobación más elemental que podemos hacer es asegurarnos de que ambos cuadros siguen colocados en la misma posición que estaban ayer. Tal vez ese cambio pudiera pasar desapercibido para ustedes, pero creo que existe una posibilidad de que...

—Sí, sí, por supuesto —le cortó obviando necesitar cualquier justificación por su parte—. Entiendo su intención. En el pequeño letrero que aparece a su lado indica que esta versión se pintó entre 1611 y 1612.

Margaux no se mostró extrañada en absoluto. De hecho, lo que estaban haciendo le parecía una tontería, pero no sabía realmente por dónde podían empezar.

—Vale, bien. Así estaba ayer —dijo con resignación—. Por tanto, podemos descartar que hayan intercambiando su posición con algún tipo de propósito.

Godwin retrocedió un paso y miró al resto de cuadros que estaban en aquella misma pared mientras esperaba que les diese una nueva instrucción.

—¿Están completamente seguros de que serán otra vez estos dos cuadros los que hemos venido a buscar? Aquí hay al menos una docena que podrían ser interesantes.

—No lo dudo —respondió al instante Margaux—. Pero sin querer resultar ofensiva, creo que ustedes no serían capaces de reconocer nada en ellos. Nada que hubiesen podido hacer para alterar su aspecto original. Eso me lleva a descartar esa posibilidad y a estar totalmente segura de que debemos centrarnos en las dos versiones de Rubens.

Campbell escuchaba en silencio el intento titánico que estaba haciendo. Tratar de descubrir a ciegas algo que los secuestradores pudieran haber dejado para ellos en un pequeño museo al otro lado del atlántico era una tarea realmente difícil de conseguir. Incluso para alguien con un conocimiento tan extenso en arte como el que ella tenía.

—Antes le explicamos a la agente Connelly que en el día de ayer acudimos al Guildhall porque allí dejaron el cuerpo del ministro Brown —comenzó a decir en voz alta para que le escucharan Bailey y Godwin—. Una vez que lo localizamos, nuestras deducciones nos llevaron hasta la galería donde la profesora se dio cuenta de que esos dos cuadros que ahora tienen delante no debían estar allí expuestos.

—¿A dónde quiere llegar, profesor? —preguntó el comisario sin comprender.

Campbell se rascó un instante la frente con la mano derecha y respondió.

—Creo que estaremos todos de acuerdo en que realmente nunca encontramos justificación a la presencia de ambas versiones en esa galería, más allá del hecho de interpretar con ello que los secuestradores nos trataban de decir que debíamos buscar en dos lugares diferentes y no sólo en Londres.

—Recuerdo perfectamente lo que dijeron, profesor —le interrumpió Bailey—. Y gracias a eso Chavier acudió a Roma y pudimos salvar con vida a Hudson.

—Lo sé, lo sé. Lo que trato de decirles es que tengo la sensación de que más allá de aquella acertada interpretación, nos queda todavía por descubrir la verdadera razón de su presencia en la galería.

—Por no mencionar que el título del cuadro encaja con el video del accidente de avión que ha difundido la NBC —añadió Connelly.

—Exacto. A eso me refiero —comentó agradecido el profesor—. Lo que está tratando de hacer Margaux es realmente complicado. No estamos allí en este momento y no sabemos qué puede o no puede haber en esa sala o en esos dos cuadros

que nos pueda ayudar a salvar a los presidentes y al Primer Ministro.

—Está bien, está bien. Creo que todos tenemos bastante claro que en estos dos cuadros se esconde la respuesta que buscamos —dijo el comisario sin alargar más el tema—. Y, profesora, no se preocupe por el tiempo que pueda tardar en descubrirlo. Tanto Bailey como yo somos perfectamente conscientes de la dificultad de lo que trata de conseguir. Tener localizado dónde debemos buscar ya es una gran ventaja —añadió mostrándose optimista—. Simplemente tenemos que descubrir qué es lo que ambos esconden y que ahora mismo no somos capaces de ver.

Esas palabras de Godwin hicieron que Margaux cerrara bruscamente los ojos con un gesto instintivo y se los tapara con ambas manos. La conversación que había tenido horas antes con Morton volvió de golpe a su mente. Todo parecía increíblemente claro de repente. Las piezas encajaban a la perfección. Lo que aquel hombre le había dicho, cada frase, cada palabra, había sido cuidadosamente elegida con un motivo.

«La gente vive en la oscuridad y yo quiero iluminarles. Quiero que descubran la verdad».

Sorprendido por su reacción ante un comentario que no consideraba especialmente relevante, Campbell se acercó y le pasó un brazo alrededor de los hombros.

—¿Qué ha pasado? —le susurró.

Margaux volvió a abrir repentinamente los ojos al escuchar su cálida voz y le miró sonriendo.

—¡Ya sé cómo encontrarlo!

Milanelli y la agente Connelly la observaron con enorme sorpresa.

La profesora dirigió su mirada hacia el teléfono que la agente sostenía en su mano y le dio instrucciones a Godwin.

—¡Apaguen las luces, comisario! —exclamó.

—¿Cómo dice? —preguntó atónito por una petición tan extraña al tiempo que desde la distancia trataba de localizar el interruptor que iba a necesitar.

—Ya me ha oído. ¡Tienen que apagar las luces! —insistió.

A pesar de la sorprendente petición que estaba realizando, la firmeza con la que se expresaba la profesora hizo que Godwin se dirigiera rápidamente al extremo de la sala donde se encontraban los interruptores y los pulsara todos de una sola vez con brusquedad. Durante el día anterior, los tres habían demostrado sobradamente que eran merecedores de su total confianza y aquella situación no era diferente en absoluto.

Al momento, lo que habían ido a buscar apareció ante sus ojos.

El comisario y Bailey se llevaron las manos a la cabeza y se mantuvieron varios segundos inmóviles observando atónitos las dos versiones de La masacre de los inocentes. Cuando la oscuridad se apoderó de la sala, en ambos cuadros aparecieron repartidos a lo largo de tapiz un conjunto de marcas luminosas.

Ninguno de ellos daba crédito a lo que veía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Connelly extrañada por su silencio.

—Tenía razón —musitó Godwin ahogadamente al tiempo que se acercaba a la versión que tenía delante—. Hay una especie de símbolos...

Los ojos de Milanelli brillaban de emoción.

—¿Símbolos?

Antes de responder, Godwin se giró para mirar desde la distancia las marcas que se veían en la segunda versión.

—Son letras... —murmuró Bailey fascinado.

Godwin se dio cuenta al instante de que su compañero tenía razón.

—Es cierto, no son símbolos —les explicó rápidamente recuperando su tono de voz—. Son letras. ¡Letras repartidas entre los dos cuadros!

Los profesores y Connelly se miraron entre sí hechizados por el descubrimiento que acababan de hacer. Lo que debían encontrar en Londres estaba justo delante de ellos. La información que les ayudaría a seguir avanzando en el juego ideado por Morton. Encontrarlo no había resultado especialmente complicado, pero ahora debían descifrar qué decía aquel conjunto de letras al que hacía referencia el comisario.

—¿Cómo lo sabía, profesora? ¿Cómo sabía que apagando la luz aparecerían estas letras? —le preguntó Bailey con curiosidad.

—Por lo que dijo Godwin —respondió—. Al escucharle mencionar que no estaban siendo capaces de ver lo que buscábamos he recordado una cosa que me dijo Morton —les explicó más extensamente a todos para tratar de justificar su brusca reacción—. Me dijo que la personas vivimos en la oscuridad y que ellos traerán la luz. Es evidente que en ese momento se refería a la ignorancia de las acciones de El caso Coen, pero el hecho de que lo repitiera en dos o tres ocasiones creo que fue precisamente por esto. Porque quería que relacionara ese comentario con lo que debíamos hacer en el Guildhall.

Connelly no salía de su asombro.

—Comisario, creo que es de vital importancia que nos hagan llegar imágenes de esos dos cuadros lo antes posible —dijo Campbell apremiándoles—. Una simple fotografía puede ser suficiente. Con ellas trataremos de unir las diferentes partes de esas letras que dicen que están repartidas entre las dos versiones para intentar descifrar el mensaje que se esconde tras ellas.

Inmediatamente, tras escuchar a su compañero, Milanelli sacó del bolsillo interior de su chaqueta un trozo de papel y un bolígrafo y se colocó encima del expositor situado a la izquierda de la sala. Al desdoblar el papel vio los números que habían ido encontrando en París un par de días antes y sus intentos por darles algún sentido. Sin dedicar más de un segundo a recordar lo que había ocurrido entonces, le dio la vuelta y se preparó para enfrentarse de nuevo al reto que les planteaban los secuestradores.

En el Guildhall, Bailey sacó su teléfono móvil e hizo una fotografía a cada cuadro, tal y como requería el profesor, y se las envió a Connelly. Cuando ésta las

recibió, se acercó hasta el expositor y apoyó el teléfono sobre él para que Milanelli pudiera reproducir los fragmentos de letras que había en cada uno. Durante los segundos que tardó en hacerlo ninguno dijo ni una sola palabra. Al finalizar, comprobó por último que su transcripción fuese totalmente idéntica al mensaje que aparecía en los cuadros y seguidamente le hizo un gesto afirmativo a Connelly.

La agente desconectó el dispositivo manos libres y se llevó el teléfono al oído para despedirse rápidamente del comisario y de Bailey. Nadie dentro de la Biblioteca Morgan tenía la menor duda de que ambos habían conseguido encontrar lo que habían ido a buscar al Guildhall.

En cuanto finalizó la llamada, se unió a los profesores que se encontraban mirando fijamente al mensaje oculto que Milanelli había escrito en el papel.

—No parece haber ningún patrón en la colocación de los fragmentos de letras —dijo Campbell señalando uno de ellos—. Y claramente hay varias repetidas.

—Cierto. Y sin duda han utilizado un tipo de letra que nos dificulta aún más si cabe su identificación —añadió Milanelli excitado por aquel desafío.

Connelly les miraba atentamente esperando que encontraran el lugar al que debían dirigirse lo antes posible. Tras la filtración de las imágenes de Steve Douglas que les habían señalado una iglesia de París, y la del informe del Servicio Secreto de Inteligencia británico, que había hecho lo mismo con otro punto muy concreto de Londres, era consciente de que el final del juego se acercaba. Los profesores habían mostrado su opinión desde el principio respecto a la necesidad de que todas las partes implicadas hasta ese momento formasen parte del último juego ideado por Morton, y si aquel razonamiento era correcto, significaba que ya tenían toda la información que necesitaban, y que ahora era el turno de ellos descubrir cómo salvar al Presidente y al resto de personas que permanecían encerradas en la Asamblea General.

—¡Estos dos deberían ir juntos! ¡Aquí hay una *uve doble*! —exclamó Margaux.

Rápidamente, Milanelli redondeó ambos fragmentos y escribió aquella letra en una línea inferior del papel.

—Entonces estos formarían una *i griega* —murmuró Campbell pensativo—. Y estos dos simétricos una *k* ¿no?

Milanelli miró a ambos y asintió levemente al tiempo que los redondeaba y escribía las nuevas letras a continuación.

WYK

—¡Fíjense! —exclamó Connelly señalando al papel—. Estos dos fragmentos aparecen repetidos varias veces.

Los profesores siguieron con la mirada los cuatro puntos que indicaba la agente. Milanelli con el corazón cada vez más acelerado, redondeaba lo más rápido que podía los fragmentos y escribía las letras en su papel. Una vez que habían comenzado a descifrarlas parecía que lo hacían con más y más rapidez a cada momento.

WYKLLLL

—También la letra *e* se repite —añadió Margaux—. ¡Tres veces!

—¡Y la letra *c*! —señaló Campbell.

Milanelli escribía sin parar. En ese momento, la mitad del mensaje ya había sido descifrado.

WYKLLLLLEEECCC

Sin esperar a que sus compañeros dijeran nada, redondeó varios fragmentos y los escribió a continuación.

—Parece que hay una extraña repetición de letras ¿no es así? —preguntó Connelly viendo lo que llevaban descifrado hasta ese momento.

WYKLLLLLEEECCCOOTTII

—Sí la hay —murmuró Campbell—. Es extraño.

Durante unos segundos, interrumpieron el frenético ritmo que llevaban y se detuvieron a contemplar las letras que habían descubierto hasta ese momento.

—Creo que es sólo algo temporal —comentó Margaux convencida—. Sin duda, todas estas letras nos indicarán un lugar de Nueva York y simplemente estamos juntándolas al azar. Tenemos que esperar a tenerlas todas para poder encontrar el orden adecuado. Lo que pueda parecer ahora mismo creo que no tiene relevancia.

Milanelli la miró un instante mostrando su acuerdo ante aquella afirmación y volvió a fijarse en los dos conjuntos de fragmentos.

—Creo que la simetría juega a nuestro favor —dijo redondeando varios—. O por lo menos nos ayuda a hacer nuestro trabajo.

—La letra *r* está también repetida en dos ocasiones —le indicó Campbell para que las marcara.

WYKLLLLLEEECCCOOTTIISNRR

—Ya sólo quedan tres —murmuró Connelly nerviosa apreciando lo cerca que estaban de completar el trabajo.

—Así es —reconoció Milanelli consciente de la facilidad de lo que les quedaba pendiente—. Y se trata de la letra *a*, la letra *g* y... la letra *f*.

En ese momento, los fragmentos de letras escritos en la hoja de papel con los que Milanelli había reproducido las imágenes de las dos versiones de La masacre de los inocentes estaban todos utilizados.

El mensaje de Morton estaba justo delante de ellos.

WYKLLLLLEECCCOOTTIISNRRAGF

A pesar de lo que habían conseguido, ninguno mostró la más mínima muestra de satisfacción, seguros de que todavía necesitaban descifrar el lugar que se escondía tras aquel conjunto de letras.

—Veintiséis letras —susurró Milanelli tras unos instantes al tiempo que se rascaba la barbilla—. Veintiséis letras que esconden nuestro próximo destino.

Durante un par de minutos los cuatro permanecieron pensativos observando en silencio el papel, tratando de averiguar qué palabras podían ocultarse detrás de aquel extraño mensaje.

—Así no conseguiremos nada —afirmó finalmente Margaux arrebatándole con decisión el bolígrafo a Milanelli.

Acto seguido, volvió a escribir cada una de las letras que habían descubierto, pero separándolas unas de otras. A continuación, las dividió en cuatro bloques.

WYKLLL LEECC COOTTI ISNRRAGF

Inmediatamente, la primera palabra apareció en su mente.

—¡COLLECTION! —exclamó ahogadamente.

Los ojos de Milanelli se llenaron de excitación al ver que estaba en lo cierto. La profesora tachó las letras utilizadas y reescribió las que les quedaban por utilizar junto con la palabra que habían descifrado justo debajo.

WYKLL EECC T ISRRAGF

COLLECTION

—¡GALLERY! —exclamó Campbell con la misma intensidad.

Connelly se pasó las manos por el rostro con el corazón a punto de estallar.

—¿Otro museo? —preguntó a duras penas conteniendo la respiración.

—No le extrañe —respondió Milanelli—. Ha sido una constante estos días.

De manera idéntica a como acababa de hacer sólo unos segundos antes, Margaux tachó las letras utilizadas por Campbell y reescribió las sobrantes junto a la nueva palabra y a *collection*.

WK EECC T ISRF

COLLECTION GALLERY

En ese momento, la profesora soltó un agudo grito de emoción.

—¡Lo tengo!

Los tres la miraron entusiasmados.

Sin esperar un segundo, tachó las letras restantes y las dos palabras que acababa de escribir para reescribirlo todo de nuevo y en el orden correcto.

FRICK COLLECTION WEST GALLERY

Capítulo 78

—¡Espere! —exclamó Milanelli al ver que Connelly salía corriendo de la Biblioteca Morgan—. ¡No hemos encontrado todavía la razón por la que querían que viniéramos aquí!

La agente se detuvo justo a la altura de la puerta y se giró para responderle sin la menor intención de permanecer en aquel lugar ni un segundo más.

—Ni creo que lo hagamos, profesor. En cambio, ahora tenemos un lugar nuevo de Nueva York al que dirigirnos donde puede que sí encontremos el modo de salvar al Presidente.

—Pero no podemos saltarnos esta etapa del juego —insistió el profesor—. Si nos vamos de aquí sin saber qué debíamos encontrar no podremos salvarle igualmente.

Connelly no respondió a ese comentario y se limitó a mirar a Margaux y Campbell esperando que la opinión de ambos decidiera la actuación que debían seguir.

Antes de mostrar su opinión, el profesor echó un vistazo al papel donde Margaux había escrito claramente su próximo objetivo.

—Ambos tienen razón —expresó sin decantarse por la propuesta de ninguno de los dos—. Está claro que con el mensaje del Guildhall Morton quiere que vayamos ahora a la Colección Frick. Incluso nos está indicando el punto exacto.

—Razón de más para no perder ni un sólo segundo —le interrumpió Connelly.

—Sí, lo sé —prosiguió sin alterarse—. Pero también creo que él está en lo cierto. Si con la información que dejaron en la iglesia de Los Inválidos querían que viniéramos a esta biblioteca es por una razón que todavía no hemos sido capaces de descubrir, e irnos de aquí sin hacerlo podría condicionar nuestra capacidad para salvar a todas esas personas.

A Connelly no le gustaba aquella opinión en absoluto.

—Muy bien. Entonces, si les parece, seguiremos aquí encerrados el resto del día escuchando historias sobre las pinturas del techo o sobre moralejas derivadas de la vida del rey Midas —dijo con evidente enfado—. Seguro que así conseguiremos nuestro objetivo.

Los profesores no supieron responder ante aquel comentario que ridiculizaba en cierto modo todo lo que habían hecho hasta ese momento dentro de aquella sala.

—Verán —añadió tratando de calmarse y mostrarse más comprensiva—, entiendo lo que ustedes dicen, de verdad. Y también entiendo que si hemos venido hasta aquí es por algún motivo que no hemos descubierto aún. Pero si elegimos continuar en esta biblioteca cabe la posibilidad de que nos lleve horas averiguarlo, mientras que tal vez en la Colección Frick nos sea más fácil hacerlo. Al fin y al cabo, siempre han dicho que Morton es el que controla los tiempos en su juego ¿verdad? Eso significa que por alguna razón decidió filtrar el informe del accidente de aviación justo en el momento en que lo hizo. Tal vez porque quiere que vayamos hasta la colección ahora

y que no perdamos más tiempo aquí dentro.

Milanelli echó un último vistazo al papel, lo recogió y lo guardó de nuevo en el bolsillo de su chaqueta. A pesar de que no estaba de acuerdo con abandonar la biblioteca reconocía que el planteamiento de la agente era lo suficientemente coherente como para constituir la posibilidad más sensata que tenían frente a ellos en ese momento.

Sin poder rebatir lo que decía, los tres profesores comenzaron a caminar hacia la puerta de la Biblioteca Morgan con la amarga sensación de que habían fallado.

En silencio, los cuatro caminaron a través del patio Gilbert y por el hall del museo. Cuando salieron a la calle, Connelly se detuvo un instante y sacó su teléfono móvil.

—Estamos todos de acuerdo en que Godwin ya ha descubierto en el Guildhall lo que Morton dejó en Londres ¿verdad? —les preguntó.

Margaux asintió sin dudar.

Durante unos segundos, Connelly habló con el comisario para informarle del mensaje que habían conseguido descifrar con las dos imágenes que ellos les habían enviado y les puso al corriente de lo que tenían pensado hacer. Tras una protocolaria promesa de informarse mutuamente de cualquier avance de interés para ambas partes, y tras una breve despedida, la agente guardó el teléfono y reemprendió la marcha hacia su vehículo.

—Sé que le desagrada esta situación —dijo en voz alta dirigiéndose a Milanelli—. Sé cómo trabajaron en París y Londres, y entiendo que para ustedes salir de este museo con las manos vacías es totalmente contrario a lo que hicieron allí.

Sin querer responder a ese comentario, los profesores se subieron al coche. Milanelli fijó su mirada en la puerta del museo. Por primera vez, sentía que los secuestradores le habían superado.

Connelly arrancó el motor y se incorporó a la circulación en Madison Avenue.

—¿Está muy lejos de aquí la Colección Frick? —preguntó Margaux tras unos segundos de trayecto para tratar de romper el incómodo silencio que la brusca salida de la Biblioteca Morgan había provocado en el ambiente.

—Para nada —respondió Connelly al instante—. En cierto modo, parece que Morton tiene especial predilección por Central Park. Después de enviarnos al museo Metropolitano, y después de que la encontráramos allí a usted, nos dirige de nuevo a un punto muy próximo a él. La Colección Frick está en la Quinta Avenida, a la altura de 70th Street.

Campbell sentía que si querían encontrar cuanto antes qué habían dejado en aquel nuevo lugar al que les dirigían para poder volver a la Biblioteca Morgan, debían aprovechar cada segundo a su disposición y aquel trayecto en coche era un buen momento para plantear algunas de las opciones que tenían por delante.

—Tenemos que ver como un punto a nuestro favor el hecho de que en esta ocasión nos dirijan de entrada a una sala concreta. Sin duda, es una ventaja para

nosotros y una ayuda para encontrar lo que hayan dejado allí.

—Se parece al Louvre ¿verdad? —preguntó inconscientemente Milanelli.

Connelly dirigió su mirada a través del espejo retrovisor para observar al profesor, alegrándose de que de nuevo decidiese aportar sus ideas.

—Hay algunas similitudes evidentes, sí —respondió Campbell—. Un museo, una sala en particular y un modo infalible de dirigirnos hasta ella.

—¿Y creen que lo que encontraremos allí será también parecido a lo que vieron en la sala 77? —les preguntó la agente sabiendo perfectamente a lo que se referían.

Margaux suspiró levemente antes de contestarle.

—Puede que sí. No lo sé, la verdad. Porque aunque ambas situaciones sean muy similares, sus finalidades son totalmente contrarias.

A Connelly le llamó la atención aquella puntualización que remarcaba la profesora.

—¿Podría explicarse mejor, por favor?

—Sí, claro. Me refiero a que en el Louvre, no sólo nos guiaron hasta la sala 77 del ala Denon, donde descubrimos el cuadro de La Libertad guiando al pueblo, sino también más tarde hasta la sala 75, donde estaba La consagración de Napoleón, y al final de la noche hasta la sala 14 del ala Richelieu, donde se exponía una copia de El éxtasis de San Pablo que vimos derretirse delante de nuestros propios ojos.

—Entiendo lo que dice, pero no a dónde quiere llegar —reconoció Connelly.

—Lo que trato de decirle —continuó—, es que en el Louvre esos tres cuadros fueron el modo que utilizaron para señalarnos diferentes puntos de París. Los lugares a los que querían que acudiéramos y donde encontramos información que nos sirvió para salvar a Deneux.

—Al contrario de lo que está sucediendo aquí donde, en realidad, son nuestros destinos ¿verdad? —preguntó Campbell.

—Eso es. En esta ocasión la galería Oeste de la Colección Frick es nuestro destino final. Donde se encuentra aquello que Morton nos haya dejado.

—Y dado que Chavrier y Godwin ya han hecho su parte del trabajo en París y Londres, respectivamente, como ustedes dijeron desde el principio que sería necesario, es también el lugar donde se supone que tendremos que encontrar la información definitiva para salvar al Presidente Grant —añadió Connelly—. Porque nos dieron la oportunidad de salvarle...

—Junto con lo que sea que hubiera en la Biblioteca Morgan y que no hemos sido capaces de descubrir, sí —puntualizó Milanelli sin poder olvidar lo que acababan de hacer.

Connelly giró en 69th Street y aceleró a fondo antes de que el semáforo del final de la calle se pusiese en rojo. A continuación, giró a la derecha para incorporarse a la Quinta Avenida y unos metros después repitió lo mismo para acceder a 70th Street.

—Tiene mi palabra, profesor, de que volveremos allí tan pronto como descubramos en este edificio lo que Morton ha escondido en él. Tengo la esperanza

de que si nos señala una sala en concreto es porque nos apremia a que lo hagamos lo antes posible, y eso nos dé el suficiente tiempo para volver y conseguir lo que no pudimos hacer antes —le prometió apagando el motor y bajándose del coche.

Capítulo 79

Rice cogió inmediatamente su teléfono y llamó a Connelly.

—¿Dónde se encuentran, agente?

—En la puerta de la Colección Frick, en la Quinta Avenida con 70th Street —respondió ésta acompañada de los profesores.

—¿Qué hacen ahí? —preguntó extrañada casi sin dejarle terminar—. ¿No estaban en la Biblioteca Morgan?

Connelly miró instintivamente a Milanelli convencida de lo bien que él y su jefa podrían llevarse justo en ese momento.

—Estábamos, sí. Pero la filtración del informe del MI6 nos ha permitido descubrir que Morton quiere que vengamos aquí también.

—¿Y cómo han llegado a esa conclusión?

—Gracias a Godwin y a Bailey —le explicó—. Los profesores interpretaron enseguida que lo ocurrido en el accidente aéreo que recoge ese informe señalaba inequívocamente a dos cuadros que vieron en el día de ayer en Londres. Una vez allí, encontraron una serie de letras ocultas en ellos que nos han traído hasta esta colección.

Rice se detuvo un momento a tratar de dibujar en su mente la rocambolesca imagen del comisario Godwin y del Jefe de la Agencia Europea de Inteligencia por algún museo de Londres intentando descubrir misteriosos mensajes ocultos. A pesar de que en cualquier otro momento semejante historia habría requerido que le pidiera más información al respecto, ahora tenía claro cuál era su prioridad y en qué tema debían centrar su atención.

—¿Y piensan encontrar algo allí que nos ayude a resolver nuestro problema?

—Eso espero —respondió la agente con cautela—. Pero, como le digo, acabamos de llegar y nos encontramos en la calle, todavía. Justo íbamos a entrar en este momento.

—Ok. Está bien. Los profesores supongo que seguirán contigo ¿verdad? Me gustaría que escucharan lo que hemos descubierto.

—Sí, por supuesto, un momento.

Connelly les hizo una señal con la cabeza para que la siguieran. Los cuatro recorrieron con rapidez la distancia que les separaba de la puerta que daba acceso al Frick y entraron en su interior para evadirse del ruido que había en la calle, y para evitar que alguien excesivamente curioso pudiese escuchar lo que la Directora de la CIA estaba a punto de decirles.

Una vez dentro, activó el dispositivo manos libres y avisó a Rice.

—Cuando quiera. Todos la estamos escuchando.

Rice tomó aire y comenzó su explicación.

—Profesores, me alegra poder comunicarles que hemos conseguido descubrir por fin lo que necesitamos para salvar a todas las personas encerradas en la Asamblea —

les dijo sin perder un instante—. Como ya saben, el edificio está controlado desde hace unas horas por Morton, y las personas que están ayudándole, gracias a un gusano informático. Por suerte, hemos conseguido descubrir qué necesitamos para desactivarlo y poder así recuperar su control.

—¿De qué se trata? —preguntó de manera inconsciente Milanelli.

—Un código de doce caracteres, profesor. Aunque desconocemos si son números, letras o una combinación de ambos.

—¿Como la contraseña alfanumérica de la National Gallery? —inquirió Campbell.

—Podría ser. No lo sabemos, de momento. Lo que tengo claro es que ese código es justo lo que ustedes están buscando en el día de hoy por todo Manhattan. Morton lleva días jugando con nosotros a su antojo, y hasta ahora no sabíamos realmente cuál era su función o qué pretendía que hicieran ustedes aquí, pero eso ha cambiado drásticamente. Ahora sabemos que su objetivo, lo que tienen que encontrar en Manhattan, es ese código. O al menos la manera de descubrirlo.

Los profesores se miraron entre sí, sorprendidos. Ninguno había podido sospechar hasta ese momento que lo que podía estar escondido en la Biblioteca Morgan o en la galería Oeste de la Colección Frick, en la que estaban a punto de entrar, fuese algo tan simple como un número o una contraseña alfanumérica.

Para ellos, aquel dato le otorgaba una dimensión diferente a su trabajo.

—Pero lo único remotamente parecido que hemos conseguido encontrar hasta el momento fue el mensaje con la sucesión de Fibonacci de esta mañana —dijo Margaux expresando en voz alta la confusión que los tres sentían ante lo que estaban escuchando.

—Y tenía doce números, de hecho —añadió Milanelli recordándolo—. Aunque estoy seguro de que no es lo que buscamos. Aún así, es cierto que la primera parte de aquel mensaje estaba compuesta por una serie de doce números.

Rice se apartó un momento el teléfono del rostro y ordenó a Caplan que buscara en internet información sobre la sucesión de Fibonacci. Al aparecer en pantalla, se acercó para contar los primeros doce dígitos.

112358132134

—¿Está seguro de que no es lo que necesitamos, profesor? —preguntó viendo lo bien que parecía encajar.

—Totalmente —respondió Milanelli—. Esa información ya la teníamos a primera hora de la mañana, por no mencionar que nosotros no hicimos absolutamente nada para conseguirla. Creo que ambas razones son suficientemente importantes como para descartar esa idea. En mi opinión, es una simple coincidencia.

Para Rice también parecía evidente. Aún así, miró a Caplan, que entendiendo lo que quería de él, negó repetidamente con la cabeza al tiempo que mostraba una

mueca de desaprobación.

—Está bien, descartamos que esos dígitos de la sucesión de Fibonacci constituyan el código que necesitamos para desactivar el gusano —les anunció—. Pero entonces les repito lo que les dije antes. Necesitamos descubrir doce caracteres que nos permitan recuperar el control del edificio y salvar a todas esas personas, y estoy segura de que eso mismo es lo que Morton quiere que hagan ustedes aquí, en Nueva York.

—En ese caso, empezaremos por intentar conocer la razón por la cual nos ha traído hasta la Colección Frick —comentó Connelly tratando de reiniciar su trabajo lo antes posible—. Si los profesores lo descubren, la llamaré inmediatamente.

—Gracias, agente. Pero hay una cosa más que deberían saber —les aclaró antes de dar por terminada la conversación—. Las similitudes con lo que ustedes vieron en la National Gallery no se terminan sólo con ese código, sino que en esta ocasión también los intentos que hagamos por descifrarlo estarán unidos a la temperatura de la sala.

Campbell arqueó las cejas sorprendido.

—¿Si nos equivocamos la temperatura aumentará?

—Eso es, profesor. O al menos esa es nuestra teoría. Desde que monitorizamos la temperatura de la Asamblea ésta siempre se había mantenido estable en dieciocho grados centígrados, y tan pronto como conseguimos descubrir que el punto de retorno del gusano se compone de doce caracteres, su temperatura ascendió dos grados. Como ya habrán imaginado, actualmente es de veinte grados centígrados y tenemos la completa seguridad de que no podremos realizar infinitos intentos, sino que cada vez que fallemos la temperatura del sistema de climatización aumentará.

Milanelli se llevó una mano a la barbilla recordando la desagradable experiencia que habían vivido con la ministra Johnson tras su primera prueba.

—Pero eso serían diez, en total. Dudo que nos permitan tantos fallos.

—Completamente de acuerdo, profesor —admitió Rice—. Lo único que sabemos a ciencia cierta es que el incremento que acabamos de ver ha sido de sólo dos grados, pero ignoramos de cuántos podrían ser si probamos a introducir un código y nos equivocamos, y francamente prefiero que no llegemos a descubrirlo —reconoció—, pero cualquier posibilidad está abierta ahora mismo. Cada fallo podría provocar un incremento de cinco grados, por ejemplo, lo que significaría que tendríamos cuatro intentos. O también podría aumentar diez grados y nuestras posibilidades se limitarían a sólo dos intentos.

Margaux cerró los ojos por un instante ante la increíble presión adicional que aquella noticia ponía sobre sus hombros.

—Incluso creo que deberíamos estar preparados ante la posibilidad de que la temperatura haya comenzado un incremento gradual inevitable, tal y como vimos en Londres —propuso Milanelli.

—Es otra posibilidad, sin duda —respondió Rice con frialdad—. Sería repetir lo

que Morton hizo para llenar la jaula de metacrilato donde encerró a la ministra.

—Eso es. Y, por desgracia, sólo hay una manera de averiguarlo. Si se producirá un incremento automático de temperatura, o no, sólo lo sabremos con el paso del tiempo. Entretanto, y considerando esa amenaza como verdadera, sugiero que entremos inmediatamente en este museo y vayamos directamente hasta la sala que nos ha indicado Morton para ver si con lo que allí encontremos somos capaces de descubrir ese código que necesitan.

—Les deseo suerte, profesores. Llámenme en cuanto descubran algo.

Sin tiempo a decir nada, Rice finalizó la llamada.

Connelly guardó su móvil, miró a los profesores y respiró hondo, consciente de la responsabilidad depositada en su trabajo. Margaux caminó hasta uno de los dos mostradores semicirculares de madera situados en cada pared lateral del hall en busca de un plano que les permitiera localizar su destino lo antes posible.

Cuando lo encontró, volvió hacia ellos mientras lo abría.

—La galería Oeste es el lugar que buscamos. Ahora estamos en el hall de entrada y aquí es a donde tenemos que llegar —dijo señalándola con la mano.

Después de ver el punto que les mostraba, y de hacerse una idea mental de la distancia hasta ella, los cuatro levantaron la vista al mismo tiempo y miraron hacia un estrecho pasillo que dejaba adivinar unas pequeñas plantas al final.

«El jardín central».

Margaux fue la primera que comenzó a caminar hacia él. En silencio, los tres la siguieron y atravesaron con rapidez el jardín mientras seguían a la profesora que, con la mirada clavada en el plano, caminaba con decisión sin fijarse en nada de lo que les rodeaba. Su destino estaba perfectamente definido y tenían que llegar hasta él cuanto antes.

Tras dejar atrás el jardín y atravesar el hall norte, llegaron a la galería oeste. El punto indicado en las dos versiones de La masacre de los inocentes. Al entrar, los profesores no pudieron evitar sentirse igual que en el Louvre la primera vez que accedieron a la sala 77. De nuevo, una sala de un museo repleta de cuadros era lo único que les separaba de la información que buscaban.

Tras unos segundos en silencio admirando lo que tenían a su alrededor, Connelly fue la primera en expresar en voz alta lo que pensaba.

—Debo reconocer que me esperaba otra cosa —murmuró decepcionada—. Creo que estamos otra vez como en la Biblioteca Morgan.

Margaux se giró hacia ella y sonrió.

—Nada de eso, se lo aseguro. Nos han traído aquí por estos cuadros. Porque lo que necesitamos descubrir está oculto en ellos.

—No lo veo una tarea sencilla... —le contradijo casi al instante.

—Infinitamente más que lo que estábamos tratando de averiguar antes, créame. Esto sólo son cuadros y Morton sabe que conozco cada uno de ellos y que, por tanto, puedo descubrir lo que esconden.

A pesar de su pesimismo inicial, la seguridad con la que la profesora se expresaba hacía que sintiese a cada segundo mayores posibilidades de conseguir su propósito.

—¿Entonces aquí está escondido el código que nos ha pedido Rice?

Milanelli soltó una carcajada.

—Nada de eso, agente. Aquí lo único que tenemos son cuadros y lo que su jefa quiere son letras o números. No lo sabemos siquiera.

—Pero ella está diciendo que averiguarlo será mucho más sencillo —le rebatió sin entender lo que trataban de decir.

—Y así es —le aclaró Margaux—. Pero Milanelli tiene razón, también. Una cosa es que lo que haya en esta sala sean cuadros que yo conozca, y otra muy diferente que eso nos permita descubrir de golpe ese código.

—Entre otras cosas porque no debemos olvidar que hemos dejado pendiente algo en la Biblioteca Morgan que también deberemos descubrir a su debido tiempo —añadió Campbell.

Connelly sabía que el profesor estaba en lo cierto. Habían dejado trabajo pendiente y el tiempo estaba en su contra.

—Pues ya ha oído igual que yo lo que nos acaba de anunciar la Directora. La temperatura de la Asamblea General está aumentando y son ustedes mismos los que piensan que ese incremento va a ser continuo en el tiempo, por lo que no tenemos tiempo que perder.

Sin que necesitara ninguna motivación extra por parte de nadie, Milanelli caminó unos pasos hasta colocarse en el centro de la sala. Sentir que una vez más estaba enfrentándose a los secuestradores le hacía sentir una excitación especial.

—Lo primero que tenemos que hacer es detenernos un momento y tratar de descubrir cómo lo que hemos visto hasta ahora puede encajar con lo que Rice nos ha pedido. De lo contrario, lo único que haremos será ir de un lado a otro de Manhattan sin ninguna lógica.

—Soy todo oídos, profesor —dijo Connelly al ver que se tomaba un momento de reflexión.

Tras replantearse mentalmente el significado de algunas de las cosas más importantes que habían visto, les comentó su opinión.

—Tenemos que descubrir doce caracteres. Números o letras, eso no lo sabemos. Y quizá ni siquiera nos importe. De lo que los secuestradores nos han mostrado en el día de hoy tenemos la sucesión de Fibonacci en primer lugar...

—Que ya hemos descartado —dijo rápidamente la agente.

—Sí, así es. Después de eso, la profesora desapareció en el museo Metropolitano, y todo lo que hicimos a partir de ahí hasta encontrarla en Central Park creo que podemos considerar que iba dirigido exclusivamente a dar con ella.

Campbell le miraba y asentía sin parar.

—La frase del poema *Invictus* que recitó aquel vigilante, nuestro paso por la Biblioteca Pública, la estación de metro de Rector Street y la iglesia de la Trinidad.

Todos ellos fueron pasos previos para encontrarla, por lo que creo que deberíamos olvidarlos. Desde que ella volvió con nosotros podemos decir que empezó realmente el juego de hoy, ya que justo después de encontrarla se filtraron en la televisión las fotografías de Steve Douglas. Eso nos llevó a su apartamento y la cita que allí encontramos guio a Chavier hasta la iglesia de Los Inválidos.

—Sigo sin poder ver nada que nos ayude —le interrumpió Connelly.

—Déjele terminar —le pidió Campbell—. Creo que hacer un repaso de todo lo que hemos hecho hasta ahora nos ayudará a comprender mejor lo que buscamos.

La agente asintió levemente con un sutil gesto de disculpa.

—Como decía —prosiguió Milanelli—, la visita de Chavier a la iglesia de Los Inválidos nos proporcionó aquellos cinco nombres que nos llevaron hasta la Biblioteca Morgan donde, por desgracia, no conseguimos encontrar lo que dejaron para nosotros.

Milanelli hizo una pausa sin poder disimular su frustración.

—En cualquier caso —continuó Margaux—, los nombres de Tiepolo, Edridge, Laurence, Batoni y Rembrandt nos dirigieron con acierto hasta allí.

—Quizá debamos replantearnos esa afirmación tan contundente, profesora —dijo Connelly con una nueva interrupción—. Teniendo en cuenta que no encontramos nada, quizá podamos darle una oportunidad al hecho de que el lugar al que nos dirigían realmente esos cinco nombres no era ese museo, sino otro punto diferente de Nueva York.

Margaux se quedó en silencio sin saber cómo rebatir esa afirmación. A pesar de que estaba segura de que la Biblioteca Morgan era el lugar elegido por Morton, también era cierto que carecía de argumentos sólidos que corroboraran su pensamiento.

—Ningún otro punto de la ciudad tendría sentido —dijo Campbell saliendo en defensa de sus compañeros—. Darnos cinco nombres que señalan claramente un museo concreto para que luego Morton quisiera realmente que fuésemos a otro sitio diferente sería introducir una complicación que jamás les hemos visto hacer anteriormente. Ni en París, ni en Londres. Nunca. Y, por tanto, a pesar de que es cierto que no conseguimos descubrir a tiempo lo que había allí, tenemos que seguir considerando ese museo como el lugar correcto, si es que pretende que encontremos el código que demanda su jefa.

Connelly percibió la molestia que su comentario había causado en el profesor.

—Me parece bien —dijo tratando de reconducir la situación—. Sólo quería dejar constancia de una posibilidad a tener en cuenta. Pero si los tres tienen la misma idea sobre él, por mi parte no hay más que hablar.

Milanelli volvió a echar un vistazo a los cuadros de la sala y prosiguió su razonamiento.

—Por algún motivo que no comprendemos todavía, los secuestradores decidieron filtrar ese informe secreto de El caso Coen sabiendo que eso centraría

irremediablemente toda nuestra atención de inmediato y que rápidamente lo relacionaríamos con los dos cuadros de la galería Guildhall.

—Parece que era lo que buscaban ¿no? —preguntó Margaux.

El profesor la miró y asintió.

—Sí, eso parece —respondió en voz baja—. Aunque no entiendo por qué. Estábamos en el punto que ellos querían, el que nos indicaban con los nombres de París... ¿Por qué hacer algo que sabían que nos sacaría de allí?

Los cuatro permanecieron pensativos durante varios segundos. El comportamiento mostrado por Morton en aquella ocasión parecía ir en contra de lo que había hecho anteriormente.

—Sea por lo que sea —prosiguió Connelly—, todo ese planteamiento nos trae hasta aquí. Las letras escondidas en los cuadros del Guildhall nos traen hasta esta sala. Ahora sí tenemos la seguridad absoluta de estar donde él quiere que estemos.

Margaux caminó hasta colocarse en el centro, junto a Milanelli. Conocía de sobra todos y cada uno de los cuadros expuestos en aquella sala, pero no tenía la menor idea del modo en que podrían servirles.

—El repaso que ha hecho Milanelli es correcto —dijo Campbell—. Y ahora debemos centrarnos en nuestro objetivo. Morton nos pide que encontremos doce letras o doce números.

—No está resultando sencillo, profesor —replicó Connelly.

—Por supuesto que no. No lo iba a ser, desde luego. Porque este es su juego final y, por tanto, el más complicado de cuantos ha ideado hasta ahora. Pero sabemos que tenemos una posibilidad. Se lo dijo a la profesora y debemos aprovecharla.

—¡Y lo haremos! —afirmó de manera contundente Milanelli cargándose de confianza contagiado por las palabras del profesor.

—Simplemente debemos hacer un esfuerzo mayor que en anteriores ocasiones. Nos está poniendo a prueba por última vez y por eso nos está exigiendo el máximo —continuó Campbell—. Mucho más que en cualquier momento previo. Más que en París y más que en Londres. Pero por muy difícil que sea el juego planteado siempre, en cada uno de ellos, la información que debíamos encontrar estaba accesible para nosotros. Oculta, pero accesible. Y lo que nos proporciona son las herramientas necesarias para conseguirlo. Y ahora no es diferente. No puede ser diferente. Es cierto que por el momento no estamos siendo capaces de encontrarla, pero estoy convencido de que la tenemos delante de nosotros. Y estoy también seguro de que ya tenemos la información que necesitamos, o por lo menos parte de ella. Una parte muy importante de ella. Chavier y Godwin ya han hecho su trabajo, y nos toca a nosotros utilizar adecuadamente todo lo que ya sabemos y transformarlo en doce caracteres.

Milanelli levantó de golpe la cabeza al escuchar esas últimas palabras y su mirada, hasta ese momento perdida en el suelo, se clavó en Campbell. Su sonrisa y el brillo de sus ojos demostraban que una vez más había descubierto lo que necesitaban.

—Tiene toda la razón, profesor. ¡Ya tenemos la información! Lo que pasa es que

no está en el formato adecuado. Por eso tenemos que transformarla, como muy bien acaba de decir. Transformarla en doce caracteres que desactivarán ese gusano informático y salvarán a todas esas personas.

Se detuvo para añadir un segundo de suspense mientras les miraba con una radiante sonrisa y finalizó.

—Y sé, exactamente, cómo lo conseguiremos.

Capítulo 80

La galería Oeste de la Colección Frick recoge la mayoría de los cuadros más importantes expuestos en el museo. Su estructura es rectangular y sencilla, con paredes de color pizarra. El suelo está cubierto por una gran moqueta de terciopelo verde oscuro donde se asientan tres grandes mesas simétricamente dispuestas en su parte central, acompañadas por un conjunto de pequeños muebles y sillas de aspecto antiguo dispuestas en todo el perímetro de la galería. Al igual que otras salas del museo, el techo está formado por una gran cúpula de cristal que permite la entrada de la luz natural desde el exterior del edificio, diferenciándose así de la mayoría de museos modernos cuyas salas están iluminadas por luz artificial, en muchas ocasiones cuidadosamente repartida a lo largo de la estancia para resaltar los cuadros expuestos.

Las palabras de Milanelli habían dejado a Connelly y a los profesores con la boca abierta, deseosos de que les explicara con más detalle cómo podrían encontrar el código que buscaban y también cómo demonios había sido capaz de descubrirlo con la poca información que tenían hasta el momento.

—¿Y bien? —preguntó la agente percatándose de que la intriga que había decidido mantener estaba durando ya demasiado tiempo—. ¿Cómo piensa transformar lo que ya sabemos en un código de doce caracteres?

Milanelli se dio la vuelta, contó con rapidez el número de cuadros expuestos en aquella sala, y soltó una risa nerviosa.

—¡Tenemos que llamar a Chavrier ahora mismo! —respondió.

Connelly se mostró sorprendida por su respuesta, pero trató de mantener la calma para llevarle hasta donde pretendía.

—Profesor, necesito que me diga antes cómo conseguirá encontrar el código. Tiene que explicarnos qué ha descubierto. Necesito saber lo que estamos haciendo antes de que demos nuestro siguiente paso y antes, por supuesto, de que llamemos al comisario de nuevo.

—Ya tenemos la información —le respondió casi al instante entendiendo su demanda—. Parte de la información, mejor dicho. Campbell tiene razón. Simplemente debemos transformar lo que ya tenemos en esos doce caracteres.

El profesor arqueó las cejas dándose por aludido, pero sin entender cómo aquel inocente comentario suyo nada intencionado le había llevado a descubrir el modo de conseguirlo.

—¿Y cómo lo haremos? —le preguntó.

—Aplicando la numerología —respondió con un intenso brillo en los ojos—. Me di cuenta en cuanto le escuché pronunciar la palabra *transformar*. Eso me llevó de golpe a recordar las doce Venus de la iglesia de los Inválidos.

Margaux soltó inconscientemente un leve y agudo grito de sorpresa al tiempo que se llevaba ambas manos a la boca.

—¡Exacto! —le dijo sonriendo—. Lo que acaba de pensar es correcto.

A pesar de no haber mostrado una respuesta tan efusiva como la de la profesora, Campbell también acababa de comprender cómo Milanelli había conseguido dar con la solución.

—Tengo la desagradable sensación de ser la única en esta sala que no entiende lo que los tres parecen tener muy claro —expresó Connelly con claro malestar.

—¿Recuerda los nombres de esos cinco artistas que Chavier encontró en la cripta de Napoleón en la iglesia de Los Inválidos? —le preguntó Milanelli.

La agente asintió con firmeza.

—Bien. Esos nombres aparecieron escritos en cinco de las doce Venus que rodean la tumba de Napoleón —continuó el profesor—. Y si se acuerda, no todos aparecieron seguidos, sino que los secuestradores eligieron cuidadosamente en cuáles de ellas los escribían. Lógicamente, eso fue algo de lo que no nos dimos cuenta inicialmente, ya que no había nada en ese momento que nos hiciese sospechar que tal orden pudiera tener algún significado especial. Hasta ahora.

—¿Y ahora sí lo tiene?

—Totalmente. Y de hecho, aunque me cueste reconocerlo, ese orden cuidadosamente elegido puede que le dé la razón respecto a algo que usted nos dijo anteriormente.

—¿El qué? —preguntó interrumpiéndole.

Milanelli suspiró antes de responder. Estaba a punto de reconocer que tal vez se había confundido.

—Si mi idea es correcta, y la distribución de esos cinco nombres en las doce Venus son parte del código que necesitamos, puede que esa fuese la intención de los secuestradores y no que nos dirigiéramos al museo Morgan.

Connelly mostró efusivamente su sorpresa al escucharle aunque no dijo nada para permitirle finalizar su explicación.

—Si esto es o no cierto, puede que lo descubramos más adelante, aunque por el momento sí permitiría explicar por qué no encontramos nada allí que nos ayudara.

—Y que filtraran el informe del accidente cuando lo hicieron —apuntó Campbell.

—Eso es. Antes les comentaba mi extrañeza al respecto de lo que había ocurrido. No conseguía entender por qué sacaban a la luz una información que sin duda suponía alejarnos de un lugar al que ellos mismos nos habían dirigido previamente, pero tal vez fue así porque no debíamos estar allí. Es difícil saberlo.

—¿Y la manera de descubrir el código? —preguntó Connelly restando importancia a aquella posible equivocación—. ¿Cómo esa distribución particular de los nombres en las Venus nos ayudará?

—Gracias a la numerología, como le dijo anteriormente el profesor —respondió Campbell—. La numerología es una pseudociencia que permite transformar palabras en número individuales.

—*Transformar* —repitió Milanelli sonriendo mientras miraba fijamente a la

agente.

—Si utilizamos la numerología, el nombre de cada uno de esos cinco artistas puede ser transformado en un sólo número. Eso nos permitiría tener cinco de los doce dígitos del código que necesitamos para desactivar el gusano informático que controla el edificio de la ONU.

Connelly por fin entendió el razonamiento de los profesores.

—De ahí su distribución exacta en las Venus ¿verdad?

Los tres la miraron y asintieron a la vez.

—Y por eso le decía antes que debemos llamar de nuevo a Chavier, porque tiene que indicarnos exactamente cuáles contenían un nombre para que podamos saber su colocación en el código antes de transformar cada uno de ellos en un sólo número.

Sin perder ni un segundo más, Connelly sacó su teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta y marcó el número Chavier. Al mismo tiempo, Milanelli sacó una vez más el papel donde tomaba sus notas y el bolígrafo. Mientras esperaban a que el comisario cogiera la llamada, se apoyó en la mesa situada en el centro de la galería y dibujó una circunferencia formada por doce puntos, cada uno de los cuales representaba a una Venus.

En cuanto escuchó que cogía la llamada, la agente se apartó el teléfono del oído, activó el dispositivo manos libres y comenzó la conversación.

—Comisario, necesitamos nuevamente su ayuda —le dijo con voz acelerada.

Al otro lado de la línea, Chavier se mostró sorprendido por volver a recibir una llamada de los profesores. Hasta donde había conseguido entender la información que habían descubierto era todo lo que necesitaban.

—Sí, sí... por supuesto. ¿Qué quieren que haga?

—Comisario —se anticipó a responder Milanelli—, hemos descubierto que el orden que los secuestradores emplearon para dejar los nombres que ustedes encontraron en esas Venus guarda un significado muy importante. Necesitamos que vuelvan a la cripta de Napoleón y nos digan exactamente el orden seguido.

Esa petición hizo que a Chavier se le disparara el corazón. Inmediatamente levantó la mirada y vio a Bingleau que examinaba la tumba de Jerónimo Bonaparte con la lámpara ultravioleta.

—¡Bingleau, sígame! ¡Rápido!

Preso del golpe de adrenalina que recorría su cuerpo en ese momento, comenzó a correr desde la planta principal en la que se encontraban hacia la cripta. La posibilidad de salvar al presidente Deneux volvía a estar en sus manos y debía ayudar a los profesores lo más rápido posible.

El inspector salió corriendo tras él y bajó ágilmente las escaleras que llevaban a la planta inferior de dos en dos para dar alcance al comisario.

—¡Ya estamos aquí! —les indicó con nerviosismo—. ¿Por dónde quieren que empecemos? ¿Qué orden quieren que sigamos?

Al escuchar esa pregunta, Connelly miró a los profesores. Efectivamente era

fundamental que acertaran en el orden elegido si querían descifrar adecuadamente el código elegido por Morton.

—Sitúese mirando de frente a la puerta de entrada a la cripta —respondió Margaux con decisión— y empiece a comprobar las Venus por el lado derecho. El orden de las agujas del reloj es el más lógico que se me ocurre, de modo que la primera Venus a la derecha de la entrada debe ser también la primera para nosotros.

Milanelli y Campbell mostraron su acuerdo ante tal razonamiento.

Chavier indicó con un gesto muy claro a Bingleau lo que quería que hiciera. Éste encendió la lámpara ultravioleta e iluminó la primera Venus.

—Rembrandt —leyó inconscientemente en voz alta en cuanto apareció el primer nombre grabado—. Rembrandt en la primera Venus. Este es el orden correcto. Siento que antes no empezáramos por aquí.

—No se preocupe —le cortó Milanelli al tiempo que lo escribía al lado del primer punto de su dibujo—. Lo importante es lo que estamos haciendo ahora, créame.

—Siga, comisario —le apremió Connelly—. Debemos saberlo cuanto antes.

Bingleau continuó iluminando individualmente a cada una de las Venus que rodeaban la tumba de Napoleón.

—Nada en la segunda, profesores. Tampoco en la tercera.

Margaux miró de reojo el dibujo de Milanelli.

—¡Esperen! Tiepolo aparece grabado en la cuarta Venus.

El profesor escribió rápidamente su nombre.

—Nada en la quinta, ni en la sexta. ¡Ahora sí! ¡Edridge en la séptima!

Campbell notaba cómo su corazón se aceleraba súbitamente tras cada nombre que escuchaba pronunciar al comisario. A pesar de que ya lo habían hecho antes, el nuevo significado que tenía descubrir aquellos cinco nombres para alcanzar el objetivo por el que les habían llevado hasta Nueva York, hacía que lo viviera de una manera completamente diferente.

—Nos quedan dos, comisario —le indicó Margaux—. Sólo dos.

Chavier volvió a hacer un gesto a Bingleau para que continuara iluminando las estatuas. Inmediatamente, apareció un nuevo nombre.

—Laurence en la octava Venus.

Milanelli lo escribió en su dibujo. Ya casi habían terminado.

—Y Batoni en la décima —dijo finalizando la búsqueda.

Los profesores y Connelly respiraron aliviados.

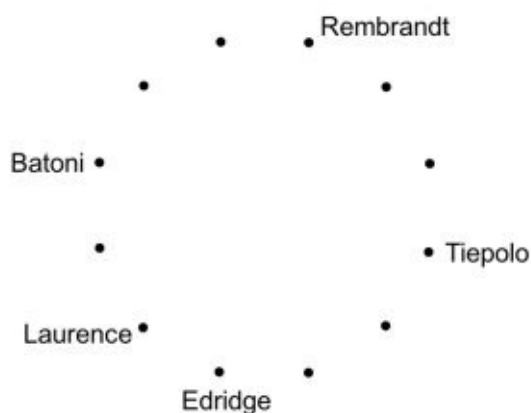
—Sobra decir que no hay nada en las dos últimas —les anunció igualmente el comisario.

—Lo suponíamos, sí —respondió Margaux con amabilidad—. Muchas gracias por su ayuda, comisario. Ya tenemos justo lo que necesitábamos.

Sin esperar a que le indicaran nada al respecto, Connelly desactivó el dispositivo manos libres, se llevó el móvil al oído y se despidió rápidamente de él agradeciéndole una vez más su ayuda. A continuación, lo guardó y se acercó a la mesa donde se

encontraban los profesores.

En el dibujo que había hecho Milanelli aparecían cinco de los doce puntos que formaban una circunferencia con los nombres de aquellos cinco artistas escritos a su lado.



—Ya tiene lo que quería ¿no?

—Sin duda —respondió el profesor sin apartar su mirada del dibujo—. Cada uno de estos puntos representa un dígito del código que necesitamos, y estos nombres son la clave para descubrirlos.

—¿Y el resto? —preguntó intrigada por los huecos libres.

Ahora sí, Milanelli apartó la mirada para dirigirla hacia la agente.

—El resto están a su alrededor —respondió moviendo su brazo derecho en círculos señalando torpemente los cuadros de la galería—. Por eso nos ha traído hasta aquí. Ya tenemos cinco de los doce dígitos, y entre estos cuadros se encuentran los siete restantes. Y su disposición dentro de esta sala nos indicará el orden correcto para completar esta circunferencia y poder descubrir el código que Morton ha elegido.

Capítulo 81

Rice levantó la mirada y observó desde la distancia a una de sus agentes encargadas de tratar de averiguar todo lo que Morton había hecho en los casi dos años que había permanecido desaparecido con el brazo levantado reclamando su atención. Antes de acudir hasta ella, volvió a mirar a la pantalla del ordenador donde se mostraba la temperatura de la Asamblea General. Hacía aproximadamente veinte minutos que habían descubierto el punto de retorno de *Denise* y, desde entonces, la temperatura no había vuelto a aumentar.

—De momento creo que lo tenemos controlado ¿no? —le preguntó a Caplan de manera distendida.

—Eso parece —respondió entre dientes sin estar del todo seguro—. No obstante. Sólo han pasado veintitrés minutos. Creo que es pronto aún para descartar que hayan programado una subida de temperatura.

—¿Cuánto tiempo necesita para eso?

Caplan se giró para mirarla directamente.

—¿Para descartar que la temperatura vaya a subir de manera automática?

Rice no respondió, simplemente asintió afirmativamente.

—Treinta minutos, por lo menos. Una hora sería excesivo porque implicaría darles demasiado tiempo para encontrar el código que necesitamos. Pero treinta minutos creo que sería un plazo razonable.

La Directora volvió a mirar a la pantalla. Si Caplan estaba en lo cierto o no, lo descubrirían en muy poco tiempo.

—Avíseme si ocurre algo ¿de acuerdo?

Sin darle casi tiempo a responder, Rice caminó con rapidez hacia el lugar donde se encontraba la agente que reclamaba su presencia. Tenía algo menos de seis minutos para escuchar lo que tenía que decirle y volver hasta el ordenador de Caplan.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó justo antes de llegar hasta ella.

La agente señaló la pantalla en donde aparecía el rostro de un hombre.

—Ya hemos descubierto la identidad de las tres personas que participaron junto a Morton en todo lo que hicieron en París —respondió con orgullo—. Para conseguirlo hemos contado con la colaboración de la agente de la policía francesa Eugene Beaumont que nos ha proporcionado imágenes de las cámaras de seguridad del Louvre.

Mientras escuchaba con atención las explicaciones de su compañera, Rice no pudo evitar sorprenderse por el hecho de que la misma agente de policía que les había ayudado a realizar aquellas identificaciones tan importantes para la investigación había sido, sólo durante un breve instante, sospechosa de haber colaborado con Morton al descubrir qué gusano informático había infectado el edificio de la ONU.

—¿De quiénes se trata? —preguntó casi de manera automática.

La agente amplió la imagen que aparecía en pantalla.

—Este hombre se hizo pasar por miembro de seguridad de la Asamblea Nacional cuando el comisario Chavrier y los profesores acudieron allí la primera vez que salieron del Louvre.

—¿Y es...?

—Richard Kirkman —respondió—. Uno de los agentes que Morton debió eliminar.

—¿Dónde cumplió misión?

—En Monrovia, a finales de 2009.

Rice la miró con cara de confusión. Tenía demasiadas cosas en la cabeza en ese momento como para hacer un esfuerzo mental y localizar ese lugar.

—Liberia, en África —puntualizó al instante la agente—. Según he podido averiguar en los informes que tenemos estuvo como agente secreto en el país desde mediados de 2009 y en noviembre de ese mismo año ejecutó exitosamente la misión que se le había encomendado.

Durante unos segundos, Rice permaneció observando la imagen que continuaba fija en la pantalla. En ella se veía a un hombre de mediana edad, moreno, de facciones marcadas, barba incipiente y gesto cansado.

—¿Y los otros dos? —preguntó tratando de descubrir el resto de información—. Creo haberte entendido que eran tres las personas identificadas.

La agente cerró rápidamente la ventana que contenía la imagen de aquel hombre y abrió una nueva donde aparecieron los rostros de dos personas; un hombre y una mujer.

—La agente Beaumont me ha enviado estas imágenes. Son las dos personas que estuvieron en el Louvre. Consiguió identificarlas gracias a las grabaciones de las cámaras de seguridad del museo.

Rice soltó un murmullo de satisfacción contenida. El cerco en torno a Morton y sus colaboradores era cada vez más estrecho.

—Supongo que también eran agentes de El caso Coen ¿no es así?

—Sí, los dos —respondió con decisión—. Ella se llama Amanda Weisz, de veintisiete años, y él Jamie Ward, de treinta y dos. Ambos trabajaban juntos en Fortaleza, Brasil.

—Sí, sí, sé dónde está —le cortó de inmediato algo molesta ante la nueva puntualización que hacía sobre el país en el que se ubicaba el destino de aquellos dos agentes—. ¿Por qué estaban juntos?

La agente se encogió de hombros.

—No lo sabemos —respondió con precaución—. Lo único que he podido averiguar es que participaron en dos acciones a principios de octubre de 2011.

—Morton fue relegado ese mismo mes —apuntó de manera inconsciente la Directora.

—Sí, también he tenido eso en cuenta y he investigado un poco más a fondo. Al parecer fueron los dos últimos agentes que tuvo a su cargo.

De nuevo, Rice hizo un ronroneo de satisfacción.

—Muy bien, ¿quién más quedaría por identificar?

—De París, nadie —respondió—. Ya conocemos la identidad de las dos personas que le ayudaron en el Louvre y la de quien lo hizo en la Asamblea Nacional. La persona que apareció en la cúpula de la basílica del Sagrado Corazón ya fue identificada por la policía francesa en su momento, precisamente como el vigilante de seguridad real que debía trabajar aquella noche en la Asamblea.

—Pierre Charron, sí. Lo recuerdo.

Rice se mantuvo un instante en silencio.

—No todos los que ayudaron a Morton en París están identificados —le contradijo de golpe recordando un cabo suelto en la investigación—. ¿Qué hay de quien mantuvo oculto al hijo de Deneux en las catacumbas todo ese tiempo?

La agente se quedó sin respuesta. Aquella pregunta de la Directora le había cogido totalmente por sorpresa.

—Alguien tuvo que hacerlo —continuó Rice con amabilidad—. Y dudo mucho que lo hiciese el propio Morton. Seguro que también le encargó ese trabajo a uno de sus agentes.

—Creo que no tenemos ninguna información al respecto —murmuró dubitativa cerrando la ventana donde se veían las fotografías de aquellas dos personas—. Ni siquiera la policía francesa la tiene.

Rice restó importancia a aquel cabo suelto. Aunque era imprescindible identificar a todas y cada una de las personas que le estuviesen ayudando, el elevado ritmo al que su equipo estaba obteniendo la información que necesitaban le hacía sentirse totalmente confiada de que antes o después lo conseguirían.

—En ese caso, ya podéis centraros en Londres ¿verdad?

—Sí, eso es lo que tengo pensado hacer ahora —respondió con alivio ante la comprensión mostrada—. También allí la policía británica tiene muchas imágenes recopiladas de diferentes cámaras de seguridad y podremos identificarles.

Antes de responder, Rice miró al pequeño reloj digital situado en la esquina inferior derecha pantalla. Quedaban unos pocos segundos para que se cumpliera el plazo de treinta minutos del que Caplan había hablado antes.

—Perfecto —dijo al tiempo que comenzaba a alejarse—. Avísame de nuevo si encuentras algo interesante.

Inmediatamente aceleró el paso hacia el ordenador de Caplan con la mirada clavada en él desde la distancia. Justo un par de metros antes de llegar un agudo pitido le hizo darse cuenta de que su mayor temor acababa de hacerse realidad.

Capítulo 82

—¿Y qué se supone que debemos hacer ahora? —preguntó Connelly viendo cómo los tres se mantenían observando la circunferencia que Milanelli había dibujado en el papel.

—Utilizar la numerología, tal y como dijo antes el profesor —respondió Campbell—. Es la única manera posible de conseguir que estos cinco nombres puedan transformarse en cinco dígitos del código. Y una vez hecho eso, entre los cuadros de esta sala encontraremos la información necesaria para descubrir los restantes.

—¿Los nombres de sus autores, también?

Margaux soltó un sonoro resoplido, echó un vistazo a su alrededor, y respondió.

—Imposible saberlo ahora mismo. Creo que descubrir exactamente qué cuadros necesitaremos y qué será lo que deberemos usar de los elegidos para llegar a los siete nombres que nos faltan requerirá un estudio profundo de todos ellos. Aún así, nuestra situación ha mejorado drásticamente. Es indudable que para nosotros es mucho mejor saber que dentro de esta sala está escondido el resto de información que necesitamos que estar dando vueltas descontroladamente por Manhattan sin estar seguros de lo que hacemos o de si acertamos yendo a un sitio u otro.

—¿Se refiere al museo Morgan?

La profesora suspiró de nuevo.

—Evidentemente es el lugar que viene a mi mente cuando hago esta reflexión, sí. Para nosotros parecía indudable que era el lugar al que Morton nos dirigía con los cinco nombres de la iglesia de Los Inválidos. El problema es que no encontramos nada interesante allí, y el hecho de que él mismo filtrara el informe del accidente aéreo cuando lo hizo parece demostrar que nos equivocamos con nuestra interpretación.

—Puede que buscara hacernos ver que no debíamos estar allí.

—Sí, por eso lo digo. Es frustrante pensar que pudimos perder un tiempo muy valioso acudiendo a aquel museo, pero también es cierto que no teníamos en ese momento una explicación mejor a la aparición de aquellos cinco nombres.

—Por no mencionar que en los dos últimos días los museos han sido un lugar común en sus juegos.

Margaux miró a Campbell y le sonrió agradeciendo su comentario.

—Así es, pero la explicación de Milanelli parece mucho más consistente. Ahora que la CIA ha descubierto que necesitamos un código de doce dígitos para desactivar ese gusano, utilizar la numerología cobra sentido totalmente.

—¿Y el resto de números se esconden en estos cuadros?

—Sin duda —respondió Campbell—. A diferencia de lo que ocurrió con la Biblioteca Morgan, a la que acudimos por nuestra propia cuenta, el nombre de esta galería figuraba en los dos cuadros de La masacre de los inocentes del Guildhall, de

modo que indudablemente aquí dentro está el resto de información.

Connelly hizo una pausa a las preguntas que les estaba haciendo y dio una vuelta rápida sobre sí misma para observar por encima todos los cuadros que había expuestos en aquella sala. Como acababa de decir muy bien la profesora, era mucho mejor para sus intereses tener perfectamente claro el lugar donde se encontraba el resto de información que andar de un lado a otro de la ciudad.

—Lo que tenemos que hacer ahora —continuó Margaux— es estudiarlos uno por uno para descubrir en cuáles ha decidido esconder Morton los nombres que nos darán esos siete últimos dígitos.

—¿Y ya tiene alguna idea?

Margaux negó con la cabeza.

—No, de momento. Sin duda habrá seguido un proceso lógico. Esa es la única manera de que podamos descubrirlos ahora.

Durante un instante hizo una pausa y prosiguió.

—Fíjese por ejemplo en ese cuadro —le dijo señalando uno que tenían a su derecha y que ocupaba la parte central de una de las paredes—. ¿Ve algo interesante en él? No ¿verdad? Se titula *Retrato de un hombre* y su autor es Frans Hals, un pintor neerlandés nacido a finales del siglo XVI. A menos que sean expertos en arte, estoy segura de que su nombre no les sonará en absoluto, porque de hecho no es un pintor conocido. De él puedo contarles que fue un gran especialista en retratos a los que dedicó la mayor parte de su obra, como es el caso del cuadro que les estoy señalando. Pero hay algo curioso.

Margaux detuvo su explicación y caminó hasta la pared contraria de la sala colocándose justo al lado de otro cuadro.

—En esta misma galería se exponen otros dos retratos suyos. Este titulado *Retrato de un hombre anciano*, y este otro titulado *Retrato de una mujer*.

—Desde luego, no parecía que dedicara mucho tiempo en elegir nombres originales para sus obras —comentó con sorna Milanelli.

Margaux soltó una carcajada.

—No, no lo parece —le respondió sonriendo—. Los retratos, al contrario de lo que pueda parecer, son extraordinariamente difíciles de pintar y requieren dominar muchas técnicas, como el uso de las diferentes tonalidades para reproducir adecuadamente los rasgos faciales o utilizar la luz con acierto. Precisamente por ello, los pintores especializados en retratos, como es el caso de Frans Hals, tienen muchas obras iniciales con personas anónimas como estas tres que utilizaban para practicar, antes de llevar a cabo los cuadros importantes.

—¿Y todo eso nos puede ayudar a nosotros? —le preguntó Connelly.

Margaux caminó hacia el centro de la sala donde se encontraban los tres.

—No lo sé, la verdad. Lo que pretendo hacerle ver con este ejemplo es que nos llevará tiempo descubrir qué lógica ha podido seguir Morton eligiendo cuadros de esta sala. Puede que se haya decantado por los más importantes y que debamos

centrarnos en ellos exclusivamente, o puede que haya decidido ponernos las cosas todavía más difíciles utilizando varios de ellos con un único propósito. Visto que debemos usar la numerología para transformar los cinco nombres que Chavier encontró en las Venus de la cripta de Napoleón en cinco dígitos, creo que cualquier opción es posible.

—Pero en París y Londres siempre eligió cuadros importantes —replicó la agente.

—En eso tiene razón —se adelantó a responder Campbell—. Es cierto que La Libertad guiando al pueblo, La consagración de Napoleón o La escuela de Atenas eran cuadros muy importantes.

Connelly levantó las cejas ante las palabras cómplices del profesor con un gesto que parecía tratar de fortalecer su último comentario.

—Pero también es cierto que la tónica seguida en el día de hoy parece diferir respecto a lo visto anteriormente —puntualizó—. Salvo que la profesora me corrija lo que voy a decir ahora, creo que de los cinco autores utilizados en la iglesia de Los Inválidos únicamente Rembrandt es realmente conocido.

—Muy cierto —comentó Margaux—. Tiepolo, Edridge, Laurence y Batoni fueron todos autores de pequeños grabados. Nada que ver con Eugène Delacroix, Jacques-Louis David, el propio Rembrandt o el mismísimo Rafael.

Connelly dejó escapar un largo resoplido. Aunque hacía todo lo posible por seguir sus explicaciones, ella era una agente de la CIA y todo aquel elaborado razonamiento sobre si unos u otros eran mejores o peores pintores se le escapaba completamente.

—Resumiendo, que deberá estudiarlos todos, uno por uno ¿verdad?

—Sí, así es —respondió Margaux sonriendo, al tiempo que veía reflejada en sus palabras la dificultad que habían mostrado inicialmente Chavier y Sanoir en el Louvre para entenderles—. Como dije antes, cualquier opción es posible. Incluso que debamos partir de los nombres que ya conocemos para comenzar nuestra búsqueda aquí.

Milanelli la miró con los ojos abiertos como platos. Aquella opción le parecía enormemente interesante y quizá la más racional de cuantas podían tomar como base para su búsqueda.

Entendiendo la sorpresa que le había causado su comentario, la profesora volvió a acercarse a la misma pared a la que había ido en primer lugar y se detuvo delante de otro retrato.

—Adivine quién es este hombre —dijo clavando su mirada en Milanelli.

El profesor se sintió repentinamente ruborizado al notar que la atención se centraba en él y respondió encogiéndose de hombros.

Margaux le sonrió.

—Rembrandt —les informó sin demorar más tiempo el misterio—. Es un autorretrato que él mismo realizó en 1658. Y el suyo es uno de los nombres que ya tenemos. El primero que aparecía en las Venus de la iglesia de Los Inválidos.

A pesar de las dificultades a las que se estaba enfrentando para seguir algunas de las partes más técnicas de sus razonamientos, gracias a aquel sencillo ejemplo Connelly sintió que por fin todo comenzaba a cobrar sentido. Con aquella simple pregunta dirigida a Milanelli, la razón por la que Morton les había enviado hasta aquella galería tan particular parecía fundirse a la perfección con el razonamiento que los profesores llevaban varios minutos planteando.

—¿Ese es nuestro punto de partida, entonces?

—Creo que por el momento considerarlo como tal sería algo precipitado —respondió Margaux volviendo de nuevo hacia ellos—. Lo que quiero hacerles ver es que podría ser una posibilidad interesante.

—Yo discrepo de su opinión, profesora. Es más, ¡creo que sería muy interesante! —exclamó emocionado Milanelli—. Implicaría sin duda que han seguido un orden muy concreto eligiendo los cuadros dentro de esta sala y que nos están marcando con él un punto de partida lógico. ¡Plenamente acorde con su comportamiento!

—Me alegra comprobar su enorme grado de entusiasmo, profesor —dijo sorprendida Connelly—. Saben de sobra que tenemos que averiguar cuáles son esos siete dígitos lo antes posible.

—¡Y lo haremos, no lo dude!

Tras decir eso, Milanelli se dio la vuelta, se apoyó levemente en la mesa, y volvió a centrar su atención en el dibujo que había hecho minutos antes. Lo que ya sabían era que debían utilizar la numerología para transformar aquellos cinco nombres en cinco dígitos. Si la profesora tenía un largo y arduo proceso de estudio por delante quizá él podría empezar descubriendo qué dígitos se escondían tras ellos para dárselos a la CIA cuanto antes mientras sus compañeros realizaban su parte del trabajo.

—Hasta ahora conocemos cuáles serán los dígitos del código que ocupan las posiciones primera, cuarta, séptima, octava y décima —murmuró expresando en voz alta lo que estaba pasando por su cabeza en ese mismo momento—. Eso nos proporcionará una parte significativa del código, aunque no todo, desgraciadamente. Además, como bien mencionó antes el profesor Campbell, la numerología es una pseudociencia según la cual cualquier palabra puede transformarse de manera sencilla en un número. Como matemático, sobra que les aclare cuál es mi opinión al respecto, pero dado que Morton parece haber elegido este simple truco para ocultar los dígitos del código, no nos queda más remedio que seguir su juego.

Durante los siguientes segundos, permaneció en silencio mientras escribía números y letras de manera ordenada sobre el papel. Cuando estaba cerca de finalizar, prosiguió su explicación.

1	2	3	4	5	6	7	8	9
A	B	C	D	E	F	G	H	I
J	K	L	M	N	O	P	Q	R
S	T	U	V	W	X	Y	Z	

—Si asignamos a cada letra del abecedario un número concreto podremos adivinar el dígito que se esconde tras esos cinco nombres. Como es lógico, casi con toda seguridad podemos afirmar que el número obtenido no será de una sola cifra, que es lo que necesitamos. Pero incluso algo tan poco científico como la numerología tiene remedio para solucionar ese aparente problema.

Margaux no pudo dejar escapar una risilla ante aquel comentario socarrón.

—En esos casos, todos y cada uno de los números que compongan esa cifra resultante se deberán sumar tantas veces como sea necesario hasta que lleguemos a un número final de una sola cifra.

Connelly observó con atención el esquema que había escrito el profesor y expresó su opinión al respecto.

—Lo que está proponiendo no parece muy diferente a la sucesión de Fibonacci ¿no cree? —preguntó—. En ella también se sumaban dos números para obtener el siguiente en la sucesión.

Milanelli cerró los ojos un instante, apretó los dientes con fuerza, y respiró profundamente para tratar de pasar por alto semejante comparación. Equiparar algo tan vulgar, en su opinión, como la numerología con una de las sucesiones matemáticas más apasionantes que existían sólo podía venir de alguien que ignoraba completamente lo que la sucesión de Fibonacci implicaba.

—Si nos lanzamos en brazos de la vulgaridad matemática quizá tenga algo de razón —respondió enojado—. Pero en cualquier caso, lo que acabo de explicarles es lo que creo que debemos hacer. No es complicado, de hecho. Únicamente debemos utilizar este esquema para llegar a cada uno de los dígitos.

—Y lo correcto es que empecemos con Rembrandt que fue la primera palabra que Morton dejó grabada —propuso Campbell señalándolo en el dibujo.

Muy consciente de que el profesor tenía razón, Milanelli escribió cada una de las letras que componían su nombre en mayúsculas separadas convenientemente por un pequeño espacio. A continuación, la utilizó de ejemplo para hacer una demostración práctica del concepto que les había explicado segundos antes.

—Siguiendo lo que acabamos de decir, la primera letra de Rembrandt es la *erre* y, por tanto, el número que le corresponde es el nueve.

Los profesores y Connelly asintieron entendiendo la simpleza del proceso que debían utilizar.

Viendo que había quedado claro para todos, Milanelli prosiguió en silencio durante unos segundos hasta completar todas las letras que contenía la primera palabra elegida.

R	E	M	B	R	A	N	D	T
9	5	4	2	9	1	5	4	2

—Como también vimos antes —continuó el profesor—, el siguiente paso es

sumar cada uno de los números resultantes y, posteriormente, hacer lo mismo con sus dígitos hasta obtener un número de una sola cifra.

Se detuvo sólo un instante para hacer un rápido cálculo mental para escribirlo acto seguido en el papel.

R E M B R A N D T
9 5 4 2 9 1 5 4 2 = 41 = 5

Connelly sintió que se le detenía súbitamente el corazón al ver el primer número que, según los profesores, formaría el código que salvaría al Presidente Grant y al resto de mandatarios encerrados en la Asamblea General. Lo que Rice le había ordenado encontrar, y que tanto habían estado buscando, su objetivo número uno, estaba por fin apareciendo ante sus ojos.

—El código para retomar el control del edificio empieza por el número cinco —murmuró inconscientemente.

Milanelli la miró y le mostró una sonrisa cómplice.

—No es tan buena como la sucesión de Fibonacci, pero debo reconocer que la numerología nos va a resultar de gran ayuda en el día de hoy —comentó de manera distendida tratando de olvidar el repentino enfado que le había producido su desafortunada comparación anterior.

—Tenemos que hacer lo mismo con el resto de nombres que encontramos en París y centrarnos en los cuadros de esta galería lo antes posible —les apremió Margaux—. No parece que transformarlos en números sea especialmente difícil, pero dudo mucho que vaya a ser igual de simple saber qué cuadros tenemos que utilizar para encontrar los siete restantes.

El profesor se centró inmediatamente en completar aquella tarea espoleado por las palabras de su compañera. Él también tenía claro que la verdadera dificultad de la tarea que todavía tenían por delante se escondía entre los cuadros de esa sala y no en lo que él estaba enseñándoles a hacer.

—Bien, el segundo nombre que encontró Chavier fue el de Tiepolo, de modo que si repetimos exactamente el mismo procedimiento que con Rembrandt obtendremos el cuarto dígito del código.

Sin decir nada más, en menos de un minuto el siguiente dígito apareció ante ellos.

T I E P O L O
2 9 5 7 6 3 6 = 38 = 11 = 2

Campbell miró nervioso a su alrededor. Según les había dicho la Directora de la CIA antes de entrar en aquel edificio en su conversación con Connelly, Morton había conectado la temperatura del sistema de climatización de la Asamblea con el código que estaban comenzando a descubrir y sentía que de un modo u otro el tiempo corría en su contra. Lo que había sucedido en la National Gallery con la ministra Johnson

había sido una demostración muy clara de que el tiempo no era un factor infinito en los juegos ideados por los secuestradores.

—Creo que Margaux y yo deberíamos empezar a revisar los cuadros —dijo sin poder disimular su nerviosismo y clavando su mirada en Connelly como solicitando su aprobación a lo que proponía—. Está claro que no somos necesarios para conocer el resto de números y, en cambio, sí podríamos ir adelantando un trabajo con los cuadros que puede ser de vital importancia.

La agente miró a Milanelli esperando su opinión y éste asintió sin dudarle.

—Es una idea genial —afirmó apoyándose—. Así cada uno haremos lo que mejor sabemos hacer. Lo que los secuestradores esperan de nosotros.

Inmediatamente, Margaux se dirigió como un resorte hacia la entrada de la sala. Campbell la siguió.

Tras observar durante unos breves unos instantes cómo se alejaban, Milanelli volvió a concentrarse en completar su parte del trabajo.

—Terminaremos enseguida, no se preocupe —le anunció con optimismo a Connelly—. Y estoy convencido de que su jefa se pondrá muy contenta cuando la llame para decirle que ya hemos descubierto casi la mitad del código que necesitan.

La agente se limitó a suspirar impaciente incapaz de decir nada.

Durante el tiempo que le llevó realizar la misma tarea con los nombres de los tres artistas que les quedaban, Connelly mantuvo un escrupuloso silencio permaneciendo hierática a su lado.

E D R I D G E
5 4 9 9 4 7 5 = 43 = 7

L A U R E N C E
3 1 3 9 5 5 3 5 = 34 = 7

B A T O N I
2 1 2 6 5 9 = 25 = 7

Cuando finalizó, ambos miraron extrañados el resultados.

—¿Tiene alguna lógica para usted que el número siete se repita tantas veces?

Milanelli no supo qué responder. Como ella se había percatado rápidamente, semejante coincidencia no parecía tener sentido, aunque igualmente recordaba cómo en París inicialmente los números encontrados en los cadáveres de la biblioteca de la Asamblea Nacional y en el Panteón tampoco habían parecido tenerlo.

—La verdad es que no estoy seguro, pero si ellos los han elegido será por algo —contestó finalmente—. De entrada, lo que creo que puede hacer es llamar a su jefa y comunicarle la parte del código que ya conocemos, a ver si con un poco de suerte la CIA puede emplear sus increíbles recursos para echarnos una mano y descubrir algo más sobre él.

Capítulo 83

Campbell siguió a la profesora hasta que ésta se detuvo delante de uno de los cuadros expuestos a la entrada de la galería. Atrás habían dejado a Milanelli y Connelly descifrando el resto de código que estaba a su alcance y ahora eran ellos quienes debían cumplir con su parte del trabajo. La más difícil que tenían por delante.

—Da la sensación de que estamos otra vez como en el Louvre ¿verdad? —le preguntó intentando romper el silencio con el que contemplaba aquel primer cuadro.

Margaux giró parcialmente la cabeza, lo justo para que Campbell viese dibujada en su rostro una media sonrisa.

—De las dos opciones que planteé antes creo que la segunda es la correcta —respondió tras unos instantes—. Es cierto que esta situación guarda muchas similitudes con lo que vivimos allí, tanto en la sala 77 como en la sala 14 del ala Richelieu, pero también es innegable que la importancia de los cuadros que aquí tenemos es muy inferior a la de los que acompañaban a La Libertad guiando al pueblo. Allí nos vimos obligados a estudiar cada uno individualmente hasta dar con el que habían elegido los secuestradores, pero ¿aquí?

Margaux se giró tras dejar la pregunta en el aire.

—Aquí no sólo su importancia es menor, sino que nos encontramos en un momento muy diferente —añadió Campbell.

—Exacto —murmuró ella con la tranquilidad de comprobar que una vez más ambos pensaban de la misma manera—. Cuando estuvimos en la sala 77 acababa de empezar el juego de París. Era nuestra primera visita al museo y no sabíamos qué era lo que ocurría realmente, ni lo que debíamos hacer. Ahora, sin embargo, todo está perfectamente claro. Sabemos lo que sucede, quién está detrás de todo esto e incluso lo que ocurrirá si fallamos. Por no mencionar, por supuesto, que llevamos ya varias horas en Nueva York. Chavier y Godwin ya han hecho su trabajo y ya nos han dado la información final que Morton dejó en ambas ciudades, tal y como sabíamos que ocurriría. Todo eso me lleva a pensar que en esta ocasión no tenemos que estudiar individualmente cada cuadro, sino que será más bien algo referente a su ordenación en la sala lo que estamos buscando.

—Eso encajaría con las siete posiciones del código que tenemos que descubrir.

—Así es —continuó—. Realmente no tengo claro si sería el nombre de los autores de los cuadros lo que Milanelli deberá utilizar para llegar a esos dígitos individuales utilizando la numerología, del mismo modo que está haciendo ahora mismo —dijo girando levemente el cuerpo para observarles desde lo lejos—, o algo diferente, pero sea lo que sea, creo que será algo que tendrá más relación con su ubicación dentro de esta sala que referente a su contenido.

Campbell mantuvo un segundo de silencio mientras miraba al cuadro que tenían frente a ellos.

—¿Morton no te mencionó nada sobre esto cuando habló contigo? ¿Quizá hizo

algún comentario aislado que ahora pudiera ayudarnos a entender lo que buscamos?

Margaux negó efusivamente con la cabeza.

—No, nada. La frase que repitió varias veces, y que recordé cuando Godwin y Bailey estaban en el Guildhall, era muy intencionada, pero no hubo nada similar en el resto de lo que me dijo. Nada que nos ayude, por desgracia.

Por el tono de voz que estaba empleando, Campbell podía percibir que la profesora estaba claramente frustrada por toda aquella situación, y aunque la sensación de encontrarse en un callejón sin salida no era nueva para ellos, no podían disimular la impotencia que sentían.

—Si en verdad no tenemos nada mejor de momento, puede que nuestra opción más interesante sea estudiar cada cuadro —le comentó intentando animarla—. Estoy de acuerdo contigo en que, ni su importancia ni el momento del juego, son equiparables a la situación del Louvre, pero puede que mientras los revisamos descubramos la verdadera intención de Morton trayéndonos hasta aquí.

Margaux se volvió hacia él una vez más para agradecerle su apoyo con una sonrisa y, a continuación, le contó todo lo que sabía del cuadro que tenían delante.

—Este cuadro aparentemente sencillo se titula *El lago* y es obra de un pintor francés llamado Jean-Baptiste-Camille Corot que, a pesar de ser poco conocido porque sus obras se centraron principalmente en paisajes como este, sí tuvo una influencia muy importante en el desarrollo del impresionismo francés posterior y en algunas de sus figuras más destacadas, como Monet y Renoir. De Corot se decía que no sabía pintar y que el aspecto sencillo de sus cuadros se debía a que poseía una técnica limitada.

—A mí me gusta —soltó inconscientemente Campbell.

—Seguro que habría agradecido tu comentario —le dijo sonriendo—. A lo largo de la historia son muchos los ejemplos de pintores que fueron incomprendidos en su momento y que posteriormente han sido reconocidos como grandes artistas. Bastaba con que tu estilo se alejase de los dogmas imperantes en ese momento para que pudieras ser cruelmente calificado como un bicho raro. Y en el caso de Corot sus obras iniciaron el camino del impresionismo, lo que no fue comprendido en su época. No obstante, aunque muchas de ellas son paisajes, también se atrevió con retratos. Quién sabe si para contradecir a sus críticos.

—¿Alguno en esta sala?

Margaux se giró, caminó un par de pasos hasta una parte más central de la galería para observar todos los cuadros expuestos y volvió hasta él.

—No, aquí no —respondió—. Pero de haberlo sabido te podría haber enseñado uno en el Louvre titulado *Mujer con una perla*. Tuve que hacer un trabajo sobre ese retrato estando en la facultad y te podría dar un buen sermón sobre él.

A Campbell se le escapó una ligera risa. A pesar de la grave situación que tenían entre manos, ambos eran capaces de mantener el buen humor.

Justo cuando se colocaron delante del siguiente cuadro que tenían a su derecha,

Connelly y Milanelli se acercaron hasta ellos.

—¿Han podido encontrar algo? —preguntó enseguida la agente.

—No, lo siento —respondió Margaux—. Hemos estado viendo este cuadro —le indicó señalando a *El lago*—, pero no hay nada en él que pueda ayudarnos y ahora estábamos a punto de hacer lo mismo con este retrato de Frans Snyders.

Connelly lo miró sólo un segundo desinteresadamente antes de ponerles al día de lo que el profesor y ella habían conseguido.

—Milanelli ha transformado los tres nombres que quedaban pendientes en dígitos del código que necesita la CIA. Sorprendentemente, el número siete se repite hasta en tres ocasiones.

Campbell y Margaux mostraron su sorpresa con una mueca.

—Es llamativo, desde luego —continuó Milanelli—. Y conociendo el modo de actuar de los secuestradores está claro que no es una mera casualidad, sino algo que la CIA podría tomar como base para descubrir el resto de código que falta mientras tratamos de hacerlo nosotros.

—Eso sería una gran noticia —afirmó Campbell emocionado.

—Lo sería, sí. Aunque dudo que vaya a suceder —respondió Connelly aplacando su entusiasmo— porque si no, no tendría sentido nuestra presencia aquí. En cualquier caso, ahora mismo llamaré a Rice para informarle de todo lo que ha sucedido desde la última vez que hablamos y le informaré de estos cinco dígitos, por supuesto. Lo que quería era conocer de primera mano si había algo más que hubiesen podido descubrir.

Margaux miró un momento al retrato que tenían delante y respondió.

—Nada significativo, por el momento. Los dos estamos de acuerdo en que, debido a la menor importancia y mayor sencillez de los cuadros que hay en esta sala, debe ser algo referente a su ubicación en ella lo que estamos buscando y no tanto información sobre ellos como sí sucedió en el Louvre.

De manera similar a como ella misma acababa de hacer, Connelly observó aquel retrato con indiferencia. Su conocimiento en arte era nulo, por tanto si la profesora, que era la experta en arte, tenía aquella opinión al respecto, no había nada que pudiera rebatirle.

—Veo este cuadro y me recuerda a lo que nos contó hace unos minutos de los retratos de Hanse —deslizó.

—Hals —le corrigió inmediatamente—. El autor de los tres retratos que vimos antes se llama Frans Hals. En cualquier caso, tiene razón. Este es un retrato de Frans Snyders, un pintor flamenco del siglo XVII conocido por sus cuadros de animales. Y el autor es su amigo Anthony van Dyck, que posiblemente les resulte más conocido.

—La escucho hablar sobre él y a la vez recuerdo sus explicaciones sobre La balsa de Medusa o La muerte de Sardanápalo en el Louvre, y cada vez estoy más convencido de que nada puede haber en ellos que nos proporcione la información que buscamos para descubrir esos últimos siete dígitos —afirmó convencido Milanelli.

—Es que son muy sencillos, como dije. Pero dado que no tenemos de momento

otra opción mejor, hemos pensado que lo único que podemos hacer es revisarlos individualmente hasta que descubramos por qué estamos aquí.

—Y no les debería llevar demasiado tiempo ¿verdad? —preguntó Connelly.

Margaux torció el gesto.

—Unos pocos minutos, no más —respondió—. Si usted va a hablar ahora con la Directora de la CIA puede que para cuando termine ya hayamos revisado la mitad de todos ellos. Teniendo en cuenta que ya hablamos antes de los tres retratos de Frans Hals, del de Rembrandt, y que ahora acabamos de revisar estos otros dos cuadros —dijo señalándolos— creo que acabaremos mucho antes de lo previsto, sí.

Capítulo 84

Margaux esperó a que Connelly se alejase lo suficiente para continuar su estudio de los cuadros sin depositar demasiadas esperanzas en encontrar algo que pudiera servirles. Con desinterés observó sólo un par de segundos el cuadro que estaba colocado a continuación, según el orden que estaban siguiendo, y caminó hasta situarse delante de *Margareta de Vos*, del cual ya habían hablado con anterioridad. Mostrando el mismo desinterés por él avanzó hasta el siguiente seguida de los profesores.

—¿Ve algo que pueda ayudarnos? —preguntó Milanelli al comprobar el modo en que saltaba de uno a otro en silencio.

—Nada en absoluto —respondió enseguida—. Ya dije antes que son obras muy sencillas. Como usted mismo mencionó, basta compararlos con los del Louvre para darse cuenta de que no es algo en ellos lo que estamos buscando.

—Entonces se trataría de su disposición en la sala.

Margaux miró a Milanelli con rostro complaciente.

—Sí, supongo que sí. De todos los que están en esta pared los tres primeros no tienen ningún interés —dijo echando la vista atrás—. Luego está el retrato que Van Dyck hizo de Margareta de Vos y los otros dos de los que ya hablamos antes, *Retrato de una mujer* y *Retrato de un hombre anciano*, ambos de Frans Hals. Los tres restantes son cuadros de paisajes. Este que tenemos aquí es de un pintor inglés llamado Joseph Mallord William Turner. El que se encuentra entre los dos retratos de Hals se titula *Pueblo con molino de agua entre los árboles*, de Meindert Hobbema, y el último cuadro de la fila se titula *El sermón en la montaña*, de Claude Lorrain.

Tras ese rápido repaso se quedó en silencio.

—No puedo considerarme ni mucho menos un experto en arte —comentó Campbell con precaución—, aunque supongo que sí conozco algunos pintores importantes y reconozco que, salvo Van Dyck, no tengo ni idea de quiénes son los demás que acabas de mencionar, ni había oído hablar tampoco nunca de estos cuadros.

Margaux suspiró.

—Es que no son muy conocidos, en verdad. Además, por alguna razón, esta sala está dedicada en exclusiva a dos temáticas; los paisajes y los retratos, y eso limita enormemente la relevancia de los cuadros que pueda exponer.

Los tres echaron un vistazo a la pared opuesta de la galería, así como a los cuadros que había en cada uno de los extremos.

—¿Se han fijado en cuántos hay expuestos? —preguntó Milanelli con picardía.

Ambos le miraron sin comprender.

—Cuéntenlos —les animó—. Hay veinticuatro cuadros en esta sala. El doble de los dígitos que necesitamos conocer.

Campbell y Margaux volvieron a repararlos todos como acababan de hacer

segundos antes. Para ellos aquel aspecto había pasado completamente desapercibido.

—¿Cree que puede significar algo? —le preguntó la profesora.

—Difícil de saber, por supuesto. Pero no deja de resultarme llamativo que en un juego donde los números cobran tanta importancia, los secuestradores nos hayan traído a una sala de un museo donde el número de cuadros expuestos es un múltiplo exacto del número de dígitos que tenemos que descubrir. Igual que no fue casualidad que éstos sean tantos como Venus tiene la tumba que visitó Chavrier.

—Eso reforzaría la idea de que es algo de su distribución lo que buscamos y no algo relacionado con su temática —opinó Campbell.

Milanelli le miró con ojos resplandecientes.

—Sin duda. Por no hablar de lo aburrida que es ésta. Los retratos pueden resultar interesantes, pero ¿los paisajes? ¿Puede haber algo más aburrido que esto? —preguntó señalando al cuadro de Turner que tenían justo delante.

Margaux sonrió.

—Me alegra saber que al menos los retratos son de su agrado —respondió con humor—, pero ciertamente no cabe la menor duda de que no hay nada en ellos que pueda ayudarnos. Además, está el hecho de que lo que tenemos que averiguar son siete dígitos que complementen el código que la CIA necesita y en París la temática de los cuadros elegidos por Morton tenía como finalidad dirigirnos a diferentes lugares de la ciudad. Eso hacía necesario que fuesen mucho más complejos.

—Algo que es totalmente innecesario aquí —finalizó Milanelli avanzando hasta el centro de la galería—. Si damos por tanto como cierto este razonamiento, podemos ir olvidando lo que sea que aparezca representado en ellos y debemos centrar nuestras energías en entender qué ha podido elegir ese hombre como criterio para ocultar lo que debemos descubrir ahora nosotros.

Margaux y Campbell caminaron también hasta situarse en el centro de la sala a su lado.

—¿Y tiene alguna idea de qué puede ser? —preguntó la profesora.

—Es posible, sí. Y se basaría en algo evidente.

Durante un par de segundos demoró su explicación para dotarla de un mayor interés. Ahora que la agente Connelly no estaba con ellos, y tras tres días juntos, Milanelli se sentía con la suficiente confianza como para tratar aquel último juego que debían librar contra los secuestradores con más tranquilidad.

—Creo que es indudable que Morton ha tenido que elegir a la fuerza un modo muy concreto con el que distribuir los dígitos que nosotros debemos descubrir ahora. De otra forma, lo único que conseguiríamos sería un conjunto de números que no seríamos capaces de ordenar correctamente, y dado que le dijo directamente a usted que nos daría la oportunidad de salvar la vida de todas esas personas, es necesario que exista un patrón que nos permita saber en qué lugar del código irá cada número que obtengamos.

—¿La circunferencia? —preguntó Campbell recordando lo ocurrido en la iglesia

de Los Inválidos.

—¡Exacto, profesor! Esa es mi idea. El comisario Chavrier descubrió aquellos cinco nombres escritos de manera muy precisa en cinco Venus y, con gran acierto, la profesora propuso que el orden a seguir debía partir de la primera estatua situada a la derecha de la entrada a la cripta y continuar en el sentido de las agujas del reloj. Es imprescindible establecer órdenes lógicos para que su razonamiento y el nuestro puedan coincidir.

—Y quiere hacer lo mismo aquí...

—Eso es —respondió orgulloso de que entendieran su razonamiento—. Sólo hace falta que empleamos un poco nuestra imaginación para convertir la disposición de esta sala en una gran circunferencia.

—Pero está el problema de los cuadros —le cortó Margaux—. Aquí hay veinticuatro, no doce como ocurría con las Venus.

Milanelli sonrió como nunca había hecho anteriormente.

—Lo sé muy bien —afirmó—. Y eso ocurre porque llevarnos a una sala con sólo doce cuadros habría hecho mi razonamiento excesivamente evidente, y ya sabemos que eso no es propio de los secuestradores. Lo que tenemos que hacer ahora para resolver este pequeño problema que usted plantea es emplear de manera conjunta dos cosas; por una parte, tener presente el sutil detalle que les comenté anteriormente sobre el hecho de que los cuadros de esta galería sean un múltiplo exacto de los doce dígitos que necesitamos, y por otra, que el punto de inicio que debemos seguir en esta ocasión está justo delante nuestro.

El profesor se quedó mirando a Campbell y a Margaux fijamente, dándoles unos segundos para que comprendieran lo que estaba tratando de decirles.

—Me temo que me he perdido —reconoció Campbell.

Milanelli volvió a sonreír.

—No se preocupe. Miren.

El profesor caminó unos metros hasta el lugar de la galería donde estaba expuesto el autorretrato de Rembrandt. Justo al llegar, ambos se llevaron las manos a la cabeza comprendiendo finalmente su razonamiento.

—Como muy bien acaban de descubrir, éste es el origen de nuestra circunferencia. La primera Venus dentro de esta galería. Rembrandt fue el primer nombre empleado por Morton, y del millón de nombres de artistas que podía haber elegido, utilizó justo el de uno cuyo autorretrato se encuentra en la misma sala a la que él mismo nos ha traído. Por tanto, no me cabe la menor duda de que este cuadro es el origen que debemos utilizar para tratar de encontrar esos siete dígitos que nos faltan. Y para saber qué otros cuadros nos interesan debemos continuar siguiendo la dirección de las agujas del reloj, igual que en París. Pero dado que hay veinticuatro cuadros y no doce, como bien acaba de señalar usted —dijo mirando a la profesora—, debemos tener en cuenta la primera de las particularidades que antes les mencioné; el número de cuadros expuestos es un múltiplo exacto de doce. De nuevo

algo genial, no puedo evitar reconocerlo. Podría haber trece cuadros, quince, veinte... ¡pero no! Son veinticuatro, ¡un múltiplo exacto de doce! La increíble y hábil manera en la que Morton nos está diciendo cuáles tenemos que considerar y cuáles debemos ignorar.

Capítulo 85

Connelly se alejó de los profesores hasta salir de la galería Oeste y entrar en la sala Oval contigua. Sabía que, con lo que acababa de decirle Margaux, era muy probable que el ritmo al que fuesen revisando los diferentes cuadros de la galería le obligase a estar en constante movimiento alejándose de ellos en un infantil e innecesario pilla pilla. Por un lado, no quería que su conversación con Rice les distrajera y, por otro, era la primera vez en todo el día, desde que se habían separado en la Casa Blanca, que iba a poder hablar con ella a solas, sin tener el dispositivo manos libres activado, de modo que prefería mantener una distancia prudencial para evitar que pudieran escuchar información confidencial respecto a todo lo que estaba ocurriendo. A pesar de que su contribución estaba siendo excelente, y su ayuda para salvar al Presidente Grant era fundamental, para la CIA no dejaban de ser tres profesores ajenos a la Agencia a los cuales sólo había que transmitir la información que fuese estrictamente necesaria.

Una vez en la sala Oval, se apoyó levemente en el sofá de terciopelo verde oscuro situado en su parte central, desde donde tenía una imagen directa de los profesores, y llamó a la Directora.

—Me alegra que me llames justo ahora —dijo Rice iniciando la conversación—. Me temo que tenéis que acelerar lo que sea que estéis haciendo para darnos una respuesta lo antes posible.

Al otro lado del teléfono, Connelly se quedó de piedra. Esperaba darle una buena noticia con los cinco dígitos que habían descubierto y, por el contrario, su jefa acababa de echar por tierra gran parte de sus esperanzas de conseguir salvar al Presidente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó extrañada.

—La temperatura de la sala asciende de manera automática —respondió sin rodeos—. Justo treinta minutos después de que viéramos por primera vez que pasaba de dieciocho a veinte grados centígrados, ha vuelto a subir y ya está en veintidós grados. Si esta progresión se mantiene quiere decir que todavía disponemos de un margen de tiempo amplio hasta alcanzar los cuarenta, pero también es cierto que Morton ha activado claramente la cuenta atrás para que esta historia termine.

Connelly respiró hondo para tratar de asimilar aquella noticia y le informó de lo que había descubierto.

—En ese caso, creo que hemos dado un paso importante en la dirección correcta para conseguirlo. Los profesores han descubierto que los cinco nombres que Chavier encontró en la iglesia de Los Inválidos de París pueden convertirse en dígitos individuales del código que necesitan.

—¡Eso sería increíble!

—Sí, lo sé —prosiguió aliviada al comprobar el entusiasmo con el que su jefa había recibido la noticia—. Y han conseguido esa transformación empleando la

numerología. El profesor Milanelli ha escrito en un papel el abecedario junto con los números del uno al nueve, y mediante un procedimiento bastante curioso, ha conseguido convertir esos cinco nombres de París en cinco dígitos.

—¿Cuáles son? —preguntó de inmediato cortándola—. Quizá Caplan pueda hacer algo con ellos o descubrir el sentido que pueden tener.

Connelly percibió que el razonamiento de la Directora iba muy acorde al suyo mismo y al que los profesores habían planteado.

—Lo más interesante es que no sólo han descubierto cuáles son esos cinco dígitos —respondió prolongando la intriga—, sino también sus posiciones exactas dentro del código.

—¿Cómo demonios han conseguido saber eso?

—Empleando la disposición de las Venus en la tumba de Napoleón —le explicó comprendiendo su sorpresa—. Los nombres de esos cinco artistas estaban grabados en cinco de las doce Venus que rodean la tumba de Napoleón, de modo que han considerado de manera muy inteligente que el orden concreto que Morton eligió está relacionado con su posición en el código.

—Parece lógico.

—Ahora sí, no cabe duda —afirmó deslizando una media sonrisa—. Pero cuando no sabes qué sentido tienen resulta fascinante escuchar cómo han llegado a deducir que cada uno de ellos podía transformarse en un dígito y que su orden es el mismo que deben ocupar en él.

Rice clavó su mirada en el hueco en blanco que permanecía impasible en el centro de la pantalla del ordenador de Caplan. Acto seguido la tocó sutilmente con su mano derecha indicándole lo que estaba a punto de hacer.

—Dime por favor qué dígitos son y su posición, y nosotros trataremos de descubrir qué pueden significar para Morton.

Sin alargar más tiempo la espera inútilmente, Connelly sacó del bolsillo de su chaqueta el papel que Milanelli había utilizado y comenzó a darle la información que habían descubierto.

—Según la transformación que ha llevado a cabo el profesor Milanelli, el primer dígito del código sería el número cinco, obtenido a partir de la palabra Rembrandt, que fue el nombre que el comisario Chavrier descubrió en la primera Venus.

Inmediatamente, Rice apartó un instante el teléfono del rostro y se lo comunicó a Caplan.

—Bien. ¿Y el resto?

—La cuarta posición sería el número dos, obtenido de Tiepolo. Y aquí viene un dato curioso, el número siete se repite en las tres posiciones restantes que conocemos. La séptima, octava y décima, obtenidas a partir de los nombres de Edridge, Laurence y Batoni, respectivamente.

De manera similar, Rice fue dictándoselos uno a uno a Caplan que los escribió en el código de *Denise*. Al terminar, la Directora contempló durante un segundo lo que

tenían en pantalla. El hueco en blanco que habían descubierto minutos antes aparecía ahora parcialmente relleno por cinco dígitos. Al menos por la impresión que sentía al verlo, parecía que el objetivo de salvar al Presidente, y a todas las personas que le acompañaban en el interior de la Asamblea General, estaba un poco más cerca.

—Habéis hecho un excelente trabajo —reconoció finalmente—. Asegúrate de transmitírselo a los profesores de mi parte. Ahora sólo necesitamos descubrir cuáles son los siete restantes y habremos conseguido vencer a Morton.

Connelly resopló tímidamente consciente de que aquella tarea era mucho más fácil de decir que de llevar a cabo.

—Ese es nuestro objetivo inmediato, sí —le informó con énfasis—. Ya estamos en la galería Oeste de la Colección Frick tratando de descubrirlos. Los profesores están ahora mismo revisando sus cuadros individualmente. Si conseguimos descubrirlo la llamaré enseguida.

Rice se mostró orgullosa del trabajo de su equipo.

—Perfecto. Pero antes de que vuelvas con ellos quiero que sepas una cosa.

La Directora hizo una breve pausa y prosiguió.

—Me ha llamado la Vicepresidenta Hawkins para informarme de que están contemplando la posibilidad de ejecutar un asalto por la fuerza a la Asamblea.

Connelly se quedó sin palabras.

—Entiendo que te cause sorpresa —prosiguió apreciando su silencio—. Yo misma hablé con la investigadora de Fort Detrick y sé los riesgos que implicaría hacer algo similar.

—Matarían inmediatamente a todas las personas que están allí ahora mismo. ¡Incluido al Presidente!

—Lo sé, lo sé —dijo tratando de tranquilizarla—. Y precisamente por eso están valorando todas las posibilidades. Todo lo que puedas decirme ya se lo transmití yo a la Vicepresidenta, créeme. Pero, por otro lado, es lógico que el gobierno quiera tener un plan alternativo preparado por si llegase el momento en que el tiempo se agotase y no hubiésemos sido capaces de descifrar el código.

Ambas mantuvieron un segundo de silencio.

—De momento, no sé mucho más —continuó Rice—. Simplemente me comunicó que estaban valorando la posibilidad de un asalto al edificio. Ten en cuenta que ahora mismo la sede de la ONU es el centro absoluto de las noticias de todo el mundo. Muchos de los dirigentes mundiales están ahí dentro encerrados. El gobierno no puede esperar de brazos cruzados a que nosotros descubramos el código y les salvemos milagrosamente la vida.

Mientras la escuchaba, Connelly miraba abstraída desde la distancia al trabajo que los profesores estaban llevando a cabo dentro de la galería. Lo que Rice acababa de decirle no aumentaba particularmente la presión que ya de por sí soportaban, pero sí le confería una nueva dimensión completamente diferente.

—Haremos todo lo posible por descubrirlo —dijo finalmente—. Si han

conseguido llegar a esos cinco dígitos estoy convencida de que serán capaces de encontrar los siete que nos faltan. Sabemos que tenemos una tarea muy difícil por delante, pero también es cierto que Morton nos trajo hasta esta sala directamente con la información que dejó en los cuadros del Guildhall, por lo que están sin duda aquí dentro. Además, el hecho de que la temperatura del sistema de climatización esté aumentando de manera automática parece un claro indicativo de que ya estamos en el lugar adecuado y que sólo tenemos que descubrir dónde demonios los ha escondido.

—Llámame en cuanto descubráis algo ¿de acuerdo?

Connelly se despidió con rapidez tratando de aparentar más confianza de la que realmente sentía. Acto seguido guardó el teléfono en el bolsillo de su chaqueta y comenzó a caminar hacia la galería sin tenerlas todas consigo.

«Sólo eso. Como si fuese sencillo».

Capítulo 86

Al llegar hasta los profesores, Connelly se sorprendió al comprobar que, al menos aparentemente, la situación en la que les había dejado había cambiado sustancialmente. Ya no era la profesora quien llevaba la voz cantante, gracias a su mayor conocimiento en arte, y Campbell y Milanelli los que la seguían, sino que ahora era éste último quien miraba a sus compañeros con unos ojos llenos de emoción mientras que los rostros de éstos mostraban una sorpresa más que evidente.

—Algo muy impactante ha debido contarles para dejarles con esa cara —comentó en tono distendido para tratar de averiguar qué había ocurrido.

Milanelli se giró hacia ella sonriendo.

—Creo que ya hemos descubierto qué cuadros son los que esconden los dígitos que nos faltan. Lo único es que tal vez el modo en que lo hemos conseguido ha sido un poco peculiar.

Connelly tenía enorme interés por descubrir cuanto antes de qué cuadros se trataba, y más aún conociendo las novedades que Rice acababa de contarle, pero también sabía que debía informarles de los planes del gobierno como última alternativa al trabajo que tanto ellos como la CIA estaban llevando a cabo.

—Antes de que me deje a mí igualmente sorprendida, debo informarles de que la Directora me acaba de comunicar que el gobierno está planeando un modo de entrar a la fuerza en la Asamblea General si lo que estamos haciendo no tuviera éxito.

Aquella noticia borró de un plumazo la alegría del rostro de Milanelli.

—Pero no pueden hacer eso... —dijo ahogadamente Campbell.

—Sí, lo sé —le cortó Connelly alzando la mano—. Todos lo sabemos. También la Directora de la CIA. Pero no hay mucho que podamos hacer al respecto. Tenga en cuenta la presión que ahora mismo soporta nuestro gobierno, y en especial la Vicepresidenta Hawkins, que es quien tiene que tomar las decisiones. La cantidad de jefes de Estado y de Gobierno que hay allí encerrados les obliga a tener una alternativa preparada. Que Morton ha unido cualquier intento de asaltar esa sala a la liberación del virus del Ébola, lo tenemos muy claro. Pero algo tenemos que hacer. Me consta que la investigadora responsable de ese virus está trabajando con el gobierno tratando de buscar una solución. Cuál puede ser no lo sé, no voy a mentirles, pero estoy convencida de que es lo correcto buscar posibles alternativas si fracasamos.

—Pero no lo haremos —afirmó espontáneamente Milanelli—, se lo aseguro. Ya sabemos cuáles son cinco de los dígitos que necesitamos y ya hemos descubierto el modo de conocer cuáles son los siete restantes. Estamos muy cerca de completar el código, créame.

Connelly comprobó cómo la fuerte confianza que mostraba con sus palabras venía acompañada de una mirada decidida.

—Está bien. Me alegra saber que lo tienen tan claro —respondió—. Y me

gustaría, en ese caso, que me dijeran qué cuadros son los elegidos y también que encontráremos esos dígitos lo antes posible.

Milanelli se dirigió una vez más al centro de la sala y echó mano del bolsillo de su chaqueta para sacar un bolígrafo.

—¿Ha terminado con el papel que le dejé? —preguntó con educación al tiempo que señalaba sutilmente a la mano izquierda de la agente.

Sin responder, ésta se lo devolvió.

—Resumiendo muy rápidamente lo que acabo de hablar con los profesores, le diré que Morton tenía la obligación de elegir una manera muy concreta para ordenar la información que nos iba dejando, forzado por la necesidad de que nosotros pudiésemos encontrarla e interpretarla después, toda vez que ésta debe ser correctamente ordenada para conformar el código que necesitan para desactivar ese virus. Y el modo elegido, el patrón utilizado para disponer ordenadamente esa información, es una circunferencia, como bien pudimos comprobar en París. Y ese mismo patrón es el seguido en esta sala. Obviamente, aquí no hay ninguna circunferencia, ya que esta galería tiene una planta rectangular, pero eso es sólo parte del trabajo que deja para nosotros, al igual que lo es discriminar cuáles de los veinticuatro cuadros nos interesan y cuáles no.

—Pero el código tiene doce dígitos...

—Sí, sí —la cortó de inmediato—. Como le dije a los profesores, hay dos detalles fascinantes que respaldan mi razonamiento y que resaltan una vez más el detalle con que los secuestradores han cuidado cada aspecto de los juegos que han organizado en estos tres últimos días. Por un lado, está el hecho, como usted dice, de que el código tiene doce dígitos y aquí hay veinticuatro cuadros, que son bastantes más, evidentemente. Como les expliqué a ellos antes, en esta sala podría haber quince cuadros o veinte, me da lo mismo, pero no. Hay veinticuatro, que es un múltiplo exacto de doce. Y ahora estará pensando seguramente que todo esto que le estoy diciendo está muy bien, pero que no sabemos cuáles son los que necesitamos —añadió viendo la expresión de su rostro.

Connelly afirmó levemente.

—Pero sí lo sabemos porque los secuestradores, o Morton, como usted lo prefiera, así nos lo indican. Y lo hacen utilizando aquel cuadro, el autorretrato de Rembrandt —dijo señalándolo—. Porque ese nombre ya aparecía en las Venus de la iglesia de Los Inválidos y no en cualquier posición, sino en la primera. Por todo ello, no me cabe la menor duda de que ese retrato es el primero de los doce cuadros que tenemos que considerar en esta sala, y para descubrir cuáles son el resto deberemos hacer un pequeño ejercicio de imaginación que nos permita visualizarla como una circunferencia donde deberemos seguir el sentido de las agujas del reloj, igual que hicimos con las Venus, y de los cuadros que vayamos encontrando deberemos utilizar lo que antes mencioné, que el número total es justo un múltiplo de doce, lo que significa que, partiendo del autorretrato de Rembrandt deberemos considerar un

cuadro sí y otro no hasta que completemos la circunferencia.

La agente miró a los profesores segura de que ahora era ella misma la que estaría mostrando en su rostro la tremenda sorpresa ante semejante razonamiento.

—Está... bien. Creo que lo he entendido —comenzó de manera entrecortada—. Parece lógico pensar que este Rembrandt y el de París sean el mismo.

Margaux no pudo evitar una ligera risa al ver el torpe modo en que se expresaba tras escuchar las explicaciones de Milanelli.

—Sólo hay un Rembrandt, se lo puedo asegurar —dijo sonriendo—. Pero el profesor tiene razón. De entre estos veinticuatro cuadros, siete guardan la información que estamos buscando, y era totalmente necesario que Morton hubiese elegido un punto de partida para poder descubrirlos y ese autorretrato claramente lo es. Y como también ha dicho él, ahora debemos seguir el sentido de las agujas del reloj para quedarnos sólo con doce y, posteriormente, descartar los cinco que ocupen las posiciones que ya conocemos dentro del código.

Tras escuchar cómo completaba con total acierto su razonamiento, Milanelli abrió el papel que tenía en la mano. A pesar de que recordaba perfectamente cuáles eran esas posiciones, creía que la agente necesitaba que fuesen mostrando claramente todos sus pasos.

—Y para hacerlo todo mucho más rápido, creo que incluso podemos obviar los que estén en las posiciones primera, que corresponde según hemos dicho al autorretrato de Rembrandt, cuarta, séptima, octava y décima.

Margaux se giró y comenzó a hacer un repaso rápido de todos los cuadros. A pesar de que no era necesario tener conocimiento en arte para llevar a cabo lo que pedía Milanelli, sentía que era ella quien debía encargarse de hacerlo.

—Profesor, si le parece vamos a repetir algo parecido a lo que hicimos en la sala 77 del Louvre cuando nos quitamos de en medio bastante trabajo de golpe ¿está preparado?

—Por supuesto, como siempre —respondió sonriendo.

Margaux le miró sonriendo igualmente, se acercó hasta el autorretrato de Rembrandt y empezó a nombrar los cuadros con los que debían quedarse al tiempo que recorría ágilmente el perímetro de la sala pasando por cada uno de ellos.

—Sabemos que tenemos que escoger alternativamente un cuadro sí y otro no. El primero es el autorretrato, por lo tanto, siguiendo el sentido de las agujas del reloj el segundo dígito que buscamos se esconde en este cuadro titulado *El caballo blanco*, de John Constable.

Milanelli escribió rápidamente ambos nombres en la hoja.

—El tercer dígito se esconde en este otro retrato de Lodovico Capponi. El cuarto...

—Profesora —le interrumpió Milanelli—. ¿Podría decirme su autor, por favor?

—Creía que lo único que nos importaba en este momento era su posición —comentó extrañada Connelly.

—No pasa nada —le defendió Margaux—. Tiene razón. Lo mejor es que tengamos la misma información de cada uno de ellos, incluyendo el nombre del cuadro y el de su autor.

El profesor hizo una gesto de agradecimiento por su apoyo.

—Agnolo Bronzino, perdone.

Milanelli lo apuntó y, al ver que ya lo tenía, la profesora continuó.

—El cuarto dígito lo conocemos. Lo sacamos a partir del nombre de Tiepolo que aparecía en la cuarta Venus de la cripta de Napoleón. Por tanto, debemos centrarnos en el quinto —dijo al tiempo que seguía caminando por la sala— que sería este del que ya hemos hablado en varias ocasiones, el retrato de Frans Snyders hecho por su amigo Anthony van Dyck.

El profesor no necesitaba que se lo recordara, pero aún así la dejó que prosiguiera su descripción sin interrumpirla.

—El sexto dígito se esconde detrás del retrato de *Margareta de Vos*, también de Anthony van Dyck. Y los dígitos séptimo y octavo ya los conocemos de París, lo cual nos lleva...

Margaux detuvo momentáneamente la explicación mientras recorría la sala contando alternativamente los cuadros hasta llegar al que necesitaban.

—Nos lleva hasta este otro cuadro, el noveno de nuestra serie, el que debe darnos el noveno dígito del código; *La elección entre la Virtud y el Vicio*, de Paolo Veronese. El décimo dígito también lo conocemos ya gracias el nombre de Batoni aparecido igualmente en París, lo que nos lleva a que los dos últimos, el undécimo y el duodécimo, se esconden en estos dos cuadros; *El Descendimiento*, de Gerard David y el retrato de Nicolaes Ruts, del propio Rembrandt.

Al terminar, Margaux dio un repaso rápido para comprobar que no se había equivocado en el orden seguido y se acercó hasta la mesa situada en el centro de la sala donde Connelly estaba con los profesores.

—¿Los tiene? —le preguntó a Milanelli al tiempo que miraba con atención al papel donde había ido apuntando la información que le daba.

—Debo reconocer que, a pesar de lo que nos acaba de decir, resulta bastante confuso diferenciar cuáles son los que nos interesan —comentó la agente mientras observaba una de las paredes en particular.

Campbell estaba de acuerdo con ella. Para Margaux podía resultar algo sencillo, pero para desconocedores de arte como ellos, y sobre todo para la propia Connelly, la tarea de recodarlos se complicaba bastante. Por fortuna, enseguida encontró un modo eficaz de resolver aquel inesperado problema.

—En cierto modo estoy de acuerdo con usted —dijo mirando a Margaux mientras le sonreía para que no le tuviera en cuenta aquella contradicción—, y si se fijan, el bonito mobiliario de esta sala puede echarnos una mano. Hay ocho sillas, cuatro a cada lado. Algunas de ellas incluso ya se encuentran justo debajo de los cuadros que nos interesan, pero otras no, de modo que podemos utilizar las restantes para

marcarlos. La octava silla podemos dejarla aquí en medio para no confundirnos.

Lejos de molestarse, Margaux se mostró completamente de acuerdo con aquella propuesta. Con ayuda de Campbell cogió una de las pesadas sillas que se encontraban bajo uno de los cuadros que no necesitaban estudiar y juntos la llevaron hasta colocarla delante del retrato de Lodovico Capponi. Seguidamente hicieron lo mismo colocando otra justo delante de *La elección entre la Virtud y el Vicio* y la última delante de *El Descendimiento*.

Antes de dar el trabajo por terminado, Campbell se acercó hasta el autorretrato de Rembrandt, cogió la silla sobrante que había debajo, y la llevó hasta el centro de la sala.

—Ahora sí —dijo satisfecho del resultado que había dado su idea—. Ahora ya tenemos todos muy claro qué siete cuadros dentro de esta sala esconden los siete dígitos que nos faltan por descubrir.

Capítulo 87

La imponente silueta de la Casa Blanca al final de Pennsylvania Avenue hizo que a Anne Jones se le disparara el corazón irremediablemente. A pesar de llevar muchos años trabajando en un edificio gubernamental protegido por altas medidas de seguridad, el viaje que acababa de realizar desde Fort Detrick hasta Washington elevaba la importancia de sus investigaciones hasta un nivel totalmente desconocido para ella.

Gracias a su conversación con la Directora de la CIA había descubierto que las dos muestras de virus del Ébola robadas de su laboratorio habían ido a parar al sistema de climatización de la Asamblea General de la ONU donde el Presidente Grant y un centenar de personas más permanecían retenidos desde hacía varias horas. A pesar de todo ello, lo que realmente más le preocupaba no era lo que pudiera sucederles sino la trascendencia que toda aquella historia tendría para sus investigaciones. Si la CIA conseguía que tuviera un final feliz, posiblemente éstas recibirían un reconocimiento que no habían tenido hasta entonces, o al menos le permitirían proseguir con su trabajo como si nada hubiese sucedido, pero si ocurría el peor desenlace posible y su virus se activaba, tenía muy claro que su carrera investigadora habría llegado a su fin.

Al detenerse el vehículo delante de la entrada de la fachada norte, el Jefe de Gabinete del Presidente, Donald McDonough, le abrió la puerta y, sin mediar ninguna pregunta acerca de si era o no realmente la persona que estaba esperando, le pidió amablemente que le acompañara.

Durante el trayecto, Jones se fijó en todo cuanto pudo. Como científica, su sentido de la curiosidad estaba infinitamente más desarrollado que el de la mayoría de las personas y, si bien la política era un tema que no le interesaba en absoluto, no todos los días tenía la oportunidad de entrar en el edificio más inaccesible del mundo y mucho menos caminar por su famosísima Ala Oeste.

Cuando McDonough se detuvo, Jones disimuló rápidamente y fingió un aparente interés en lo que le había dicho durante el trayecto. De todo, tan sólo se había quedado con unas pocas palabras sueltas que hacían referencia a los cargos del gobierno que seguramente estarían en la sala a la cual le dirigía. Cuando éste abrió la puerta y le cedió el paso, Jones se maldijo a sí misma por no haberle prestado más atención. En el interior de la Sala de Situación había cuatro personas que inmediatamente se levantaron al verla aparecer, posiblemente más bien por la sorpresa generada por su repentina entrada que por cualquier otra razón.

—Adelante, doctora. Pase, por favor.

Jones se ruborizó al ver el modo cercano y amable con el que la Vicepresidenta de los Estados Unidos le invitaba a pasar.

Una vez dentro, McDonough cerró la puerta desde el exterior y Jones sintió una repentina e implacable sensación de encontrarse delante de cuatro personas

dispuestas a sonsacarle tantas preguntas sobre su trabajo de investigación como pudieran.

«Adiós a todos mis secretos».

—Doctora, supongo que le sonará mi cara, pero aún así, por si acaso, me gustaría presentarme. Mi nombre es Eleonor Hawkins, soy la Vicepresidenta del gobierno — le anunció con extraordinaria humildad y una gran sonrisa intentando que se sintiera cómoda con la situación que estaba viviendo lo antes posible—. Los tres hombres que nos acompañan son Brian Fallow, Jefe de Estado Mayor del Ejército, John Marshall, Jefe de los Servicios Especiales, y George Richardson, nuestro Secretario de Defensa.

Cada vez que le presentaba a uno de ellos, lo señalaba sutilmente con la mano derecha y éste asentía a modo de escueta presentación. Tras finalizar, los cuatro se sentaron y Hawkins comenzó sin rodeos a explicarle la razón que les había llevado a solicitar su presencia en la Casa Blanca.

—Sé gracias a la Directora de la CIA que ya está al tanto del grave problema que tenemos entre manos y del lugar al que han ido a parar las dos muestras que han desaparecido de su laboratorio. Y como estoy segura de que es usted una persona muy inteligente no me cabe la menor duda de que sabe exactamente por qué está aquí. Necesitamos que nos ayude. Por desgracia, he de reconocer que por el momento desconocemos el modo en que podemos solventar esta terrible situación. Créame que, como máxima responsable del gobierno ahora mismo, estoy invirtiendo todos los recursos a nuestro alcance para salvar la vida del Presidente, pero debo admitir que no estamos siendo capaces de avanzar. Hasta donde sabemos, esas dos muestras están ahora mismo en algún punto del sistema de climatización de la Asamblea General — al tiempo que decía esto se giró levemente en su silla hacia las pantallas situadas en un extremo de la sala y con ayuda de un mando a distancia el plano de un edificio apareció en la de mayor tamaño situada en el centro—. Este que ve en pantalla es el plano del sistema. Los círculos representan las salidas de aire que dan a la sala donde está el Presidente Grant encerrado ahora mismo, por lo que creemos que son los puntos más probables donde puede encontrarse el virus.

—Lo que necesitamos es que nos confirme si existe alguna manera de conseguir que no se active si el sistema llegase en algún momento a alcanzar los cuarenta grados centígrados que, según la información que tenemos, es la temperatura a la cual sería peligroso.

Jones miró durante un instante a Fallow con complacencia antes de responderle. La palabra «peligroso» resultaba del todo inapropiada frente al verdadero adjetivo que requerirían emplear para *su* virus si realmente llegase a activarse.

—Su información es correcta, sí. Ahora mismo es inofensivo y mientras no se alcance esa temperatura lo seguirá siendo.

—¿Y cree que hay algo que pudiéramos hacer si el sistema de climatización llega en algún momento de las próximas horas a esa temperatura crítica de cuarenta

grados? —preguntó Richardson.

—Me temo que no, lo siento. Como le comenté a la Directora de la CIA cuando hablamos por teléfono, aún no existe cura ni tratamiento posible ante una eventual infección. Se trata de una manipulación genética que todavía está en su fase inicial de desarrollo, por lo que todavía no he llegado a establecer un genoma definitivo del virus que me permita iniciar la fase de desarrollo de la terapia, que sería la que vendría a continuación.

Hawkins miró con resignación a la pantalla antes de proseguir. A pesar de que la información que habían conseguido recopilar era muy clara y no dejaba lugar a dudas, había preferido mantener viva una pequeña esperanza de que la doctora sí pudiese conocer el modo de ayudarles. Quizá una manera de poder sacarles con éxito de aquella complicada situación que igual hubiese preferido mantener en secreto hasta entonces dada la extraordinaria importancia de sus investigaciones.

Por desgracia, no había sido así.

—Nuestro principal problema radica en que no lo tenemos controlado —dijo intentando encontrar una solución—. Todo el edificio de la ONU está fuera de control y eso incluye, evidentemente, al sistema de climatización.

Jones se quedó muda sin saber qué podría responder ante aquel comentario.

—Dadas las circunstancias —prosiguió Marshall—, lo que resulta indudable es que necesitamos diseñar un plan alternativo porque nos estamos quedando sin tiempo. Y de manera urgente. Ese edificio está fuera de nuestro control, como le acaba de decir muy bien la Vicepresidenta, y cuanto antes saquemos de ahí a todas esas personas más posibilidades tendremos de salvarles la vida.

Jones frunció el ceño extrañada por aquel comentario y miró a Hawkins.

—¿A qué temperatura se encuentra esa sala en este momento?

—A veintidós grados centígrados —respondió—. Inicialmente estaba a dieciocho, que es la temperatura ideal, pero en el mismo momento en que la CIA ha conseguido encontrar el modo de desactivar el gusano que controla el edificio subió dos grados y treinta minutos después lo ha hecho otros dos grados más.

—¿Ya saben cómo acabar con el gusano informático? —preguntó extrañada.

Por un momento, Jones sintió que aquel viaje hasta Washington había sido en balde.

—No, por desgracia no —respondió rápidamente Fallow—. Lo que la CIA ha conseguido es encontrar el punto de retorno del código. Doce caracteres que permitirán desactivarlo. Ahora lo que tienen por delante es la tarea de descubrir qué tienen que escribir en él.

—Y como no hay modo alguno de saber con certeza si conseguirán descubrirlo o no, es completamente necesario que contemos con un plan alternativo que nos permita entrar ahí y salvarles —volvió a insistir Marshall señalando a la pantalla.

—Pero no pueden hacer eso —le contradijo Jones casi al instante—. La Directora de la CIA me explicó que controlar la temperatura de la sala es precisamente el modo

que quien ha hecho eso tiene de evitar que ustedes entren.

Marshall soltó un bufido sabiendo que tenía razón.

—Si lo intentan, la temperatura puede dispararse en cuestión de segundos y todas esas personas estarían automáticamente muertas.

—¿Y qué propone que hagamos, doctora? —preguntó Fallow elevando el tono de voz—. ¿Qué nos quedemos aquí sentados tranquilamente mirando a estas pantallas cómo sube la temperatura de la sala hasta llegar a los cuarenta grados sin hacer nada?

Jones le miró, pero no supo qué contestar.

—Usted es científica y tiene su punto de vista sobre esta situación —prosiguió—. Además, es la responsable de la existencia de ese virus, por lo que es evidente que tiene más conocimiento sobre él que nadie, y precisamente por eso está aquí ahora mismo. Pero nosotros somos militares, somos los responsables de buscar una alternativa para salvar al Presidente y a todas las personas que están ahí dentro con él. Obviamente todos somos muy conscientes del riesgo que entrañaría acometer un asalto por la fuerza, porque tenemos claro que existe la posibilidad de que las personas se infecten. Pero ¿qué ocurrirá si no hacemos nada?

—Están los profesores —respondió Hawkins—. Ellos son ahora mismo nuestra única esperanza.

Tras escuchar esas palabras, Marshall dejó caer su cuerpo lentamente sobre el respaldo del asiento tratando de calmarse. A pesar de que la situación que tenían entre manos era extremadamente grave y requería en su opinión tomar con urgencia medidas valientes, no era lo mismo contradecir a aquella doctora que a la mismísima Vicepresidenta de los Estados Unidos.

—¿De qué profesores hablan? —preguntó Jones sin comprender.

—El código que mencionó antes Fallow, el que necesitamos conocer para recuperar el control del edificio, sabemos que consta de doce caracteres y, por alguna razón, quien ha hecho todo esto nos ha dado una oportunidad de conseguirlo —le explicó Hawkins entendiéndole la confusión que podía causar en ella descubrir de golpe todo lo que estaba sucediendo en Nueva York ese día—. Y para ello, ahora mismo hay tres profesores universitarios por Manhattan acompañados por una agente de la CIA tratando de descubrirlo. Aunque me resulte embarazoso reconocerlo, ellos son ahora mismo nuestra mayor esperanza. La única que nos aseguraría poder terminar con toda esta pesadilla sin que nadie corriera el riesgo de morir por culpa de una decisión equivocada que yo pueda tomar.

Capítulo 88

—¿Qué opinan? —les preguntó Rice a Caplan y a su compañero viendo que ambos mantenían su mirada clavada en el punto de retorno del gusano—. ¿Creen que esos cinco dígitos pueden decirnos algo? ¿Creen que podríamos adelantarnos y descubrir el resto antes que los profesores?

Caplan emitió rápidamente un ronroneo de desaprobación.

—Lo dudo, francamente. Por alguna razón, James ha decidido dividir el código en dos partes, al menos, y la primera ya la conocemos. Está por ver si los siete dígitos restantes aparecerán juntos o no, pero está claro que si estos cinco fuesen suficientes como para descifrar todo lo que necesitamos no tendría lógica lo que ellos están haciendo ahora en ese museo.

Por desgracia, Rice estaba completamente de acuerdo con aquella opinión. Si a partir de esos cinco números podían sacar el resto del código ¿para qué iba a enviar Morton a los profesores hasta la Colección Frick?

—Está bien, era sólo una posibilidad. Parece que no nos queda por tanto otra opción que esperar a que vuelvan a llamarnos.

—Me temo que sí —comentó Caplan en voz baja mostrando su frustración—. Al menos ya conocemos parte. Creo que eso ya es un gran avance.

Rice apartó la mirada de aquella pantalla y la dirigió hacia el lugar en el que se encontraba trabajando su compañera encargada de identificar a las personas que habían colaborado con Morton en Londres. Una vez comprobado que no tenían nada más que hacer de momento hasta que volviera a tener noticias de Connelly, caminó hacia ella con la esperanza de que hubiese avanzado en su investigación.

—Dame alguna buena noticia, por favor —le comentó de manera distendida—. Dime que ya sabemos quién ayudó a Morton en Londres.

—Sí, lo sabemos —respondió ésta emocionada—. Y realmente no ha sido muy difícil descubrirlo porque fueron las tres mismas personas que ya habíamos identificado previamente en París.

La agente interrumpió su explicación y comenzó a mostrarle ordenadamente los resultados del trabajo que había realizado empezando por el Royal Albert Hall donde se veía un BMW X5 aparcado en el exterior, muy cerca de una de sus puertas laterales.

—Estas imágenes nos las ha enviado la policía británica y pertenecen al momento en que el ministro Tilden es trasladado hasta el Royal Albert Hall donde posteriormente encontraron su cuerpo. Lo que hicieron con él, junto con la forma particular de ese edificio, fue lo que permitió a la profesora Margaux relacionarlo con las pinturas de la iglesia de San Estefano Rotondo.

—Sí, lo sé —le cortó Rice—. El comisario Chavrier viajó hasta Roma porque los profesores pensaban que podría haber algo particular en ellas que podía ayudarles, como así ocurrió finalmente.

—El caso es que estas dos personas que sacan a Tilden del vehículo, y lo introducen dentro del edificio, son Jamie Ward y Richard Kirkman, que ya aparecían en París.

Para apoyar lo que estaba diciendo, interrumpió la grabación y utilizó el programa de identificador facial. Éste cotejó rápidamente las identidades y las mostró en pantalla.

—¿Lo ve? Y quien conducía el vehículo era Amanda Weisz —añadió—. En su caso no es posible su identificación aquí, pero sí hemos podido hacerlo siguiendo el trayecto del vehículo por la ciudad.

—¿Quién de los dos cometió semejantes atrocidades en el cuerpo del ministro?

—Kirkman —respondió de inmediato—. Jamie Ward se sube de nuevo al coche y vuelve a aparecer delante del Guildhall minutos después cuando dejan allí al ministro Humme.

Rice emitió un murmullo de satisfacción viendo que la investigación que estaban desarrollando iba viento en popa. Las tres personas que habían ayudado a Morton ya habían sido identificadas y casi la mitad del código necesario para desactivar a *Denise* estaba en su poder. Nada podía salir mal. Sentía que se encontraba más cerca que nunca el momento de salvar al Presidente y al resto de personas de la Asamblea.

—¿Nos queda algo por descubrir?

—En verdad, sí —respondió la agente—. Todavía estamos tratando de averiguar cómo demonios se las arregló Morton para hacer que el ministro Hudson desapareciera de su propio domicilio aún cuando estaba escoltado por la policía, y cómo consiguió que apareciera misteriosamente en la catedral de San Pablo horas después en el modo en que lo hizo.

Rice no necesitaba que le diese más datos al respecto. Para la CIA, de todo lo sucedido en los dos últimos días en París y Londres, precisamente aquel hecho era algo que todavía les mantenía desconcertados. Aunque Morton estuviese mostrando una y otra vez una innegable capacidad para hacer todo aquello que se proponía sin ser visto, incluso a plena luz del día, la sorprendente desaparición por arte de magia del ministro Hudson se mantenía, veinticuatro horas después de haber sucedido, como un auténtico misterio.

—Creo que eso nos llevará más tiempo —le dijo tratando de advertirla—. Lo importante es saber quién o quiénes le han ayudado, y parece que ya hemos identificado a las tres personas que lo hicieron.

—Cuatro, realmente —puntualizó—. En el Guildhall había una cuarta persona. Kirkman se quedó en el Royal Albert Hall con el ministro Tilden, Weisz era quien conducía y Ward el encargado de bajar a cada ministro del vehículo y dejarlo allí donde los llevaban. Pero en el Guildhall ya había alguien más esperando su llegada.

Rice arqueó las cejas sorprendida.

—Ross Langford —le indicó al tiempo que en pantalla aparecía una captura de las grabaciones de una de las cámaras de vigilancia de la plaza del Guildhall donde se

apreciaba el momento en que el ministro Humme era sacado del vehículo—. También, por supuesto, uno de los agentes de Morton. Según he podido averiguar vivió encubierto durante meses en Salzburgo hasta que ejecutó su misión en enero de 2011. Después de eso, aparentemente se lo tragó la tierra. No hay ni una sola imagen más suya hasta esta en la puerta del Guildhall, dos años y medio después.

La Directora contemplaba asombrada el aspecto robusto y musculado de aquel hombre. Al parecer no era Morton el único que había sabido desaparecer por un largo periodo sin dar la menor señal de que continuaba aún con vida.

—Con razón no nos dimos cuenta de lo que estaba sucediendo. Se supone que Morton se encargaba de ellos y si desaparecían o no, no era cosa de la Agencia.

Durante un par de segundos Rice permaneció en silencio. Quizá como símbolo inequívoco de la decepción que le provocaba la capacidad con la que aquellas personas habían conseguido burlar a la CIA.

—No he podido confirmarlo de ningún modo todavía —prosiguió la agente—, pero tengo la intuición de que Langford fue quien mantuvo al hijo del presidente Deneux oculto en las catacumbas de París hasta que la policía y los profesores le encontraron. Estoy intentando que el programa de reconocimiento facial encuentre alguna coincidencia con las personas que estuvieron ese día en los accesos públicos habilitados para visitarlas.

A Rice le pareció una gran idea.

—Es muy posible que estés en lo cierto —dijo apoyándola—. Es indudable que Morton debía contar con ayuda para hacer todo lo que ha hecho, y lo que todavía hoy está llevando a cabo, pero tampoco pueden ser demasiadas personas. Es necesario que el grupo de colaboradores fuese reducido y cuatro parece un buen número. Suficiente para organizarse y ejecutar su plan, pero no excesivo que pudiera acarrear descoordinación.

La agente asintió mostrando su acuerdo con aquel razonamiento.

—No obstante, creo recordar que los profesores no accedieron a las catacumbas por la entrada normal donde estás revisando grabaciones, sino por un acceso prohibido cercano al museo de Orsay.

—Sí, por una alcantarilla. De hecho, Deneux estaba en un punto de las catacumbas que ni siquiera aparece en el plano oficial.

—Por eso lo dijo —añadió Rice—. Creo que es muy posible que Langford utilizara un acceso similar. Quizá no ese mismo, porque supongo que estará muy concurrido al estar justo al lado del museo, pero quizá sí a través de otro más oculto. Quizá alguna entrada similar que esté en medio de un parque o en un callejón. Un lugar desde el que poder bajar a las catacumbas sin arriesgarse a ser grabado por esas cámaras de vigilancia cuyas grabaciones estás revisando ahora.

Casi sin esperar a que terminara, la agente cargó un plano de París y sobre él superpuso el plano de las catacumbas que Eugene le había enviado.

—Tiene razón —aceptó con resignación—. La distancia entre la entrada pública y

el Louvre es demasiado grande. Sin duda tuvo que hacer uso de una de esas entradas existentes que menciona.

Rice no pudo evitar una pequeña sonrisa de orgullo al comprobar que todavía tenía algo que enseñar a su equipo.

—En cualquier caso, tu trabajo está siendo excelente. Simplemente trata de averiguar qué entradas son las más cercanas al punto donde le encontraron y monitoriza las grabaciones de las cámaras de vigilancia que haya en los alrededores. Estoy de acuerdo contigo en que Langford seguramente haya sido el encargado de retenerle allí abajo durante toda la noche. Dudo que Deneux fuese voluntariamente de un lado a otro de las catacumbas, por lo que su aspecto esbelto y musculado creo que lo convierten en el candidato más indicado para cargar con él por aquellos oscuros pasillos mientras permanecía inconsciente.

Capítulo 89

—*El caballo blanco, Lodovico Capponi, Frans Snyders, Margareta de Vos, La elección entre la Virtud y el Vicio, El Descendimiento* y, por último, *Nicolaes Ruts* — dijo Margaux nombrándolos uno por uno—. Estos son los siete cuadros que hemos venido a buscar. Los siete que esconden los dígitos que nos faltan.

A pesar de que su memoria como agente de la CIA debía ser lo suficientemente buena como para memorizar sin problemas aquellos nombres, Connelly sentía que en ese momento la presión que estaban soportando hacía que aquel trabajo relativamente sencillo se tornara en una desafío para su mente mucho mayor, de modo que prefería fijarse en las sillas que Campbell y Margaux habían colocado estratégicamente debajo de cada uno de los cuadros que les interesaban.

—Entonces no perdamos más tiempo —dijo apremiándoles—. Empiecen a utilizar la numerología para encontrar los dígitos que nos faltan.

A Milanelli se le escapó una carcajada.

—¡No tan rápido, agente! ¿No creará en verdad que será así de sencillo? Además, ¿qué nombre quiere que transformemos en un número? ¿El nombre del cuadro? ¿El de su autor?

Connelly se quedó en silencio percibiendo que el profesor tenía razón.

—Creo que hemos realizado ya un trabajo extraordinario descubriendo cuáles de entre los veinticuatro cuadros de esta sala tenemos que utilizar, pero ahora debemos pensar todavía un poco más para conseguir averiguar cuáles exactamente serán los nombres que deberemos transformar en dígitos. Al fin y al cabo, cualquiera podría hacerlo, pero sólo uno será el correcto. Y está demás que diga lo que podría ocurrir si nos equivocamos.

La agente torció el gesto. Evidentemente todos eran muy conscientes de la enorme importancia de no cometer ningún error.

—No va a ser fácil —opinó Campbell—. Todos tienen nombres bastante largos por lo que no tenemos modo de saber a ciencia cierta con qué palabra quedarnos. En el caso, por ejemplo, de este —dijo señalando al retrato de Frans Snyders—, no sabemos si tenemos que utilizar el nombre, Frans, el apellido, Snyders, o quizá juntar ambos como si fuesen una única palabra.

Repentinamente, Connelly sintió que toda esperanza de descubrir los siete dígitos que les faltaban se esfumaba por completo.

—Escuchándoles parece que será imposible —comentó descorazonada.

—No, imposible no, porque si así fuese no estaríamos aquí. Morton no nos habría traído hasta esta sala y a mí no me habría dicho que nos daban una oportunidad para salvar la vida de todas esas personas —razonó Margaux—. Pero es evidente que debemos pensar muy cuidadosamente qué palabra decidimos que debe ser transformada en un dígito, como acaba de advertir muy bien Milanelli. Y al mismo tiempo, Campbell tiene también razón. Incluso podríamos pensar que fuesen los

autores, y no los nombres de los cuadros, lo que debamos utilizar. Pero aún así, el problema sería similar, ya que todos lógicamente tienen un nombre y un apellido, por no mencionar a Van Dyck que es compuesto y nos presenta una complicación adicional.

Connelly suspiró ante el desafío que tenían por delante.

—En mi opinión, lo que estamos planteando abre tantas posibilidades que deja claro que no es lo que debemos hacer, porque las probabilidades de confundirnos son demasiado grandes —dijo Campbell—. En el caso de los cinco primeros dígitos fue Morton quien nos dio directamente los nombres de aquellos cinco artistas, haciendo que fuese así una opción inequívoca.

—¿Qué propone, entonces? —le preguntó Connelly.

Campbell se llevó la mano derecha a la nuca, dio un giro de trescientos sesenta grados para revisar por última vez los siete cuadros y respondió.

—Creo que debemos hacer un ejercicio de imaginación y pensar que lo que tenemos delante de nosotros es una circunferencia con siete cuadros. Siete posiciones que complementan a las cinco en las que Chavrier ya encontró los primeros nombres grabados y pensar, por tanto, que nosotros haremos lo mismo aquí. En mi opinión, ese es el único modo que Morton tiene de asegurarse de que no nos confundiremos.

La agente tardó un par de segundos en responder.

—¿Está diciendo que en los cuadros están escritos los nombres que buscamos como lo estaban en las Venus de la cripta de Napoleón?

Milanelli sonrió.

—No sé por qué le resulta tan extraño. Esa opción es perfectamente viable, y como acaba de decir él, la única que permitiría acertar sin posibilidad de error.

Connelly dirigió inmediatamente su mirada hacia Margaux.

—Estoy de acuerdo con ellos —dijo entendiéndola—. Al fin y al cabo, se trataría de repetir algo que ya ha hecho en varias ocasiones, por lo que no debería extrañarnos. En el Louvre dejó aquella fórmula matemática grabada en el cuadro de La consagración de Napoleón, y lo mismo hemos visto hoy en las Venus y en el Guildhall. De modo que por qué no iba a haber empleado esa manera de comunicarse con nosotros una vez más.

Comprobando que los tres estaban de acuerdo en la misma idea, Milanelli se acercó hasta el extremo de la sala y, sin consultarlo con Connelly, apagó las luces. Durante unos segundos todos permanecieron en silencio esperando a que algo similar a lo que Godwin y Bailey se habían encontrado en Londres emergiera ante sus ojos.

—Parece claro que podemos descartar los mensajes ocultos —dijo el profesor al tiempo que encendía de nuevo las luces de la galería—. Y si pensamos en las diferentes estrategias que los secuestradores han empleado ya para ocultar mensajes, el hecho de que no hayamos visto nada al apagar la luz nos dejaría sólo dos opciones.

—¿Piensa que los veremos con luz ultravioleta? —preguntó Connelly.

—No lo creo —respondió Campbell torciendo el gesto—. Es verdad que ya han

empleado ese modo de ocultar la información, pero el hecho de que estemos en un punto más avanzado del juego, y que la temperatura de la Asamblea ya haya comenzado a subir, me hacen pensar que tiene que ser algo mucho más directo.

—¿Cómo por ejemplo? —preguntó de nuevo sin disminuir su sorpresa.

—Agente... —comenzó dubitativo Milanelli— ¿hasta dónde podemos llegar para salvar a su Presidente?

A pesar de todas las horas que llevaba con ellos aquel día, Connelly sentía que en los dos últimos minutos se había sumergido irremediamente en una espiral sin fin en la que cada pregunta la dejaba todavía más sorprendida que la anterior.

—Me temo que no le entiendo, profesor —respondió perpleja.

—Me refiero a qué estamos autorizados a hacer para salvarle. No sólo a él, claro, sino a todas esas personas.

—¡A lo que sea! —exclamó inmediatamente—. ¡Absolutamente a todo, profesor! Salvarles es nuestro primer y único objetivo, y podemos hacer cualquier cosa que necesitemos con tal de conseguirlo ¡por supuesto!

—Bien, muy bien. Me alegra que así sea. Se lo pregunto porque lo que Campbell está sugiriendo en realidad sólo nos deja una alternativa. Como seguramente sepa, la primera vez que los secuestradores nos dejaron algo oculto en un cuadro fue en el Louvre, en La consagración de Napoleón. Para tratar de descubrirlo, lo descolgamos y lo desmontamos por completo para buscar en todos los lugares posibles. Luego, resultó que la fórmula de la que antes le hablaba la profesora únicamente la podíamos ver con una lámpara especial y, por tanto, lo que hicimos con el cuadro no hubiese sido necesario, pero claro, eso no lo sabíamos al principio.

—¿A dónde quiere llegar? —le interrumpió.

—A que desmontar estos siete cuadros es la única alternativa que nos queda. Si estamos todos de acuerdo en que no es su nombre ni el de su autor lo que necesitamos, y también que dadas las especiales circunstancias actuales lo que buscamos no estará misteriosamente oculto, lo más probable es a la vez lo más sencillo. Es decir, que los siete nombres que buscamos estén escritos en alguna parte del propio cuadro.

Connelly apartó la mirada del profesor y la dirigió hacia uno de ellos.

—Por eso le preguntaba hace un instante qué estamos autorizados a hacer. Si mi idea es acertada quizá alguno sufra daños importantes.

Sin esperar ni un segundo más, Connelly se acercó rápidamente al primero de los cuadros que se encontraban a la derecha del autorretrato de Rembrandt y que tenía una silla debajo. Campbell, entendiendo su intención, salió tras ella para ayudarla. Por su parte, Margaux y Milanelli cogieron las tres pequeñas estatuas que adornaban la mesa central y las dejaron en el suelo.

Connelly y el profesor descolgaron el cuadro de la pared y lo transportaron hasta la mesa. A pesar de que todos tenían muy claro lo que estaban a punto de hacer, lo apoyaron boca abajo en la mesa con sumo cuidado.

—Al menos por detrás no hay nada —dijo la agente sobre algo que resultaba evidente.

—No esperaba menos —le explicó Milanelli—. Una cosa es que hayan optado por un modo más directo de dejarnos la información y otra muy distinta que lo reduzcan a un simple juego de niños.

Tras decir esto, se situó justo en el centro y comenzó a pasar suavemente su mano por toda la cubierta de derecha a izquierda y de arriba a abajo. Cuando terminó, miró a Margaux y le sonrió.

—Sé lo mucho que le debe doler lo que llevamos tres días haciendo a sus queridos cuadros. Espero que cuando todo esto termine podamos ir juntos a algún museo y que disfrutemos de ellos de un modo totalmente diferente.

La profesora le devolvió la sonrisa y asintió levemente, como dándole permiso para hacer lo que tenía en mente. Acto seguido, Milanelli cerró el puño y dio un violento golpe a la cubierta en la esquina superior derecha. El crujido que sonó dejó claro que su comentario anterior había tenido mucho sentido. Sin el menor remordimiento, repitió lo mismo en las tres esquinas restantes. Tras el último golpe, el sonido fue claramente diferente. A continuación, sujetó el marco con firmeza y lo colocó debajo de la mesa. Durante unos pocos segundos, respiró hondo. Inmóvil. Estaban a punto de descubrir si su toda la teoría que habían estado desarrollando en las últimas horas era cierta. Desde el hecho premeditado de haberles llevado a un lugar donde había un número de cuadros que fuese un múltiplo natural de doce hasta que el autorretrato de Rembrandt debía ser su punto de partida, equiparándolo a su posición en las Venus de la cripta de Napoleón.

—Separe la cubierta, profesor —le apremió Connelly presa de los nervios. Milanelli cogió aire una vez más, contuvo la respiración, y la levantó.

Capítulo 90

Grant percibía con total claridad cómo los ánimos dentro de la Asamblea General se estaban crispando por momentos. Ya nadie se creía que realmente hubiese un «pequeño problema de seguridad» en el edificio, como les había anunciado inicialmente. Desde aquello, habían pasado ya varias horas, y aunque la mayoría de los asistentes habían mostrado hasta entonces un comportamiento ejemplar, también era cierto que estaba extendiéndose por momentos una sensación generalizada de malestar y de agobio que el propio Grant achacaba a un progresivo e inexplicable aumento en la temperatura de la sala.

Derivado de este malestar, varios dirigentes se habían acercado hasta él personalmente requiriéndole una información que no podía darles de ninguna manera y que, en cualquier caso, apenas conocía, por lo que a duras penas había conseguido, con mayor o menor éxito, aplacar su nerviosismo e instarlos a que siguiesen esperando pacientemente a que la situación se arreglara.

A parte de eso, también había recibido el chivatizo de uno de sus guardaespaldas informándole de que había empezado a correr imparablemente un rumor que señalaba al Primer Ministro británico y al presidente francés como cómplices de lo que estaba ocurriendo. Varios de los dirigentes sospechaban que algún problema que les implicaba a los tres era la causa de todo lo que estaba sucediendo. Para intentar contrarrestarlo, Grant se lo había hecho saber disimuladamente a ambos y los tres llevaban ya un par de horas sin dirigirse la palabra, al contrario de que lo había ocurrido al principio donde habían permanecido todo el tiempo juntos, casi sin relacionarse con ningún otro asistente.

vino a la memoria instintivamente la alarma de la sala 77 del Louvre provocada por el cuadro de La Libertad guiando al pueblo y cómo se había cerrado inmediatamente sólo una de las salidas de la sala. Aquel detalle había sido, precisamente, uno de los que habían tenido en cuenta para llegar a la conclusión de que los secuestradores les instaban a quedarse dentro de ella y buscar entre los cuadros expuestos. Por suerte parecía que la Colección Frick tenía un sistema de seguridad bastante menos avanzado y estaban siendo capaces de manipular aquellos cuadros sin el menor problema.

—¡James! ¿Qué haces?

La llamada de Margaux hizo que saliera bruscamente de su ensimismamiento y volviera con rapidez hasta la mesa central donde sus compañeros le esperaban y donde ya no quedaba ni rastro del cuadro que acababan de revisar. Todavía tenían seis más por delante y no había tiempo que perder. La vida del Presidente de los Estados Unidos y la de un centenar de personas más estaban en su manos. Más que en cualquier otro momento anterior.

Esta vez fue Connelly quien golpeó con fuerza la cubierta del cuadro tan pronto como el profesor lo apoyó sobre la mesa. Milanelli esperaba concentrado, mirando al conjunto de nombres y números que habían conseguido encontrar hasta el momento, tratando de descubrir alguna relación entre ellos.

—Magno —leyó Margaux asombrada.

De nuevo, de manera similar a cómo había sucedido antes, el nombre dejado por Morton se podía leer con claridad en la parte trasera del tapiz. En cierto modo, semejante facilidad les resultaba desconcertante.

—Entiendo que se refiere a Alejandro Magno —opinó rápidamente Campbell compartiendo su sorpresa—. No puede ser otro.

—¡Desde luego que no! —exclamó Milanelli al tiempo que escribía nervioso su nombre en el papel y comenzaba a transformarlo en un número—. Y esta vez por lo menos han sido un poco más originales.

—¿Qué número ha salido? —preguntó Connelly impaciente apartando su mirada del cuadro y dirigiéndola hacia él.

—El cinco.

Campbell y Margaux se acercaron hasta Milanelli para verlo directamente. Al tiempo que descifraba cada uno de ellos, también rellenaba la circunferencia de Venus imaginaria que había dibujado inicialmente.

M A G N O
4 1 7 5 6 = 23 = 5



—Ya tenemos más de la mitad del código —susurró Margaux sin poder ocultar el nerviosismo que le comenzaba a invadir—. Lo único que puedo decir es que los nombres que estamos encontrando aquí no guardan ninguna relación con los que Chavier vio en París.

—¿Esperaba otra cosa? —le preguntó de inmediato Connelly.

—No necesariamente. Quizá, como acaba de decir el profesor, esos nombres únicamente fueron elegidos para esconder un número muy concreto. Por tanto, si lo mismo sucede con los que encontremos aquí, no tiene por qué existir ninguna relación entre ellos.

Dando por buena su respuesta, la agente se giró y buscó la siguiente silla. No recordaba muy bien qué cuadros había elegido la profesora, de modo que el truco de las sillas colocadas debajo de cada uno de ellos le estaba resultando de gran ayuda.

—Debemos seguir, entonces.

—Recuerden que el cuarto dígito ya lo conocemos —les advirtió Milanelli.

—Sí, sí, lo sé —respondió Margaux al tiempo que se dirigía hacia el quinto cuadro acompañada por Campbell—. Ahora nos toca ver qué se esconde tras el retrato de Frans Snyders.

De manera similar a como ya habían hecho antes, lo descolgaron y lo llevaron hasta la mesa central. Campbell se ocupó de separar la cubierta y de leer el nombre escondido tras ella.

—Estrabón —leyó en voz alta tras unos segundos.

Inmediatamente, Milanelli comenzó a cumplir su parte del trabajo.

—Creo que ya sé qué sentido tienen los nombres en esta ocasión —dijo Margaux mientras mantenía la mirada clavada en el último que acababan de encontrar.

—¿Lo sabe? Creí entenderla hace sólo un instante que no tienen por qué tener un relación entre ellos —le rebatió Connelly.

La profesora apartó la mirada del cuadro y la dirigió hacia ella.

—Sé lo que dije, pero ahora que ya hemos descubierto los tres primeros nombres de esta sala, sí que hay una clara relación. No con los que aparecieron en la iglesia de Los Inválidos, pero sí entre ellos. Pitágoras, Alejandro Magno y Estrabón ya habían aparecido juntos antes.

Justo en ese momento, Campbell entendió a qué se estaba refiriendo. A Margaux

no le pasó desapercibido el pequeño gesto de sorpresa que hizo y le miró sonriente, como invitándole a que fuese él quien lo descubriera, y para que de paso le ayudara a intentar contrarrestar las dudas que estaba mostrando la agente.

—Tiene razón —dijo entendiendo su mirada a la perfección—. La profesora tiene razón. Los tres aparecen en el cuadro de La escuela de Atenas que vimos en el hemiciclo de la Asamblea Nacional, en París.

Connelly arqueó las cejas sorprendida al escucharle. En ningún momento se hubiese imaginado que la relación que apuntaba Margaux se refiriese a algo tan explícito.

—¿Por qué demonios Morton iba a usar ese cuadro de nuevo?

—No el cuadro en sí mismo —respondió Campbell—. Lo que está utilizando es a los personajes que aparecen allí representados, nada más. Pero en verdad es indudable que resulta muy llamativo que, de entre los miles de nombres que podría haber elegido, lo haya hecho justo con tres que aparecen representados en él.

Para Connelly, la espiral en la que Morton había decidido sumirse con todo aquella historia se había convertido hacía mucho tiempo en un completo sinsentido, de modo que lo que estaba viendo en ese preciso momento no le extrañaba especialmente.

«Lo importante son los números del código».

—A mí también me resulta curioso —dijo Milanelli atrayendo la atención de los tres—, pero sea como sea, lo cierto es que el nombre de Estrabón esconde el número cuatro.

E S T R A B O N
5 1 2 9 1 2 6 5 = 31 = 4

A la agente le recorrió un escalofrío por todo el cuerpo al verlo. Cada vez estaban más cerca de descifrar el código completo.

—Creo que debería llamar a la Agencia —dijo nerviosa—. Ya casi hemos terminado y tienen que conocer todos los números lo antes posible.

—¡No, espere! —exclamó Milanelli sin dejarle siquiera coger su teléfono móvil—. Es cierto que nuestra idea era correcta, y que ya tenemos tres de los siete dígitos que nos faltan, pero nada nos puede asegurar al cien por cien que tras el resto de cuadros se escondan los cuatro últimos. Quizá nos llevemos una sorpresa en algún momento.

—Espero que se equivoque... —dijo temerosa.

—Yo también, pero aún así estoy de acuerdo con él. Es mejor que retrase unos minutos esa llamada —añadió Margaux saliendo en su apoyo—. Enseguida sabremos si todos los números que nos faltan están tras estos cuadros, pero de no ser así quizá nuestro trabajo aquí dentro se prolongue más tiempo.

—¿Y por qué piensan así ahora? —les preguntó extrañada por las dudas que

parecían estar planteando repentinamente.

—No hay ninguna razón en concreto —respondió Campbell mostrando su acuerdo con aquella teoría que le planteaban sus compañeros—, pero en varias ocasiones las cosas que debimos hacer no fueron tan fáciles como nosotros pensábamos que podían resultar inicialmente, y eso podría repetirse aquí.

—No veo cómo, profesor —le rebatió Connelly—. Han planteado esa teoría de los cuadros alternos y han acertado. Estamos encontrando un nombre tras cada cuadro que la profesora eligió. ¿Por qué debería ser diferente en los cuatro que nos quedan?

Margaux miró a uno de los cuadros a los que la agente se estaba refiriendo, resopló apreciablemente, y respondió.

—Porque en cierto modo descubrir estos nombres está resultando excesivamente fácil. Demasiado para lo que estamos acostumbrados.

—¡Pero si es lo que querían! —exclamó sin comprender—. ¡Querían encontrar nombres y aquí los tienen! ¡Acertaron en París y han vuelto a acertar aquí! ¿Por qué les cuesta tanto aceptarlo? No estamos en una situación ni remotamente similar a lo que ustedes vivieron los dos últimos días. Quizá similar a la de Londres, pero nada que ver con el secuestro del hijo del presidente Deneux, desde luego. ¡Aquí hay más de un centenar de dirigentes mundiales a punto de ser asesinados, por el amor Dios! ¿No le dijo Morton a usted en persona que nos daría una oportunidad de salvarles? ¿Qué más quieren descubrir?

Los tres profesores se mantuvieron mirándola en silencio y con rostro serio, como un niño recibiendo una reprimenda de sus padres.

—No sé qué dudas pueden invadirles ahora, pero piensen por favor por un momento en todo lo que hemos vivido hoy, en todo lo que ha sucedido hasta que hemos llegado aquí. Extraños mensajes copando la señal de todas las cadenas de televisión, misteriosos nombres grabados en estatuas de una iglesia de París y en dos cuadros de un museo de Londres que ni siquiera deberían estar allí expuestos. Filtraciones de fotografías de un exagente secreto de la CIA asesinado ¡e incluso de un archivo del Servicio de Inteligencia británico! Y ahora estamos aquí —dijo girándose sobre sí misma con los brazos extendidos— en una maldita galería de la Colección Frick a la que Morton nos ha traído, revisando unos cuadros muy concretos basándonos en la rocambolesca teoría del profesor Milanelli.

Connelly hizo una breve pausa, respiró hondo para tranquilizarse, y continuó.

—Miren, sé que conocen mejor que yo lo que ha sucedido en los dos últimos días porque lo han vivido en persona, pero creo que todo lo que les acabo de describir es lo suficientemente complicado como para que el modo en que descubramos ahora estos nombres sea lo de menos. La CIA ya tiene cinco de los dígitos del código y, afortunadamente, ya hemos encontrado tres más. De modo que creo que debemos centrarnos en descubrir los cuatro restantes y llamar a Rice lo antes posible. Cuando hayamos hecho eso, y cuando el Presidente y todos los que le acompañan en esa sala estén a salvo, les prometo que podrán dedicar todo el tiempo que quieran a entender

por qué los nombres que estamos encontrando aquí son de personajes que aparecían ya en ese cuadro que vieron en París.

—Escuchándola narrarlo de esa manera es cierto que todo suena lo suficientemente complicado como para no darle muchas más vueltas —admitió decepcionada Margaux tras unos momentos de silencio.

—Y es lo mejor, profesora. Créame.

Dando por bueno su razonamiento, Margaux se centró en continuar el trabajo que tenían por delante.

—Los dos cuadros que tenemos que revisar a continuación son *Margareta de Vos* y *La elección entre la Virtud y el Vicio* —dijo señalándolos individualmente—. Quizá podamos separarnos y así acabar con esto cuanto antes.

Sin responder, los tres asintieron afirmativamente. Acto seguido Campbell y ella se dirigieron hacia el punto donde se encontraba el cuadro de *Margareta de Vos*, mientras la agente y Milanelli hacían lo propio con el cuadro de *La elección entre la Virtud y el Vicio*. En silencio los descolgaron y los llevaron ambos hasta la mesa central donde los colocaron boca abajo. Milanelli volvió inmediatamente junto al papel esperando a que ellos le descubrieran los dos nombres siguientes. A pesar de que compartía con Margaux la sensación de que todo aquello les estaba resultado excesivamente sencillo, las explicaciones de Connelly, junto con el tono serio que había utilizado, le hacían guardar por el momento un prudente silencio a la espera de que algo pudiese suceder más adelante que les ayudase a confirmar ese incómodo presentimiento que la agente parecía preferir ignorar por completo.

—El nombre que aparece aquí es el de Arquímedes —dijo Campbell sin mostrarse sorprendido en absoluto—. Otro de los personajes que aparecen en el cuadro de La escuela de Atenas.

Milanelli le miró sólo un instante y comenzó a ejecutar su tarea.

—Y *Elea* escondería el siguiente número —comentó Connelly leyendo el nombre que apareció nada más descubrir la cubierta de *La elección entre la Virtud y el Vicio*—. Y apuesto a que también está en ese cuadro ¿verdad?

Margaux torció el gesto y se colocó a su lado para leerlo.

—Sí aparece —respondió—. Pero quizá de una manera menos directa.

—¿Menos directa? ¿A qué se refiere con eso? —preguntó sorprendida.

—Elea, como tal, no hace referencia a ningún personaje concreto del cuadro, sino a una antigua ciudad griega —respondió Campbell—. Sin embargo, también nos indica al cuadro de La escuela de Atenas, ya que en él aparece representado Parménides, mencionado en muchas ocasiones como Parménides de Elea.

La agente miró por un instante al nombre que ella misma acababa de leer en voz alta y expuso la duda que le asaltó de inmediato.

—Si están en lo cierto, es necesario que estén completamente seguros de cuál es el nombre que debemos utilizar, Elea o Parménides. Un error en un dígito del código echaría por la borda todo el trabajo realizado hasta ahora.

—No se preocupe lo más mínimo por eso —contestó Milanelli con serenidad—. Como dice el profesor, nuevamente han empleado un nombre que nos señala ese cuadro, pero sin duda el que debemos emplear es el que ellos han escrito, no me cabe la menor duda al respecto. De no ser así estarían introduciendo una incertidumbre que impediría cumplir con su promesa.

—¿Con su promesa? —preguntó atónita.

—Sí, con la de Morton. La que le hizo a la profesora. Le dijo que nos permitiría salvarles la vida y para ello es necesario que su juego no ofrezca dobles interpretaciones. Todo debe ser perfectamente claro.

Connelly cogió aire y dedicó un par de segundos a serenarse.

—Espero que esté en lo cierto, profesor —comentó dando por cerrado el tema—. Y espero también que nos sepa decir en ese caso cuáles son los dos nuevos dígitos del código.

Milanelli se volvió hacia el lugar de la mesa donde tenía el papel en el que estaba apuntando toda la información que encontraban y se lo mostró.

—Por supuesto que ya los tenemos —respondió con voz orgullosa sosteniendo el papel con sus manos—. Esta vez la numerología nos ha proporcionado los números cuatro y tres. Esos son los números escondidos tras esos dos cuadros.

5 7 5 2 4 4 7 7 3 7 _ _

Capítulo 92

La doctora Anne Jones mantenía un respetuoso silencio mientras escuchaba con atención las propuestas que las personas que le acompañaban en la mesa de la Sala de Situación de la Casa Blanca estaban planteando. A pesar de que ya había dejado muy claro que no existía modo alguno de contrarrestar una eventual activación de sus cepas de virus del Ébola, y mucho menos si éste se dispersaba en un espacio cerrado como la Asamblea General, todos los allí presentes parecían seguir empeñados en trazar un plan para rescatar al Presidente Grant y al resto de dirigentes mundiales encerrados con él.

«Supongo que es lo único que podéis hacer». Pensaba con ironía.

Para una doctora como ella, experta en genética y biotecnología, toda aquella situación resultaba surrealista. Todavía se sentía abrumada por la relevancia que sus investigaciones habían cobrado repentinamente. Llevaba muchos años de intenso trabajo en completa soledad y anonimato invertidos en complejos proyectos de investigación que permitieran desarrollar armas biológicas letales. Programas carísimos financiados íntegramente por el gobierno y ahora, paradójicamente, uno de sus mayores logros amenazaba con acabar con la vida del Presidente.

«Y con mi carrera, de paso».

Lo que había podido escuchar hasta ese momento le había permitido sacar dos conclusiones claras. Por un lado, el Jefe de Estado Mayor del Ejército, Brian Fallow, y el Jefe de los Servicios Especiales, John Marshall, parecían ignorar por completo su opinión. Daba igual que les hubiese dado extensas explicaciones por activa y por pasiva de por qué desactivar ese virus era sencillamente imposible. Ambos se mantenían enrocados en su postura de iniciar un asalto inmediato a la Asamblea. Su genial idea se fundamentaba en una premisa extremadamente sencilla, a la vez que frágil. Los dos miembros del Servicio Secreto del Presidente avisarían a este del plan de asalto que iba a tener lugar y, a su vez, Grant debería advertirlo al resto de asistentes.

—Todos se agruparían en torno a las puertas de entrada. Las abrimos, los evacuamos y las cerramos. ¡Es muy sencillo!

Para Jones, la simpleza que con la que Fallow trazaba aquel plan rozaba lo cómico, como si realmente fuese tan fácil conseguir que ciento dieciocho personas pudieran salir simultáneamente de una sala antes de que su virus las alcanzase a todas y, a la vez, dejaba patente la ignorancia absoluta que ambos demostraban tener sobre las investigaciones que se llevaban a cabo en Fort Detrick.

Afortunadamente, ni Fallow ni Marshall eran quienes tomarían la decisión final sobre qué debían o no hacer al respecto. Esa decisión residía en la Vicepresidenta Hawkins y sobre ella recaía la segunda cosa que le había quedado clara a Jones hasta el momento. La Vicepresidenta se estaba mostrando mucho más racional y prudente, y al contrario que Fallow y Marshall, se tomaba extremadamente en serio sus

advertencias.

—Lo que plantea usted es imposible, lo siento —había respondido ante la propuesta de Fallow—. El sistema de climatización está distribuido uniformemente por toda la sala, lo hemos visto claramente en los planos. Da lo mismo que las agrupe en cualquier punto de la misma. Ni siquiera habrían conseguido abrir una de las puertas y todas las personas que están allí dentro ya estarían contagiadas. Y no sólo eso, sino que si se empeñan en continuar con ese plan y las sacan de allí, expondrán a toda la población de Nueva York al virus.

Desde que se conociese lo que Morton había hecho con ese sistema y la amenaza a la que estaba sometido el Presidente, prácticamente todos los recursos del país se habían volcado en descubrir la manera de salvarle la vida. La NSA, el FBI y la CIA trabajaban desde hacía varias horas de manera conjunta para recabar toda la información posible sobre Morton y las personas que les estaban ayudando. Semejante despliegue de medios ya había comenzado a dar sus frutos rápidamente y todo ellos, o la gran mayoría, ya habían sido identificados, y capturarlos era sólo cuestión de tiempo. Gracias a que habían empezado atacando a dos países europeos, la Agencia Europea de Inteligencia y la Interpol estaban también muy interesadas en encontrarlos lo antes posible, por lo que su colaboración estaba siendo máxima y no les quedaba por tanto ningún país en el que pudieran esconderse.

Hawkins sabía que esa parte del trabajo estaba muy bien encauzada, pero por desgracia la más importante, de la que dependía la vida de todas aquellas personas, estaba completamente fuera de control. Daba lo mismo cuántos medios estuviesen destinando a resolverlo. No parecía haber modo alguno de poder salvarles la vida. Lo que Morton había conseguido había sido poner al gobierno de los Estados Unidos completamente contra las cuerdas.

«Es una pesadilla».

Lo único que podía sacarles de aquella situación era el trabajo a contrarreloj que una agente de la CIA y tres profesores universitarios estaban haciendo por todo Manhattan. Que resolver exitosamente la mayor crisis internacional ocurrida hasta la fecha estuviese en manos de tres personas anónimas resultaba para Hawkins un despropósito más en toda aquella rocambolesca historia. Por suerte, los informes de los que disponía acerca de la diligencia con la que aquellas tres personas habían conseguido solucionar en los dos últimos días lo que Morton había hecho en París y Londres le hacían mantener viva una pequeña esperanza de que todo pudiera terminar con un final feliz.

Desde la Sala de Situación tenían una idea global de lo que estaba sucediendo, tanto dentro como fuera de la Asamblea General. La pantalla central mostraba de manera continuada grabaciones de las cámaras de seguridad del interior de la sala en la que se veía al Presidente en todo momento. El resto de pantallas mostraban diferentes imágenes, la mayoría de ellas iban alternado información que la CIA estaba recabando y que Rice les hacía llegar de manera inmediata, con capturas de cámaras

de vigilancia de la ciudad de Nueva York. Gracias a estas últimas, Hawkins había descubierto el circo mediático que se había formado a las afueras del edificio de la ONU, con decenas de medios de comunicación siguiendo en directo los acontecimientos y tratando de averiguar lo que estaba ocurriendo en su interior.

—De modo, que según usted no existe ninguna manera de evitar que ese virus se active y se propague por toda la sala —preguntó nuevamente tratando de convencerse de que no tenían ninguna opción mejor que esperar.

—No, lo siento —respondió Jones una vez más armándose de paciencia—. Si no pueden controlar el sistema de climatización para evitar que alcance los cuarenta grados, entonces no pueden hacer nada.

—¡Pero es inadmisibile, ya se lo he dicho! —exclamó furioso Fallow—. ¡De ninguna manera vamos a permitir que ese loco mate al Presidente!

Jones le miraba con resignación tratando de descubrir en qué momento escucharía lo que llevaba repitiéndole una y otra vez desde que había llegado.

«Si no teníais pensado hacerme caso, ¿para qué me habéis traído hasta aquí?».

—Ya se lo he dicho. El virus se activa con la temperatura —repitió señalando a la pantalla que mostraba los veintidós grados centígrados que tenía en ese momento el sistema—. De momento tenemos un margen amplio.

—¿Un margen amplio, dice? —preguntó Fallow interrumpiéndola—. ¡Ya hemos visto aumentar esa temperatura cuatro grados y no hemos hecho nada para remediarlo!

—Por favor —dijo Hawkins levantando una mano—, no conseguiremos nada gritando. Hasta donde alcanzo a comprender, la doctora ya ha dejado muy claro que no tendríamos tiempo material para llevar a cabo la intervención que usted plantea, ni tampoco tenemos modo de acceder al sistema de climatización, porque está controlado por el gusano informático que Morton ha introducido.

—Pero si decidiéramos hacerlo —dijo Marshall cortándola—, si finalmente nos viésemos obligados a ejecutar el asalto a la Asamblea para tratar de liberarle, nuestro mayor problema sería que correríamos el riesgo de que se liberara el virus ¿verdad?

Jones asintió afirmativamente con decisión.

—Bien. Pero también es cierto que nos ha explicado que la activación de ese virus depende de la temperatura, y la temperatura ambiental que hoy tenemos en la ciudad no es de cuarenta grados.

Fallow, Hawkins y Richardson la miraron de inmediato.

—Sé a dónde quiere ir a parar —respondió Jones—, pero siento decirle que se equivoca. Ahora mismo apenas sobrepasa los veinticinco grados como muestra esa pantalla y es evidente que no llegaremos a cuarenta en ningún momento.

—Entonces el virus se desactivaría por sí sólo de inmediato ¿no es así? —inquirió Hawkins albergando la esperanza de haber encontrado una solución.

—Sí, técnicamente sí. Pero el riesgo seguiría siendo mismo. En cuanto se pusiese en contacto con el aire del exterior se distribuiría sin control. Podría llegar a cualquier

punto y esos implicaría que potencialmente podría infectar a millones de personas.

—No veo cómo sería eso posible —renegó Fallow.

Jones le miró, respiró hondo, y se explicó con más detalle.

—Le pondré un ejemplo muy sencillo. Imagínese que hacemos lo que usted propone y asaltamos la Asamblea. E imaginemos que, idealmente, consiguen rescatar a todas esas personas antes de que se contagien, pero que aún así el virus se activa y se libera a la ciudad. Según su razonamiento, como la temperatura ambiental es inferior a cuarenta grados, inmediatamente se desactivaría.

—¡Exacto!

—Espere, déjeme terminar, por favor —le pidió con educación—. Bajo esa hipotética situación que les estoy planteando tendríamos al virus del Ébola de mis investigaciones libre en el aire, sin limitación ninguna para dispersarse. Es cierto que no infectaría, porque estaría desactivado, pero piensen ahora en el restaurante más cercano. Parece una tontería lo que les estoy diciendo, pero piénsenlo. ¿Qué temperatura hay en el interior de una cocina de cualquier restaurante? ¿Qué temperatura alcanzan sus campanas extractoras?

Hawkins dejó caer el peso de su cuerpo sobre el respaldo de su silla aceptando que aquella pequeña esperanza se había esfumado rápidamente.

—Y ese es sólo un ejemplo. Piensen en hoteles, gimnasios, oficinas, estaciones de metro, los túneles de acceso a la ciudad... Aunque propiamente la temperatura ambiental de Nueva York no sea de cuarenta grados el número de lugares donde esa temperatura se alcanza con facilidad es inimaginable y en cualquiera de esos puntos el virus se activaría y de nuevo sería potencialmente infeccioso.

—En ese caso ¿de qué extensión estaríamos hablando? —preguntó Marshall.

Jones dudó unos segundos.

—¿Podrían, por favor, poner un plano de Nueva York en pantalla?

Hawkins hizo una señal al asistente situado al otro lado de la mesa que controlaba con su portátil las imágenes que veían en las pantallas de la sala, y el plano que pedía la doctora apareció casi de inmediato.

Jones se levantó de su silla y se acercó hasta ella.

—Ahora amplíelo para ver mejor el edificio de la ONU, por favor.

Al instante, consiguió justo lo que quería. Durante varios segundos más se mantuvo pensativa mirándolo con detenimiento antes de responder.

—¿Y bien?

—Tienen que entender que es muy difícil responder a esa pregunta, porque hay muchos factores que pueden influir. El más importante, como es lógico, el viento —respondió ante las prisas de Marshall—. Habría que tener en cuenta la fuerza y la dirección con la que sopla hoy el viento para tratar de estimar hacia qué dirección se propagaría el virus.

Se detuvo sólo un instante y continuó.

—Por suerte al lado este del edificio está el río, lo que sin duda limitaría

enormemente el número de personas afectadas.

—¿Si tuviese que decir una cifra aproximada, doctora? ¿Una distancia llamémosla «de seguridad» respecto al origen? —le preguntó Hawkins con amabilidad.

Jones suspiró.

—Teóricamente, uno de los objetivos más importantes que se establecen a la hora de desarrollar un arma biológica es precisamente el alcance que ésta puede tener, ya que debe ser un alcance conocido de antemano y controlado siempre que sea posible. Si se tratase por ejemplo de una bacteria que tuviese por objetivo contaminar un suministro de agua potable, tendríamos que controlar muy bien qué cantidad de bacteria necesitaríamos exactamente para contaminar un determinado volumen de agua. En el caso que nos ocupa, estamos hablando de un virus que se transmite por el aire, lo que restringe el control que podemos tener sobre su capacidad de propagación y, por tanto, de infección. Pero aún teniendo en cuenta estas limitaciones, para las cepas de mi investigación diría que una distancia segura sería de un kilómetro a contar desde el punto de liberación, que en este caso sería la Asamblea General.

El asistente trazó rápidamente una circunferencia de un kilómetro de radio, tal y como ella proponía, y sombreó la superficie de un leve color rojo que no hacía otra cosa sino aumentar el dramatismo de la situación a la que se estaban enfrentando.

—¡Eso es una locura! —exclamó Richardson viendo la extensión que implicaba—. ¡Está hablando de que llegaría hasta la Quinta Avenida!

—Desde 32nd hasta 57th Street —puntualizó Hawkins sin terminar de creerlo—. Y hasta la Quinta Avenida por el lado oeste, tiene razón. Como ella dice, afortunadamente por el lado este está el río. Pero aún así, una pequeña parte de Queens se vería también afectada.

—Puede que peor incluso si tenemos en cuenta lo que antes mencionó sobre todos los puntos donde el virus podría reactivarse —añadió Marshall—. Justo detrás del edificio de la ONU está la entrada del túnel que lleva Queens. Eso podría actuar de catalizador del virus y ampliar la distancia a la que podría afectar.

—Totalmente de acuerdo —dijo Jones satisfecha de comprobar que por fin entendían la gravedad de lo que les estaba planteando—. Un kilómetro sería una distancia de seguridad razonable en una condiciones en las que ningún otro factor entrara en juego, pero en una ciudad como Nueva York eso es una utopía. Predecir hasta qué punto sería realmente necesario desalojarla es imposible de calcular.

—¿Desalojarla? —le preguntó incrédulo Richardson.

La mirada que Jones le devolvió mostraba el mismo grado de confusión.

—Sí, claro. Desalojar a todas esas personas que podrían ser contagiadas por el virus. ¿Para qué otras cosas quieren saber a qué distancia afectaría, sino?

—Doctora, ¿sabe de cuántas personas estamos hablando?

Jones se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No menos de cien mil, en el mejor de los casos —dijo Hawkins respondiendo a

la pregunta de Richardson—. Cifra que podría triplicarse fácilmente si esa liberación se produce de día, cuando hay miles de personas que viven fuera de Manhattan trabajando en la isla.

Jones devolvió su mirada al plano que mostraba la pantalla, desolada. Por primera vez en toda su vida estaba descubriendo el efecto devastador que su trabajo podría llegar a tener.

«Puedo ser responsable de la muerte de trescientas mil personas».

—Además, ¿dónde demonios meteríamos a toda esa gente? —inquirió Richardson—. Y aunque existiese un lugar ¿cómo lo haríamos? Intentar movilizar a un número tan grande de personas lo único que conseguiría es sembrar el pánico en la ciudad y Manhattan se convertiría en un caos absoluto.

—En eso tiene razón —dijo Marshall mirando fijamente a la Vicepresidenta—. Lo último que necesitamos ahora mismo es que Manhattan entre en un estado de histeria colectiva. Somos el centro del mundo. No hay país que no siga al minuto cuanto sucede en los exteriores de la Asamblea General. No podemos tomar una decisión que empeore aún más las cosas sin tener la certeza de que hacerlo serviría realmente para algo.

Jones se dio la vuelta y volvió a su asiento.

—Tomen la decisión que crean más conveniente —les dijo decepcionada por la frialdad con la que trataban el tema—. Lo que yo podía aportar aquí, ya lo he hecho. Ese virus no tiene cura y ahora mismo está fuera de control. Si creen que entrar a la fuerza es la mejor idea, háganlo. Pero después no busquen culpables si por tratar de salvar a un centenar de personas acaban siendo responsables de la muerte de varios cientos de miles de ciudadanos.

Capítulo 93

Connelly miró nerviosa el código que Milanelli les estaba mostrando. La idea de los profesores había resultado ser un éxito rotundo y la velocidad a la que estaban descubriendo los números que les faltaban para completarlo le hacía dudar si sería conveniente llamar inmediatamente a Rice y ponerla al día de la información de la que disponían. Visto el ritmo que llevaban, descubrir los dos últimos números era sólo cuestión de unos pocos minutos y su jefa debía ser informada cuanto antes. A pesar del deseo que sentía en su interior por llamarla, también era consciente de que debía ayudar a los profesores a completar la tarea. Hasta ese momento los cuatro habían trabajado de manera conjunta como un equipo y los resultados estaban siendo altamente satisfactorios, por lo que esperar sólo un poco más quizá era la opción más conveniente.

Tras unos instantes observando el código, Margaux y Campbell se giraron casi al mismo tiempo y se dirigieron hacia el extremo de la sala donde se exponían los dos últimos cuadros que les quedaban por revisar; *El Descendimiento* y *Nicolaes Ruts*. Sin esperar un segundo, Connelly salió detrás de ellos para ayudarles. Después de haber hecho eso mismo con los cinco cuadros anteriores todos ejecutaban su parte del trabajo de manera automática sin que necesitaran decir nada especial para saber cuál era la tarea que a cada uno le tocaba realizar.

Mientras los profesores y Connelly se dirigían a descolgar los dos últimos cuadros, Milanelli permanecía pensativo delante de la mesa central de la galería observando atentamente la parte del código que habían podido descifrar hasta ese momento. Con la mayor rapidez posible trataba de entender cuál podía ser el significado oculto de aquellos doce números. Estaba convencido de que eran ellos, y no la CIA, quienes debían descubrirlo, ya que de otro modo su participación en todo aquel juego no estaría justificada. Basándose en ese convencimiento, intentaba sin éxito descubrir qué mensaje se escondía tras ellos.

«No siguen ningún tipo de progresión lógica, ni existe ninguna relación matemática aparente».

Que el código elegido por Morton para desactivar el gusano informático que le permitía mantener controlado el edificio de la ONU fuese un número de doce dígitos hacia que Milanelli se tomara descifrar su significado como un desafío personal.

«¿Para quién iba a ir dirigido, sino?».

A pesar de su profundo grado de concentración, el alboroto provocado por Margaux y Connelly al colocar a su lado el cuadro de *El Descendimiento* hizo que saliera de su pensamiento y dirigiera su mirada hacia él. Casi al mismo tiempo, el profesor Campbell apareció detrás de ellas y apoyó el retrato de Nicolaes Ruts en una parte más alejada de la mesa. Por un instante, los cuatro se intercambiaron miradas cómplices, conscientes de lo cerca que estaban de acabar con aquella historia.

Sin decir nada, Margaux y Campbell comenzaron a dar pequeños golpes a la

cubierta de ambos cuadros. Quizá por su menor remordimiento ante lo que les estaban haciendo, el profesor fue el primero en conseguir separarla y en descubrir el último nombre que necesitaban. Para su sorpresa, el que encontró en esta ocasión fue diferente a los cinco anteriores. Aún así, se limitó a leerlo interiormente y esperó a que Margaux descubriera el que debía proporcionarles el undécimo dígito del código.

—¿Los tienen? —preguntó con ansiedad Milanelli al ver cómo Campbell ya había separado la cubierta del retrato de Nicolaes Ruts y miraba hacia la profesora.

Margaux tardó un instante en poder pronunciar en voz alta el nombre escondido tras ese cuadro. Había algo en él que no encajaba con todo el razonamiento que habían hecho hasta ese momento, y tal contradicción se mostraba con claridad en el tiempo que estaba tardando en leerlo.

—Profesora... —dijo Connelly situada a su izquierda—. ¿Ocurre algo?

Margaux negó casi instintivamente aún con la mirada clavada en aquel nombre.

—Cavedone —respondió con voz insegura.

Para la agente, tal cambio de actitud con respecto a los nombres precedentes no pasó desapercibido.

—¿Por qué lo dice en ese tono? —preguntó sin comprender—. ¿Hay algo malo en él?

—Nada en especial —se adelantó a responder Campbell—. El problema es que hasta ahora los cinco nombres elegidos hacían referencia a personajes que se encuentran en el cuadro de La escuela de Atenas que vimos en la Asamblea Nacional de París, como antes le explicamos. Sin embargo, eso no sucede con los dos últimos.

Inmediatamente, Margaux le miró sorprendida. Que el nombre encontrado en el retrato de Nicolaes Ruts fuese también diferente significaba un alivio para ella.

Campbell la sonrió y levantó el cuadro parcialmente para que pudiese verlo.

—Algardi —dijo leyéndolo en voz alta—. Alessandro Algardi, supongo.

—¿Alguien importante? —preguntó Connelly con total ignorancia.

Margaux la miró y sonrió inconscientemente recordando con aquella pregunta tan ruda y directa a Sanoir.

—Alessandro Algardi fue un escultor italiano del siglo xvii que vivió gran parte de su vida a la sombra del gran Gian Lorenzo Bernini. Posiblemente, ser contemporáneo de un artista de semejante calibre es lo peor que podría haberle ocurrido al pobre Algardi, pero aún así fue capaz de firmar obras relevantes, como la Tumba del Papa León XI o la que posiblemente es su obra más importante, *Papa San León deteniendo a Atila*, que se encuentra en la Basílica de San Pedro.

—¿Y para nosotros? —la interrumpió—. Es un nombre como otro cualquiera ¿no?

Margaux suspiró levemente y respondió.

—Sí, por supuesto. Es un nombre más tras uno de los cuadros elegidos. Por tanto, nos sirve igual que los cinco anteriores. Lo que nos ha sorprendido —añadió apuntando levemente con la mano derecha a Campbell— es que hasta ahora habían

utilizado cinco artistas presentes en el cuadro de La escuela de Atenas, y eso ha cambiado.

—¿Y tienen alguna idea de qué quiere decir? —preguntó contrariada la agente.

—Nada malo, necesariamente —respondió Campbell—. Pero creo que es suficiente razón como para que nos haga replantearnos si los nombres aquí elegidos tienen un propósito concreto o sencillamente son nombres que al ser transformados mediante la numerología pueden dar el número deseado.

Aquel comentario hizo que Connelly dirigiera por un instante la mirada a Milanelli que trabajaba en terminar de descifrar el código.

—¿Y este? —les preguntó señalando al cuadro que Margaux y ella habían descolgado.

—Giacomo Cavedone fue un pintor italiano del barroco, contemporáneo también de Algardi y Bernini —respondió la profesora—. Podría hablarles de algunas de sus obras importantes o de su desgraciada vida, que me atrevería a decir que es bastante más interesante.

—Será un placer para mí escuchar su extenso conocimiento acerca de las vivencias de mi compatriota, profesora —dijo Milanelli interrumpiéndola y atrayendo al mismo tiempo la atención de los tres—, pero puede que debamos retrasarlo hasta que toda esta historia haya terminado. Con los dos nombres que acaban de descubrir ya tenemos el código completo, de modo que le propongo, agente, que llame a su jefa lo antes posible para comunicárselo.

Los profesores y Connelly se acercaron hasta él. Por fin, el juego de Morton había finalizado y el código había sido descifrado por completo.



5 7 5 2 4 4 7 7 3 7 6 7

A pesar de que lo más importante de cuanto había allí escrito eran los doce dígitos del código que les permitiría salvar al Presidente Grant y al resto de personas encerradas en la Asamblea General, Campbell no podía apartar la mirada del círculo que conformaban los doce nombres elegidos por Morton. Como se habían cansado de repetir en los últimos tres días el juego ideado por los secuestradores se había ido complicando progresivamente a lo largo de todo ese tiempo, hasta llegar al punto que

tenían justo delante. Doce artistas cuidadosamente seleccionados cuyos nombres habían sido escondidos entre París, Londres y Nueva York.

«Increíble».

Connelly sacó su móvil del bolsillo de su chaqueta para llamar a Rice e informarla de lo que habían descubierto, pero a diferencia de lo que había hecho hasta ese momento en otras ocasiones, lo posó encima de la mesa y mostró a los profesores su temor ante la posibilidad de que aquel código no fuese realmente el que Morton quería que descubrieran.

—Me gustaría asegurarme de algo antes de llamar a la Directora —les anunció—. En cuanto le diga los dígitos restantes, los introducirán en un ordenador para tratar de desactivar el gusano informático, pero no sabemos qué podría ocurrir si nos hemos equivocado con nuestra búsqueda.

Sin reconocerlo, a los tres profesores les vino a la mente al mismo tiempo lo sucedido en la National Gallery con la ministra Johnson.

—Lo que han conseguido aquí ha sido asombroso —continuó—. La manera en la que han descubierto en qué siete cuadros debíamos buscar, la rapidez encontrando esos nombres y los dígitos a los que el profesor ha llegado utilizando la numerología. Todo ha sido realmente impresionante. Pero siento que debemos hacer una última comprobación antes de hablar con la CIA. Puede que piensen que estoy loca o que soy una paranoica, pero siento la necesidad de que comprobemos que todo esto ha sido real y que nos cercioremos de que, por alguna rara e inexplicable razón, no existe en realidad un nombre tras cada uno de los veinticuatro cuadros que hay en esta galería.

—No es ninguna paranoia —la interrumpió Milanelli ante unas justificaciones cada vez más forzadas—. De hecho, en realidad es algo perfectamente entendible y que, dada la importancia de lo que ese código puede conseguir, estoy de acuerdo en que debemos realizar antes de llamar a su jefa.

Connelly arqueó levemente las cejas sorprendida por su comprensión al tiempo que le mostraba una pequeña sonrisa de agradecimiento.

—Y lo que propone hacer tiene un nombre. Se llama utilizar un control negativo.

Milanelli interrumpió lo que estaba diciendo, se dio media vuelta y eligió uno de los cuadros más pequeños de la pared que tenían a sus espaldas. Caminó hacia él, lo descolgó agarrándolo con firmeza y lo llevó hasta la mesa. Campbell, entendiendo su intención, apartó el cuadro de *El Descendimiento* que habían utilizado anteriormente para dejarle sitio libre.

—Como digo —continuó tras apoyarlo en la mesa—, lo que nosotros hicimos para averiguar qué cuadros debíamos elegir fue aplicar un razonamiento que, a la vista está, nos ha dado buenos resultados, pero es cierto que también podría suceder lo que usted propone, que por alguna misteriosa razón completamente ajena a todo este juego ideado por los secuestradores detrás de cada cuadro de esta sala exista un nombre escrito. De ser así, ese razonamiento que aparentemente ha sido un éxito, se

convertiría automáticamente en un estrepitoso fracaso. Y para asegurarnos, lo único que podemos hacer es usar un control negativo, que en este caso sería un cuadro cualquiera de los muchos que no cumplen nuestro razonamiento y que, por tanto, de ser correcto no debería tener un nombre tras él. Como este que tenemos aquí.

De nuevo, Milanelli interrumpió su explicación y le dio cuidadosamente la vuelta para ponerlo boca abajo. A continuación, comenzó a golpear la cubierta con el puño como había hecho con el primero de todos, *El caballo blanco*, con la fuerza necesaria para separarla, pero tratando al mismo tiempo de no dañarlo.

Al terminar, la separó.

Connelly respiró aliviada.

—Creo que ya puede llamarla —le dijo Milanelli con una gran sonrisa en su rostro al comprobar que no había ningún nombre escrito—. Podríamos repetir este mismo procedimiento en todos y cada uno de los cuadros restantes de la sala, pero estoy seguro de que sólo serviría para retrasarnos inútilmente. Lo que quería comprobar ya lo hemos hecho. Nuestro razonamiento fue correcto y los cuadros que elegimos fueron precisamente los que Morton utilizó para dejar esos nombres. Ya tenemos el código completo y ahora sólo falta que llame a su jefa y se lo comunique.

Convencida de que el profesor tenía razón, Connelly cogió de nuevo el teléfono y marcó el número de la Directora.

Capítulo 94

Cuando Rice escuchó el pitido de su teléfono móvil, y vio en la pantalla quién la estaba llamando, dio gracias al cielo. Hacía unos minutos que la temperatura de la Asamblea General había vuelto a subir y ya marcaba veinticuatro grados centígrados. Por desgracia, aquel aumento que no parecía ser excesivo estaba causando un efecto devastador en el ánimo de muchos de los mandatarios que se encontraban allí encerrados. Según podían ver en pantalla, el nerviosismo comenzaba a apoderarse de ellos hasta el punto de que Rice temía seriamente que pudiera llegar a desencadenarse una situación de verdadero peligro. Por su parte, además sentía la impotencia que le generaba el hecho de haberse convertido en simples observadores de todo lo que estaba sucediendo. Tras descubrir Caplan el punto de retorno de *Denise*, su trabajo había finalizado y ahora quedaba en manos de Connelly y de los profesores descubrir los dígitos restantes del código.

Por fortuna, era precisamente la agente quien estaba haciendo aquella llamada.

—Espero que tengas buenas noticias —le dijo nada más descolgar.

—¡Tenemos el código completo! —exclamó Connelly sin tratar de disimular ni un ápice su emoción.

La Directora cerró los ojos y expiró aliviada. Por fin lo habían conseguido.

—¿Estáis completamente seguros de que son los números que necesitamos? —preguntó consciente de la importancia de no equivocarse.

—Sí, totalmente. Los profesores han elegido una serie de cuadros de esta sala y tras cada uno de ellos hemos encontrado un nombre que el profesor Milanelli ha convertido en un dígito, de manera similar a como hizo con los cinco nombres que aparecieron en las Venus de la iglesia de Los Inválidos. Finalmente, para asegurarnos, hemos cogido uno de los cuadros que habían descartado inicialmente y hemos comprobado que no había ningún nombre en él.

—Entonces es cierto —dijo Rice tocando levemente al mismo tiempo el hombro derecho de Caplan—. Ya tenemos el código para desactivar el gusano.

Caplan entendió perfectamente lo que quería de él y se dispuso a escribir los dígitos que faltaban.

Rice fijó su mirada en la pantalla y en las posiciones que quedaban libres.

—Ya teníamos cinco de los doce dígitos —recordó—. Aún así, para que no haya ningún error en la transcripción ni en la posición de cada uno de ellos, activaré el dispositivo manos libres y quiero que los digas lentamente uno por uno ¿entendido?

—Sí, sin problema —respondió Connelly.

La Directora se apartó el teléfono del oído y activó el dispositivo manos libres, tal y como le había anunciado.

—Cuando quieras. Recuerda, despacio. Uno por uno.

Connelly cogió aire para tratar de calmarse. A pesar de que decir ordenadamente doce números era una completa tontería, el contexto en el que se encontraban elevaba

la importancia de no equivocarse hasta el infinito.

—Cinco —pronunció en voz alta.

Al otro lado del auricular Caplan no escribió nada, ya que era uno de los que ya conocían.

—Siete —continuó—. Cinco. Dos. Cuatro. Cuatro.

Tras cada número, la agente guardaba dos segundos de silencio, pero al llegar justo a la mitad del código prolongó este espacio de tiempo un poco más. Aún así, ni los profesores ni nadie en la CIA pronunció ni una sola palabra.

—Siete —prosiguió tras ese lapso—. Siete. Tres. Siete. Seis. Siete.

Cuando finalizó, Rice observó durante unos instantes el código completo. La llave para anular a *Denise* y recuperar el control del edificio de la ONU.

5 7 5 2 4 4 7 7 3 7 6 7

—¿Todo bien? —preguntó finalmente mirando a Caplan.

Este se dio media vuelta y asintió.

—Sí. Es justo lo que necesitábamos. Ya le dije desde el principio que era imposible saber lo que James habría elegido y, en esta ocasión, parece que fue una serie numérica.

Caplan comenzó inmediatamente a escribir algo inteligible para la Directora y, tras unos segundos, volvió a girarse para mirarla.

—Ya está. En cuanto pulse la tecla Enter debería quedar desactivado.

Rice miró al teléfono móvil, cerró durante un instante los ojos rezando interiormente para que todo saliera bien, y los volvió a abrir.

—Muy bien, vamos a probar. Ahora mismo sabremos si hemos acertado.

En la galería Frick, Connelly y los profesores contuvieron el aliento.

Caplan pulsó la tecla Enter. El absoluto silencio que guardaban hizo que incluso Margaux escuchara el sutil y característico sonido al pulsarla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó inconscientemente Milanelli tras un par de segundos sin noticias.

Acto seguido, un pitido hizo que todos temieran lo peor.

Rice no daba crédito a lo que veía.

—¡Se han equivocado! —gritó furiosa—. ¡Lo que nos han dicho no era el código que necesitábamos! ¡Se han equivocado!

Margaux y Campbell se miraron el uno al otro con cara de pánico mientras Milanelli mantenía su mirada fija en el móvil de Connelly sin comprender lo que estaba sucediendo.

El agudo pitido volvió a escucharse. Otra vez. Y otra más.

—¡La temperatura no para de subir! —les anunció Rice a gritos—. Veintiséis grados, veintisiete, ¡veintiocho!

Milanelli se llevó ambas manos a la cabeza recordando la escena de la National

Gallery con la ministra Johnson.

«Nos dieron una oportunidad y hemos fallado».

El pitido no cesaba.

—¡Ya hemos superado los treinta grados, maldición!

La voz enfurecida de Rice se escuchaba fuerte y feroz a través del altavoz del móvil de Connelly. Los cuatros permanecían inmóviles sin saber qué podían hacer. Si lo que estaba diciendo la Directora era cierto, estaban a pocos segundos de ser los principales responsables de la muerte del Presidente Grant, del Primer Ministro Taylor y del presidente Deneux, además de todas las personas que les acompañaban en el interior de la Asamblea.

«Una masacre». Pensó Campbell.

—¡Treinta y un grados! ¡Treinta y dos! ¡Treinta y tres!

Margaux no aguantó más la presión y rompió a llorar. Necesitaba que aquello terminara lo antes posible. No podía soportar escuchar lo que estaba a punto de suceder.

De repente, el pitido cesó.

Durante unos segundos todos se mantuvieron en silencio con el corazón disparado.

—Se ha detenido en treinta y cuatro grados —susurró Rice con voz desencajada—. Se ha detenido...

Campbell cerró los ojos dando las gracias. Milanelli miró inconscientemente a la hoja donde había llevado a cabo todas las transformaciones de los nombres encontrados temiendo haber cometido algún error en alguno. Para asegurarse, se acercó hasta ella y empezó a repasarlas aceleradamente.

—Se ha detenido en treinta y cuatro grados —repitió la Directora—. ¡El error que acaban de cometer nos ha costado que la temperatura de la Asamblea haya ascendido diez grados! Ahora sólo quedan seis hasta llegar al punto donde se activará el virus.

Campbell se acercó hasta Margaux y le pasó el brazo sobre los hombros tratando de ayudarla a tranquilizarse. Por duro que pudiera sonar, ellos eran los únicos que podían averiguar qué habían hecho mal y cómo encontrar el verdadero código.

—Está claro que nos hemos equivocado en algo —dijo tratando de sobreponerse a lo que acababan de experimentar—. Y que la temperatura se haya detenido como usted dice traza una similitud clara con los que vimos ayer con la ministra Johnson. En nuestro primer intento por apagar la barrera luminosa que nos impedía el paso a la sala donde ella se encontraba encerrada también nos equivocamos y el resultado fue que aquella jaula gigante de metacrilato se llenó de agua, pero no lo suficiente para ahogarla. Aquí ha ocurrido lo mismo. La temperatura se ha disparado, pero sin llegar a los cuarenta grados.

—No creo que eso sea ni mucho menos un aspecto por el que alegrarnos, profesor —le interrumpió Rice sin disimular su enfado.

—Por supuesto que no —respondió—. Pero al menos nos muestra que la manera

de actuar de Morton en este caso es igual al que vimos ayer y eso significa que tenemos otra oportunidad.

—¡De ninguna manera! —exclamó furiosa la Directora—. No pienso permitirles que vuelvan a equivocarse.

—No tienen otra alternativa, en realidad —añadió Milanelli dando por finalizada su comprobación—. Salvo que pretendan asaltar a la fuerza ese edificio, no les queda otra opción que confiar en nosotros y Morton lo sabe perfectamente. Por eso ha ideado el juego de esta manera. Si ya era un suicidio pensar que podrían desalojar a todas esas personas antes de que el sistema de climatización pasase de dieciocho grados a cuarenta, mucho más ahora que su margen es de sólo seis grados.

—No creo que deba recordarle por qué nos encontramos en esta situación ¿verdad?

Milanelli se detuvo un instante tratando de ignorar los reproches de la Directora de la CIA. Al fin y al cabo, ellos estaban tratando de hacer su trabajo lo mejor que podían, aunque en ese momento era algo que ella parecía haber olvidado.

—Ayer, en Londres, cometimos un primer error. Eso nos sirvió para recapitular y repasar todo lo que estaba sucediendo y llegar a la verdadera contraseña que debíamos utilizar. De modo análogo, creo que aquí ocurre algo similar. Es evidente que me gustaría que hubiésemos acertado a la primera, es absurdo pensar lo contrario, pero lo que ha ocurrido y la situación en la que nos encontramos ahora ya no se puede cambiar, por lo que tenemos que encontrar la manera de descubrir el verdadero código que desactivará a ese gusano.

—No sé cómo pretende conseguir eso, profesor —le espetó Rice—. Pero tienen menos de una hora y media para conseguirlo. Hasta ahora lo que hemos visto es que la temperatura ha ido ascendiendo dos grados cada treinta minutos y sólo quedan seis para llegar a los cuarenta grados, como usted bien acaba de decir. Eso nos da un plazo exacto de una hora y media.

Caplan hizo un ligero ruido con la garganta para atraer la atención de la Directora al tiempo que le señalaba el reloj de la pantalla del ordenador.

—Menos incluso —dijo Rice entendiéndolo que le estaba mostrando—. Les quedan exactamente una hora y doce minutos para descubrir el verdadero código hasta de que el sistema alcance los cuarenta grados.

—Dudo que la Vicepresidenta aguante tanto —comentó Connelly.

—Exacto. Estoy segura de que ya han visto lo que ha sucedido, ya que están siguiendo al segundo todo lo que ocurre desde la Sala de Situación de la Casa Blanca y estoy convencida de que recibiré su llamada en cuanto termine de hablar con ustedes.

—¿Qué cree que harán? —preguntó Campbell.

—Solucionar este problema por la fuerza, profesor —respondió Rice—. La última vez que hablé con ella me dijo que nos daban una oportunidad para conseguirlo y está claro que hemos fallado.

—Una vez sí —dijo indignado Milanelli—. Pero no pueden pretender que lo hagamos todo perfecto. El juego que ha planteado Morton en esta ocasión es extraordinariamente complejo. No han sido realistas si de verdad pensaban que llegaríamos a Nueva York y resolveríamos todo en un abrir y cerrar de ojos.

—Puedo entender lo que dice, créame. Pero ordenar un asalto a la Asamblea General no depende de mí, sino de alguien que no ha hablado nunca con ustedes y que ni siquiera está al tanto más que indirectamente de lo que están haciendo. Ahora mismo la Vicepresidente Hawkins tiene que decidir si deja en sus manos la vida de las ciento dieciocho personas que están allí dentro, incluido el Presidente, o trata de resolver este enorme problema de alguna otra manera.

Capítulo 95

Tras finalizar Rice la conversación, Connelly guardó el teléfono de nuevo en el bolsillo de su chaqueta y echó un vistazo a su alrededor. Ocho de los veinticuatro cuadros que se exponían en la galería Oeste de la Colección Frick se encontraban repartidos entre el suelo y la mesa central de la sala con la cubierta, el marco y el tapiz cada uno en un sitio diferente conformando un estrambótico puzzle de piezas gigantes.

A pesar de la enorme responsabilidad que había asumido cuando su jefa le había encargado acudir hasta Londres en busca de aquellos tres profesores universitarios sobre los que la CIA tenía noticias, lo que acababa de vivir iba mucho más allá de cualquier experiencia que pudiera haberse imaginado de antemano. Como Rice había mencionado hacía sólo unos pocos segundos, ahora debían salvar a ciento dieciocho personas. No se trataba de encontrar al hijo del presidente francés, ni siquiera de descubrir el paradero de varios ministros del gobierno británico, sino que ciento dieciocho personas estaban a poco más de una hora de ser asesinadas y sólo ellos cuatro podían evitarlo.

—Tienen que pensar qué podemos hacer ahora y rápido, profesores. Ya han oído a la Directora. Si no hacemos algo nosotros la Vicepresidenta ordenará el asalto a la Asamblea, y ya sabemos de sobra cómo acabará todo si eso sucede.

Antes de responder, Milanelli volvió a mirar a sus apuntes.

—La transformación de los nombres es correcta, lo he comprobado. Y los nombres no admiten discusión. Lo hemos visto con ese cuadro —dijo señalando al último que habían utilizado.

—Entonces debemos repasar todo el razonamiento que nos ha llevado hasta este punto —propuso Margaux recuperándose—, porque en algún punto intermedio hemos cometido un error. Si el código que tenemos no es el correcto quiere decir que nos hemos equivocado en algo.

—Sí, pero ¿en qué? —preguntó Connelly—. Llevo todo el día con ustedes y todo lo que han hecho ha sido perfectamente lógico. Los razonamientos que han desarrollado, sus intuiciones, todo se ha mostrado siempre acertado.

—Para ser sinceros, eso no es del todo cierto —reconoció Milanelli con algo de frustración—. Nos equivocamos yendo a la Biblioteca Morgan.

Connelly recordó inmediatamente el momento en el que ella misma le había prometido volver a aquel lugar tan pronto como todo hubiese terminado.

—Pero allí no había nada —le rebatió—. Y Morton fue precisamente quien filtró a la NBC el informe del Servicio Secreto británico que nos trajo hasta aquí. Lo hizo mientras estábamos en aquella biblioteca en vez de darnos el tiempo suficiente para descubrir por qué estábamos allí.

Campbell se pasó una mano por la barbilla pensativo. Había algo en toda aquella historia que no acababan de conseguir encajar y tenía la desagradable sensación de

que estaban siendo incapaces de hacerlo a pesar de tenerlo justo delante de sus narices.

—Emilie tiene razón. Debemos repasar todo lo que hemos hecho, incluyendo nuestro paso infructuoso por la Biblioteca Morgan, hasta descubrir dónde nos hemos equivocado.

—Le escucho —dijo Connelly mirándole.

El profesor mostró una mueca de desaprobación. En ese momento prefería reflexionar interiormente a exponer sus ideas en voz alta. Ideas que sentía que debía reorganizar cuidadosamente primero antes de compartirlas, pero él había realizado ese comentario y era lógico que le pidiera que fuese también él quien lo hiciera.

—La búsqueda del código comenzó en el apartamento de Steve Douglas con aquella cita que Milanelli encontró y que nos dirigió hasta la iglesia de Los Inválidos, o mejor dicho, que nos llevó a pedirle a Chavier que acudiera a la iglesia de Los Inválidos de París. El hecho de que esa cita estuviese escrita en la entrada de la cripta de Napoleón parecía un mensaje bastante claro por parte de Morton.

—Como debe ser para que no nos equivoquemos —puntualizó Milanelli mirando a Connelly.

—Allí Chavier encontró aquellos cinco nombres escritos en cinco de las Venus presentes en la cripta utilizando un procedimiento que ya les habíamos visto emplear anteriormente —continuó Campbell—, el de escribir algo que sólo puede verse utilizando una luz especial, lo cual era necesario dado el elevado número de personas que visitan a diario esa iglesia y a que no sabemos cuándo los pudieron escribir.

—Pero fueron precisamente esos nombres los que nos llevaron a la Biblioteca Morgan, que es la pieza que no conseguimos encajar —mencionó Margaux.

Campbell la miró y asintió. Ambos sabían que se encontraban en un callejón sin salida.

—Si ignoramos ese punto —prosiguió Milanelli—, la filtración de ese informe del Servicio Secreto británico y su contenido nos señalaban los cuadros del Guildhall donde encontramos también oportunamente oculto el mensaje que nos trajo hasta aquí.

—Y aquí los siete nombres que completan el código —añadió Connelly cerrando un círculo que volvía a llevarles al mismo punta de partida.

Milanelli frunció el ceño. A pesar de la interrupción sabía que la agente estaba en lo cierto.

—Queda demostrado que la Biblioteca Morgan es el único cabo suelto de toda esta historia —dijo Margaux tratando de recapitular—. Sabemos que teníamos que ir hasta allí, pero no por qué razón, y lo peor de todo es que seguimos sin ser capaces de descubrirlo.

—Si lo tienen tan claro puede que algo que allí había, y que no supimos ver en su momento, es lo que explicaría en qué parte nos hemos confundido y por qué ese código no es el que necesitábamos —propuso Connelly señalando al papel de

Milanelli.

Los cuatros se quedaron varios segundos en silencio pensativos.

—Pero ¿qué demonios podría ser? —se preguntó Milanelli en voz alta—. La numerología es la única manera de transformar todos esos nombres en números y en aquella biblioteca no había más que libros extraños. ¿De qué nos iban a servir?

Al instante, Campbell se llevó ambas manos a la cabeza.

—¡Lo tengo!

A Connelly se le encogió el corazón.

—¡Dios mío, claro! ¡Lo teníamos delante!

La cara de Milanelli era de fascinación total. No sabía cómo, pero estaba seguro de que su compañero había conseguido sacarles del problema en el que estaban sumidos.

—¿Qué he dicho? —preguntó sonriendo—. ¿Qué ha descubierto?

Campbell les miró con un brillo especial en sus ojos.

—¡Por supuesto que en la Biblioteca Morgan está lo que necesitamos! ¡Es increíble lo que han hecho! ¡Cómo lo han planeado todo!

—Profesor, por favor —dijo Connelly con enorme impaciencia—. Tenemos muy poco tiempo, y si ha descubierto algo que nos permita encontrar el verdadero código, tiene que decírnoslo lo antes posible.

Campbell la miró, caminó dos pasos hasta colocarse en el punto de la mesa donde estaba el papel de Milanelli y se explicó.

—El profesor tiene razón en todo lo que dice. Nuestro razonamiento y todo lo que hemos hecho ha sido correcto, siempre. Pero no lo hemos hecho en el orden adecuado. Efectivamente, la numerología es el único modo de transformar los nombres que hemos encontrado en números. El problema es que no hemos utilizado la plantilla adecuada —dijo señalando al papel—. Y por eso nos enviaron en un primer momento a la Biblioteca Morgan y también por eso todos los nombres que hemos encontrado aquí nos dirigen de nuevo allí.

—Creí entenderles que estos nombres eran del cuadro de La escuela de Atenas y que lo habían visto en París.

—Sí, claro que sí —respondió Campbell sonriendo entendiendo la confusión que la agente debía sentir en ese momento—. Ambas cosas son ciertas pero, como acabo de decir, es necesario ordenarlas correctamente para encontrar su verdadero significado.

Connelly torció la cabeza ligeramente mostrando que estaba totalmente perdida.

—Cinco de los siete nombres hacen referencia a personajes que aparecen en ese cuadro; Pitágoras, Alejandro Magno, Estrabón, Aristóteles y Parménides. Sería estúpido por nuestra parte ignorar que eso tiene que tener algún significado, porque de los cientos de nombres posibles eligieron cinco que están juntos en un mismo cuadro.

—Pero los otros dos no cumplen lo que usted dice —le rebatió.

—Lo sé, porque Morton los utilizó para señalarmos de nuevo la Biblioteca Morgan. Estos siete nombres son en su conjunto un mensaje que nos indica qué es lo que hemos hecho mal y por qué el código al que hemos llegado está equivocado.

—En eso tiene razón —le apoyó Margaux consultando ágilmente internet con su teléfono móvil—. En la Biblioteca Morgan se exponen obras tanto de Alessandro Algardi como de Giacomo Cavedone. Lo mismo que ocurría con los cinco autores de París.

—Entonces...

—Entonces, como le digo, estos siete nombres son un mensaje de Morton. Con los de Algardi y Cavedone nos está diciendo que volvamos a la Biblioteca Morgan y con los otros cinco nos indica qué tenemos que buscar allí.

—¿El cuadro de La escuela de Atenas? —preguntó sorprendido Milanelli.

—No, no... —respondió Campbell sonriéndole—. Mucho mejor que eso. Han utilizado a Pitágoras, Alejandro Magno, Estrabón, Aristóteles y Parménides para que nos centremos en ese cuadro. ¿Y quiénes son los dos personajes más importantes que aparecen en él?

Milanelli se llevó las manos a la cabeza. Por fin lo había comprendido todo.

—¿Quiénes? —preguntó Connelly.

—Platón y Aristóteles —respondió Margaux—. Dos personajes que Morton ya utilizó en París, puesto que dentro de la boca de los cadáveres de la biblioteca de la Asamblea Nacional y del Panteón dejó hojas de las obras que precisamente sostienen en ese cuadro, *Timeo* y *Ética nicomáquea*, respectivamente.

—¿Y qué tiene que ver eso con lo que está ocurriendo aquí?

—Todo, absolutamente —contestó Campbell—. Aristóteles fue discípulo de Platón. Su discípulo predilecto de todos cuantos tuvo, ya que es lógico que no sólo le tuviera a él, pero sí que existe una razón que le hizo alcanzar ese estatus.

Margaux le escuchaba fascinada. Conocía levemente la historia que sabía que estaba a punto de explicar Campbell y la capacidad con la que había conseguido juntar todo lo sucedido aquel día hasta llegar a ella le parecía realmente sorprendente.

—La relación entre números y letras es algo tan antiguo como la propia lengua y se conocen distintos sistemas similares, como la gematría o el sistema de numeración hebreo, que utilizan relaciones entre ellos, muy parecidos a ésta propuesta por el profesor —les explicó señalando una vez más al papel que estaba sobre la mesa—. Pero el problema es precisamente ese, y ahí es donde nos hemos equivocado. Son tantos los modos en que se pueden combinar los números y las letras que cada palabra podría dar lugar a un número completamente diferente en función del sistema utilizado. Y precisamente por eso, para que sepamos exactamente cuál debemos usar, Morton nos está señalando al cuadro de La escuela de Atenas con los nombres de Pitágoras, Alejandro Magno, Estrabón, Aristóteles y Parménides que dejó en cinco de los siete cuadros de esta sala, porque sus personajes principales, como le expliqué hace un momento, son Platón y su discípulo Aristóteles. Y a pesar de que no hay

confirmación escrita que lo defienda, se cree que Aristóteles alcanzó el estatus de discípulo predilecto gracias a que fue el único que consiguió resolver un enigma que Platón les planteó en una ocasión a todos sus alumnos.

—El Dilema de Egina —dijo Margaux.

Campbell sonrió al ver que sabía a lo que se estaba refiriendo. A continuación, cogió el papel de Milanelli y empezó a caminar rápidamente hacia la salida.

—¿A dónde demonios va, profesor?

Para cuando Connelly terminó de formular su pregunta, Campbell ya había desaparecido de la galería. Milanelli salió tras él confiando en que sabía lo que estaban haciendo. Margaux y la agente les siguieron.

—¿Por qué nos vamos? —le preguntó confundida.

—Ya hemos hecho todo lo que teníamos que hacer aquí.

—¿Usted también cree que esa historia de Platón y Aristóteles es cierta?

Margaux la miró con complacencia y respondió de la manera más educada que pudo.

—Eso es imposible saberlo, pero al menos la explicación que ha dado Campbell es perfectamente coherente con todo lo que hemos visto hoy.

—Pero ese dilema del que hablan... ¿cómo va a ayudarnos?

—No son fáciles sus preguntas —comentó con una ligera risilla—. El Dilema de Egina ni siquiera es algo que se sepa a ciencia cierta que existió, sino más bien un mito como tanto otros.

Connelly arqueó las cejas.

Margaux suspiró.

—Se supone que el Dilema de Egina fue una prueba que Platón les puso a sus alumnos para comprobar si eran merecedores de ser sus discípulos. No se sabe exactamente en qué consistía, ni cómo se resolvió. Lo único que sabemos es que únicamente Aristóteles lo hizo.

—¿Y eso nos ayuda?

—Esa parte no, claro. Pero el mito dice que Platón dejó a sus alumnos un esquema en el que las letras y los números se relacionaban entre sí como única herramienta para resolver el problema propuesto y les concedió veinticuatro horas para hacerlo. Al día siguiente sólo Aristóteles lo había conseguido.

—¿Todos los demás fallaron?

—Mejor dicho no lo consiguieron, sí. Pero como digo, es sólo un mito. Evidentemente, de ser cierto, dudo que Platón dejara de enseñarles sólo por eso. Lo que sí es más probable es que, gracias a que fue el único capaz de resolverlo, Aristóteles se ganó un favoritismo especial por el que quizá haya pasado a la historia como el principal discípulo de Platón.

Al llegar al hall del museo, Campbell les estaba esperando con una sonrisa fijada en su rostro.

—Espero que la profesora le haya convencido de que hacemos bien en irnos de

este lugar y de que en la Biblioteca Morgan está el verdadero esquema que debemos utilizar para transformar estos doce nombres en números —dijo levantando la hoja que llevaba en la mano.

Connelly refunfuñó.

—Si ese dilema es tan conocido no veo la necesidad de ir hasta allí. Podemos buscarlo en internet y acabar con esto ahora mismo.

A pesar de que trabajaban a contrarreloj, el profesor sentía que debía convencerla de que estaban haciendo lo correcto.

—Quizá sea una buena idea —dijo para su sorpresa—. Coja por favor su móvil y búsquelo. Dilema de Egina.

La agente sacó el móvil con inseguridad ante el cambio de opinión mostrado por el profesor, abrió el navegador y escribió la búsqueda. Al ver los resultados, torció el gesto.

Campbell sonrió satisfecho.

—¿Nada, verdad? Era de suponer, no se preocupe. Si Morton ha conseguido encerrar a los mandatarios de medio mundo en una sala sin que nadie pueda hacer nada para sacarlos de allí salvo nosotros, no creo que borrar la información existente en internet sobre el Dilema de Egina le haya resultado especialmente complicado.

Connelly aceptó a regañadientes la pequeña trampa que le había tendido y reemprendió la marcha hacia el exterior del museo donde tenían aparcado el coche. Al llegar hasta él se subió con rapidez acompañada de los profesores y encendió la sirena pulsando un pequeño botón situado en el salpicadero. Ya no había necesidad de guardar ningún tipo de secreto acerca de lo que estaban haciendo. Dentro de ese vehículo viajaban las únicas personas que podían salvar al Presidente y todo el mundo debía saberlo. Tenían que utilizar todos los medios para llegar lo antes posible.

Al incorporarse a la Quinta Avenida y ver que el camino que tenían por delante estaba más o menos despejado, intentó aclarar el resto de dudas que le quedaban.

—¿Y qué le hace estar tan seguro de que en la Biblioteca Morgan encontraremos ese dilema? —preguntó mientras clavaba su mirada en él a través del espejo retrovisor.

—Porque lo vi —respondió decidido—. ¿Recuerda los expositores rectangulares situados simétricamente uno a cada lado de la sala?

Connelly afirmó con un murmullo.

—Pues ahí está el esquema que necesitamos. El que Platón utilizó en el Dilema de Egina. Por eso Morton utilizó cinco nombres de personajes del cuadro de La escuela de Atenas a estas alturas del juego. Porque quería que nos fijásemos en Platón y en Aristóteles.

—Pero eso es muy arriesgado —le replicó—. Perfectamente podrían no haberse dado cuenta.

—Puede ser —reconoció Campbell—. Y precisamente por eso ya nos había

dirigido anteriormente al único lugar de esta ciudad donde hay un libro que habla de ese mito. Al no haber podido encontrar nada en ella, Morton sabía de sobra que esa biblioteca estaría rondando nuestras cabezas sin parar preguntándonos por qué nos había llevado hasta allí. Y si todavía todo eso no fuese suficiente utilizó los nombres de Algardi y Cavedone para volver a señalárnosla. Sólo hizo falta que Milanelli hiciera ese comentario de que allí únicamente había libros extraños para que de golpe todo encajara a la perfección.

—¿Quiere decir eso que está convencido de que esta vez sí que acertaremos con el código que descubramos?

—Absolutamente —respondió—. El problema que teníamos era el que antes les comenté. La numerología es una herramienta perfecta para transformar palabras en números, pero todo depende de cómo dispongas unas y otras, del esquema que diseñes. De modo que era necesario también que Morton nos indicara uno de manera inequívoca y es el del Dilema de Egina. Lo único que tenemos que hacer es llegar a la biblioteca, descubrir cómo podemos abrir el expositor, y buscar en ese libro el mismo problema que Platón les propuso a sus alumnos hace dos mil cuatrocientos años.

Capítulo 96

—¡Esto es inadmisible! —exclamó Fallow claramente enojado—. ¡Debemos entrar ahora mismo en la Asamblea!

Hawkins escuchaba las palabras del Jefe del Estado Mayor del Ejército mientras mantenía la mirada clavada en la misma pantalla en la que acababan de presenciar cómo, de manera inexplicable, la temperatura de la Asamblea había ascendido de golpe diez grados centígrados.

—Vicepresidenta —comenzó Richardson con un tono de voz más amable—, entiendo que la decisión es extremadamente compleja, y que el riesgo que corremos es muy alto, pero no podemos seguir cruzados de brazos durante más tiempo. Les concedimos una oportunidad a esos profesores y han fracasado. Ahora mismo estamos a sólo cuatro grados de que se active el virus.

Hawkins desvió sutilmente su mirada hacia la pantalla situada a la derecha. A pesar de que la temperatura todavía marcaba treinta y cuatro grados, si se cumplía lo que habían visto hasta ese momento, en menos de un minuto y medio ascendería otros dos grados más y la afirmación del Secretario de Defensa se haría realidad.

—Señora Vicepresidenta, creo que tienen razón —añadió Marshall—. Creo que debemos tomar una decisión lo antes posible. Lo que acabamos de ver cambia completamente las cosas. Antes teníamos un margen de cuatro horas, aproximadamente, para evacuar el mayor perímetro posible en torno al edificio de la ONU, pero ahora ese espacio de tiempo se ha reducido drásticamente a sólo una hora. Tendremos mucha suerte si conseguimos evacuar a todas las personas que ahora mismo están concentradas delante de él.

Al escuchar que los tres parecían estar de acuerdo, se giró levemente en la silla y miró a Marshall.

—¿Cuánto tiempo llevaría desplegar un equipo de asalto?

—Si da la orden ahora mismo podríamos estar en la puerta de la Asamblea en diez minutos. Quince máximo, en función del acceso que tengamos —respondió apuntando a la pantalla que mostraba los exteriores abarrotados de personas.

—¿Y para desalojar por completo los alrededores?

Marshall suspiró.

—Eso es más difícil de precisar. Necesitaríamos la coordinación de la policía y del ejército.

—Desplegaremos tantos hombres como sean necesarios —afirmó contundente Fallow—. Pero debe dar la orden inmediatamente.

Un ligero pitido se superpuso bruscamente con el final de aquella frase. Los cinco dirigieron de inmediato sus miradas hacia las pantallas y vieron cómo la temperatura acababa de subir otros dos grados.

Hawkins se dio por vencida.

—Está bien —dijo con voz débil sabiendo que quizá estaba condenando a una

muerte segura a todas aquellas personas—, ordene la evacuación del mayor perímetro posible. Quiero que la policía y el ejército se ocupen de que no haya ni una sola persona en la calle. Es imposible evacuar los edificios en tan poco tiempo, de modo que quiero que se aseguren también de que todos se cierran a cal y canto. Quiero que todos los medios de comunicación adviertan de la situación en la que nos encontramos para que nadie salga a la calle. Llegados a este punto me es indiferente que se sepa la verdad. No quiero que ni una sola cadena de televisión emita nada que no sea un mensaje claro advirtiendo a todo el mundo que se refugie dentro de los edificios.

Fallow se levantó como un resorte y se alejó hasta el extremo contrario de la sala para poder dar las órdenes adecuadas sin molestarles.

—Quiero que prepares el asalto a la Asamblea —le dijo a Marshall mirándole fijamente a los ojos—. No me importa cuántos equipos necesites, quiero que sean los suficientes para tomar el control completo del edificio teniendo en cuenta que allí dentro hay ciento dieciocho personas a las que tenemos que salvar la vida.

Al igual que había hecho Fallow segundos antes, Marshall se levantó y se alejó unos metros para transmitir las órdenes de la Vicepresidenta.

Cuando terminó de hablar con ellos, Hawkins se dirigió hacia la doctora Jones que mantenía la mirada perdida en las pantallas.

—Lo siento —le dijo tratando de entender lo que estaría sintiendo en ese momento—, pero no nos queda otra opción. Tenemos menos de una hora hasta que el sistema de climatización alcance los cuarenta grados y todas esas personas mueran. Si ese va a ser su final, al menos tenemos que intentar salvarles la vida.

Jones la miró, pero fue incapaz de responder. Ya había dejado muy claro que si decidían asaltar la Asamblea, y el virus salía del lugar en el que ahora mismo se encontraba confinado, el riesgo para la población de Nueva York sería muchísimo mayor.

«Seréis responsables de la muerte de varios cientos de miles de ciudadanos por tratar de salvar a un centenar de personas».

La advertencia que les había lanzado retumbaba en su cabeza sin cesar.

Cuando Marshall y Fallow volvieron a sus respectivos asientos, Hawkins marcó el número de teléfono de Rice para avisarla. Ya había tomado una decisión y debía transmitírsela lo antes posible para que los profesores detuvieran inmediatamente lo que estuviesen haciendo y se pusieran a salvo.

—Buenas tardes, Vicepresidenta.

La voz de Rice se escuchó lejana y hueca a través del altavoz JBL situado en el centro de la mesa.

—Acabo de ordenar el asalto a la Asamblea, quería que lo supieras —le informó Hawkins con tono sereno y sin rodeos—. Supongo que habrás visto lo que ha ocurrido con la temperatura, y puede que incluso sepas por qué ha sucedido, pero eso ya no importa realmente. Lo único cierto es que se ha agotado el tiempo. Tenemos

que entrar ahí dentro y sacar al Presidente, aunque con ello arriesguemos la vida de muchas más personas.

Al otro lado del auricular, Rice se quedó helada. Su trabajo había fracasado.

—Quiero que llames a la agente Connelly y que, tanto ella como los profesores, interrumpan lo que estén haciendo y se alejen del edificio de la ONU cuanto sea posible. Al menos ellos sí saben lo que va a ocurrir y pueden ponerse a salvo.

—El código que nos dieron era erróneo —acertó a decirle de manera inconsciente a modo de respuesta—. Creían que lo habían descubierto, pero estaban equivocados y eso produjo el aumento de diez grados en la temperatura.

—No me cabe la menor duda de que lo han hecho lo mejor que han podido —le cortó amablemente Hawkins—. Pero, como te digo, ahora ya no importa. En quince minutos llegarán las unidades de asalto y acabaremos con esto ¿de acuerdo?

Rice aceptó las órdenes que recibía de la Vicepresidenta y finalizó la llamada.

Al terminar, todos dirigieron de nuevo su mirada hacia las pantallas situadas al fondo de la sala. Los primeros coches de policía ya habían comenzado a llegar y, poco a poco, los exteriores del edificio empezaban a evacuarse.

Capítulo 97

Al llegar a la Biblioteca Morgan Connelly detuvo el coche con brusquedad delante de la entrada principal y se bajó con rapidez. A pesar de que el código erróneo que habían comunicado a la CIA había sido descubierto por los profesores, se sentía culpable por las consecuencias que aquel grave error podría tener para la vida de todas y cada una de las personas que llevaban varias horas encerradas en la Asamblea General. Sin mirar atrás, atravesó la entrada principal y cruzó con rapidez el patio Gilbert. Todo dentro de aquel edificio estaba exactamente como lo habían dejado al irse. Al llegar a la Rotonda divisó durante un instante a la derecha el estudio Morgan que habían revisado anteriormente y sin perder ni un sólo momento se dirigió a la izquierda hasta llegar a la biblioteca.

—Este es lugar que pedían —dijo en voz alta dándose la vuelta y mirando a los profesores.

Inmediatamente, Campbell se dirigió al expositor situado a la izquierda de la sala. Los tres le siguieron.

—Necesitamos encontrar la manera de abrirlo —murmuró.

—¿Es uno de estos libros? —preguntó Connelly inquieta.

El profesor la miró y asintió con excitación.

—El del centro —respondió apoyando su dedo índice sobre el cristal—. Una posición muy reveladora teniendo en cuenta que es el que contiene el esquema del Dilema de Egina.

—Una manera más con la que los secuestradores nos muestran su importancia, sin duda —añadió Milanelli.

Connelly dio un paso atrás para ver con claridad los extremos de aquel expositor de metacrilato. Aparentemente no existía ningún modo de abrirlo.

—Creo que estos libros están protegidos por alguna razón...

—Son excepcionales —la interrumpió Campbell—. Por eso están dentro de este expositor y no al alcance de los visitantes como el resto. Al menos éste que necesitamos. Por eso les dije en la galería que lo primero que tendríamos que hacer sería descubrir el modo de abrirlo.

Justo cuando terminó de hablar el pitido del teléfono móvil de la agente hizo que los tres profesores dirigieran instintivamente su mirada hacia ella. En la mente de todos ellos apareció el temor porque algo terrible hubiese ocurrido en la Asamblea.

Connelly cogió la llamada y escuchó atentamente durante varios segundos. Al terminar, volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de su chaqueta.

—Hemos terminado, profesores —murmuró a duras penas.

—¿Cómo dice? —preguntó atónito Milanelli.

—Era la Directora —les explicó con más detalle—. Acaba de recibir la llamada de la Vicepresidente Hawkins. Van a asaltar la Asamblea en menos de diez minutos.

Campbell se llevó ambas manos a la cabeza mientras que Margaux y Milanelli la

miraban sin comprender.

—Me ha ordenado que detengamos inmediatamente lo que estamos haciendo. La Vicepresidenta ha tomado una decisión y debemos acatarla.

—Pero si intentan entrar en esa sala provocaran que la temperatura se dispare y permitirán que el virus se propague sin control. ¡Ellos mismos matarán a todas esas personas!

Connelly se pasó ambas manos por el rostro agotada. Lo que estaba indicando la profesora era una obviedad que tanto Rice como ella sabían muy bien que ocurriría, pero no había nada que ellos pudieran hacer.

—Lo sé, profesora, y precisamente por eso me ha pedido que nos alejemos del edificio de la ONU tanto como podamos —respondió—. La doctora responsable de su desarrollo les ha aconsejado que evacúen a todas las personas en un radio de un kilómetro.

A Campbell se le escapó una risa nerviosa.

—¡Eso es imposible! ¡¿Cómo demonios pretenden hacerlo?!

—No pueden, evidentemente. Por eso la Vicepresidenta ha ordenado que todas las cadenas de televisión emitan obligatoriamente un mensaje avisando a la población de Manhattan para que se encierren dentro de los edificios cercanos. Es la única manera de tratar de mantener al mayor número de personas a salvo.

—Entonces dan por hecho que el virus se propagará —dijo Margaux.

Connelly la miró a los ojos, pero no pudo responder.

—¿Y qué hay de todas las personas que ahora mismo están allí delante? —preguntó Campbell.

—También han ordenado su evacuación. En el tiempo que tienen hasta que las unidades de asalto entren en la Asamblea van a intentar que el mayor perímetro posible en torno a la Asamblea quede completamente vacío.

Milanelli resopló y caminó varios pasos en círculo. Se resistía a aceptar que todo el trabajo que habían realizado en los tres últimos días no hubiese servido para nada.

—¿Cuánto tiempo tenemos hasta entonces?

Connelly arqueó las cejas sorprendida por su pregunta.

—Ya me ha oído —repitió con una brusquedad en su tono de voz que no había mostrado anteriormente—, ¿cuánto tiempo tenemos hasta que entren en el edificio?

La agente se apartó la manga derecha de la chaqueta para consultar su reloj.

—Algo menos de diez minutos, según me ha dicho la Directora ¿por qué?

—Entonces todavía podemos conseguirlo. ¡Tenemos tiempo para descubrir el código!

Connelly negó con rotundidad.

—Creo que no me ha entendido, profesor. La Directora de la CIA me acaba de transmitir una orden directa de la Vicepresidenta Hawkins. Tenemos que dejar lo que estamos haciendo y alejarnos de ese edificio tanto como podamos.

—Lo sé, claro que la he entendido perfectamente. Pero también sabe igual que yo

que lo que están haciendo supone acabar con la vida de todas esas personas. Morton le dijo muy claramente a la profesora que nos daban una posibilidad para salvarles, y esa oportunidad pasaba por resolver el juego que nos han planteado. Cualquier otra opción que intentemos implica inexorablemente acabar con su vida. El virus en el sistema de climatización es su manera de asegurarse de que así será si alguien intenta otra cosa que no sea resolver el juego que él nos ha planteado.

—¿Y qué propone? ¿Qué desobedecemos una orden directa de la Vicepresidenta?

Milanelli miró a Campbell y a Margaux antes de responder.

—Así es —contestó—. Yo soy italiano y esa mujer no es nada para mí. Entiendo que usted se sienta en la obligación de acatar esa orden, pero en lo que a mí respecta no tengo por qué obedecerla y, además, estoy convencido de que estamos a un sólo paso de descubrir el verdadero código que desactivará el gusano que controla el edificio, con lo que todavía tenemos una posibilidad de salvar a todas esas personas.

Connelly resopló con fuerza incapaz de decidir ante la tesitura en la que le estaba poniendo el profesor.

—Opino como él —añadió Campbell—. Creo que nuestro planteamiento inicial era el correcto. Simplemente nos equivocamos al no darnos cuenta de que era necesario que existiera un esquema inequívoco con el que transformar todos esos nombres en un código y lo que encontramos en la galería Oeste de la Colección Frick nos señala al cuadro de La escuela de Atenas y éste a su vez al Dilema de Egina que está en este libro —dijo señalándolo a través del expositor—. Estamos a un sólo paso de resolver el juego de Morton y de salvarles la vida. No podemos abandonar ahora.

Antes de responder, la agente sacó su teléfono móvil y accedió a la aplicación de mapas. A continuación, buscó el edificio de la ONU y calculó la distancia que existía entre éste y el museo en el que ellos se encontraban.

—Entiendo lo que dicen y efectivamente puede que estemos cerca de resolverlo, pero antes de tomar una decisión quiero que sean conscientes de esto.

Connelly giró el teléfono y les mostró la distancia entre ambos puntos.

—La doctora ha dicho que el virus podría propagarse a una distancia de un kilómetro y nosotros estamos exactamente a esa distancia de la Asamblea General. Si continuamos con lo que proponen y fallamos, nosotros mismos estaremos expuestos a él, con lo que eso significa.

Margaux miró a sus compañeros y respondió.

—Estoy de acuerdo con ellos y asumo el riesgo que corremos. Incluso si eso implica poner nuestra propia vida en peligro. Estoy totalmente convencida de que podemos lograrlo.

Connelly vio cómo los profesores apoyaban con rotundidad sus palabras. En el fondo admiraba enormemente que los tres estuviesen dispuestos a arriesgar su vida con tal de salvar al Presidente y al resto de personas que estaban encerradas con él.

—Está bien —dijo tras un breve instante de reflexión—. Tenemos menos de diez

minutos para encontrar ese código y transmitírselo a la Directora. Si no lo logramos, todos estaremos muertos.

Campbell se dio media vuelta y volvió a mirar al libro a través del expositor de metacrilato. El principal problema que tenían era llegar hasta él.

—Tenemos que coger este libro como sea...

Connelly sacó su arma y les pidió que se apartaran.

—No sé si tendremos que soportar una molesta alarma, pero si este es nuestro principal obstáculo pueden tener por seguro que lo superaremos fácilmente.

Los tres profesores caminaron con rapidez hacia el extremo contrario de la sala para dejar una distancia suficiente de seguridad. Sin tiempo que perder, Connelly realizó dos disparos contra el expositor que de inmediato se deshizo en cientos de pequeños trozos que se esparcieron por el suelo de la biblioteca.

Rápidamente Campbell corrió de nuevo hacia él y cogió el libro que necesitaban. En cuanto lo tuvo en su mano sintió que el corazón se le aceleraba. Por primera vez estaba convencido de que estaban a punto de terminar con el juego de una vez por todas.

Los cuatro caminaron hasta el extremo opuesto de la sala y lo apoyaron sobre el único expositor rectangular que permanecía intacto. Campbell se dirigió rápidamente a consultar el índice para encontrar en qué página se encontraba el Diagrama de Egina. Milanelli por su parte sacó el papel donde tenía apuntados todos los nombres que habían ido encontrando.

Connelly consultó nerviosa su reloj. Por desgracia, había sido muy optimista calculando el tiempo que les quedaba.

—Seis minutos —les indicó—. Sólo tenemos seis minutos.

Campbell comenzó a pasar hojas lo más rápido que pudo sabiendo lo importante que era acertar con el planteamiento que estaban proponiendo. Esa era su última oportunidad. El desafío definitivo al que se estaban enfrentando y no podían fallar.

Cuando lo encontró, resopló aliviado.

—Aquí lo tienen —les anunció orgulloso—. El Dilema de Egina. El mismo que Platón les planteó a sus alumnos hace dos mil cuatrocientos años. El que Morton quiere que utilicemos para descubrir el código que nos permitirá recuperar el control del edificio de la ONU.

R	E	C	1
L	P	G	2
D	Q	K	3
A	V	O	4
H	I	Z	5
T	U	N	6
Y	F	B	7
M	I	W	8
	X	S	9

Milanelli se quedó fascinado por la importancia de lo que tenían delante. El secreto que se escondía tras aquel esquema era de extraordinaria importancia y la base de un mito que involucraba a dos de los filósofos más importantes de la historia.

—El cuadro de La escuela de Atenas, las hojas de *Timeo* y *Ética nicomáquea* que encontramos en los cadáveres de París... Todo lo que hicieron nos traía hasta aquí desde el principio. Es realmente increíble —reconoció Margaux asombrada.

—No tenemos tiempo que perder, profesores —les recordó Connelly—. Tienen que descubrir ese código, enseguida.

Milanelli salió del ensimismamiento con el que admiraba aquel increíble conjunto de números y letras, y comenzó a transformar los nombres que habían descubierto tan rápido como pudo.

Tras comprobar que no tuvo ningún problema en hacerlo con los nombres de Rembrandt y Pitágoras, Campbell se dirigió a la agente.

—Llame a su jefa —le pidió—. Infórmela de lo que estamos haciendo. Es necesario que lo sepa y que detenga el asalto.

Sin perder un segundo, Connelly sacó su teléfono móvil y marcó el número de Rice. Sabía que estaba desobedeciendo una orden directa y que se enfrentaba a perder su trabajo, pero si lo conseguían, salvar la vida de todas aquellas personas haría que cualquier castigo valiese la pena.

—¡Tiene que detener el asalto a la Asamblea! —exclamó excitada al escuchar que Rice cogía la llamada.

—¿Cómo dices?

—Ya tenemos el código. En unos minutos lo tendremos, mejor dicho. El verdadero. El que desactivará el gusano.

Desde el otro lado de la línea, la Directora de la CIA no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Has desobedecido mi orden? La Vicepresidenta dejó muy claro lo que teníais que hacer.

—Lo sé —la interrumpió con atrevimiento al tiempo que veía cómo Milanelli ya había descubierto cinco de los doce dígitos—. Pero los profesores han comprendido lo que hicieron mal y están convencidos de que esta vez sí que van a descubrir el correcto.

Rice dirigió su mirada hacia la pantalla donde se veían los exteriores de la Asamblea General. El perímetro en torno al edificio había sido completamente evacuado y sólo quedaba un solitario enjambre de furgonetas de las diferentes cadenas de televisión que habían acudido hasta el lugar para cubrir lo que ocurría en su interior. Las únicas personas que permanecían en el lugar eran policías.

—Los equipos de asalto aún no han llegado, pero no tardarán en hacerlo —le indicó—. No me creo que estemos desobedeciendo a la Vicepresidenta, pero más vale que merezca la pena.

Connelly cerró durante un instante los ojos e inspiró profundamente intentando

inútilmente tranquilizarse. Al abrirlos, volvió a mirar al papel donde Milanelli estaba escribiendo los números.

—Si ese es el código correcto ya puedo ir diciéndole los dígitos que han descubierto ¿verdad? —les preguntó tapando el móvil con la mano para que Rice no la escuchara.

Campbell la miró e hizo un gesto afirmativo.

—Estoy repasando cada uno de ellos para confirmar que no cometemos ningún error y, de momento, todos son correctos.

Al terminar de decir esto, Milanelli escribió el octavo número, el que se escondía tras el nombre de Laurence.

Connelly apartó la mano del móvil y volvió a hablar con Rice.

—Ya puedo decirle parte del código —le informó—. Ya tenemos los ocho primeros dígitos. Los profesores los están descubriendo en orden y podemos decírselos.

Rice repitió lo que había hecho la anterior vez que se habían visto en la misma situación y dio un pequeño golpe sobre la pantalla del ordenador para que Caplan los escribiera en el código de *Denise*.

La agente comenzó a transmitírselos uno por uno, dejando un pequeño espacio de tiempo entre uno y otro para evitar cualquier confusión.

—Uno. Cuatro. Seis. Nueve. Dos. Ocho. Uno. Cuatro.

Margaux observaba todo lo que estaba ocurriendo con el corazón a punto de estallar. En ese momento eran Campbell y Milanelli quienes estaban transformando los nombres con la ayuda del esquema del Dilema de Egina y Connelly quien estaba transmitiéndole el código a la Directora de la CIA, por lo que ella sólo podía rezar porque estaba vez sí hubiesen acertado. El simple hecho de pensar que aquella historia pudiese terminar igual que lo sucedido en la National Gallery con la ministra Johnson le hacía estremecer.

—Acaban de llegar las unidades de asalto.

Connelly palideció al escuchar las palabras de Rice.

—Ya han llegado —les transmitió a duras penas con la voz entrecortada.

Campbell la miró con pánico.

—Seis, Ocho y Cuatro. Sólo nos queda el último ¡no deje que entren!

Rápidamente, Connelly le transmitió los tres dígitos.

Caplan los escribió en el código. Ya sólo quedaba uno.

Rice observó atemorizada cómo los miembros de las unidades de asalto comenzaban a bajar de sus vehículos y se organizaban en el exterior del edificio esperando órdenes.

—¡Quiero ver en pantalla todas la cámaras que graben el camino que tienen que recorrer desde que entren hasta que lleguen a las puertas del hemiciclo!

Un miembro de su equipo de vigilancia cumplió inmediatamente sus órdenes y en todas las pantallas que rodeaban a la central de gran tamaño donde se veía al

Presidente Grant, aparecieron imágenes de los pasillos vacíos de la Asamblea.

—Necesito que me digas el último dígito ya —le pidió a Connelly.

La agente miró al profesor Milanelli y vio cómo este ya lo había descubierto, pero a diferencia de lo sucedido con los anteriores no se lo habían transmitido. Ni él ni Campbell.

—¿Qué ocurre? —preguntó viendo que el código estaba completo.

Campbell la miró con gesto serio incapaz de decir nada, pero seguro de que había algo que no terminaba de convencer a Milanelli.

—Profesor —dijo Connelly dirigiéndose a él directamente—. Ya tienen el código y lo han descubierto utilizando el esquema que decían que necesitaban. El que Morton había elegido de manera inequívoca ¿recuerda sus propias palabras?

Milanelli levantó la mirada y la dirigió hacia ella sin comprender.

—Lo sé, pero no tiene sentido.

La agente no podía entender lo que sucedía.

—¿El qué no tiene sentido, profesor?

—Este código —respondió con la voz quebrada al tiempo que lo señalaba—. No es lo que buscamos.

Connelly se quedó sin palabras. De nuevo habían fallado.

—Los secuestradores siempre han utilizado la lógica en todo lo que han hecho. Todos los números que han utilizado hasta ahora tenían un fin, aunque nosotros no pudiéramos entenderlo inicialmente. Eso fue lo que sucedió en París, por ejemplo. No entendíamos qué significaban los que encontramos grabados en las manos de aquellas personas, pero al final descubrimos que nos indicaban las coordenadas del punto exacto donde habían escondido a Deneux.

—¿Y por qué no sucede lo mismo ahora? —preguntó confundida.

—Porque estos doce números no tienen ningún sentido —respondió consciente de que quizá no estaba siendo capaz de explicarse correctamente—. No hay ninguna relación matemática entre ellos, ni siguen ningún tipo de progresión lógica. Por eso no puede ser el código elegido por Morton.

Rice volvió a apremiarla por el móvil.

—Pero estoy convencida de que todo el razonamiento que hicimos estaba bien —dijo Margaux tratando de apoyarle y de ayudarle a encontrar una solución—. No han parado de dejarnos información que nos señalaba al cuadro de La escuela de Atenas, y más concretamente a Plantón y a Aristóteles. Ya desde que comenzó todo en París lo han estado haciendo y estoy convencida de que es este dilema, que sólo Aristóteles consiguió resolver, el que quieren que utilicemos nosotros ahora.

En ese momento, todo encajó.

—¡Eso es! —suspiró Milanelli—. ¡Tiene razón! Por eso sólo él lo resolvió. ¡Lo mismo que Morton quiere que hagamos nosotros ahora!

Connelly le miró con la esperanza de que de una vez por todas hubiese descubierto por fin lo que necesitaban.

—¿Ya ha comprendido el significado de esos números, entonces?

—¡Mucho mejor! —le respondió con una mirada que brillaba de emoción—. Es mucho mejor que eso, créame. Y la profesora tiene razón. Por eso han elegido este dilema. Porque quería que lo resolviésemos de un modo totalmente diferente. Quizá el mismo que llevó a Aristóteles a ser el único en lograrlo.

—Me temo que no le entiendo —dijo confundida.

—No son números. ¡Es una palabra! ¡El código es una palabra!

Connelly mostró en su rostro la extraordinaria sorpresa que le estaba provocando lo que decía.

—Por eso tenemos que ir un paso más allá —continuó explicándose—. Y por eso este conjunto de doce números no tiene ningún sentido. Porque Morton quería llevarnos hasta el límite de nuestro ingenio si pretendíamos salvar a todas esas personas y lo ha conseguido.

—¡Profesor! ¡Nosotros no hemos salvado a nadie todavía! ¡Esas personas están a un par de minutos de morir si no hacemos nada!

La crudeza con la que Connelly se expresó hizo que Milanelli olvidase súbitamente la fascinación que le producía su nuevo hallazgo y se centrara en la tarea que estaban realizando.

—Necesito que me dé el hexagrama que encontramos en la iglesia de la Trinidad.

A pesar de que había sido ella misma quien le había apremiado a terminar con aquella historia de una vez, la agente se quedó de piedra al escuchar aquella petición.

—Morton eligió dejar un hexagrama en aquella iglesia junto a la hoja del poema ¿recuerdan? —les explicó—. Gracias a él dedujimos que debíamos buscar en Manhattan una estructura simétrica con forma de espiral y sabíamos que la profesora estaría en su origen, como finalmente ocurrió en Central Park. Pero existen múltiples formas geométricas que podía haber empleado y, de todas ellas, eligió el hexagrama, y estoy convencido de que si lo colocamos sobre el esquema del Dilema de Egina encontraremos la palabra que desactivará el gusano.

—Están entrando. Se ha agotado el tiempo.

La voz de Rice hizo que se le disparara el corazón.

—¡Los equipos de asalto están entrando! —les informó al tiempo que sacaba aceleradamente el hexagrama del bolsillo de su chaqueta y se lo entregaba al profesor.

—¡Dígale que no entren! —reclamó Campbell impaciente viendo que no iban a conseguirlo sólo por unos segundos.

—No podemos hacer eso, profesor —se disculpó—. Es una orden directa de la Vicepresidenta. Nosotros no tenemos autoridad para detener el asalto.

—¡Pues que su jefa la llame y le diga que lo detenga!

Connelly resopló incapaz de resistir la presión que estaba soportando.

—El código no es un número, sino una palabra —le indicó presa de los nervios a Rice—. No puedo explicarle más. Tiene que confiar en mí.

En la sala de vigilancia de la CIA, la Directora apartó la mirada de la pantalla del ordenador y vio en las pantallas de la pared cómo los miembros de los equipos de asalto comenzaban a recorrer la distancia que separaba la entrada del edificio de las puertas del hemisiciclo.

Sin responder, confió en lo que le estaba diciendo y dio la orden a Caplan de que borrara los once números que había escrito hasta ese momento.

Connelly vio cómo Milanelli colocaba el hexagrama encima del Dilema de Egina y probaba varias posiciones hasta encontrar finalmente la que buscaba.

—¡Lo tengo! —exclamó con voz ahogada.

A continuación, dibujó el contorno del hexagrama sobre él. Cuando terminó, lo apartó y continuó el dibujo hasta completar dos triángulos equiláteros superpuestos invertidos.

R	E	C	1
L	P	G	2
D	Q	K	3
A	V	O	4
H	I	Z	5
T	U	N	6
Y	F	B	7
M	I	W	8
	X	S	9

—El hexagrama nos dirá cuál es la palabra —les anunció—. Por eso dejaron este objeto en la iglesia de la Trinidad. Para que lo utilizáramos en este preciso momento y poder hacer como Aristóteles. No quedarnos únicamente en transformar unos cuantos nombres en números, sino ir un paso más allá y volver a utilizar ese conjunto de números para obtener una palabra. La resolución al Dilema de Egina.

Milanelli juntó el código de doce dígitos que habían descifrado y empezó a redondear ordenadamente cada letra que marcaba el hexagrama.

1 4 6 9 2 8 1 4 6 8 4 6

(R)	E	(C)	1
L	(P)	G	2
D	Q	K	3
(A)	V	(O)	4
H	I	Z	5
(T)	U	(N)	6
Y	F	B	7
M	(I)	W	8
	X	(S)	9

Cuando finalizó, Connelly la leyó en voz alta.

—CONSPIRATION.

Los profesores la miraron con un brillo inmenso en sus ojos. Por fin lo habían conseguido.

—¡Conspiration! —le dijo emocionada a la Directora—. ¡Conspiration es la palabra que desactivará al gusano! ¡Estamos seguros!

Rice se la transmitió rápidamente a Caplan que la escribió en el punto de retorno de *Denise*. Antes de pulsar la tecla Enter la miró. Los miembros de asalto estaban en la puerta del hemiciclo de la Asamblea y sólo esperaban instrucciones para entrar.

—Púlsela —le ordenó.

Al momento, la pantalla que mostraba la temperatura del sistema de climatización emitió un pitido y ésta comenzó a disminuir rápidamente.

—¡Lo tenemos! —gritó atónita Rice sin poder controlar la emoción.

En ese mismo momento, vieron cómo los miembros de los cuatro grupos de asalto entraban a la fuerza derribando las puertas y cómo comenzaban a sacar rápidamente a todas las personas. A pesar de ello, la temperatura continuaba bajando.

—¡Lo han conseguido! —les informó—. Ya están evacuando la Asamblea y hemos recuperado por completo el control del edificio. Todos los sistemas vuelven a funcionar. La temperatura está bajando. Ya no hay peligro de que se active el virus. ¡Les han salvado!

Campbell y Margaux se abrazaron emocionados con los ojos humedecidos liberando toda la tensión que habían acumulado a lo largo del día. Milanelli se dejó

caer exhausto sobre la mesa con una gran sonrisa en su rostro y orgulloso de saber que por fin habían conseguido vencer a los secuestradores.

Por su parte, Connelly les miraba fascinada sin terminar de creer que aquellas tres personas que tenía justo delante acabaran de salvar la vida del Presidente de los Estados Unidos y de las ciento diecisiete personas que le acompañaban.

Capítulo 98

Cuando los profesores y Connelly salieron al exterior de la Biblioteca Morgan, Madison Avenue comenzaba a recobrar poco a poco su aspecto habitual, con las primeras personas saliendo con cautela de los edificios tras el aviso del gobierno de que el peligro que les había llevado a pedir que se mantuvieran recluidos en sus casas, o en cualquier otro local cerrado, hubiese sido superado.

—Parece que la ciudad se ve de otra manera cuando sabes que no hay ninguna gran amenaza a punto de acabar con la vida del presidente del país ¿verdad? —comentó con ironía Milanelli a sus compañeros mientras observaba a la agente hablar por teléfono a unos metros de distancia.

Campbell y Margaux le miraron al tiempo que sonreían relajadamente. Era la segunda vez que se encontraban en una situación similar, pero esta vez, a diferencia de lo vivido tras localizar a Deneux en las catacumbas de París, sí tenían el convencimiento de que por fin todo había terminado.

—Ha estado cerca —comentó Campbell—, realmente cerca. Y quién sabe lo que podría haber llegado a ocurrir de haberse liberado ese virus.

A los tres se les cambió el gesto por un instante.

—Supongo que era muy difícil tomar la decisión que la Vicepresidenta tenía que tomar —comentó Margaux—. Nosotros sabíamos lo que estábamos haciendo y cómo nos acercábamos al código, pero ella... Creo que es lógico que al final decidieran intentarlo a su manera. Después del primer fallo que cometimos la temperatura ascendió bruscamente y eso hizo que el tiempo que tenían para llevar a cabo cualquier plan alternativo se redujera de golpe. Supongo que todo influyó en que tomara una decisión que sabía que seguramente les hubiese costado la vida a todas esas personas.

Connelly se acercó hasta ellos tras finalizar la llamada.

—Acabo de hablar de nuevo con la Directora y me ha dicho que la Vicepresidenta va a pasar por alto en esta ocasión que la hayan desobedecido —les dijo con rostro serio.

Los tres la miraron sorprendidos.

Tras unos instantes, no pudo disimular más y rompió a reír.

—¡Es una broma, lógicamente! —dijo entre risas—. Me ha pedido que les transmita su más sincero agradecimiento por lo que han hecho. Según le ha contado a la Directora, tanto ella como los jefazos con los que estaba reunida, se quedaron completamente paralizados durante unos segundos cuando vieron cómo los miembros de los equipos de asalto entraban en la Asamblea y la temperatura comenzaba a bajar casi al mismo tiempo.

—No me quiero ni imaginar la cara que puso la investigadora —comentó Milanelli.

Connelly volvió a reír.

—Sin duda tuvo que ser la más sorprendida de todos —respondió—. Rápidamente la Directora la llamó para comunicarle que habíamos conseguido descubrir el código justo antes de que los equipos de asalto entraran y por eso había descendido la temperatura y no se había activado el virus.

—¿Y qué pasará ahora con ella? —preguntó Campbell.

—¿Con la doctora Jones, se refiere? Supongo que podrá continuar con sus investigaciones —respondió sin tenerlo del todo claro—. Al fin y al cabo, ella sólo estaba haciendo su trabajo, y dado que se trata de desarrollar armas biológicas letales, parece que lo hace particularmente bien. Quien sí tendrá que revisar sus protocolos de seguridad será Fort Detrick para asegurarse de que jamás vuelva a ocurrir nada parecido.

—¿Y Morton? —preguntó Margaux.

Connelly suspiró.

—Le detendremos antes o después, puede estar segura. Todas las personas que colaboraron con él en los últimos tres días ya han sido identificadas y todas tienen una orden de busca y captura, por lo que sólo será cuestión de tiempo detenerles.

—¿Cree que ha conseguido su objetivo? —le preguntó Campbell—. Se supone que su intención era que el mundo conociese la existencia de El caso Coen y lo que los tres gobiernos implicados llevan décadas haciendo.

La agente se encogió de hombros.

—Es difícil saberlo —respondió—. Sólo el tiempo podrá responder a esa pregunta. Es indudable que ha causado un gran revuelo lo que ha sucedido hoy aquí, y que la difusión de las fotografías de un agente secreto de la CIA asesinado y del documento del Servicio Secreto de Inteligencia británico no ayuda. Pero como digo, sólo lo sabremos con el tiempo.

—Por lo menos la opinión pública ya sabe que están detrás de acciones cuanto menos éticamente discutibles —opinó Milanelli.

—Sí, no hay duda. Lo del accidente aéreo... No sé cómo hará el gobierno para tapanlo, es difícil. Pero también es cierto que al final todo el mundo sabía que el Presidente Grant, el Primer Ministro y el presidente Deneux estaban encerrados en la Asamblea General y que sus vidas corrían serio peligro, de modo que nunca sabes cuál puede ser la reacción de la gente. Puede que se les pida responsabilidades o que se les reciba como a héroes. Todo depende de cómo sus respectivos equipos gestionen lo sucedido hoy.

A Campbell se le retorcía el estómago sólo de pensar que todo aquello no hubiese servido para nada.

—Y respecto a lo de lavar su imagen pública —continuó Connelly—, la Directora me ha transmitido también el deseo de la Vicepresidenta Hawkins de que participen mañana en un acto oficial en la Casa Blanca para agradecerles todo lo que han hecho por salvar la vida del Presidente, ya saben.

Los profesores se miraron entre sí convencidos de que pensaban exactamente lo

mismo.

—Puede decirle de nuestra parte que agradecemos enormemente su invitación —respondió Margaux—. Pero estoy segura de que, tras lo sucedido en los últimos días, entenderá que lo que de verdad queremos es volver a casa y olvidarnos de toda esta historia lo antes posible.